
NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 07437047 3





JOAQUIN DIAZ GARCES
(ANJEL PINO)

Pajinas Chilenas

COLECCION DE ARTICULOS,
NARRACIONES Y CUENTOS DE 1897 A 1907

ILUSTRACIONES DE PEDRO SUBERCASEAUX

SANTIAGO DE CHILE
Imprenta "Zig - Zag"

1907

JOAQUIN DIAZ GARCES

(ANJEL PINO)



Pájinas Chilenas

COLECCION DE ARTICULOS,
NARRACIONES Y CUENTOS
DE 1897 A 1907

ILUSTRACIONES DE PEDRO SUBERCASEAUX

SANTIAGO DE CHILE
Imprenta "Zig-Zag,,
1907

JOAQUIN DIAZ GARCES
(ANJEL PINO)

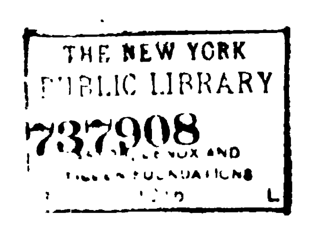


Pájinas Chilenas

COLECCION DE ARTICULOS, NARRACIONES Y CUENTOS DE 1897 A 1907

ILUSTRACIONES DE PEDRO SUBERCASEAUX

SANTIAGO DE CHILE
Imprenta "Zig-Zag"
1907

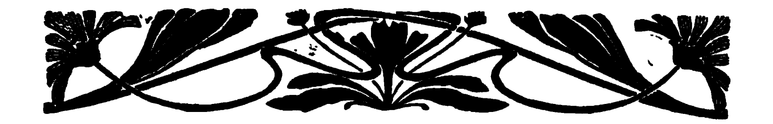


A don

Joaquin Diaz Besoain

dedica respetuosamente este homenaje de cariño filial y de amistad.

EL AUTOR



ADVERTENCIA



Así como a nadie se le ocurre confundir al monaguillo que enciende las luces dél templo, abre las puertas para que entren los fieles a orar y coloca los vasos sagrados sobre el ara; con el levita que oficia en los altares, predica desde el púlpito o reza la encendida plegaria desde el coro; he creido siempre que no debe confundírsenos a los periodistas que impulsamos los diarios, estos rápidos vehículos de la idea, de la informacion y de la propaganda, con el hombre de letras que en la intensa jestacion de un libro estudia las almas y sabe conmoverlas.

Por esta razon apénas se esplica este libro. Formado de hojas sueltas destinadas a desaparecer revela la improvisacion nerviosa de cada dia, nunca la meditacion, ni el estudio de una verdadera labor literaria. Como el vuelo medroso de una golondrina posada sobre los hilos del telégrafo levanta un millar de otras en ajitada fuga, así los cuatro o cinco artículos que hemos querido salvar del olvido, han traido con ellos un centenar que solamente como brisas fugaces conservan cierto recuerdo de una hora pasada.

Sentados a la mesa en la mañana, para el diario de la tarde, o en la noche para el diario de la mañana (1) recorriendo febrilmente las carillas y enviándoselas en una racha violenta a las linotipias ¿pueden merecer esos artículos vivir mas que la efímera hoja en que aparecieron? Uno que otro, de los dos mil escritos en diez años de periodismo, pueden salvarse ante la benevolencia de lectores y críticos, porque su intencion y pensamiento mas duraderos no los han condenado aun a morir.

Ademas de este deseo de supervivencia no seria honrado negar que otro propósito ha sido tambien poderoso aguijon de este libro. Desde la direccion de un diario, y de un diario metropolitano, se consiguen amigos. Debo confesar que creo tenerlos desde las salitreras hasta los bosques del sur, pocos pero decididos y sinceros. Todos ellos o han desfilado por la capital en demanda de algo y han encontrado justicia y apoyo desinteresados, o han hallado cristalizadas sus ideas y sus aspiraciones en algun artículo. De todos estos luchadores del desierto, del valle central o del estremo sur, he esperado hoi un amistoso recuerdo y confiando en esa amistad he lanzado este libro.

Algunas pájinas con alusiones ardientes a los paises vecinos se esplican por la fecha en que fueron escritas. Esas espresiones disuenan hoi tanto como parecieron entónces discretas. El ánimo del autor ha sido borrarla.

Las pájinas sobre la vida del cuartel, escritas cuando recien tomaba la pluma, se comprenden en este libro por el espíritu que los inspiró durante la vijencia de la lei de Guardia Nacio-

---

(1) Estos artículos han sido escritos en sus cuatro quintas partes para *El Mercurio y Ultimas Noticias* de Santiago y han sido insertados tambien en Valparaiso en las ediciones de la misma empresa Algunos del primer tiempo aparecieron en *El Chileno* y otros en las revistas ilustradas *Instantáneas* y *Zig-Zag*.

nal. Desgraciadamente el entusiasmo de entónces no acompañó a la lei de servicio obligatorio que vino en seguida.

En fin, el autor que rara vez retrocedió ante la insercion de un artículo en los periódicos, aunque le constaran las deficiencias de la forma y el fondo, tiembla hoi al cerrar estas pájinas. Y es que el periódico pasa tanto mas rápidamente que el libro! Confiamos que la jeneral benevolencia y los nombres con que hemos encabezado estas pájinas han de traerle buena fortuna.



JOAQUIN DIAZ GARCES
(ANJEL PINO)



Pájinas Chilenas

COLECCION DE ARTICULOS, NARRACIONES Y CUENTOS DE 1897 A 1907

ILUSTRACIONES DE PEDRO SUBERCASEAUX

SANTIAGO DE CHILE
Imprenta "Zig-Zag,,
1907

parte de sus ramas sobre la casita blanca con techo de totora; en el corredor, eternamente la Andrea, su mujer, lavando en la arteza una ropa mas blanca que la nieve; una montura llena de pellones y amarras colgada sobre un caballete de palo; y dos gansos chillones y provocativos en la puerta, amagando eternamente nuestras medias rojas que parecian indignarles.

Cada año, cuando a vuelta de los exámenes llegábamos a las casas de los Sauces, nuestra primera visita era a la Andrea, que suspendia el jabonado de la ropa para lanzar un par de gritos de sorpresa y llorar despues como una chica consentida. Siempre nos encontraba mas altos, mas gordos, mas buenos mozos (con perdon) y concluia por ofrecernos el obsequio de siempre: harina tostata con miel de abejas.

Despues habia que ir a buscar a ño Neira, seguramente rondando por los cerros. Desde léjos, al recodo del camino, nos conocia el capataz y pegando espuelas a su mulato, llegaba como un celaje hasta nuestro lado. Qué risas, qué esclamaciones, qué agasajos; a nuestros cigarros correspondia con nidos de perdices que ya con tiempo tenia vistos entre los boldos y teatinas, y comenzaba a preguntarnos de todo, de si habria guerra, de si habíamos concluido la carrera, de si habíamos encontrado novia. Pero lo debemos repetir que aun andábamos de calzon corto, y si nó, ahí estaban los ganzos de la Andrea que nos dieron mas de un picotazo en las piernas, débilmente defendidas.

Desde nuestra llegada a los Sauces, ño Neira no daba un paso sin nosotros: yo a su lado, mi amigo al otro. ¡Qué preguntar, y averiguar y curiosear!

Terminaba ño Neira de responder y ya le caia una nueva pregunta encima y si él tenia placer en contestarnos, no lo teníamos menor nosotros en oir su lenguaje espresivo, su peculiar manera de comerse las palabras, y hasta el colorido especial con que lo revestia todo.

Dos años dejé de ir a los Sauces, y cuando ya bachiller en humanidades me lo permitieron mis padres, avisé a mi amigo con un telegrama que en el tren espreso de la mañana dejaba a Santiago. Al llegar el tren a la estacion, estaba él allí a caballo, con el mio a su lado y el sirviente apretando cuidadosamente

la cincha. Un abrazo entusiasta, las preguntas de estilo sobre nuestras familias y ¡a caballo!

—¿Qué llevas ahí?—me preguntó mi amigo, aludiendo a un paquete que asomaba a mi bolsillo...

—Un corvo para ño Neira...

—¡Bien le hubiera venido cuando lo asesinaron!

—¡Cómo! ¿A ño Neira? ¿Es posible?

Y entonces se me escapó una pregunta, la única que podia hacerse tratándose del valiente capataz:

—¿Y Neira se dejó asesinar?

—Te lo contaré todo—me dijo mi amigo—pero apura el paso porque nos va a pillar la noche en el camino, y en casa estarán con cuidado.

Y tomamos trote por la alameda.

※ ※ ※

Lo que de mi amigo oí y que me conmovió profundamente, es lo que cuento en seguida, tres años desp uesde la muerte de Neira.

Ño Neira estaba sentenciado. En nuestros campos se dá a esta palabra una importancia escepcional. El capataz dió un día de chicotazos a un individuo de mala índole, a quien habia pillado en un robo, negándole en seguida todo trabajo dentro del fundo. Este habia «sentenciado» a Neira.

—Deja no mas;—le dijo—algun dia nos encontraremos solos.

Neira se encojió de hombros; bien sabia él que al infeliz no le convenia ponérsele solo por delante; lo malo era que buscaria una cuadrilla para asaltarle. Pero en fin, ¿no tenia él en su silla un cuchillo que ya le habia servido muchas veces para defenderse?

Pasaron los dias. Neira no faltaba ninguno a su ronda del cerro y paso a paso regresaba al caer la tarde para llegar hasta la casa del administrador y decir que no habia novedad en el ganado.

Un dia fué al cerro con su hijo mayor, un muchachito de doce años, con grandes ojos negros, fiel retrato de su padre y fundada esperanza de los patrones de los Sauces. Llevaba al chico por delante de la silla y conversaba con él, mientras mas abajo, en el plan, la vieja Andrea, de cabeza sobre la ropa, la hacia levantar

lavaza y blanquísima espuma de jabon, al restregarla entre sus manos.

Llegaba la tarde, y el sol poniente sin rayos ya y convertido en un disco rojo, se hundia como un rei depuesto. Una desordenada orjia de colores inundaba el horizonte y el resto del cielo era intensamente azul y limpio de nubes blancas.

¿Quién no ha visto los cerros chilenos cubiertos de boldos? Un faldeo gris, con manchas doradas de teatinas; algunos quiscos que se levantan como brazos armados; y los boldos del mas oscuro e intenso verde que parecen escalar el cerro como peregrinos haciendo penitencia.

En la plana superficie, ño Neira se habia desmontado para apretar la cincha de su mulato y echar una pitada al aire. El chico se habia puesto a andar en busca de algunos guillaves maduros... De repente, Neira creyó notar que un boldo se movia: tomó una piedra pequeña y la arrojó.

Un individuo se separó del árbol y comenzó a andar en su direccion silbando alegremente. Una mirada solo bastó para hacer comprender a Neira que estaba frente a una emboscada; el

gañan que tenia por delante era el que lo habia «sentenciado» y no habia sido tan necio para ir solo a buscarlo al cerro. Con una mano se palpó la cintura, y al encontrarse allí su corvo de los dias de fiesta, sacó con la otra la tabaquera, y se puso a liar un cigarro.

—¿Estabas escondido? ¿ah?—preguntó burlonamente vaciando el tabaco en la hoja de maiz...

—Esperándolo, ño Neira.

—No vendrás solo, por supuesto—continuó el capataz—no sois vos de los que pelean cara a cara..

—Eso... ¡quién sabe, iñor!—y el gañan avanzaba lentamente, como avanza un gato, arrastrándose casi.

—Bueno, párate un poco y déjame pitar este cigarro. Hai tiempo...

El peon se paró. O era admiracion o era miedo; pero el asesino quedó dudando.

Neira chupaba de prisa un cigarro, porque le debia quedar poco tiempo. El sol apenas asomaba ya un estremo de su disco rojo, que parecia mancha de sangre. y las sombras alargadas de los boldos, duplicaban el número de peregrinos que escalaban el faldeo y parecian apurarse para que no les pillara la noche en tarea tan pesada.

El cigarro se concluia y Alegria se pasaba la mano por la cintura buscando algo.

—Tu—dijo Neira, tomando del brazo al chico—te pones detras de mí, y no te mueves. ¡Cuidado con llorar!...

Y una mirada lanzada abajo a la llanura, lo hizo recordar a la vieja que probablemente colgaba en ese momento la ropa en el cordel!...

Despues puso la mano en la cacha de su corvo, enrolló con el otro brazo su poncho negro de castilla y le dijo el gañan:

—¡No te espongais, Alegria! Llama a tus amigos. No ensucio mi corvo de los domingos en tí solo.

Un silbido sonó y Alegría volvió la cabeza para ver si estaban todos. Cinco hombres caminaban subiendo a saltos, y buscándose los cuchillos en la cintura.

—Ño Neira, le ha llegao su hora.

—Y la tuya tamien, cobarde...

Y de un salto todos estuvieron encima del capataz que se echó atras y levantó el brazo en que tenia envuelto su poncho.

En ese instante el crepúsculo invadia con su indeciso y vago resplandor las cosas todas haciendo ya difícil distinguir los objetos. Neira, con los ojos fruncidos para ver mejor, se colocó de un salto fuera de este círculo en que alevosamente le podian matar como un perro, pensando en defender su espalda y ese pedazo de su corazon que tras de ellas se refujiaba llorando a gritos.

Alegria logra alcanzarle un brazo con la punta del cuchillo, al mismo tiempo que otro de los bandidos le estrella el suyo en las costillas. Neira se contenta con defendérse barajando los golpes. De repente el viejo capataz se trasforma, es el soldado del Valdivia y el sarjento del Buin, las dos heridas le arden y lo irritan como a un toro bravo, y en vez de huir del círculo que lo quiere estrechar, salta adelante y hace silbar el aire con la mas fiera de las cuchilladas que ha dado brazo chileno.

Uno de los bandidos se desploma y cae y la furia de los otros se duplica en medio de rujidos, amenazas e insultos. Neira es una fiera; tan pronto acomete cómo se defiende; ya la batalla es silenciosa y solo se siente el ronquido del que agoniza y el aliento jadeante y cortado de los que se acuchillan. Todos están tan juntos que cada cuchillada de ellos encuentra por delante la vigorosa carne de Neira, y todo avance del heróico capataz abre un vientre o rasga un pecho.

En el momento en que las sombras se hacen mas densas, surje de abajo del llano, una voz que todos han oido con la cabeza descubierta... Es la campanilla del fundo que toca el «Angelus», y que el viento hace aparecer a ratos como un jemido y a ratos con una voz de mujer que llama.

Pero hay demasiada sangre para que al traves de ella se sienta y se mire. Los cuchillos se chocan, el corvo entra cada vez hasta la empuñadura y la sangre corre cerro abajo en un delgado chorro que va rodeando las piedras y abriéndose paso al traves de las matas. Pero los bandidos están sintiendo ya el vigor de Neira, porque otro de ellos cae al suelo en fuerza de la sangre perdida, y el capataz no da muestras de cansancio.

El asedio aumenta, el capataz abraza a Alegria que ha errado un



golpe y trata de estrangularlo con sus manos; pero al verlo indefenso los otros lo acribillan a puñaladas. Neira lanza un grito de angustia y cae al suelo abrazado con su enemigo. El combate ha llegado a un momento supremo y desesperado. Neira ya no es temible para los otros y todos sus esfuerzos se concretan a estrangular a Alegria que se retuerce desesperadamente en el suelo mientras sus vigorosos dedos apretan y apretan el pescuezo ensangrentado del traidor, y se sumen entre las secas fauces que todavia lanzan ronquidos de ira.

Los tres bandidos comprenden que aquello ha terminado y echan a correr. Neira salta del suelo, abandonando a su víctima y quiere alcanzarlos y apuñalearlos por la espalda, pero siente que vacila como un ébrio y tambaleando, vuelve donde su hijo, que pálido y desencajado, no puede ya ni llorar.

—¡Asesinos!—alcanza a gritar.—¡Infames! ¡Cobardes!—y rueda por el suelo al lado de los tres cadáveres que no valen juntos lo que vale una gota de sangre de ese héroe.

Y la noche cae con toda su pavorosa, helada e inhospitalaria oscuridad.

Largo rato Neira respira fatigosamente y el chico inclinado sobra él, calla lleno de estupor y de miedo. De repente el capataz se incorpora, se arrastra hasta un árbol y tomándose de él logra ponerse de pié.

—Trae el mulato—alcanza a decir.

El chico lleno de sangre tambien, aunque no herido, pálido como un cadáver, se acerca a tientas al mulato y vuelve con él paso a paso. Pero Neira ha vuelto a caer al suelo desfallecido y solo tiene fuerzas para quejarse.

—¿Está el caballo?—pregunta con voz apenas perceptible.

—Sí, taitita.

—Bueno.

Y de un nuevo esfuerzo Neira está de pié, tomando a su hijo lo coloca sobre el mulato que pacientemente tasca el freno. En seguida, reune todas sus fuerzas y poniendo un pié sobre el estribo logra montar dolorosamente no sin que se le escape un quejido de angustia y sufrimiento.

El caballo comienza a marchar. Neira siente abiertas todas las

heridas y el calor de la sangre que corre a traves de su cuerpo y de su ropa. Pero no importa; el capataz quiere llegar solo a las casas del administrador y pronunciar las palabras sacramentales de todas las tardes:

—No hai novedad en el ganado.—Y despues agrega en voz baja al oido de su hijo—me llevarás a mi casita para morir tranquilo en mi cama, porque estoi mui cansado. Ahí está la cruz con que murió mi padre y tambien quiero yo que me la ponga la Andrea sobre el pecho.

Pero ya era tarde. Neira sintió un desvanecimiento y cayó al suelo como un tronco que se desploma. El mulato dió un brinco y arrancó furiosamente alameda abajo, mientras el chico, aferrado a la silla, creia llegado su último momento. El caballo detuvo su galope frente a la casa del administrador, donde casi todos los vivientes del fundo, alarmados por la larga demora de Neira, se aprovisionaban de luces para ir al cerro en su busca.

El chico fué tomado en brazos, interrogado, suplicado, pero solo podia leerse en sus ojos dilatados, que habia ocurrido algo mui grave al capataz.

Y todos los vivientes, incluso la Andrea y el administrador, se pusieron en marcha, y gran parte de esa noche se sentian gritos de hombres y mujeres, que el eco respondia pavorosamente:

—¡Ño Neira! ¡ño Neira!

Y Neira veia a lo léjos las luces que le buscaban, como ánimas errantes que lo llamaban a sí. Su pecho latia como una caldera próxima a estallar, y sus labios convulsos y ensangrentados, querian en vano responder: ¡aquí estoi! Pero la voz moria en la seca garganta y solo salian las palabras en secreto como si fuera una confesion.

Por fin las luces se acercaron, y el primero que llegó al lado de Neira fué don José, el administrador, que se inclinó paternalmente sobre el capataz sumido en un estenso charco de sangre y palpitando como una fiera cansada:

Neira reunió sus últimos esfuerzos, el último resto de su asombrosa vitalidad y dijo con voz entera:

—No hai novedad.

Y fueron las últimas palabras del valeroso capataz de los Sau-

ces. Siguiendo la línea de sangre que se veia en el camino dieron, casi a media noche, con los tres cadáveres de los bandidos, y ahí pudieron medir el heroismo de Juan Neira, el ex-soldado del Valdivia y ex-sarjento del Bnin.

—¡Sesenta cuchilladas tenia en el cuerpo!—me dijo mi amigo. —¡Pobre Neira!

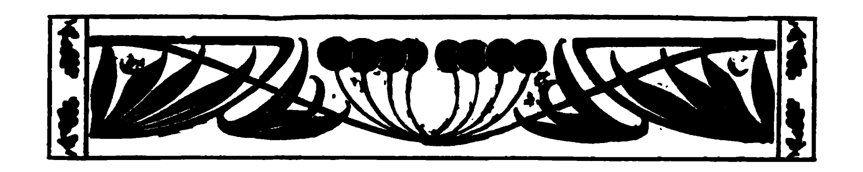
* * *

Al dia siguiente fuí al cerro, solo, y me arrodillé al lado de la verja de madera con que se habia rodeado una modesta crucecita que recordaba el sitio del asalto. Allí recé por el alma de Juan Neira, el mas valeroso, bueno y leal de los servidores. ¡Qué corazonazo tan grande habia en ese cuerpo tan robusto!

Ese hombre, instruido, habria sido un jeneral formidable, un leon de los combates; malo habria sido el mas fiero bandido de la sierra.

En cambio fué leal como un perro guardian, bueno como leche y valeroso como un tigre.





SEGOVIA



No habria podido decir qué hora era. Algo desvelado, me daba vueltas y mas vueltas en la cama, poniendo cuitado oido a esos lejanos clamores del campo, que forman un confuso y apagado murmullo que no se sabe si es el rumor del silencio o es el silencio del rumor.

De repente, en medio de los ladridos de los perros y del lejano canto de un gallo trasnochador, me pareció sentir el galope de un caballo. Claras y distintas se sentian las pisotadas en la tierra endurecida del camino; claras y distintas cada vez mas, porque indudablemente se trataba de una carrera vertijinosa que iba a tener su fin en el patio de nuestras casas.

Contuve la respiracion, salté sobre la cama, y oí. El galope seguia, seguia, atravesaba ya el pedregal cercano del patio y se estrellaba por fin ruidosamente cerca del corredor. donde sentí el jadeo desesperado del caballo. Un instante despues dos golpes sonaron en mi ventana.

—¿Quién es?

—El patron don Ignacio, señor, está agonizando.

La voz temblorosa que me lo dijo, era la del sirviente de don

Ignacio Garcia, nuestro vecino del otro lado del Aconcagua, viejecito simpático a quien debíamos una antigua y nunca rota amistad.

Salté del lecho, corrí a la ventana y abrí el postigo. Aun estaba la noche oscura como una boca de lobo. Allí supe por el mensajero que con Ignacio daba las últimas boqueadas, y que sus hijos querian que les acompañara en el terrible trance.

No sé cómo ensillamos en tan poco tiempo al mulato, pillado con grandes dificultades en el corralon vecino a las casas. El hecho es que me dí tres vueltas a la garganta con un pañuelo de seda, me puse el poncho mas grueso que encontré a mano... y al galope!

Cuando atravesamos el rio, prendia ya en el oriente cierta claridad indecisa, que mas bien semejaba un vapor amarillo, surjiendo de la tierra como una gasa que desplegara el viento. Al llegar a la opuesta orilla, un gallo aleteó sobre un matorral y lanzó al aire su cacareo vigoroso, alegre, vivaz y arjentino. A lo lejos sonó otro canto mas apagado y se sucedieron, rodando, los de la vecindad, precursores infalibles de la ya cercana aurora.

Entre tanto, habíamos vuelto a tomar galope, despertando en todo el camino a los perros de las posesiones, que nos perseguian furiosamente un buen trecho para volverse con la cola entre las piernas, a ocupar su puesto de vijilantes centinelas. De repente, sonó en la punta de un álamo el metálico graznido de una lechuza. El sirviente acercó su caballo al mio como huyendo de un peligro invisible y me dijo temblando de miedo:

—Señor, el patron debe haber muerto.

—¿Por qué?

—¿No oyó al chuncho?

Hubiera querido, a fuer de hombre culto y despreocupado, decirle al pobre huaso que no creyera en tales supersticiones; pero mis ojos se sintieron atraídos allá en el fondo lejano por algunas lucesitas que se movian...

Era la casa de don Ignacio, y esas luces podrian ser las del Santísimo, porque sentí al mismo tiempo el lejano sonido de una campanilla, y hasta si el viento no me mentia, el rumor de rezos y de sollozos.



Inconsientemente apreté espuelas, y volé rompiendo el aire, porque algo me decia que el viejo amigo, don Ignacio, el que habia visto en la cuna, el que habia acompañado mis primeros pasos, se moria en esos mismos instantes.

⁂ ⁂ ⁂

No alcancé a entrar al cuarto porque de él salia llorando el pobre Pepe. Le eché los brazos al cuello, murmuré en su oido algunas banales frases de consuelo, y lo llevé hasta un banco de madera del corredor donde me senté a su lado, estrechándole la mano.

Pero esa puerta abierta, dentro de la cual se veian pasar las sombras de los que acompañaban al agonizante, y por la cual salia la voz del cura que rezaba las letanias de la buena muerte, me atraia con el misterio de su solemne y relijioso silencio. Me levanté, llegué empinado hasta ella y salvé el umbral.

Algo hirió mi fantasia de muchacho, de manera tal, que parece lo llevara embutido con caractéres de bronce en la cabeza. Era un cuarto blanqueado, con paredes lisas y no muy altas. Un catre de fierro negro, con las ropas blancas, perfectamente estiradas, y la cabeza de don Ignacio apoyada en la almohada, con los ojos entreabiertos y respirando con cierto estertor anhelante.

Arrodillado a su lado estaba Segovia, el viejo sirviente de don Ignacio, con su cabeza blanca, sus ojos brillantes y preñados de lágrimas. Al otro lado el cura, que rezaba con voz entrecortada: «cuando, perdido el uso de mis sentidos, desaparezca el uso de mi vista y jima entre las últimas agonias y congojas de la muerte». Y en el fondo una media docena de huasos, arrodillados tambien, contestaban con sus voces roncas e incultas: «Jesus misericordioso, tened compasion de mí».

⁂ ⁂ ⁂

Habia muerto el dueño del fundo de La Quebrada, el bueno, el excelente, el santo viejo don Ignacio Garcia.

Volví como a las doce del dia a su cuarto y habia sido colocado ya el ataud entre cuatro cirios. Creí que estaba solo, pero un sollozo me hizo saltar de repente y abrir los ojos. En un rincon, en cuclillas y con la cabeza metida entre las manos tostadas y callosas, rezaba Segovia, llorando a mares.

Los hijos de don Ignacio acordaron que esta tarde a las tres se llevarian los restos del anciano al cementerio parroquial. Los inquilinos habian pedido algo, algo que no se les podia negar algo que, segun dijo el capataz, era su derecho: llevar el ataud en hombros. ¿Cómo impedirlo?

Tres veces estuve aquel dia en el cuarto de don Ignacio y las tres veces encontré a Segovia en cuclillas en un rincon, con la cabeza sumerjida entre las manos y llorando a mares.

No tardó en llegar el momento en que don Ignacio Garcia abandonara para siempre su casa de La Quebrada. El dia estaba algo nublado y muy frio. Un vientecillo norte soplaba incesantemente, presajiando lluvia; y en sus alas venia el sonido triste de la campanita de la parroquia, que doblaba por su benefactor.

Salió el ataud en hombros de cuatro inquilinos fuertes y robustos, y camino abajo, nos pusimos todos en marcha.

Habia mucha tristeza en el aire, mucha melancolia en la Naturaleza que nos rodeaba, mucha pena en el alma. Los que llevaban el ataud se detuvieron y otros cuatro avanzaron a relevar a los ya fatigados inquilinos. Pero uno de ellos se negó a dejar su carga y continuó con sus nuevos compañeros.

—¿Quién es ese?—pregunté yo a Pepe, que venia a mi lado con los brazos caidos y la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Es Segovia—me dijo.

Y seguimos andando. El viento se arremolinaba, levantando mangas de tierra. El camino se hacia cada vez mas duro, porque repechábamos y el súelo estaba cubierto de cascajo. A poco andar, nos detuvimos de nuevo para que se efectuara el relevo de los cargadores. Segovia movió la cabeza negativamente y dijo en voz baja.

—Yo sigo.

Se oscurecia la tarde y el paisaje tomaba un tinte ceniciento. A lo lejos, se veian las alamedas, cortando la llanura como si fuera



el plano de un injeniero; y allá mas lejos, corriendo por la falda de un cerro, como una línea tirada a cordel, el canal, la magna obra proseguida por don Ignacio durante treinta años de su vida.

¡Qué pesado estaba el camino! Yo casi arrastraba los pies y apenas tenia fuerza para evitar las piedras que encontraba al paso y no tropezar con ellas. De nuevo se detuvo el cortejo y cuatro inquilinos avanzaron a relevar a los otros. Segovia movió la cabeza y dijo con voz mui apagada:

—Sigo.

¡Y adelante! La noche se venia encima con la lentitud con que se viene aun en abril. Se encendieron algunos faroles y seguimos, esta vez bajando por un camino de tierra suelta. Era dificilísimo avanzar y veíamos con inquietud que los cargadores bamboleaban y tenian que clavar los tacos en el suelo para no resbalar. Hasta mí llegaba la respiracion jadeante y entrecortada de los fieles servidores y algo desconocido me oprimia el corazon.

El cortejo se detuvo de nuevo, y de nuevo Segovia se negó a aceptar el cambio, diciendo con absoluta firmeza:

—Yo sigo.

La campanita de la parroquia seguia doblando y ya divisábamos la lucecita inquieta de la torre, donde talvez el campanero enjugaba tambien una lágrima por el patriarca de La Quebrada.

A la luz de los faroles se destacaba delante el fúnebre grupo de los cuatro huasos, que suspendian en sus hombros el pesado ataud; Segovia temblaba de pies a cabeza, y cada vez que afirmaba el pié en el suelo, se le doblaba la cintura al peso de tan horrible cansancio. Pepe avanzó entonces hasta la cabeza del cortejo, y detuvo a la jente.

—Segovia; está bien. Deje que lo releve otro.

—Nó, señor; yo llego al cementerio

¡Y adelante! Faltaba lo mas pesado: una vuelta llena de zanjas que fué necesario salvar paso a paso, y llevando por delante dos faroles. Allí esperaba el cura, y allí se descargó el cajon sobre el suelo.

Comenzaron entonces los responsos. Todos rodeábamos el ataud con la cabeza descubierta y el viento entre tanto soplaba con furia, haciendo caer las hojas de los árboles.

En ese momento algo pesado se desplomó sobre el suelo. Era Segovia, que con una mano sobre el corazon, respiraba como un caballo fatigado despues de una carrera de leguas.

Estaba pálido, y en el rostro mate le brillaban sus dos ojos como dos luces...

Hoi dia los patriarcas de los grandes fundos ya no existen. Se han marchado alameda abajo en hombros de sus inquilinos.

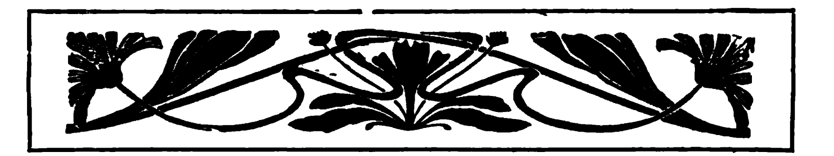
Sus sucesores, que han recibido despedazada la tierra, lejos de tener apego a las viejas casas que habitó el fundador de la fortuna. emigran a la ciudad a edificar allí el palacio.

Al presente, el hacendado que agoniza no va al cementerio sino a la Caja Hipotecaria.

Y para llegar allí no necesita cortejo.

Basta con un corredor de comercio.





Glorias de la Chicotera

La cuestion era difícil de resolver y venia desde muchos años atras, ajitando y revolviendo a los dueños, arrendatarios y vivientes de las dos grandes haciendas el Colmenar y la Granja de Arriba. El asunto se debatia en todos los terrenos y en todos los tonos: con tinta ante el juez del departamento y con sangre en cada topeadura o bochinche en que se juntaban los inquilinos o los patrones de ambos fundos.

El pleito versaba, naturalmente, sobre aguas, elemento que, cayendo sobre los perros que pelean, los separa en el acto, pero que metiéndose en medio de jente de campo, los enardece y los ajita. El papeleo ante el juez iba largo y lento, como se ventilan siempre estas cosas, sin dar oríjen a altercado ni violencias; pero en el terreno, mui diversos procedimientos se ponian en práctica por las partes litigantes para hacer valer ilusorios derechos en que iban confundidos el orgullo de familia y la codicia del dinero, con algo que ellos decian ser la justicia y sólo la justicia.

El cura que distaba apenas dos leguas, de los interesados en esta larga lucha, agotó su injenio, su buena voluntad y sus recursos, para buscar intelijencias, que sin tocar la soberbia de nadie,

pusieran término a rencillas manchadas ya con sangre y que amenazaban quedar en sangre ahogadas. Pero inútil fué que apelara a la caballerosidad del dueño del Colmenar, ni que pusiera a prueba sus antiguos vínculos de amistad y afecto, con los arrendatarios de la Granja de Arriba. La cuestion seguia candente, y a ratos quemaba como brazas, ocultas traidoramente bajo las ceniza de una tregua engañosa.

* * *

Habia comenzado feísima esa mañana de Enero. Todo nublado, ceniciento, plomizo, disfrazaba el eterno verano que habia reinado sobre Colchagua durante tres meses seguidos, haciendo romper al trigo la tierra, crecer en seguida y madurar mas tarde requemándose al sol. Pero andando la mañana, comenzó a descorrerse la entoldadura de nubes que cubria el cielo, y a aparecer por todas partes esa espléndida luz que hace estallar los colores y la vida.

El arrendatario de la Granja habia madrugado y montado a caballo, para ir a reconocer el canal que surcaba todo el faldeo del cerro hácia el lado norte de la hacienda. Llevaba un calañés de paño café, envolvia el cuello con un pañuelo de seda blanco, y se encojia en su manta de vicuña. Caminando al paso del caballo iba pensando en ese largo litijio tan lleno de molestias y sinsabores, culpando como era natural de todos los escollos y dificultades a su antagonista, el dueño del Colmenar.

José Fernández, el arrendatario de la Granja era hombre de cuarenta años, alto, bien constituido, vigoroso, con ese continente del caballero y del hombre de mundo, que se ha habituado ya bastante a las labores rudas del campo, tostándose bajo el sol su fisonomía nada vulgar, y quemándose las manos que debieron ser blancas. Raspado enteramente, con escepcion de un bigote corto y no mui poblado, podia representar seis u ocho años ménos de los que en realidad tenia, y parecer todo un buen mozo a cualquier viuda con deseos de cambiar de vida.

Su contrincante que a esas mismas horas se venia tambien acer-

cando al canal, era mas viejo, pues rayaba en los cincuenta y siete años, pero tenia toda esa firmeza que dá un trabajo constante, perseguido con teson y al mismo tiempo con imperturbable serenidad. Don Belisario González, era todavia lo que se llama un hombre, diestro para el caballo, activo para sus viajes y hasta con fama de tenorio, no sabemos si bien o mal ganada.

Como el litijio de las aguas tenia sus altas y sus bajas, sus momentos de tregua y sus situaciones áljidas, no estrañó absolutamente al señor Fernández divisar que su contrincante se sacaba el sombrero saludándolo, y hasta una vez, mui cerca de él, le estendia la mano para darle ese apreton que si no significa amistad es por lo ménos señal de cortesia y de buenas relaciones.

Se saludaron los antiguos enemigos y despues de conversar dos o tres jeneralidades sobre el aspecto de las cosechas, la falta de brazos, y otros temas agrícolas al alcance de todos, tocaron al principio con timidez y mas tarde con valentia, el largo asunto que los ajitaba.

* * *

Mui pronto, el tono de la conversacion subió un poco mas de lo conveniente. Los dos interlocutores se interrumpian, para rectificarse y se quitaban mutuamente la palabra, todo ello en un lenguaje vivo, demasiado vivo, que provocaba réplicas enérjicas y jestos de incomodidad y de ira.

El diálogo sostenido tan briosamente llegó a un estremo en que era imposible mantenerlo con buenas palabras. El viejo don Belisario, con sus ínfulas de dueño del Colmenar, comenzó a dirijir al señor Fernández cargos y observaciones llenas del mas olímpico desprecio. Le llamó advenedizo, desconocido, "cualquiera"; recordó que su padre, su abuelo y su bisabuelo habian sido dueños no solo del Colmenar y tres o cuatro mil cuadras mas, planas y regadas, sino tambien de la Granja de Arriba y de la de Abajo y de casi tado el departamento; y concluyó por fin, la retahila de jactancias, desprecios y tonterias declarando que no volveria a haber arrenda-

tarios en la Granja, porque aunque fuera hipotecando su camisa habia de comprarla toda entera.

El señor Fernández, que comenzó por oir todo aquello con una risita de burla en los labios, que mas tarde, nervioso por alguna frase mal sonante, se habia puesto a golpear con la chicotera en el cabezal de la silla, y que en seguida habia tratado varias veces de interrumpirle, sin conseguir cortar ese chorro de palabras, perdió por fin los estribos y acercando su caballo con violencia al caballo de don Belisario, le gritó desacompasadamente:

—Acabemos de una vez. Usted es un viejo achacoso; le tengo a usted lástima. Quisiera entenderme con sus hijos de usted, que por lo ménos no tendrán como usted la sangre envenenada.

El arrendatario no alcanzó a terminar: don Belisario se habia abalanzado sobre él, cruzándole la cára de un chicotazo. Ciego de dolor y de rabia, Fernández no echó manos a la chicotera, pero sí se abrazó del viejo, pugnaron ámbos por desprender los brazos, para darse golpes libremente; pero cayeron abrazados al suelo, saltando de un brinco los caballos, y huyendo al trote potrero adentro.

Era imposible ver en medio de la tierra, quien quedaba encima y quien debajo; pero es induble que se alternaban los dos encarnizados rivales, porque a ratos se veia brillar al sol la cabeza algo calva de don Belisario y desaparecer en seguida azotándola en el suelo.

El polvo se levantaba como nube espesa, en medio de la cual una verdadera masa humana se retorcia informe y áspera. La masa iba rodando, rodando, en medio de puñetazos, patadas, rodillazos y golpes de todo jénero, hasta que de repente llegó al borde del canal, y cayó pesadamente al agua.

La corriente los arrastró; pero ninguno soltó su presa. Por el contrario, menudearon los golpes, para ver cada cual de deshacerse de su rival. Como un celaje pasaban a su lado las matas de palqui y de viznaga que crecian a la orilla, cediendo las ramas y arrancándose de cuajo, cada vez que una mano convulsa por la desesperacion se asia a ellas. La masa seguia saltando sobre las piedras del fondo, estrellándose a ciegas contra los costados, lanzando resoplidos para espulsar el agua que por boca, narices y oidos se les en-



traba a cada instante, dándose golpes con los codos, con las rodillas, con la cabeza, con los puños.

Aquello era una esplosion salvaje de odios y de ira. El peligro comun que desarma a las fieras, no lograba calmar ese pujilato sangriento ya, y aunque ni Fernández ni don Belisario veian al travez del agua ni oian en medio del ruido infernal de la corriente, seguian insultándose y pegándose a tontas y a locas, no sin tratar cada uno de sumerjir al rival y trepar sobre él por la orilla.

Los caballos sueltos en el campo, llamaron la atencion de un vaquero que recorria los cercos, al tranco de su caballo. Alarmado, corrió hácia el canal, lo siguió cuidadosamente con la vista, y creyendo ver a lo lejos un objeto que se movia sobre el agua y desaparecia luego para ir a salir mas lejos, se lanzó al galope por la orilla. Inmediatamente se dió cuenta el huaso de lo que ocurria y tiró, diestro como en mil ocasiones, su lazada al medio del cauce, donde cuatro brazos lo pescaron ansiosos de la vida.

No eran dos hombres: eran dos estropajos. El vaquero se desmontó para levantarlos del suelo, donde don Belisario ya se habia lanzado de nuevo sobre el señor Fernández. Pero el pujilato cesó, con la intervencion resuelta del huaso, sirviente viejo del último.

* * *

Vino el domingo. En el gran corralon, mas que plaza, que rodeaba la iglesia parroquial, estaban agrupados unos dos centenares de caballos, mulatos, tordillos, alazanes y overos, bien ensillados unos, mal puestos otros, y pertenecientes todos al inquilinaje de los fundos vecinos. Alineados a lo largo de una tapia de adobones y bajo grupo de sauces ramudos, los caballos se impacientaban por la larga espera de la misa, relinchando, azotándose con la cola para espantarse las moscas, y de cuando en cuando golpeando las piedras con patadas de impaciencia.

Ese dia la misa habia sido mui larga, porque llegado al Evanjelio el cura se dió vuelta a sus feligreses y les dirijió una plática de padre y señor mio, exhortando al inquilinaje a la concordia y alu-

diendo con mal veladas frases al reciente suceso del canal. Recordó el «amaos los unos a los otros», dijo que los agricultores que llevaban una vida de trabajo debian dar el ejemplo de mansedumbre de carácter; agregó que era poco cristiano el espectáculo de tanta jente encendida por el odio; y terminó aconsejando, tanto a los inquilinos del Colmenar como a los de la Granja de Arriba, que olvidaran las rencillas, que en hora desgraciada dividian a sus patrones.

No sabemos si las palabras convencidas del cura llegaron o no al fondo de esas almas sencillas, pero rudimentarias. Allí estaban dos centenares de hombres, de pié unos, en cuclillas otros, con mantas de vistosos colores, y camisa recien almidonada, comiéndose todos con la mirada al presbítero don Policarpo López, pero no sabemos si entendiendo palabra de lo que decia.

Un órgano descompuesto, con la mitad de sus tubos rotos, lanzó en seguida unos chillidos desacordes, y veinte minutos despues el cura se daba vuelta para decir: *ite, misa est*, «idos, porque se acabó la misa».

Yá era tiempo.

Afuera abria el dia con luz espléndida. Un millar de diucas y chincoles, albergados en los sauces y en la barda de las tapias, piaban con un desenfado inimitable. Algunas palomas tendian el vuelo desde la torrecilla de la parroquia y despues de dar una vuelta corta y de aletear en el aire, volvian a meterse por los huecos cuadrados de las vigas. Un viento retozon, primaveral pasaba y revolvia en el suelo pequeños molinillos de polvo.

La puerta de la parroquia comenzó a vaciar huasos y huasos, que se ponian los enormes sombreros de pita y empinaban los pies para no arrastrar las espuelas. Mui pronto comenzaron a trepar a los caballos, y ántes de cinco minutos habia buen número de grupos, que esperaban moviéndose lentamente, a que los demas siguieran su ejemplo.

De repente, cierta ajitacion y una polvareda, llevaron todas las miradas hácia un punto fijo. Sobre las cabezas de los demas y el velo dorado de polvo pue se encendia al sol, se alcanzaba a ver el sombrero de un jinete, la cabeza desnuda de otro, y dos chicoteras entrecruzándose y arremolinándose en el aire.

Era una gresca, y como pasa en tales casos, todo el mundo comenzó a correr en la misma direccion, ansiosos los unos de ver el torneo y los otros de intervenir en él.

Dos muchachos fuertes y bien montados se habian ido de palabras por mui poca cosa, con seguridad por simple enredo de faldas, y mui pronto habian recurrido a zanjar el asunto a chicotazos. Pero ocurrió la desgracia que uno fuera inquilino del Colmenar y otro de la Granja.

El último se iba encontrando perdido, y ya en vez de asestar golpes, levantaba los brazos y la manta, para defenderse de los enérjicos chicotazos de su antagonista. Pero prendió la chispa mui luego, y por un hecho insignificante al parecer. El vencedor en este duelo, al retroceder con su caballo para esquivar una acometida violenta, topó con el suyo a uno de los espectadores *granjinos* que con la sangre agolpada a la cabeza, presenciaba la derrota de su coterráneo. Este espoleó su caballo, se lanzó sobre el triunfador, y lo llevó por delante en una envestida terrible.

Y aquí fué Troya. Cien jinetes contra otros cien se lanzaron borneando las chicoteras y gritando. Todo el mundo reconoció inmediatamente sus filas, y separados *granjinos* de *gonzalinos*, se echaron unos sobre otros, con el ímpeto irresistible de esos dos centenares de caballos de vara.

Una enorme polvareda se levantó en el corralon, subió como el humo de un incendio y envolvió en una funda griz, esa masa que iba compenetrándose y enredándose.

La griteria era enorme, y los resoplidos de los caballos se confundian con el jadeo de los jinetes. Cada caballo tenia el cuello sobre el caballo enemigo, y el pecho sudoroso como una coraza de músculos se atracaba a su costado. Los brazos levantaudo las chicoteras y dejándolas caer como balas, o abrazando otras veces para tumbar al suelo, se habian convertido en verdaderas tenazas de hierro que lo destrozaban todo.

La masa se movia a un lado o a otro, se escarmenaba a ratos, y volvia a comprimirse luego; corria como si fuera una gran rueda de carne humana, y chocaba como una ola con otra.

Cada racha de viento, barriendo a medias el polvo, dejaba asomar como al traves de una trama de hilos que se abrieran, sombreros

rotos, caras llenas de tierra y de sangre. mantas despedazadas, caballos sudorosos. Pero luego volvia a recrudecer el combate, y a volar la tierra y a envolverlo todo.

De repente un grito suena, claro y distinto: *¡la policia!* Y en efecto por la larga alameda abierta al sol, a todo el galope de sus rocines, venian diez infelices policiales del vecino pueblo de Purutun.

Un momento paró la gresca. Se desenredaron los caballos, se bajaron las chicoteras y en silencio, mui en silencio, se separaron las líneas enemigas, miéntras los caballos palpitando por el cansancio parecian cortar las cinchas.

La policia apareció en la desembocadura de la Alameda, hosca, severa, mui posesionada de su papel de pacificadora. Un cabo con un dorman verdoso y ceniciento, se adelantó, e intimó rendicion igualmente a *granjinos* y *gonzalinos.*

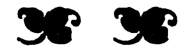
Hubo un momento de silencio. Las espuelas de los guardianes chocaban contra las cinchas, ante la idea de que esos doscientos huasos se negaran a seguirlos.

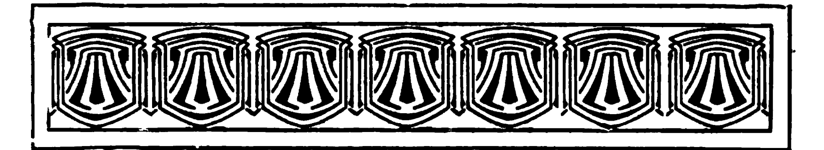
No sabemos si este temblor fué advertido a tiempo, pero despues de un balanceo de la masa, y de dos o tres palabras dichas a media voz, todos aquellos hombres que hacia un rato se estaban despedazando, se unieron en una sola idea, la única que podia unirlos, y se lanzaron sobre la policia.

Los guardianes dieron espaldas a sus perseguidores y se dispararon a carrera tendida por la alameda. Detras corrian tambien los huasos gritando en un enorme chibateo. Y toda aquella polvareda se alejaba por el camino, junto con el ruido del galope y el clamoreo de los jinetes.

....

El cura salió en ese momento despues de tomar desayuno, y al darse cuenta de todo lo que allí habia pasado, se santiguó y se entró de nuevo a su casa.





Meterse con Cristianos

SI SE hubiera criado en un cerro, entre quiscos y espinos, a todo aire, sol y tierra, haciendo siempre su regalada voluntad, dueña y señora de sus actos, sin reconocer autoridad ni rendir obediencia a nadie; no habria resultado mas arisca, huraña, cerril y endemoniada la hija de don Basilio Reinoso, el boticario del pueblo de.....

Era de regular estatura, gruesa de cintura, de caderas y de todo lo que a la vista llevaba. La nariz arremangada, decididamente arremangada, era en su rostro, al par que una ruidosa protesta contra las líneas griegas, un signo evidente de carácter, enerjia y robustez. Seguian los ojos en importancia; dos enormes ojos negros, brillantes, apasionados; pero no dulces, ni húmedos, ni tibios, ni nada de eso. Despues, una bocaza enorme, elástica, que rara vez se contraia con una sonrisa; adoptaba jeneralmente una mueca de disgusto y de mal humor. Morena, pero de excelente color, parecia su cara la lustrosa tez de una manzana remadura, y a veces la vetada pero reluciente superficie de un meloncito de olor.

A pesar de la nariz, que ni siquiera llegaba a ser como la de la zarzuela "cuasi griega" y de la boca que era demasiado boca para

una sola persona, Clarisa era lo mejor del bello sexo de... El conjunto de su persona, la exuberante salud que emanaba por cada uno de sus poros, la limpieza que se notaba en toda ella, desde la cara que tenia solo el color natural, hasta el borde de las enaguas que era siempre blanco; la hacian simpática, atrayente y hasta tentadora.

Pero ¡ai! que llevaba en sí mismo, Clarisa el remedio eficaz para quien, con mirarla se enfermera de mal de amor. Hemos dicho que era huraña como una cabra montes, arisca como una gata alzada. Inútil era que doña Tránsito, su mamá, le demostrara con las mejores palabras, que debia llegar un dia en que sus destinos se unieran a los de un hombre, en que su corazon aspirara al hogar propio y al nido nuevo. Clarisa callaba y oia: pero apenas entendia que de exhortarla al matrimonio se trataba, levantaba la cara, le centelleaban los ojos y decia con voz decidida:

—¿Casarme yo? Que se me acerque alguno a decírmelo y verá bueno!

Y acompañaba esta resolucion dejando ver un brazo mas fuerte y nervudo que la pierna de un cargador.

Y no eran vanas palabras. El diputado del departamento, jóven, no mal parecido, mas amable con el bello sexo que con el sexo elector, se habia dedicado a hacer con la vista, diversas y encendidas declaraciones a Clarisa. Era el diputado hombre entendido en "terracottas" comprendia la belleza, aun dentro de un vaso algo rudo e imperfecto, y desde el primer momento se habia declarado rendido admirador de la arisca lugareña. En una ocasion, almorzaba el jóven lejislador en casa de don Basilio, y no sabemos sí impulsado por la cazuela de estomaguillo, sumamente cargada de ají, o estimulado por el picante chacolí de la última cosecha, o por solo y espontáneo aguijon de su naturaleza exaltada, el hecho es que estiró un pié, buscó el de su vecina Clarisa y le dió uno de esos insinuantes pisotones que no dejan lugar a duda y que significan mas que una larga declaracion verbal.

Clarisa se puso de pié como una pantera y descargó sobre la cara del lejislador un puñetazo tan tremendo, tan enérjico, tan rudo, que se quedó el diputado con ámbas manos en la cabeza. Don Basilio pujó entre el amor filial y su respeto al representante del departa-

mento, se puso primero pálido, despues rojo, despues gris oscuro y terminó por celebrar, junto con el diputado y con una risa nerviosa y simulada lo que sencillamente habia sido una salvajada de su retoño.

Eso era Clasisa. Consecuente como nunca lo habia sido político alguno, tenia su honor en los puños, y no valian contra ella las afiladas flechas de cupido. Para tumbarla en el lecho de rosas, habria necesitado el niño ciego un cañon con balas «dum-dum», y no la sublime tonteria de esas flechas que ya con tanto uso están melladas.

Sin embargo, se decia que Clarisa era sensible y tierna por la parte de adentro, y que a veces sentia su corazon derretido por un mozo; pero que de repente una voz secreta le decia: ¡pega! y ella pegaba sin compasion.

Así pasó una mañana. El sol subia, subia, arreciando el calor de sus rayos y volatilizando el aire esas ondas cristalinas, que parecian impalpables gasas blancas deshechas en el aire. Escaso viento soplaba las ramas verde oscuras de los olmos, y apenas lograba disipar las columnitas de humo de las cocinas de... ..caldeándose para el almuerzo. Clarisa salió sola para llegar hasta la casa de una cuñada que vivia no lejos del pueblo, andando dos o tres cuadras por una pintoresca alameda de árboles nuevos. Iba peinada y lavada como para dia domingo, con toda la ropa interior y esterior inverosímilmente almidonada, y un pañuelito de punto, color celeste, suelto sobre los hombros. La crujidera (no es el «fru-fru», distingamos) de tanta ropa tiesa y acartonada impidieron oir a Clarisa los apresurados pasos de Juanito, el ayudante de la botica, que rápido como una exhalacion, trataba de alcanzarla. Por último, logró ponérsele por delante en actitud de barajar algo y le espetó de corrido una declaracion de amor de cuarenta grados a la sombra. Clarisa vaciló, se apoyó en el tronco de un álamo, y en vez de empuñar la derecha y asestarle la bofetadada de costumbre, bajó los ojos e inclinó la cabeza.

¿Qué pasaba? ¿Qué tenia esa mañana el sol? ¿Qué veneno llevaba el viento en sus alas? ¿Qué especial magnetismo tenian los ojos de conejo malicioso del ayudante de la botica? Juanito, envalentonado avanzó un paso, y miéntras no daba tregua a la lengua, saqueando

a «María», a «Pablo y Virjinia» y a otros repertorios de dulzuras al aire libre, se avanzó hasta jugar con una de las borlitas del pañuelo de punto de la chica. Y Clariza bajaba los ojos e inclinaba la cabeza.

Si en esos momentos hubiera pasado por allí don Basilio, se habria ido de espaldas; si el señor cura hubiera podido presenciar ese comienzo de idilio habria dejado de pensar que Clarisa tenia el diablo en persona dentro del cuerpo; y doña Tránsito misma hubiera creido que sus consejos de todos los dias, encontraban por fin, eco en el corazon de roca de Clarisa.

Juanito no cabia en sí. Pulgada por pulgada iba ganando terreno, y habia dejado ya su accion de quien baraja algo para adoptar la rendida actitud de palomo tierno. La plaza parecia tomada: era Troya vencida por el caballo de madera; era Jericó abierta sobrenaturalmente al enemigo. Un paso mas y habia casorio y gran algazara en el pueblo. Juanito avanzó aun mas: estiró temblando su mano y acomodó una guedeja del negrísimo pelo de Clarisa, suelta por el viento, tras de su oreja... Y Clarisa seguia con los ojos bajos y la cabeza inclinada.

Aquí cabria hablar de la calma que precede a las tempestades, del despertar de un leon dormido, y de mil cosas mas. Porque de repente Clarisa levantó la cabeza erguida, miró altivamente al ayudante, y ántes de que éste comprendiera el cambio de la situacion, ya tenia encima la mas soberbia bofetada que habia recibido en su vida. Pero no paró aquí el castigo: Juanito echó a correr y la chica lo siguió detras, disparándole con fuerza desconocida, piedra tras piedra, con la mas certera de las punterias.

Pasó la tempestad. El sol subió hasta el cenit, ardió la tierra, y el humo de las cocinas de... se alargó en cien columnitas que seguian derechas hasta el cielo.

❧ ❧ ❧

Bien sabido es lo que se preocupan los pueblos chicos de colocar a las mejores representantes de su bello sexo. No habia

dia en que las comadres, despues del rosario, en torno de la lámpara de parafina, no hablaran de la necesidad de casar a Clarisa, porque ya estaba en edad de hacerlo y podria ser una excelente esposa y una perfecta madre de familia.

En estas charlas fué surjiendo la candidatura matrimonial de Pancho Olivares, partido excelente, a creer a esa «vox populi», que segun dicen es la «vox Dei». Pancho Olivares era .. amanzador. Rechazamos la sonrisa que se puede dibujar en muchas caras, porque nadie pensó en esta cualidad de Olivares, que ni pintada le venia a la arisca y cerril hija del boticario.

No habia mala fé ni ironia en la eleccion de Pancho, del fuerte, del robusto, del enérjico amansador que se montaba en un novillo bravo riéndose de todos los toreros que visten el traje de luces, que de un salto cabalgaba las mas indómitas potrancas de los fundos vecinos, que una vez sobre la silla no habia poder humano que lo moviera. Alto, bruto como un poste, moreno tostado, simpático, con las piernas curvas a manera de compas, con dos buenos parches, de hule negro en toda la parte en que los pantalones tocaban a la silla. Pancho reunia, ademas de su carácter a toda prueba, la excelente cualidad de no saber hablar dos palabras.

Nosotros, que somos los únicos maliciosos y de mala fé, podremos pensar si se nos viene en voluntad, que tenia ademas la esperiencia de domar las potrancas indómitas. Y no somos, por cierto, de los que piensan como aquel que, haciendo un salpicon de todos los refranes, decia: «la esperiencia es la madre de todos los vicios».

Comenzó, pues, Pancho a dar crédito al rumor de que él era el único novio de Clarisa y se dedicó a seguirla y a decirla cosas con los ojos, ya que por la boca nada podia salir. Largas horas se pasaba Olivares sentado, mudo como un tronco, al lado de Clarisa que cosia en la máquina ropa blanca o delantales de «vichy». Ella con la boca fruncida en señal de enojo, con una hebra de hilo entre los labios, y el ceño severo y mal humorado; él con la boca abierta, los ojos fijos en la arisca Julieta, y sentado en cuclillas: esa era la pareja y ése su estado permanente, durante semanas y semanas.

Si Pancho no hablaba palabra, Clarisa no podia tampoco ensa-

yar en él sus vigorosos procedimientos, y así, empujados por don Basilio y doña Tránsito y tras ellos, por todo el pueblo, la pareja avanzaba lentamente hácia el curato.

Por fin, llegó el dia del matrimonio. Pancho, sin decir esta boca es mia, y Clarisa sin dejarle caer ni por curiosidad los ojos encima. Solamente cuando al despertar, doña Tránsito le dejó sobre la cama un mundo de ropa, aun mas almidonada y tiesa que de costumbre, la chica se puso seria y preguntó de qué se trataba. Se le dijo que de su casamiento con Pancho y no se pudo arrancarle otra cosa que estas palabras.



—¿Y con ese armatoste me tengo que casar?

Pero la chica debia hallarse en el mismo estado de ánimo que en el idilio interrumpido de la alameda, porque sin chistar y con los ojos bajos, llegó a la parroquia, recibió las bendiciones y la epístola y salió mui oronda entre la algazara de los amigos y conocidos.

Antes de que don Basilio cerrara la botica, para dedicar toda su actividad al suculento almuerzo con que se celebraba la boda, vió que Juanito vaciaba árnica en una taza y alistaba sobre el mostrador, vendas y amarras de toda clase.

—¿Qué haces? le preguntó.

—Nada... Ser precavido. Mañana al amanecer no faltará quien tenga la cabeza rota.

Y al salir a la calle decia entre un grupo de amigos:

—Ahora mucho almuerzo, mucha música y mucho amor .. Pero ¡dejen que don Pancho le quiera acomodar el pelito tras de la oreja!

Llegó la noche y con la noche el silencio, y la pareja de recien casados se sumió en la sombra.

* * *

Mui de mañanita abrió Juanito la botica y se puso a silbar en el mostrador, cuando ¡zás! se abre la puerta del fondo y entra Pancho con la cabeza envuelta y forrada en mil pañuelos.

—Juanito. ¿Tenis árnica? Es mas serio que lo que dicen el casarse.

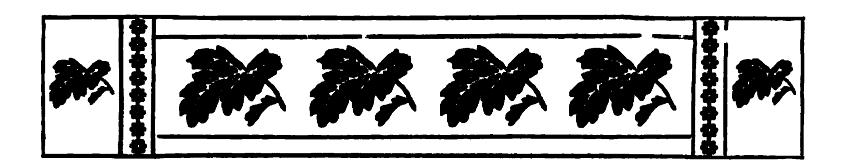
—Mas sabe el diablo por viejo que por diablo, amigo Olivares. Aquí tiene árnica... ¡Jesus, ese ojo! ¡Pero, Pancho! ¡Aquí te han tirado un florero por lo ménos!

Pero el pobre Olivares seguia desenvolviéndose el pañuelo y luciendo nuevas magulladuras.

—Quién me ha metido a mí en estos andurriales ¡cáspita! Mientras me las tuve con potrancas chúcaras, nada me pasó; bien me merezco esto por meterme con cristianos!

Y el amansador echó dos lagrimones inmensos.





El mas bruto de los héroes

ESTAI habia sido preso por *homecida*, como decia él a los que indiscretamente se lo preguntaban, al traves de las rejas de la cárcel. Y a confesion de parte...

Pero, en fin, malo no era el pobre Estai. Se habian metido faldas de por medio, y seguramente copas tambien. Alguien le insultó, salieron a la vuelta de la esquina, pusieron de testigo al policial y se acuchillaron durante media hora. ¿Qué culpa tenia Estai, que el muerto hubiera sido el otro? En cambio, habia sacado una cuchillada en la cara, otra cerca del ojo, un puntazo en la frente y rasmillones por todas partes.

Con la cara llena de sangre fué llevado a la comisaria, donde se la estancó, ántes que pudieran evitarlo, con tierra recojida en el suelo. Y así, con el rostro mitad fiero, mitad grotesco, se paró ante el juez, se encojió de hombros, no le sacaron palabra y fué a parar al presidio.

Allí vejetó el infeliz *homecida*, muriéndose de inanicion. No era la vergüenza ni el remordimiento, los que le enflaquecian: muchas veces habia dicho a propósito de su víctima, que bien muerto estaba, y que no rezaria ni siquiera un Padre Nuestro a las ánimas,

por el descanso de la suya. Lo que debilitaba sus fuerzas era la falta de libertad. Falta de libertad que era la muerte para ese incansable aventurero, libre y soberano como un cóndor, que no reconocia autoridad, ni lei, ni superior siquiera, que no dormia bajo techo, ni calentaba sus manos en brasero alguno, ni conocia madre, ni mujer alguna. Falta de libertad, que era la muerte para ese hombre que no sentia el amor, que no entendia la virtud, que no sabia el alfabeto, que no usaba caballo ni carretela, ni tren, para movilizarle leguas arriba o leguas abajo, buscando un jornal, un compañero o una trilla. Falta de libertad, que era la muerte para ese hombre, que si estaba enfermo se emborrachaba, que si alguien se le ponia por delante lo despachaba de una cuchillada, que si quemaba el sol se acostaba a medio dia con la cara contra el suelo y si estaba húmeda la tierra, de espaldas contra ella.

Estai se moria, sin majestad, sin convulsiones, sin tristezas. Moria, como muere un animal de su clase: emperrado. Juntó un dia los labios, se los mordió para no abrirlos, y se tendió junto a una muralla. Lo pateó el guardian y él ni gruñó siquiera.

—Ese bruto se muere—le dijeron al caido.

Y el alcaide, que en esa fecha—1879—era dueño y señor del presidio, hizo tomar a Estai, ponerlo en la puerta de la calle, pegarle una patada por la espalda y decirlé:

—¡Camina, asno! ¡Anda a tomar un rifle! La polvora te sentará bien.

Estai abrió los ojos y vió no ya la urdiembre mezquina del sol que entraba a la celda, ni esa luz sucia y como mortecina que caia por la ventana. Era aquella esplosion de sol, aquella abundancia de aire, lo único que podia ser: la libertad absoluta. Y corrió como un loco y se cayó varias veces al suelo, y fué a golpear un porton grande, macizo, donde sabia que le iban a recibir con los brazos abiertos; y allí le gritaron: ¡quién vive! y él contestó con brios:

—¡Quién ha de ser, cáspita! ¡Quién ha de ser! ¡Yo!

El sarjento Lambrech torció el jesto, y esclamó en el cuarto de banderas:

—O me equivoco, o el que llega es lo único que nos falta para barrer con los peruanos.

Y era él, era el famoso, el conocido Estai, el mas bruto de los rotos.

A los dos dias, harto ya de frejoles, no era el *homecida*, era el soldado.

o o o

«Las marchas han sido largas—escribia meses despues el sarjento a su mujer—largas; pero nadie se ha aburrido. Estai habla, canta, insulta todo el dia y toda la noche. No deja dormir, pero tampoco deja bostezar a nadie. Tiene a los peruanos en la punta de la lengua, parece que no les tiene mucha lei y que si los encontramos luego, Estai hará alguna de las suyas.»

Iba en la tercera compañia; pero le conocia todo el rejimiento. Cuando armaban carpas, le pasaban a Estai un cigarro para desatarle la lengua: y tendidos unos, y sentados otros, y los demas de pié, formaban esos grupos en que los pintores recrean el pincel, grupos de soldados en víspera de batalla, que se rien a carcajadas, como si la muerte no les siguiera a retaguardia.

Contaba Estai todas las cuchilladas que habia recibido en su vida. ¡Eran muchas! A los quince años habia saltado, en compañia de otro pillo, las murallas de una arboleda para robar gallinas. Surjió la discusion sobre quien se llevaba el gallo; Estai quiso zanjar el asunto a bofetadas; pero el otro tenia mas mundo y, sin decir agua va, le metió un cuchillazo en el pecho. Y el *homecida* se abrió entónces la camisa, para que otro le alumbrara con un fósforo y se viera la zanja, aun no cerrada por el tiempo, en sus carnes duras y tostadas.

Desde entónces, apénas pasó un año sin que le tocara dar o recibir puñaladas. ¡Qué hacerle! Habia tanta jente mala en el mundo; y luego, todo era llegar a una parte sin meterse con *naide*, y armarse la camorra en ménos que canta un gallo. Porque, francamente, hai cristianos que parecen judios!

Era un arnero ese bruto de Estai. Dicen que los gatos tie-

nen siete vidas; pero el soldado del Buin debia tener setecientas.

Al caer la noche, los ronquidos de Estai eran los últimos. Principiaba por cantar, y seguia despues con el tema de los peruanos. Y aun dormido, arrollado ya con la manta, bajo la atmósfera pesada y sofocante de la carpa, insultaba todavia con una pesadilla de tigre.

o o o

La mañana habia amanecido luminosa; pero con olor a pólvora. A las cinco, se levantaba en el oriente como un vapor amarillo, la primera luz del alba, que mas tarde alumbraria un campo de batalla. A esa hora, el corneta brincó sobre su manta, despertado por el capitan de la compañia, oyó dos palabras, vibrantes y secas como un disparo, empuñó el instrumento de bronce y momentos despues el toque de zafarrancho convertia el campamento en un infierno.

El primer grupo fué el de Estai. Sus ojos vivaces lo habian adivinado todo: iba a comenzar la batalla. Instintivamente palpó su rifle, se lo acercó al cuerpo y lo estrechó como si fuera una mujer amada.

Entre tanto, a su lado habia un infierno de carreras, gritos, interjenciones violentas, saltos, movimientos desesperados, ese preliminar de un rejimiento que despierta con el enemigo encima, con la muerte aleteando como un murciélago enorme sobre las cabezas aun dormidas.

Cinco minutos despues, la tempestad se calmaba, las compañias buscaban las líneas, el rumor decrecia lentamente y bajaba sobre el antiguo vivac desordenado y bullicioso, esa majestad silenciosa del ejército que aguarda el combate.

El rejimiento se puso en marcha, descendió una ladera, ocupó el camino, torció una curva, desembocó en un valle estenso

y no tardó en hacer alto y aguardar a discrecion. Por todos lados, corrian ayudantes a caballo, llevando órdenes y trayendo datos.

Un instante despues, allá a lo lejos comenzaba un tiroteo parejo, continuado, lejano, y una línea de globitos blancos, como copos de algodon, aparecia entre los árboles, marcando la infanteria enemiga.

Suena la corneta, las voces de mando se suceden lacónicas, como pistoletazos, y el rejimiento se desgrana como un rosario de cuentas. Un instante despues, diseminadas las compañias y tendidos sobre la yerba los soldados, comienza el fuego, desgranado e inseguro al principio, continuado mas tarde, y parejo como cien ametralladoras, en seguida.

o o o

Estai acompaña sus disparos de una verdadera esplosion de insultos. Con los piés da golpes furiosos en el pasto y llega a enterrar en la tierra húmeda la roma punta de sus botas despedazadas. El sudor le cubre la cara y el humo deja caer sobre ella un hollin glorioso, bautizo de los reclutas.

Sobre la línea de cabezas, recostadas en el pasto, barre el viento la nube de humo blanco como si quisiera ocultar las compañias. Una bandada de pájaros vuela ajitada, proyectando sus sombras en el suelo. Y mas lejos, un trueno lejano demuestra que la artilleria entra en combate y que éste es de vida o muerte.

Dos veces en una hora avanza el rejimiento, volviendo a tenderse en línea. El tiroteo tiene sus alternativas, pero no se estingue; y ya se ve que las balas son mortíferas porque la línea se ralea y quedan muchos bravos con la barriga al sol.

Estai grita y dispara, dispara y grita. Lambrecht lo admira:

—Cállate animal!—le dice—deja que hable tu rifle.

—¡Si es que las balas se me atoran, sarjento!

—Lo que a tí se te atoran son las palabras, bandido. ¿Quiéres callar?

—¡Ya me callo! Las ganas que tengo yo de botar esta escopeta y echarlas a cuchillo limpio... Mire usted que se mueran los niños como moscas, por éstos... de peruanos!

Y Estai echaba mano a la cartuchera y queria meter de a tres balas juntas en el rifle, y se desesperaba de que aquello no matara como él deseábá que matáse.

El combáte se háciá fuerte, fuerte. El sol quemába como un tizon. Lá sangre corria á hilitos entre el pasto, y cada soldado con tierra y sangre, con sudor y pólvora, se veia fiero como un perro bravo.

¡Adelante! Estai se revuelve como un toro, brama, ruje. se enronquece. Tira el rifle, lo recoje, se lo echa a lá cara, dispara vuelve a gritar. Es un endemoniado que ya no se contiene tendido, que ya no cree en su rifle, que rebosá ira y coraje.

—¡Bah! Sarjento, ahí va la escopeta, es un trasto inútil, gritó de pronto el bruto de Estai, botando lejos el rifle humeante y echando a correr hácia el enemigo, sin que Lambrecht lograra alcanzarlo.

—¿Qué va a hacer este bandido? preguntó aterrado el sarjento.

Pero Estai corria, corria. De pronto se detuvo y pareció tropezar.

—Le metieron una píldora—gritó un soldado.

—¡Nada!—dijo otro—este tiene siete vidas. Sigue... ¿lo ven?

Y Estai seguia, pero pareció cambiar de pronto su plan. Se detuvo, accionó enérjicamente insultando a las líneas peruanas. Su voz se oyó desde las guerrillas del Buin, y centenares de ojos enrojecidos lo miraron con asombro. Y en seguida, dió vuelta la espalda a los enemigos, se desató la correa que ataba los ànchos calzones de dril blanco, volvió hácia ellos lo que encontró mas despreciativo volver, inclinó casi hasta el suelo la cabeza para mirar a los peruanos por entre sus piernas, y gritó casi con un rujido supremo:

—¡Apunten aquí... cochinos, bandidos, facinerosos!

Una bala fué a vengar el insulto. Estai cayó de lado, con la

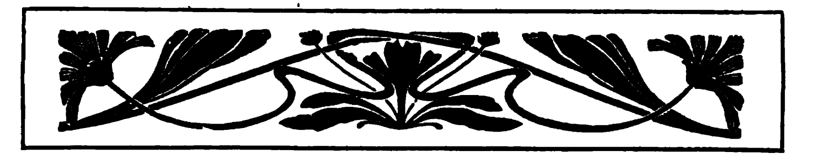
desnuda espalda bañada en sangre, y se estiró, tieso como un poste.

Lambrecht se quedó con la boca abierta.

....

Otros han caido con majestad, con heroismo, con firmeza; Estai tenia que morir como era: a lo bruto.





LOS CHUNCHOS



ESTÁBAMOS reunidos en el pequeño salon de la casa de Ricardo, nuestro amigo del colejio, que, como ustedes deben recordar, se casó el año pasado con una de las muchachas mas encantadoras de Santiago. Era uno de esos salones de casa de campo que conocemos tan bien: ventana con fuertes barrotes de fierro, a un lado; una puerta fuertemente asegurada con su tranca, al otro; mesa redonda al centro y sobre ella la lámpara de parafina con su quemador belga y la campana de cristal, balanceándose con el tiraje del aire caliente; el piano, en seguida, arrinconado y abierto casi siempre para pasar las largas veladas del campo, con las dulcísimas armonías de Shumman y los trozos inspirados de Mendelsson, Rubinstein y Greig.

Esa noche habia principiado admirablemente bien. Abierto sobre el atril del piano un grueso cuaderno de *Pagliacci*, con una fantástica portada en sepia, sobre la cual se destacaba la cara de un payaso con su gorro puntiagudo, se pidió a Elena, la mujer de Ricardo, que nos tocara algunas de las piezas de su repertorio. Del *ridi, pagliaccio* se pasó insensiblemente al *intermezzo* de *Caballeria*.

Estaba encantadora la velada. En una mesa se hacia intrincada partida de damas entre Ricardo y el mayor Garcia; en la otra hojeá-

bamos con la chica, hermana de Elena, un álbum de la revolucion francesa, en que desfilaban jacobinos y jirondinos con gorros frijios y amenazantes picas, los retratos de Mirabeau, Danton y Robespierre, y los de la infortunada Maria Antonieta y de la princesa de Lamballe. De cuando en cuando caian sobre las hojas mariposillas nocturnas, tostadas en el tubo caliente de la lámpara, y que nos veíamos precisados a barrer con un soplido.

Calló el piano con las últimas melodias de una pieza de Chaminade, y Elena se dió vuelta hácia nosotros, haciendo jirar el piso del piano.

—¿Qué hai? Esos jugadores todavia no se cansan. Con seguridad que ni saben lo que he tocado... Y vamos a ver usted, señorita Sara, ¿no piensa acostarse esta noche?

—¡Ai, hermana! ¡Qué lindas son estas estampas!

En el instante de silencio que siguió, se escuchó a lo lejos la canturria pertinaz de los sapos, tan suave, tan plateada como si fueran gorgoritos de agua, eternamente golpeados por un chorro. Hubo un momento en que todos pusieron atento oído a esa melodia del silencio, que parece el himno que entonan los campos al sosiego reparador de las noches serenas.

De repente, un graznido metálico, cortante, seco, sonó afuera en uno de los árboles vecinos a la ventana. Elena abrió sus ojos azules, palideció un tanto y esclamó con marcado acento de susto:

—¡Un chuncho!

El mayor Garcia dejó caer las cartas, levantó su cara de artillero, con los gruesos bigotes erizados a la prusiana, y preguntó:

—¿Cree usted en estas supercherias, Elena?

—No... talvez no. Pero, francamente, preferiria no sentir nunca cantar a un chuncho.

—Pero eso es una niñeria, agregó Ricardo. El que despues que cante un chuncho se muera una persona, es lo que puede ocurrir despues de cualquier canto. ¿Tienes seguridad de que despues de habernos tocado tú ese precioso *intermezzo* de la *Caballeria*, no puede morirse alguno de los presentes? ¿Echaríamos por eso la culpa a Leoncavallo? Vamos, Elena, eres demasiado intelijente para que des oído a tales tonterias.

Elena calló; pero como yo en ese momento cerraba el álbum,

despues de mirar la última lámina, que, si mal no recuerdo representaba a Camilo Demoulins en el juramento de la Cancha de Pelotas, me sentí tentado a tomar parte en la conversacion.

—¿Me promete usted, Elena, no darle ninguna importancia al cuento que voi a contar?

—Antes de conocerlo, imposible.

—Es condicion esencial. Si no, me veré obligado a no contarlo.

—Acepto. Vamos al cuento.

Los jugadores dejaron las cartas y se colocaron en actitud de escuchar; empujé yo, léjos, el álbum de la revolucion; y principié así:

—Pasaba las vacaciones del año 93 en el fundo de *Los Rosales*, con su arrendatario Miguel Antonio Espinosa, que fué compañero mio de Universidad y un excelente amigo.

—Conocí a su padre—dijo el mayor Garcia.

—Era cosa averiguada que llegando yo de Santiago a *Los Rosales* no se dormia. Conversábamos durante la comida, despues de la comida y hasta despues de acostarnos, puesto que lo hacíamos en un mismo dormitorio, que tenia una gran ventana hácia la huerta. ¿De qué hablábamos? Ante todo de la situacion política, despues de los amigos, enseguida de algunos temas del repertorio masculino, y por último, de literatura y arte. El cuento era hablar hasta por los codos y en mas de una ocasion, despues de luminosa disertacion mia sobre la pintura moderna, me encontraba con que Miguel Antonio roncaba como un bienaventurado.

Era la noche del 23 de enero. ¿Lo olvidaré? ¡Imposible! En medio de nuestra charla un grito de chuncho hizo saltar sobre la cama a mi amigo, que era el hombre mas superticioso de la tierra. Encendió la luz y me preguntó con voz verdaderamente irritada.

—¿Has oido? ¡Caramba con el animalito fastidioso!

—Ríete, hombre, de esas cosas .. Como te decia, la escuela *brerafaelista* influye hoi en la pintura de una manera desesperante...

—¡Otra vez! ¿Pero has oido a ese pajarraco? ¿Tendré que echarle al cuerpo una buena dósis de municiones?

—Cálmate, hombre. Oye lo que dice Julio Lemaitre en un artículo del *Figaro*...

—¡Cáspita con el chuncho! Fíjate como chilla el badulaque ¡Pero. hombre! Esto es para perder la paciencia...

Dice Lemaitre, que la potencia decorativa, va primando sobre el poder imajinativo de antaño. Yo, te diré, no pienso como Lemaitre; pero se me figura que no va en esto del todo descaminado..

—¡Caramba! Yo no aguanto mas esta serenata de afuera, te juro que lo mato..

Y sentí que Miguel Antonio saltaba de la cama y prendia su vela.

—Pero, ¿qué vas a hacer, loco?

—A matarlo. Déjame!

—Pero, hazme el servicio de no ponerte imbécil ¿te arriesgas a cojer una polmonia, por matar un chuncho!

A estos agoreros de cosas malas, es menester darles una buena leccion, Anjel. Por lo demas, tu comprendes que yo me rio de las pulmonias.

Miguel cojia, entre tanto, su escopeta Lafoucheux de dos cañones, la cargaba con sus respectivos cartuchos, se introducia dos en el bolsillo, y salia determinado a acabar con el chuncho.

Me reí de la aventura, porque aunque Miguel por su salud de fierro estaba garantido contra las pulmonias, no dejaba de ser una barbaridad correr a la huerta en camisa de dormir para castigar a un chuncho cantor.

Hasta aquí llegaba en mi relacion, cuando noté que Elena me escuchaba con demasiada emocion. Sus dos enormes ojos azules estaban preñados de lágrimas, y su pecho se alzaba ajitado por una respiracion nerviosa.

—Señora: eso no es lo convenido—le dije—usted se está impresionando.

—No, no— me contestó, azoradamente—siga usted contando. Me interesa mucho.

Bueno;—al poco rato, sentí un disparo cerca de la ventana e inmediatamente un volido rápido, que indicaba que el chuncho habia escapado sano y salvo.

Un instante despues, allá mas léjos y desde la copa de un árbol,

salian los mismos gritos metálicos y cortantes de ese avechucho incómodo. Miguel me golpeó la ventana:

—¿Has visto animal mas porfiado?—me dijo—¿lo sientes allá lejos? ¡Pues allá lo voi a matar!



Y sentí en efecto que Miguel corria hácia el fondo de la huerta. Unos diez minutos mas tarde, el segundo disparo resonaba en el silencio de la noche. y no tardó en abrirse ruidosamente la puerta del dormitorio y entrar Miguel, diciendo con una alegria verdaderamente infantil:

—Lo he muerto, Anjel. Cayó como una flecha al suelo. Mañana lo buscaremos... Pero, ¡cáspita con el frio!

—¡Señora!—volví a decirle a Elena—¡usted se impresiona demasiado! No sigo adelante.

—¡Oh!—dijo, refunfuñando, Ricardo—no le hagas caso; sigue no mas...

Bien. Al dia siguiente al levantarme, Miguel, que siempre lo hacia dos horas ántes que yo, permanecia en la cama.

—Me siento mal—me dijo—estoi algo afiebrado, y siento aquí en la espalda una punzada.

—¡Malo, malo!—dije yo.—Llamaré al doctor Ruiz, que está aquí en Coltauco. Lo divisé ántes de ayer.

No les pondero, si les aseguro que Miguel se nos fué en veinticuatro horas. Ruiz me aseguraba que jamas habia presenciado una pulmonia mas fulminante. Se lo voló la fiebre; todo fué inutil. Llegó el cura, lo absolvió y le puso la estremauncion. Habia muerto.

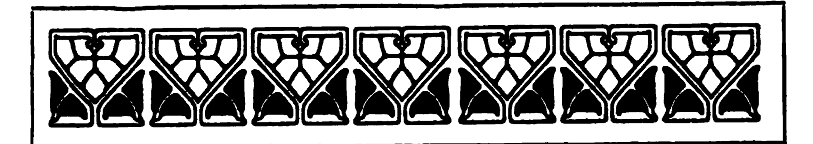
—¿Ahora me preguntarán ustedes si me asustan los chunchos?

Pues les aseguro que no. Me rio de ellos, como me he reido siempre y como me reiré toda la vida.

—Hoi no duerme la señora Elena — dijo Ricardo en tono zumbon.

Y un momento despues, sentados en torno de la mesa, bebíamos la taza de té, riéndonos de muchísimas cosas divertidas.

Veinte dias mas tarde recibí en Santiago el siguiente telegrama: «Elena ha muerto, avisa a familia. Voi con cadáver en el espreso de mañana.—*Ricardo*.



LA TRILLA

(CUADROS DEL CAMPO)

LA AGRICULTURA nunca está tan decaida ni tan en ruinas como se asegura por ahí, en la prensa y en los clubs. Y la razon es que los agricultores son quejumbrosos de suyo y nunca confiesan el cincuenta por ciento de sus ganancias.—¿Cómo está la cosecha este año? se les pregunta.—Regular, contestan en el mejor de los casos.—¿Y la viña?—Helada enteramente.—¿Y las chacras?—Mui atrasadas: no darán los gastos.

Con esto y el deseo de teñirnos el horizonte, varias personas de buena voluntad dicen por ahí que la agricultura es un cadáver insepulto, que el salitre se acaba el dia ménos pensado, que las minas no son nuestro porvenir, y que Chile va a amanecer de un momento a otro sin mas esperanzas que el trigo y los ganados.

Conviene, pues, para el caso en que lleguemos a ser un pueblo agrícola, que nos habituemos a mirar algo mas que el mar y sus accesorios, y volvamos la vista a uno de esos pedazos de llanura verde, surcadas de alamedas y encerradas en cerros llenos de chaguales y espinos.

El trabajo comercial es árido como una operacion aritmética: un telefouazo, una contestacion, una suma, y está todo terminado, sin dejar otro rastro que el pago de la comision.

Pero el trabajo del campo tiene tanto color como la paleta revuelta y enmarañada de un artista. El cielo se abre terso y limpio como una concha de raso azul; por el oriente se estiende la gran muralla que nos ha dado Dios, por el occidente el mar, y en este inmenso teatro en que funciona el sol dejando caer con regularidad desesperante sus rayos de fuego, el agua estendiendo su riego y reverdeciendo los campos, y la tierra fructificando con la potente fecundidad de madre, se ajita todo el mundo agrícola, vivo y risueño.

Han llegado los últimos dias de enero, y se está haciendo *la encierra* con inusitado vigor y actividad. Ya no hai siesta! Las enormes carretas cargadas hasta el tope de espigas doradas, van bamboleantes por los caminos, con el eterno chirrido de sus ruedas, reproduciendo en forma rústica y desbordante el mejor cuerno de la abundancia de nuestros campos.

La llanura sembrada se ajita por el viento en olas de espigas, que dan reflejos de oro. A lo lejos asoman sus cabezas en el trigo los segadores inclinados sobre la tierra moviendo incesantemente la hechona, y mas lejos se estienden los cerros de la cordillera, que por mas que se empinan no alcanzan a ver el mar.

La encierra ha terminado y va a comenzar la trilla, lo que se nota en el ambiente, que está mas perfumado; en la brisa, que trae punteos sueltos de guitarras y lejanas voces de cantoras que ensayan la garganta.

Las máquinas Ramson que turbaron un dia con su largo silbato el silencio de los campos, hicieron huir con alborotado y frenético galope a las yeguas que hacian la trilla bajo los cascos de sus patas. La trilla se apagó, se descoloró, se fué en el medio de un escape de vapor, como la última esencia de una vieja y poética vida de algazara campestre.

Las máquinas son prosaicas de suyo, porque hacen el eterno cuadro del trabajo moderno con una chimenea que arroja humo y un volante que jira con ciclópea velocidad. Esos émbolos

han espulsado, de entorno suyo, el color, la vida animal, el viento y el aroma.

Vamos, pues, a un rincon donde las yeguas hayan parado su galope y encontrado asilo contra la invasion de las Ramson.

Ha amanecido el dia de la trilla; un dia de febrero, claro, luminoso, lleno de sol, abierto hácia todos lados. La *era* es un acinamiento de aristas doradas, que parece concentrar y atraer sobre sí toda la luz y todo el sol del valle.

Por las alamedas avanza las carretas, cargadas con todos los menesteres, incluso las niñas, que van afinando ya las guitarras y tamboreando sobre sus sonoras cajas.

De todos lados vienen jinetes, con sus espuelas de grandes rodajas, que suenan como cascabeles de plata, y la manta dominguera doblada al hombro con *chic* sin igual.

En la ramada se van juntando, saludándose, echando cálculos sobre lo que *rendirá* la cuadra, ponderando sus caballos y esperando que lleguen las niñas a alegrarlo todo con sus ojillos de gatas enamoradas, y la voz plañidera y melosa con que cantarán:

¡Tan chiquitita y con luto,
Dime quien se te murió,
Que si se ha muerto tu amante,
No llores que aquí estoi yo!

Por fin, a lo léjos, por la puerta de trancas del potrero, aparece una polvareda: ¡Son ellas! No nos referimos a las niñas, sino a las yeguas.

Su marcha remece el suelo alfalfado y endurecido por el sol, y se van acercando como una avalancha, sueltas al viento las crines, la cabeza balanceandose con coqueta alegria y el braceado galope mostrando la buena sangre de la yeguada.

Los jinetes se separan de la entrada, parten al galope, revuelven sus caballos, y abren por fin calle a la enorme cuadrilla que relincha, se encabrita, levanta las orejas, se detiene ante la abertura de la quincha, y se lanza despues silenciosamente sobre el trigo que forma un muelle colchon a la yeguada.



El galope se cambia dentro, primero en trote y despues en paso; y no se sienten ya los pasos sino el crujido de la espiga envuelta y desmenuzada bajo los cascos de las yeguas.

Los jinetes se ofrecen la preferencia, para correr; por fin se lanzan dos y comienza la trilla, la alegria y la fiesta del campo.

Las yeguas van al galope, saltando casi y enterrándose en el grueso colchon de espigas. Es un círculo vertijinoso, que da vueltas, que se emborracha con sol, con luz, con fuego, con el polvo que se levanta por el aire y cae jugueteando con millares de pajitas que parecen plumilla de oro caida del cielo.

Mas tarde las yeguas no se ven entre el remolino de la paja que levanta el viento y el polvo dorado que envuelve la cara; y los jinetes siguen sucediéndose de dos en dos alternando sus clamores, con risueño y variado estribillo.

Mas tarde aun, humea la cazuela a la sombra de los árboles, corre chacolí superior, suena el punteo de la guitarra, sale a cancha una pareja, y hai ojos que centellean, sangre que bulle, cuerdas que se destuercen y enredan, tamboreo que despierta un viejo cúmulo de recuerdos, y canto, canto alegre, vibrante, que va rodando por las alamedas y llega al faldeo del cerro, y vuelve en ondas sonoras despedidas por el eco.

Y bajo ese cielo azul, que es el nuestro, ante esas montañas testigos de toda nuestra vida de pueblo, con ese canto que es tambien nuestro, la sangre chilena hierve, como hierve dentro de la holla de greda la cazuela espumosa y picante.

....

En una trilla bailaba un huaso jóven y alegre, con la mano en la cadera, y los ojos tiernos fijos en los jiros endemoniados de su endemoniada compañera de baile. Eso era cueca! Qué lijereza de pié, qué culebrear de cuerpo, qué hacer de lindezas desde la cadera para arriba, y de dibujos para abajo! El chacolí corria, y ese huaso era ya un instrumento sonoro, porque de sus labios salian chistes a borbotones, de su garganta tonadas armoniosas y tristes, y de sus ojos un volcan de pasion.

Cuando todos se agrupan para verlo, y oirlo, para no perderle una sílaba, parecia que estaba allí todo el pueblo de Chile encarnado en ese rotito de ojos negros.

De repente, le brillaron los ojos; el chacolí, el canto, el amor, el sol, la luz, los ojos de las mujeres, el olor a la madre tierra exuberante y rica de verdura, habian embriagado a ese reicito del campo.

Saltó a su caballo, montó en él, apretó las espuelas y se lanzó al galope.

¿Donde iba? Todos se levantaron y lo vieron desaparecer por una alameda a todo el escape loco de su caballo tordillo. Despues se siguió sintiendo el ruido del galope en la calma del campo, y despues hubo silencio.

Los que siguieron detras para alcanzarle lo encontraron deshecho contra la primera valla de piedra del cerro.

¿Porqué se habia lanzado ese hombre en esa carrera loca, vertijinosa, suprema?

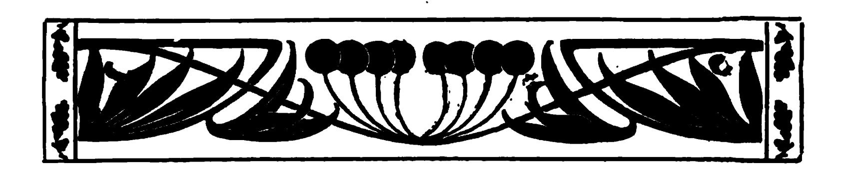
¡Ah! Habia algo estraño en ese suicidio, en el suicidio grandioso de ese muchacho producto vírjen del suelo chileno, que tenia corazon grande, alma impetuosa, cabeza despierta y pasiones hondas.

Y esa carrera suprema, brutal, loca, ¿no tiene una nota del himno de nuestras batallas, del grito de nuestras cargas a la bayoneta, y del viva de nuestros triunfos?

Chile está en las batallas; pero está tambien en los grandes dias del campo.

En las ciudades a donde llegan los buques de Europa trayendo en las plegaduras de sus velas el molde universal y cosmopolita de la moda, va desapareciendo ese Chile criollo que aun no ha encontrado su cantor.





UNA FIGURA DE ANTAÑO

Don Pedro de Castro



No sabemos si en efecto eran mas simpáticos los padres de nuestros abuelos, o es que los vemos así al traves de los recuerdos de familia y en las viejas telas con marcos dorados de las casas de Santiago.

Pero debemos reconocer por lo ménos, que hace sesenta años se encontraba todavia la sangre andaluza en toda su fuerza. Mas tarde, han dado en decir que somos los ingleses de Sud-América, lo que significa que se ha borrado ya la influencia de esa simpática y noble sangre de holgazanes de buen humor.

Hoi por hoi nos entregamos a los sajones, con lo que aun perderemos el último resto de esa sangre, hasta que en época no remota, nadie recuerde que fué español Pedro de Valdivia.

Pero en fin, a lo hecho pecho. La siesta ha pasado a la historia; las animadas charlas jugando brisca, carga burro y loteria al calor del brasero, son sólo un recuerdo borroso; el té ha espulsado de todos los reductos al mate colonial: hoi no se chupa la bombilla, se chupa el presupuesto.

Sin embargo, a pesar de las positivas comodidades que nos da la

vida moderna, se siente cierto agrado en detenerse a mirar esos retratos de los caballeros antiguos con su bigote afeitado, el cuello abierto y la triple vuelta del enorme corbatin negro.

No hace muchos dias mirábamos uno. Rostro ovalado, ojos vivos, que parecian guardar ciertos picarones destellos de los veinte años, boca grande, que debió lanzar estruendosas carcajadas en las noches de lluvia al llamar en la loteria «los anteojos de pilatos» al 8, «los dos patos» al 22, «la edad de Cristo» al 33, «para arriba y para abajo» al 69, que tambien sin respeto ninguno hácia las señoras se llamaba «vomitivo y purgante». En fin, era un simpático viejo el del retrato, uno de esos viejos a los cuales da ganas de decirles golpeándoles familiarmente la calva: «¡Ah, tunantuelo, cuánto te habras divertido!»

—¿Sabe usted quién es? nos preguntó repentinamente la dueña de casa.

—Nó, señora.

—¡Este es don Pedro Castro!

Se cumplia uno de nuestros sueños dorados: conocer lo efijie del hombre mas ebustero que ha nacido bajo el suelo de Chile; pero del embustero mas liviano de sangre y mas simpático.

Recordamos en un instante cuentos y anécdotas que bajo su nombre corrieron por estas tierras. como una fresca ventolera de huerto haciendo reir a las muchachas de entónces, que hoi son abuelas nuestras.

Contaba don Pedro Castro que en cierta ocasion lo perseguian unos bandidos, con verdadero ensañamiento. El corria a pié, saltando cercas, murallas, acequias y los bandidos detras, sin aflojar un punto. Llegó un momento supremo en que don Pedro Castro se detuvo espantado al borde de una quebrada. Un chorro de agua caia al abismo y se perdia en la oscuridad. Allí no era posible saltar, ménos aun retroceder, y entre tanto los bandoleros avanzaban hasta alcanzarlo.

—En ese momento decia—dando con el jesto, con la voz y con la accion, enorme interes a su aventura—en ese momento tuve una inspiracion. Me santigüé y me bajé rápidamente por el chorro hasta poner los pies en el fondo de la quebrada...

—¡Bah!—interrumpe alguien—pero tambien bajaron por el chorro los bandoleros.

—¡Nó, señor! ¡Qué habian de bajar! No seria yo quien soi, ni me llamaria Pedro Castro, para servir a ustedes por muchos años! Junto con llegar al suelo de la quebrada, saqué mi cuchillo y corté el chorro de un golpe,

Pero ninguna anécdota de don Pedro Castro se ha guardado con mas respeto que la fuga de su loro, que él contaba con colores vivísimos.

—Lo idolatraba—decia a sus amigos—era un loro que parecia una persona. Cuando me acercaba a la jaula me saludaba con una venia elegante, y al tocar la oracion se santiguaba con una patita, Tenia ademas una memoria sorprendente, porque llegó a aprender el Ave Maria y la rezaba de un tiron sin equivocarse jamas. Un dia el loro se me escapó dejando mojada la jaula con sus lágrimas. Seguramente habia sido la suya una tiernísima despedida.

Pasaron los dias. Era una tarde de enero, luminosa, clara dormida. Don Pedro Castro estaba sentado en el corredor de su casa contemplando el paisaje de campo que se estendia delante de él cuando sintió un estraño rumor que venia creciendo gradualmente por los aires. Puso el oido alerta; aquello debia ser sobre natural, se escuchaba en el aire un rosario coreado: una voz alta, una voz de soprano llevaba el coro, y cien, mil voces, respondian al unísono.

Don Pedro Castro saltó de su asiento, corrió al medio del patio, y fijó sus ojos en el azulado espacio. Pero, ¡oh sorpresa! una enorme bandada de loros avanzaba en caprichosa formacion. Al frente de todos reconoció a su loro, a su querido loro, que decia con voz robusta y clara: «Dios te salve, Maria», etc... y el coro respondia inmediatamente... «Santa Maria, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores»...

El loro ingrato suspendió de punto su aéreo rosario y mirando hácia la tierra esclamó con voz entrecortada:

—¡Adios don Pedro Castro, adios!

Y la bandada se alejó por los aires, haciendo sentir sobre los campos esa estraña plegaria.

¿De dónde habia sacado don Pedro Castro estas colosales pero hermosas mentiras? ¿Dónde habia soñado ese rosario enseñado

pacientemente por su loro y rezado al traves de las cañadas y potreros de Aconcagua?

Otra vez llegaba don Pedro Castro a su fundo, donde estaba su familia alarmada por la tardanza. Iba de Santiago escoltando una partida de mulas. Para esplicar su demora, debida no sabemos a qué aventuras, se vió obligado a zurcir una historia.

Habian hecho alto al llegar a Curacaví, en un zapallar, donde soltaron las mulas y se tendieron los arrieros a dormir. Al amanecer las mulas habian desaparecido, y la consternacion de todos fué enorme.

Sin embargo, se sentia apagado el ruido de la campanilla de la *madrina*, lo que queria decir que no estaban mui léjos.

«Dos horas llevamos—decia el *poeta* de esos tiempos—de dar vueltas en busca de las mulas, cuando de repente casi me fuí de espaldas por la sorpresa. Un zapallo enorme habia a mi lado, y de adentro salia el rumor de la campanilla y los pasos de las mulas.» Era, un zapallo hueco, dentro del cual se habian metido las mulas buscando qué comer.»

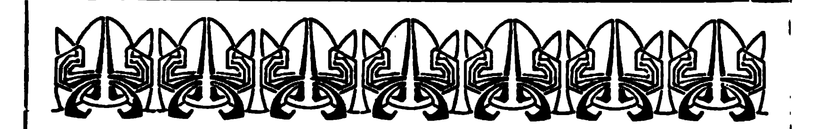
No sabemos si desde entónces data llamar *zapallos* a las mentiras demasiado grandes, a esas que no caben bajo el modesto calificativo de *papas*.

Don Pedro Castro mintió hasta la última hora de su vida. «Dejo a mis hijos doscientas mil ovejas», decia en una de las cláusulas testamentarias.

Y en el instante de lanzar su último suspiro, dijo al relijioso que lo asistia:

—¡Qué chasco se van a llevar mis herederos!





BUSCANDO UN HOMBRE

8 DE OCTUBRE



EL ANIVERSARIO de la toma del «Huascar» nos hace recordar siempre la figura pálida, enfermiza y silenciosa, que recorria las calles de Santiago hasta hace pocos años, huyendo del bullicio de la política y del vaiven de los negocios de estado y contentándose con vivir de los recuerdos y de las esperanzas. Llevaba siempre la gorra de marino y un levita negro sencillísimo, ajustado a su cuerpo ríjido.

Apoyado en un baston, con fisonomia severa e impasible, era ese un espíritu de hierro dentro del mas frájil vaso que puede suministrar la naturaleza, un hombre en que el alma era grande y mezquino el cuerpo, vigoroso el cerebro y raquítica su envoltura.

Si uno admira a veces que sirva la tierra para imprimir en ella el sello jenial de un artista, dejando fresca la huella del dedo que la amolda, y haciendo volar sobre sus contornos groseros la vida del arte; era de admirar que las enerjias y el carácter del contralmirante Riveros, estuvieran aposentados en una naturaleza de apariencia

tan débil y tan frájil, en un cuerpo que parecia poder arrastrar una racha violenta y atropellar la carrera de un muchacho.

En el año 1879; la figura del valeroso don Juan Williams Rebolledo, juzgada ya por la historia, se iba velando tras la humareda inútil de muchos desgraciados planes de combates. No siempre es el valor, el secreto de los grandes éxitos. La opinion, que tenia en él fijas sus miradas y puestas sus esperanzas, comenzaba a desalentarse, viendo retardarse de dia en dia ese sueño dorado en que estribaba su ambicion mas justa: la toma del «Huascar».

Entre tanto, el que hoi dia es un viejo recuerdo de glorias pasadas, un verdadero altar al que lleva ofrendas el alma chilena, constituia entónces una siniestra amenaza para nuestras costas. A las luces indecisas de los crepúsculos se veia pasar, recostado sobre el horizonte como una ave jigantesca, ese buque en que iba un héroe peruano, y el charco aun fresco de la sangre de un héroe chileno.

El Gobierno creyó que habia llegado el momento de pensar en el sucesor de Williams Rebolledo. Pero... ¿existia ese sucesor? ¿Podria alarmarse a la conciencia pública, nerviosa y suspicaz, pendiente hora tras hora del telégrafo, con verdaderos espasmos de ansiedad, de alegria o de dolor, y que habria recibido un golpe de muerte con cualquiera vacilacion?

Resolvió el Presidente de la República llamar a su lado al intendente de Valparaiso, don Eulojio Altamirano, cuya serena personalidad política era ya desde entónces consultorio obligado en los momentos difíciles y cooperacion deseadísima en las situaciones vacilantes.

Se trataba de sondear en Valparáiso con suma cautela, con refinada diplomacia, a los marinos influyentes, sobre la persona que a juicio de ellos podria suceder a don Juan Williams en el caso desgraciado de que llegara a faltar. Era menester efectuar esta operacion, con mas tino que el sondaje que se hace en las entrañas de un enfermo; una precipitacion, un olvido, una indiscrecion cualquiera podria hacer fracasar este paso prelimimar que se habia atrevido a ensayar el Gobierno.

Por esta razon nadie podia ser mas a propósito que don Eulojio Altamirano, para arrancar del fondo del alma el oculto pensamiento y la opinion sincera, a hombres naturalmente espuestos a los rece-

los, a las suspicacias y a las naturales envidias propias de todo gremio o profesion, por nobles que sean. Habituado a ensayar, en el laboratorio de la política, injeniosas aleaciones que resistieran a la accion de los ácidos opositores; sereno conductor de los gabinetes al traves de pasos nuevos y de emboscadas difíciles; hombre de reflexiva discrecion, de sagacidad contenida, de frialdad espontánea; pudo fácilmente el intendente de Valparaiso, captar ese secreto, llave de un problema que parecia sin solucion, y al que tenia el Gobierno vinculado en ese instante todo el porvenir de las operaciones navales.

Tócale el turno a un capitan de navio, cuyo nombre no estampamos aquí, por temor de equivocarnos. El señor Altamirano trató el tema, el único tema del dia: la toma del «Huascar». Su interlocutor, habló naturalmente de nuestros buques; de la pereza o poca enerjia con que se llevaban las operaciones; de la fama que cualquier dia podria alcanzar Williams con alguno de esos actos de arrojo que se le conocian; en fin, de todo aquello que mas o ménos se relacionaba con las preocupaciones de esos instantes de ansiedad.

El intendente dejaba que aquellos pensamientos se encaminaran a su fin, empujándolos a ratos y dejándolos otros que tomaran su inclinacion natural. Por fin echó a fondo su estocada de esgrimista político.

—Yo espero mucho de Williams—dijo despreocupadamente el señor Altamirano—creo que podrá colmar las esperanzas de la opinion. Por esta razon me aflije la idea de que el jefe de la escuadra pudiera caer herido en algun combate. Yo, francamente, no veo el sucesor.

El marino inclinó la cabeza y frunció el ceño para meditar. Era indudable que solo en ese momento se le ocurria pensar que Williams era de carne y hueso, y que por consiguiente cualquier dia podria sucumbir en el puente de la nave.

—¿Sucesor? Es verdad; yo tampoco lo veo...

El intendente levantó alarmado la cabeza, y se quedó oyendo con toda el alma esa confidencia que llevaba visos de ser sincera.

—...no lo veo. Porque, si yo pensara en... ¡pero no! Quien sabe si ese podria ser... aunque la verdad es que talvez no sirva.

Se veia claro que por allí, al rededor de esa cabeza, volaba un nombre, con esa incómoda persecucion de la mosca que se espanta y vuelve con fastidiosa insistencia a posarse en la frente. El señor Altamirano hacia esfuerzos mentales porque su interlocutor largara el nombre, que pugnaba por salir a sus labios, como el agua que burbujea y suena en la boca de la llave, momentos ántes de que se la abra para que suelte el chorro. Quizás violentando algo su reserva, el intendente se atrevió a decir:

—Pensaba usted en...?

—No se estrañe usted, señor intendente; pensaba yo en Galvarino Riveros.

El señor Altamirano se enderezó aun mas que de costumbre. miró fijamente al marino para ver si allí no habia una burla y dijo serenamente:

—¡Riveros! Creí que estaba enfermo. Lo he visto tan mal, tan pálido, tan triste...

—Es cierto; pero no hai otro.

Y así, tan decisivamente terminó aquella conferencia, en cuyo molde se pueden vaciar las que se siguieron. Don Eulojio Altamirano se hizo esa semana el encontradizo con todos los marinos de cierta notoriedad que estaban en Valparaiso, y con todos tocó el mismo punto.

Probablemente, en aquella ocasion se consultó tambien a cierto capitan de navio que ambicionaba el comando de un buque y que muerto de ganas de conseguirlo, le dijo un dia a don Rafael Sotomayor, Ministro de la Guerra:

—¿Sabe usted lo que anda diciendo el pueblo? Que piensan nombrarme a mí comandante del *Cochrane*...

Y el señor Sotamayor le dijo riéndose, y con un acento sumamente sarcástico:

—No le crea al pueblo, comandante... ¡no le crea!

Grande fué el asombro del señor Altamirano, cuando aquellos sondeos terminaban siempre con el mismo nombre de ese enfermo, cuya amarillenta faz estaba mui léjos de delatar al próximo comandante de la escuadra.

Eso lo ignoraba el mismo intendente y se hacia cruces, y para consigo mismo se preguntaba si tal pensamiento podia ser sincero;

pero, tenia que arribar a la conclusion de que todos aquellos marinos habian llegado espontáneamente, al nombre del capitan de navio que por inválido estaba ocupando una plaza de oficinista en la comandancia de marina.

Le trasmitió al Gobierno el resultado verdaderamente sorpresivo de su investigacion, y si don Aníbal Pinto no sufrió un síncope al leer el nombre de Riveros, fué porque en aquellas ocasiones estaban demas los síncopes.

Fué el mismo intendente de Valparaiso el encargado de entregar a don Galvarino Riveros los pliegos cerrados para *una comision al norte*. Es indudable que el señor Altamirano debia sentirse fuertemente exitado por las emociones de ese encargo. Conocia al hombre enfermo, pálido, seco, impasible, que andaba con dificultad, que se ayudaba de un baston, que sufria una dolencia crónica y molesta; y en quien por el mas admirable procedimiento habian recaido todas las opiniones de los marinos, despues de vacilar éstos, de pensar, titubear, ponerse la mano sobre la frente y clavar los ojos en el techo.

Era de mañana. La bahia de Valparaiso, mas desierta entónces, muchísimo mas desierta que hoi, dejaba ver las aguas verdes y tranquilas con el reflejo de los cascos negros de los buques y los puntos blancos de las chalupas que iban y venian. El sol reverbeando en ese cristal profundamente verde, hacia mas intensa la mancha oscura de cada barco, que se veia duplicado sobre el agua inmóvil y pintaba con su pincel inimitable la mas hermosa acuarela que se hubiera podido concebir.

El señor Altamirano se dirijió a la comandancia de marina, donde encontró ya en su puesto de oficinista a don Galvarino Riveros, inclinado sobre los papeles de esa ya engorrosa tramitacion de decretos y planillas.

Debió detenerse un instante para ver el rostro enfermiso, la mirada triste, el desfallecimiento aparente de ese hombre al que iban a confiarse destinos mui valiosos. Pero, sin tiempo que perder, se acercó a saludarlo, interrogándole por su salud. La respuesta fué la de siempre: —«Lo mismo». El intendente le dirijió esta súbita pregunta:

—¿Y cómo estarian los ánimos para embarcarse?

Algo pasó por allí inesplicable: un relámpago iluminó los ojos de ese hombre, que centellearon con un fulgor de vida; el rostro inerte se animó con una espresion de fiereza, que difícilmente se hubiera podido olvidar; la pluma se cayó de la mano, crispada por la emocion, y los labios se movieron durante un rato para decir todo lo que del pecho queria salir.

—Señor intendente—dijo, por fin, Riveros—cada mañana, cuando apoyado en este baston me vengo a la oficina, traigo inclinada la cabeza de vergüenza y de pena... Miéntras yo me arrastro por la calle y vengo a enclavarme como un remero a este asiento, mis compañeros se baten por la patria y caen como unos leones en la cubierta de nuestros buques.—¿Si estoi dispuesto a embarcarme? ¡Ah, señor intendente! Veria colmada la única ambicion de mi vida...!

El señor Altamirano debió sentirse sobrecojido ante la esplosion de fuego surjida de esa mirada opaca, que volvió lentamente a apagarse en el rostro frio y pálido de Riveros. Se llevó la mano al bolsillo y alargó al marino los pliegos cerrados, diciéndole:

—Usted se embarca mañana mismo.

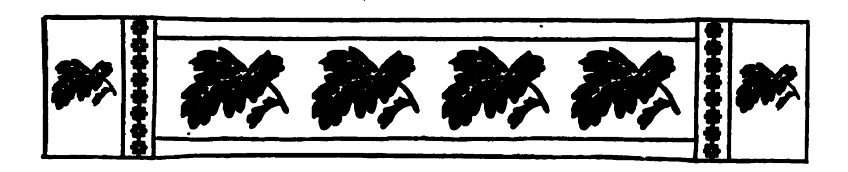
Allí no hubo mas palabras. El alma de Prat estaba presente, cerniéndose sobre ellos con alas invisibles; pero Galvarino Riveros sintió deseos de doblar la rodilla y dar gracias al cielo..

* * *

Inútil seria repetir, como todos los años, la narracion del combate de Angamos, en que cayó, despues de un injenioso plan de operaciones, el monitor «Huáscar». Cúmplenos recordar en estos momentos la estinguida figura del contralmirante Riveros, que lo llevó a cabo, y enviar nuestro saludo respetuoso al contralmirante Latorre, que lo secundó con denodada valentia.

A la distancia de pocos años, las líneas de las figuras de la guerra del Pacífico, que es la historia de ayer, van tomando la serena armonia del mármol, y se alargan inmensamente como si buscaran, para restablecer la proporcion, un pedestal de piedra con una plancha de bronce.





Las sandillas y las sandias

ORTOGRAFICAMENTE considerada, la diferencia que existe entre ambas es insignificante: apénas dos *eles*. Pero consideradas socialmente hai entre las dos una distancia tan larga y un abismo tan profundo, que de nada serviria un puente con el largo del puente Bio-Bio y con la altura del viaducto del Malleco.

Hermanas siameses y no obstante enemigas irreconciliables, se dan en una misma mata y a veces cuelgan de un mismo pezon, y sin embargo, por el solo hecho de que la coja a una la mano blanca de una señora, y otra, la tosca mano de un peon, agrega esta última dos *eles* a su nombre y reniega de la familia y de la cuna comun.

Desde entónces siguen opuestos caminos y la diferencia se hace cada vez mas profunda. Recibida la primera sobre un plato, es dividida en cuatro o cinco o seis partes, cortada en trozos por un limpísimo cuchillo, y clavados éstos uno por uno con el tenedor. La otra no tiene mas plato que su propia cáscara, solo se parte en dos trozos iguales, (que lo demas es profanarla), y queda clavado en una mitad el tenedor y en el otro el cuchillo. La cáscara de la

sandia queda con una superficie rosada, que admitiria una segunda rebusca como en las minas aun no broceadas; la de la *sandilla* queda delgadísima, verde como la esperanza y buena solo para los hocicos de los cerdos que las adivinan al traves de barro y las devoran con fruicion imponderable.

La *sandia* es recibida con frialdad, llega a la mesa donde la sed no se siente y donde el estómago exije algo mas suculento, cae casi siempre mal, necesitándose la ayuda poderosa del bicarbonato o de la magnesia fluida; en cambio la *sandilla* sale en los dias de sol como el arco iris despues de una tormenta, como una bandera de tregua en las quemantes trincheras de un asedio.

Formidable baluarte donde no llega el sol, la *sandilla* se abre como la llave de un rocio y en la esponjosa carne que cruje al paso del cuchillo, lleva agua para la garganta, y engañoso volúmen para el estómago necesitado. Y si éste reconociendo el engaño vuelve a pedir mas tarde, queda la otra mitad para volver a repetir la broma y mantenerlo tranquilo por muchas horas.

Dejemos, pues, a la renegada *sandia* que busca las blancas manos y se entrega solo a los cuchillos con mango de marfil o de plaqué; dejémosla que abandone la pobreza de su cuna y vaya a correr mil peligros por recibir incienso de cortesana y rodearse de sedas no bien merecidas; dejémosla despreciada y deshecha sobre los helados platos con recortes dorados, miéntras su hermana, fiel al hogar y humilde a la suerte, es consuelo y paño de lágrimas, refrijerio del que trabaja y "tente en pié" del que sufre hambres.

Cuando Dios espulsó a nuestros primeros padres del Paraiso, éstos no tuvieron necesidad de sacar equipaje porque la única ropa que tenian y que eran las hojas de parra, las llevaban puestas. El Creador dijo entónces a Adan.—Oye, mal hombre; para que no te vayas con las manos vacias, llévate ese par de sandias que hai colgando en esa mata. Y salió Adan con las dos sandias bajo el brazo, nada contento con la carga. A poco andar, nuestro primer padre, que no conocia todavia el sistema Sandow, se sintió cansado y disparó las sandias sobre unos guijarros del camino. Al caer se destrozaron y algunas gotas frescas salpicaron los quemantes rostros de los dos espulsados. Entónces Adan bendijo al Creador y cediendo su parte a Eva, apénas perdonó las cáscaras ylas pepitas

negras como azabache.—Sembrémolas aquí—dijo despues—porque habrá muchos otros que sientan sed.

Desde entónces ella ha sido compañera fiel de los que trabajan y sienten sed. Vicuña Mackenna recuerda haber visto en la revolucion del 20 de abril del 51 que los soldados del Valdivia, secas las gargantas, bañadas de sudor las frentes, partian sobre sus rodillas sin detenerse, las sandias que les tiraban desde una carreta en que habia álguien compadecido de esas víctimas que iban a la muerte.

Si en la guerra del Perú hubieran seguido a nuestro ejército las sandias chilenas, mas de una batalla habria comenzado a cascarazos. Por lo demas, es el mismo golpe de cuchillo el que da el roto para dividir en dos una sandia, que el que necesita para vaciarle el abdómen a un enemigo.

Alimento nacional como el poroto, cae bien a toda hora. Al amanecer ántes de ir al trabajo, se come la sandia para preparar el estómago al almuerzo y hace las veces de un «bitter batido». Al medio dia se come la sandia para que llene y así engañado el estómago, se entornan los ojos a la sombra de un árbol y se duerme la siesta. A la tarde la sandia sirve para la sed y se bebe hasta la última gotita de caldo. En la noche, si no hai plata para encender el fuego y comer algo caliente, la sandia hace olvidar la escasez y mantiene la concordia en el hogar. Y allá, cuando pasa la media noche y se acerca la madrugada y es dia domingo o lúnes, la sandia metida debajo el catre sirve para apagar la «bola de fuego» y calmar la quemante y rabiosa sed del aguardiente malo.

Remedio para la *irterisia*, infalible antídoto contra la *tis*, receta incomparable contra el *pasmo*, recomendado calmante para las penas del amor. podrán faltar en Chile los Andes, desaparecer las varas para topear, estinguirse la chicha en los barriles todos y apagarse el sol, secarse las alamedas y arder los ranchos; pero no podrán faltar los sandiales donde bajo la sombria ramada golpea el chacarero sandia por sandia y las clasifica en de a cinco, a diez y a veinte.

Un potrillo de chicha nueva es un himno triunfal, una carcajada líquida, un alcohol de gloria, pero es tambien la perdicion del que la bebe y sigue sus consejos. En cambio la dulce, la fresca, la blan-

dísima sandia ¿a quién hace mal? ¿qué crímenes ha causado? ¿qué sangre excita?

Un huaso, un capataz de fundo grande, todo torcido a fuerza de topear, de acuchillarse, vivir sobre el caballo y caerse una vez en cada rodeo, y sin embargo, bueno como el pan, nos decia un dia melancólicamente, miéntras nos presentaba la mitad de una sandia con el cuchillo clavado en el medio:

—«Buen dar, patron, que ha salido mala este año la sandia .. No dá pa los gastos el sandial, contimás que hai que andar a escopetazos con los laírones que saltan las pircas. Y este de sembrar y comer sandias, patroncito, es talmente como casarse... La señora y la sandia sescojen a ver siestán demasiado verdes o remaduras. La sandilla tiene la ventaja que se puede calar. En prencipiando, too es de durce, y despues se va poniendo desabrio, desabrio, hasta que no quea mas rimedio que tomarse er jugo de una sorbia; y el jugo, patroncito, son los riales de la iñora, si toca con argo, que si no, no hai mas que tirar la cáscara y resinarse».

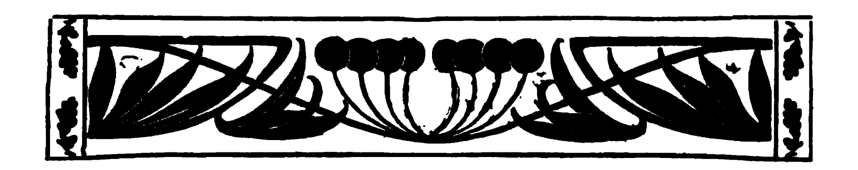
¿Alientos que no exalan ambrosío? Sí, señor; así lo dijo don José Joaquin de Mora; pero como no se trata de ir a los salones sino a barretear a cielo raso, no vale la objecion y la sandia sigue triunfadora su camino.

¿Quién no la ha visto descender de la carreta y saltar de mano en mano hasta el monton?

Ha hecho la amiga de los pobres su entrada triunfal en Santiago y es menester abrirle paso....

Trabajadores, soldados, mujeres, viejos, niños: *¡presenten... armas!*





EL COMBATE DE IQUIQUE

21 DE MAYO DE 1879



TREINTA minutos despues que la noticia oficial del combate de Iquique, recibia *El Mercurio* el siguiente telegrama:

«Antofagasta, mayo 23.—Al editor de *El Mercurio.*—«La mar» llegó a Iquique. Combate de tres horas en este puerto, entre «Independencia», «Huáscar», «Covadonga» y «Esmeralda», el 21. Resto de la escuadra chilena habia salido 16 rumbo Callao. «Independencia» varada entre rocas y atacada rudamente por «Covadonga», «Esmeralda» atacada por «Huáscar». Continuaba combate. Se ignora resultado. «Huanay», «Valdivia», «Itata» y «Rimac» llegaron sin novedad.—EL CORRESPONSAL».

* * *

Corria el mes de mayo, lleno de incertidumbres y temores. El alma chilena, estremecida con ansiedades sublimes, ponia atentamente el oido al telégrafo, en cuyas trepidaciones creia sentir el

eco de ese drama de sangre desarrollado bajo el sol peruano y frente a frente de la metralla enemiga.

El corazon tiene presentimientos de los séres queridos, y de su suerte. Algo flotaba en la atmósfera pálida y tibia de esa tarde de mayo. Todo los hogares, en que estaba vacío el asiento del soldado, se sentian secretamente asaltados de horribles ansias de nuevas de la guerra. Si pasaba precipitadamente un coche, se corria a entreabrir el balcon para ver si en él iba algun mensaje. Si resonaba alguna carrera sobre la vereda de asfalto, se acudia palpitando el corazon y latiendo las sienes, a ver si álguien de la casa llegaba con noticias.

¡Quién sabe si era el viento que traia en sus pliegues olor de pólvora y humo de batallas, clamor de arengas y hurras de triunfo! ¡Quién sabe si eran los prometidos, los hermanos, las esposas o las madres, que al encender una vela delante de la imájen piadosa, veian en el rostro de Maria el sello indefinible de tristeza y en sus ojos levantados al cielo, el brillo de una lágrima naciente!

Quien sabe .. Pero cayó la noche, envolviendo a la ciudad con sus sombras y echando sobre ella una montaña pesadísima de incertidumbres, de ansias secretas, de temores reprimidos y de duda pertinaz y sorda.

Entretanto se habia librado ya en Iquique el mas sangriento de los combate, escribiendo con sangre y grabando con fuego la pájina mas rudamente heróica de una larga campaña de heroismos.



Era la aurora del 21. La rada de Iquique dormia en esas sombras vagas y confusas que preceden al albor primero del dia. Sobre las silenciosas y tranquilas aguas del mar, flotaban dos débiles y viejos buques de nuestra escuadra: la «Esmeralda», podrido cascaron de gloriosas astillas, y la «Covadonga», sagrada pero inútil presa, cojida a España en lejendario combate.

Entretanto, a algunas millas de distancia avanzaban sijilosamente, sofocando el resuello de sus calderas y el latido de sus máquinas, dos mónstruos del mar, dos formidables enemigos que eran

espanto de nuestros mares y fantasmas veloces y temibles de nuestras costas.

En el mismo sentido volaban algunas aves marinas, lanzando al aire graznidos agudos, toques de diana con que la naturaleza queria despertar a nuestros buques, agorera del sangriento drama que dos horas despues iba a estallar como un loco torrente de fiereza y de valor.

Fué surjiendo en el oriente, indefinida como una gaza amarilla, que subiera del mar, la claridad de una aurora tibia y perezosa de otoño. Las sombras se desgarraron como una veladura negra de crespones, y apareció allá, en el fondo de la rada, el puerto de Iquique, alhaja engastada entónces en la soberania del Perú, y hoi riquísimo botin de guerra, cien veces pagado con la sangre chilena y el sacrificio de sus hijos.



De repente el oficial de guardia, que transido de frio velaba en la cubierta de la «Covadonga», creyó ver en el horizonte un punto negro. Podrá ser una ilusion, un engaño de los ojos, cansados ya de interrogar constantemente el horizonte lejano. Un momento despues, surjian precisos y netos, recortándose en el fundo azul del cielo, los humos negros de los blindados enemigos.

Condell corre a comprobar con los anteojos la presencia cercana del terrible rival de los mares; y sin pérdida de tiempo, se hacen señas a la «Esmeralda» que está mas próxima a la costa, advirtiéndole que ha llegado una hora solemne y decisiva.

* * *

Entretanto los humos crecen y crecen, acercándose con increible velocidad. En pocos instantes se definen ya, concretos, claros, perfectamente diseñados, los cascos negros del «Huáscar» y de la «Independencia».

Se acercaba la hora del combate.

—¿Ha almorzado la jente?—pregunta Prat.

—Sí—responde Condell, con el laconismo del lenguaje de mar.

—¡Siga mis aguas!... y endereza la «Esmeralda» la proa hácia el punto en que en ese instante se reconcentran todas las miradas.

Los momentos eran supremos. Ya se divisaban los palos del monitor peruano, y las negras chimeneas de sus máquinas. A bordo de la «Esmeralda» se toca reunion sobre cubierta; Prat avanza poniéndose los guantes blancos; y con la serenidad mas absoluta en su pálido rostro, con voz serena, robusta, sin vacilaciones ni temblor, les dice las memorables palabras de su arenga espartana:

—«¡Muchachos!

La contienda es desigual.

Nunca se ha arriado nuestra bandera ante el enemigo: espero, pues, que no sea ésta la ocasion de hacerlo.

Miéntras yo esté vivo, esa bandera flameará en su lugar, y os aseguro que si muero mis oficiales sabrán cumplir con su deber».

Junto con acabar las palabras del héroe, y como para poner un sello a su juramento, una granada del «Huáscar» estalló como un trueno en un costado del buque. ¡Ya era la hora!

—«¡Cada uno a su puesto!»—gritó Arturo Prat, y la tripulacion, lanzando un hurra a Chile, que se sintió desde la playa y sonó como un reto a los blindados peruanos, corrió a tomar el puesto del combate al pié de los cañones, que pocos momentos despues tronaban con el ímpetu de una defensa desesperada.

La «Independencia» se lanzó sobre la «Covadonga», en tanto que el «Huáscar» se acercaba a la «Esmeralda», quedando trabado el combate cuerpo a cuerpo y con una desigualdad abrumadora.

* * *

Eran las 10 de la mañana. El horizonte estallaba en una orjia esplendente de luz, porque era una luminosa mañana de fiesta, la

que debia contemplar el mas heroico combate que han visto los siglos.

Comenzó un cañoneo terrible, desapiadado, sin cuartel. Tronaban los cañones del monitor, echando llamas los de la «Esmeralda», vomitaban fuego y humo los de tierra. Aquello era una tormenta de plomo y de sangre, en que el tufo de la pólvora y del incendio, ahogaba la respiracion y ñublaba la vista.

Al querer virar nuestra nave, para descargar un costado sobre el monitor, se rompieron sus calderos. No de otra manera el inválido de antiguas campáñas, siente al querer saltar del lecho, que se le dislocan los huesos recien soldados y se le abren las heridas recien cerradas. Aquello tenia que ser desesperado, a muerte, sin cuartel......

La «Covadonga» escapaba en esos mismos instantes, haciendo nutrido fuego a la «Independencia», que triplicando su andar queria alcanzarla con el espolon de acero.

Quedaba sola la vieja barca, nido de paladines y volcan de coraje y rabia. Arriba, en lo mas alto. flotaba al viento el tricolor glorioso, ostentando a la luz el color rojo, símbolo del sacrificio y mortaja de los héroes. Y abajo, ardia el incendio, saltaba la metralla, corria la sangre y rujian las voces de aliento, de arenga y de mando.

De repente el «Huáscar» se lanzó a toda máquina sobre la «Esmeralda». Era menester que terminara aquel drama de fuego. Nuestra nave no podia moverse, y soportó serena la horrible embestida, crujiendo la vieja madera al paso del espolon, descargándose los cañones, boca a boca y lanzándose las granadas pecho a pecho.

El capitan Prat, que se encontraba en la toldilla, grita con voz de trueno, levantando en una mano el revólver y destacándose entre el humo como una vision de gloria:

—«¡Al abordaje muchachos!»

El sarjento Aldea, que oye su voz, se lanza esgrimiendo su hacha, y los dos van a caer heridos de muerte al pié de la torre del monitor.

Arturo Prat recibe un balazo medio a medio de la frente. A los

héroes, como a los tigres, hay que pegarles o en el corazon o en la cabeza.

* * *

En ese instante el combate se hizo horrible. Las granadas del «Huáscar», estallando sobre la cubierta de la «Esmeralda», la sembraban de cadáveres. La sangre resbalaba hácia el mar por todos lados. Los brazos, las piernas, las cabezas destrozadas, diseminaban sobre los palos, los cañones, las chimeneas y los cordeles, cuajarones rojos que brillaban al sol como brazas de fuego.

Uribe salta a la toldilla y toma el mando. Su voz de órden es corta, precisa, rápida: «¡redoblar el fuego!» Es un absurdo sublime esa órden desesperada del nuevo capitan, porque los cañones están caldeados y las granadas estallan ántes de salir.



El ruido aumenta, si es posible. Y sobre los estampidos que resuenan al mismo tiempo, con ensordecedora pertinacia, y sobre el discordante rumor de la batalla, un solo grito sobresale, un solo grito se alza, grande, invencible, atronador, sublime: «¡Viva Chile!».

El «Huáscar» vuelve a lanzar-

se como un rayo sobre nuestro buque. En medio del humo blanco, se divisa un celaje de fuego: es la espada del teniente Serrano, y las hachas de doce marineros, que han caido como una avalancha de muerte sobre el monitor. Y la nave peruana se aleja rápida como un fantasma, llevándose allí, sobre la cubierta, un puñado de leones que van a cubrir con sus cuerpos calientes, los destrozados cadáveres de Prat y Aldea.

Los cañones de la «Esmeralda» siguen tronando. Un grumete sube a afirmar la bandera, que flamea en el mas alto palo, agujereada por las balas y hollinada por el humo. Entretanto, cien cadáveres cubren la cubierta, la Santa Bárbara está inundada, y el barco, inclinándose de un lado, comienza a dejar escurrir hasta el fondo del mar, los cuerpos sagrados de los héroes.

El monitor se lanza por tercera vez sobre la acorralada y heróica nave. Ya no es posible que esas cuatro tablas quemadas, resistan sobre las olas, y la "Esmeralda" comienza a hundirse con la suprema majestad con que se desploma el leon herido.

Todavia queda algo a flote, un estremo de la proa con un cañon ensangrentado. Y allí llega jadeante, lleno el rostro de sangre, de sudor y de pólvora, transfigurado en su sublime fealdad de tigre, un muchacho héroe, el guardiamarina Riquelme. Se acerca al último cañon chileno que flota sobre el mar, y manda con el último cañonazo, el último viva a la patria triunfante!

* * *

Todo ha desaparecido. La bandera tricolor llena de sangre y humo, desaparece tambien, y en medio del horrible silencio que se sucede, todavia parece salir del fondo del mar el discordante y fiero vocerio del viva Chile.

El drama ha terminado. Los sobrevivientes son recojidos y llevados al "Huáscar" donde silenciosos, pálidos, atónitos, ven los peruanos desfilar ese puñado de héroes, desnudos y llenos de sangre y pólvora.

Uribe clava los ojos en un cadáver, que tiene tirada sobre el rostro una casaca chilena, y arrancándola, lanza un grito y cae de rodillas, repitiendo con santo respeto: ¡mi capitan! Era el cadáver del héroe de Iquique, de Arturo Prat, que todavia parecia decir con voz segura y entonacion viril:

"¡Muchachos!

La contienda es desigual.

Nunca se ha arriado nuestra bandera ante el enemigo...¡Espero que no será ésta la ocasion de hacerlo!"

* * *

¡Veintidos años han pasado! Casi un cuarto de siglo dista de nosotros aquello que parece ayer. Pero la vieja "Esmeralda" se ha convertido en un altar donde se renuevan las flores del recuerdo, y arde con inestinguible llana el amor de los chilenos.

Hai a su alrededor un templo augusto cuya campana solo sonará cuando la patria necesite a sus hijos, cuyo incienso es la pólvora que se ha ofrendado al Dios de las batallas en cien gloriosos encuentros, y cuyo órgano es un conjunto de cañones de bronce, con el que se han hecho oir las sinfonias escritas en el pentágrama rojo de cien combates!

Pidamos a la Providencia que no llama a reunion esa campana, ni se eleve ese humo, ni se sienta ese himno de muerte. Pero ¡ai tambien de los que la hagan sonar!





El poder escrutador de antaño

CORRIA el año 1792, es decir, hace de todo esto muchísimo tiempo. Chile tan democrático, tan republicano y tan liberal como es hoi dia, no se conoceria mirándose en el espejo de esa época, es decir, en ese espejo de luna opaca y de ancho marco de plata vieja.

Hemos dicho mal al decir que el año 1792 corria; porque entónces los años no corrian, sino que caminaban como tortuga. Un dia de entónces no acababa nunca. Así como cuando a un cerro alto se le atraviesa una nube medio a medio de su falda, se le ve muchísimo mas elevado de lo que es, cuando a un dia se le atraviesa una siesta medio a medio, parece que duplicara el largo de sus minutos y el número de sus horas.

Todo se hacia entónces mui despacio, y los bostezos eran tan largos, que nuestros antepasados tenian tiempo para santiguarse dos veces la boca, tocándose con el pulgar los cuatro estremos de los labios desmesuradamente abiertos.

Eran aquellos tiempos en que por bandos solemnemente promulgados al son de cajas y tambores, se ordenaba recojerse a los vecinos, en invierno a las nueve y en verano a las diez; medida que

hoi pedirian al Congreso multitud de señoras, bastante quejosas de la conducta funcionaria de sus maridos.

Eran tambien aquellos tiempos—y esto reza con los lectores de quince a veinticuatro años—en que bastaba la oposicion del papá para que se deportara al Callao al mozo audaz que se permitiera rondar las ventanas y meter por ellas cartitas amorosas.

En fin, eran los tiempos en que Chile era reino, en que se dormia la siesta, y en que a no ser por las procesiones solemnes, no tenia nadie en qué distraer un instante la vista.

La ciudad, con sus casas bajas con mojinetes de piedra, con sus grandes puertas claveteadas y las ventanas con intrincadas labores de cobre, olia a rapé en la mañana, a mate con azúcar tostada al medio dia y a incenso, alucema y cera por la noche.

¡Oh bendita ciudad la de entónces, que no tenia coches de posta, ni bicicletas, ni tranvias eléctricos, ni mortalidad de párvulos, ni alcantarillados, ni teléfonos! ¡Bendita ciudad, la de los oidores de la real audiencia, la de las repolludas y virtuosas señoras, la de los tiesos y afeitados abuelos, la de los ricos alfajores de las monjas, la de las procesiones solemnes, la de las eternas apelaciones al rei, la de los sabrosos y siempre lejendarios mate en leche! ¡Bendita ciudad en que no se bebia té ni café, en que no se fumaban habanos, en que no se miraban bailarinas, en que no se apostaba a las carreras, ni se pedia libertad electoral, ni se pensaba en la conversion metálica, ni se encendian cirios al papel moneda, ni se pronunciaban discursos en la Cámara!

Sí, señores; bendita ciudad aquella que teniendo en el mundo la palma del desaseo, no pensaba, ni soñaba siquiera pensar en su saneamiento; bendita ciudad aquella en que una voz no sonaba mas alta que otra; bendita ciudad aquella en que todos eran correctos, finos, suaves, virtuosos, amables, contenidos, morijerados y mansos.

* * *

Alquien ha dicho que existe en el hombre una invencible tendencia hácia el mal. Nosotros reformamos este concepto en el sen-

tido que lo mas innato y lo mas espontáneo en el hombre, es la tendencia electoral.

Ya por aquellos años se elejia, ya por entónces se apasionaba Santiago con el resultado de las elecciones, ya en tan remota época habia escrutinios y escrutinios con todas las brujerias que hoi se estilan.

Los capítulos conventuales fueron en el siglo pasado acontecimientos de tal trascendencia, que la ciudad se ajitaba tanto por la eleccion de un provincial como hoi se ajita por la de un presidente.

La efervescencia esterior invadia a los conventos, que entónces tenian muchísimas mas puertas que hoi. Las familias que contaban con un miembro ordenado y que ademas llevaba cerquillo y sandalias, trataban naturalmente de influir en la eleccion de provincial, resistiendo unas veces a las influencia del presidente o secundándolo por regla jeneral.

De esta manara el sereno claustro, de largos y silenciosos corredores, con plácidas arcadas de piedra o ladrillos, con palmas viejas, símbolo de oracion y de calma, con enredaderas de yedra, emblema de fidelidad y de perseverancia, se comenzaba a poblar de rumores siniestros de mal entendidas protestas, de reclamos poco reprimidos, de ataques, de quejas, de cargos, de acusaciones y de comentarios bastante libres.

El sonido apagado y opaco que ordinariamente producian las sandalias sobre el piso cuando los relijiosos se paseaban leyendo en el breviario sus rezos, se volvia duro, áspero, como si en vez de pasos resonaran allí chasquidos de fusta o colazos de culebra.

El provincial podia desde dentro de su celda y sin asomar por la ventana la cabeza, adivinar el grado de ajitacion que revistiria el capítulo, por el grado de nerviosidad y efervescencia que invadia de antemano el claustro.

Prescindiremos de un turbulento capítulo en que los franciscanos, parapetados en la torre de sus conventos, dispararon piedras con tan certera punteria, que amaneció al dia siguiente casi todo el vecindario de Santiago con la cabeza vendada.

Pasaremos por alto otros capítulos en que hubo prisiones, esco-

muniones y verdaderos sitios con fuerza pública, por ser demasiado trascendentales, y nos concretaremos al escrutinio de uno que se efectuó en el ya citado año de 1792. Este es capítulo aparte.

* * *

Habia una profunda escision entre los franciscanos, separándose de un lado la porcion europea y de otro la americana. Durante mucho tiempo y en capítulos sucesivos fué ahondándose tal division, a consecuencia de la cual se elevaron sendos memoriales, de una estension exajerada, a S. M. el rei, para que en ellos fallara con su inapelable voluntad.

Por fin, despues de una época sumamente revuelta, y ya en 1803, el padre frai Francisco Javier Ramírez convocó a capítulo de acuerdo con el presidente, que lo era entónces Muñoz de Guzman.

En la atmósfera del claustro franciscano flotaba un pronunciado jérmen de revuelta. Seria impropio decir que se sentia olor a pólvora, porque jamas se pasó en los capítulos conventuales de los simples y vulgares *peñascazos*.

Dia y medio ántes del capítulo, el presidente dispuso que don Manuel Irigóyen, oidor y alcalde de corte, en union de don José Jorje Ahumada, el escribano de cámara mas antiguo, pasasen al convento franciscano en que debia celebrarse el capítulo.

Parece que el señor oidor no las tenia todas consigo, porque, despues de muchas dilijencias, resolvió hacerse escoltar de numerosa tropa. Quien no supiera que se trataba de un capítulo de relijiosos habria creido que aquella fuerza marchaba a la conquista de Arauco.

A son de campanas se convocó a los relijiosos, que fueron llegando animosamente a la sala del capítulo.

El padre Ramírez, verdadero presidente de la junta escrutadora, no iba con todo el buen propósito necesario para evitar dificultades en el capítulo. Y así, apénas ocupados los asientos, espuso a

los relijiosos que para poder sufragar habian de presentar documentos que acreditasen haber leido los quince años, que sus constituciones les prescriben.

Se armó la primera grita. Los directamente aludidos con esta exijencia, alegaron en su favor, que eso era imposible, por haberse



ido rompiendo los documentos en las diversas ocasiones en que habian necesitado presentarlos o utilizarlos.

Despues de un debate ajitadísimo, el presidente se encontró cojido, y exijió solamente que jurasen haber leido los quince años. Y así se hizo.

En seguida el mui capitulero del presidente espresó que no da-

ria comienzo a la votacion miéntras no saliese de la sala el padre jubilado Mateo Zárate que, a juicio del presidente, no podia votar por estar «legalmente impedido.»

Salta el relijioso y pide, con gran enerjia, que se le declaren cuáles son los impedimentos legales aquellos, porque él no tiene idea y oye hablar del asunto por primera vez.

El presidente vuelve a repetir con gran calma que frai Zárate está legalmente impedido. Este va perdiendo la serenidad y alzando la voz, para exijir la prueba de esa afirmacion tan rotunda. El presidente sigue, con imperturbable tenacidad, diciendo que es inútil darle vueltas al asunto porque el hombre está «legalmente impedido». Frai Zárate se dirije al oidor y le suplica obligue a manifestar al presidente los impedimentos, lo que en el acto hace con mui comedidas razones don Manuel de Irigóyen, y a lo que contesta frai Ramírez que los fundamentos que tiene son reservadísimos, y por esta razon no insiste en hacer salir al relijioso jubilado.

Conjurada la tempestad, se nombran los secretarios escrutadores y se procede en el acto a votar.

Pocos momentos despues, la mesa dá lectura a una votacion en que aparece con nueve votos el padre frai Blas Alonso y con cinco el padre frai Joaquin Ripol. Tambien tenian otros relijiosos, algunos votos para custodio.

Una voz enérjica se alza de un rincon de la sala. Es frai Domingo San Cristóbal que a grandes voces espresa que es imposible que sea verdad el resultado leido, y pide al señor oidor que esta vez no se contente con oir sino con ver, revisando prolijamente las cédulas.

No habia allí comisionados de los partidos, para que se hubieran dado de tinterazos. En esto es indudable que hemos progresado. ¡Quién les hubiera soplado a los capítulos de antaño, el gran recurso para meter algazara y confusion que se tiene en los apoderados de los candidatos!

En ese instante, uno de los secretarios toma rápidamente los votos y los quiere arrojar a un brasero, que con anticipacion se tenia listo en la sala. Pero el oidor se lanza sobre él, le coje la mano y le suplica entregue en el acto los votos. Por fin se logra que así

lo haga, y el escribano conjuntamente con el oidor, hacen el escrutinio y lo proclaman de nuevo.

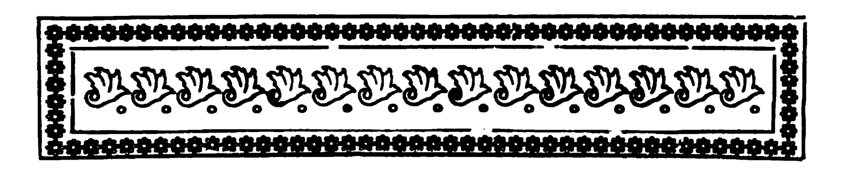
El padre frai Alonso, que habia sido proclamado provincial con nueve votos, resultó que solamente habia obtenido cinco; y frai Ripol, por el contrario, a quien se le habia declarado vencido con cinco votos, resultó tener nueve. Así mismo el custodio y demas nombres habian sido completamente alterados.

El señor Irigóyen reprende severamente a los escrutadores, les manifiesta lo grave de su falta, les exhorta a imitar al santo fundador de su órden, les llama a la cordura y a la caridad, los amonesta para que se arrepientan y sean relijiosos respetables y dignos.

En fin, allí, en esa sala cuadrada con los muros blancos, llena de cuadros quiteños que representan otros tantos provinciales, con dos ventanas por las que entra el sol brillante pero pálido que cae oblicuamente desde el jardin con palmas del claustro, se ve una escena curiosa, que en sí tiene algo cómico: el oidor escoltado con numerosa tropa y representantes del poder civil, recomienda imitar y seguir las huellas de San Francisco a un grupo de relijiosos que lo oyen vencidos pero no desalentados, que lo miran de potencia a potencia, y que al traves de los años unen sus espíritus electorales con nuestros modernos alquimistas de los escrutinios.

En fin, que el poder escrutador de antaño, era primo hermano del poder escrutador de hoi dia.





HISTORIA DE UN CUADRO



JENERALMENTE los cuadros tienen historia larga, viajes, sacrificios, privaciones, triunfos, todas esas alternativas a que vió sometidas sus telas el artista errante, pobre o victorioso.

Los cuadros, mirados de frente, hablan de lo que representa la tela; mirados por la espalda suelen mostrar al curioso fechas, firmas o datos de sus autores o propietarios, que suelen ser una animada y curiosa crónica.

De cómo han llegado a Chile las hermosas telás de grandes pintores antiguos podria surcirse una movida e interesante narracion. El Velasquez sobre el cual puso una mano torpe una oleografia de cuarenta centavos; el Murillo arrojado a un rincon del gallinero por no haber lugar donde colocarlo en la casa; el Rubens colgado en una casa de martillo, entre una palmatoria y un velador; el Zurbarán cambiado por una imájen grabada del Señor de la Buena Esperanza; son documentos interesantes para esa crónica que seguirá inédita por muchos años.

Quien vaya al Museo Nacional y acierte a encontrarlo abierto en las pocas horas de la semana en que lo está; se topará a poco andar con una imájen de la Vírjen con el niño en los brazos, cuyo

hermoso colorido, armonia inimitable y riqueza de tonos, ha hecho que se le atribuya a Murillo por todos los entendidos

Pues bien, ese cuadro tiene historia.

No sabemos al traves de qué jeneraciones, ni de qué peripecias difíciles, llegó esa tela a la cabecera de la cama de dos solteronas, que en vano se encomendaron a ella para salir de ese estado y contribuir tambien al censo jeneral de la república.

Habian pasado los años sobre esas dos mujeres sin dejar huella amarga. No echaban la culpa a nadie de haberse quedado sin encontrar quien las ayudara a sobrellevar las cargas de la vida: de manera que eran dos personas inofensivas que oian misa por la mañana rezaban el trisajio al medio dia y se tomaban un par de mates, despues del rosario, a las ocho de la noche.

La Virjen de Murillo, con inalterable sonrisa en el rostro, no chocaba en esa pieza en que la *marquesa* de madera y las *silletas* de junco formaban un ajuar que tenia el gran mérito de no venir del estranjero. Estaba allí, a media luz, oyendo cada noche ese rosario largo, bostezado, pero que subia de dos almas cristalinas como el agua destilada.

La imájen pasaba por milagrosa porque todo era encomendarse a ella las dos solteronas y tocarles sorteada una letrita de la Caja, con lo que salian de apuros y le perdonaban su desidia en mandarles el par de maridos tan solicitados.

Cómo llegó a oidos del pintor Mandiola que en casa de nuestras amigas habia una tela de mérito, es cosa que no tenemos averiguada.

Sospechamos que los pintores tienen buen olfato, y sienten desde lejos la atraccion de las grandes telas. El hecho es que una mañana, el pintor Mandiola, golpeaba tímidamente a la puerta de las dos solteronas...

❦ ❦ ❦

Grande fué la ansiedad de ellas al pensar que podia ser el recien llegado uno de los maridos con tanta instancia exijidos a la milagrosa imájen.

Pero no tardaron en convencerse de que el jóven era un simplon o un loco, porque traia la estraña, la incomprensible pretension de ver la imajen. Hubo, pues, necesidad de arreglar el dormitorio con rapidez e introducir en él al pintor que iba tembloroso de emocion y nervioso de curiosidad.

Mandiola se detuvo ante la imájen, la sacudió con su pañuelo... y casi se fué de espaldas. Si no era un Murillo, no sabia él dónde estaba parado.

—Señora—dijo de pronto—yo compro este cuadrito.

—No estamos locas, caballero. Esa Vírjen nos quiere mucho y nos proteje. Nosotras le rezamos por la noche y ella nos sortea las letras de la Caja. Es una antigua conocida ¡Imposible!

—Usted comprende, señora, que esto seria cuestion de un arreglo. Usted puede conservar una imájen igual, exactamente igual a esta, y ademas recibir trescientos pesos.

—No entiendo.

—Prefiero hacerlo prácticamente. Yo soi pintor, vendré aquí a pintar todos los dias, hasta hacer una Vírjen igual a ésta, y una vez concluida, usted elije la que mas le guste, entendiendo que si yo me llevo ésta le doi a usted trescientos pesos.

Se aceptó la oferta. Mandiola estableció su caballete en un corredor. Aceitó la tela blanca, echó sobre ella los confusos rasgos de carbon, alistó la paleta, y pincelada aquí, pincelada allá, comenzó a surjir ante los ojos atónitos de las solteronas, una virjen igual a la otra, pero mas clara, mas nueva, mas de fiesta.

Inútil es decir que una vez puesta la copia en un buen marco de oro vivo, las solteronas prefirieron la copia, porque una regular copia, a los ojos de un profano, se parece como una gota de agua a otra gota. Tal vez sin la tentacion de los trescientos pesos, aun se habrian quedado con la nueva.

Sin embargo, en el momento en que Mandiola envolvia cuidadosamente la vieja imájen, surjió un conflicto, un verdadero problema...

—¿Se habria trasmitido a la copia el valor milagroso del orijinal?

El pintor fué de parecer que sí, y hasta citó a San Juan Crisóstomo con una desvergüenza envidiable; pero la hermana mayor

sostuvo que nó. El problema era grave y el pintor comenzó a temer que todo su trabajo quedara perdido. Pero ¡oh idea! una de las señoras se golpeó la frente con una mano...

¡La cosa es sensilla! lo que le falta a esta nueva Vírjen es bendecirla...y a rei muerto, rei puesto

Mandiola voló con su cuadro antes que una nueva dificultad volviera a surjir, y al verse las dos hermanas con trescientos pesos en la mano y sin haber perdido su antigua conocida, le rezaron esa noche un rosario mas fervoroso y mas largo que de costumbre.

Y esa noche hubo tambien mate en leche, y se sacó para el efecto la bombilla de plata

❦ ❦ ❦

Mientras Mandiola colocaba en su taller la hermosa tela, y la miraba de todos lados, y la palpaba y la examinaba, un respetable caballero de Santiago acababa de saber que en casa de ciertas señoras solteronas y pobres habia un Murillo.

Este respetable caballero se jactaba de ser sumamente entendido en pintura por haber estado en Europa algun tiempo. Todo era ponerse delante de una tela y disertar sobre los *prerrafaelistas*, sobre *la manera* de Velasquez, Rivera y Murillo. Tenia, pues, fama de ser un gran crítico y un hombre de gusto mui refinado.

Saber que en la casa de dos señoras pobres habia un Murillo, echarse al bolsillo quinientos pesos de treinta y dos peniques *(¡Oh tempora!)* tomar un coche y dirijirse sijilosamente al domicilio de nuestras conocidas, todo fué uno.

Las dos solteronas habian colocado los trescientos pesos en la Caja de Ahorros, y ansiosas de no tener que tocar esa milagrosa ganancia ni aun en momentos de apuro, le pedian de nuevo el sorteo de otra letrita.

Dos golpes suaves, pero resueltos, suenan en la puerta de calle. Un caballero de buena presencia, avanza hasta ellas y despues de algunas vénias les esplica sin embozo que va a ver una Vírjen,

una Vírjen que tienen en la cabecera. Una mirada que se cruzó rápida entre las dos hermanas, una mirada de asombro, de alegria, de fé bastó para convencer a las dos buenas mujeres que aquello no podia ser sino cosa de milagro.

El respetable caballero, colocado frente a la copia de Mandiola, se caló sus gafas, observó largo rato y murmuró a media voz:

—O esto es un Murillo lejítimo, indudable, seguro, o yo soi un animal.

Y sin mas rodeos, ofreció quinientos pesos por el cuadro.

—¡Quinientos pesos! Es mucho dinero, se dijeron en voz baja las dos hermanas; pero no podemos perder una Vírjen que nos proteje tanto.—Díganos, usted señor,—se arriesgó a preguntar una—¿no podria usted dejarnos una igual?.

—¡Oh! eso es imposible; no soi pintor, yo les doi quinientos pesos; con eso se pueden comprar varias imájenes.

—Tambien es verdad.

De un lado sonreia con su inalterable serenidad la Vírjen, de otro lucian los quinientos pesos. Jamas ha asaltado a almas mas débiles tentacion mas poderosa.

—Aceptamos, dijeron con voz débil—y no quisieron mirarse para no traicionar la pena que sentian allá en lo mas hondo del alma.

La Vírjen salió de la cabecera, los quinientos pesos fueron a la Caja de Ahorros; pero esa noche no hubo mate en leche, porque las dos mujeres se llevaron mirando, con los ojos llenos de lágrimas, el cuadrado oscuro que habia dejado en el papel desteñido por la luz, la antigua conocida cuyos servicios habían pagado con tan negra ingratitud.

Miéntras Mandiola jestionaba ante el Gobierno una módica cantidad para vender el cuadro al Museo, el respetable caballero colocaba al suyo en el salon, con unas cortinas verdes, para que la luz no diera incómodo reflejo sobre la tela.

Horas de horas se pasaba el entendido en la manera de Velasquez y de Murillo, él familiarizado con los museos del Louvre, del Prado, del Vaticano, examinando estasiado la tela, y diciéndose a media voz:

—O esto es un Murillo lejítimo, indudable, seguro, o yo soi un animal.

Todas sus visitas eran obligadas a espresar un juicio «franco» sobre el cuadro, y naturalmente se oyeron frases hechas por este estilo:

—Hermoso colorido... Se vé la misma mano del *San Antonio* de Sevilla... ¡Qué admirable realidad!... ¡Oh! Murillo!

Un dia nuestro hombre, orgulloso de su adquisicion, se topó en la calle con el pintor Mandiola, y en dos palabras le contó cómo habia tenido noticia de la tela, cómo la habia comprado, y cómo era tan idiota la jente en Santiago que no habia descubierto ántes el cuadro. Mandiola callaba, y en su cara muda, insensible, no hubiera podido descubrirse que se le reia el alma a carcajadas....

—O la tela que tengo, terminó el caballero entrándolo a su casa, es un Murillo... o yo soi un animal.

El pintor sin querer asintió con la cabeza a esa última frase.

Se abrieron unas ventanas del salon, se entornaron otras y el dichoso propietario separando majestuosamente las cortinas verdes, esclamó con voz enfática:

—¡He aquí un Murillo!

Mandiola contuvo la carcajada e imitando la voz solemne del conocedor de los Museos europeos, dejo oir esta horrible frase:

—He ahí un Mandiola.

En un momento quedó esplicado todo. Nuestro hombre se buscó un cigarrillo en la falda del levita, lo encendió y ántes de darle la primera chupada dió la última mirada a la tela.

Escusado es decir que la inalterable sonrisa de la vírjen, le pareció esta vez demasiado irónica....





CHACABUCO

SI hubiéramos de juzgar el réjimen colonial por el contraste que alrededor de 1817, hacian sus hombres, con los sostenedores de la independencia americana, no quedarian mui bien parados los defensores de la causa del rei, ni en sitio mui prominente la ya maltrecha y razgada bandera que sostenian.

Marcó del Pont ha pasado a la historia como un personaje de opereta.

Sus proclamas de una fatuidad altanera y bombástica, serian hoi motivo codiciado para una zarzuela de poca monta. Ochenta baules trajeron a Chile sus trajes y vestuario. y seguramente no cabia en todos ellos la pusilanimidad de su espíritu ni la pobreza de su entendimiento.

Don Francisco Casimiro se destaca sobre esos cuadros vigorosos del paso de los Andes y de la batalla de Chacabuco como pudiera destacarse un zancudo en una panoplia de armas cincelada sobre acero.

En cambio, eran el alma del ejército invasor dos hombres igualmente grandes pero contradictoriamente dotados por la naturaleza. Era el uno de hierro; de sangre y de nervios el otro. Aquel pen-

saba, y sentia éste; era San Martin el cerebro y O'Higgins el corazon.

Y miéntras en la soñolienta ciudad al toque de la oracion se juntaban las puertas, y oidos medrosos escuchaban tras ellas los pasos de algun mensajero a caballo, creyendo adivinar en los rumores sijilosos de la noche, lo que pasaba en los Andes, Marcó del Pont, hacia descolgar los cortinajes de palacio y encajonarlos cuidadosamente, para ponerlos a salvo de lo que él creia ya el último dia de la dominacion en Chile.

El 5 de febrero, con diferencia de pocas horas, dos propios llenos de polvo y de sudor, con sus caballos gastados por una marcha precipitada y violenta, paraban frente a palacio y comunicaban a Marcó, pálido, descolorido y absorto, dos estupendas nuevas: el uno, enviado por el coronel don Manuel Maria Atero desde San Felipe, contaba que por los caminos de Putaendo y Uspallata aparecia el enemigo desplegando avanzadas regulares y haciendo creer en la presencia de un gran ejército perfectamente disciplinado; y el otro, despachado por el coronel Morgado desde Curicó, hacia iguales declaraciones con respecto al paso del Tinguiririca, donde los guardias realistas habian sido dispersados a balazos.

El plan concebido friamente por San Martin se estaba realizando con la precision de un cálculo aljebraico.

Marcó del Pont abrió tamaños ojos, apuró el empaquetamiento de sus cortinajes y vestidos, y convocó a Junta de Guerra.

Graves, pensativos, inclinada la cabeza como carneros dóciles y mansos, fruncido el entrecejo, lleno de zozobras el espíritu, cruzadas por detras las manos y metida la afeitada barbilla en el cuello entreabierto, fueron asomando en palacio una treintena de nuestros abuelos, luciendo allí lustrosas calvas de bolas de billar. Sin embargo, algo hacia creer que Marcó no acertaria allí carambola alguna.

Esa jente no estaba acostumbrada a pensar.

El 7 de febrero llegó la tarde larga del verano, sumerjiendo a Santiago en un mar de recelos e inquietudes. Se notaba mucho ruido en torno del palacio.

Mensajeros a caballo partian al galope en direccion a la Palma, y el ruido se perdia en un silencio preñado de angustias. ¿Era ver-

dad que aquello se derrumbaba? ¿Era cierto que la jente libre estaba allí, a un paso de Santiago, repechando la cuesta de Chacabuco? ¿Era verdad?

Y aquí los viejos miraban a todos lados con recelo, y llevándose un dedo sobre los labios decian con misterio:

—¡Chit!

* * *

Quien se hubiera detenido en la cumbre de las serranías de Chacabuco, y en el silencio de la noche hubiera puesto atento oido a todo rumor, habria escuchado mas allá del gorgoreo de los sapos en los charcos y vertientes cercanas y mui por sobre la canturria tenaz de los grillos ocultos en la teatina reseca del lomaje, una trepidacion sorda y apagada, una especie de rumor creciente como de cascada que salta y se desborda. Eran los dos ejércitos que se acercaban para encontrarse.

Quintanilla y Marqueli despacharon al abrigo de las sombras varios espias que recojieran datos sobre la proximidad del enemigo. Las narraciones bíblicas dicen que Noé largó una paloma desde el arca para ver si habian bajado las aguas a flor de tierra, y que como la mensajera volvió a buscar abrigo en ella, dedujo que aun no habia encontrado paraje donde posar la planta. Quintanilla y Marqueli debieron comprender al esperar inútilmente la vuelta de los espias, que éstos habian encontrado filas cercanas en que tomar su fusil.

Y en efecto O'Hggins se acercaba con la primera division del ejército de los Andes.

* * *

Marcó, que comenzaba a ver mui turbio el negocio necesitó cobrar fuerzas y engañarse a sí mismo, para lo cual se convocó el 9

de febrero una «aparatosa asamblea de notables—dice el señor Barros Arana—destinada a reforzar el prestijio del gobierno y de un réjimen que se desplomaba».

Volvieron a juntarse solamente las nulidades de todo órden y dejaron estampado en una acta «que con sus vidas, haciendas y sin reserva de casa alguna, estaban prontos y resueltos a defender los derechos del rei, a cuya obediencia vivian gustosamente sujetos..

Pero esta declaracion se hacia sobre el papel; entretanto, mui luego debia estamparse otra cosa en las serranias de Chacabuco, con caracteres de sangre.

El coronel don Ildefonso Elorreaga partió al dia siguiente a la Cuesta al frente de todas las tropas que quedaban en Santiago, y mui luego le siguió el jeneral en jefe recien nombrado por Marcó del Pont, el brigadier don Rafael Moroto.

Todo esto ocurrió el 10.

San Martin no pensaba empeñar la batalla ántes del dia 14; pero mui pronto varió de opinion por la llegada a su campamento, de un hombre que todavia no tiene una estátua de bronce, representante jenuino del hombre de campo, liso y bueno como el *chagual* bravo como un perro fiel y discreto como una roca. Era Justo Estai, guia, esplorador, espía y práctico, verdadero tentáculo que el ejército de los Andes iba avanzando en su camino, y recojiéndolo cada vez que queria obtener impresiones exactas.

Justo Estai volvia despues de haber estado en Santiago observando minuciosamente la calidad y el número de las tropas realistas.

Colocado entre los curiosos que apiñados en el puente del Mapocho miraban pasar los batallones que partian para Chacabuco, Estai habia contado los hombres y visto partir al brigadier Maroto con sus ayudantes.

San Martin comprendió que cualquiera dilacion de su parte, aumentaria el número de las tropas enemigas que seguian concentrándose a toda prisa en Santiago. Era menester presentar batalla a mas tardar en la mañana del dia siguiente.

A media noche del 11, el ejército entero estaba formado. La infanteria habia dejado a un lado sus mochilas.

Sobre esos tres mil hombres que se aprestaban al combate, vagaba como una sombra impalpable la imajen de la patria naciente, de esa patria que todavía consideraba fuera de la lei a los que levantaban sobre las bayonetas el estandarte de su libertad. Allí estaba O'Higgins a la cabeza de la segunda division acercándose de fren-



te al enemigo; Soler al mando de la primera, que emprendia la marcha por los deshechos para atacar a Maroto por el flanco; Las Heras, Cramer, Zapiola, Conde, Necochea y tantos otros valientes jefes que se cubrieron de gloria en la histórica accion del dia 12 que comenzaba ya a despuntar.

Las avanzadas de Maroto sintieron durante toda la noche un confuso rumor en la parte bajá de la Cuesta, rumor barrido a ratos por el vientecillo del alba, y comprobado mas tarde cuando con

las primeras luces estallaron los primeros disparos de reconocimiento.

El comandante Marqueli, apostado por Maroto en las alturas de la cuesta, rompió el fuego—segun dice el historiador—sin fé ni confianza en la defensa que podia hacer.

A esa hora quedó empeñada la accion. Eran las ocho de la mañana y comenzaba a quemar el sol.

* * *

Maroto recibió un parte del comandante Marqueli que decia: «Tenemos el enemigo mui próximo en número de quinientos a seiscientos hombres entre caballeria e infanteria, los que amenazan por dos puntos y dentro de pocos momentos romperemos el fuego».

El brigadier español comprendió que en esos instantes supremos toda demora podia ser fatal.—Envió un propio que a mata caballos se dirijiera a Santiago para pedir a Marcó apurara la marcha de los demas cuerpos que se encontraban en la capital; y él mismo mandó formar su tropa y avanzó aceleradamente hasta el pié de la Cuesta, en tanto que Quintanilla, comandante de la caballeria, se adelantaba al galope con medio escuadron de carabineros a reforzar la defensa de las alturas.

A la media legua de marcha, Maroto comprendió que la accion no se iniciaba con buena fortuna. Los primeros dispersos de la vanguardia realista se venian a estrellar con su tropa, perseguidos mui de cerca por el tiroteo de los patriotas. El brigadier hizo alto y tendió allí mismo su línea.

En el primer momento, O'Higggins no pudo darse cuenta, por las recuestas del camino, de la posicion elejida por Maroto, y así junto con enfrentar la línea enemiga y recibir sus descargas simultáneas, tuvo que retroceder para organizar el ataque.

La batalla estaba iniciada bajo un sol de fuego que recalentaba como planchas de acero los faldeos de la cuesta. El aire parecia

arrastrar áscuas encendidas y azotaba el rostro de los soldados como verdaderos fogonazos.

Pero habia allí otro calor mas intenso que hacia olvidar el del medio dia: era el aliento poderoso que impulsaba a esos hombres, el sublime aguijon que los arrojaba a la muerte.

La division de Soler, perdida en los atajos y senderos, no aparecia aun por el flanco de Maroto, levantando parecidas inquietudes a las que la desesperante tardanza de Grouchi habia causado dos años ántes en Waterloo.

O'Higgins fué en esos momentos el impetuoso y heroico capitan de Rancagua. Sintió una de esas grandiosas corazonadas, que hubo mas tarde hombres pequeños que le increparon, y ordenó a los granaderos cargar cerro abajo por el flanco de Maroto, en tanto que él mismo, a la cabeza de la infanteria, se lanzaba resueltamente hácia el enemigo.

Pero todo aquel enorme esfuerzo fué brutalmente detenido por lo escabroso del faldeo y lo bien defendido de la línea española. Allí quedó muerto de un balazo el pundonoroso jefe realista coronel don Ildefonso Elorreaga.

El brigadier Maroto creyó en esos instantes que la victoria estaba de su lado.

Pero si la dificultad de romper ese cerco de hierro y de fuego habria podido desalentar al mas avezado táctico, en cambio sólo sirvió para levantar en el alma de O'Higgins una verdadera tormenta de pasion y de arrojo. Mandó a la carga mas ciega y mas vielenta que se haya dado en batalla humana: Los granaderos al mando de Zapiola cayeron con los ojos cerrados sobre la línea realista, como una avalancha desprendida desde la cresta de la montaña.

Los negros del 7 y del 8, comandados por Conde y Cramer, avanzaron a bayoneta calada y fueron a romper la línea, en medio de un volcan de sangre y fuego.

Maroto vió en esos momentos una enorme ave de alas negras que proyectaba su sombra siniestra sobre la bandera de castilla: era la derrota que bajaba dando aletazos y caia en medio de sus batallones rotos y aturdidos.

Sin embargo, volvian con teson admirable a organizarse los cua-

dros y el tiroteo de los tercios realistas recomenzaba. Pero en esos momentos una nube de humo brota por las crestas del cerro. Un clamor de entusiasmo llena los aires. ¡Es Soler que ha llegado!

Dos compañias de los Cazadores de los Andes se descuelga con rapidez en el faldeo, y un fuego nutrido corona las alturas sembrando en las líneas de Maroto la muerte y el desaliento.

El valeroso Marqueli sucumbe ántes de ver el desastre.

Tras de los cuadros aguerridos de Soler, caen como un torrente al mando de Necochea, los Granaderos y la escolta del jeneral en jefe.

Maroto monta a caballo y huye.

Aquel drama de sangre era en esos momentos sólo un monton de cadáveres.

Las teatinas secas del faldeo, encendidas por los fogonazos, levantaban una cortina de llamas que parecia interponerse entre vencedores y vencidos para llamarlos a la clemencia.

San Martin, que habia llegado al campo a reforzar la division de O'Higgins, dicta las primeras disposiciones para impedir la reorganizacion del enemigo, y comienza a reconcentrar las tropas en torno del campamento jeneral.

* * *

Y ese encuentro épico fué Chacabuco.

Allí está mezclada en la Cuesta polvorienta la sangre chilena y arjentina; y cuando la ventolera de las pasiones internacionales levanta el polvo de ese camino que apretó la planta del ejército de los Andes, parece que las moléculas se disgregaran y fuera cada una a buscar su propia tierra, renegando de la vieja fraternidad!

* * *

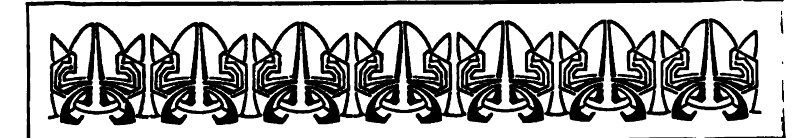
Cuando Necochea llegó a Santiago al frente de los granaderos, levantando las aclamaciones de un pueblo frenético de entusiasmo,

las campanas se echaron a vuelo y la criolla ciudad abrió los viejos portones claveteados con pernos de cobre, a esa brisa de libertad y de triunfo.

Las relucientes calvas de los solemnes consejeros de Marcó, volvieron a lucir al sol, porque los sombreros volaban por los aires en homenaje a la patria independiente.

¡Por cierto que no merecian tenerla!





RETRATO VIEJO



NUESTROS historiadores y cronistas han tratado con poco respeto a la colonia. Las figuras y cuadros que se desarrollaron en esta española y tranquila ciudad, en el siglo pasado y principios del presente, han sido siempre dibujadas con cierto enfermizo deseo de hacer caricaturas. Mui raras veces un buen lápiz, o un buen carbon nos ha dejado el boceto viviente y animado, pero verídico, de algun soldado, de algun oidor o de algun caballero de aquellos aunque no tan remotos por lo ménos tan olvidados tiempos.

Jeneralmente, ha habido cierta inesplicable inquina por maldecir una época histórica ya, y por consiguiente inviolable. Nos parece que el irritarse contra la dominacion española de tres siglos, significa hoi dia tal candor espíritu como sufrir enojo, indignacion y rabia ante la armadura de Atila. Abrir tumbas, ha sido siempre una profanacion; y las épocas pasadas y juzgadas, tienen tambien sus mausoleos.



¡Cuántas veces nos hemos detenido con cierta mezcla de curiosidad, de respeto y de admiracion, ante esos retratos viejos que

ruedan por los salones de las casas chilenas, empujados con sacrílega saña por las saltonas notas de color de los cuadros modernos! Una cabeza severa, una mirada pensativa, un rostro absolutamente rapado, un gran cuello abierto y blanco, un corbatin negro rodeándolo con triple vuelta, un frac de solapas, grandes y sueltas, y todo este conjunto, seco de color, sombrio de luces, lacónico de toques impresionistas, metido y encuadrado en un ancho marco de madera sobredorada, con recortes y laboreos prolijos.

Allí ha agregado el sol—gran colorista, como dijo álguien—su accion eficaz para la armonia y la suavidad en los contornos.

Pudo ser malo el pincel, torpe la mano, y frio el espíritu que estampó en la tela ese retrato; pero allá hai algo que revela no solo un alma sino una época entera. No guardemos libros ni pergaminos para que nos juzguen y nos comprendan los historiadores del siglo que viene: guardemos cuadros. El sol se encargará de desteñir los colores vivaces; el polvo entonará las notaciones resaltantes, y el nobilísimo resplandor del oro viejo trasmitirá a la tela la suavidad luminosa de las cosas que evocan recuerdos.



Hemos ido a hojear pergaminos en busca de un retrato; y éste ha tardado mucho tiempo en llegar. Pero ha llegado.

Es una cláusula testamentaria de un oidor que cerró sus ojos a la luz y sus oidos al mundo esterno, en una noche de invierno del año 1798. Leamos la cláusula y busquemos despues en ella los razgos de una fisonomia que debió tener muchísimo relieve. Dice así:

« .. gravado de algunas graves habituales enfermedades, aunque en pié, mando que en mi entierro no haya pompa o se ostente vanidad alguna, poniendo mi cuerpo sobre el haz de la tierra, con cuatro luces y cuatro hachas, sin que por ningun motivo ni pretesto se permita duelo por mis herederos o albaceas en la iglesia, aunque digan lo costean todo, porque sin embargo, multo a cada uno de ellos en quinientos pesos y asimismo quiero, mando y es

mi voluntad, que tampoco haya duelo en mi casa y que cuando mas puedan prevenir y descolgar una pieza de las que caen a la puerta para que allí reciban los pésames; e igualmente mando y ordeno y espresamente que no se descuelgue la cuadra ni la sala, porque esto no sirve de otra cosa que de romper los lienzos y trastes, y haciendo lo contrario se les hará cargo a mis albaceas, quienes, concluyendo mi entierro y exequias funerales, no harán mas honras ni mandarán decir mas misas de cuerpo presente, como tampoco darán parte a los tribunales, porque a todos relevo de la asistencia y les suplico no se incomoden, sea mi entierro o por la mañana o por la tarde, en el cual mando se gasten, inclusive los lutos y todo lo demas anexo, solo hasta la cantidad de doscientos pesos, por no permitir mas mis facultades y quedar mis hijos mui pobres, y así lo declaro y ordeno y mando, para que conste.»

✣ ✣ ✣

Que es éste un retrato acabado, no se atreverá nadie a ponerlo en duda. Ahora que sea de Velásquez o de Rembrandt es cosa entregable ya a la discusion mas libre y amplia. De esa cláusula, escrita con pulso tembloroso, pero con voluntad firme, en el mismo lecho de muerte; de esas líneas enérjicamente espresadas en los momentos en que el organismo se desquicia, desfallece el espíritu y los ojos se enturbian; surje con un vigor admirable el retrato moral de uno de nuestros antepasados, hombre que quizá era de la pasta con que se han hecho los estadistas y los cancilleres de hierro, y que por vivir en una época en que las luces se apagaban al toque de la oracion y los libros eran arrojados en la bahia de Valparaiso como peligroso contrabando, solo pudo dedicar las fuerzas de su vitalidad asombrosa a ordenar entre estertor y estertor agónico, que no se estropearan los muebles y cortinajes de su sala, y no se pusiera nadie careta llorosa y sentimental para acompañar al cementerio sus restos.

En otro medio ambiente, el modesto retrato de un oidor de Chile, pudo convertirse en la famosa tela del Conde Duque de Oli-

vares, que inmortalizó a Velásquez. Pero, quien no vió mas alturas que las del cerro de San Cristóbal, **no** contempló mas correntosos caudales que los del Mapocho, no nutrió su espíritu y su organismo con mas alimento que el mate en leche, ni sintió ajitados sus nervios por mas tormentas que las de los capítulos conventuales tuvo que contentarse con saber las tres cosas primordiales que se necesitaban en esa época para ser sabio: jugar al carga burro, rezar de corrido y sin saltarse una palabra los misterios gloriosos, gozosos y dolorosos y tener el mayor número de hijos posible.

✤ ✤ ✤

No sabemos si nuestros lectores creen que son éstas disertaciones sutiles y alambicadas: pero se nos ha metido entre ceja y ceja que en la cláusula testamentaria del oidor Martínez de Aldunate, hai todo un carácter revelado.

Que se ponga «mi cuerpo sobre la tierra con cuatro luces y cuatro hachas»; «que no se descuelgue la cuadra ni la sala, porque esto no sirve de otra cosa que de romper los lienzos y trastes»; y finalmente, que no se dé «parte a los tribunales porque a todos relevo de la asistencia y les suplico que no se incomoden»; he ahí tres declaraciones que revelan al cristiano de corazon que ve en la agonia la vanidad de las grandezas de la tierra; al propietario económico, guardador y hasta mezquino, que quiere despues de muerto prevenir los deterioros de su casa; y al socarron y abierto hombre de mundo que no tolera, ni aun cadáver, que vaya escoltándolo en forma hipócrita el cortejo de los que fueron sus amigos.

Dadle un rostro cualquiera, ponedle un amplio cuello y un corbatin de triple vuelta, encerrad el conjunto en un ancho marco viejo, colgado en un rincon oscuro, y tendreis el verídico, el fiel, el perfecto retrato de un chileno en el siglo XVIII.





El Maestro Tin-Tin

Así lo llamaban en todos los alrededores porque desde mui lejos ya se sentia el golpe del yunque en su fragua del barranco del rio. Era un viejo de cara sumamente bondadosa, ojos suaves, y aspecto inofensivo y simpático. Herrero desde muchos años, prestaba sus servicios en la hacienda, componiendo un dia la llanta de una carreta, supliendo otras el perno de un arado, haciendo el cerrojo de un porton o soldando los sunchos de una tina.

Desde el amanecer se sentia ya el vibrante golpe del yunque, llenando todo el barranco y sobresaliendo sobre los mil ruidos del despertar de las mañanas de campo. Era una nota aguda, alta, cristalina, que contribuia a alegrar el comienzo del trabajo, como un valiente toque de diana. Y cuando pasaban los peones con la herramienta al hombro para ir a ocupar el puesto que a cada cual le correspondia en la batalla del dia, decian entre sí:

—Ya está el maestro *tin-tin* en la fragua.

Cada dia llegaba alguien hasta la puerta de su casa, abierta entre dos álamos viejos, y adornada con dos frondosas matas de cardenales jos, en consulta de algun descalabro de ferreteria. Y el maestro

tin-tin salia con las mangas arremangadas y su delantal de mezclilla azul, y siempre sonriente, siempre amable lo resolvia todo a ojo de buen varon.

A medida que la tarde declinaba iba bajando el diapason de los golpes del maestro, hasta que junto con hundirse la última estremidad del sol en el poniente, se sentia el último golpe. el del combo que caia abandonado sobre el yunque.

Entonces el viejo salia a la puerta a ver pasar a los que volvian del trabajo y allí permanecia hasta que al otro lado del rio tocaban el *angelus* y lo rezaba él con la cabeza descubierta y la vista baja para entrarse despues a la casa donde ya hervia la olla de frejoles al fuego.

El maestro *tin-tin* tenia cuatro hijos, de 23 años el menor, y de 32 el primero; pero ninguno vivia allí al lado de esa fragua y de ese yunque a cuyo golpe habian despertado y se habian dormido tanto tiempo. Le querian, le respetaban, le oian; pero cada uno habia partido con su saquito al hombro, siguiendo ese errante camino de nuestros peones, que no necesitan de brújulas, ni de reloj, ni de calendarios.

El viejo se iba gastando. Sentia que el martillo no caia con tanta fuerza y echaba la culpa de esto al fierro, que segun él "estaba ya tan duro como el corazon de un impenitente". Pero resultó que un dia se quebró una llanta que acababa de componer; otro resultó inservible un perno para un arado; y cada vez demoraba mas tiempo en las mas insignificantes operaciones.

El patron, respetando la ancianidad y los servicios del maestro *tin-tin*, le dejó su fragua, su casa, sus herramientas y buscó en la vecindad otro herrero jóven que fué a establecerse no lejos de él,

Trabajaba un dia el maestro y golpeaba penosameute el fierro enrojecido, lamentando que cada dia lo hicieran mas duro y tenaz cuando creyó sentir alternado con sus golpes otros mas lejanos, pero mas fuertes, mas sonoros, mas enérjicos. Pensó en el primer momento que soñaba; pero dejando quieto despues su martillo pudo escuchar claramente los golpes de otro martillo y otro yunque.

Y entonces cayendo desalentada la cana cabeza sobre el pecho, pensó con la mas amarga sonrisa:

III

—No era el fierro el que estaba duro, era mi brazo que estaba débil.

Y despues alegrándosele el rostro, iluminándosele los ojos, se hizo todo oidos, y llamando apresuradamente a su hija, le dijo:

—¡Oye. oye! ¿Sientes ese otro martillo? Asi tan fuerte, tan vigoroso, tan robusto era el brazo de tu padre. ¡Asi golpeaba yo! ¡Asi debe golpear un herrero!

Pero vencido despues por la amargura de su impotencia, sollozando como un niño, apoyó su cara en el hombro de la muchacha y apenas pudo hablar.

—Ya no me ocupan, hija... Ya ha llegado otro herrero! ¡Si siquiera tuviera yo uno de mis hijos a mi lado, para enseñarle el oficiode su padre!

o o o

Desde entonces el maestro *tin-tin* se echó a buscar por los caminos, trozos de hierro, pedazos de llanta, clavos, sunchos, pernos, tuercas, y echándolos todos a una bolsa, se volvia paso a paso a su casa y la vaciaba al pié de la fragua. Durante muchos dias se le vió vacilante, rendido, sudando, pero sin cejar un punto en su tarea hasta el monton subió algunas varas.

Despues comenzó con el ardor de sus buenos tiempos la tarea de enrojecer los fierros y golpearlos y unirlos. No le era posible estar mano sobre mano, sin ver encendidos los carbones de la fragua, y sintiendo solo los golpes del otro herrero, del forastero que habia venido a suplantarlo. No podia el incansable viejo darse por derrotado antes de morir.

¿Qué hacia el maestro *tin-tin?* Nadie lo sabia. Cuando con diversos trozos de hierro habia formado uno solo de medio metro de largo, lo dejaba y comenzaba uno nuevo; y todos estos bastones forjados a golpe de combo iban a parar debajo de su catre, hacinados en un monton.

De nuevo habia vuelto el vecindario a acostumbrarse a la incansable actividad del maestro *tin-tin.* Desde lejos se sentian alterna-

dos, caaa dos golpes sonoros y vigorosos del herrero joven, uno apagado y débil del herrero viejo. Parecia aquello el sonar de un péndulo, la disputa de la vida con el tiempo, un diálogo entre el



aliento juvenil del que comienza y el jadeo anhelante del que acaba...

Una mañana salió el sol, avanzó el dia, comenzó el herrero jóven a dar en el yunque, y el maestro *tin-tin* callaba... ¿Qué le pasará al maestro? se preguntaban todos, y poco a poco fueron llegando las vecinas, y entrando a la modesta casita de los cardenales rojos.

El viejo estaba en camá, tendido de espaldas y respirando con fatiga. Mui luego pasaron el rio y avisaron al cura que debia ayudar al herrero a hacer sus maletas para el último viaje.

Entretanto el maestro *tin-tin* habia dado orden de llamar a sus hijos, y la muchacha sentada a la puerta fué enviando el aviso con todas las carretas, arrieros y carruajes que pasaban en diversas direcciones.

Un largo, un interminable dia de agonia, trascurrió con la lentitud del dolor y del sufrimiento. ¿Qué cosa es la vida—decia el cura al salir—sino una herreria que cada cual da en el yunque hasta que se fatigan los brazos y se apaga la fragua?

A la noche llegaron dos de los hijos y el otro al amanecer. Mui tempranito, cuando apenas clareaba el alba, un ruido de campanillas y de rezos se dejó sentir hácia el rio, donde atravesaba el cura en su carruaje a traer el viático al moribundo.

Lo recibió éste en medio del recojimiento de todos y de los sollozos de los hijos que, arrodillados en torno de la cama, cojian de sus manos curtidas y secas, al agonizante.

El viejo quiso hablar, se incorporó, miró a los tres muchachos que, con los ojos llenos de lágrimas le atendian, y dijo con desmayada y torpe voz:

—Debajo de mi cama hai cincuenta varas de fierro. Mi única disposicion es que me hagan mis tres hijos, con ellas, una cruz grande para plantarla en mi tumba. Trabajen en esta obra incansablemente porque no podré estar tranquilo en la otra vida, mientras no esté mi cuerpo a la sombra de esa cruz.

Y murió.

o o o

Los tres hijos se pusieron entonces a la obra. Encendieron la fragua y comenzaron ardorosamente a unir las varas para formar la cruz. Durante un mes resonó todo el barranco del rio con los martillazos de los fuertes y robustos herederos del maestro *tin-tin*.

Por fin, quedó la cruz concluida y los tres marcharon a la tarde

hasta el cementerio parroquial, donde la clavaron respetuosamente y rezaron con las cabezas descubiertas.

A la vuelta los esperaba humeante la olla sobre el fuego; y la hermanita soplaba los tizones con la faz aun encendida y llorosa.

Los hermanos se miraron y quedaron pensativos un instante. Por fin, el mayor dijo:

—Yo creo haber entendido la última voluntad de mi padre. Tanto daba poner en su tumba una cruz de palo como una cruz de piedra. Pero él quiso que la hiciéramos nosotros, de fierro, para que nos acostumbráramos a su oficio y le tomáramos cariño a la fragua... Yo no corro mas tierras; he aprendido ya a golpear el fierro y me quedo aqui de herrero...

El segundo esclamó:

—Y yo he aprendido a caldear la fragua... Te acompaño.

Y agregó el tercero:

—Yo tambien me quedo.

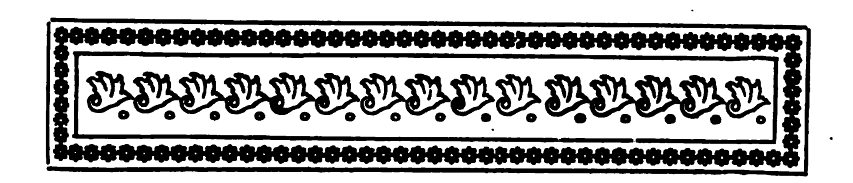
Y se quedaron los tres. Y es fama que los golpes de su yunque sonaban diez veces mas que los del herrero nuevo, porque el maestro *tin-tin* rejuvenecido ya en la otra vida, ponia toda su fuerza en los brazos de sus tres hijos.

o o o

Un dia pasamos en coche por el barranco del rio. El señor cura asomando la cabeza por la ventanilla hizo un saludo cariñoso a los tres robustos herreros, y sonriendo, nos dijo:

—Esos son los sucesores del maestro *tin-tin*.





La muerte de las arboledas (1)

...El señor Lavergne pronosticó la ruina total, en breve plazo, de las arboledas frutales. *(Conferencia científica.)*

LAS epidemias no nos dejan en paz, pues no solo sitian nuestras ciudades diezmando los barrios pobres, sino que tambien cruzan los campos y llegan a los mas apaciblas rincones, turbando la tranquilidad de la vida agrícola. Las enfermedades del ganado, sorpresivas huéspedas con que no contaban los agricultores al confiar su ganancia al tiempo y a los pastos; las abundantes lluvias de los inviernos que no daban tregua para que el sol oreara

---

(1) El señor Lavergne aludido en este artículo, envió a EL MERCURIO la carta que sigue:

AL SEÑOR ANJEL PINO:

Pues nó, no me he reido de sus fantasias de arboricultura, mui al contrario, su artículo me ha interesado y preocupado mucho, ya que, como usted, soi admirador apasionado de todo lo que es hermoso en la naturaleza y el grito que ha salido de mis labios para denunciar la pérdida progresiva de nuestras arboledas, lo hubiera lanzado como aficionado si no hubiera

los campos y se pudiera derramar sobre ellos la semilla; las pestes de las viñas, traidoras asaltantes del racimo maduro y del sarmiento vigoroso; y hoi las enfermedades secretas que van minando los huertos y destruyendo clandestinamente la poesia de la verdura y el encanto de la sombra.

Huerto y arboleda son sinónimos; pero no obstante encontramos mas sujestiva la segunda denominacion, tan chilena, tan agrícola, tan casera. En el huerto creemos ver la simétrica alineacion de la hortaliza; las calles paralelas de duraznos jóvenes puestas allí para aprovechar hasta el último rincon de terreno; el parron moderno de fierro o de madera pintada, que divide en cuatro partes la plan-

---

sido un estricto deber de mi cargo llamar sobre ella la atencion de los poderes públicos y de los interesados.

Usted me escusará ciertamente, distinguido señor, que responda a su artículo pues lo considero peligroso: peligroso porque escrito en una forma literaria y graciosa, sé que ha sido leido y comentado por muchos; peligroso pues, comprobado el mal y descrito humorísticamente sus causas y consecuencias inmediatas, reclama simplemente la ayuda de «las tunas que deben alargar sus ramas y aguzar sus traidoras espinas para no dejar llegar allí las plagas así como no dejan llegar a los rateros que tambien saben que no hai nada mas dulce y sabroso que la fruta del cercado ajeno.»

Si reflexiona, ¿no cree usted que se ha hecho el cantor «de los viejos parrones poéticos y asoleados, de los frondosos perales, de los naranjos en flor y de los duraznos con ramas decorativas cargadas de pétalos rosados que el viento hace caer a tierra» no cree usted, digo, que hai algo mejor que hacer para salvar «estos preciosos reductos de poesia, de recreo y hasta (un profano vulgar habria escrito *sobre todo*) utilidad?»

Usted pensará así, no lo dudo, y hablará a sus lectores un lenguaje mas prosaico dándoles a conocer, a muchos de ellos, que el gobierno de su pais, con un fin de prevision digno de alabanza ha levantado ya una barrera a todos esos males, creando en Santiago una institucion que existe solo desde mui pocos años en las naciones mas avanzadas.

Me permito enviarle diversos documentos que le darán una idea de esa institucion que he sido llamado a dirijir hace tres años y de los servicios que puede prestar. Ojalá que la prensa intelijente de Chile y los hombres prácticos que gracias a ella, esparcen la luz sobre sus conciudadanos, comprendan todo el bien que resultaria de su organizacion mas completa contra esas «enfermedades secretas que van minando los huertos y destruyendo clandestinamente la poesia de la verdura y el encanto de la sombra» y agregaré, yo, amenazando la riqueza nacional.

GASTON LAVERGNE,

Director de la estacion de patolojia vejetal de vejetal.



tacion; y hasta el invernáculo de vidrios empavonados que conserva dentro, al tibio y húmedo calor de su galeria, las orquídeas colgantes que abren lozanas las exóticas flores, los helechos de hoja microscópica y tallito negro como azabache y los musgos eternamente verdes y mojados con gotas de agua casi imperceptibles.

En cambio la arboleda es el desórden armónico de los árboles frutales, el huerto de nuestros antepasados, plantado sin reglas perdiendo el terreno barato de entónces y agrupando sin arte alguno los ejemplares conocidos de antaño. En el centro el viejo parron hecho con troncos, bajo, ascle: do, poético, dejando caer el sol a trechos al traves de las parras; a los lados los frondosos perales en cuyas ramas hai que trepar osadamente para remecer los ganchos mas altos; a la orilla de una acequia que corre a tajo abierto, los manzanos en flor; mas léjos las decorativas ramas de los duraznos cargados de pétalos rosados que el viento hace caer al suelo; y aun mas léjos, apegadas a las orillas de las tapias las *tunas* cuyas espinosas y carnudas hojas son martirio de los *tunos* salta-cercas, aficionados a los idilios del claro de la luna.

¿Faltará en la arboleda el perro amarrado con cadena, el gallinero desde donde lanza el gallo su primer discurso a la aurora que llega, y la rosa trepadora que ha tomado la reja de fierro de una ventana?

En ningun pedazo de campo como en una arboleda, hai mas sol, mas luz y mas calor; de ahí que Helsby, Fábres y Juan Francisco González se hayan enamorado de las huertas asoleadas, de los duraznos floridos y de los parrones viejos. Se ha dicho que la naturaleza es una grande artista; pues bien, nuestras arboledas son la paleta en que esta artista prepara y revuelve los colores para ponerlos despues mas diluidos y borrosos en el paisaje jeneral.

Allí está la hoja del naranjo, verde oscura; la flor del durazno, rosado claro; la del almendro, blanca como plumilla de nevada; el brote de la parra, verde encendido; el rayo del sol que atraviesa el parron y cruza el suelo, dorado a fuego; la hoja de la manzanilla silvestre, amarillo clarísimo; y todo el arco íris en la fruta madura, en la flor abierta y en la tela de araña vista al sol.

Esas son las arboledas; las arboledas que se ven tan encantado-

ras al traves de los antiguos y laboreados barrotes de la ventana; las arboledas en que se ha puesto la primera piedra de los mas atroces cólicos de la infancia; las arboledas a las cuales nadie habrá dajado de dedicar algunos versos en la clase de literatura, y las arboledas a que indudablemente ha aludido Núñez de Arce en su *Idilio:*

¡Siempre andábamos juntos! Siempre unidos
buscábamos los nidos
en los frondosos árboles del huerto!

Es, pues, apenadora y triste la profecia científica que se hace de su muerte; porque es profecia contra la decoracion de muchos sueños viejos, pero no por eso olvidados, y de muchas novelitas sentimentales, pero no por eso soñadas.

Es cierto que debemos a Europa y a su civilizacion todo lo que tenemos; pero es tambien cierto que por cada progreso alcanzado se ha pagado su precio justo, y ademas un tributo vitalicio. Los españoles nos trajeron la cara blanca, la relijion y los pantalones: nosotros pagamos con la viruela. Mas tarde nos trajeron espléndidas semillas para los campos: nosotros pagamos con el cardo negro. Despues se importaron al pais los toros Durham: nosotros pagamos con el censo de la tuberculósis. Vinieron las vides francesas: nosotros pagamos con el *oidium* y la *filoxera*. Vinieron novísimas clases de manzanas: pagamos con el pulgon que se envuelve en una pelerina blanca como las damas elegantes. Vinieron las rosas cultivadas, idealizadas, divinas: nosotros pagamos con la peste de los rosales. Vinieron las conquistas republicanas de principios del siglo: nosotros pagamos con las crísis ministeriales. Vino la paz armada: pagamos con el papel moneda. Y siendo nosotros tan buenos pagadores ¿aun hai álguien que hable con sorna del *pago de Chile?*

Las arboledas eternas de ántes, han caido ahora bajo la neurastenia universal que nos llega de Europa en los pliegues del velámen de sus buques. Los primeros olivos que se plantaron en Chile existen lozanos, nudosos, con plétora de ramas y de raices; están en pié los membrillos bajo los cuales *la Quintrala* hacia apalear con

sus varillas a los esclavos; jóvenes y robustos se conservan los guindos cuyas raspaduras se metian a los cántaros de la aloja para darle su agriecito característico; intactas, airosas y hasta coquetas están las palmas con que surtia todas las iglesias el Domingo de Ramos el piadoso pero antiquísimo obispo González Marmolejo; no ha pasado un año por un durazno de cuyas ramas cojia con su propia mano los deliciosos *aboyados* el ínclito Portales; todavia producen y dan flores los almendros que suministraban la materia prima para las tortas pinzadas que las monjas agustinas mandaban a los presidentes Búlnes y Montt «en el dia de su santo»; entretanto las modernas arboledas plantadas ayer no mas, sucumben como si tambien sus árboles tuvieran nervios y sintieran la jeneral neurastenia que lo invade todo.

La voz del señor Lavergne debe llegar a lo mas apartados rincones del pais, y salvar esos preciosos reductos de poesia, recreo y hasta utilidad.

Las tunas deben alargar sus ramas y aguzar sus traidoras espipinas para no dejar llegar allí las plagas, así como no dejan llegar a los rateros que tambien saben que no hai nada mas dulce y sabroso «que la fruta del cercado ajeno.»

¿Qué ha llevado a nuestras arboledas esta *gettatura?* ¿Qué estraño elemento ha llegado a contaminar con debilidades y flaquezas, la imperturbable serenidad de las viejas jeneraciones de duraznoz, manzanos y perales?

Un espíritu fantástico le echaria la culpa de esta ruina a los árboles y flores asiáticos, que han llegado a crecer en el suelo chileno, y que sienten la mas horrible, la mas colosal de las noltaljias. Los dióspiros ya tan estendidos en los huertos, los perales del japon, los crisantemos, advenedizos japoneses que a fuerza de sufrir el recuerdo de la patria lejana, llenan la tierra chilena de sus malos humores, serán los causantes de esta muerte terrible...

Pero Mr. Gaston Lavergne se reirá—y con razon—de estas fantasias de arboricultura.





SIGUIENDO EL PAVO



ALLA en la cuarta plana de los diarios grandes, mui cerca de la *Neurosina Prunier* y a veces codo con codo con las *Píldoras rosadas del doctor Williams para personas pálidas*, se colocan los recortes de los diarios de provincia, donde se da cuenta del buen o mal estado de las cosechas, de la difícil captura de unos bandoleros con muertos y heridos, o de un zapallo mui grande, mui absurdamente grande, que se ha dado en la hacienda de un respetable vecino. De tarde en tarde, se habla en esos párrafos de un ternero con cinco patas, de un chanchito con un solo ojo o de un recien nacido que lleva escritos unos caracteres ejipcios en la retina, invenciones a que son mui aficionados los periodistas de cabecera de departamento.

De tarde en tarde el párrafo provinciano toma color, se enciende como una yesca, y llama sobre sí la despreocupada atencion del que desprecia por costumbre la cuarta pájina de un diario. Ya es el drama pasional de una mujer estraviada que se ha arrojado de cabeza al rio, recibiendo el balde de agua fria cuando ya no quedaba tiempo para que le aprovechara; ya la reñida y sangrienta lucha de un pobre comandante de policia, injerto de soldado en

huaso, con un grupo de bandidos, injertos de canallas en héroes; ya en fin la simple desgracia de crónica, el sencillo accidente sin color local, que tanto puede ocurrir en una pobre aldea como a media cuadra de la Catedral de Santiago.

Precisamente es de esta última clase, la pequeña nota provinciana que nos detiene en este instante pensativos ante el diario a medio doblar. Alguien dirá que es nimia y hasta trivial. Perfectamente. Cuando pasan inadvertido los detalles dolorosos, se vive muchísimo mas y se guardan sanas e intactas las enerjias para los choques récios.

Albertina del Cármen se llamaba la heroina de un corto drama desarrollado a toda luz, a todo aire, a todo sol, en el sitio interior de una casa de Talca. Duró cinco minutos apenas; hubo cortísima lucha porque la heroina era débil como una hoja de sensitiva; dejó corta huella de lágrimas porque él no arrancó ningun vínculo de esos que manan sangre.

Poco despues de almuerzo—dice llanamente el cronista—es decir, a la hora en que el sol cae perpendicular y pasa al traves del follaje de los árboles, sembrando el suelo de discos luminosos, una niñita de tres años y meses llamada Albertina del Cármen, salió con un primo suyo de corta edad, por el interior del sitio de la casa, para correr sobre la tierra que estaba cubierta por las primeras hojas del otoño.

Probablemente, nadie ignora cómo son esos poéticos rincones de las casas grandes. Juan Francisco Gonzalez los ha pintado, agregando a los colores de todas las paletas, uno, que no lo fabrica sino el Creador: el rayo de sol quemante y enervador. En mayo predomina en esos rincones la sepia: oscura, en los sarmientos casi desnudos del parron; en todas sus gradaciones, hasta el amarillo, en las hojas secas que se van aplastando en orden de caida, sobre la tierra húmeda.

Albertina estaba en esa edad en que se puede impunemente corretear con primos. Tres años es lo necesario para tenerse en pié y comenzar á hacer uso de un vocabulario mas abundante que aquel primitivo de los primeros meses, que se concentra en una sola espresion universal: *¡agú!*..

Y naturalmente, lo que mas tenia que llamar la atencicn de la

niñita, en el poético rincon de arboleda que veia por delante, era el pavo, el solemne pavo, que con su cabeza apegada al cuerpo, parecia meditar sobre asuntos graves, como el Seno de Ultima Esperanza, u otros aun mas complicados.

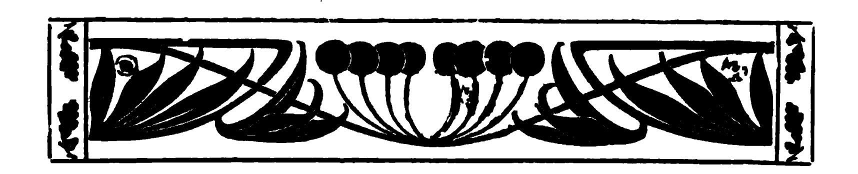
Habia comenzado ella una carrera alegre y loca, seguida mas lejos por el primito. Carrera, que no hubiera terminado tan trájicamente, y aun terminando, podria haber sido inconsciente y anticipada imitacion de otras mas serias que quizá la misma chica hubiera corrido mas tarde seguida por el mismo primo. Detuvo la carrera delante del pavo, y se quedó un instante atraida por esa pequeña fiera tan negra, y sin embargo tan pacífica. Era necesario pillarla, por una pluma aunque fuera, y volver hasta la casa triunfante con ese real botin de cazador afortunado.

El primo vió escapar a su compañera como un celaje tras del pavo, que alarmado por tan inopinada persecucion, echó tambien a andar armado y ancho como en dia de fiestas. La cosa tenia gracia. Diminuta ella, pero mas alta que la fiera que perseguia, colorada como una manzanita, alzando las manos para no clavárselas con las cardas u ortigas del camino, volaba Albertina tras el pavo, volaba aguijoneada por el ánsia de cojerlo. De repente, la chica desapareció a la vista del primo, y solo se divisó el pavo que seguia corriendo y escabulléndose detras de las matas.

...Solamente saltaron del canal, en que cayó la niña, algunas chispas de agua helada que el sol ardiente evaporó sobre la tierra.

Y el rincon de la huerta quedó un instante silencioso. El chico mudo, pálido, afirmado en el tronco de un árbol, con los ojos fijos e inmóviles en las aguas del canal... y el pavo medio echado, y con una ala estendida para descansar de la carrera...





RUBIA....

Es rubia. Tiene mucho calor en su seno, mucha pasion en su espíritu. Cuando algo la ajita, efervesce como un volcan. Los que la aman y se abrazan a ella se incendian como un manojo de espigas acercado a una llama. Es traidora, porque cuando parece que acaricia, perturba la cabeza y sopla al oido la propocision del mal, Ella aconseja el amor, pone alas al arrojo, impulsa al trabajo; pero no tarda tambien en hacer mortífero el trabajo, temerario el arrojo y sangriento el amor. Ha recibido de la madre tierra su sábia benéfica; ha purificado su espíritu sobre el fuego; y ha largado su blanca y ondeada cabellera de espuma bajo el sol.

Es ella: la chicha, la rubia y tentadora sirena que desde el fondo de la pipa de raulí canta su cancion de vida. Al traves de las tablas húmedas y unidas con el zuncho de acero, aparecen las burbujas de espuma blanca como la nieve, y parece que la malvada se rie mostrando por las rendijas sus dientes de marfil.

Amenazadora en el fondo de cobre, cuando el blanco espumarajo se ajita en la superficie y arde en el fogon el tronco de espino; se torna tranquila, soñolienta, pacífica, como envuelta en un sopor inconsciente, dentro de la gran pipa metida en el rincon de la

bodega oscura. Es la crisálida que comienza a echar alitas impalpables.

La damajuana, encerrada en su cubierta de mimbres, recibe el chorro al traves del largo embudo de laton, y al retirarse éste, aparece en la boca el copo de espuma que burbujea y se apaga. Es la mariposa que quiere tender el vuelo.

Mas tarde, puesta en el vaso de vidrio, larga un perfume picante que llega a la garganta antes que el líquido. En la superficie, un millar de burbujas se forman y estallan. Es la esencia que vuela

Barbey d'Aurevilly ha hablado de un loco que estaba enamorado de su espada. El dia que se abrazó con ella, fué el último de su amor. Tambien ha habido en Chile millares de locos enamorados de la baya. Y el dia que han querido unirse con ella para siempre, han recibido la puñalada por la espalda.—Si; la baya sabe querer; pero es infiel como las mujeres turcas.

La Liga Anti-Alcohólica debe hacer la vista gorda ante las lejítimas espansiones que produce la primera damajuana de chicha. Lo mejor de todo, lo mas razonable, lo mas prudente, seria que se declarara a todos los vientos que la chicha no es alcohol. ¡Que lo desmienten los hechos! ¿Quién le cree a los hechos?

Cerremos por un momento los ojos para abrir los de la fantasia. Todas las viñas han estremecido su follaje de grandes hojas verdes, bajo una plaga esterminadora e incansable. La vendimia ha llegado a todas partes con su chupalla de paja tostada para defenderse del sol, morena la cara, morenas las manos, negros, negrísimos los ojos. Las cortadoras de racimos se han diseminado cantando entre dientes. Y a la tarde, la carreta se acerca al elevado porton de la bodega, y van pasando los canastos, cargados del negro racimo de uva moscatel, de los dorados pámpanos de *chasselat* y torontel y de los largos y desnudos colgajos de la pequeña pero dulcísima uva del pais.

El jugo de toda esa carga, que es azúcar puro, cae al lagar y se filtra lentamente hasta el fondo de cobre que espera el momento de poner en ebullicion el líquido y hacer salir del fuego, como el ave fénix, la joven y hermosa amiga de todos.

Mas tarde a la luz de dos o tres chonchones de parafina, se

proyecta en las murallas de adobes sin enlucir la sombra jigantesca de los trabajadores que alimentan el horno con manojos de sarmientos, y recojen la espuma que hierve y se ajita en la superficie, con la gran espumadera de hoja-lata.

El primer rayo de sol que cae a la bodega alumbra el líquido tibio aun en las enfriaderas, que lo retienen con la suavidad con que se cuida a un convaleciente.

Cerremos los ojos para ver con los de la fantasia cómo por todas las largas alamedas vecinas a Santiago, vienen las carretas cargadas de pipas. Parece que un ejército vencedor se acerca a la ciudad vencida. La jente no se descubre ni aclama con hurras de triunfo esa larga caravana que avanza y avanza hácia Santiago; pero ensancha su pecho, aspira con fuerza el perfume que se escapa de los recipientes y siente que en sus venas la sangre corre mas de prisa, pesan menos los piés y se ve mas claro y mas luminoso el dia.

No necesita el soldado que en la puerta del cuartel lleva la bayoneta al hombro, preguntar a nadie lo que va pasando en esa carreta que golpea trabajosamente sobre el pavimento y produce un ruido de ferreteria que se desarma. Pero siente mas emocion que si divisara al comandante!

No pregunta tampoco el roto que clava los rieles en el medio de la calle lo que contienen esos barriles con su espiche clavado en la tapa. Le emocionan mucho mas que si pasara en la plataforma del carro una conductora buenamoza.

Todos se miran, se sonrien.. ¡Ha llegado! ¿Quién? Ella. Ha llegado y la pasearian en triunfo como se ha paseado en Paris a la belleza en noches de Carnaval. Ha llegado; y hombres, mujeres, niños, soldados, peones, se agrupan a su lado, con el vaso en la mano.

Es la amiga de todos; habla en un lenguaje que todos entienden; llega hasta las venas como si entrara al cuerpo otra alma; dilata las pupilas y las alumbra; pone alas en los piés e ilumina el cerebro.

Se ha logrado llevar a las batallas el charqui y los frejoles condensados. El dia en que se pueda llevar toda la produccion de chicha de nuestras viñas concretada en pequeñas tabletas en el bagaje del ejército... ¡amarrarse los pantalones, amigos y vecinos del norte y del este!





CUENTO DE REYES



Cualquiera creerá que lo que voi en seguida a contar es una leyenda, leyenda de esas descoloridas ya por el tiempo, como si se tratara de un cuadro viejo descascarado por los años y destinado por la patina del sol y de la humedad.

Nó: la pasada de los reyes magos por la cuesta del Loro, en la provincia de Bio-Bio, es un hecho averiguado, del que dan testimonio fidedigno cuatro arrieros y dos soldados del Pudeto, que pernoctaban en un recodo de la cuesta, la noche de Pascua del año 99.

La noche cayó mui lenta, como noche de verano. Por sobre el cerro de redondeadas cimas y abiertas quebradas, fueron cayendo velos sucesivos de un pálido gris, que poco a poco alejaron la luz y echaron definitivamente sobre los viajeros, la sombra que sobrecoje y que detiene.

Era menester hacer alto, y los cuatro arrieros y los dos soldados se desmontaron, subiendo un poco por el cerro y arrimando sus caballos a unos cuantos quiscos que, como brazos armados, surjian de la pelada superficie.

En seguida se encendió una fogata en que entraron como combustible troncos de cardo, quiscos secos y manojos de teatina. El

fuego estalló, con una chisperia prime·o, y dos o tres detonaciones de los tronquitos resecos, despues, iluminando las fisonomias de los seis viajeros que mui pronto echaron mano de los comestibles y del líquido que llevaban.

El cabo Romero rompió el silencio, diciendo que esa noche era Noche Buena y habia nacido Jesus en el portal de Belen. Los demas se sentaron sobre las piernas cruzadas, estiraron el cuello y escucharon con interes vivísimo. En el cielo habia aparecido una estrella grande, mui grande, una especie de cometa. Los reyes magos, que habian sentido algo interior que les llamaba a Belen, mon taron en sus camellos, y al ver la estrella, conocieron que seria su resplandor el guia de sus pasos. Y marcharon.

En ese instante las llamas de la fogata rompieron ya por todos lados, lamiendo los troncos y culebreando hácia arriba. Romero detuvo su relacion para empinar un poco el codo y vaciar algo del contenido de una botella que iba circulando de mano en mano.

—Pues bien—continuó el cabo—la estrella se puso andar, a andar, y los reyes magos la seguian al traves del desierto, por sobre cerros enormes, atravesando rios anchos y correntosos.

Y la estrella seguia andando.

En ese momento, el cabo Romero notó que sus compañeros roncaban, y se calló para fijar la vista embelesada en la fogata que ardia incansable. Se santiguó despues en silencio y se quedó de nuevo estático, pensando en su madre, en su hermana, en su novia, en esas tres mujeres que formaban un círculo dulcísimo en que jiraba su alma. Las llamas subian y bajaban, moviendo a su lado las sombras de los quiscos y difundiendo en torno suyo un resplandor rojizo y misterioso.

Momentos mas tarde, quedaban en ese mismo lugar los tizones a medio apagar, crujiendo los trozos de carbon al contacto frio de la noche y sumerjiéndose las últimas chispas en la ceniza. Todos dormian ménos Romero que tenia la vista fija en el recodo en que bajaba la cuesta, como oyendo un rumor lejano, indeterminado, que no habria sabido decir de dónde llegaba.

De repente, en la bajada de la cuesta, vió levantarse una claridad celeste, pero vaga y descolorida. Era como ese resplandor que una

luz de bengala azul deja en el último círculo de luz a donde llega su poder luminoso.

Romero abrió los ojos cuanto pudo, contuvo la respiracion y se puso de rodillas. El pecho le latia con fuerza, se le secaba la garganta y en vano querian sus labios entreabiertos juntarse de nuevo para murmurar una oracion.



En medio de la claridad, surjieron tres puntos brillantes como tres estrellas, en seguida tres coronas de oro que brillaban como espejos, despuès los rostros majestuosos de los tres reyes magos que llevaban en sus manos vasos de metal con piedras preciosas, y por fin los enormes camellos sobre que iban montados, moviéndose con lentitud de aparicion, pero con poderoso relieve de cosa real y verdadera.

Romero remeció nerviosamente a sus compañeros, pero

los ronquidos seguian inarmónicos, rudos, ásperos, como si allí delante de sus ojos no pasara nada.

Los reyes fueron alejándose en medio de la atmósfera celeste que los envolvia, hasta que se perdieron de vista en un recodo de la cuesta.

El cabo Romero despertó a sus compañeros y con la voz temblorosa les contó lo que habia visto. Todos corrieron al borde de la quebrada, fijando la vista en el fondo oscuro del valle, y allí, si no les mintió la vista, vieron la estela celeste que avanzaba, y dentro de ella, los tres reyes, pequeñitos ya por la distancia, como si hubieran sido juguetes de un nacimiento de carton.

La fogata se habia apagado.

✣ ✣ ✣

Cuando los arrieros y los soldados del Pudeto llegaron a Los Anjeles y contaron a quien les quiso oir que habian visto pasar a los reyes magos por la cuesta del Loro, todo el mundo torció el jesto y los tildó de borrachos.

Sin embargo, nadie que conozca al cabo Romero, ignora que éste es el soldado mas temperante del ejército chileno.



EL ULTIMO CUCURUCHO



TRISTISIMA estaba la tarde del miércoles. Encapotado el cielo, helado el viento, indecisa la última luz del dia, la procesion del Señor Cautivo entraba en el panorama para completar el melancólico crepúsculo de otoño.

Las heladas rachas del norte, presajio de lluvia, hacian vacilar las llamitas de los cirios y entrecortar las ave-marias rezadas en alta voz v fervoroso acento. Las andas pasaban llevadas sobre hombros, levantando un murmullo de rezos que espontáneamente salia del pecho hasta los labios.

Las dos filas de acompañantes se alargaban culebreando a ambos lados de la calle y formando un tajamar de luces a la muchedumbre que llegaba a oleadas. Algunos ojos encendidos por la fé se fijaban, brillantes y húmedos, en la doliente figura de Cristo; otros miraban con el embeleso del que ha perdido la nocion de lo presente y deja tender desenfrenado vuelo a la imajinacion ardorosa; y muchos movian los labios orando en solemne y respetuoso silencio.

Cerraba la procesion la Vírjen de los Dolores, con los ojos levantados hácia el cielo y la faz dolorida y pálida, cruzadas las

mános cerca del pecho como para amortiguar el aguijon de las espadas, y erguida sobre el anda como un emblema santo del dolor humano.

Y atras, como rezagado, arrastrando los piés, algo encorvada la espalda, seguia un cucurucho lentamente, repitiendo con tono lastimero: «Para el santo entierro de Cristo y soledad de la Vírjen.»

Nos pareció en ese instante que el cucurucho forrado de choleta negra, bajo la cual se ocultaba seguramente un anciano, constituia una resurreccion del espíritu de la vieja y criolla Santiago que oraba aterrada frente a la torva imájen del Señor de Mayo y ayunaba a pan y agua desde el alba hasta la noche del Viernes Santo.

El cucurucho avanzaba casi empujado por la muchedumbre, dejando ver la lustrosa y puntiaguda punta de choleta sobre los mantos negros y las cabezas descubiertas. *¡Un cucurucho!* decian a media voz tocándose los codos, hombres y mujeres y empinándose para seguirle sus pasos y no perder uno solo de sus movimientos. Muchos chicos levantados en alto, clavaban un par de enormes ojos negros sobre el cucurucho y se recojian luego entre los brazos del padre, para no ver aquel fantasma siniestro que seguia diciendo con plañidera voz: «Para el santo entierro de Cristo y soledad de la Vírjen.»

La tarde oscurecia y enfriaba. Las rachas del norte apagaban las inquietas llamitas de las velas, y la Virjen de Dolores seguia erguida como una flor de sangre, con los ojos clavados en el cielo y las manos dolorosamente cruzadas sobre el pecho.

Las campanitas de San Miguel, mudas, no dejaron oir nota alguna. Gruesos goterones comenzaron a caer elevando un olor a tierra húmeda y a pábilo y cera mojada .. y la procesion comenzó a disolverse.

El cucurucho quedó en el medio de la calle, como desorientado y perdido. Una nube de muchachos avanzó hácia él en actitud hostil y un terroncito, lanzado con excelente puntería, fué a desacerse en la choleta engomada.

Del otro lado, un tranvia eléctrico con su irrespetuosa e insolente campanita de bronce, amenazó a su vez con llevarse por delante al cucurucho.

¿Qué hacer? De arriba, la lluvia; de un lado los granujas implacables; del otro lado la desconocida fuerza moderna. Y el cucurucho desapareció.. .....

Cuando pasado ya el vehículo, haciendo sonar abajo los rieles y arriba el hilo de cobre, quisieron



los muchachos avalanzarse sobre él, lo vieron alejándose como una exhalacion sentado en el carrito y destacando su negra silueta de lechuza en la blanca claridad de la luz eléctrica.

Enorme griteria se dejó oir y un clamor unánime salió de aquellos provocativos labios.

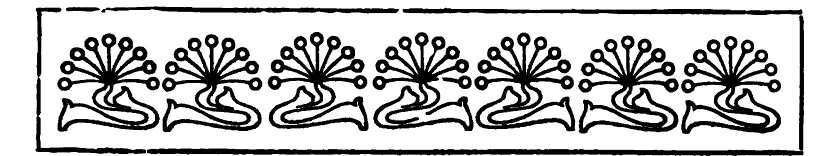
—¡Se vá el cucurucho! ¡Adios, cucurucho! ¡Adios, cucurucho!

Y cuando nosotros vimos pasar el tranvia llevando dentro la solitaria y triste figura del cucurucho, dijimos tambien:

—¡Te vas cucurucho!... pero te vas para no volver... ¡Gasta lo que has conseguido para el santo entierro de Cristo y soledad de la Vírjen, en tu propia soledad y en tu propio entierro!

Y en esos momentos, deshecha ya la lluvia y oscurecida la tarde, entraba a San Miguel la Vírjen de Dolores con los ojos clavados en el cielo y pálida y descolorida la faz...





LA COMPAÑIA



CADA año, cuando el 8 de diciembre termina en los hogares chilenos el mes de Maria y se retiran del improvisado altar los nardos marchitos, surje como evocado por la majia de la última plegaria y por el aroma de los cirios recien apagados, el recuerdo de aquella trajedia de que fueron testigos presenciales nuestros padres, y lacrimosos oyentes, nuestras madres.

De esta manera, cuando con los ojos húmedos por la tierna emocion, se arrodillan los niños y niñas frente a los altares que hoi resplandecen llenos de flores, gasas y cirios encendidos, clavan la pupila en el fondo oscuro del templo con esa vaguedad de embeleso y esa inconsciencia indefinida del recuerdo lejano que se agolpa a la memoria. En un dia como hoi—dice ese recuerdo pálido y borroso—ardió la Compañia, envolviendo en llamas voraces y desapiadadas a la madre, a la hermana, a la tia, a la abuela anciana que no se resignó a quedarse esa noche en la casa sin ver la célica figura de Maria en un fondo de gasa azul tachonado de estrellas y sobre un pédestal de rosas recien abiertas.

¿Quién no ha oido contar cien veces aquella noche aciaga en que Santiago se iluminó siniestramente con la hoguera humana que

consumió dos mil cadáveres? ¿Quién no ha oido temblar la voz y ahogársele en la garganta al narrador al describir las sangrientas escenas que se multiplicaban debajo de cada arco desplomado? ¿Quién no sabe de memoria las coincidencias que hicieron salir esa noche de su casa a buscar la muerte, a quienes jamas salian; y quedarse tranquilos esperando la vuelta de los demas, a quienes habian ido noche a noche al templo?

Años atras, cuando se hablaba del incendio de la Compañia y se hacia círculo al rededor del que habia sido testigo activo de aquella inolvidable y colosal trajedia, hasta las paredes parecian interesarse en ese recuerdo comun... Estaban allí las silletas de asiento de totora con racimos de guindas pintados en las tablas del respaldo; los mates en leche que circulaban de mano en mano y de los que parecian salir ecos de antaño; y a la orilla de la puerta, la china, esperando en cuclillas que sonara la última chupada de la bombilla para sacar el mate y cebar el otro, entreteniendo el tiempo en poner terrones de azúcar sobre las brasas y suspirar, pensando en la señora que no volvió *esa noche* de la iglesia. Pero hoi... los jarrones chinos puestos en el rincon de la sala, deben encojerse de hombros sin entender una letra del cuento, los bronces fundidos en Paris se aburrirán sobre la chimenea de mármol sintiendo la nostaljia del *boulevard*, y las doradas tacitas de té que se beben de un sorbo sobre los platillos cuadrados, no ayudarán a sujerir nada de esa fatídica reminiscencia de antaño.

Sí; ya se acabó la decoracion para el tema del incendio de la Compañia; pues, ni siquiera queda en el hueco de las ventanas la clásica matita de *congona*, desterrada en toda la línea por la begonia de hojas aterciopeladas o de tisú de plata.

Por eso nuestro cuento de hoi no es fresco. sino de aquellos tiempos en que nos intrigaba horriblemente la definicion de verbo de la gramática de Bello, figurándonos que era menester ser ministro de Estado o cosa así para entenderla y aprenderla.

Teníamos una amiga que nos llevaba algunos años, lo que alejaba todo interes matrimonial de nuestra amistad: ella tenia ochenta años cumpliditos y nosotros ocho sin cumplir. Sin embargo, conjeniábamos de tal manera con la viejecita, que nos ocupaba mui a menudo en la lectura de un librote de meditaciones, llamado

Verdades eternas, lectura que salia con un sonsonete verdaderamente insoportable, pero que a ella la atraia al recojimiento y a la piedad. Por cierto que no olvidaremos nunca uno de los capítulos que mas veces me ví obligado a repetir. Era una dama de honor de una reina, mui entregada a la piedad, que una vez tuvo la gran fortuna de ver su alma en la forma de una jóven mui hermosa, pero con un sinnúmero de pecas y manchas en el rostro. Alarmada la dama, fué a consultar a un relijioso, quien la dijo que no temiera, porque las manchas representaban los pecados veniales. Nuestra amiga gustaba de este capítulo con la misma fruicion con que un wagneriano oye una parte de Lohengrin o Tannhäuser.

Pues bien, para ser absolutamente sinceros, debemos confesar que lo que mas nos atraia a su casa, no eran por cierto las verdades eternas, que, como verdades solian ser amargas, sino un delicioso dulce de guindas guardado en tarros de loza vidriada, en la alacena del comedor, o una fragante mistela de apio conservada en botellas de cristal en una mistelera mui *sui generis*. Si ya por entónces no nos hubiéramos creido una persona formal, con seguridad nos habria llamado tambien poderosamente la atencion, un reloj de los llamados de Cuco, que en vez de campana marcaba con un *cú cú* algo lastimero cada hora.

El mobiliario de la sala en que tenian lugar las lecturas y meditaciones y tambien donde engullíamos las guindas en almíbar o la olorosa mistela de apio, era escaso pero propio.

Sobre una cómoda con cubierta de mármol, un fanal cubria un niño Jesús de cera, no respetado ni en gracia de su linda cara de manzanita madura, de las huellas de las moscas dejádas en alguna temporada en que permaneció descubierto; encima de la mesa una gruta de Lourdes de carton piedra con todos sus menores detalles, y al lado la botella de agua con su vaso sumido sobre el gollete; varias sillas con tapiz verde, algo desteñido por el sol y el rose de las ropas; una chimenea sobre la cual descansaba el reloj de cuco al centro, la mistelera a un lado y la caja con los anteojos al otro; he ahí el conjunto de esa salita a la que muchas veces nos hemos sentido trasportados con la fantasia, huyendo de la sala de redaccion atestada de folletos, periódicos, grabados y papeles.

Allí se nos contó por primera vez lo que fué el incendio de la Compañia, y por cierto que no olvidamos un detalle.

Esa noche nos costó mucho juntar los párpados y dormir, porque nuestra amiga se habia encontrado en el incendio y lo contaba todo con un colorido que ponia los pelos de punta.

—¿Sabes por qué siento yo estos dolores reumáticos?—nos preguntó un dia.

Nos guardamos mui bien de responder que por la edad.

—Bueno, yo te lo voi a contar.

«Terminaba el mes de Maria, y se habia anunciado que la última noche la iglesia iba a arder en luces.

¡Quién hubiera pensado que iba a arder en llamas!

Yo estaba sola, porque se habia ido todo el mundo a la Compañia, y me habia puesto a cebar mi mate.

De repente siento el repique con que entraba la funcion y me entraron unas ganas de ir yo tambien...

¡Cómo estaria de linda la Vírjen con su media luna de luces, las flores blancas y los miles de velas a los lados! No pude mas, me puse el manto, tomé mi alfombra y salí a escape.

Cuando entré, la iglesia era un horno. Hacia un calor insoportable y las mujeres se abanicaban con el manto... En el fondo estaba el altar; pero qué altar, niño!

Era aquello un pedazo de cielo, un sueño, una gloria. Millones de luces se movian con el viento sobre un enorme jardin de flores blancas, rosas, azucenas, claveles, nardos. La Vírjen estaba en el medio y parecia volar por sobre ese horno de llamaradas. Yo me hinqué y me puse a rezar una oracion, encomendándole a la Señora a mis hijos, a mi marido, a mis hermanas.

De repente un grito de mujer, pero un grito horrible me hizo saltar.

Apenas pude ver el altar de donde salian unas llamas mui largas, pero mui largas, que casi llegaban al techo. No pude mirar mas porque la jente se habia parado y corria, yo tambien me paré, pero se vinieron sobre mí y rodé con otras por el suelo.

¡Cuidado con mi vestido!—gritaba yo acordándome que estaba con mi basquiña de cachemira. Pero ahí nadie oia, era un clamoreo, una griteria de demonios.

Yo tenia encima de mí diez o veinte mujeres; pero así y todo alcanzaba a ver el resplandor de las llamas.

De repente pude desprenderme y correr hasta un estremo, creyendo encontrar salida. Muchas rezaban a gritos, otras en vez de



correr se echaban al suelo llorando, otras se llamaban por sus nombres...

¡Dios mio, qué horror!

Yo llegué en el momento en que la torre se incendiaba y comenzaban a caer vigas ardiendo; tuve miedo y me aparté de ese lado, cuando se sintió una campanada, una sola campanada, y despues

un ruido terrible, seco, de fierro que se quebraba. Era la campana de la Compañia que habiacaido alaiglesia, aplastando a muchajente...

Miéntras mas queria huir, mas me empujaban hasta ese lado, y tuve que ver las piernas cortadas al lado de la campana...

Despues del incendio, cuando la levantaron, encontraron a dos señoras que habian quedada dentro destrozadas, con los ojos enormes y abiertos, casi vaciados de las cuencas..

En ese momento sentí que una voz me dijo de atras: «*¡misiá* Tránsito!. Yo miré y ví una señora mui linda con la cara iluminada y sonriente con un vestido largo de seda azul, que llevaba dela mano un niñito.

Comprendí que era la vírjen, y le dije: «aquí estoi, pues, señora, por venir a verte en tu dia».

Ella entónces se acercó, y me tomó de un brazo y comenzó a sacarme.

En la salida dejé la alfombra, el manto, parte del vestido, una manga, los dos zapatos, y así hecha pedazos me encontré de repente en la calle por donde corrí como una loca.

Dos dias me pasé rezando. Una de mis hermanas habia quedado en los escombros y no pudo saberse de ella. Cuando logré calmar mi terror pude conciliar el sueño y dormir.

Una noche se me apareció la misma señora que habia visto en la Compañia y la cual habia ya olvidado; pero ya no llevaba el niño, y su vestido era negro.

En la mañana amanecı con un dolor en la pierna, que me dura hasta el dia de hoi».

Aquella noche no pudimos dormir pensando en esa campana enrojecida por el fuego, que tocó por última vez un fúnebre doble a la agonía de tanta jente, y en los ojos redondos, enormes, medio vaciados de las cuencas de las infelices mujeres que quedaron bajo de ella.

Y no habríamos dormido en toda la noche, si no hubiera sido que miéntras la señora Tránsito contaba su historia, nosotros menudeábamos las copitas de mistela de apio....

Luego nos cargó el sueño y con ese supino egoismo del que está entre las sábanas, nos dijimos para nosotros mismos:

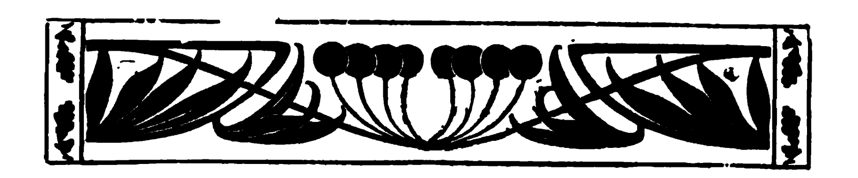
¿Y será cierto todo eso?

Hoi no nos atreveríamos a contar de nuevo aquellas impresiones, porque bastaria la campana de los tranvias eléctricos, para espantarlas como sombras fujitivas de otros tiempos.

Ya no hablamos con aquella amiga: primero, porque se murió, y despues porque habia roto desde ántes nuestras relaciones por haber sabido que la habíamos llamado *señora mayor.*

Si la pobre se hubiera visto el alma como aquella dama de honor de aquel capítulo, se habria notado en la cara ese pequeño lunar, de pretender ser jóven a los ochenta años!





LOS DOS PATIOS



(CUADROS DE LA CIUDAD)

EN una apartada calle de Santiago, de esas que suelen figurar mas en los partes de policia que en los planos de la ciudad, existia una especie de conventillo de no mala apariencia, que constaba de dos patios cuadrados y grandes.

En el primer patio, las piezas eran espaciosas y altas y el valor del arrendamiento no estaba al alcance del inquilino pobre y desheredado. Veinte pesos no es cantidad despreciable para un jornalero, que gana el doble o mui poco mas; pero si lo es para el cajista honrado que cobra veinte pesos en la semana o para la costurera activa que alcanza al rededor de diez, en el mismo tiempo.

El segundo patio ofrecia el aspecto jeneral de nuestros conventillos. Salido el empedrado no se habia tenido cuidado de renovarlo y el pavimento de tierra apretada habia dejado formar charcos en diversos puntos, que ni olian bien ni presentaban un agradable aspecto. La acequia corria a tajo abierto por el medio, arrastrando hojas, desperdicios de cocina, cambuchos de botellas, corchos,

papeles y otras materias igualmente putrefactas. Sus bordes tenian cierta vejetacion musgosa y mezquina, que ni crecia ni se agotaba, luchando entre las aguas con jabon de las artezas derramadas que le llevaban la muerte, y los numerosos abonos, portadores de fósforos y otras materias azoadas que la comunicaban nuevo vigor y alientos nuevos.

Las piezas del segundo patio se llamaban despreciativamente «cuartos» y valian entre cinco y siete pesos, segun estuvieran mas cerca o mas lejos del pasadizo que comunicaba con el primero. Allí se lavaba al aire libre, se injuriaba en voz alta y se hacian muchísimas otras cosas que no permitian nunca una atmósfera respirable y limpia.

Con un poquito de paciencia nos podemos orientar mas en los dos patios, y tomar partido en favor del uno o del otro en la reñidísima lucha civil que los mantuvo divididos por largo tiempo.

Entrando al primero, en lo que debiéramos llamar zaguan, si de una casa particular se tratase, estaban dos hermanas huérfanas, de veinticinco años una y la otra de edad indefinida que podria fluctuar mui bien entre los cincuenta y los veinte. Ambas buenas como el pan, beatitas de buena lei, hacendosas y honradas, habian sido encargadas por el dueño del conventillo de cobrar los arriendos y reservarse un cinco por ciento de ellos por comision. Vivian allí con una tia, señora buena de verdad, que se habia encontrado en el incendio de la Compañia, tomaba indefectiblemente un mate por la mañana y otro por la tarde, tan puntuales, que servian para marcar la hora a los vecinos, y rezaba en el resto del dia sin cesar para que Dios le perdonara los poquísimos e insignificantes pecados que habia cometido. Las chicas—llamémoslas así—tenian esas caras que no son ni feas ni agraciadas, tan comunes en la jente humilde, que no cuida de ornamentarlas, sino que cuando mucho las restrega con un jabon barato y el agua potable de la llave.

Seguia por un lado un señor español, carlista furioso y profesor de bandurria, que se pasaba todo el dia y noche de por medio, dando clases y acaparando pesos, por consiguiente.

En seguida estaba el cuarto de una señorona de buena cara y mejor ropa. Mirándola por detras, parecia una fragata acorazada, y por delante una característica sin contrata. De perfil no estaba

todavia mala para galantearla, y aun de frente, pues el profesor de bandurria, todas las noches al acostarse se arrimaba a una puerta que daba al cuarto de su vecina, y le decia con su acento andaluz.

—Vezinita, ¡qué malo es estar solo! El dia que usté quiera mirá a este servior, llamamos ar cura que está aquí cerca, y entonces economizamos una pieza.

La señorona decia entonces con voz delgada y juvenil:

—¡Qué se alivie, señor Fernandez! ¡Es mejor estar sola que mal acompañada!

Nuestra amiga tenia un tordo en su correspondiente jaula, colgado al lado afuera de la puerta, y ante él agotaba el Diccionario de los términos amorosos y melífluos, que parecia haber hojeado mucho en su vida.

¡Ai!—decia muchas veces suspirando, y a media voz—no me disgusta el señor Fernandez. Lo malo está que él querria informarse de mí, y a mí solo me conviene quien me tome a fardo cerrado.

Frente a la señorona, un colejial provinciano tenia su aposento, y repasaba en la puerta todas las mañanas su leccion de Código. Abrigó ciertas esperanzas de ser correspondido de su vecina en cierta época, y al efecto, le envió un ramo de flores con una tarjeta en que la llamaba «fruta madura», «granada surtida» y «rosa abierta».

A continuacion seguia la perla del primer patio.. ¡Ya nos decidimos por el primer patio! Pero nó; seguimos imparciales y apuntamos sólo, como cronistas de verdad. A continuacion seguia una costurera jóven y casi, casi bonita. Se daban opiniones: el profesor de bandurria la encontraba francamente hermosa; pero la señorona su vecina, decia que era los veinte añitos los que la agraciaban. En cuanto a las hermanas del zaguan, le reconocian una doble belleza: la del cuerpo y la del alma.

—Es buena—decian—por eso se ve bonita.

Y sin embargo, ellas eran tambien buenas y de ninguna manera bonitas.

La costurera se llamaba lisa y llanamente Juana, como se llaman tantas otras que ni son costureras, ni buenas ni bonitas. Tenia pelo negro y ojos negros, como la jeneralidad de las chilenas, una

boca sumamente graciosa sin ser pequeña, un cuerpo que, entregado a una corsetera hábil, resultaria ideal, Pero como Juana se peinaba echándose todo su pelo, abundante y sedoso, hácia atras, y se ponia el manto sin arte ninguno, y se calzaba a la vuelta de la esquina, y no usaba ni siquiera los elementales polvos de arroz en su tocador, se veia, poco mas o menos, como otras, sin llamar sobre sí la atencion como la hubiera llamado con un peinado artístico, con un buen manto chino puesto ante un espejo por mano maestra, o con unos zapatitos de charol de importacion casi europea.

¿Que por qué vivia sola mujer tan acabada? Su madre a quien acompañaba, tendió un dia el vuelo, dejando a su cordera deshecha en llanto. Ella le cerró los ojos y le rezó las letanias de la buena muerte y la amortajó. Su padre, piloto de un buque y tan mal marido como mal padre y buen piloto, no podia o no queria hacerse cargo de ella. En cuanto a su hermano Andres, sarjento del Buin, allí estaba enteramente absorbido por el cuartel y sin poder nada para juntar el antiguo hogar con el par de jirones sueltos que quedaba en el mundo.

—¿Sola estoi?—se dijo Juana—bueno, entónces a trabajar, a juntar unos reales y a casarse si la suerte...

Nó; no decia «si la suerte» Juana, porque era mui buena cristiana y porque si algo le pedia a Dios, era que le enviara un novio de buena estampa, trabajador, honrado y limpio.

Y todavia nos queda otra mujer. Rubia, un tanto desenvuelta, desabrida de cara, con buena voz, corista del Variedades, sin preocupaciones de ninguna clase y con ochenta y tres pesos de sueldo mensual por presentarse tres veces cada noche en las tablas a hacer de aldeana, de chula, de valenciana o de aragonesa, a cantar hoi una jota y mañana un tango, a pescar hoi un aplauso y otro dia un silbido y hasta alguna papa cruda, si venia al caso.

Los demas vivientes del primer patio, eran brevemente y sin retrato, un frances peluquero, un ajente de frutos del pais, un matrimonio empleado en una casa de comercio y un repórter de un diario de la mañana,

Naturalmente el segundo patio andaba mal en la calidad de los vivientes. El mas caracterizado e importante de todos era el señor Vildeter, aleman de oríjen, pero un incansable aventurero que habia estado en la Finlandia de esquimal, en el Sur del Africa de boer y en el Ecuador de revolucionario y de marido, porque allí contrajo matrimonio. Era gordo como una tinaja de greda, chato, coloradote y corto de vista. Usaba en los dias de sol un sombrerito hongo tan chico, tan diminuto, tan insuficiente que parecia una perilla, y en los de lluvia un sombrerote de tan largas alas que semejaba una tapa. Profesor de idiomas, escitaba la hilaridad de los alumnos, hora con la perilla, ora con la tapa. El señor Vildeter era, ademas de profesor, un sablista incansable y un bebedor de cognac no ménos incansable.

El señor Vildeter estaba unido a casi todos los acontecimientos sud-americanos. Tenia un colejio en Chorrillos y se lo quemaron los chilenos el 79; puso un hotel en Rio Janeiro, y cayó el Imperio; estableció otro colejio en Guayaquil y se incendió junto con un hijo suyo, en el gran incendio que devoró esta ciudad; se vino a Chile y cayó la conversion y el viejo lloraba bajo su descolorida tapa porque le devolvieron en billetes un reducido depósito que el infeliz haba hecho pocos dias ántes en relucientes monedas de oro.

Tambien habia allí un par de lavanderas, que se lo pasaban todo el dia canta y canta, lava y lava, restriega y restriega. Procaces como pocas, ponian al señor Vildeter de oro y azul cada vez que un poco mas bebido que de ordinario, se aventuraba éste a ir a darles un pellizco en los brazos desnudos llenos de lavaza y de agua.

Tres costureras pero de mui distinta calidad de la perla del primer patio, cosian allí ropa militar que iban a buscar al taller de Justiniano, donde la llevaban despues concluida. En el dia daban vueltas a la máquina Singer y en la moche le daban a la guitarra, armándose en torno suyo tales zalagardas que ya las hermanas de la puerta se estaban escamando.

En seguida venia el mas tarde celebérrimo caudillo del segundo patio, Benjamin Hernández, oficial de carpinteria, soltero, menor de edad, turbulento, enamorado, botarate, tuno y hablador. Se po-

dia ganar, marchando bien y sin San Lúnes, cosa de veinte pesos en la semana; pero con esa cabeza de chorlito que tenia, si sacaba dieciseis, se daba a santo, y de puro gusto se bebia la mitad con sus amigos y la otra mitad con las costureras, sus vecinas, al son de guitarra. Alto, delgado, de espléndida talla para soldado de caballeria, ojos vivos y alegres, Benjamin Hernández tenia mas novias que pesos habia botado en su vida.

Pero, ¿a qué negarlo? Juana, la hermosa Juana, la séria, modesta y callada costurerita del primer patio, lo trastornaba. La habia conocido con madre cuando él tambien vivia con su padre, y entónces el viejo le aconsejó mas de una vez que se casara con Juana. Pero despues, andando el tiempo, Benjamin habia cambiado mucho y Juana habia quedado igual. El muchacho reconocia ahora la superioridad de su antigua amiga. y se complacia en reconocerse él inferior e indigno de conseguir su amor. Cuando Dios quiso que se encontraran de nuevo, Benjamin Hernández tenia ya tratada su pieza en el primer patio; pero al divisar en él a Juana creyó que debia conservar la altura en que la tenia en su corazon, y sin averiguar mas, fué a ocupar una modesta pieza del segundo.

En cuanto a Juana, tenia puesta su alma en su almario, y a pesar de lo tímida, sensible y apasionada que era, miraba estas cosas con serenidad y sangre fria. Benjamin habia sido su amigo, y en vida de su pobre madre, casi su novio. Pero despues, el muchacho buen mozo y sério de entónces, se habia vuelto un truhan sin respeto a nada ni a nadie. Es cierto que allá en lo mas íntimo de su corazon habia algo que le decia que podia ella con sus solas fuerzas volver a Benjamin a su vida de ántes. Y es cierto tambien que cada vez que en sus sueños pensaba en su matrimonio, única solucion de su vida solitaria, se veia casada con Benjamin y no con otro.

Hernández habia notado en los primeros dias de su llegada, que Juana no lo recibia mal. Muchas veces sentado frente a ella cuando cosia en la máquina en la puerta de su pieza, conversaban largamente sobre el trabajo, sobre los vecinos, sobre el tiempo... Jamas sobre ellos mismos, porque Juana pasaba como sobre ascuas por muchas cosas a que intencionadamente la queria atraer Benjamin.

Pero llegó un dia en que Juana le recibió con visibles muestras de mal humor. A sus preguntas respondió con monosílabos; a sus quejas, se calló sin decir esta boca es mia; y concluyó por manifestarle mui cortesmente que la fastidiaba verlo delante de ella.

¿Qué habia pasado? Mui poca cosa; pero al mismo tiempo mucho. Una tarde, Juana volvia de su taller con el paso menudito que le agraciaba tanto al andar, cuando de repente se encontró, al doblar una esquina, con un viejo que le tendió la mano pidiéndole limosna. Al instante se detuvo a sacar sus portamonedas; pero mientras buscaba en ella algo con que aliviar el hambre del limosnero, le miró fijamente a la cara y casi se fué de espaldas. Era el padre de Benjamin Hernandez, el mismo antiguo amigo de su madre, el exelente viejo que tantas veces la sentó sobre sus rodillas para cantarle el

duérmete, niñita
duérmete, por Dios...

—¡Señor Andres!—dijo consternada la muchacha—¿Usted pidiéndo limosnas?

—Yo, Juanita, yo mismo.

—¿Teniendo un hijo que gana veinte pesos a la semana?

—¡Que quieres, niña! No todos son buenos hijos como tú!

Y el viejo suspiró con honda tristeza y apretó la mano que Juana le alargaba con una moneda. Allí oyó como Andres habia perdido su puesto de portero en el Ministerio de Marina, porque por sus achaques, no servia ya para maldita la cosa, y como desde entonces vagaba del hospital a la calle, encontrado mucho mas felices las horas en que lo tenian postrado en la cama los dolores reumáticos, que la en que Dios queria dejarlo libre de ellos, pero entregado a todos los vientos del hambre, de la sed y del frio.

Al separarse, Juana le dijo con la voz emocionada:

—Señor Andres: ahí tiene usted esa miseria; todas las tardes que lo encuentre le daré lo mismo. Pero usted en pago, pídale a Dios que me dé un buen marido.

—Si se lo pediré, ánjel—esclamó el viejo—y mis súplicas serán ayudadas en el cielo por tu madre.

¿Podia, despues de este incidente, mirar la impresionable Juana, con ojos tranquilos a Benjamin? Nó; habria sido ella tambien una ingrata... y no lo era, nó.

Desde ese dia Juana compartió con don Andres su escasísima comida, y al acabarse ésta, el viejo salia del conventillo y se iba a dormir en la primera grada que encontrase.

II

La ruptura de Juana con Benjamin terminó con el último lazo que unia al primero con el segundo patio. El señor Videter ponia el grito en el cielo contra la avaricia del propietario que no cerraba la acequia ni empedraba el patio. Las costureras mancomunadas con las lavanderas, hablaban pestes de las mujeres del primero, de las que decian que eran unas hipócritas que guardaban la seriedad y la honradez para la noche y que por el dia tendian el vuelo quien sabe a donde. Benjamin, esceptuando a Juana tenia cada dia un incidente con alguno, citándose con escándalo el caso de que Hernandez habia tomado de la nariz al estudiante y remecídolo en el aire, por un cambio de palabras que habia ocurrido entre los dos.

Las hermanas de la puerta eran buenas, pero no enérjicas. Y ademas la enerjia les habria costado una pérdida en su comision porque habrian permanecido los cuartos largo tiempo desocupados. No habia, pues, que esperar nada de ellas, y constituido el profesor de bandurria con el estudiante y con el ajente de frutos, en comité de salvacion pública, resolvieron unánimemente implantar la lei marcial y hacerse justicia por sí mismos.

Un dia un chiquitin, hijo de las costureras o de las lavanderas o de todas juntas, levantó su patita frente a la puerta de Juana. Le pescó el señor Hernandez de un brazo y le dió una tunda de palmadas, despachándolo en el pasadizo del segundo, con los calzones aun mal amarrados y chillando como un berraco. A la mañana siguiente, desapareció la jaula con el tordo de la señorona

y ésta puso el grito en el cielo y derramó mas lágrimas que una Magdalena.

Ya estaba encendida la lucha civil, y vino a marcar el período áljido de ésta, la resolucion del propietario de poner el pilon de agua potable en el medio del primer patio, y no en el pasadizo que comunicaba a éste con el segundo. De esta manera, los revoltosos quedaban tributarios del primer patio.

¡Oh! era de oir en esos dias al señor Vildeter, contar a sus alumnos su asendereada existencia.

—¡Qué injusticia!—decia, con su peculiar pronunciacion. que suplirán los lectores;—¡qué injusticia! Todo va al primer patio y nada al segundo patio. Los del primer patio respiran aire, los del segundo respiramos miasmas fétidos. Los del primer patio nadan en agua; nosotros no tenemos agua ni para beber. El dia menos pensado, morirán los del segundo patio...

Este era siempre el término de las quejas del señor Vildeter: la muerte en masa de los vivientes del segundo patio.

El plan de batalla de Benjamin, era desesperar a los del primero y hacerlo abandonar las piezas, para que el propietario entrara en cuidados y buscara una transaccion poniendo el pilon en el pasadizo.

El lado vulnerable del primer patio era la corista, y el lado invulnerable, la costurera. Pero la corista tenia a su servicio, no solo el repertorio de insultos chilenos, que era escojido y abundante, sino tambien el de insultos españoles, aprendidos entre bastidores. Una mañana se vestia ésta para salir y con la cortísima vergüenza que suele quedar despues de presentarse a diario en las tablas, a la jente menuda de teatro menudo, se asomaba a la ventana de su pieza un poco mas desnuda que lo conveniente. Benjamin charlaba a la orilla de la llave con una de las lavanderas que llenaba un balde de laton, cuando acertó a mirar hácia la ventana. Llenó inmediatamente el tarro que quedaba colgado en la llave para beber, y con una punteria admirable se lo lanzó a la pequeña Patti en el escote, mojándola enteramente.

¡No fueron insultos y gritos los que cayeron solamente sobre Hernández, que reia a carcajadas en el medio del patio!

El profesor de bandurria salio indignado de su pieza y al ente-

rarse del hecho, le disparó a Benjamin la caja de la bandurria que tenia en la mano. En mala hora lo hizo, porque aunque de dos saltos corrió a refujiarse en su puerta, no alcanzó a cerrarla y Benjamin lo sacó a pescozones del cuarto, lo tumbó debajo del pilon y despues de dos o tres sopapos demasiados fuertes para la contestura del profesor, le largó el chorro en la cara. La señorona, entretanto, increpaba a Hernández, llamándolo roto, bandido, asesino, ladron...

—¿Ladron yo?

—Sí, tu,

—¡Caramba! qué costumbre de tutear tiene usté, madama!

—¿Dónde está mi tordo?

—¿Cuál? Porque el grande se lo acabo de remojar debajo del pilon, y el otro, se lo dí al gato para que saboreara.

—¡Insolente!—gritó la señorona—¡Criminal! ¡Ladron!

Habia llegado la lucha civil a un grado intolerable y el propietario resolvió tomar cartas en el asunto. Avisó a la policia y acompañado de un comisionado, conminó a los del segundo patio con las mas enérjicas medidas en caso de que siguieran los desórdenes.

Por el momento, los ánimos se apaciguaron y Benjamin, satisfecho de todas las barbaridades cometidas, se tranquilizó.

Era un domingo en la tarde y los dos patios estaban sumerjidos en la sombra y en el silencio. En el primero, dos voces de mujer perturbaban este silencio cantando a media voz. Una de ellas era la voz de las hermanas de la puerta, que ensayaban un «Tantum ergo Sacramentum», que debia cantarse en la iglesia vecina, en una de las noches del Jubileo Circulante, y la otra era de la corista que tarareaba aquellas coplas de la Revoltosa:

Cuando clava mi moreno
Sus ojazos en los mios
Too el cuerpo se me enciende,
Y me se pierde el sentio!

Una de las costureras del segundo patio, pasaba de vuelta del despacho con una libra de arroz y un frasco de vinagre, cuando

creyó sentir voz de hombre en el cuarto de la Juana. Con una sonrisa diabólica se acercó a la puerta en puntillas y pudo, en efecto, constatar que allí dentro habia un hombre.



Con eso solo, estaba derrotado, miserablemente derrotado el primer patio. ¡La perla resultaba falsa, indignamente falsa!

Voló mas bien que corrió, la costurera a llevar la noticia a Ben-

jamin, que estaba entretenido con sus compañeras, dándole al ponche con bastante entusiasmo.

—Hai un hombre en el cuarto de la Juana.

—¡Mentira!—gritó Benjamin—saltando de un piso de totora en que estaba sentado y tirando léjos el vaso en que bebia.—¡Mentira y requete mentira!

—¡Hombre!—dijo riendo la costurera—si te quedan brasas escondidas todavia, anda a apagarlas poniendo el oido en la puerta de la Juana.

Ya habia salido Benjamin, y de dos saltos estaba con el oido pegado en la puerta.

—¡Pobre diablo yo!—pensó Benjamin.—Me ha echado la Juana y se ha reido de mí. Ese será su novio, jóven, honrado, bueno, como ella lo desea y yo seguiré siendo un borracho como soi; pero ¿es propio de la Juana que esté encerrada a estas horas con su hombre?

Y pálido, tambaleándose como un borracho, llegó al cuarto de la costurera y, dejándose caer sobre su asiento, dijo con voz ronca:

—Es cierto.

—Bueno, pues—saltó una de las lavanderas—ha llegado el momento de vengarnos de todas las que nos han hecho.

—Sí, ha llegado—contestó Benjamin.

—Vamos todos al primer patio.

—Vamos.

Y fueron. Aun el señor Vildeter, con su perilla en la cabeza, se mezcló en la turba y llegaron todos ante el cuarto de la Juana.

—¡Aquí está la santa, la hipócrita!—decia en voz alta una de las mujeres.

—¡Vengo a ver a la perla!—decia otra.

Y cada uno de esos gritos era coreado por una carcajada. De repente la llave del cuarto de Juana jiró violentamente, se abrió la puerta y apareció la costurerita pálida y temerosa en el umbral.

—¿Qué es esto? ¿A qué han venido ustedes? ¿A qué has venido

tú, Benjamin, que nos has quitado a todos la tranquilidad? ¿Vienes a armar otra gorda? ¿La has tomado conmigo?

—Señorita Juana—repuso Benjamin con sorna, buscando fuerzas en el ponche que habia bebido. ¡Señorita Juana! ¿con que tenia usted novedades? ¿con que se quiere usted con otro y se lo guarda bajo llave?

—¡Que lo muestre!—gritó una de las lavanderas.

—¡Vaya con la santa Filomena del primer patio!

Juana, pálida a ratos, rojo a otros, ya queria entrarse, ya se arrepentia y se quedaba en el umbral. Estallaron, por fin, las cuchufletas y los insultos; alguno mas fuerte que otro le arrancó dos lágrimas; los vivientes del primer patio salian todos de sus piezas, y la reputacion de Juana estaba en ese momento como si hubiera pasado por la acequia del segundo.

De repente se enrojeció como púrpura, abrió la puerta de un solo golpe, saltó afuera y, pescando a Benjamin de la blusa, lo empujó hácia dentro:

—¿Querias ver? ¡Vé, mal hijo! Ahí está el viejo de tu padre, muerto de hambre, con quien comparto yo la mitad de mi comida, porque el desalmado de Benjamin Hernández no le da ni un pan. ¡Ahí está! Hártate de verlo, hambriento, enfermo y moribundo.

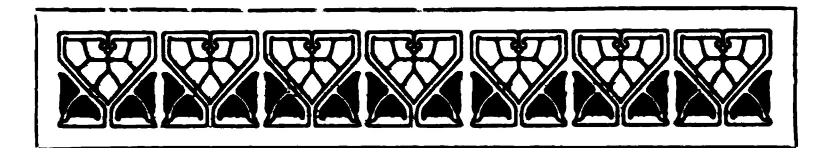
Benjamin estaba desencajado, verde, con la cabeza baja, frente al viejo que se habia puesto de pié al lado de la mesa en que estaba encendida la lámpara de parafina.

De repente una lágrima asomó a sus ojos.

—Perdon, padre—murmuró—perdon, Juana, yo prometo ser bueno, ser honrado como tú... pero ¿por qué no nos juntamos los dos a cuidar a este viejo, para que le cerremos a él sus ojos como tú se los cerrastes a tu madre?

1900





POR UNA VACA

LA Araucanita, que apenas se levantaba dos cuartas del suelo, fué conducida al Convento de las monjas de Temuco, donde la lavaron y la vistieron de nuevo. Parecia una breva arrebujada en una servilleta, o con la espresion vulgar, una mosca en leche, cuando salió a reunirse con otras asiladas vestidas igualmente con un trajecito blanco de percal.

Mucho costó domar a ese animalito de ojos negros, negrísimos, de espaldas mui anchas, de bracitos fornidos y nervudos; pero poco a poco fué apareciendo en ella la mujer, y alejándose el indio. Era pequeñita, pero llevaba en el cuerpo el futuro desarrollo de la mujer araucana, ni mas ni menos que esos perros de raza alemana, de enorme cabeza y patas gruesas, llevan en sus miembros, desde los primeros meses la promesa de su tamaño futuro.

Criada suelta, al sol y al aire, como un ganso doméstico, era su delicia tirarse al suelo, revolcarse en compañia de los quiltros y correr con ellos, trepar las tapias con instinto precoz de rateria y asociarse a otros rapaces para empresas arriesgadas y peligrosas. Quedó, pues, como pez fuera del agua, dentro del Asilo de Temuco, taimada como una perdiz metida en la jaula de mimbres.

Sin embargo, poco a poco fué despertando a la vida, y ya el ruido de la campana, la amable voz de las relijiosas, la música del modesto armonium de la capilla, y la camita blanca con cortinas de muselina, le fueron acostumbrando al nuevo estado.

Mui pronto tomó sin recelos la cuchara, permitió que le rizaran las ásperas guedejas de pelo negro, y sonrió, revelacion primera de que su almita esclava comenzaba a sentirse libre.

⁂

La Araucana creció hasta hacerse una mujercita. El pelo recojido fué a prenderse en la nuca, en un moño, sino artístico, por lo menos cuidado. El vestido de percal blanco con sus vuelos y bullones, cortados y cosidos por ella misma, le daba el aspecto de una muchacha europea.

El pudor, esa herencia que no ha recibido de sus padres la mujer salvaje, sino mui rudimentariamente, habia rodeado a la asilada de una simpática atmósfera de modestia y de dulzura. Habia aprendido a recatarse, a bajar los ojos, a esquivar la impertinente mirada de los hombres, a andar con gracia, a moverse con distincion.

El producto araucano se habia trasformado, acercándose mucho al tipo criollo de la mujer blanca. Era un cambio moral y físico que habia hecho de la indiecita una delicada y frájil creatura, pudorosa, tímida y llena de encantos.

Las monjas de Temuco se atemorizaban ya, ante la idea de que la chica volviera a la ruca. ¿Cómo arrojar esa flor de pétalos blancos al pudridero de un centro salvaje, donde la embriaguez era el estado natural de sus moradores? Podria haberse contestado al reclamo de sus padres que la india habia muerto, porque era verdad que habia muerto la india. Pero luego hubiera conocido el engaño, y Laurita Colipí hubiera sido arrastrada con violencia.

No era posible evitar la separacion, y la chica partió llorando, desolada, sin ver ese camino largo que recorria al lado de su padre. Cuando volvió la vista, la torrecita de las monjas se habia hundido ya en la lejania.

Al caer la tarde, la ruca aparece inclinada y medio derruida, a cien pasos de los caminantes. La madre espera impaciente.

El saludo es breve y frio, porque allí nadie ama a nadie.

Un moceton que aguarda afuera de la ruca, entra y dice lacónicamente:

—Acepto.

El indio sale afuera, observa una vaca, que pacientemente atada a un poste clava sus grandes ojos impasibles y redondos y dice a su vez:

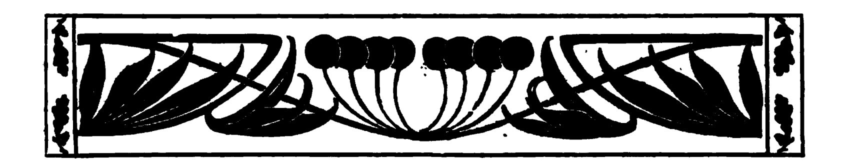
—Entonces la vaca es mia... y la chica es tuya.

Y el moceton toma a Laurita Colipí de una mano y se la lleva.

....

¡Si lo supieran, cómo llorarian las monjas de Temuco!





PAISAJES DE VERANO

CUANDO encima de la mesa de albísimo mantel, con las copas de cristal *bacarat* alineadas junto al plato de dorados recortes, se vé el frutero colmado de frutillas y de guindas rojas, la vista se resiste a ir mas léjos buscando un horizonte de luz y de sol, para llegar hasta la cuna de esas frutas que estraen de la tierra chilena su azúcar y su sávia.

Enredadas las guindas unas con las otras, como si fueran recuerdos de otros tiempos; gotas de sangre que ha encendido y cristalizado el sol; labios de mujeres que ha convertido en fruto la madre tierra en su antiguo laboratorio de trasformacion; están allí sobre el plato blanquísimo, envueltas en una capa de azúcar en polvo y talvez remojadas con el jeneroso y fragante y líquido de un jerez mui seco, de un oporto mui asoleado, o de un marrasquino lleno de esencia y de perfume.

Allí están; pero no hablan nada. La cuchara las conduce hasta la boca, donde, oprimidas, sueltan un jugo fresco, agridulce, sano, que hace volver la vista a esos lejendarios néctares con que se emborrachaban los dioses del Olimpo y bajaban a la tierra haciendo *eses* y mas *eses*.

Allí están; pero nada hablan del guindal lleno de claro-oscuros, de follajes sombrios, de claros de sol, de aire perfumado, de carca-

jadas alegres, de rincones poéticos; ni tampoco del frutillar tendido al sol que lo hiere a plomo, formando un oleaje de melgas verdes e interminables, que allá a lo léjos corta el muro de zarzamora o la cerca tejida entre los álamos nuevos del deslinde.

El guindal es la poesia tranquila de la sombra; el frutillar la esplosion arrebatada del sol. Allá hai contrastes, rumores, movimientos de las hojas, rayos de sol que se cuelan por el follaje, frescura en el ambiente. Acá hai sol, sol y sol. Todo arde, todo se enciende, todo se volatiliza bajo esos rayos que caen concentrados como al traves de una lente.

* * *

El guindal está de fiesta. Plantado al capricho, no deja avenidas largas y anchas sino grupos de árboles y claros caprichosos que se entrelazan como eslabones de una cadena.

Al traves de las hojas cae el sol, formando en el suelo semi-círculos, fajas, cuadrados y rayas, que cuando los cruza álguien le recorren el cuerpo de piés a cabeza, formándole una atigrada vestidura que se renueva sin cesar.

De allá del fondo vienen ecos de risas, gritos que llaman, silbidos que tararean al descuido un aire chileno y zandunguero, ruido de ramas que se desgajan y rumores de conversaciones que se lleva el viento. Podemos llegar hasta allí, siguiendo a un muchacho que se interna con una canasta sobre la cabeza, al aire la camisa de percal azul y desnudos hasta el codo los brazos, robustos y nervudos. De repente, la sombra lo oculta, y en la incierta lejania no se sabe si viene o va; pero despues un claro de sol lo rodea con luz y lo empuja de nuevo a la vaguedad de una penumbra llena de misterios.

Sobre los árboles están trepados los chiquillos, desnudos los piés, saltones y ájiles como los pájaros; abajo, las canastas se van llenando de hojas y de racimos de guindas, e inclinadas hácia el suelo, vagan, recojiendo cuidadosamente las caidas, una docena de mujeres con guindas metidas en las orejas y en el pelo.

La vista, ávida de luz, se estiende buscando el campo. A lo léjos se divisa el sembrado de trigo, ajitado por el viento con un oleaje contínuo y reverberando sobre él un sol de fuego.

La tarde va a caer. El guindal se oscurece lleno de misterios y de sombras. Las mujeres se van riendo, cantando, despertando, a su paso la algarabia de los zorzales, que ya buscan alojamiento entre las ramas.

Un muchacho audaz persigue a una de las guinderas y le tiñe la cara con un racimo de guindas maduras. Y el barullo que se forma va rodando de árbol en árbol hasta perderse a lo léjos.

Un instante despues comienzan los grillos a ensayar los hélitros, dando la sinfonia de ese programa nocturno, cuyo número mas importante es el gorgoreo de los sapos, esas masas corales de los pantanos, esteros y chepicales.

* * *

El frutillar se estiende como una sábana verde, a todo sol, a toda luz, a todo aire; allí el follaje sirve solamente de marco a las larguísimas melgas que recorre el viento ajitado en un oleaje incesante.

Las mujeres que recojen bajo las hojas el fruto de intenso rojo, van con sombreros de paja, para defenderse de esos rayos que queman como brasas.

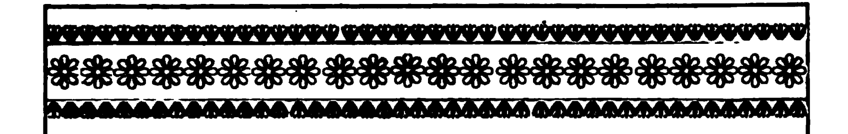
Se alejan en una misma direccion, sin gritos ni algazaras, porque la tierra y el aire abrasan como ascuas, encendiendo el rostro y agolpando la sangre a las mejillas.

Y entre tanto, el corralon de las casas cercanas a Renca y Colina, está lleno de árguenas, que entre capa y capa de hojas verdes van recibiendo la preciosa y delicada carga que traerán a Santiago.

Al caer la tarde, el frutillar queda en silencio; pero resuena el bullicio en la alameda, por donde van en larga fila los argueneros, buscando el camino polvoriento y desierto que lleva a la ciudad.

Y pasan sobre el cielo con las alas abiertas, dejándose suspender con pesada lentitud en el aire, los aguiluchos que rondan el cerro para buscar su nido a la sombra de algun boldo.





Del carro de carga... a la Morgue



«A las doce y media del dia de ayer fué atropellado por el tren de carga número 27, el palanquero del mismo tren, llamado Juan Lillo.

Segun esponen algunas personas que presenciaron el hecho, Lillo cayó entre los carros, cuyas ruedas le destrozaron el cuerpo.

El cadáver de Lillo, fué recojido por los empleados del mismo tren, y conducido a la Morgue.»

Si alguien pudo ver por primera vez un cinematógrafo, sin asombrarse, habrá sido, ciertamente, un palanquero.

¿Qué impresion de novedad ha podido producir el desarrollo de la película, bajo la proyeccion eléctrica, a quien eternamente de pié sobre los convoyes, todo se le presenta como un cinematógrafo infinito?

De dia, es el sol el que ilumina el panorama de este cinematógrafo viviente, haciendo saltar el color verde profundo del campo que se estiende a ambas orillas del camino de hierro, pintando la línea negra de la alameda que lo corta en diagonal, dando la pin-

celada chillona de la vida recien brotaba que faldea el cerro, o la notita pintoresca y resaltante de la casa de campo con su parque y su arboleda. El cinematógrafo se desarrolla en sentido contrario, del que devora desbocado el tren. Los álamos corren con furia loca y parecen tumbarse de punta al pasar; los postes telefónicos con sus alambres cargados de golondrinas se alejan tambien en incansabie fuga. Pasa rápido como una exhalacion la casita del cambiador que ajita la bandera verde; los machones de cal y ladrillo que limitan la estacion; el tren de carga que espera, caldeando su máquina, la hora de partida; el molino con sus murallones altos y su turbina sumerjida en el canal; el puente de hierro que tiembla, la avenida de álamos, las puertas de trancas de un potrero, los grupos de espino, el estero tendido en el fondo del valle, el rancho, el maiten, el campanario y la carreta que se aleja lentamente por el camino polvoriento. Todo corre, como si se tratara de una fuga, de un sálvese quien pueda, de una retirada en desórden.

Pero despues llega la noche y el tren avanza por un abismo, una verdadera boca de lobo. La luz de la luna recorta siluetas negras, altas y bajas, sombras informes que se alargan y que se abaten, que de repente se acercan y desaparecen despues, como si fueran visiones, Allá a lo lejos vacila una luz amarilla, asomando y ocultándose tras de los árboles.

El rumor del convoi que parece ferreteria que se desarma, toma entonaciones diversas y pavorosas. De repente el rumor se apaga sobre el terraplen, y apenas se oye otra cosa que el ruido de los topes, el rose de las cadenas y el resoplido de la locomotora; pero despues al atravesar el puente un clamor sordo lo envuelve todo como si los machones se doblaran al peso que soportan y los arcos cayeran deshechos sobre el rio. El silbato agudo y penetrante turba el silencio de los campos, rueda por las quebradas y rebota en los cerros tomando pavorosas gradaciones. La locomotora arroja tras de sí una cabellera de chispas encendidas y de humo negro, que parece un velo de crespon con lentejuelas doradas. Las chispas se elevan, jiran, saltan, y caen lentamente estinguiéndose al contacto del aire.

Pero luego viene el cinematógrafo del amanecer. Allá en el ho-

rizonte clarea el cielo; un ve.o ténue comienza a subir como un vapor. Las sombras van bajando y apareciendo sobre ellas los árboles, como si se tratara de una decoracion de aparato. Quedan jirones de neblina sobre la copa de los álamos, sobre los cerros y sobre el rio.

El palanquero vé desfilar este cambio de luces desde lo alto de su carro, con las manos sobre la palanca y la vista y el oido atentos al silbato o a la bandera.

De noche el corazon palpita al divisar allá en el fondo del abismo el farol verde o rojo que se ajita a la orilla de la via, deteniendo la marcha o alentando a seguirla.

Jinete de un potro de hierro verdaderamente indómito, el palanquero pasa su vida aferrado sobre el carro de carga, volada al viento su bufanda, y firme los piés sobre el incierto y movible piso que le sirve de sosten.

¡Quién no los ha visto, al pasar como una exhalacion el tren misto, parados sobre los carros y haciendo arriba arriesgadas pruebas de ajilidad y do firmeza! Son hombres de acero, insensibles al frio, al sol, al viento, al hambre. Se rien del convoi como un buen jinete se rie de su caballo; pero tienen a sus piés un centenar de ruedas que jiran, en tanto que el jinete al caer no tiene mas peligro que su caida misma.

Juan Lillo, palanquero del tren de carga número 27, debia tenr como todos los palanqueros, una casita de tabla a la orilla del camino, con un cerco de colihues, dentro del cual rebalsa un jardin con pelargonias, cardenales y claveles. Dentro de esa casita hai una mujer, que al silbato del tren que se aproxima, sale corriendo a la puerta para ajitar su pañuelo y saludar al amado que pasa en su puesto de combate.

El sueño de ese hombre condenado a eterno movimiento, debia ser talvez, permanecer muchos años tranquilo en ese casuchon de tablas blancas, cuidando su jardin, y mirando desde allí pasar los convoyes, llevando sobre los carros a nuevos herederos de ese puesto de sobresaltos y angustias.

Pero Lillo cayó un dia del carro y quedó despedazado entre las ruedas. Muchos trenes han pasado por frente a la casucha del

cambiador, y otras tantas veces ha corrido la muchacha hasta la puerta ansiosa de vista y anhelante el pecho.

Y cada vez que suena a lo lejos, en medio de la noche, el silbato de un tren, salta la infeliz sobre su lecho y pone el oido alerta porque parece que alguien la hubiera llamado por su nombre...





La Cruz de la Mision



¡Quién te ha visto y quien te vé, Totoral de mis recuerdos! Ayer tan solo cada hora una dilijencia bajaba envuelta en polvo, al galope de los postillones, cuesta abajo y haciendo retemblar la calle, se detenia frente al porton de las Urbina. Hoi, no bajan de la cuesta sino los aguiluchos que tienden en la tarde su pesado vuelo, y se remontan lentamente sin ajitar las alas.

Los rosales blancos han clausurado y sellado la puerta de la vieja posada; y los espinos y quiscos de los cerros vienen bajando y avanzando hácia la aldea, resueltos a conquistarse el suelo que les han quitado.

Todo duerme hoi en Totoral. Las viejas Urbina no asoman jamas a la calle como ántes, a esperar pasajeros. Las tapias musgosas florecen con los copos amarillos del yuyo, y las florecitas de las lechuguillas. Duerme la derruida parroquia y al sueño convida su campanita; duermen los sauces a la orilla del estero, y duermen sus calles cubiertas de retoños de espino que nadie combate.

¡Quién te ha visto y quien te vé! Eras alegre y risueña como estacion de tránsito de los viajeros, que reposaban sus ruidosas cabalgatas en tus jardines sombrios. Eras cariñosa y abrigada como

un claustro de monjes hospitalarios. Quien cruzaba tu calle ancha, florida y asoleada como el sendero de un parque, se llevaba tres inolvidables recuerdos de tus encantos: los claveles rojos del huerto de las Urbina, las estriberas talladas del maestro Lorenzo, y la mirada intensa y maliciosa de la Rita.

Pero un dia el ferrocarril pasó por otra parte, léjos, mui léjos del Totoral, y como las zanjas hechas en la tierra se llevan la humedad de las vegas, así se llevó él la vida, el movimiento, la alegria y el comercio de la vieja aldea.

El primer silbato del primer convoi que se oyó a la distancia como un jemido, fué para Totoral el adios a la vida.

* * *

Dos hombres cruzaban todos los dias la calle de la poblacion, y eran los amigos de todos. Uno jóven, vigoroso, injénuo, el aguador Damian, que llegaba cargado de barriles silbando alegremente sobre su manso caballo rabicano.

El otro, maduro, reconcentrado y osco, era el maestro Lorenzo, el de las estriberas talladas, que bajaba del monte la leña y no cantaba jamas.

Ambos se querian como hermanos, y solamente cuando Rita se interpuso entre ellos comenzó de parte de éste un sordo y obstinado rencor para aquél.

El cura lo dijo un dia: Damian es como un valle grande donde si pasa una nube por el cielo, no quita la luz; pero Lorenzo es como las quebradas hondas donde un sólo nubarron hace creer que ha llegado la noche.

Y llegó. Nadie lo supo, sino Rita, y ella se guardó hasta la muerte su secreto.

Una noche Damian, remontando la tapia del huerto de las Urbinas, avanzaba cauteloso por el parron, y los círculos, fajitas y semi-círculos de la luna pasando al traves de las parras, le recorrian el cuerpo como una atigrada y movediza vestidura. Del otro estremo, desde el corredor de la casa, bajo, aplastado, donde el gran cántaro de greda y la piedra de la destiladera dejaban sentir como

un péndulo las gotas isócronas, se acercaba Rita con una mano hácia adelante medrosa y temblando.

Miéntras el eterno dúo a la luz de la luna se desarrollaba dulcemente y los dos muchachos se hacian promesas de felicidad futura, Rita sintió un pequeño rumor de ramas aplastadas y vió una sombra que se escurria cerca de la muralla.

¿Quién era? Ella lo suponia: Lorenzo que por una inesplicable obcecacion siempre se habia creido engañado por Rita y espiaba en todas partes sus encuentros con Damian.

La muchacha calló el descubrimiento para no alterar la aparente amistad que habia entre los dos hombres. Y esa noche al despedirse, llena de presentimientos siniestros, rezó mucho a la Vírjen del Perpétuo Socorro alzada en la cabecera de su lecho.

Damian que cada mañana y cada tarde entraba a la calle con sus barriles llenos de agua, desapareció poco despues. ¿Qué fué de él? Nadie lo sabia.

Desesperado de ese eterno sueño, remontó la cuesta y corrió a enrolarse como soldado para pelear en la revolucion. ¿Fué asesinado en el monte y su cadáver puesto bajo tierra?

El hecho es que no volvió jamas a recorrer el hundido parron, y el tiempo, y el silencio y el sueño de esta aldea, envolvieron la desaparicion del jóven aguador en una misteriosa red de conjeturas y dudas.

Algunos meses despues Lorenzo partió en un enganche de reclutas para el norte.

Si las lágrimas de la muchacha hubieran tenido el poder májico de hacer revivir todo lo muerto, ya seria esa aldea la primera factoria del mundo.

—He huido del Totoral—decia el cura—porque me habia envejecido el alma ese espectáculo de una poblacion siempre dormida y de una mujer siempre llorando.

* * *

Durante nueve dias, al caer la tarde, esas tardes de campo, lánguidas, llenas de misterio y de tristeza, la campana del fundo cercano ha llamado a los habitantes del Totoral a la «mision». En

las ciudades los hombres pueden romper la vida material y ruda del trabajo para volar un instante al descanso del espíritu en los teatros, ias iglesias, las lecturas del gabinete. Pero en los campos! Allí el hombre es un autómata, sale el sol y ya está inclinado sobre la tierra cultivándola; resbalan los rayos en sus espaldas ardientes y las sombras se alargan y se acortan y vuelven a alargarse y a invadirlo todo, y el hombre sigue descargando el azadon como un péndulo que no se cansa nunca de oscilar, y esto, un dia y el que sigue, y un mes y otro mes, durante años y muchos años.

La mision llega allí reclamando la hora del espíritu, «la hora de la conciencia», y los hombres salen a la tarde de los ranchos, y llegan por las alamedas, de todos puntos a las casas del fundo donde se levanta la torrecita de la capilla entre unos álamos puntiagudos y sombrios.

La capilla es como todas. Ha sido un granero disfrazado a fuerza de injenio, de trabajo. Se ven las vigas recortadas, se adivina al traves del flamante blanqueo, las húmedas y tierrosas paredes de antes. Una Vírjen del Carmen que tiene historia, a la cual se le prenden velas en las noches de invierno, con vestido de raso azul orlado con galones de oro y cabellera natural, se alza en el único altar, allá en el fondo, donde se sientan los patrones. En el otro estremo está el órgano viejo de manubrio, con sus flautas de laton abolladas, que chillan a duras penas una salmodia estraña.

Durante nueve dias se han reunido allí los hombres y las mujeres de los alrededores a oir la voz de los misioneros que les traen consuelos luminosos y palabras alentadoras, que les recuerdan que no son solo máquinas de trabajo y les levantan con enerjias inspiradas de los vicios de raza.

Tocan a su fin las misiones. Los muros de la capilla han temblado muchas veces con el rumor desacorde del «Ven a nuestras almas» y del «Perdon»; sobre los disparejos y gastados ladrillos han caido gruesas lágrimas que han brotado de corazones secos y olvidados, de ojos pacientes y sin luz, como los del buei, de rostros curtidos por el polvo, el sudor del trabajo y el sol inclemente de los campos. Se ha contado allí la paradoja del hijo pródigo con ternura inmensa, con elocuencia sencilla y poderosa, con colores que avasallan y cautivan. Y los últimos dias la oracion ha resonado

temblorosa como un clamoreo suplicante que sale de corazones que resucitan, de espíritus que se despiertan, de intelijencias que clarean con auroras nuevas.

Los misioneros tienen acomodado ya el equipaje. Se van a marchar a otros puntos donde los reclaman, y la mision está próxima a su fin. Las mujeres y los hombres han llenado sus almas de resignacion y de consuelos, como llenan los rincones de sus ranchos de provisiones y leña para el invierno.

¿Qué queda? ¿Qué recuerdo les dejará la mision en medio de los campos una vez que levantadas las tiendas y los pabellones de sus armas, los misioneros se alejen talvez para no volver en muchos años?

* * *

Queda algo, sencillo, tierno y solemne a la vez; la procesion del último dia, que colocará la cruz de la mision como un monumento y un recuerdo.

¿Quién no ha visto esas cruces? Se levantan a la orilla de un camino, sobre un hoyo de ladrillos, rodeadas con una verja de madera; siempre hai a su lado huellas de cariño, de afeccion. Una mata de cardenales sube un poco sus hojas verde oscuro y sus flores encarnadas sobre el pie; y un farolillo con los vidrios rotos dá albergue a un candil de sebo que se renueva noche a noche. Hai en ella algo que entristece talvez porque recuerdan que han pasado por ahí mismo médicos para curar las enfermedades del alma; y los pobres han vuelto a caer al peso de leyes de raza y de la eterna frajilidad del hombre. Las cruces de madera, raquíticas, hechas de dos listones de álamo, resisten allí el sol de muchos veranos, las lluvias de muchos inviernos y la intemperie de muchos años!

El sétimo dia, como dia de despedidas es triste: casi siempre le acompaña el cielo, porque se nubla, y el aire, porque sopla penetrante, frio, como vientos de chubascos de verano. En la torrecita de la capilla, flamea una bandera nacional; cerca de su puerta atravesando el camino, se levanta un arco con ramas verdes de maiten: es el homenaje del fundo. Despues siguen los arcos mas

pobres, frente a las posesiones de los inquilinos, formados con varillas tiernas de mimbre y canastillos de papel de color. A las puertas de las viviendas, entre los troncos de los álamos, han colocado mesitas con todos los santos de la casa y vírjenes de bulto con el rostro gastado como las monedas viejas; imájenes antiguas pegadas en el fondo de una caja de vidrios con flores de cera o de trapo, y crucifijos de madera comprados años atras a un «falte», que pasó por allí como un ser estraordinario.

En el fondo de la alameda, donde suelen aparecer de tarde en tarde las grandes carretas llenas de paja, surje una aparicion nueva que avanza entre los árboles con lenta y majestuosa solemnidad. Se siente el ruido alternado de las campanillas, el rumor de los cantos, el roce de las ojotas sobre el suelo. Y adelantan las dos filas con velas metidas en trozos de cañas y adornadas con tiritas de papel y cintas de color.

Las dos filas de luces culebrean debajo de los árboles, los cantos se entrecortan con el viento; y aquella procesion humilde pero tierna y piadosa se alarga sobre el suelo húmedo y blando que comienzan a cubrir las primeras hojas secas de la estacion.

Las ráfagas de viento soplan de cuando en cuando heladas y cortantes, desviando las llamitas de las velas, ajitando los recortes de papel de los arcos, los ponchos listados de los huasos.

Dos o tres andas improvisadas van en el medio, llenas de flores, ramas y luces. Sobre angarillas de tabla blanca se han colocado las imájenes de bulto de la capilla, tapando la madera con hojas de yedra y maiten, y adornando el resto con dalias, azucenas rosadas y flores blancas.

Todo aquel grupo lleno de piedad y de fé, recorre los largos caminos regados por el sudor del trabajo, sembrados de crucesitas y farolillos que recuerdan los asesinatos allí cometidos, las barbaries, la embriaguez y las locuras del vicio.

Todo Totoral ha despertado esa tarde, corriendo a juntar sus jentes a los campesinos que vienen desde léjos, remontando la cuesta o vadeando el rio. Tambien han corrido los soldados, los que han vuelto, que son pocos, de la guerra fratricida. Lorenzo, mas viejo, mas triste, mas apagado, ha sido arrastrado tambien por ese movimiento natural. Y el olor de las ramas verdes, del maiten

y de la yedra pisoteada, del arrayan y del cedron, de las azucenas y de las congonas, de los cirios ardiendo y del incienso, despiertan en sus dormidas conciencias el recuerdo de la juventud ya muerta.

Por fin se ha llegado a una loma árida y amarillenta donde se levantan las doradas varitas de la teatina, interrumpidas por las espinas secas y plomizas, inclinadas todas en una misma direccion como si fueran peregrinos que escalan el cerro aferrándose con las raices nudosas y las ramas espinudas.

Allí se detienen. Las filas se deshacen, agrupándose todas al rededor de una reja que espera impaciente la cruz que le hará compañia.

Uno de los misioneros se acerca en ademan de hablar. Es la despedida, una despedida llena de consejos tiernos, de ideas tristes, de consoladores pensamientos. Es una presentacion de esa cruz que quedará allí, en la loma solitaria, para que la vean todos desde el llano y recuerden la mision.

* * *

La voz del misionero se levanta al principio temblorosa, insegura. Pero cuando tiende la vista sobre el lomaje amarillento, sobre las líneas de boldos que parecen inclinarse tambien relijiosamente, sobre esos hombres y mujeres que abren los ojos llorosos y se muestran sedientos de verdad, su espíritu de creyente, de orador y de artista se enciende, sus labios enrojecen, los ojos brillan con nueva luz, y las palabras salen esta vez candentes y luminosas, ruedan sobre los cerros y van a perderse a lo léjos de montaña en montaña como un llamado de la vida a la muerte.

¡Qué hermosa tarde! Los cirios arden y chisporrotean. Los incensarios se mueven oscilando con lentitud. El olor del arrayan inunda en oleadas de perfume. Y allá desde el llano sube como una plegaria la salmodia de los campos, la diana del crepúsculo combinada por sapos y grillos desde los bordes del estero. Lorenzo recuerda de un golpe su vida entera, su juventud de trabajo, su virilidad encendida por el desgraciado amor a Rita, su vida de soldado, las batallas, las alegrias del campamento, las mujeres, las

pendencias, el vicio. Pero en medio de todo esto que baila ante su vista en confusa sarabanda, se destaca Damian, suplicante, arrodillado en el fondo del pozo donde fué llevado por engaño para buscar una mina que habia de enriquecerlo...

—Hermanos—grita el sacerdote—aquí va a alzarse la cruz redentora donde espiró Cristo por vosotros. Ella abrirá sus brazos y presidirá vuestra vida de la noche a la mañana, de la mañana a la noche; escuchará vuestras plegarias, perdonará vuestras faltas, pero será



tambien testigo de vuestros crímenes.

Lorenzo siente que se ahoga, quiere apartar esa imájen de sangre y rechaza con una mano, como a una invisible sombra que se le acercara. Allí mui cerca, bajo ese boldo que se mueve con el viento, está sepultado Damian y seguramente sus manos descarnadas se habrán inmovilizado crispadas hácia arriba como deteniendo la tierra y los guijarros que él derrumbara en esa hora sangrienta de odios y de venganzas.

—Es una hora solemne—esclamó el misionero—y quisiera que el sol detuviera su curso ántes de sepultarse en el ocaso, que el

viento se parara ántes de pasar, que vuestra respiracion se contuviera y nada en la naturaleza vibrara. Es la hora en que Cristo dejó caer sobre el pecho la divina cabeza y dijo en un suspiro de dolor y de angustia: ¡Todo ha concluido!

Lorenzo dejó escapar una queja ronca y lastimera. El no era un infame, no era un criminal. Fué la rabia, el odio, los celos, fué otro hombre dentro de sí mismo que esa noche horrible arrastró por engaño al aguador y le abrió traidora tumba en esa cumbre. ¿Cómo ha vuelto a llegar hasta allí? Es Dios que ha ordenado sus pasos, que ha conducido sus misioneros, que ha querido escojer el dia de sus iras? Lorenzo llegaba del norte, bajaba con otros la cuesta cargados con el escaso bagaje; sonaba la campana de la capilla; la procesion pasaba culebreando por el camino y ellos sin saber cómo se enrolaban en sus filas. Y allí estaba, al lado, a un paso de su víctima, que en ese momento debia clamar venganza.

—Arrodillaos... prorrumpia el inspirado sacerdote—arrodillaos pecadores y unid vuestro duelo al de la naturaleza El sol se ha ocultado; el dia ha muerto. El sacrificio se ha consumado. Queda sobre la cruz el cuerpo inanimado del Redentor; a sus piés las santas mujeres que lloran y mas léjos la muchedumbre indiferente de los réprobos, de los hipócritas, de los ambiciosos, de los sensuales, de los pecadores como vosotros.

Lorenzo jime, pero jime débilmente. Un instante ha querido darse golpes de pecho, despues, a imitacion de otros, ha estendido los brazos en cruz, pero luego los ha dejado caer como muertos a lo largo del cuerpo.

En ese instante la cruz se levanta y el sacerdote avanza hácia el lugar donde va a ser clavada. Un grito ahogado se siente en medio de los jenerales sollozos. Es Lorenzo que mira con los ojos desmesuradamente abiertos, cómo ha caido el santo signo sobre la fosa misma donde está la víctima de su crímen.

—¡Adios, santa Cruz!—sigue el misionero—vamos empujados por el deber a otras tierras. Aquí os dejamos sobre estas montañas, en medio de estos campos, como un recuerdo de la santa palabra enseñada, de vuestra sublime doctrina predicada, de vuestro infinito perdon concedido. ¿Veis? Es Cristo que llega. es él que afirma los brazos sobre este leño inmóvil. Es él que clava

de nuevo sus piernas. Es su cabeza coronada de espinas que se apoya; es su cuerpo que viene a ocupar el instrumento de su sacrificio.

Lorenzo ha avanzado de rodillas, con los labios abiertos y resecos, la respiracion anhelante. Ya los ojos de todos se posan sobre él, y Rita, con el pañuelo sobre los ojos, solloza amargamente... como siempre. El no vé a Cristo, nó; pero un sopor, una sombra, algo que no sabe, que no comprende, pero que es algo, sube de la tierra a lo largo de la cruz y va formando la silueta de un hombre ensangrentado, que se toma de los brazos de madera como para escapar del suelo que lo sujeta.

Lorenzo se arrastra aun mas. Ahora la alucinacion toma la exacta precision de la realidad. Un hombre desnudo, lleno de sangre, su víctima, se alarga desde la tierra y cuelga sobre uno de los brazos de madera, su cabeza llena de tierra y de heridas.

Un nuevo grito se alza, y un hombre corre hasta los piés del misionero.

—¡Padre! ¡Padre! Soi yo, Lorenzo Reyes, el asesino de Damian, el aguador! Soi yo! Soi yo! Y un ronco estallido de sollozos y gritos inarticulados lo hace caer. Y luego de nuevo se oye su voz que grita: ¡Perdon! ¡Perdon!

Entonces, en medio del recojimiento una sola respiracion se siente, y los roncos clamores de un viejo canto de las misiones se levantan como una súplica: Perdon, oh Dios mio!

Cuando las últimas notas mueren en las gargantas, el misionero se adelanta, y alza a Lorenzo del suelo donde ha caido:

—Hermanos—dice—habeis oido la confesion de este hombre. La justicia divina lo absuelve por las manos del último de sus siervos; pero la justicia humana no lo ha perdonado aun. Guardad este secreto como yo, sacerdote del Señor, debo guardarlo. ¡Qué jamas se hable de este hombre! ¡Qué jamas se vuelva a recordar este delito!

Y como la cruz ya estaba fija, todo el mundo se puso de pié con un dedo sobre los labios. La tarde caia, el sol se habia ocultado, y las notas de la campanita de la iglesia se lanzaron al aire tranquilo como palomas blancas hácia el horizonte.

Por todos lados, entre las teatinas que rompian las jentes, hom-

bres y mujeres, viejos y niños, bajaban en silencio, y la enerjia de su juramento y de su secreto los hacia llevar todavia un dedo sobre los labios.

Dos voladores subieron desde la aldea y estallaron en los aires.

* * *

Jamas ha vuelto en el Totoral a hablarse del aguador, y cuando un niño nombra a Lorenzo o recuerda la tarde de la despedida, todo el mundo dice:

¡Chit!

Y se hace un silencio solemne y largo, como si en ese momento cruzara sobre ellos un ánjel invisible.





VILLARROEL



(EL JENERAL DINAMITA)

En una humilde casa de Santiago, pobre, olvidado, dolorido, acaba de morir un héroe popular, Arturo Villarroel, a quien los soldados del 79 y despues sus hijos han llamado el «Jeneral Dinamita».

Nacido sobre el mar en la bodega de una balandra que ajitaban las olas; aventurero infatigable, que recorrió todo el mundo; especie de soñador y de loco, lleno de nobleza y de corazonadas; caballero andante mientras hubo paz; soldado de la vanguardia sin sujecion a bandera ni a disciplina cuando hubo guerra; que marchaba tomado del brazo de la muerte como alegre camarada; y cortaba, como dijo Vicuña Mackenna, los alambres de las minas a la vista del enemigo, como el que recoje lechugas para su almuerzo: Arturo Villarroel ha venido a morir, a solas con sus males, entre cuatro paredes desnudas, donde no ardia un puñado de carbones para entibiar la helada noche de invierno, prisionero en un lecho menguado, echando de menos hasta para morir la libertad del desierto, y sintiéndose impotente como un cóndor que agoniza en la jaula de un jardin zoolójico.



VILLARROEL



(EL JENERAL DINAMITA)

En una humilde casa de Santiago, pobre, olvidado, dolorido, acaba de morir un héroe popular, Arturo Villarroel, a quien los soldados del 79 y despues sus hijos han llamado el «Jeneral Dinamita».

Nacido sobre el mar en la bodega de una balandra que ajitaban las olas; aventurero infatigable, que recorrió todo el mundo; especie de soñador y de loco, lleno de nobleza y de corazonadas; caballero andante mientras hubo paz; soldado de la vanguardia sin sujecion a bandera ni a disciplina cuando hubo guerra; que marchaba tomado del brazo de la muerte como alegre camarada; y cortaba, como dijo Vicuña Mackenna, los alambres de las minas a la vista del enemigo, como el que recoje lechugas para su almuerzo: Arturo Villarroel ha venido a morir, a solas con sus males, entre cuatro paredes desnudas, donde no ardia un puñado de carbones para entibiar la helada noche de invierno, prisionero en un lecho menguado, echando de menos hasta para morir la libertad del desierto, y sintiéndose impotente como un cóndor que agoniza en la jaula de un jardin zoolójico.

Hai soldados y héroes oficiales que son los nombrados por decreto de los Gobiernos; hai otros videntes, inspirados que parecen mensajeros de la Providencia; otros serenos y frios que obran con el cerebro y rinden la vida en cumplimiento de un deber; y hai otros para los cuales se enciende súbitamente el patriotismo como el amor; y espontáneos, libres e indómitos buscan el peligro talvez siguiendo aquella lei de la muerte y del amor simbolizada en el verso de Leopardi:

Un desiderio di morir si sente

o o o

De éstos era Arturo Villarroel, nacido el año 36 sobre el mar, en un dia de temporal borrascoso, hijo de un maderero de Chiloé y de una señora Garenzon, descendiente de yankee y de arjentina. Su madre era cualquera y los principios de su relijion le fueron infiltrados con la tenacidad de un fanático. Su vida fué mas tarde prolongacion de aquel temporal y de este fanatismo ciego: mezcla de dos razas, injerto de marino, de soldado, de corsario y de brigante.

Aprendió el ingles y el frances como su idioma patrio, y las vicisitudes de la revolucion del 51 lo arrojaron con su padre a Lima. Allí el muchacho de 12 años fué colocado en un colejio y recorrió como niño lo que treinta años mas tarde iba a batir como soldado.

Pasado a Guayaquil, fué herido a los trece años por una bomba sobre la cubierta de una nave de la descabellada espedicion del jeneral Flores. De allí se dirijió a Canton, acompañando a un rico peruano que iba a contratar operarios chinos para sus faenas. Regresó a Estados Unidos, pasó a Europa y volvió nuevamente a la tierra de su abuelo. Siempre aventurero, viajaba de guerra o de favor, servia en todas las profesiones, hablaba todos los idiomas desafiaba todos los peligros. En Vera-Cruz lo batió la fiebre amarilla, fué desembarcado moribundo en Pernambuco. Hastiado del

mar, deseaba como otro aventurero, dormir bajo un árbol de la tierra natal un sueño profundo. Llegó a Chile, pero su espíritu lo hizo moverse pronto y fué nuevamente al Perú. Allí se internó hasta la frontera del Brasil, buscando minas de oro que huian a su paso como una lejana promesa de fortuna.

En esta jornada de esplorador, llegó a Tucuman, de donde comenzó a pasar arreos de ganados a Tarapacá, a Arica y a Arequipa.

En 1861 vuelve a Santiago, vive en la calle de San Pablo, se confunde en el mar de la vulgaridad y del prosaismo, y enseña los idiomas que aprendió en sus largas correrias.

En los incendios de la Compañia y del Municipal, se muestra por primera vez Villarroel como el amigo de la muerte. Salvando víctimas cae entre las ruinas, y vuelve incansable al peligro.

Mas tarde, su afan de viajes lo lleva por cuarta vez a Estados Unidos. Alli representa al pais como ajente de la esposicion internacional. Siempre sin ganar sueldos, viviendo de aventuras, de ocurrencias, de injenio.

¡Por fin llega la guerra!

Villarroel aparece en los campamentos, como una vision de la camanchaca—dice Vicuña Mackenna.—No se alista como soldado. Es mensajero, esplorador, avanzada, tentáculo que llega hasta el enemigo. Un dia lo toman de un brazo y en medio del humo y de la batalla, lo hacen capitan de pontoneros. Siempre «ad-honorem», siempre por la gloria.

Debió reproducirse el mismo diálogo que tuvo lugar entre el gran Rei y su soldado:

—Jean Bart, je vous ai fait chef d'escadre.

—Sire, vous avez bien fait!

o o o

Desde ese momento Villarroel comienza su carrera. Hasta entonces ha estado desarrollando sólo sus cualidades.

Al frente de una partida de asiáticos se avanza por los caminos. constiuye estanques para el agua, hace adelantar las provisiones,

descubre las minas subterráneas, hace volar las que no logra desterrar, y su marcha es un solo estampido glorioso y audaz.

Vuelve a Santiago en la Intendencia Jeneral a cargo de la seccion de fuego y esplosivos: regresa con la dinamita, y aparece de nuevo en accion en Arica. Allí fué nombrado guia de la primera division y comenzó la atrevida marcha de Pisco a Lurin. Quién habia andado tantas leguas llevado por su impulso ¡cómo andaria estas cincuenta aguijoneado por el patriotismo!

En Lurin dió cuenta de sus trabajos y fué felicitado por don José Francisco Vergara, que admiraba este ciudadano-soldado, este loco-héroe.

Delante de la division Lynch fué cuando Villarroel ganó ante el pueblo y el Ejército el guerrero título de jeneral Dinamita. El coronel Lagos recibió de sus manos 435 bombas, tarros y torpedos que desenterró en el Morro Solar y el Salto del Fraile.

Pero aun faltaba Miraflores, donde las minas no eran automáticas, sino manejadas a distancia por la chispa eléctrica. Y allí se vió este humilde, abnegado y heróico chileno, fumando serenamente su cigarrillo, deslizarse por pendientes atrevidas, y en medio de una granizada de balas cortar con un corvo los alambre, como quien siega en medio del campo las espigas.

Allí fué primero herido en el talon, y despues pescado por una de esas máquinas infernales. Mas tarde persiguiendo su tarea de a caballo, cayó éste y el jeneral Dinamita perdió una pierna destrozada por la esplosion.

o o o

Cuando en medio de una nube de flores llegaba el Ejército triunfador entre las filas de los soldados tostados, el pueblo vió pasar un cojo que hacia resonar sus muletas en medio de las marchas militares. Allí fué aclamado y desde entonces recibió los galones que nunca tuvo!

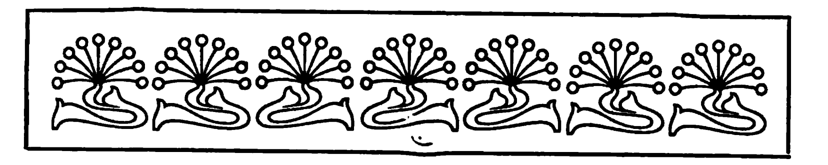
Pobre Villarroel. Ha muerto tan solo!

A las dos de la madrugada, cuando el candil se apagaba y unas pocas oraciones masculladas en silencio en un rincon de la pieza se elevaban por su alma, juntó los ojos y descansó.

Caiga sobre su tumba las violetas que son símbolo humilde, de un humilde guerrero.

Y cuando pase su cortejo sencillo por las calles, que se descubra y salude esta juventud raquítica de hoi dia, que miente escusas pueriles para no cumplir la lei, que se averguenza de la casaca del soldado y se resiste a ir a los cuarteles, burlándose alegremente de la patria detras del papel sellado de los tinterillos!





SOL Y SOMBRAS



En los dias 26 y 27 de este mes de junio en 1881, y en los primeros de julio de 1882; ocurrieron en Sangra y en la Concepcion, dos acciones heróicas mui semejantes, en que una guarnicion chilena se batió durante muchas horas con fuerzas enemigas treinta o cuarenta veces superiores, hasta que el último soldado cayó sin vida sobre los escombros humeantes.

Contar una de estas acciones, es contar la otra. Solamente que de Sangra aun hai voces que pueden hablar: el capitan Araneda que dirijió sus soldados a ese combate glorioso, sirve hoi en el Congreso un puesto de edecan y es mudo testigo de la trasformacion de los chilenos que se dejaban matar hace treinta años por la patria, y que hoi al asaltar con denuedo las arcas fiscales no se dejarian cortar un dedo sin hacerse pagar cada gota de sangre con una libra esterlina.

En cambio sobre el combate de la Concepcion reinó un solemne y grandioso silencio junto con caer el último soldado chileno. Un viento frio aventó las cenizas del incendio, y en medio de sus remolinos, un jiron tricolor llevó al primer campamento amigo la noticia gloriosa del trájico combate.

Nadie quedó que pudiera contar la proeza sublime, y solamente

de la pupila de los montoneros, dilatada por el espanto y la admiracion, pudo arrancarse la imájen inmortal de esos muchachos que no movieron un pié de donde el deber los retenia, y en medio de las llamas, de las lanzas y de los puñales se abrazaron a la bandera y quedaron tendidos de frente al sol.

* * *

La campanita de la iglesia de la Concepcion tocó esa tarde el *Angelus*, y las notas se lanzaron como aves al espacio y fueron a perderse en la lejania.

Pero esta vez no era esa campana símbolo de infinita paz, ni anunciaba una noche serena y estrellada, ni pudo siquiera provocar la intensa oracion del crepúsculo.

Un lejano rumor comenzó a turbar a la guarnicion chilena de 75 hombres, que al mando del capitan Carrera Pinto, guardaba la villa estendiendo el plan de ocupacion a todos los valles y encrucijadas de los Andes peruanos.

Mas de dos mil montoneros y tropas regulares enemigas, coronaban los cerros y envolvian el cacerio en medio de gritos de anticipado júbilo.

Contar las fuerzas, deliberar sobre si habia obligacion de combatir o vacilar un sólo instante, habrian sido sentimientos de 1906 o 1907, pero seguramente no lo eran entónces de nadie, y fué con sangre y carne viva que se firmó sobre la tierra el pacto con la muerte y con la gloria.

Las tropas salieron a la plaza y esperaron a pié firme la embestida.

Eran pocos, eran jóvenes, llevaban diez enfermos en las filas, pero se sentian arrastrados por ese sentimiento superior del deber, que nos llevó a conquistar tantas glorias.

Los montoneros avanzaban, resueltos e intrépidos, estrañados de ver al frente esa fila de imberbes con el arma a discrecion. Sus tiros no eran contestados, los gritos salvajes con que se animaban al asalto, rodaban en la soledad de los montes sin eco alguno. Pero avanzaban siempre hasta acercarse a pocos centenares de metros, y abrian ya sus cuadros para lanzarse en violento y desordenado choque.

Entónces en el pequeño grupo se sintieron algunas voces de órden, frias y pausadas.

Los rifles se echaron a la cara, una descarga resonó con la precision de un ejercicio de fuego, y comenzó un tiroteo que durante 20 horas no debia cesar.

Por un lado los enemigos armados que se retiraban y volvian enfurecidos, por la espalda el pueblo entero que desde los tejados y azoteas prestaba febril concurso a los asaltantes; la accion se hacia mortífera, implacable.

Cuando Carrera Pinto vió que las filas raleaban, que cada minuto que pasaba era la caida de uno de sus soldados en tierra, ordenó replegar la compañia hácia el cuartel, llevando en el medio a los heridos de cara lívida y exangüe, pero que maldecian y juraban como locos.

Apenas concentrado el grupo dentro del viejo cuartel que iba a ser tumba de los 75 combatientes, la masa compacta de los montoneros se agolpó por todos lados y trató de escalar las puertas y ventanas.

Pero como cada hombre que se acercaba caia fatalmente, y como léjos de calmarse la defensa interior arreciaba como una tormenta; cierto supersticioso espanto produjo la desmoralizacion de la banda, y las diferentes partidas envolviéndose en sí mismas fueron retirándose una a una.

En esos momentos en que cada cual puede mirar en torno suyo, los oficiales se contaron y contaron sus soldados. Faltaban muchos qué, tendidos al pié de cada ventana, parecian con sus caras crispadas por la ira, descansar rendidos de una inmensa fatiga

En un rincon oscuro, donde dos o tres mujeres lloraban desoladas, nacia en esos momentos una criatura. Era la vida que salia al encuentro de la muerte.

La retirada del enemigo hizo pensar al capitan Carrera Pinto en la posible llegada de refuerzos chilenos desde Huancayo, y resuelto a terminar pronto con la horrible jornada ántes de que el sol se ocultara en un crepúsculo arrebolado y sangriento, salió del cuartel al frente del ya reducido grupo y se lanzó nuevamente a la pelea.

Los montoneros no habian huido. Parapetados en todas las ca-

lles, comenzaron a hacer un fuego mortífero sobre el intrépido puñado de muchachos.

Carrera Pinto, levantando su espada con vivo y ardoroso jesto, renegando y rujiendo, cae en brazos de los suyos y cubierto de sangre, regresa al cuartel de donde la ya diezmada compañia del Chacabuco no volveria a salir sino para la gloria.

⁂ ⁂ ⁂

Llegó la noche y con la noche una série de incesantes asaltos, en medio de la duda, de la oscuridad de la fatiga.

Ardian inmensas fogatas a cuyo resplandor comian y bebian los montoneros ausiliados por el vecindario, destacándose en las fachadas las deformes y movibles sombras proyectadas por las llamas.

De cuando en cuando un grupo de enemigos se acercaba cauteloso, tres o cuatro fogonazos

destellaban al traves de las ventanas. y algunos ayes agudos rompian vibrantes el aire.

Entre tanto, merced a las sombras, una fraccion enemiga avanzaba abriendo forados al traves de las casas, hasta colocarse cerca de la espalda del cuartel. Al mismo tiempo cargaban nuevamenté los otros por el frente y el costado en medio de horrorosa griteria, incendiando los techos de paja y allegando por todas partes materias inflamables y esplosivas.

El capitan Carrera Pinto que ha salido nuevamente arransando con los enfurecidos montoneros, cae en el umbral del cuartel, esta vez para siempre!

Al amanecer, el combate recrudece; el incendio avanza, la guarnicion se agota.

El sub-teniente Montt, rueda herido, vuelve a levantarse y aparece de nuevo en medio de los qee pelean, envuelto en sangre glorioso y fiero como un héroe de leyenda. Pero la muerte lo persigue, y pronto vuelve a caer al lado del qne fué su comandante, para hacerle compañia, uno al lado del otro, con las manos recojidas sobre sus espadas desnudas!

Un momento despues el subteniente Perez Canto se desploma en medio de los escombros incendiados y cien bayonetas lo acribillan.

El cuartel arde ya en todos sus estremos y los heridos envueltos por las llamas se retuercen de angustia, ya que ni siquiera tienen derecho a una agonia dolorosa pero serena.

El subteniente Cruz, de 18 años, queda en pié y avanza sobre una decoracion de humo y llamas. A su espalda los lamentos de las mujeres y de la criatura recien nacida le recuerdan la patria, el amor, la vida. el hogar, todo lo que hai de tentador y misterioso para quien aun no ha comenzado a vivir. Hermoso y arrogante como un dios griego, rodeado de sus últimos cuatro soldados, aparece sobre las murallas y desaparece con su bandera, en el medio de los montoncros,

El combate ha concluido.

Una columna de humo que se levanta en el aire tranquilo, anuncia a los soldados chilenos que vienen desde Huancayo que todo se ha consumado en la Concepcion.

Un silencio de muerte y una tarde larga y triste, se estienden sobre el caserio, mudo de asombro.

※ ※ ※

Sangra y la Concepcion en junio y julio de 1881 y 1882, son dos acciones de guerra que hacen soñas con el antiguo temple moral de nnestros hcmbres.

Como aquel loco que se enamoró de su espada y que cada vez que poseia a la amada manaba sangre, el pais consiguió con esa gnerra gloriosa conquistar las salitreras que han estendido la codicia donde ántes habitaba la gloria, que han hecho nacer el interes donde ántes lucia la abnegacion, que han sustituido la estrella del estandarte por el signo de 18 peniques, único aspiracion de los hombres del dia.

※ ※ ※

Berlioz compuso para la *Domnation de Faust, la course a l'abime* que imita una lejana cabalgata y sujestiona vivamente la imajinacion.

Las notas se suceden marcando con insistente compas la marcha de Fausto y Mefistófeles, hácia el abismo; al mismo tiempo desfilan en la escena sombras fantásticas, demonios, dragones, caballos alados, que cruzan las nubes amenazadoras y se pierden a lo léjos. En el medio del golpe insócromo de la orquesta, se percibe de cuando en cuando la voz de Fausto que rompe el ruido de la cabalgata v se levanta lastimera y doliente.

Al presentar en medio de las ajitadas horas de la jornada económica y política de 1907, estas epopeyas gloriosas de nuestros soldados, sentimos que la cabalgata al abismo preludia los odiosos compaces y comienza un doble desfile. Hácia el oriente crnzan un convoi de silnetas jigantescas, con enormes estandartes desplegados al viento, caballeria que carga furiosa, sombras inmortales que pasan en medio de las bayonetas coronadas de laureles; y mas abajo hácia el occidente, avanza con la precision de figuras vivas que todos palpamos y conocemos, el ejército del dia, de políticos, de

economistas, de dirijentes y de dirijidos, ciegos a toda esa gloria, sordos a todo ese majestuoso estruendo, desplegando la bandera de la ambicion, haciendo sentir los gritos de la discordia, y uniéndose solo con una entusiasta y brutal carrera hácia el oro que brilla en lontananza botado sobre la inmensa sábana de caliche.

* * *

Hácia una aurora que clarea, se aleja y se pierde aquella lejion heróica que amaba a la patria, y hacia un horizonte que oscurece se acerca este jentio para recojer el botin que los otros bañaron con su sangre.





UN SIGLO EN UNA NOCHE

¿QUIEN no conoce en Chile ese tipo de hacendado solteron que pasa casi todo el año en la soledad de las viejas casas del fundo para sacar a la tierra, en permanente lucha, el dinero con que siempre sueña fundar un hogar para la vejez? Son de esos hombres que no aceptando a la mujer jóven y hermosa como compañera, la quieren legar sus achaques y dolencias de la edad como a enfermeras.

El señor X a quien no nombramos porque vive y es aun hombre de trabajo, posee cerca de los Andes un regular fundo que esplotaba y esplota todavia a la antigua. Desparramar el trigo en agosto, salir un poco a caballo y esperar la cosecha haciéndose los peores proyectos sobre su resultado, en eso consistia hasta hace poco el «abrumador» trabajo del campo como le han llamado con cierta ironia los oficinistas de Santiago que se queman las cejas alineando numeritos litografiados y haciendo sumas y divisiones a granel.

El señor X habia heredado, como tantos otros, el fundo, y habia sacado de él al rededor de diez cosechas, lo que queria decir que no era hombre de escasos recursos. Su padre agricultor de los viejos, huaso ladino, entendido en las tareas agrícolas, conocia bien

el negocio; y habia comprado el fundo a la sucesion de un señor que habia desaparecido allí de una manera bien misteriosa.

Por eso la casa vieja, metida en un grupo de olmos viejos y derrengados, al final de la consabida alameda y al lado de los lejendarios corrales, tenia historia, o mejor dicho «historias», porque al decir de los inquilinos, por allí penaba el antiguo patron.

En los aleros disparejos, húmedos, musgosos, «achiguados», anidaban algunas familias de palomas, cuya aristocracia se remontaba a muchos años de la fecha y cuyos volidos, aleteos y murmullos turbaban el silencio de aquel vasto patio donde permanecia muda y solemne la trilladora Ramson, las carretas inclinadas sobre los pértigos, y el caballo del patron ensillado permanentemente, y espantándose las moscas con la cola, debajo de un nogal.

La casa era como todas las de su tiempo: un cañon de piezas al fondo y dos más haciendo ángulo recto con los estremos de aquél; las piezas bajas, con ventanas anchas y pesadas, rejas de fierro forjado a martillo, abiertas hácia el frente y el fondo, largos corredores con ladrillos húmedos y desiguales, y pilares de madera redondos sobre bases de piedra blanca....

El mobiliario lo componian los viejos sofáes imperio de caoba y crin, los sillones de banqueta, y las sillas que hoi persiguen los anticuarios en todas partes; y en cada rincon un rifle viejo, institucion tradicional de las casas de campo, revelaba allí que tambien al señor X se le habia ocurrido que le pudieran asaltar por el frente o el fondo de la casa.



Aquella noche, noche de invierno algo brumosa y seguramente bastante fria, estaba el señor X sentado a la mesa, solo, teniendo por delante un diario del dia anterior, nuevo para él, y engullendo lentamente unas costillas de cordero que espedian el mas excelente y apetitoso olor. ¡Qué aburridas aquellas horas! Todos los dias lo mismo. Ignacio, el sirviente fiel, un ex-sarjento del Atacama, le servia los platos, unos tras otros, en un silencio imperturbable: se

bebia despues la inevitable tacita de café, se retiraba al escritorio a recorrer los diarios o arrojándose en un poltrona se entretenia en soñar, siguiendo el humo de su cigarro, con la linda mujercita que podria haber tenido a su lado si esas malditas prevenciones contra el matrimonio, concebidas desde la Universidad, no le hubieran retraido de casarse.

Aquel dia la comida habia demorado mas. Los diarios venian palpitantes con una ajitacion política; una crísis de esas que traen cambio de decoracion y en que se siente la voz del director de escena y se vé la maquinaria. De manera que la lectura de esos chispeantes y candentes editoriales, le habian hecho alargar mas que nunca la sobremesa.

Un golpecito seco, distinto, seguido de un carraspeo al otro lado la ventana, le sacó de la interesante abstraccion, para hacerle dirijir la vista hácia ese punto y decir, como tenia costumbre cuando le golpeaba todas las noches don Simon el administrador, para pedir órdenes: «¡empuje la puerta!»

Tres pasos firmes, seguros, pero sin sonido de espuelas, como habrian sido los de don Simon, recorrieron el espacio que separaba la ventana de la puerta, y ántes que el señor X e Ignacio hubieran podido fijar en ello la atencion, moviéndose suavemente el cerrojo abrióse una hoja y dió paso a un hombre al cual ninguno de los dos conocian. Hizo éste una lijera vénia, contestó con otra el caballero, y miéntras aquél no hallaba dónde colocar su sombrero de paño negro ni sentarse él mismo, el señor X le preguntó tranquilamente qué asunto le traia hasta allí.

—Si no fuera importuno, señor, respondió, yo le suplicaria me oyera dos palabras sobre un negocio, enteramente privado...

—¿Le molesta a usted la presencia del mozo? preguntó visiblemente inquieto el dueño de casa.

—Si usted fuera tan bondadoso que me oyera a solas...?

Antes de que una seña de su patron se lo hubiera a dado a entender, Ignacio habia salido sin hacer ruido, librando así al recien llegado de un inútil testigo.

—El negocio que me trae aquí y a tales horas, continuó diciendo éste con cierta seguridad en la voz, va a parecer a usted, señor, a primera vista ridículo. Pero una vez que yo le convenza de lo

serio y honrado de mi propósito, no tendrá usted inconveniente en aceptarlo. Se trata de un entierro....

—Siéntese usted aquí, interrumpió el señor X pensando ya mas serenamente que el hombre que tenia por delante podia ser un impostor, y acompáñeme con una tacita de café.

Y sin esperar contestacion, llamó a Ignacio, que apareció llevando una bandeja de madera negra con unos pajarracos chinos dorados a fuego y en ella una cafetera y dos tazas de loza dibujadas con colores chillones.

De esta manera queria el señor X darse tiempo para reflexionar y tener mas advertido a Ignacio. Porque... ¡qué diablos! Un hombre solo en un caseron abandonado, con fama de rico, podia ser buena presa para cualquier desalmado.

De un sorbo se bebió la taza de café el advenedizo, dejándose observar por la mirada rapaz del señor X su físico, desleido, que no decia nada, ni nada revelaba. Porque si es cierto que hai rostros delatores y espresivos, no es ménos cierto que los hai opacos y completamente mudos.

Por otra parte, el hombre aquél deseaba continuar su frase interrumpida, y así apénas vió al señor X encender su cigarro y apoyarse en el respaldo de la silla en actitud de oirla siguió, adelante.

—Como le decia, señor, se trata de un entierro. Usted creerá probablemente en entierros.

—Poquísimo, caballero.

—Es natural; jeneralmente los entierros son pretestos para estafas, burlas y engaños. El entierro de que yo vengo a hablarle es algo serio, real, exacto, que le probaré hasta la evidencia. Tuve yo un tio que fué minero, y sin embargo, murió bastante pobre, postrado por una tísis que lo fué acabando lentamente. Habia sido hombre de negocios y de negocios enredados; no teníamos mucha fé en su honradez. Pero ántes de morir llamó a mi padre y a mí, y nos dijo que él conocia el sitio seguro, fijo, de un entierro, hecho entre él y un compañero de negocios. Nos entregó unos planos y nos dejó el convencimiento de que aquello era una cosa séria y digna de crédito. Ahora bien ¿estaria usted dispuesto a ayudarme señor X?... Iríamos a partir de utilidades.

—Pero vea usted, señor. ¿dónde están las pruebas? ¿Dónde está ese entierro? usted no exijirá que le crea bajo su palabra.

—Si yo le mostrara a usted un plano de esta casa, y el sitio donde debe hallarse el entierro, ¿usted me creeria?

—Talvez, casi, casi con seguridad.

—Bueno...

El advenedizo llevó rápidamente la mano al bolsillo interior de la chaqueta, removió pausadamente algunos papeles, sacó uno algo ajado y amarillento, lo desdobló, apartando otro que estaba allí junto. y abriendo el primero lo puso ante los asombrados ojos del señor X que pudieron ver allí perfectamente clasificadas las piezas, los pasillos, las puertas, toda la casa con sus detalles mas mínimos...

—¿Y dónde está aquí el entierro? preguntó ya con intensa curiosidad.

—Usted me permitirá, señor, que exija de usted ciertas garantias... yo no le conozco. Antes de mostrarle este otro plano, yo exijo que usted me facilite esta misma noche el acceso a la pieza señalada, y los dos nos pongamos a la obra.

—¿Y por qué ha de ser esta misma noche? preguntó con enerjia el señor X...

—Porque habiéndole ya revelado a usted que aquí hai un entierro, usted podria pretender rastrearlo para sí y dejarme a mí a un lado.

Aquello parecia sincero, razonable. El señor X titubeó un momento; pero no queria dar muestras de temor, y sin embargo, todo aquello era raro, estraño, sumamente peligroso.

—Venga el otro plano, esclamó de pronto, acepto bajo mi palabra de honor las condiciones,—mientras recordaba con cierta tranquilidad. que llevaba el revólver cargado en el bolsillo del pantalon...

Al instante el hombre repitió su operacion de rastreo de papeles y sacó el otro que habia vuelto a guardar. Era el mismo plano, pero en una de las piezas mas apartadas una crucesita roja llevaba la vista a un letrero con tinta del mismo color, que decia: «aquí está la tinaja».

Un momento se fijaron sus ojos en esos caracteres rojos, letra

fina, cuidada... La tinaja! ¿Estaria llena de onzas? ¿Seria aquello verdad? ¿Qué le habia metido aceptar aquel loco y aventurado negocio que podia ser una celada infame? Tuvo miedo, emocion; un sudor frio le corrió por el cuerpo todo, y cuando levantó la vista del plano que lo hipnotizaba con el letrerito rojo, vió que los ojos incoloros del advenedizo le miraban fijos, inmóviles, brillantes como los del gato.

Era necesario que no le viera dudar, y haciendo de tripas corazon, como se dice vulgarmente, devolvió el papel y contestó con la mas tranquila entonacion:

· Estoi a sus órdenes, caballero.

—Es necesario un chuzo y una pala, y apartar a los criados para que no se den cuenta de qué se trata.

—Lo mejor será que los vamos a sacar nosotros mismos. Yo tengo la llave de la bodega.

Tomó el señor X una vela que estaba sobre la mesa y salió del cuarto, teniendo siempre cuidado echar a su compañero por delante. Llegaron por el corredor a un porton ancho, de dos hojas cuyo grosero y tosco candado fué quitado sin dificultad, separándose el cerrojo, y abriéndose un lado con el crujido inevitable de los goznes mohosos. Allí estaba el coche, el coche de la hacienda, un viejo carruaje de trompa, que inclinaba su techo lustroso como un lomo de barata; los arneses colgaban de algunos ganchos en la pared enlucida; y en todos los rincones se amontonaban chuzos de varios tamaños, palas, azadones, arados, cultivadoras y *hechonas* gastadas y mohosas. Era el arsenal de la hacienda donde venian los peones todas las mañanas a recibir la herramienta necesaria para trabajar todo el dia bajo el sol abrasador.

El advenedizo se dirijió tranquilamente a un rincon, escojió una barreta, se acercó al otro estremo donde tomó una pala, cuyo filo examinó un instante y esperó al señor X que intencionalmente se quedaba atras para tenerlo siempre ante su vista.

Salieron, cerróse de nuevo el candado, y volvieron a tomar el corredor, entrando por la puerta entreabierta y llena de luz por donde habian salido.

—¡Ignacio!—llamó el señor X, afectando la mayor tranquilidad en la voz; puedes retirarte.

Pero al mismo tiempo le daba una mirada bien significativa, que queria decir:

—Quédate, no te acuestes, vijila.

El sirviente entendió perfectamente que allí pasada algo anormal, estraño en la vida de esa casa tranquila, y vió internarse en el cañon de piezas, con visible inquietud a su patron, con una vela en una mano llevando por delante al individuo con el chuzo y la pala al hombro.

¿Dónde irán? ¿Qué significaba eso?

—Aqui es—dijeron los dos—al llegar a la última pieza del corredor.



—Y este es el rincon preciso en que está la tinaja—agregó el desconocido, dejando caer el chuzo sobre un ladrillo que se trizó en varias direcciones.

La pieza era grande, húmeda, helada. El pavimento de ladrillos viejos estaba mui deteriorado dejando ver en varias partes las manchas negruzcas de la humedad. Dos o tres baratas negras su-

bian por los guarda-polvos, con su marcha torpe, indecisa, y una mosca grande y verde, volaba trasnochada, zumbando de un modo siniestro alrededor de la vela.

Quedó ésta en el hueco de una ventana; comenzó el desconocido a sacarse la blusa para poder manejar mejor el chuzo; y el señor X se inclinó sobre la pared para poder examinar desde allí todos los movimientos de su compañero.

Sentia un visible malestar; un sentimiento estraño, nuevo, le llenaba enteramente. Cierto ardor en las sienes y unas punzadas neuráljicas le comenzaban a molestar. Sus ojos se encontraban a menudo con los del desconocido, que lucian de una manera estra ordinaria. Eran exactamente los ojos de un gato, algo vidriosos iluminados por dentro, centellantes e inquietos. ¿Por qué esos ojos que un poco antes eran opacos, esmerilados, por decirlo así, habian tomado ese fulgor? Era que se acercaba el momento de poner en práctica la celada? ¿Cuál podia ser ésa? ¿Vendrian ya acercándose los compañeros que debian asesinar a don Simon y a Ignacio? ¿Se serviria ese desconocido del chuzo para matarle?

Y sin darse bien cuenta de lo que hacia, se apretaba contra la pared para sentir sobre su cintura el contacto del revólver y encontrar en ello seguridad.

Entre tanto, el compañero habia dado ya unos cincos golpes vigorosos que habian hecho saltar los ladrillos en un espacio de metro cuadrado, mas o menos. Estos, partidos o molidos, qnedaron amontonados en un rincon. Ahora los golpes del chuzo eran sordos, caian sobre una tierra apretada y traposa, que se deshacia en costras.

¿Por qué el hombre del chuzo le volvia a mirar con esos ojos de gato? ¿Qué queria hacer? El silencio era inmenso, ese silencio de las noches de campo; el mujido de una vaca allá léjos, en la soledad de los potreros, ladridos lejanos de los perros de los inquilinos y uno que otro jemido agudo del Neron, el perro de la casa, que al sentirse amarrado de un tronco, llorada con su aullido prolongado y lastimero.

Los golpes del chuzo seguian, la tierra saltaba, el sudor bañaba la frente del desconocido. Pero el señor X no se ofreció a seguir él; pensaba que inclinado sobre el suelo, con las manos ocupadas

en tomar la herramienta, podia recibir facilmente una puñalada, sin tener tiempo para defenderse.

¡Qué horas aquellas! Dejemos hablar al señor X que contaba despues este trance, temblando todavia.

«Los golpes del chuzo caian sobre algo fofo y suelto, y, sin embargo, unido y compacto. Me pareció que evidentemente ese suelo podia haber sido removido despues de enladrillado todo el piso. Ya no tuve dudas de que en pocos instantes mas veria aparecer un estremo de la tinaja, empolvada... Y entónces un nuevo temor, una nueva sospecha hizo correr sobre mi cuerpo un calofrio que me estremeció. La codicia que comenzaba a sentir yo, ¿no la sentiria con mayor fuerza ese hombre que estaba allí, sacando algo que en realidad le pertenecia? Con un solo golpe podia hacerse dueño de toda esa tinaja y reparar el error de haber cedido la mitad de su tesoro. Los ojos de mi compañero ya no brillaban, ardian, jiraban dentro de sus órbitas, estaban algo inflamados por el insomnio y adquirian por momentos una inquietud siniestra. Los golpes del chuzo seguian cambiando de sonido y revelaban claramente la existencia de algun objeto duro ya no distante...

«Hubo un momento en que una desesperacion nerviosa me asaltó. La vela se estinguia ya: la llamita volteaba a todos lados lamiendo el borde de la palmatoria. Los ojos del hombre me seguian mirando de cuando en cuando, hasta que ya la llama de la vela se apagó por completo. Siguió entónces un momento del mas absoluto silencio, el chuzo no golpeaba, no podia ver lo que hacia mi compañero, pero sí sentia cerca de mí su respiracion fatigosa... ¿Venia a matarme? Instintivamente eché mano a mi revólver y esperé cualquier movimiento para tomar una actitud enérjica.

«Aseguro que jamas he tenido sufrimiento moral mas espantoso. Esperé así, sin respirar.

—Encendamos otra vela, dijo el hombre con voz aparentemente tranquila.

«Mé acerqué entónces a la ventana y encendí otra vela que habia traido de repuesto, esperando por momentos que un paso de mi compañero me revelara que habia llegado el momento de la lucha...

«Era ya la media noche, y volvió a reinar ese silencio relijioso

de la noche: mujidos lejanos, ladridos... El chuzo volvió a golpear con verdadera fiebre la tierra, y ya comenzaba a sentirse duro el suelo de nuevo, cuando sorprendí en mi compañero una mirada diabólica, en que se veia concentrada una gran codicia y un destello de desconfianza.

«Detuvo los barretazos, me miró fijamente y comenzó a hablar.

—Dígame, señor, la mitad del entierro le pertenece, ¿ah?

—Usted sabrá, amigo. De eso habíamos hablado.

—Y si en vez de dinero hubiera objetos de plata u oro?

—¿Qué inconveniente habria en dividirlo?

«Volvió el hombre a trabajar, pero menudearon sus miradas; parecia que ahora espiaba una ocasion en que me viera distraido.

«De repente el barretazo fué aclarando el sonido de su choque hasta que por último pareció haber tocado en una piedra.

—¡La tinaja!—gritamos los dos con una voz sorda.

«Era la voz de la codicia que salia de las almas; nuestras miradas se cruzaron y esa vez las del advenedizo tenia un nuevo destello, el fulgor de la ira....

«Oh! qué fatiga tan grande la de mi alma! Se siguió cavando a los lados, y la tinaja iba apareciendo en su curva de greda opaca, algo rosada, llena de polvo. Era evidentemente una de esas grandes pipas de barro cocido, que quedan todavia en los graneros y bodegas viejas y de cuyo fondo que resuena a los ruidos esteriores parecen salir las voces de los vendimiadores de antaño.

«Sentí entónces un impulso satánico, deseos de arrojarme sobre mi compañero y matarlo. Y si yo sentia esos deseos, yo que jamas habia soñado con hacer mal a nadie, ¿qué podria pensar aquel desconocido, que tenia ya su tesoro a la vista?»

Cerca del amanecer, cuando la segunda vela parecia apagarse y por las rendijas de la ventana se filtraba una luz triste, melancólica, escasa, el compañero soltó la barreta y dijo al señor X.

—Es menester levantar la tinaja.

Se inclinó éste con mas temor que nunca sobre el borde de la

escavacion y pensó que quién sabe si ese era el último momento de su vida. Recordó su niñez, su vida entera, sus deudas con Dios, con los hombres, y haciendo un esfuerzo sobrehumano cojió la tinaja del borde, hizo un ademan poderoso para levantarla, pero nada se movió.

La emocion era inmensa, ya imposible de sobrellevar. Esa tinaja tan pesada ¿estaba llena de oro? ¿Eran ya los dos inmensamente ricos? ¿Saldrian de allí con dinero o seria uno víctima de la codicia del otro?

—Una idea! esclamó de pronto el señor X ¿Por qué no se rompe la tinaja con là barreta?

Un barretazo formidable cayó sobre un costado de la tinaja, otro mas fuerte todavia la trizó haciendo un ruido como si fuera la protesta de esos avaros que quisieran esconder ese oro que no podian tragarse en la tumba,

Un tercer barretazo partió medio a medio el tosco y jigantesco vaso de greda. Las mitades se desprendieron con la lentitud de una separacion dolorosa y cayeron pesadamente sobre los muros de la escavacion.

Un grito sordo se les escapó a los dos, medio ahogado, en las gargantas secas y ardientes.

Dentro habia un cadáver, que todavia conservaba sobre el cráneo algunos pelos negros y lacios y sobre las costillas y caderas algunos jirones cenicientos...

Se miraron mudos, pálidos, aturdidos esos dos hombres. La vela se apagó y en medio de la sombra los ojos de gato del desconocido lanzaron una mirada indecisa, interrogadora, llena de zozobras.

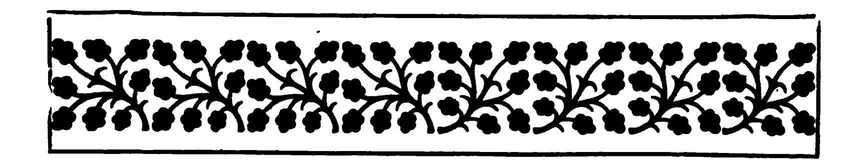
Y entónces una luz cayó sobre esas dos almas, haciendo desaparecer la codicia, la desconfianza; y reconstituyéndose la escena pasada allí en años anteriores, creyeron ver a esos dos hombres que vaciaron el oro de la tinaja y en que el mas fuerte encerró al mas débil para gozar a solas del dinero.

Y miéntras el desconocido pensaba con mortal ansiedad, que su padre era el único poseedor del secreto, el propietario del fundo recordaba el misterioso desaparecimiento de su antecesor.

Y las miradas de esos dos hombres que hasta entónces se habian cruzado como dos hojas de un puñal, se encontraron ahora llenas de indecible angustia y se perdonaron.

Una larga faja de luz amarillenta, la primera del dia, cayó al fondo de la lóbrega pieza...





La muerte de O'Higgins

HAI en la menguada sala silencio de presbiterio e indecisa claridad de cripta. La escasa luz que cruza la estrecha ventana por los cristales empañados y llenos de polvo, deja en la penumbra los estremos de la habitacion, Apénas se dibujan en él los contornos vagos de un viejo catre de madera con columnas torneadas, de un estante de caoba bruñido por el roce de cada dia, y de algunas imájenes clavadas en la pared, recuerdo de afeccion injénua y leal.

En un sillon de jacarandá, tallado, de alto respaldo, al estilo español del siglo XVIII, tapizado de lampaz verde desteñido por el tiempo; se acaba de reclinar moribundo y exámine un anciano de enjuto rostro, afilada nariz, ojos vivos y majestuosa y serena cabeza. Una mujer que se le parece en lo físico y una criada indíjena, lo ayudan a tomar la posicion de mayor reposo, y en puntillas se alejan sin dar vuelta siquiera el rostro para observar con ternura silenciosa cualquier movimiento del doliente.

En la vecina sala, donde otros viejos muebles que han sido lujosos en su tiempo hablan de un pasado opulento, un rayo de sol cae por la puerta entreabierta al traves de los naranjos del patio. A su luz viva, en cuya faja danzan su zarabanda las moléculas de

polvo, brilla la caoba y el bronce de los muebles imperio, que, en el forro manchado y descolorido revelan el uso pertinaz de los años y son documentos de lo tornadizò de las cosas humanas. Dos retratos, colgados en los muros y encuadrados en marcos que la patina del tiempo ha esmaltado con el tranquilo matiz del oro viejo, hacen pensar en la historia americana de los últimos años de un siglo, y los primeros de otro. ¡Cuánta mudanza! ¡Qué reforma tan inmensa en tan cortos años! El virrei Ambrosio O'Higgins y el libertador Bolívar se miran frente a frente; y el mas alto representante de la monarquia española y el mas invencible capitan de la independencia americana, que ejercieron en la ciudad de Lima el imperio de su enerjia y de su jenio, revelan en sus sombrios cuadros una misma altiva y serena confianza bajo su aureola comun de imortalidad.

La mujer y la criada pasan de la oscura y melancólica habitacion del enfermo a esta sala mas risueña y luminosa.

—¡Doctor Young! querido doctor!—dice la mujer con aire desolado a un hombre que entra desde el patio. Algo me dice al corazon que es la última hora...

—Confiemos en Dios, señora Rosa. Poco hai ya que esperar de nuestras fuerzas. El jeneral ha marchado siempre del brazo con la muerte; ésta quiere vengar hoi en el pobre viejo los antiguos desdenes del soldado. ¡Quién lo hubiera dicho cuando faltaban seis horas para estar a bordo del buque que lo debia llevar a Chile!

—Su sueño de felicidad, doctor, durante veinte años alimentado con locuras! Vea usted en esta mesa. Antes de encerrarse en los últimos dias, acababa de hacer este discurso. Léalo usted. Contesta en él a la Municipalidad de Valparaiso que se figuraba lo habia de recibir al desembarcar. ¡Pobre viejo! ¡Tanto que ha sufrido, tanto que ha amado tanta ingratitud que ha maltratado su corazon!

El doctor recorre emocionado el papel, le tiemblan sus manos y deja caer dos lágrimas que enjuga precipitadamente. A media voz lee estas palabras:

«Por preparado que viniese despues de veinte años de ausencia de mi cara patria, era imposible no ser sorprendido bajo un cielo

claro a la vista espléndida de la mas pintoresca ciudad de las que he visitado en otras partes del mundo, con la diferencia que todos los edificios que coronan las alturas de Valparaiso tienen los verdaderos colores de frescura y alegria de la juventud, miéntras que los otros del mundo antiguo de que he hablado, dan pruebas evidentes de la decadencia que atiende a las edades.»

—Señora Rosa, no sufra usted con esta separacion. Para el jeneral la muerte es el tránsito a la inmortalidad. Usted no debe darle un adios cuando en pocas horas mas lo llame el Creador a su presencia; porque en ese mismo instante aparecerá de nuevo entre nosotros en Lima, en Santiago, en Buenos Aires, trasfigurado, glorioso en medio de las aclamaciones que enmudecen miéntras vive.

La dama sigue llorando silenciosamente. No es hija del virrei como el jeneral; pero ha nacido de la misma hermosa mujer que cautivó su corazon. Su amor acrisolado en cuarenta años de vida fraternal, en la grandeza y el destierro, la ha allegado al hermano como a la roca que baña al mar se allega a golpes de ola el caracol.

—No olvidaré nunca—prosigue exaltándose el fiel médico—que he asistido a la agonia del mas valeroso soldado de América. Siento que en este momento llegan en espíritu a esta casa todos los próceres y héroes muertos en las batallas o en el destierro; mudos y silenciosos contemplan el último dia del vencedor de Rancagua de Chacabuco y de Maipo.

Un instante de silencio. Del patio llega un ruido de sandalias. Un fraile franciscano se asoma a la puerta en actitud de interrogar:

—Sigue mal, padre. La muerte está cerca. ¿Dirá usted la misa como antes en la habitacion del lado? El enfermo espera.



Entre tanto, el anciano ha entornado los ojos, y aunque parece dormir, el jesto severo que se estampa en su frente y que va por momentos suavizándose, revela el desarrollo de su pensamiento.

¡Chile! ¡Cuanto significa, para él, esta palabra. Para él, que rodeó el continente por el mas tormentoso mar, en medio de tempestades horribles, en un miserable barco de vela, para llegar a sus costas donde ya se habian posado antes sus mas ardientes sueños de niño como una bandada de blancas gaviotas.

Para él, que conoció a su patria esclavizada, dormida en hondo sueño, cerrada a la luz y al pensamiento, y que, sin tiempo para amar ni recojer las flores de la primavera de su vida, tomó la espada para despertarla y romper sus cadenas! ¡Para él, que alcanzó a verla dando los primeros pasos, vestida de blanco y débil como una convalesciente que sale a su jardin!

Y los labios del moribundo.. secos y ardientes, se mueven para acariciar la palabra tan amada: ¡Chile! La ausencia, los dolores, el deseo febril de arribar a sus playas, la presentan vestida con todas las galas del paraiso de los creyentes.

Los puertos, a la orilla de un mar intensamente azul; los campos verdes, tendidos como una sábana de esmeraldas al pié de la inmensa cordillera coronada de nieves; las ciudades, nuevas y populosas, surjiendo entre las viejas arboledas españolas como castillos blancos; el cielo, imperturbable en medio de una voluptuosa primavera que lo envuelve todo en ondas tibias; y sobre este Eden abierto con el esfuerzo y la sangre de tantos héroes, apóstoles y mártires, la jóven bandera flameante a las brisas de la paz y la concordia.

Y toda esta aparicion luminosa que, con la fiebre de sus pasiones de soldado, ha querido volver a ver un solo momento antes de morir, se retira de su camino para siempre.

Le parece de pronto que estas últimas palabras las ha dicho una voz estraña, como una sentencia de muerte, y poniendo el oido atento pregunta a media voz, *¿para siempre?*

De la pieza vecina, apagadas como un rumor de insectos, vienen las voces de los suyos, de los únicos que acompañan sus horas de soledad y melancolia.

Hai un momento en que la imajinacion cansada se paraliza. Parece que flotara en un espacio oscuro donde no llega la luz ni la voz humana. Las imajenes se han borrado, los recuerdos se han detenido. De pronto, entre la oscuridad, surje una pequeña iglesia

blanca, algo derruida, en medio de una aldea humilde. Sus soldados lo rodean. Un incesante tiroteo resuena en todos lados. Una bandera cubierta con un crespon negro se ha fijado en las trincheras para mostrar al enemigo el pacto con la muerte.

¡Rancagua!

Desde la torre en donde se encuentra en ese instante y cuya pequeña campana siente ahora sobre su cabeza, divisa un rejimiento de dragones españoles que avanza desplegado por el campo lleno de sol. Un corpulento jinete de poncho blanco va al frente. ¿Quién es él? pregunta. La voz de un campesino contesta: Es Osorio! Luego descubre a la division de los Carreras que se precipita a la carga; pero mui pronto los vé dispersos por el campo y disparando al galope en todas direcciones. La ira, la desesperacion lo ajitan. Junta los ojos y, sobre su frente contraida por dolorosa tortura, pasa la idea de una traicion.

El cañoneo no cesa; el agua ha sido cortada. Los soldados están negros de morder cartuchos; los tiros revientan antes de allegarles el lanza-fuego en los cañones caldeados. El parque estalla. La aldea se incendia. Entonces, el jeneral vé una figura familiar desde las viejas campañas: es la muerte que lo invita a seguirlo. Pero monta a caballo, reune a los suyos. Carrera, Freire, Molina, Astorga y otros agrupan los soldados. Y esta lejion de la muerte, en medio de un alarido salvaje, rompe las trincheras, atraviesa el enemigo y se lanza en frenética carrera hasta Los Andes.

La Patria Vieja ha muerto!

El anciano ahoga un sollozo y deja caer la cabeza sobre su pecho.

Por la puerta entreabierta, el jeneral vé levantarse el altar con flores. La hermana entra en puntillas, se acerca, coloca su mano suave y tibia sobre la frente ardorosa del moribundo. Young avanza en puntillas. El jeneral lo vé y le dice en voz baja:

—Ahora sí, doctor, que nos embarcamos.

—¿Para Chile, jeneral?

—No lo sé. Se me confunden en este momento las playas del descanso... ¿Para mi patria o para otra vida mejor? ¡Quién sabe! Pero siento que mi barco arriba...

Y como en ese momento el sacerdote revestido comenzara las



oraciones, todos se pusieron de rodillas; el jeneral abriendo los ojos, apoyó sus manos sobre los brazos de la silla y movió los labios para orar. Pero luego volvieron, insistentes, los recuerdos. Un hombre delgado y pálido lo miraba intensamente, él le tendia la mano; ambos se hacian un juramento. ¡Era San Martin! De esa union se formaba un ejército entero y tantas como sus soldados y mas que ellos eran sus esperanzas y su fé. Como si fuera ayer, vé palpitante la marcha triunfal, al traves de la Cordillera hasta Chacabuco; su carga heróica sobre los flancos de los cerros, su fatiga despues del combate, cuando Soler sobre un caba-

llo blanco, cómo podia ir la vanidad cabalgando sobre la envidia, le reprendió su empuje llamándolo indisciplina y él, jadeante como una fiera despues de la caceria, no replicó una palabra y palideció como la muerte.

Los ojos del jeneral, cerrados un instante, vuelven a abrirse; pero esta vez a la realidad. Ya no es un sueño. Por lo ménos la aparicion no es vaga ni mental. Un sacerdote dice la misa frente a él. Es la misa en accion de gracias por la batalla de Maipo! Inmenso rumor de pueblo, de tambores y clarines, de campanas lanzadas a vuelo, de petardos y vítores, viene rodando en alas del viento como un trueno lejano, pero como un trueno de gloria y de alegria.

Las salvas de los cañones rompen de cuando en cuando este clamor jigantesco que sube en una marejada tempestuosa. Descargas de fusileria levantan a cada instante un nuevo vocerio que se mezcla a los repiques de las campanas, y a las dianas de los cuarteles, como un coro mas grandioso que el de los combates, porque es el de las victorias.

El director supremo siente acercarse este océano de ejército y de pueblo sobre el cual millares de banderas y de ramas verdes se ajitan en el aire en discordante aclamacion. Vestido con su casaca bordada de oro, rodeado de sus ministros Zenteno, Zañartu y Echeverria; escoltado por Freire, Prieto, Benavente, Bulnes y otros de rostro juvenil, mirada de fuego, figuras altivas y espadas gloriosas, penetran al templo, donde al acallarse el himno de los cañones, campanas y tambores, surje otro de cánticos sagrados, severo y grave, como los versículos del Te-Deum.

Vé el jeneral levantarse a su lado las imponentes columnas de la Catedral de Santiago; llenarse sus naves con una inmensa muchedumbre; avanzar las delegaciones de los rejimientos con las banderas inclinadas; los frailes cantando con cirios encendidos en las manos, los monaguillos meciendo los incensarios de plata; y sintiéndose un rumor de mar ajitado, de cantos, voces, pasos sobre la piedra del piso, espadas que se chocan, fusiles que se alínean. ¿Qué cortejo es éste? ¿Quiénes se avanzan hasta a dos pasos de su dosel de honor? Es San Martin que viene rodeado de los guerreros

arjentinos, de Quintana, Balcarce, Las Heras y cincuenta mas de altivo continente y fiera apostura.

Allí en el fondo continúan los cánticos sagrados y de afuera entran en oleadas los ecos del clamor de un pueblo entero, que celebran la victoria, con las salvas que se disparan de minuto a minuto en los cuatro estremos de la ciudad.

El sol de las victorias cae sobre los vidrios de colores, forma un arco-iris que atraviesa la oscura nave y se quiebra sobre la muchedumbre inquieta y rumorosa.

Pero los cantos van estinguiéndose, las luces apagándose, las aclamaciones alejandose. Aquellas figuras palidecen como sombras éstas se borran como jirones de humo, las columnas se retiran como los decorados de una escena; todo queda solitario, abandonado, silencioso.

¡Qué efímeros son los triunfos!

A lo léjos, desde un rincon, una figura hace señales misteriosas: es la misma que lo invitó en Rancagua a seguirlo, es la misma que pocas horas antes ha vuelto a acercársele. Es la muerte que llega.

La misa ha concluido.

Rosa se acerca y le oprime una mano. El moribundo sonrie. La sala vuelve a quedar un momento en silencio; sombras y amarguras invaden su mente. Son las primeras turbaciones del Gobierno.

Ha acabado la epopeya, comienza la lucha sin laureles y sin glorias, las estériles batallas contra las ambiciones de los hombres, las calumnias y las injurias.

Una procesion de víctimas pálidas y desencajadas pasan, con un hilo de sangre sobre el pecho o en el cuello. No le acusan, sin embargo. El viejo cierra los ojos y frota su mano sobre la frente como para borrar todo aquello que amarga su última hora.

Young y Rosa están a su lado.

La fiebre ha subido, los ojos tienen estraño brillo. Lo levantan cuidadosamente y lo acercan al lecho donde la casaca del Director Supremo que se hizo mostrar por la mañana cae como un trofeo, plegada sobre la banda de capitan jeneral que cruzaba su pecho.

Recuerda, al verla, la escena del Consulado, los airados ademanes de sus amigos, su inmensa soledad, su abandono de todos, la

abdicacion del mando en un supremo movimiento de heroismo, y grandeza de alma...'y levanta su cabeza con orgullo.

Un instante despues, tendido en el lecho y respirando con dificultad, vé pasar todavia imájenes antiguas, su viaje a Santiago y Valparaiso, su arresto, su embarque a bordo de un buque ingles y su llegada al Callao, ¡para no volver!



Un incesante ruido se siente en el patio: roce de pasos sobre las lozas, hojas oprimidas en el suelo. Medrosamente, lentamente, van entrando a la humilde morada, viejos y niños, soldados y mujeres, que se agrupan bajo los naranjos se imponen silencio con un dedo sobre los labios y esperan.

Ha corrido la noticia de que el capitan jeneral de la República de Chile, el brigadier del ejército de Buenos Aires y el gran mariscal del Perú, está agonizando; y un sentimiento de emocion recorre plazas y calles, levantando los recuerdos de la Independencia como un toque de rebato.

Y miéntras en la sala triste en donde las sombras del crepúsculo comienzan a hacer su nido, sufre agonias de muerte, soldados de los tres ejércitos que han ido quedando en la ciudad de los virreyes despues de la guerra, llegan de todas partes para ver por última vez al prócer del Roble, de Rancagua y Cancha Rayada, al jeneral de Chacabuco y Maipú, al proscrito de la hacienda de Montalvan, al primer ciudadano de Chile!

Dos o tres veteranos, que pelearon en Maipo y que poco antes habian estado en el Perú con Búlnes para conquistar glorias y heridas en Yungai, han logrado entrar a la habitacion y lloran de rodillas en un estremo.

Rosa tiene una mano sobre la frente del anciano y con la otra le oprime la derecha. El aliento del moribundo es entrecortado y difícil.

Young y el fraile, de rodillas dos pasos mas léjos, murmuran las letanias de la buena muerte que resuenan desgarradoras en el contraste de la humana gloria con la humana miseria.

El jeneral se incorpora súbitamente, mira sonriendo al médico fiel, talvez mas léjos divisa a los soldados de Chile. Con una mano aparta la casaca de Director y con la otra atrae hácia sí un hábito de franciscano que ha pedido ántes.

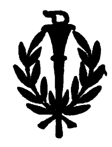
—Va a comenzar la batalla—dice—éste es el uniforme que Dios me manda!

Minutos despues cierra los ojos en actitud de descansar.

Un agudo sollozo de Rosa, indica a todos que el último héroe de la independencia americana ha muerto.

Las puertas son empujadas desde fuera y un incesante desfile de soldados inválidos, de oficiales, de jente del pueblo, de viejos y de mujeres, pasa toda aquella noche y al dia siguiente por la habitacion de O'Higgins...

¡El proscrito despertaba a la vida de la inmortalidad!



ARTICULOS EN BROMA

A don C. SILVA VILDÓSOLA



LA CAFETERA RUSA



DESDE hace mucho tiempo, desde los años de la Universidad, época en que se propalan los mas absurdos rumores sobre el matrimonio, he tenido para mí que la felicidad conyugal descansa sobre dos firmes columnas: el buen café despues de las comidas y el piano bien tocado en las veladas del hogar.

Tan arraigadas he tenido estas convicciones y con tanta pasion las desarrollé ante la que iba a ser mi mujer, que no es de estrañarse que en el primer año de mi matrimonio, nadie bebiera mejor café en Santiago, y nadie oyera mejor ejecutadas las sonatas de Beethoven, la polonesa y nocturno de Chopin y numerosas composiciones de Mendelsohn, Rubinstein, Schumman y otros maestros.

Pero como siempre ocurre; el café fué empeorando lentamente, y la ejecucion de las piezas relajándose. Esto último se esplica con la presencia de un nuevo habitante en mi casa, que con sus gritos, caprichos y enfermedades variadas distraia las facultades de la pianista y hacia nacer las de la madre.

Cada dia se producia, despues de comer, una escena análoga.

Mi mujer esperaba que llevara a mis labios la tacita de café para observar concienzudamente el efecto que éste me producia. En seguida, juzgando por la alteracion de mis razgos fisionómicos, llamaba a la sirviente:

—¿Qué café es este?

—El mismo de ayer, señorita

—¿Lo has tostado mas que otras veces?

—Nó, señorita. Lo mismo que siempre.

—Sin embargo, está peor que nunca.

Yo notaba, a medida que avanzaba el tiempo, una honda desesperacion en mi casa. El café empeoraba, como el cambio, y nada podia, como a éste, colocarlo en su antiguo pié. Para no agravar la situacion, ya grave de suyo, me abstenia de dar juicio alguno, y este silencio exasperaba indudablemente a mi mujer.

—Tú te callas; pero por dentro estás furioso. Te conozco. Con tus ideas estrafalarias estarás juzgando por el café, que yo te quiero ménos y que no me preocupo de tus cosas.

—Estas equivocada. Yo tengo paciencia y creo que han de venir mejores dias para el café. Pero no te afanes, todo tiene compensacion, y si es cierto que el café que me das parece una solucion de tanino, tambien es verdad que las sopas han mejorado...

—Pero, seguramente, tú crees que las sopas no tienen nada que hacer con la felicidad del matrimonio. Nunca te has referido sino al café y al piano.

—Tienes razon. Aunque en mi programa matrimonial no figuraban las sopas, pueden, sin embargo, agregarse...

—Pero, prométeme, ademas, que no irás nunca a buscar buen café al Club.

—Te lo prometo, a pesar de que la tendencia natural del hombre es al progreso, a mejorar lo que es susceptible de mejoramiento...

La cuestion se agravaba, y el café iba pasando por trasformaciones sucesivas: aclarándose unas veces hasta parecer tintura de yodo disuelta en mucha agua; ennegreciéndose otras hasta el negro absoluto; pero siempre sin sus cualidades de aroma y de sabor de los primeros tiempos.

Una tarde, miéntras escribia en mi escritorio para hacer tiempo, mi mujer entró ruidosamente, y colocó sobre mis papeles una serie de piezas de laton, algo deterioradas.

—Aquí está—me dijo con una sonrisa de triunfo.

—¿Qué es ésto?

—Aquí está el secreto del café malo. ¿Ves tú este filtro? Está roto. El depósito está gastado y le da al agua gusto a soldadura de plomo. Hai que comprar otra cafetera. Me ha costado medio dia de trabajo.

Aunque no comprendia el por qué de tanto trabajo, ni me esplicaba que el secreto no hubiera sido develado un año ántes, examiné las piezas y comprendí que se imponia una nueva cafetera. Pero como yo soi un hombre reflexivo, detuve la impaciencia de mi mujer, que corria ya a ponerse el sombrero frente a un espejo, y le dije:

—Es necesario andar con piés de plomo, lo que no quiere decir que la cafetera deba ser de este metal, por supuesto. Supongo que en el comercio hai cafeteras de diversos sistemas. Vale la pena saber qué pais bebe mejor café, y entónces sabremos cuáles son las mejores cafeteras...

—Eso es un disparate—replicó mi mujer—porque donde hai mejor café es en Bolivia y en Costa Rica, y nunca he oido hablar de cafeteras bolivianas o costarricenses.

Comenzamos a eso de las cuatro de la tarde, una larga peregrinacion al traves de las mercerias, de las lamparerias, y hasta de las librerias, porque siempre tengo como aforismo que en los almacenes donde no debe haber un artículo y lo hai, se encuentra éste mas barato que en otra parte.

Se nos ofrecieron cafeteras inglesas, americanas y francesas. Las primeras eran excesivamente sencillas y caras; las segundas eran de un metal nuevo que no inspiraba mucha confianza, y la tercera tenia numerosa piezas, y ofrecia en grandes letras ser económica, elegante y barata.

Despues de muchas vacilaciones, uno de los vendedores abrió una vitrina y de entre otros objetos heterojéneos estrajo uno, asegurándome que era una cafetera rusa. Me causó esta afirmacion el mismo estupor que si mañana me dijeran que el monumento Montt-

Varas estaba destinado a disparar el cañonazo de las doce. Habia visto muchas veces esos aparatos y los creia lámparas de enfermos o de minas; jamas se me pasó por la mente la idea de que fueran lisa y llanamente cafeteras rusas.

Cargados con la peligrosa novedad, regresamos a casa.

El aparato venia acompañado de un plano en que estaban indicadas las diferentes piezas, con números, desde 1 hasta 12. Leimos con interes las instrucciones escritas en ingles, frances, portugues y español. Era esa eterna y engorrosa historia: se pone agua en el depósito número 1, se introduce en su interior el filtro 2, se coloca el café entre éste y el filtro 3, se ajusta sobre ellos el tubo 4, con un ajuste *a la bayoneta* (esta palabra daba cierto aspecto sangriento a la descripcion), se tapa todo con el depósito 5, se atornilla el mango en la rosca 6, se coloca todo en el soporte 7, se enciende el anafre 8, teniendo cuidado que el alcohol no se estienda a la base 9. Se estingue el fuego con la tapa 10, cuando salga vapor por la válvula 11, y se invierte la cafetera durante cinco minutos, sirviendo despues las tazas con ayuda del mango 12.

Se puede apreciar la importancia que tiene este escape del vapor. La primera noche, sin saber cómo, nos sentamos a la mesa mas temprano. En medio de las copas y de nuestra modesta vajilla, se ostentaba luminosa la nueva cafetera, porque segun disposicion de mi mujer, el café seria confeccionado por nosotros mismos, ya que el plano, con las esplicaciones adjuntas en cuatro idiomas, habria sido inintelijible para la sirviente.

Se preparó todo, y se encendió el anafe a la altura de la sopa. Cuando ménos lo pensábamos, y en el curso de una interesante conversacion, sentimos un ruido estraño, miramos hácia todos lados, pero sin esplicarnos qué lo produjo, volvimos a distraernos. De pronto, un vaho caliente humedece mi cara. ¡La cafetera!—grito.—Nuestras cuatro manos se precipitan a invertir el depósito conforme a las instrucciones, miéntras ésta parece sacudida por convulsiones interiores.

Por fin, despues de todo, logramos servirnos, y un líquido demasiado rubio cae a nuestras tazas. Sin embargo, nos vemos obligados a declarar que la bebida estaba excelente.

——Jamas habia probado nada mejor—digo yo.

—No me figuraba que pudiera hacerse un café mas aromático, agrega ella.

Trascurrió la noche sin incidentes; pero allá cerca de las doce, notando a mi mujer preocupada le digo:

—No me ocultes nada, ¿te sientes mal?

—Nó; no siento absolutamente nada.

—No me lo niegues. Estás inquieta, no hablas, díme francamente qué tienes.

—Te diré. Pero no lo tomes a mal. Confiésame que el café estaba mui malo.

—Detestable.

—¿No es cierto? Yo no me atreví a decirlo ántes, porque te ví tan entusiasmado con tu cafetera rusa. Pero eso es intolerable. Hemos perdido el dinero y el tiempo.

Al dia siguiente, volvimos a sentarnos temprano a la mesa, y cargamos el filtro con mas café. Pero como el vapor salió mui rápidamente, y la cafetera quedó invertida cuando apénas nos servian la sopa, comenzamos a apurarnos de tal manera en comer, que la sirviente corria desaforadamente.

—Esta es una esclavitud intolerable—dice mi mujer—ya no podremos comer despacio o lijero, segun como nos dé la real gana, sino como nos obligue esta cafetera endemoniada.

El líquido ha resultado mejor y mas oscuro. Pero siempre hai un profundo desconsuelo en la sobremesa.

El tercer dia, al encenderse el anafre, el alcohol se desparrama y se incendia una superficie de media vara del mantel. Se arroja sobre ella agua, vino, salsa inglesa, pan, y servilletas, hasta estinguir el fuego.

Yo grito indignado a la sirviente:

—Llévese usted ese aparato a la cocina, y que no lo vuelva a ver en el comedor. Allá se hará el café en adelante, y allá ha debido hacerse siempre.

Mi mujer aprovecha el momento para decirme con voz mui suave:

—¿Por qué no renuncias al café?

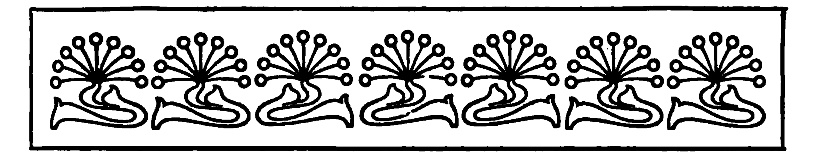
—Eso nunca.

—Hazlo por galanteria, por buena educacion, ¿con qué objeto estamos perdiendo la tranquilidad por una tonteria?

En ese instante se siente a lo léjos una detonacion; luego los pasos precipitados de la sirviente se acercan; la puerta se abre, y ántes que formulemos una pregunta, ella dice casi sollozando:

—La cafetera ha hecho esplosion.





¡DAMIAN, VEN!

(O SEA DE CÓMO ME ROBARON MI MALETA)

SIEMPRE habia creido sobradamente necios a aquellos viajeros a quienes roban sus maletas, y solo ahora vengo a creer que el injenio de los caballeros de industria puede más muchísimo mas, que el injenio con que una persona medianamente lista cuida su equipaje.

Con absoluta sinceridad contaré cómo me acaban de robar mi riquísima maleta de cuero de chancho, con que yo he andado ufano durante seis meses. Porque, seamos francos, hai muchas personas que tienen talento, virtud, coche americano, hijas bonitas, bonos de la Caja y hasta palco en el Municipal; pero son bien escasos los que puedan ostentar una lujosa maleta de cuero de cerdo, perfectamente curtido y sobajeado.

Todavia conservaba ella (mi maleta, es decir, la que fué mia) su color de nueva, de recien salida del taller; de acabada de coser y recortar. Tenia sobre ella, ese aspecto de juventud que en la muchacha de quince años es el vello finísimo que le cubre las meji-

llas; en la fruta recien madura, la pelucilla plomiza que oculta el lozano color como una gasa finísima; y en la estátua de bronce, el opaco matiz que le da un noble tono de color oxidado.

Muchos pasajeros se afanan por meter sus maletas bajo los asientos, miéntras que yo la coloco sobre ellos, para que todo el mundo la mire. Así como el recien casado con mujer bonita, suele acomodar a su cara mitad alguna cinta desprendida en el cuello, o algun mechoncito de pelo volante en la nuca, para llamar sobre ella la atencion y exitar la envidia de los demas, yo me inclinaba a menudo durante los viajes para asegurar la cerradura de níquel de mi maleta, para afianzar sus hermosas correas engarzadas en las hebillas, y hasta para sacudirle los granitos de carbon colados por la ventana.

La queria, no lo puedo negar. Cerrada se veia mui británica, mui tiesa, mui distinguida. Abierta era una especie de hogar ambulante; naturalmente, el hogar de un soltero. Tenia un gran departamento para las camisas planchadas, otro para los trajes, y numerosas secciones para las demas prendas de uso inmediato y reservado. Habia allí hueco para las escobillas, frascos para el agua de Colonia y para el Elixir Pierre, seccion para el papel de cartas y hasta un tintero automático, cuya tapa saltaba con una lijera presion.

* * *

Tomé un dia mi maleta, y a pesar de que supe por personas fidedignas que mi novia estaba enferma en cama y con 39 grados de fiebre, me embarqué para los Andes a fin de ajustar un interesante negocio sobre fardos de pasto y otras triquiñuelas. Con la cabeza apoyada en la mano y el codo en la ventanilla, vagando la mirada al traves del cristal, en una llanura estensa sembrada de espinos y limitada a lo léjos por una cadena de cerros azules, me puse a pensar en ella, que quizas a esa hora, reclinada en un almohadon de plumas, hacia esfuerzos para mirar si al traves de la ventana me veia pasar como siempre por la calle.

Casi me puse triste y comencé a dejar que el espíritu se me escapara por la ventanilla para seguir las bandadas de loros que cru-

zaban el cielo, haciendo conversiones de frente que ya se las quisiera para sí la Escuela Militar.

Por fin, un último silbato me hizo comprender que estaba cerca de los Andes y tomando con delicadeza y cariño mi maleta, me negué terminantemente a entregarla a los muchos comedidos que se ofrecieron para librarme de su peso. Ella no me pesaba. Hoi, ¿a qué negarlo? me pesa su ausencia, me tortura, me destroza.

La sopa del hotel pasó sin que mi criterio gastronómico la analizara. Cuando ya me habia tragado la última cucharada, llamé al mozo para preguntarle de qué era. El me dijo que de fideos; aunque yo hubiera apostado que de arroz. Pero el hambre por un lado, la sed por otro, y por otro lo fria que estaba, me obligaron a tragarla con una precipitacion inconcebible.

En seguida me sirvieron el criollo cocido, puchero, hervido o como se le quiera llamar; que por tener tantos nombres no parece sino que fuera plato portugués. Habia allí un pedazo de carne, una papa, (sin desmentido) un trozo de coliflor, una tajada de zapallo, un depósito de salsa de tomates y... ¿por qué no decirlo? una muestra del cabello de la cocinera.

—¡Vaya, vaya!—le dije al mozo—¿Con que aquí se permiten tener una cocinera rubia?

—¡Ai, señor!—repuso éste sorprendido y hasta ruborizado—¿y cómo lo ha adivinado su merced?

—Pues, por este delicado obsequio que ella me envia. Esprésale de mi parte que si tuviera en mi cadena un guardapelo, depositaria en él este recuerdo.

Siguió el casero plato, que ya se va marchando de nuestras cocinas, pisándole los talones al charquican, un gran plato de lentejas. A pesar de que estaban buenas y de que yo estaba con mucho apetito, me hice cruces de cómo pudo el bárbaro de Esaú vender por otro igual su mayorazgo, cuando con él podia atrapar una novia buena moza y rica, y dedicarse despues a comer lentejas toda la vida.

A las lentejas siguieron una presa de pollo asado y una ensaladita de apio. Cuando volví en mí creí que todavia no me habian servido el plato; tan lamido y tan limpio lo habia dejado.

Despues me pusieron por delante una taza de café, circunstancia que yo aproveché para encender un cigarro puro y dármelas de millonario, aunque solo fuera en Los Andes. Se fué el humito azul en espirales y nació en mí esa sana conformidad del que come bien, bebe bien y fuma bien.

Me encojí de hombros ante la enfermedad de mi novia, cuyo rostro palidito, de rosa té, divisé mui perdido al través del humo aromático del habano; pensé un instante en la cabellera rubia de la cocinera, lamentando que prodigara tanto su pelo en los platos, porque al fin se iba a quedar calva como pintan a la ocasion; y finalmente fijé mi imajinacion en los fardos de pasto y en las otras triquiñuelas que me habian impulsado a dejar mis comodidades rutinarias de Santiago.

Una voz agradable, pero decidida, me sacó de estas volteretas del espíritu:

—¿Buen apetito, eh?—preguntaba el recien llegado con una sonrisita escudriñadora.



—Sí, señor, bueno—le dije—no sin rejistrar mis recuerdos a ver si en alguna pelea de perros o en otros sitios en que se reuna jente y yo con ella, le habia conocido. Como no lograra averiguarlo, eché otra chupada al cigarro y prescindí del recien llegado.

—Usted parece ser de Santiago, caballero...

—No sé si lo parezco, señor; pero en efecto soi de allá. ¿Y usted?

Esta pregunta mia fué algo acometiva, algo cortante, algo fria.

—¿Yo? de Valparaiso. Vengo por negocios y me gusta la charla. Hace dos dias que con nadie converso porque no hai nadie aquí que valga la pena. Por este motivo celebro su venida como la de un ánjel del cielo.

—Gracias—le dije—y, metiendo mano al bolsillo, saqué otro cigarro y se lo ofrecí. El se inclinó cortesmente, cortó con los dientes la punta del cigarro, lo encendió con lentitud, lo chupó con fruicion y arrojó hácia arriba, en una columna compacta, el humo azulejo.

Un instante despues, con dos copitas de *chartreuse* falsificado, por delante, conjeniábamos por completo. Yo conté chistes, chascarros y hasta recuerdo con rubor que me atribuí una frase de don Vicente Grez. El no lo hizo mejor, porque me pasó por cuento orijinal uno de don Pedro Godoi. A poco hablar paramos en las ánimas... mi lado flaco.

Yo no temo a la guerra, no temo al tífus, no temo a un rival con dinero, no temo ni a la tuberculósis, apesar de que la combato con eficacia en una Liga. Pero sí, me muero de miedo por las ánimas. Y si no, me bastaria recordar que en un tiempo en que estaba medio incredulillo, me recé dos rosarios seguidos en la cama, porqué sentí algo así como si arrastraran cadenas.

—¿Usted cree en las ánimas?—pregunté a mi ya amigo, bebiendo el último sorbo de la copita y pidiendo otra.

—De creer, no sabria decir a usted si creo o no. Mire usted; aquí donde usted me vé, tan campechano, debe saber que son poquísimas las cosas que creo. Sin embargo, las ánimas producen calofríos. Yo le contaré a usted lo que pasó hace dos meses en este mismo hotel.

Me volví todo ojos y oidos. El comedor estaba ya vacio. El mozo habia retirado los platos de las mesas, y se sentia como charlaba en la cocina con la rubia. De cuando en cuando el golpe de un tenedor caido al suelo, o el choque de dos o mas platos entre sí, me demostraba que allí se acostumbraba lavar el servicio, cosa que me dejó gratamente sorprendido, por tratarse de un hotel de cabecera de departamento.

Una lámpara de parafina, colgada en la pared sobre nuestras cabezas, nos alumbraba de alto a bajo, poniéndonos sombras de ojeras y alargándonos la nariz con un rasgo oscuro que nos daba cierto aire de miembros de la familia borbónica.

—Si, señor; se lo contaré apesar de que la cosa es algo espeluznante. Estaba aquí alojado don Damian Hinojosa, caballero que tiene bodega en Valparaiso...

—Ya, ya; el casado con aquella dama que fué rectora del Liceo...

—Justo. Persona cabal, de buen caracter, mui de su casa, tiene varios hijos.

—Natural; tan de su casa.

—Le suplico, señor, que no me estravie e hilo del pensamiento. Se habia venido a Los Andes, dejando mui enfermo a un hermano suyo.

Un calofrio me comenzó a correr la espina dorsal, porque ¡cáspita! yo no tenia bodega; pero por lo demas, hasta el momento la historia se me puede aplicar.

—El hombre estaba preocupado y casi no dormia esperando de un momento a otro malas noticias. Una noche...

—...Una de aquellas—noches que alegran la vida—en que el corazon olvida—sus dudas y sus querellas...

—Lindos los versos. ¿De quién son?

—De Núñez de Arce.

—¡Ah, ya! De el redactor de EL MERCURIO.

—Nó, señor; son de un caballero español. Prosigamos.

—Una noche, el señor Hinojosa, sentado en su cama y con la vela encendida, estaba desvelado.

—¡Oh! ¡Qué retruécanos! Si tenia una vela ¿cómo estaba *desvelado?*

—Caballero, o me deja usted contar o me retiro. El señor Hinojosa, despues de mucho poner el oido a ruidos estraños que le parecia sentir en su misma pieza, apagó de un soplido la vela y se acostó. En el primer instante le pareció escuchar ruido de pasos, mui leves y mui apagados, sobre la alfombra. Encendió la vela, miró hácia todos lados y nada vió, apagándola de nuevo y concluyendo por dormirse. De repente despierta sobresaltado y escucha algo como un lamento suave a su lado. En seguida, parece que una voz mui apagada le gritara desde el fondo de la tierra:

—¡Damian! ¡Ven!

El señor Hinojosa enciende la luz y con la mano sobre el corazon trata de sofocar sus latidos. Aquello es horrible, desesperante. Reza durante un largo rato, apaga la luz y reclina de nuevo su cabeza sobre la almohada. En ese instante le parece oir que le arrastran la maleta de debajo de la cama. Vuelve a prender fósforos y ve con estupefaccion que su maleta está como a un metro de distancia del catre bajo el cual la tenia metida. Salta del lecho, enciende luz, se asoma debajo de la cama, busca tras del sofá, en el ropero, en la ventana, y nada vé ni nada oye. Vuelve a

su lecho, pálido y desencajado y mete de nuevo la maleta debajo de él. Un momento despues siente que otra vez se arrastra en el suelo la maleta y que una voz enérjica, clara, la misma de su hermano, le dice mui cerca: *¡Damian! ¡Ven!* El señor Hinojosa enciende luz, y vé, en efecto, la maleta cerca de la puerta. Se viste en el acto, y se va a la estacion, donde, paseándose como un loco, espera el tren. Llega a Valparaiso y se encuentra con que su hermano ha muerto, y lo que es mas horrible, que ha muerto a la misma hora en que, por segunda vez, vió su maleta fuera del lugar en que la habia puesto....

Mi compañero calló; pero yo me quedé con los dos ojos abiertos, casi con lágrimas y sin poder decir una palabra. Tenia el terror mas grande que en la vida he sentido.

—¿Y esto ha ocurrido en este hotel?—pregunté finjiendo un aire distraido...

—Sí, señor; aquí...

—¿Y en qué pieza?

—Creo que en la 9. Me parece.

Dí un salto en la silla y casi me fuí al suelo desmayado.

—¿Qué le ocurre a usted?

—Nada, nada; es que estaba mal sentado.

—Bueno, pues; señor. Tengo mucho gusto en conocerlo...

—Y yo lo mismo.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

✢ ✢ ✢

Ni José al borde de la cisterna seca en que lo metieron, ni Daniel en la cueva de los leones, ni Napoleon III en Sedan, han sentido un terror mas intenso que el que yo sentí al verme solo en la pieza número 9, en que por una horrible coincidencia me habian metido. Recé todo lo que a mano tuve, incluso el *Te Deum.* Dormí un rato con la vela encendida, hasta que despertando, cargado de sueño, resolví apagarla.

Solamente al amanecer, y cuando el sol cayó sobre la cortinita de choleta azul que tapaba el tragaluz de la ventana, iluminando

poéticamente mi pieza, vine a recobrar la absoluta tranquilidad que ni un instante debí perder. Acaricié mi maleta como a una gata, de la cual se teme un rasguño, y salí ese dia a tratar mi grave asunto de los fardos de pasto.

Esa tarde, a la hora de comer, me entregaron un telegrama de mi amigo Enrique, a quien habia encargado noticias sobre mi novia. Decia así la comunicacion: «Fiebre ha subido a cuarenta. Hai junta médicos. Sin embargo Oyarzun me espresa no hai peligro alguno.»

La cosa no era tranquilizadora. ¡Qué habia de serlo! Mi amigo me trató de consolar; pero nada logró, porque el alma se me puso negra como la noche.

¡Oh! ¡Qué habia de pegar los ojos, teniendo presente ese rostro pálido, angustiado, hasta cuando tenia que estornudar y con la mirada divagando, por la fiebre! Fué un martirio aquel desvelo. Junté los ojos y dormité con pesadez y con fatiga, Vagué sin rumbo en la anarquia de mis ideas y en la incongruencia de mis pensamientos.

Salté dos veces sobre la cama... Pero ¡qué diantres! una de estas veces oí claramente un suspiro tristísimo cerca de mí. Me recojí contra un rincon de la cama, contuve la respiracion, abrí los ojos y los fijé en la oscuridad. Un silencio de muerte se siguió. Allá, mui léjos. ladraba un perro, seguramente a la luna. Pero, en un momento creí morirme. No me engañaba mi desvelo, no era sueño, no era alucinacion: mi maleta se arrasrraba por el suelo. Quise gritar y la voz no me salió de la garganta, quise llorar y no pude, y me contenté con morder la ropa de la cama y con guardar el resuello. Así estuve cinco minutos, que me parecieron cinco siglos... Despues encendí la luz, y ví, en efecto, que mi maleta estaba como a dos varas de la cama. Se me erizó el pelo, se me saltaron de las órbitas los ojos y dí diente con diente. La metí de nuevo debajo de la cama recé un rosario y despues lo quise atribuir todo a mis nervios. Nó, señor—decia—no puede morirse la Sarita; basta que el doctor Oyarzun diga que no hai peligro. Sí, señor; basta. Pero nó; no bastaba eso para mi tranquilidad, porque volví a sentir que la maleta se arrastraba sobre la alfombra y hasta no sé qué me pareció sentir como una voz de mujer que decia: ¡Anjel! Me tapé con toda la

ropa, me sumerjí entre las sábanas, me cerré los oidos con dos dedos, y así estuve, muriendo, enloqueciéndome. Poco a poco asomé la cabeza, sentí lejanos cantos de gallos, volví a la realidad, me reí de mis temores y me dormí como un trompo.

Llegó el sol a la cortinita azul, el mozo me gritó, al lado afuera de la puerta, que ya estaban lustrados los zapatos, y yo salté al suelo, riendo de gusto al ver que el arrastre de maletas no debia ser efectivo, puesto que no estaba allí sobre la alfombra.

Me jaboné la cara y entre manoton y manoton de agua, entoné el *salve dimora casta e pura;* traté de imitar la voz de la Mantelli en *Cármen* y hasta quise recordar unos versos de Musset.

Despues me sequé, abrí la ventana por la que entró una cascada de luz, marché a sacar mi maleta para cambiarme cuello y casi me fuí de espaldas. La maleta no estaba allí. Corro afuera, grito, doi de puñetazos. El mozo sale aturdido, el patron llega, todos preguntan, yo respondo y en un instante arde Troya.

El hecho era que me habian robado la riquísima maleta de cuero de chancho, que me habian guindado, que me habian hecho creer en ánimas, y que mi amigo habia desaparecido misteriosamente....



Fuí. Es decir, vine. Mi novia sanó despues de quince dias de fiebre y lo primero que hizo, despues de convalesciente, fué darme unas calabazas estupendas.

Esto no me ha dolido tanto, porque novias hai... Pero ¿dónde encontraré yo una maleta de cuero de chancho, como aquella?





EL ALIENISTA

(PÁJINA DE UN LIBRO DESENCUADERNADO)

El doctor Belmar era un viejo amigo de mi familia. El habia presentido ántes que nadie y con maravillosa intuicion médica mi venida al mundo; él habia acudido con oportunos auxilios a mi penosa y lenta denticion; él me habia vacunado; él me habia recetado Jarabe de Rábano Yodado, bacalao, fierro, quinina, etc., etc.

El doctor afirmaba saberse de memoria mi organismo, y hasta salvando con un poco de presuncion el abismo que separa el cuerpa del espíritu, creia adivinar perfectamente el porvenir. Debo sí declarar que, en esta materia, el doctor Belmar se equivocaba lastimosamente.

Durante cuatro años sostuvo que yo tenia síntomas de locura, y que iba a terminar seguramente mis dias en un manicomio. Cuando se convenció de que no perderia la razon a dos tirones, dijo que mi porvenir estaba en la carrera eclesiástica. Conste que hasta ahora el facultativo se va equivocando medio a medio.

El tema de la locura era el lado flaco del excelente doctor. En mala hora le hábian llamado «eminente alienista» en una revista

mejicana, porque don Andres Belmar se dió a cavilar desde entonces en una cantidad de sutilezas cerebrales que lo hacian ver enajenácion en todas partes.

Recuerdo que en numerosos paseos que juntos hacíamos por la Alameda, se entretenia en diagnosticarme al paso de las personas la enfermedad o tendencia mental que cada una podia tener. Comencé a recelar de los conocimientos alienistas de mi gran amigo, desde el dia en que a un compañero mio le descubrió que tenia el cerebro fatigado, cuando el pobre no habia tenido que usarlo nunca ni siquiera por broma, y principalmente cuando a una señorita a quien pretendia yo con toda el alma, le encontró en su mirada una irresistible tendencia al alcoholismo.

Resolví esplotar en beneficio mio la mania del doctor Belmar, y le referí, bajo secreto y palabra de caballero, que yo solia perder la razon; que cuando tomaba un cuchillo me daban ganas de ensartar con él a las personas vecinas; que cuando veia entrar a la estacion un tren sentia irresistibles deseos de arrojarme delante de la locomotora; y, finalmente, que me ocupaba de resolver el problema de mi suicidio, cavilando sobre si seria mejor cortarme el hilo de mi existencia comiéndome todos los dias una caja de fósforos, o llanamente dejándome caer del balcon a la calle.

Me pesó haberle contado todo esto al pobre Belmar. Se le nubló la mirada, bajó con tristeza la cabeza y nada dijo. Pero en el resto del paseo de ese dia, lo sorprendí mirándome con atencion y hasta creo que con profunda pena.

A pesar de que estas confidencias fueron dadas bajo palabra de caballero, al dia siguiente noté que en casa se habian desterrado los cuchillos, y que se espiaban mis mas insignificantes movimientos.

En la noche de aquel dia se me notificó que no debia seguir asistiendo a las clases de la Universidad, y se me dió una suma de dinero para que me fuera al teatro «a distraer». Estas fueron las palabras.

❦ ❦ ❦

Todo se olvida.

A mi tambien se me olvidó que habia un hombre en la tierra,

que se habria dejado cortar una mano por asegurar mi enajenacion mental. Advierto que entonces ni aun habia incurrido en el vicio de escribir articulitos jocosos, antecedente con el cual mi facultativo ya no habria vacilado en mandarme al manicomio.

Digo qne se olvidó todo aquello, a pesar de que en mas de una ocasion noté que en casa me observaban, como tratando de descubrir mi estado mental.

Un dia me pescó un resfriado fuerte, con el cual caí à la cama. Tras el resfriado vino un tífus bastante violento, en que la temperatura subió a cuarenta grados, exactamente lo mismo que el aguardiente rectificado. La convalescencia fué larga, y el doctor Belmar aconsejó que se me llevara a Valparaiso, donde el aire del mar tonificaria mis pulmones debilitados y produciria la natural reaccion de la vida.

Andando. Se hicieron los equipajes, y fué encargada de acompañarme una tia entrada en años, que me queria entrañablemente y a quien creia yo que andando el tiempo, heredaria en una sumita nada despreciable. Hoi estoi convencido de que me moriré yo primero.

Quedamos alhojados en un hotel que no tengo para qué nombrar, porque en realidad de verdad, fuimos allí tratados con muchísima terquedad, a pesar del pago puntualísimo de la pension.

Mi tia estaba empapada en las opiniones alienistas del doctor Belmar y creia a pié puntillas en todos los dislates que el pobre decia a cada paso. Creia, pues, la pobre y querida vieja, que si yo no era loco de veras, estaba a un paso de serlo.

Un dia, me habia quedado en mi aposento sentado en un sillon con los piés envueltos en un grueso chal de lana, y la frente pegada a los cristales del balcon para mirar el movimiento de la calle; la oia leer, o mejor dicho no la oia leer, la relacion del martirio de San Ildurito, relacion que yo me habia aprendido casi de memoria.

En esta situacion, me molestó el cuello de la camisa, y comencé a mover la cabeza, como se hace cuando las puntas almidonadas molestan, con el objeto de abrirlas suficientemente v dejarlas flexibles y blandas.

La cuidadosa enfermera dejó el libro y miró aterrada. Comprendí en ese instante que la sombra de mi locura habia pasado rápidamente por su cabeza, y con una malignidad de que nunca me arrepentiré bastante y deseoso de que se dejara de leer el martirio de San Ildurito, seguí moviendo la cabeza y poniendo los ojos en blanco.

Dejó mi tia el libro en una silla y salió corriendo del aposento. Yo pegué de nuevo la frente a los cristales del balcon y me quedé tranquilo sin darme por aludido de nada, al regreso de la señora, que me observó con el rabo del ojo, y retirando un poco mas su silla siguió tranquilamente con la lectura de San Ildurito.

Todo lo comprendí cuando en el espreso de Santiago llegó apresuradamente al hotel el doctor Belmar, clavando sobre mí con cierto temor, sus dos ojos oscuros y pensadores. La pobre señora le habia llamado por telégrafo, diciéndole seguramente que yo habia tenido un ataque. Comprendí que mi situacion era mui delicada, que habia cometido una niñeria y que me esponia con cualquiera otra broma a que me dieran un mal rato llevándome quién sabe a qué sitio.

Usé tal cautela, que mui pronto el mismo Belmar se convenció de la falsedad de los temores de mi tia, me felicitó por mi excelente estado sanitario y me anunció que se venia a Santiago al dia siguiente trayendo a casa tan buenas noticias.

Aquella tarde, a la hora de comer, mi tia y el doctor bajaron al comedor del hotel, dejándome a mí perfectamente arropado en la cama.

* * *

Hojeaba un interesante número del «Ilustrated London News.» No me quiero dar tono, haciendo creer que leo en ingles, nó, señor; lo que me entretenia era el desfile de las láminas, en que recuerdo figuraba mucho Baden Powel el héroe británico en el Transvaal, entónces mui de moda en toda la prensa inglesa.

Hacia mucho rato que mi tia y el doctor se habian marchado a comer; las dos grandes lengüetas amarillentas del gas flameaban incesantemente, dejando oir un rumorcito monótono y enervante;

hasta mí llegaban los ruidos de la calle y del interior del mismo hotel, en forma de conversaciones, carcajadas, pasos, saltos de carruajes, golpes de puertas y choque de platos, copas y cuchillos.

De repente, crujió la puerta y comenzó a abrirse lentamente sin que yo pudiera ver a impulsos de quién. Esperé un instante y creia que era el viento; pero de súbito álguien tropieza en el umbral, y álguien entra.

Yo salto en la cama. Lo qne tenia ante mis ojos no era precisamente un hombre era un monstruo. Bajo, mui bajo, subido de hombros, la faz pálida, los ojos enormemente saltados, el pelo erizado; el recien llegado se habia detenido. con un dedo sobre los labios como queriendo decirme: «¡no grite usted!»

¡Qué habiá de gritar yo, si apénas tenia en esos momentos ánimos para mirar! ¿Qué era aquello? ¿Qué significaba la misteriosa visita de aquel sujeto deforme y horroroso?

Comenzó a andar en puntillas y en direccion a mi cama, miéntras yo me retiraba hacia la pared, como tratando de huir de aquello que no sabia si era realidad o aparicion o qué.

El hombrecito se acercó al borde de mi lecho, clavó en mí sus ojos, y acto contínuo se metió debajo del catre.

Confieso que si de pié sobre la alfombra, con un dedo sobre los labios, me parecia aquello una cosa irresistible, debajo de mi cama y oculto a mi vista me pareció algo todavia muchísimo peor.

¿Y si era un anarquista que en esos momentos encendia debajo una bomba, para hacerme saltar? ¿Y si era un incendiario? ¿Y si era?...

Pero no alcancé a hacer mas hipótesis, porque en esos momentos entraba el doctor Belmar de vuelta de la comida.

—¿Eh? ¿Cómo vamos?—alcanzó a preguntar.

—¡Doctor! ¡Doctor!—articulo yo, pálido y desencajado—¡doctor! Debajo de mi cama hai un hombre; nó, un monstruo; sáquelo usted de ahí porque me muero.

Pintar la estupefaccion que se reveló en el rostro del pobre Belmar es imposible. El terror, la lástima, la desesperacion, todo asomaba en esa cara pensativa y siempre serena.

—Calma, hijo mio—me dijo—calma. Usted está un poco exitado. Usted ha leido algo fantástico y se ha puesto nervioso. ¡Calma, por Dios, porque si no estamos perdidos!

—Doctor, no sea usted inocente—grito yo con enerjia—asómese usted debajo de mi cama y saque de ahí a un hombre pigmeo, jorobado, con ojos de loco, que se ha metido ahí.

—Calma, calma—vuelve a decirme—sino, nos perdemos, hijito.

Entónces, comprendí que estaba perdiendo tiempo, e hice rápido ademan de saltar de la cama al suelo. Pero el doctor se avalanzó sobre mí, y me mantuvo sentado en el lecho; yo pugné por levantarme y comenzó una lucha desesperada y tenaz.

—No sea imbécil—gritaba yo—si no quiero otra cosa que me deje asomarme bajo el catre.

Pero todo era inútil. Resolví cortar por lo mas sano, y soltando mi mano derecha, se la descargué empuñada en la cara al pobre Belmar. El gritó en el acto ¡socorro! ¡socorro! pero manteniéndome siempre fuertemente sujeto sobre el lecho. En un instante llegó mi tia dando gritos horribles y dos mozos con sus delantales blancos atados a la cintura. El toctor llamó a los camareros en su ayuda diciéndoles que yo me habia vuelto loco; yo gritaba, pero ellos gritaban mas; daba puñetazos de ciego, pero ellos, con sus manazas de peon, me tomaban el pescuezo y me tendian sobre los almohadones. Comprendí, por fin, que debia callarme, porque no lograba otra cosa por el momento sino que me estropearan de una manera infame. Y me callé.

Me tendieron, por fin, me amarraron las manos con una gran servilleta enrollada, me rociaron con agua el corazon y los mozos salieron de la pieza, diciéndole a mi tia que ojalá no quedara loco para toda la vida.

❦ ❦ ❦

Mi tia salió llorando a mares primero y luego la siguió Belmar visiblemente conmovido. Oí que redactaban en voz alta un telegrama para mi familia que decia: «Anjel ha perdido razon. Vénganse inmediatamente.» Me dió tal ira, que me puse a gritar como un

desaforado, haciendo ademanes de echarme al suelo. Pero estaba maniatado y la empresa era imposible. Belmar corrió a sentarse cerca de mi lecho y me dejó caer su mirada triste, lastimera, como diciendo: «¡tan jóven... y ya loco!»

A mí me ocurria un fenómeno singular. Me estaba dando risa lo que a mi lado pasaba; principalmente el moreton oscuro que yo habia dejado en la respetable mejilla del pobre médico alienista. Me miraba con las manos amarradas, sentia en el pescuezo el dolor que me habian dejado los mozos al apescozarme con sus manos brutales... y entretanto, debajo de mi cama, habia un hombre.

Sí, señor; debajo de mi catre era indudable que habia un hombre, porque yo, bueno y sano, yo en mis cinco sentidos, yo que hojeaba una revista, le habia mirado esconderse.

Pero ¿cómo decirlo sin que esos benditos me creyeran loco?

Hé ahí la escena. Las lenguas del gas, silba que silba; mi tia, en la pieza vecina, llora que llora; el doctor mirándome con profunda melancolia; y yo observándolo a él sin poder contener la risa.

—¿Te ries, hijo? me dijo el doctor en voz baja.

—Sí, me rio de usted, so alienista. Me rio de usted porque hasta ahora se le ha ocurrido a usted amarrarme las manos, armar un escándalo, decir que estoi loco, telegrafiar a Santiago; pero no se le ha ocurrido asomarse debajo de esta cama, para ver si es efectivo o nó que hai un hombre debajo de ella.

Se sonrió el pobre Belmar, se sonrió con pena al verme tan perdido. Dos lágrimas salieron de sus ojos pensadores, corrieron por sus mejillas y fueron a descender sobre su chaleco. ¡Me queria el infeliz facultativo!

De repente, un estornudo, sí, señor; un estornudo sonoro, mui sonoro, suena debajo de mi catre. Belmar salta de la silla y escucha: otro estornudo se deja oir aun mas sonoro que el primero, Se echa entónces al suelo, mete la mano debajo del catre y tira de una pierna, tras de la cual sale un hombrecillo, siempre con su cara de asustado.

—¿Quién eres tú? ¡Responde! — gri a como una furia Belmar.

—Soi Juancho—dice con voz suave el pigmeo.

En ese instante entra el mozo y larga una carcajada.

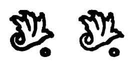
—¡Juancho, hombre! ¿Qué estais haciendo aquí?

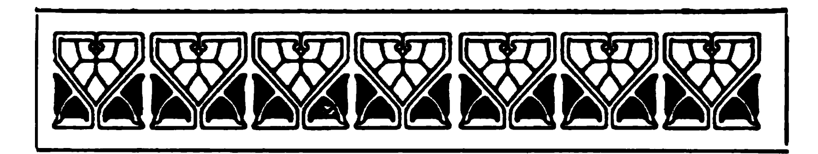
En un momento se esplica todo. Juancho es un pobre curcuncho, que ha perdido la cabeza y sufre la mania de persecucion: es inofensivo y hermano del mayordomo del hotel; jeneralmente anda bajo las camas o los sofáes huyendo de un enemigo invisible.

El doctor me abraza llorando; pero ya no puedo corresponderle sus abrazos porque aun no me sueltan las manos. Mi tia salta como una chiquilla y aprovecha la primera coyuntura para volver con el martirio de San Ildurito.

—Estábamos—me dice—en que Trajano le exijió al santo que renunciara su fé. Veamos lo que él le dijo.

En fin, que no estoi loco! Y que si álguien ha tenido una ocasion propicia para volverse loco, es el servidor de ustedes.





MI ENFERMEDAD

(MEMORIAS ÍNTIMAS)



HABIA gozado siempre de una perfecta salud. Jamas una mano de médico habia oprimido mi muñeca, para saber cuántas pulsaciones por minuto dejaban sentir los golpes de sangre de mis venas. Nunca habia recibido tampoco esa tímida cuenta, encabezada con la fórmula consabida: *por servicios profesionales.*

Era lo que se llama un hombro robusto; y ¡ai! todavia recuerdo con emocion esas gruesas pantorrillas, esos mofletudos cachetes, esos lagartos poderosos, que eran el mejor ornato de mi cuerpo sano y fuerte.

Los amigos me daban palmadas en la espalda, diciéndome con cierta admiracion envidiosa:

—Pero, hombre, ¡hasta cuándo engordas! Y yo sonreia con esa alegre satisfaccion del que come bien, vive bien, anda bien y se siente bien.

Pero un dia, miéntras entregado al sueño, habia perdido la conciencia de donde estaba, un gato tuvo el antojo de entrarse a mi

cuarto por una ventana, saltar a mi lecho y sentárseme cómodamente sobre la cara. Al principio soñé que me habian salido paperas, y que el doctor Carvallo me iba a sajar la cara para sanarme de ese incomedo peso; despues se me ocurrió que álguien, enamorado de mis buenas cualidades, deseaba tener otro ejemplar igual a mí y me estaba copiando en una prensa, ni mas ni ménos como se copia una carta; pero en seguida, un movimiento del gato, que debia ser algo sonámbulo, me hizo darme cuenta del asunto, y resolví despertar, tomarlo con cautela y dejarlo en el patio.

Así lo hice. El *cucho* era dócil y entendiendo que el sitio que habia escojido para sentarse, no era el mas a propósito para el objeto, inclinó la cabeza y se dejó tomar. Al abrir la puerta comprendí que habia cometido una imprudencia; una corriente helada me hizo temblar, y aunque la cerré de golpe, me quedó cierto inquietante dolorcillo en la espalda.

* * *

No sé cuánto tiempo estuve con cuarenta grados de fiebre, y, por consiguiente, sin darme cuenta de lo que pasaba a mi lado. El hecho es que abrí los ojos, sentí que en torno mio cuchicheaban y hasta me pareció ver al doctor Oyarzun que, sentado frente a una mesita de centro, escribia una receta.

De cuando en cuando, me introducian en la boca cncharadas de café helado y varias veces en el dia me aplicaron sobre el pecho unas bolsas de hielo que me hicieron delirar sobre la Siberia. Se me habia puesto entre ceja y ceja, que estaba desterrado por el *czar*, porque yo hahia escrito un artículo poniendo *sar*, así con *ese*. ¡Vamos! se trataba de un simple destierro ortográfico.

Por fin, recobré completamente mis facultades y supe que habia tenido una fiebre tifoidea de veinticinco dias de duracion.

Quedé convalesciente, sentado en una poltrona, y envueltas las piernas con un enorme chal listado a grandes rayas. Todo el mundo me contemplaba. Decia, por ejemplo: ¡quiero agua! y diez personas corrian atropellándose a buscar agua, diez botellas se alineaban delante de mí y diez vasos se alargaban hasta mis labios

sedientos. ¡Quiero leche! ¡Uf! ¡Cómo corrian todos en busca de una taza, llena del blanco y confortante líquido! Estoi seguro que si hubiera pedido una estrella habrian corrido a pedirle una al señor Obrecht en el Observatorio Astronómico.

Mejoré completamente, pero sin dejar de sentirme débil y enfermo. Hice, finalmente, mi primera salida a la calle.

* * *

¡Qué brutos son los amigos de uno! El primero que me encontró en la calle la cruzó de carrera al verme, abrió los ojos con espanto, lanzó una esclamacion verdaderamente dramática y me dijo:

—¡Hombre, por Dios! ¿Qué te pasa? Pareces un cadáver.

—Casi me he muerto—contesté yo con voz desfallecida.

—Pero tú sigues mui mal.

—Sí; bastante.

—Pero tú te mueres.

—Tanto como eso...

—Sí, señor; sí, señor; con ese semblante que tienes solo se puede ir a la Morgue. No te descuides, Anjel!

—Nó; yo te lo agradezco mucho. Adios.

Y me fuí con una puñalada en el corazon. ¡Cómo! ¿Era cierto que yo parecia un cadáver? ¿Era verdad que con ese color y esos ojos no podia ir sino a la Morgue?

Me dirijí lentamente al club, con la vista baja, para que nadie fuera a notar en mis ojos la opacidad de la muerte, y so pretesto de lavarme las manos, estuve largo rato frente al espejo de un lavatorio, observando la palidez de mis antiguos robustos cachetes, las negras ojeras que circulaban mis ojos vivarachos de ántes, y el desfallecimiento que se notaba en todo mi sér.

Un abrazo por la espalda me sacó de mi meditacion. Era Diego un excelente amigo mio, compañero de la Universidad, recien casado con una chiquilla lindísima.

—¿Tú por aquí? ¿No te habias muerto?

—Ya lo ves.

—Ven a la luz para mirarte... ¡Hijo mio! Tú estas tísico.

—¿Tísico yo? ¡Imbécil!

—No me trates mal. Mia no es la culpa de que estés enfermo. Yo te digo mi opinion, para que consultes un médico.

Y desde ese dia, todos mis amigos y conocidos parecieron haberse convenido en dirijirme el mismo cruel consejo: *ve un medico.*

* * *

Lo veré, me dije yo; porque, o me muero definitivamente o sano de una vez por todas.

El doctor estaba en la casa. Colgué el sombrero en un mueble con espejo, y, al dejar en él mi baston, aproveché la oportunidad para mirarme una vez mas.

Le dije que sentia vahidos de dos a tres de la tarde; que me daban unas puntadas en el tobillo izquierdo los lúnes, miércoles y viérnes; que despues de comer se me dormia un brazo y despues de almorzar me sentia sin apetito....

—No me diga usted mas!—gritó el doctor.—Réjimen amigo mio, mucho réjimen. Usted sufre catarro intestinal.

—Lo creo, doctor.

—Bien. Leche y zanahorias.

—No entiendo.

—Sí, señor; a comer leche y zanahorias. No hai otro remedio; si no, aprontese usted para doblar la esquina.

—¿Y sanaré, doctor?

—Sí, señor.—A la décima....

—...Zanahoria?

—Nó; a la décima semana estará usted bueno y sano.

—¡Señor! Yo le debo a usted mucho!

—Nó; solamente cinco pesos: el valor de la visita.

Me despedí, y ese mismo dia comenzaron a llegar a casa canastos de zanahorias, enviados por varias vecinas cariñosas.

¡Qué injenio desplegaron en casa para disfrazarme de zanahorias! Unas veces me las daban en torrejas y con azúcar, como las naranjas; otras, me las hacian en budines calientes y verdadera-

mente artísticos; otras, me daban las zananorias acarameladas y con almíbar y otras, en fin, me mezclaban las zanahorias con la leche y la leche con las zanahorias.

¡Oh! Neron fué un idiota, al no poner en su lista de suplicios el réjimen de las zanahorias.

En casa no se veian otra cosa que zanahorias. Cuando salia a la calle, venian subiendo por la escalera canastos de zanahorias y bajando por la misma, baldes con cáscaras de zanahorias. Si tenia que dispararle a un sirviente imbécil alguna cosa, era con seguridad una zanahoria el proyectil que quedaba mas cerca.

Creo que subió el precio de las zanahorias en un 25 por ciento, a causa de mi consumo, y que mas de un chacarero pensó sembrar una cuadra mas de esta hortaliza para la temporada próxima.

Pero mi enfermedad no declinaba; por el contrario, seguia de mal en peor, descolorándose aun mas mi rostro, y aunmentando el cerco violáceo que a modo de ojeras rodeaba mis ojos.

Al grito de: «¡Abajo las zanahorias!» llamé a otro doctor, que me espresó terminantemente que las dejara y adoptara como legumbre favorita a los *salsifies*. Ademas, me aconsejó que me cuidara mucho del contajio de la tuberculósis, porque, aunque yo no la tenia, estaba propenso a tenerla.

—¡Cuidado con los microbios!—fueron las últimas palabras del doctor.

Al poco tiempo, ya estaba yo devorando centenares de *salsifies* al dia, y espantando a los microbios como podia. En mi dormitorio le puse a los umbrales de todas las puertas, polvos de persia y veneno para los ratones, para que los microbios que franquearan la entrada por allí, perecieran violentamente. En todas las llaves de agua potable hice colocar esos canastillos que se usaban antiguamente de coladores para el té, afianzado en el pico de las teteras. En las ventanas clavé rejillas de alambre, con el mismo fin, de evitar la llegada incómoda de estos audaces insectos.

A pesar de tanta precaucion, sorprendí, sin embargo, uno cerca de mi cama, y lo guardé en una cajita de píldoras, para que el doctor me espresara si era ese uno de los microbios de la tuberculósis.

El médico no tardó en llegar, afirmando que, a su juicio, estaba

yo echando carnes y buen color, que ya era una maravilla. Sin embargo, álguien me habia dicho que parecia un salsifí animado, un espárrago de cuerda.

Le consulté mi aislamiento de los microbios, y se rió a carcajadas, diciéndome que los microbios eran tan pequeños que cabia un ejército por cada cuadrito de la reja de alambres. Le mostré el insecto que tenia prisionero y, riéndose tambien, me espresó que era un inocente cucarachito con cara de buena persona y miembro de la conocida familia de los *coleópteros.*

Pero a los pocos dias de esto, aburrido ya de los *salsifíes,* resolví cambiar de médico.

* * *

—Lo que usted tiene—me dijo el doctor—es *apendicitis.*

—Tradúzcamelo, señor doctor; prefiero estar enfermo en castellano.

—Le recomiendo la hidroterepia; agua, mucha agua. Beba usted un litro de agua por hora, báñese usted cada dos horas, sumerja la cabeza en agua, si es posible, siete veces al dia, y otras tantas los pies. Viva usted en el agua.

—Bien. Seré un congrio.

Desde entónces, dejé el elemento terrestre y me pasé al agua. Metido dentro del baño recibia a mis amigos; dentro de la tina escribia; sumerjido en el agua, almorzaba y comia.

Suspendí el sistema cuando comencé a notar que me salian aletas de pescado.

Entretanto, enflaquecia de una manera lastimosa, y mis ojos se iban saliendo de las órbitas hasta el estremo de resolver quedarme en casa y no salir a asustar a las jentes.

Sin embargo, un dia en que soplaba un fuerte viento, salia a hacer un paseo a la Quinta Normal, cuando me tomó de los pies la ventolera y me llevó por espacio de siete u ocho cuadras dando vueltas de carnero sobre los adoquines.

Quedé estropeado y visité a un doctor masajista que se comprometió a dejarme libre de toda enfermedad en el plazo de un mes.

Me sujeté al masaje. Me tendia primero en una mesa alta, una

especie de billar, y me daban martillazos en el estómago con un gran maso de madera forrado en paño verde. En seguida, me enrollaban de la misma manera que se enrolla una alfombra y me hacian rodar por el suelo, con la punta del pie. En uno de estos viajes, me rompí la cabeza en la pata de un catre y tuve un gran disgusto con el masajista.

Despues me introdujeron en una especie de prensá de copiar, donde se me aprensaba de una manera horrible, hasta hacerme crujir los huesos. Otras veces, se me daba vueltas sobre el suelo apretándome contra él con una tabla de raulí. En esta operacion perdí mucha sangre de narices.

Llegó el mes y no habia mejorado; pagué una barbaridad de plata; el masajista me devolvió un paquete de huesos sobrantes que se me habian salido en el tratamiento; y me fuí como habia llegado: pálido, escuálido, vacilante.

* * *

—No se desaliente usted—me dijo otro médico.—Esto pasará. Entre tanto, déjese de verduras y aliméntese todo lo que pueda con carne y materias suculentas.

No esperé que me reiteraran el consejo. En un solo dia me comí una largosta preparada, cuatro tarros de *paté de foîs* y grandes trozos de carne asada a la parrilla.

Junto con despertar en la mañana, me comia dos perdices en escabeche, un pedazo de queso suizo, un plato de jugo y una taza de chocolate. Antes de almorzar, y para abrir el apetito, devoraba media malaya fria y dos docenas de lenguas de erizo. En el almuerzo, cazuela de ave, empanadas, costillas de ternera, riñones *sur canapé*, bisteque con huevos, tortilla de verdura, espárragos y panqueques. A las dos de la tarde, para matar la debilidad, me comia un pollo asado con papas fritas y tres docenas de ostras con vino blanco. A las cinco de la tarde para hacer apetito para la comida, no dejaba rastros de una mayonesa de salmon. A las siete sopa de camarones, caviar, hígados, congrio, perdices, paltas, etc. etc., etc.

A las ocho... A las ocho de la noche del segundo dia de este

réjimen, caí a la cama con un cólico atroz y me despedí de la vida.

Sin embargo, merced a las enérjicas medidas del policial del punto, que fué encargado de apartar los obtáculos, con las medicinas que se le vinieran al caletre, conseguí salvar, quedando en el estado que puede suponerse.

Entónces, llamé en torno de mi lecho cuasi-moribundo, a todos los médicos que me habian atendido, y les dije:

—Tenia diez mil pesos ahorrados. Ustedes me han quitado 5 mil, a fuerza de honorarios profesionales; me quedan, por consiguiente, solo cinco mil pesos. Pues bien, esos cinco mil pesos son para ustedes, si logran darme un veneno rápido que acabe conmigo en veinticinco minutos.

Los médicos se miraron como unos bobos, se sonrieron y comenzaron a discutir mi enfermedad. El mas intelijente de todos o mejor dicho el menos bruto, me dijo que lo que yo tenia era un riñon suelto. Me reí; pero como todos se pusieron serios, dejé de reirme.

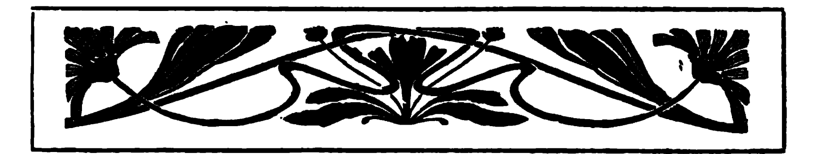
—Pues, señor—les dijo—yo no quiero morirme. Si ustedes creen que lo que a mi me aflije es este riñon suelto, estoi dispuesto a dejar que me lo amarren.

¡Figúrense. ustedes! Andar durante un año con un riñon suelto. ¡Qué diria la jente!

Me cloroformaron, me acuchillaron en todos sentidos y fueron directamente a amarrar el riñon suelto, con un nudo ciego. para que no volviera a soltarse.

De resultas de esta operacion, mejoré, eché carnes y he vuelto a ser el hombre de ántes.





La historia fidedigna de mi último invento

Es indudable que yo debí nacer para inventor; pero esos estudios de humanidades me perturbaron mi aficion al descubrimiento de árduos problemas, echándome por el errado camino de la jurisprudencia y del periodismo.

Es evidente que, si en vez de enseñarme como me enseñaron a traducir a Horacio y a Virjilio, me hubieran adiestrado, pongo por caso, en la física industrial y en la mecánica, habria yo figurado en primera línea entre los inventores del último cuarto de siglo.

Pero ¿qué ha pasado? Que soi capaz de inventar una cosa sín faltas de ortografia, de darle, ademas, un correctísimo nombre latino, de describirla, si al caso viene, con cierta vivacidad; pero llegada al exámen científico resulta la barbaridad mas consumada.

De esto se deduce que mis inventos suelen salir literarios, a las veces filosóficos, de cuando en cuando jocosos; pero jamas, entiéndase bien, jamas científicos.

¡Y pensar qué gloria habria dado yo a mi pais, descubriendo el

telégrafo sin hilo! Porque es evidente que si me enseñan la teoria del telégrafo con hilo, se me ocurre a mi la del telégrafo sin hilo, solo por llevarle la contra a la física. ¡Pensar lo que se hubiera dicho de Chile si yo hubiera descubierto el fonógrafo! Porque es seguro, como si lo viera, que yo con un poco de aritmética y otro poco de sentido comun, habria hecho el fonógrafo ántes que Edison.

Si yo no he descubierto muchas cosas, es porque las han descubierto otros ántes que yo, y se comprenderá perfectamente que no es mía la culpa de haber estado estudiando cinco años cosas anti-científicas y hasta anti-naturales, como son los códigos y los derechos, en vez de estar ensayando fórmulas raras y ajustando ruedecitas con engranaje.

Pero en fin. ¿Quién tiene la culpa de ésto? Yo. Cuando allá en años que no quiero nombrar para que no se me calcule la edad que tengo, presenté en el colejio un trabajo literario que se llamaba *Napoleon en Santa Elena*, el profesor debió decirse para sí mismo: «Este, por bruto debia dedicarse a periodista.» Recuerdo que mi trabajo terminaba con esta atinada reflexion: «¡Ah! Si Napoleon no hubiera sido Napoleon, no hubiera ido a terminar sus dias en Santa Elena.» Esto me valió una mencion honrosa en literatura y hasta se corrió por unos dias que yo iba a ser gran cosa con el tiempo.

De ahí que nadie pensara en dedicarme a la ciencia. Estudié durante algun tiempo a direccion de los globos por medio de las semillas de cardo que sopla el viento a traves de los campos como si fueran lijerísimas mariposas. No resultó nada. Despues estuve calculando la velocidad del andar de las baratas, para deducir de ellas algunos teoremas de aplicacion universal; pero como el reumatismo y la cojera se usan en todas las ramas de los insectos llegué solo a las conclusion de que unas andan mas lijero que otras. Envié sobre esto una comunicacion a don Diego Torres, decano de la facultad de matemáticas, y hasta el presente no he recibido contestacion.

Seria fatigoso enumerar la larga serie de mis estudios científicos. Quiero detenerme en el último, cuyos desastrozos resultados me

mueven a hacer pública renuncia de mis inclinaciones a la física y a la mecánica.

Newton descubrió el péndulo por la lamparilla de una iglesia que dejó cimbrando el sacristan al sacudirla. Mis inventos se deben tambien a la casualidad. Un dia me encontré en la calle a un amigo, mui pálido, casi verde. Este hombre—me dije yo—o está anémico o acaba de pasar un susto mayúsculo. Y torcí la esquina para no toparme con él y no verme obligado a oir el espeluznante motivo de su palidez. Pero el hombre verde me alcanzó y me dijo:

—Me he muerto de susto.

—Oye; no está bien que un cadáver hable.

—A un lado las chanzas. Te declaro que me he muerto...

—Entonces cómprame un ataud usado que tengo en venta.

—O me oyes o me muero.

—¿Otra vez?

—Entré a mi dormitorio, hoi, despues de almuerzo con intencion de mudarme calzado. Me senté en la cama, como se hace en estos casos, e introduje mi mano debajo del catre para alcanzar un zapato que podia divisar, inclinándome algo. Lo tomo, tiro de él, y nada, el zapato no se mueve; por el contrario, se encoje y desaparece. Yo grito; pero ántes que pueda hacerme oir, veo salir de debaje de mi cama a un roto fornido, que se abalanza sobre mí, me acogota y me tira al suelo. Quedé frio, y cuando volví a darme cuenta de todo, el ladron habia desaparecido.

Los pelos se me erizaron al oir esta relacion y tambien me quedé verde y tan estraña pareja de verdura formaba con mi amigo, que parecia que hubieran encendido al lado de nuestras caras un fósforo de Bengala.

Desde ese momento, me puse a pensar en los peligros que ofrece una cama hueca por debajo. En el primer dia de cavilacion, resolví construir un catre sólido hasta el suelo; pero me detuve ante la idea de que los ladrones se pondrian a esperarme sobre la cama, lo que seria aun mucho peor que si me esperaran debajo.

Estudié entónces una injeniosa máquina fundada en la pesantez de los cuerpos y, mas que todo, en la pesantez de los catres. Mi hermoso catre de fierro y bronce fué dotado de un manubrio se-

creto, a cuya vuelta caia ruidosamente al suelo, aplastando al miserable sér que hubiera buscado debajo de él su guarida.

Como yo tenia poca fé en mis inventos, resolví probarlos con un lindo jarron de terra-cotta que me habia obsequiado un pariente mio, diciéndome con voz emocionada: «Guárdalo durante toda tu vida; deposita en él tus esperanzas... y hasta las colillas de los cigarros cuando no encuentres a mano otro recipiente.»

Puse el jarron debajo del catre, me subí sobre él y hasta finjí roncar para darle al ensayo todo el color local y la veracidad posible. De repente, moví el manubrio y ¡pataplum! el catre quedó a flor de tierra, escuchándose sólo la fúnebre sonajera del hermoso jarron de terra-cotta. ¡Qué hago ahora yo!—me dije en seguida—¿Dónde deposito mis esperanzas, mis colillas, etc? ¿Qué le digo a mi pariente?

No me contesté estas preguntas, porque son de la clase de las interrogaciones sin respuestas; pero no tardé en recobrar la tranquilidad perdida.

Desde entónces toda clase de fantasias estrañas me visitaban durante la noche. Despertaba con sobresaltos de muerte, echando manos al manubrio y descargando de golpe contra el suelo, mi catre, para ver si reventaba a algun desconocido malhechor.

Soñe una noche... Voi a contar lisa y llanamente lo que soñé, sin ponerle a la historia ribetes fantásticos, porque así no seria gracia ninguna que impresionara a mis lectores. Soñé que estando dispuesto ya para dormirme, habia sentido en la alfombra el roce de una persona que se arrastraba sijilosamente sobre ella, hasta llegar a mi cama y deslizarse debajo. Era llegado el momento de dar una vuelta al manubrio; lo cojí con mano vacilante, dí con él una impetuosa sacudida y al mismo tiempo se oyó el estruendo de la caida del catre y un grito de agonia, lanzado por el infeliz aplastado. ¡Habia triunfado! Encendí luz para examinar el funcionamiento regular de mi maquinaria, cuando ví con angustia y sorpresa indecibles, una cabeza asomada por debajo de mi cama. El ladron habia sido aplastado; pero dejando al lado de afuera la cabeza y el tronco hácia adentro; uno de los largueros le pasaba precisamente por el pescuezo, guillotinándolo de un modo horrible. Yo veia en sueños que esa cabeza se iba poniendo encarna-

da hasta parecer una betarraga. Pero ¿qué hacer en ese trance? Si saltaba de la cama para evitar el cruel suplicio, el ladron podia escapárseme, levantando el catre. Y si permanecia sobre él, cometia un vil asesinato. Me limité a preguntarle con voz condolida.

—¿Le duele?

No me contestó el infeliz; pero me puso unos ojos tan grandes, tan desmesuradamente abiertos, que me dió miedo. Tomé la vela y comencé a dejarle caer gotas de esperma sobre las pupilas, hasta cubrírselas por entero...

Desperté aterrorizado; pero no tardé en olvidarme de un sueño tan macabro.

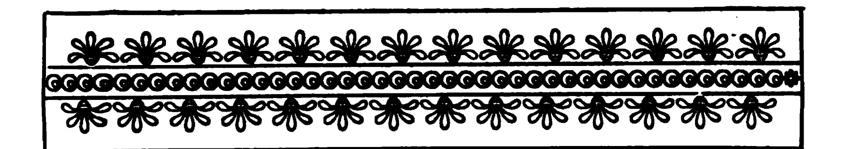
Una tarde, cuando comenzaba a invadir la oscuridad mi dormitorio, me recosté para descansar del trabajo del dia. Estaba aun despierto y pensando en muchas cosas, cuando un ruido me hizo volver a mi tema. Esta vez no me engañaba, debajo de la cama estaba álguien, que fatigado seguramente de su incómoda posicion, estiraba las encojidas piernas haciendo estremecerse el catre.

Dí la vuelta consabida al manubrio y la maquinaria se estrelló ruidosamente contra el suelo; oprimí en seguida el boton de la campanilla y pedí ayuda al mozo para ver qué habia ocurrido debajo de ella.

Levantamos el pesadísimo bulto, y dí vueltas el rostro, para no ver el cadáver. Pero la curiosidad venció a la compasion. Me acerqué y miré. ¡Horror! *Colibrí*, mi perro perdiguero favorito, el que decia *agú* como los niños de pecho y ahullaba como un diputado de la oposicion, estaba allí aplastado miserablemente. Apénas habia quedado de un centímetro de grueso y de mas de dos metros cuadrados de estension.

Me sentia tambien vivamente impelido a plajiarme a mí mismo: «¡Ah! Si *Colibrí* no hubiera sido perro, no hubiera acabado sus dias bajo mi cama.» Pero, en seguida, reaccionando, con el buen sentido que me caracteriza, tomé a mi perro, lo sacudí como quien sacude un pedazo de alfombra, y lo coloqué frente al sofá a manera de piel. Y ademas juré no volver a inventar nada.





El Tránsito del Demonio

Clodomiro Pérez, es corista varon del Teatro Municipal, Su cara de asno jóven se destaca vigorosamente en la escena, y hace el regocijo de las galerias y del elemento jóven que concurre a oir la ópera.

Como prisionero numida en el segundo acto de *Aida*, infundia pavor al mismo Amonasro. En seguida, se le ascendió por su fealdad y por su buena conducta a sacerdote ejipcio, y cuando en el fondo del templo resonaba pavorosa la ronca y tétrica acusacion de traidor a la patria, sobre todas las demas se alzaba la voz de Clodomiro Pérez, que en esos momentos creia realmente tener en sus manos la vida de Radames.

En *Fausto*, en el coro de las cruces, Mefistófeles, mas que por la presencia de ese signo odiado para él, temblaba ante la cara que ponia Clodomiro Pérez, para vencerlo y aterrorizarlo.

Pérez era, indudablemente, el rei de los coristas. Sabia abrir los ojos desmesuradamente, mirar al vecino como para comunicarse la impresion de la romanza cantada por el tenor; mover los brazos desmesuradamente, inclinar la cabeza, en fin, *dramatizar* a su manera.

Clodomiro era casado con una mujer vieja y sorda, un abocastra tal, que ni siquiera habia conseguido figurar en el coro femenino,

del Municipal, donde son cualidades que se aprecian mucho, la fealdad, la vejez y el no tener oidos.

En la noche del miércoles, el pobre Pérez, dejando a su mujer en cama, con una grave enfermedad, se vió obligado a asistir al estreno de *Mefistófeles*, donde le correspondia el honroso puesto de demonio, para salir con el gran tenedor de tres dientes en el segundo acto, en la escena del infierno.

¡Qué bien se veia Clodomiro, metido bajo su capuchon rojo fuego, con las orejas salidas hácia afuera y como mandadas hacer para servir de receptáculo a tanto golpe de orquesta; los ojos saltados y redondos como si fueran los de un loro, con la razon estraviada, y finalmente, la boca abierta, con una espresion idiota de mula fatigada!

Era un demonio real y verdadero, y al divisarlo salir del camarin, una bailarina que no debia andar con la conciencia mui limpia, casi se cayó desmayada y desapareció como un celaje dándose vueltas en las puntas de los pies.

Llegó, por fin, el acto del infierno, y Clodomiro Pérez hizo su aparicion en el piño de demonios, saltando sobre los pies y levantando en alto el gran tenedor dorado. Algunos concurrentes de la platea descubrieron con sus anteojos la adorable figura de Pérez, y estuvieron contemplándolo en medio de esa atmósfera roja, hasta que saliendo por un costado, volvia a bajar por la ladera de la montaña del fondo.

Al salir el acto, corrido ya el telon, y cuando todavia no se apagaba el resplandor rojo que bañaba el escenario, un vecino de la casa de Clodomiro le anunció que su mujer estaba agonizando.

Pérez dió un grito y olvidándose del traje, quizá un tanto impropio que llevaba, salió como un loco por la puerta de la calle de San Antonio y echó a correr en direccion a la Alameda.

o o o

¡Qué solitaria y triste se encuentra la Alameda pasada la media noche! Los quemadores incandescentes, difunden en torno suyo un resplandor pálido que vacilante y confuso, se pierde en la lejania, moviendo las sombras y dándoles una estraña animacion.

De cuando en cuando parece como brotar de un tronco la oscura silueta de un transeunte que, a paso de marcha se dirije al domicilio donde alguien lo espera, o donde nadie lo espera.

Allá, de tarde en tarde, un carruaje muestra a lo léjos sus faroles rojos como dos pupilas de borrachos, y golpeando ruidosamente el pavimento se acerca al galope de los caballos.

La ciudad, ajitada y alegre en el dia, se pone medrosa y sombria a esas altas horas, en que bien podrian salir duendes y penar ánimas.

Eso decia el guardian que de punto, frente a la calle de San Martin, casi se moria de miedo en tal soledad. La campanita sonora y armoniosa del reloj de San Borja, habia dado las doce tres cuartos. El guardian bostezó y naturalmente se santiguó la boca con el pulgar, para que por ella no entrara ningun mal espíritu.

De repente fijó la vista a lo léjos, hácia arriba, y creyó divisar un punto oscuro que corria desaforadamente por el fondo de la Alameda. Mui pronto y a la pasada de un farol divisó que era rojo, y que llevaba algo en la mano que brillaba a la luz.

¡Cáspita!—dijo—cualquiera creeria que eso es el diablo en persona. Y volvió a santiguarse.

Pero el bulto crecia, crecia, hasta dejar ver el gran tenedor dorado que llevaba en alto, y el gorro puntiagudo que, rojo como todo su traje, le cubria la cabeza. El guardian corrió como un loco a refujiarse al pié de un farol, sin atinar a llevarse el pito a la boca y pedir ausilio, y desde allí, con los ojos abiertos, veia acercarse a grandes saltos ese demonio color de fuego, que llevaba levantado el tenedor con que indudablemente clavaba a los condenados.

Pérez, olvidado enteramente del traje peculiar que lo cubria, penso en la necesidad de pasar ántes a la botica de turno mas cercana, para llevar a su mujer un calmante. Se dirijió, pues, al guardian, haciéndole señas con el tenedor; pero con profundo asombro vió que éste, dando un grito, se trepaba por el farol, semejando a la luz del gas, un murciélago jigantesco que cubria el quemador con sus alas negras.

—¿Qué es esto?—se dijo Clodomiro—y como si tal cosa hizo su pregunta de estilo:

—¿Sabe usted dónde está la botica de turno?

Hubo un momento de silencio en que se sentia la respiracion ajitada del guardian.

El reloj de San Borja dió los cuatro cuartos y en seguida una campanada vibrante y arjentina.

Despues con voz apagada, temblorosa, el policial dijo:

—Ver... ver... ga... ra... es... es... es .. qui... qui... na... de... de .. de... de...

Y nada mas pudo agregar, porque el terror le paralizó la lengua, y Pérez, aburrido, echó a correr de nuevo, creyendo sencillamente que se habia encontrado con un guardian ébrio.

o o o

De repente, allá en una esquina divisa la ventanilla alumbrada de una pequeña botica, tras cuya puerta dormita seguramente el boticario, reclinado en una silla, despues de haber vendido un papelillo de calomelano para un cólico, y un franquito con jarabe de hipecacuana para un niño con tos convulsiva.

De súbito, tres golpes suenan en la puerta. El boticario se incorpora, corre a la puerta, asoma su cabeza por la ventanilla y dando un salto atras, la cierra de golpe y le pone nerviosamente el aldabon. Ha visto al demonio, lo puede jurar, rojo, alto, con un tenedor en la mano.

El pobre hombre se da golpes de pecho y jura devolver la plata que ha recibido de sus parroquianos, por el calomelano falsificado que está vendiendo desde hace tres meses.

En ese instante, solamente, Clodomiro Pérez lo comprende todo. Vestido así, de demonio, no puede entrar a ver a su mujer; es imposible, la mataria. Y como le viene el recuerdo de la pobre que se muere, se acerca a un poste de teléfonos y se pone a llorar amargamente...

Un trasnochador que pasa por allí, con el cuello levantado, el sombrero caido sobre los ojos y las piernas un poco débiles, da un salto de tres metros al ver ese diablo que solloza; emprende despues una carrera loca y hasta cree sentir olor a azufre.

o o o

Amanece. Comienza a difundirse sobre la Alameda la luz indecisa del alba, y un vientecillo frio baja de la cordillera haciendo dar diente con diente a los guardianes de punto.

Un comisario encuentra a Clodomiro Pérez, y venciendo el primer impulso de temor, se lo lleva a la comisaria arriándolo por delante.

Una cocinera que va al mercado con su canasta de mimbres al brazo, se queda con la boca abierta, inmóvil sobre la vereda, sin saber qué significa ese oficial de policia que va empujando con su caballo a un diablo con cuernos, cola y tenedor en la mano.

El infeliz de Clodomiro Pérez solloza y solloza; y lo sorprende el sol sentado en la comisaria, sobre un piso de juncos, con la cabeza baja y apoyada sobre las dos manos asidas al tridente dorado.

Un grupo de muchachos lo rodea a cierta distancia, en silencio, y hasta con respeto.

Es un cuadro orijinal y divertido.

....

Pero entre tanto, nadie hace desistir al policial de la segunda comisaria, de retirarse del puesto de guardian y perder su sueldo, a no ser que lo releven para siempre de hacer la guardia en la noche.





INCENDIARIO



Don Serafin Espinosa tenia su tiendecita de trapos en la calle de San Diego, centro del pequeño comercio, que, ya que no puede tentar por el lujo de sus instalaciones ni por el surtido de la mercaderia, atrae por la baratura inverosímil de sus artículos. Se llamaba la tienda «La bola de oro», y mostraba en el pequeño escaparate tiras bordadas, calcetines de algodon, hilo en ovillos y carretillas, broches, orquillas, jabon de olor, polvos, botines tejidos al crochet, y loros de trapo. Los jéneros se reducian al lienzo comun para ropa interior de pobre, al tocuyo tosco y amarillento, al percal barato y de colores vivos, y a una que otra variedad de velo de monja para mantos de poco precio.

Don Serafin era el alma mas candorosa de la tierra. Se arruinaba lentamente tras del meson; pero sin perder su encantadora sonrisa, modales amabilísimos, su jenerosidad innata y su fina cortesia. Si alguna mujer le pedia la *llapa*, al meter la tijera en el lienzo, corria como media vara mas el corte y daba despues el vigoroso rasgon sin importársele un ardite. Si un chico lloraba de aburrido miéntras la madre regateaba largamente un corte de ocho varas de percal, corria él a la vidriera y cojiendo un loro de trapo se lo obse-

quiaba para calmarle la pena. Si una sirviente volvia desolada a devolverle tres varas de tocuyo, porque era de otra clase el que le habian encargado, recibia el trozo y daba del otro, guardando el inservible pedazo para algun pobre. Y en fin, lo que ménos tenia don Serafin, eran cualidades para comerciante.

Muchas veces, al caer la tarde, su vecino de la esquina, un simpático italiano, natural de Parma, dueño del almacen de abarrotes «La estrella parmesana», se le acercaba en mangas de camisa, despeinado, sudoroso, pero aun no cansado de la fatiga del dia y le charlaba una media hora.

—¡Buona sera, don Serafine! ¿Cómo va questo? Malo ¿eh? Ma ¿qué quiere usted, signore? Non se puede ser santo e comerchante a la veche, non. Per ganare la plata se necesita malizia, acortare la vara, pasare de cuando en cuando una cuarta meno, véndere un lienzo de mala calitá... ¡Sí, don Serafine! ¿Cóme quiere usté, santo varone, prosperare cuando lo dá tutto? Usté sirá del chelo derechito y verá a Dios; pero lo que es el dinero no lo verá, non.

Don Serafin sonreia, porque él mas que nadie estaba convencido de que habria hecho muchísimo mas de lego recoleto que de dueño de «La bola de Oro». Pero, ¿tenia él la culpa de que al frente se hubiera establecido ese maldito «Bazar Otomano» con tres puertas, dos vidrieras y tantas medias lunas? ¿Tenia él la culpa de que todos prefirieran a su pobre tenducho con los eternos loros de trapo en la vidriera, los brillantes escaparates del vecino, con rosarios de concha de perla, collares de vidrio y polvoreras de cristal?

Nó, ¿y entónces? Y don Serafin seguia sonriendo amable y encantadoramente, obsequiando los loros de trapo y dando *llapas* de media vara.

Pero el negocio iba a ménos rápidamente, y los cinco mil setecientos pesos que tenia en mercaderias corrian grave riesgo de fundirse.

Si yo fuera un pillastre, un hombre sin conciencia—decia don Serafin—le prenderia fuego a «La bola de Oro» y luego la Nacional me entregaria mis cuatro mil pesos de seguro. Pero como tengo temor de Dios, y prefiero vivir pobre que deshonrado, no haré jamas tal crímen, y me contentaré con ver resignado cómo se van

escurriendo entre los dedos estos cinco mil pesos, fruto de tantos años de trabajo.

En estos únicos momentos de amargura desaparecian de la cara de don Serafin la sonrisa amable y el jesto candoroso y en esos mismos momentos acortaba considerablemente la *llapa*.

La idea del incendio, rechazada tantas veces como criminal y pecaminosa, era, sin embargo, la única solucion del negocio. Si yo le prendo fuego, lo que Dios no permita—pensaba don Serafin—hago una cosa mala; pero si llega otro, sin que yo lo sepa, y sin que yo se lo aconseje y me quema «La bola de Oro», entónces ¿qué culpa tengo yo?

Y desde entónces don Serafin se dedicó a hacer rogativas y mandas, por lograr el completo incendio de sus mercaderias. Creyó conveniente, ya que de fuego se trataba, dirijirse a las ánimas benditas del purgatorio que tienen las llamas al alcance de su mano, y las llenó de promesas, súplicas y oraciones.

Entónces se le vió a don Serafin Espinosa mas alegre que de costumbre, agotando los loros de trapo de la vidriera y llegando a dar de *llapa* hasta una vara larga de tocuyo.

Por fin, fué oido el constante e incansable tendero, y como la Nacional, ignorante de todo, no apeló por su parte, a las ánimas para destruir el efecto de las velas, flores y oraciones de don Serafin, la cosa se inclinó del lado de éste.

* * *

Una noche, la tranquilidad de la calle de San Diego fué turbada por el repiqueteado toque policial y gritos de *¡incendio! ¡incendio!* En un momento se despertó toda la cuadra, hubo voces, llamados, carreras, y cinco minutos despues la ronca y fúnebre campana del cuartel jeneral de bomberos, sonaba en el silencio de la noche, haciendo poner en alarma media ciudad.

A patadas fué abierta la puerta de una colchoneria, vecina a «La bola de oro», y una vez caidas las hojas, salió una llamarada envuelta en humo, que barrió en un instante con su letrero de madera: «Se llenan colchones.»

Uno de los oficiales de policia fué corriendo a avisar a don Serafin que dormia como un bienaventurado en su casa. Saltó éste de la cama, se impuso de la fausta nueva, se metió un macfarland y un par de zapatillas y salió a la calle brincando como un loco.

La sorpresa del policial que tímidamente estaba llamando a la ventana: «señor Espinosa; no se alarme usted, pero se le está quemando la tienda», subió a un estremo indecible, al ver don Serafin se le colgaba del cuello, lo estrechaba contra su pecho y hasta le estampaba un entusiasta beso en la punta de la nariz.

—Señor oficial ¿no se chancea usted? Es verdad que se me quema todo? ¡Qué dicha, Dios mio!

Y corria como un desesperado apretándose el macfarland para que le cubriera el cutis ante las miradas risueñas de los que lo miraban pasar.

En ese momento ya llegaban las bombas con una algazara de mil demonios: campana, gritos, galope de caballos, resbalones, insultos, órdenes, arrastre de las mangueras, piteos, en fin, un infierno.

Ya está un grifo listo, ya arde un fogon, ya late furiosamente una caldera, ya puja el agua ruidosamente en uno de los pitones, ya sale el chorro y barre a la muchedumbre que se apiña y hace saltar la bola de laton sobredorado de la tienda de don Serafin, y cae sobre el techo sofocando un penacho de llamas y de humo.

—Dios quiera que no quede ni un miñaque, ni un ovillo, ni un loro, ni un calcetin!—esclamaba el feliz tendero, balbuceando a ratos avemarias y atrayendo mui curiosamente sobre sí la atencion de los vecinos.

El cielo lo oia; pero lo oia tambien el juez del crímen de turno, que daba órdenes inmediatas para arrestar a don Serafin.

Trabajaron tenazmente las bombas; el agua destruyó al par que el fuego y cuando ya no quedaron sino tres o cuatro murallas y un monton de escombros, se declaró estinguido el fuego, se tocó llamada y se recojió el material.

Un piño de curiosos se detenia delante de las humeantes vigas y de los húmedos adobes, que despedian un olor acre y pegajoso, y entre ellos se veían las albas mangas de camisa del dueño de «La estrella parmesana» que no habia alcanzado a sufrir nada.

—Yo no masusto—decia a su auditorio—per esto se necesita calma. Asi son las cosas de la vita. Don Serafine se resolvió a ser comerchante, e non santo. Asi no sirá tan derecho del chelo pero tendrá en cambio dinero. Questo es la realitá, la realitá pura; el comercho non vive del oscurantismo.

Entretanto don Serafin estaba sentado en un banco con la cabeza sobre el pecho y los brazos cruzados, esperando la hora en que debia llegar el juez a instruir el sumario. Se encontraba en un vago estado de incertidumbre. Por un lado, daba gracias al cielo por el incendio, y por otro, le pedia salir bien librado de la delicada situacion en que estaba.

Un guardian lo sacó de la incertidumbre, anunciándole que el juez lo llamaba. Don Serafin salió del calabozo y apareció con su cara serena, candorosa, amable ante el juez que esperaba su llegada.

—Señor Espinosa. Parece que el incendio de "La bola de oro" ha sido intencional.

—No solo lo parece—señor juez—sino que lo es.

—¡Hola!

—Sí, señor juez. Como intencional, pocos lo habrán sido más.

—De manera que usted, señor, reconoce haber prendido fuego a su tienda de la calle de San Diego?

—Perdóneme, su señoria. ¡Eso no, eso nunca, eso, ni loco! Yo soi honrado ante todo... Se lo diré al señor juez. Este incendio es de lo mas intencional que cabe, pero solo porque yo he puesto toda la intencion posible en que sucediera. Yo no vendia nada, señor juez. En la última semana, solo he logrado salir de un jabon de olor, tres varas de huincha blanca y dos carretillas de hilo. Eso no era vida. En esta situacion, le hice una novena a las ánimas benditas. No se ria—su señoria—porque me han oido... Por eso digo que como intencional lo es ¿a qué lo niego? ¿Pero mancharme, señor juez? ¡Eso nunca!

Y el simpático viejo se quedó mirando al juez con su amable sonrisa de siempre, sintiendo no tener un loro de trapo para dejárselo sobre la mesa para que aplastara con él tanto papel, y limpiara en su pechuga la pluma.

—Quítenme de aquí a este señor—dijo el juez—y déjenle en li-

bertad. Oiga usted, caballero: ustcd se ha equivocado, aquí no es donde debe purgar sus faltas.

—¿Y dónde sera señor juez?

—En el limbo...

Y en medio de una risa espontánea salió don Serafin despues de hacer una venia.

* * *

No habia llegado aun a los humeante restos de «La bola de oro», cuando se topó con su amigo el parmesano, que le dijo:

—Amico don Serafine, suomo felice. Usted me debe solamente tres litros de parafina; que son sesenta centavos.

—Por qué.

—Per le inchendie qui io solo lo ha fato anoche.

—¡Usté!

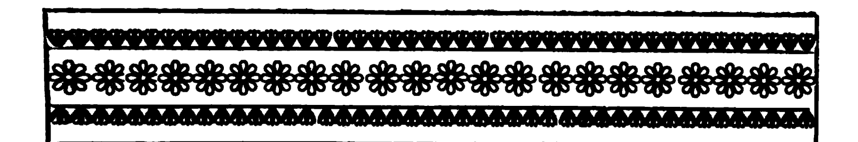
—Cállese, don Serafine. que pueden oirnos. Yo lo he escuchado que usted que dicheba: «¡anime dil purgatorio, inchéndiame la bola de d'oro!» La colchonera dechia poco meno. Yo mai ditto: «non questo non é il camino. L'ánime dil Purgatorio non tienen parafina, io la tengo e mato dos pacaros d'un tiro: hago un favore a due amichi y vendo parafina». ¿Non e vero?

—¡Pero esto es un crímen!

—¡Bah! ¡Silencho, bárbaro!

Y la férrea mano del simpático parmesano apretaba tan fuertemente el brazo de don Serafin. que éste, vencido y atónito, se buscaba en el bolsillo los sesenta centavos...





ARRENDATARIOS



TENGO para mí, que todas las desgracias del mundo son soportables, ménos una: la de tener casas en arriendo. Cualquier socialista de esos que se llenan la boca diciendo que la propiedad es un robo, se convenceria al leer estas sinceras y verídicas líneas, que la propiedad es una carga sumamente molesta.

Sí, señores. Y si no ¿por qué acabo de echar a patadas al último arrendatario de mi casa de la calle de las Claras, y jurado no volver a arrendarla en mi vida a nadie, como no sea al mismo Pierpont Morgan?

Pues, porque unos no me pagaban, porque otros me faltaban al respeto, porque los mas me la destruian de una manera alarmante; y porque todos, sin escepcion alguna me hacian salir mas canas que pelos tengo en la cabeza.

¡Ai! Todavia me tiemblan las carnes de espanto, al pensar en mis arrendatarios. Estoi resuelto a empobrecerme; estoi resignado a que la Caja Hipotecaria me lo saque todc a remate; pero juro, ¿lo oyen ustedes? juro que mis casas no volverán a arrendarse a bicho alguno, nacido o por nacer.

Venian algunos arrendatarios con sombrero de copa y corbata

plastron y yo decia: Este me parece caballero, debe pagar puntualmente. Ademas, tiene cara de aseado, a pesar de que el cuello no está mui limpio... En fin, trato hecho; ciento veinte pesos mensuales, pago anticipado.

Al poco tiempo, el caballero de sombrero de copa, resultaba un pillete. Entre gallos y media noche, me cargaba las golondrinas, escapaba hasta con la alfombra de la escalera, y... si te he visto, no me acuerdo.

Otra vez llegaba uno de sombrero de paño suelto, zapatos grandes, chaleco algo gastado, nariz larga, boca ancha, espaldas angostas; y yo me decia: Este debe ser un hombre de trabajo. Nada de apariencias, ni sombrero de copa, ni *plastron*... Parece un individuo de fondo, modesto, sobrio, económico. Trato hecho.

A los quince dias el *quidam* escapaba dejándome de recuerdo, y para garantia del pago, un felpudo, una caja con alfileres, dos palos de escoba con algunos restos aprovechables, algunas cáscaras de papa y un *Almanaque Bristol*, de esos que se reparten grátis en las boticas.

En fin, del panteon de mis recuerdos escojo un ramillete de arrendatarios, y lo ofrezco al público que tenga el feo vicio de adquirir propiedades para arrendarlas, a fin de que escarmiente en ajena cabeza y prefiera el oficio de policial o de alcalde, ántes que el de arrendador.

* * *

Hace tres dias que en la puerta de calle se leia este letrero: *Se arrienda esta casa, tratar. etc., etc.* Una mañana aparecia en casa un matrimonio jóven y de aspecto decidido. El era alto, ella baja; él flaco, ella gorda; él rubio ella morena; los dos vestian bien y pisaban fuerte.

—Siéntense ustedes. ¿En qué les puedo servir?

—Venimos de ver su casa. Preciosa, bien ventilada, central, barata. Nos gusta...

—Favor que ustedes me hacen.

—Por el pago no habrá cuestion...

—Dios les oiga a ustedes!

—Sí; dada nuestra situacion—dijo él—y nuestra fortuna—agregó ella—usted no dudará.

—Evidente... Pero a pesar de todo deberán ustedes darme anticipado el primer mes.

—Ah! bien; por fórmula, si, si. Porque si esto fuera una muestra de desconfianza, no podríamos admitirlo. Nosotros venimos ahora de ver nuestras minas del norte... ¿No le interesa a usted el cobre? ¡Ah! Nosotros estamos realizando en la actualidad, algo así como dieciseis mil quinientos a diecisiete mil pesos mensuales.

—Mis felicitaciones.

—Gracias. Ademas, usted sabe que este año las cosechas son excelentes.

—¿Tambien es usted agricultor?

—Sí, señor. Tengo un fundo en Curicó y dos mas pequeños en Bio-Bio. En total, quince mil fanegas de produccion.

—Quedamos entónces, en que la casa corre por cuenta de ustedes.

—Conforme. Quedo a las órdenes de usted... y hasta mañana.

—¿Pero no me dá usted el cánon?

—¡Hombre! ¿Se atreve usted a ofender mi...........?

—De ninguna manera. Perdone usted. Será otro dia. Con que, hasta luego.

Los dejé ir, pero algo me decia que esos millonarios se me iban a marchar el dia ménos pensado, debiéndome la casa.

Algunas semanas trascurrieron con calma inalterable. Una mañana él se apareció en mi oficina a pedirme le hiciera colocar una mampara en el zaguan de la casa.

Le contesté que no podia, me insistió: reñimos con palabras bastantes duras; me llamó avaro y yo le puse en la calle, cerrándole la puerta de un golpe.

A la media hora recibí la visita de ella. Me dijo que una persona de su calidad, relacionada con las mas encumbradas familias del pais, no podia vivir sin una mampara. Me espresó que no dormia que sentia frecuentes ataques de nervios, que los pulmones le hacian así (hizo con la boca una especie de resoplido), todo por culpa de esa mampara que debia estar en toda casa decente. Sus amigas se podian burlar de ella y mirarla en ménos; los negocios de su

marido podian irse al suelo; las minas podian fracasarle de un momento a otro... ¡y todo por la mampara!

Incliné la cabeza y a los dos dias el maestro Lúcas colocó una elegante mampara en la casa de arriendo.

Otra semana de paz inalterable. Una mañana se abre la puerta de mi escritorio y entra él:

—Señor Pino: o usted me cámbia todos los picaportes de la casa, o me voi.

—¿Me ha hablado usted de picaportes... o le he entendido mal?

—No admito bromas. Los picaportes!

—Pero hombre por Dios! ¿Qué le hacen a usted los picaportes?

—Mire usted (inclina la cabeza como un tordo.) ¿Vé usted esas canas prematuras? Pues, son causadas por los picaportes. Ni el peor bodegon del peor barrio de Santiago, tiene iguales picaportes a los de su casa. Negros, mohosos, duros, chuecos, son una verdadera vergüenza. ¡Y pensar que pago a usted ciento veinte pesos mensuales!

—Dirá usted que me los va a pagar, caballero. Porque hasta hoi usted no ha venido a otra cosa a esta oficina, que a pedir mejoras y mejoras. Esto es intolerable.

—Señor, usted no me conoce, yo soi minero; yo gano de dieciseis mil quinientos a diecisiete mil pesos mensuales. Yo pago puntualmente; pero exijo que se me dé una casa decente, no un departamento ruinoso. Si usted no me envia mañana mismo los picaportes nuevos me marcho.

—No, no, caballero, no se marche usted, tendrá picaportes de plata oxidada, picaportes de *art nouveau*, picaportes grabados por Roty.

Y en efecto, me fuí a una joyeria de la calle de Huérfanos y adquirí unos picaportes de metal empañado con flores esmaltadas en rojo y azul, que daban ganas de prendérselos en la corbata. En seguida los ordené colocar.

Dos semanas absolutamente inalterables. Pero esta vez, la causa era gravísima. La casa en arriendo permanecia cerrada, herméticamente cerrada. ¿Se habrian alcanzado a morir los arrendatarios, de vergüenza por los picaportes antiguos?

La puerta fué descerrajada y rejistrados los departamentos interiores. La soledad mas grande, mas definitiva reinaba en piezas y corredores.

Naturalmente, los millonarios se habian llevado tambien los picaportes, como recuerdo de la imbecilidad del propietario.

* * *

Volvió a quedar fijo en la puerta el cartelon de papel con letras negras: *Se arrienda esta casa*, etc. Una mañana apareció en mi oficina un señor de levita mui abrochada. Parecia una escopeta metida en su funda.

—¿Tengo el gusto de hablar...?

—Con el doctor Alvarez, especialista en enfermedades infecciosas, hijienista recien llegado de Berlin.

—Lo celebro. Mi casa vale ciento veinticinco pesos mensuales al contado, sin picaportes.

—No le he oido a usted lo último.

—No importa. La primera mensualidad es anticipada.

El doctor se llevó violentamente la mano al bolsillo y creí un instante que iba a sacar el revólver para matarme; pero con asombro, con estupefaccion de mi parte, ví que el objeto sacado, era una cartera de cuero gris.

—Aquí están los ciento veinticinco pesos—me dijo—arrojándomelos con dignidad sobre la mesa.

Quise estrecharlo contra mi pecho, pero creí prudente disimular y agregué con un cinismo que jamas olvidaré.

Hasta hoi he tenido mui buena suerte con los arrendatarios. Todos me han pagado el cánon anticipado. Espero que a usted le gustará la casa.

Al dia sub-siguiente el doctor hijienista llegó a casa con los dos ojos casi enteramente saltados de las órbitas, y el sombrero colgado en la punta del pelo.

—¡Señor!—me dijo con voz pavorosa—¿cómo puede usted tener esa casa?

—¡Hombre! No sé quién me lo pueda prohibir.

—No, no; me refiero al deplorable estado profiláctico en que se encuentra.

--¡Cáspita!—¿La ha encontrado usted ruinosa?

—No me comprende usted. Su casa está en sumo estado de desaseo. El jérmen de la tuberculosis vaga por todas partes. Hai microbios hasta en la escalera...

—No se alarme usted de eso, porque con el tráfico quedarán aplastados.

—No, señor, yo exijo que proceda a hacer una completa desinfeccion de la casa, so pena de rescindir el contrato. Hé aquí lo que yo exijo: 1.° Encender en todas las piezas por diez dias y por diez noches consecutivas, mechas de azufre; 2.° Lavar los techos y los entablados con una solucion de sublimado al uno por mil; 3.° Empapelar de nuevo las habitaciones, usando un engrudo mezclado con ácido fénico; 4.° Cubrir todos los umbrales de las piezas con una mano de alquitran; 5.° Cubrir el piso de la cocina con una capa de carbon de Guyot, y pavimentarla encima con ladrillos sometidos a una alta coccion; y 6.° Poner en todos los rincones escupideras anti-tuberculosas, conforme al plano adjunto.

Caí desmayado arrojando espuma por la boca. Cuando volví en mí, recapacité cinco minutos y resolví avenirme a todo.

—Está bien—repliqué con la voz temblorosa.—Todo se hará como usted lo desea.

Diez operarios con delantales blancos, dirijidos por el doctor y pagados por mí, procedieron a realizar ese programa de saneamiento, con una minuciosidad tal que mi bolsillo se encontró conmovido hasta sus entrañas.

Por fin, quedó todo terminado. El doctor metido siempre en su funda o vaina negra, llevó su familia al nuevo domicilio; una familia igualmente abotonada de pies a cabeza, de manera que parecian todos una coleccion de lápices dentro de sus cápsulas.

Pasaron treinta dias de serenidad, y uno, quizá el primero del siguiente mes, me notificó el doctor que se iba por no encontrar del todo salubre la casa, y despues de abonarme una mensualidad se despidió efusivamente y se marchó.

Yo quedé enfermo. ¡Perder un arrendatario tan hijiénico y tan puntual; pero sobre todo tan hijiénico!

Llegó el momento de abrir la casa, y casi me fuí de espaldas. No pondero: quince carretones de basura, no bastaron a sacar de allí todas las cáscaras, papeles, restos de comida, corchos, cambuchos de botellas, plumas de gallina, etc., etc,, que la familia del hijienista habia acumulado, en piezas, galerias y rincones.

Hasta en el salon habia cáscaras de naranja, tapones de cerveza, restos de plátanos y papeles rotos.

* * *

Debo cortar mis memorias, pero con el deseo de seguirlas algun dia. Faltan para completar estas verídicas impresiones, una señora con hijas y un profesor de baile, que despues de los arrendatarios enumerados, siguieron sucesivamente, amargando mi existencia.





UN ALMUERZO....

> «—Ha sido reducido a prision el comisionado de esta policia Eleuterio Alvarez, que fué mandado a dejar un reo a San Fernando. Este convidó en Curicó a almorzar al guardian, bebiendo varias copas de vino, y resultando al final que el guardian quedó embriagado y el reo se fugó.»
>
> (TELEGRAMA DE TALCA)

¡MISION delicada, escabrosa y de indudable responsabilidad la de conducir un bandido a Santiago!

El modesto funcionario policial de provincia, llamado al despacho del comandante, y hecho depositario de mision tan difícil, se atusa orgullosamente los bigotes ante sus camaradas en el cuerpo de guardia y sonrie de gusto.

—Me voi a la capital—compañeros—llevando al *Pejegallo*. Con esta prueba de confianza me reconcilio con el comandante y me gano el ascenso. ¡Cáspita! No todo ha de ser ruina este año.

Y el comisionado se soba las manos y mira al través de la ventana la luminosa mañanita de febrero, clara, límpida y trasparente.

Esa noche se come mas alegremente en la casa del comisio-

nado y la mujercita abre un tarro de duraznos al jugo, para celebrar ese viaje que puede ser el principio de cosas buenas y deseadas.

—¿Lo ves Julia? Ya se acabó el infierno que se nos habia caido encima. Ya te lo he dicho muchas veces: cuando vienen las cosas malas vienen en chorrera; pero cuando comienzan las buenas, entónces, nadie las ataja. Se nos fué Carlitos primero, perdí despues mi puesto en el correo, el comandante me recibió con ojeriza, tú te enfermaste del hígado, perdí cincuenta pesos en las carreras y se me dió vuelta un frasco de aceite en mi dolman nuevo. Pero despues principiaron las buenas cosas: se murió tu madre, me aumentaron en diez pesos el sueldo, Garcia me pagó los veinticinco pesos que me habia pedido para el dieciocho, y hoi me encargan ir a Santiago nada ménos que a llevar al *Pejegallo*... ¿Sabes lo que me dijo el comandante?... Entré yo, me miró y me dijo: Alvarez: ¿se atreve usted a llevarme al *Pejegallo* a Santiago? Yo me quedé mirándolo y despues le contesté mui tranquilo: Mande no mas, mi comandante, que yo me atrevo a todo.—Bravo—me dijo—tú eres de mui buena voluntad y harás carrera...

—¿Así te dijo?

—Así mismo, Julia. Y yo creo que si eso no significa que me ascienden, no sé yo castellano ni tengo dos pies.

—¡Qué gusto! Mira, yo te voi a confesar una cosa. Si te mandan con el *Pejegallo*, es por San Antonio...

—¡Bah! ¡Tienes tú unas cosas!.. ¿Cómo pegas a nuestro padre San Antonio con el *Pejegallo*?

—¿Que como? Con siete velas que le he encendido!

—¿Al *Peje*?

—Estúpido. No bromées que te puede castigar Dios. Las siete se las encendí à San Antonio, por tres cosas: porque se te quite el vicio del cigarro, porque no te juntes con Garcia y porque te asciendan...

—Bueno. Tú dices que San Antonio se preocupa de estas cosas... Puede... Lo cierto es que esto me mejora a ojos vista. ¿Me arreglas la maleta?

—¿Qué llevas?

—Una camisa, dos pares de calcetines.

—¡Derrochador! ¿No te los cambiastes la otra semana no mas?

* * *

Arreglada ya la maleta, y el comisionado con ella en la puerta de la cárcel esperando la entrega del *Pejegallo*. Por fin, y despues de mucha espera, sale éste encojido, con el sombrero en la mano y con una cara de mosca muerta, que cualquiera lo creeria sacristan, ántes que bandolero de la *high life* del bandolerismo.

—¡Pajarito!—le dice el comisionado, remeciéndolo de un brazo —¿le gustan a usted las píldoras?... Supongo que nó. Bueno! dos o tres te voi yo a meter si tratas de echar el vuelo. ¿Ves esto? ¿Sabes tú cómo se llama? Esto es un *esmitihueso* lejítimo de cinco tiros. Con dos bastan para tí.

El *Pejegallo* oye anonadado todo esto, mientras se coloca un ruin sombrerito plomo en la cabeza y se suspende los pantalones con las dos manos.

Y los dos, conductor y couducido. echan a andar hácia la estacion y no tardan en ocupar los asientos de segunda clase, uno al frente del otro. Un escritor diria que allí habia un trozo de hielo entre ambos viajantes; pero nosotros no diremos tal cosa: indiferencia habria, pero hielo... ¡cá! ojalá, porque se lo hubieran comido para el calor.

El *Pejegallo*, hombre de muchísimo mundo, y acostumbrado a encontrarse en tales trances, iba divertidísimo al ver la gravedad de primerizo del comisionado.

—¿Fuma usted, señor?—preguntó el bandido alargando amablemente una cajetilla de cigarros *cycles*.

—Gracias. No fumo.

Y el *Pejegallo* se guardó la cajetilla despues de sacar uno, encenderlo y echar el humo despreocupadamente.

—Fumas, como sí no te pasara nada desagradable!—observó el comisionado.

—¡Phs! ¡Qué le voi a hacer, pues señor! Estoi en la mala y agacho la cabeza! ¿Qué vamos a Santiago? Bueno; no seré yo el que resista. El que la hace, la paga: yo la he hecho, y la estoi pagando.

—Pareces razonable.

—Un algo. Yo soi así. Cuando estoi dado, estoi dado. Usted no me creerá, pero en llegando a Santiago yo le voi a hacer a su mercé entrega de todo lo que tengo. ¿Para qué lo quiero yo? ¿Para qué me lo roben en la capital? Prefiero que usted lo guarde, y si alguna vez salgo, me lo devuelva...

—¿Es mucho?

—¡Phs! Una miseria... trescientos pesos,

—Dame un cigarro.

Un momento de silencio reinó entre ambos. El tren corria desbocado. Al través de los vidrios se veia el campo verde, ilimitado, convidando a la libertad... y al *Pejegallo* se le hacia agua la boca miéntras echaba su chupada a la colilla y soplaba el humo...

El comisionado, entre tanto, pensaba y pensaba. ¿Tenia algo de inconveniente ser depositario del dinero de un bandido? Nada! Si el *Pejegallo* salia de la cárcel, bueno, allí estaban los trescientos pesos; y si no salia, tambien. En cambio ¡qué cantidad de cosas podian hacerse con trescientos pesos! Pagarle al despachero los veintidos pesos sesenta, para que no chille; comprarle un vestido a la Julia y guardarse lo demas para un apuro. Quedaba un punto oscuro, un verdadero caso de moral. Esos pesos ¿serian robados?

—Oye, *Pejegallo*. Esos trescientos pesos son robados?

—No me ofenda, patron. Son mios, y mui mios: dos bueyes y un caballo ensillado que le vendí en Parral a mi primo Fundador Reinoso...

Y nuevo silencio, y nuevas chupadas, y nuevo sueño. La cara mefistofélica del *Pejegallo* sonrie de una manera atroz, pero vuelve a su natural y filosófica indiferencia cada vez que los ojos del comisionado le caen encima.

—Bueno, pues, *Pejegallo*. A mi no me gustan estas cosas, ¿eh? Pero me has caido en gracia, y acepto...

—¿Y será usted tan bueno, señor, que me acepte un convite a almorzar en Curicó?

—¡Ah! eso es imposible, yo tengo obligacion de llevarte a Santiago...

—¿Y? ¿Que no vamos a Santiago? Si es solo un almuercito.. Pero, en fin, si usted no quiere...

—Bueno; por no desairarte...

* * *

Y una vez que el tren entró en la estacion de Curicó y el freno lanzó su silbido agudo y moribundo, los dos viajeros descendieron al anden, no sin que el comisionado fijara sus ojos sobresaltados en el *Pejegallo*. Pero éste iba indiferente como siempre, tranquilo, silbando...

Por fin quedan delante de la mesa y un mozo corre a colocarles dos platos con carne fria y rabanitos. Luego la cazuela y una botella de vino blanco pedido por el *Pejegallo*, a indicacion del comisionado.

—Mucho tiento, amigo—dice elcomisionado, al echar el primer trago—mire que yo estoi haciendo mucho en estar aquí...

—Deje, señor, que nos alegremos un poco. ¡Voi a pasar tanto tiempo a la sombra!

—Tienes razon.

A la cazuela siguieron unas costillas con pebre, con las que ambos se saborearon, remojándolas con lo poco que ya quedaba en la botella del vinito blanco.

Pero el comisionado comenzó a verlo todo mui bonito: el dia mas claro, la mesonera mas buenamoza, al *Pejegallo* más simpático. Y al traves de esos cristales vagos y movibles con que se mira todo a los primeras copas, el funcionario policial se sentia mui feliz, mui jóven, mui dichoso....

—¿Con que bandidito, eh? *Pejegallo* travieso?

—No, señor, se hace lo que se puede.

—Mira, *Pejegallito*, pejegalloncito... ja!... ja!... ja! .. Mira ¿te has divertido mucho en tu vida, ah? cuántos tiritos has apuntado?

—No, señor; no sea bromista...

—Anda, pillastron... *Pejegallo*.

—¿Señor?

—¿Se va el tren?

—No, señor, no se va: atráquele al cordero que está mui bueno...

—¡Oye, *Pejegallo!* Una confianza: ¿tú pagas?

—Yo, patron.

—Entonces pide vino...

Y se pidió vino, y el comisionado se sintió furiosamente atacado de risa con el nombre de *Pejegallo*.

—¡Qué gracioso! Es el nombre mas divertido, Mira, cuando tú

salgas de la cárcel, vamos a sembrar una chacras en medias ¿ah?

—Sí, señor. Un maizal...

—¿Un maizal? Nó, nó y nó. Un tomatal enorme, de diez cuadras y ademas un sandial. ¿Que te parece?

—Bien, pues señor.

—¿Has dicho que te parece mal?

—No, señor; que bien, que mui bien.

—Me gustas, *Pejegallo*, porque eres un hombre decidido. ¿Tú crees que a mi me ha hecho algo el vino?

—No...

—¡Bah! ¿A mí? ¡Ocurrencias! Estoi fresco como una lechuga

Y el comisionado se balanceaba sobre su silla y miraba al bandido con tiernísimos ojos,

—Oye, *Pejegallo*; no sigas esa vida de bandolero, chico. Te lo digo por tu bien. A mi me da lástima de verte así, preso.. Me dan ganas de llorar...

Y el comisionado larga el llanto y apoya la cabeza sobre sus brazos...

—*¡Peje!* Me siento mal. No te vayas a ir, *Peje*. Acompáñame. Si te empeñas sembraremos el maizal.

* * *

—¿Dónde estoi?—preguntó el comisionado al dia siguiente, estirando los brazos y desperezándose despues de tan largo sueño. Debo estar en la capital.

—¡No, señor!—dijo burlonamente un centinela al través de la ventanilla—¿qué ha hecho del *Pejegallo?*

Ese nombre hace brincar al comisionado. De un golpe se le viene todo a la imajinacion, y piensa lúgubremente:

—Se me heló la chacra!

Despues la pena le coje, y larga el llanto... pero esta vez de veras.





CÓMPUTOS

Quien no sea de estopa y se dé el incómodo lujo de usar nervios, no debe asistir en dia de eleccion a los cómputos que se hacen en las secretarias de los partidos.

Las impresiones mas contradictorias se suceden unas tras otras, en interminable serie, sin dar tiempo para que el espíritu se reponga y vea claro en medio de tanta anarquia.

Al rededor de una mesa, cuatro o cinco personas inclinan la cabeza sobre estensos pliegos de papel blanco, rayado en estrechas columnas, donde van aposentándose números y mas números. Mas apartados se agrupan otros, estirando el cuello y clavando los ojos en esas filas de cifras, que van alargándose como cadenetas de hilo negro, irregularmente tejidas.

De repente, una puerta se abre violentamente y un hombre jóven, bien vestido, con el sombrero algo abollado, apretando nerviosamente en la mano un papel, entra de sopeton y dice con voz estentórea: *¡cuarta comuna!*

Todas las cabezas se levantan, todos los ojos se clavan en él, y encontrándose el recien venido con la importancia necesaria, se deja caer en un sillon. Despues de haber hecho esperar algo la an-

siada cifra, se deja oir: «trecientos cuarenta, contra cuatrocientos cuatro.»

Los que hacen los cómputos, colocan las nuevas cifras en los huecos que las esperan y ensayan una suma al márjen, para ver si ha alterado el cómputo.

—Caballeros—grita el que ha sumado mas rápidamente—¡ganamos por veinticuatro votos!

La noticia cunde, las puertas se abren, una voz clara dice afuera al público que pide noticias.

—Señores: un triunfo colosal corona nuestros esfuerzos. Una mayoria de trescientos votos arrojada por los cómputos, nos permite confiar en la victoria.

Grandes aplausos y gritos. La jente se abalanza a la calle y un momento mas tarde una poblada viva con entusiasmo loco al candidato.

Las caras de los que hacen los cómputos están sonrientes y satisfechas, y como no llegan nuevas noticias, se encienden los cigarros y se charla.

Un instante despues, la campanilla del teléfono repiquetea furiosamente. Alguien descuelga el fono y habla:

—...Si.. mal resultado... ¿cómo?...por sesenta y ocho votos? ¡qué barbaridad!... un *tutti*... ¿y los comisionados?

Todos los que están sentados se han puesto de pié aproximándose al teléfono para ver si se descubre algo de lo que se dice:

—...pero eso es enorme... ¡quién sabe si todavia se puede remediar!...

—¿Qué hai? ¿qué ocurre?—preguntan los que rodean, ya nerviosos y pálidos por la emocion.

—Háganme el favor de callarse, caballeros, que no oigo nada, replica el otro... si... perfectamente... procure ver a López inmediatamente... está bien... no lo felicito... adios.

Junto con colgar el fono, diez preguntas caen sobre el que hablaba, y es menester contestarlas todas.

—Una comuna perdida por sesenta y ocho votos. Se nos ha hecho un *tutti* escandaloso. ¿A ver los que llevan los cómputos?

Apunten: cuatrocientos sesenta votos contra quinientos treinta y ocho.

—¡Perdemos por cuarenta y cuatro!

—Es menester ocultar...

—Que no se nos conozca en las caras.

Afuera la algarabia crece. La noticia del triunfo ha recorrido las calles, y enjambre de partidarios pide detalles. El clamoreo se hace ensordecedor, y hurras y vivas resuenan a cada instante.

Un audaz sale de nuevo, y haciendo de tripas corazon, grita:

—Señores: el triunfo se confirma, la mayoria aumenta; los cómputos ratifican nuestro triunfo. Los enemigos se entregan a las mas audaces falsificaciones; pero nosotros sabremos evitarlas con dignidad y con talento!

Enormes aplausos saludan al orador, que entra de nuevo al *sancta-sanctorum* y se deja caer en un sofá.

—¿Pero es cierto que vamos perdiendo por cuarenta y cuatro? ¿no se habrán equivocado en la suma?

—No señor.

Y las caras se alargan se alargan de una manera atroz.

Nuevo estrellon en la puerta; un comisionado entra y se acerca a la mesa con faz airada:

—¡Nos han partido en la décima comuna! Perdemos por ciento cuatro.

—¡Qué barbaridad! ¡Pero ahí no se ha trabajado!

—¡Cómo que no se ha trabajado! No, señor. Quien tiene de esto la culpa es la secretaria...

—¿La secretaria? usted no sabe donde está parado... Los comisionados de la undécima faltaron a sus puestos.

—Esa es la injusticia de siempre. Y sacrifíquese uno para que no se lo reconozcan!

—¡Caballeros!—dice alguien—todo cargo es ahora estemporáneo. Todo el mundo ha trabajado como ha podido.

—¡Duodécima comuna! grita otro, penetrando como un ciclon, cuatrocientos sesenta y cuatro votos, nosotros; ciento cincuenta ellos.

—¡Bravo! ¡Eso es trabajar! ganamos otra vez.

Y los del cómputo escriben afanados, y suman con vertijinosa rapidez:

—Hemos pasado por doscientos sesenta.

Gritos afuera que piden noticias, y oradores que hablan. Todos los del *sancta-sanctorum* se lanzan de la pieza a dar las buenas noticias. La algazara sube de punto y los vivas se hacen mas sonoros y estruendosos. Los entusiastas se abrazan y se estrechan las manos y tres o cuatro centenares de personas salen a la calle vivando estrepitosamente.

Los del cómputo han vuelto a sus asientos y miran, con loca alegria, esa última simpática cifra que ha cubierto con creces el déficit que dejaban las anteriores.

De repente el comisionado que habia dado la buena nueva, vuelve azorado, con los ojos abiertos y rojo como una beterraga:

—Señor, señor ¡si me he equivocado! Yo no sé lo que tengo en la cabeza. Es al reves: ciento cincuenta votos nosotros y cuatrocientos sesenta y cuatro ellos...

—¡Qué animal! ¡Pero hombre! ¿Está usted idiota, caramba? ¿Habráse visto imbécil?

—¡Qué quieren ustedes! si tengo un dolor de cabeza atroz..

Y los del cómputo borran resignadamente, cambian las cifras y sacan el resultado al márjen:

—¡Estamos perdidos! ¡quinientos votos de diferencia!

—¡Ya no nos reponemos!

—Imposible!

—Yo no tengo la culpa; me habia equivocado.

—Salga usted de aquí, so tonto, que ha venido a embromarnos.

Vuelven afuera los gritos a preguntar detalles. Las puertas se cierran con llave, para que nadie se aperciba todavia del cambio de situacion.

De diversos puntos telefonean, pidiendo resultados y es menester responder con voz entera que hai buenas noticias, pero que aun faltan muchas mesas cuyo escrutinio no se conoce.

El candidato en persona, entra, pálido, desencajado, y se deja caer en un sillon:

—¿Hai esperanzas?

—Pocas... pero hai.

—¿Faltan muchos resultados?

—Como veintidos.

—Entónces estamos salvados.

Un rayo de esperanza pasa sobre los pliegos de papel, en que la cadeneta negra se ha alargado en muchas filas. Algunos cigarros se encienden y hasta una que otra risa estalla sofocada.

La noche avanza y con ella van acallándose los rumores de las calles, y apagándose los vivas.

Mucho rato trascurre sin que la puerta se abra y entren nuevos datos. El peso de los quinientos votos es abrumador y mantiene aplastados y mudos a los circunstantes.

—Yo siento vivas, dice álguien.

—Sí; parece una poblada.

—¿Vendrán a atacarnos?

—Seria eso tras cuernos palos.

Y, en efecto, se sentia un rumor como el que imita las turbas que se acercan, en el teatro.

De repente álguien descubre que es el gas el que produce este ruido, y disminuye los enormes abanicos de luz que se escapan sonoramente de los quemadores. Con esta precaucion, las turbas parecen alejarse.

Pero el decaimiento vuelve. Por fin, despues de larga espera, un galope de caballo suena en los adoquines, y se detiene en la puerta; despues un ruido de pasos y espuelas se siente en el pasadizo y la puerta se abre con estruendo. Un huaso alto, fornido, moreno, con poncho, botas y espuelas de enormes rodajas, se precipita con la sonajera de sus arreos, y alarga un sobre.

—El propio de Colina—dicen varios.

—Apunten ustedes—dice otro rompiendo el sobre y dictando unas cifras.

El cómputo se mejora; pero las incertidumbres siguen. Un carruaje a cuátro caballos se detiene a la puerta y tres o cuatro personas entran corriendo:

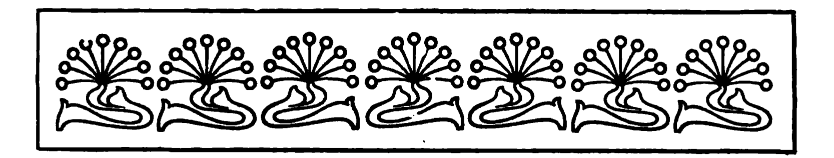
—¡Barrancas!

Los quinientos votos van bajando y con ello vuelven a encenderse cigarros y a estallar las charlas.

Pero como ya despunta la mañana y hace mucho frio y la tension del ánimo ha gastado las fuerzas, comienzan a dispersarse los computadores y con ellos, a apagarse las luces....

Volvemos a repetir. Quién se dé el lujo de tener nervios que no asista a cómputos de ninguna clase.





EN MARCHA



PRIMERA CLASE

El piteo del conductor, el silbato de la locomotora y el tiron de carros en que suenan las cadenas y chocan los topes, ha puesto ya en movimiento el largo convoi y quedan solo las manos que al traves de las ventanillas se ajitan y las que desde el anden contestan como queriendo retener y alargar ese momento supremo del adios.

Siempre nos ha parecido el tren que parte y que se aleja, completo símbolo de la ausencia y del olvido. Los séres que hemos querido, los deudos que han abandonado la tierra, los recuerdos gratos al espíritu, los amores tronchados por la ventolera de la suerte, son rostros palidos, que asomados a una ventanilla, se van alejando rápidamente, hasta perderse en las borrosas lejanias del horizonte azul.

Pero no poetisemos, porque el convoi no se desliza como una vela blanca sobre la tersa superficie de un verde lago, sino que salta, brinca, tiembla y culebrea sobre los rieles de acero, como una ferreteria que se desarma y descuaderna.

Un tren es un completo organismo social. Es un pedazo de ciu-

dad que viaja. El problema de las clases no se queda en el andén de la estacion, sino que se cala tambien el gorro de viaje y se confia a la buena voluntad de los émbolos. La primera, la segunda y la tercera clase, limitadas perfectamente en la boleteria y absolutamente separadas en los vagones, prueba que aun en marcha hácia lo desconocido (porque ¿quién duda de que los trenes marchan ahora a lo desconocido?) debe existir la realizacion del cuerdo refran español «cada oveja con su pareja» y «tal para cual y Pascuala para Pascual.»

No hablemos del *Pullman*, como no hablemos tampoco del carro fúnebre *estraordinario*, ni de los palcos cuevas del Municipal, porque solo son éstos grados superiores dentro de la primera clase.

Reduciéndonos solo a los trenes, sentamos algunos axiomas indiscutibles:

En primera, viajan los que tienen antojo o placer de viajar.

En segunda, los que tienen necesidad de viajar.

En tercera, los que han recibido órden, encargo o mandato de viajar.

Con mas claridad y ménos palabras: en primera se viaja por capricho, en segunda por necesidad y en tercera por obediencia. De donde se deduce—como dicen los profesores de matemáticas—que en primera clase predomina la satisfaccion, en segunda la paciencia y en tercera la resignacion.

Comenzamos por la primera clase, porque como no somos socialistas, consentimos en admitir los números ordinales y creemos, por consiguiente, con sinceridad, que uno está ántes que dos y mucho ántes que tres.

En primera clase se nota mucho equipaje. Maletas debajo de las piernas, sacos metidos bajo los asientos, paquetes, bastones y cajas de sombrero en las redecillas y aun maletines y ramos de flores o jaulas con canarios sobre las faldas.

A un estremo del carro, una familia numerosa ha ocupado varios asientos. La señora, con una capa de viaje un poco antigua, capota con violetas de corona fúnebre y velo negro, cabecea acompasadamente miéntras un rayo de sol que pasa por la ventanilla, idealiza un poco su tranquila figura de madre de familia virtuosa

y fecunda. En el asiento del frente, dos niñas con velo blanco, con ese sentador velo blanco que convierte a las mas vulgares morenas en odaliscas ejipcias miran el bienaventurado sueño de la mamá y se sonrien. En el otro lado, la mayor de las niñas, una morena alta, de perfil delicado, tiene en su falda a un chiquitin hermanito suyo y pierde su vista embelesada en el campo que se estiende interminable hasta los cerros azules de la cordillera. La sonrisa leve que vaga en su rostro, la viveza con que los ojos están fijos en la lejania, hacen pensar que no es el mundo esterior lo que atrae su atencion, sino el mundo interno de recuerdos y esperanzas. Cualquiera diria que tiene la misma manera de mirar que el jóven guardiamarina que por primera vez se va a lanzar a los azares del océano, abandonando las costas de la patria. Flota en torno suyo esa dulce embriaguez del espíritu que idealiza la vida y que hace pensar que la bellísima morena se va a embarcar para surcar mares desconocidos... El chico la saca de su abstraccion, dándole una palmadita en la mejilla para espantarle una mosca que habia buscado allí terreno firme.

Otro chico se ha asomado por la ventanilla y el viento le ha arrebatado traidoramente su gorra de marinero que ostentaba orgulloso el letrero de *O'Higgins*. Llorando a mares, el desgraciado exije imperiosamente que se haga parar el tren. Por fin se logra convencerle que eso no es posible y él entónces, secándose las lágrimas con la manga, dice sollozando:

—El conductor lo va a hacer parar a la vuelta y se va robar la gorra para sus chiquillos!

Y otros vástagos de la misma señora, que duerme imperturbable, se entretienen en ver cómo los árboles parece que caminaran en sentido contrario al tren, y como los animales se ven tan chiquitos que parecen cosa de juguete.

En otro asiento tres caballeros, dos de ellos diputados y el otro agricultor, conversan en voz baja y accionan vivamente. A pesar de que hacen esfuerzos porque no se les oiga la interesante discusion, es fácil pescar palabras sueltas:

—...es un hombre preparado...

—...serio.

—El pais necesita una mano de fierro...

—...la administracion corrompida...

—...yo lo prefiero a todos...

Mas léjos hablan dos señores de la cosecha, de engordas, del precio de los animales, de la ruina de los árboles frutales...

Mas léjos aun, un presbítero reza en su breviario y de cuando en cuando se distrae mirando hácia el campo.

En un estremo un hombre pálido, desencajado, envuelto en un sobretodo de invierno, tose incesantemente:

—¡Don Anastasio!—esclama otro—¿cómo está usted?

—Ya lo vé... haciendo hora para la tumba...

—No diga usted eso, hombre; usted respira salud por todos los poros...

—Es demasiado amable, don Miguel. Yo voi a ménos, lo siento y no puedo evitarlo.

Y un nuevo acceso de tos hace ponerse encarnado ese rostro pálido y cadavérico.

Un matrimonio cierra el vagon: los dos están juntitos y conversan tan incesantemente como si nunca se hubieran hablado nada.

Y ese es el carro de primera, descolorido, estirado, monótono.

SEGUNDA CLASE

El carro de segunda clase es el que lleva el *cocaví*. La canasta tradicional con un pollo fiambre, una botella de vino dulce, pan, queso, un trozo de longaniza y bizcochuelo. no hace falta nunca bajo los modestos asientos de segunda.

—A mí todo se me puede olvidar—dice una señora gorda—menos el cocaví para el camino, porque todo es dar el pitazo el tren y yo sentir un acabamiento de estómago que me desespera...

Y en efecto, a poco andar, la señora saca de entre sus vestidos un trozo de pollo y hace que tire de un estremo su hija tan empefriollada como cursi:

—Pero, mamá—dice la muchacha—fíjese que ese jóven que está aquí detras me viene pretendiendo...

—¡Jesus! No vayas a perder tu puesto de *estitutriz* porque te ven comiendo... Tira, tonta.

—Pero mamá... Me voi a sacar los guantes.

—No seas ordinaria. Comer con guantes es la suprema distincion... Cómete este encuentro.

La *estitutriz* dá una mirada de tortuga agonizante al jóven que la pretende, para significarle que ella no necesita de encuentros para alimentarse... aunque a los dos bien le vendria un encuentro para hablarse cosas melífluas y amorosas.

El jóven que la pretende, ama en ese instante mas que a la jóven al pollo, porque sus recursos solo le permiten almorzar dia de por medio...

—Yo le voi a ofrecer longaniza—dice la señora.

—Pero, mamá...

—¡Vé! ¿No va a ser mi hijo polítido el dia ménos pensado? ¡Pues basta de políticas!... Oiga, jovencito, arrímese, que aquí traemos cocaví...

El jóven se ruboriza, vacila, y concluye por aceptar, estrechando con una mano la de la institutriz y con la otra la próvida longaniza que se le alarga...

—A mí no me gustan etiquetas... A usted le parece bien la Amelita, a mí me parece bien usted y no hai mas... ¿Qué tal la longaniza, ah? Mui barata... Mire usted, aquí donde usted me vé, yo soi mui aficionada a las cosas de chancho, y ando en Santiago detras de las chancherias a ver dónde hacen las longanizas mejores y mas baratas... Lo que es para los chorizos, no hai como la calle del Puente y para las longanizas, en la plaza misma... En cuanto a las chuletas no las compre usted en ninguna parte ..

—Nó, señora, no las compraré...

—No, no las compre, porque tienen unas cosas que llaman *treschinas* que viene a ser algo como si lloraran los ojos. ¿A usted no le llora algo?

—Sí, señora, el estómago...

—Coma usted con confianza, hombre. Usted ha caido bien en la familia...

—Sí, señora, gracias; pero temo que la longaniza no caiga bien en la familia, quiero decir, en mi estómago...

—¡Qué ocurrenoia! Aquí tiene vino dulce... Este vino me lo manda de Cauquenes mi hermano Simon... ¡Ai ese bienaventurado! Es un hombre de Dios... ¿Usted no lo conoce?

—No, señora...

—¡Cómo! ¿Usted no conoce a Simon?

—Si, señora, de nombre muchísimo, y hasta de vista, porque un dia hablé con él por teléfono...

—Bueno, pues ahí, donde usted lo vé, tiene una mujer que es un demonio ..

En fin, doña Ursula sigue hablando ella sola, miéntras el jóven devora a la longaniza con la boca y a la institutriz con la mirada...

—Oiga, Ramon—dice de repente la muchacha—no me gusta que sea usted tan espresivo cuando ande con los zapatos nuevos; fíjese que me los ensucia...

Y hace con la boca un jesto de regalo y de moneria, tan esquisitamente cursi, que se echa de ménos una máquina fotográfica.

Un suspiro suena mas atras, un suspiro largo, cadencioso, melancólico... ¿Es una garganta de mujer, la que lo ha emitido? No, señor. ¿Es siquiera la garganta de un cantante afeminado y sin contrata? No, señor; es un peluquero de largos bigotes encarrujados, de cabeza peinada con arte sin igual y oloroso como una mata de jazmin del Cabo.

Hai en esas ensortijadas ondas, todos los líquidos de todos los frascos de un lavatorio de peluqueria.

Campea sobre todo la esencia de heliotropos, un resto de agua de Colonia flota desvanecido, la quinina amortigua un poco al penetrante vinagre del tocador, el carilopsis del Japon se mezcla con la esencia de violetas, y el agua del Portugal es un lazo de union tendido entre tanto perfume.

—Debe ser una persona distinguida—dice la señora gorda—porque huele mui bien.

Al frente del peluquero se sientan dos individuos de manta, pero con buena ropa. Uno de ellos es un cuadrino que va a buscar animales gordos a la Requínoa, y el otro un comerciante en frejo-

les que los compra en Curicó y los revende en las bodegas de Santiago. Los dos van mareados con las esencias del vecino y no tardarán en decirle alguna impertinencia.

En seguida va una dama gruesa, morena que se puede llamar Irsolina Ahumada o Herminia Tapia, eminencia jinecolojistá llamada con precision a Chimbarongo. Ella puede oponer una tímida defensa a los olores vejetales del peluquero, con cierto tufillo de ácido fénico que irradia hácia todos lados.

Un maestro de escuela ronca con sus gafas en la punta de la nariz; un alumno de la Escuela de Clases que regresa a su hogar, sueña mirando al través de los cristales; un estudiante pobre lee una novela por entregas con adulterios, asesinatos y parricidios; y un seminarista arrinconado con timidez en un estremo lee un libro que se llama *Harmonias entre la Ciencia y la Fé.*

Al otro lado se vé una muchacha mui pintiparada, con aspecto de sirvienta de casa grande que va a la suya con permiso y lleva un baúl con diversos obsequios para la familia. Dentro del baúl va una tetera de plaqué, la misma que se desapareció en un robo en la casa de que es sirvienta, y de que se culpó al cochero por unanimidad de votos; un par de botas de charol «de la señorita», tambien desaparecidos misteriosamente; un vestido negro de seda, metido por distraccion en su caja, en vez de hacerlo en el ropero de la señora; y un par de pantalones del caballero, destinados a cubrir las formas de su primo, con quien se ama clandestinamente.

Y en la plataforma, fumándose un cigarrillo endemoniado, un italiano con cabeza de violinista, que seguramente piensa en Verdi...

TERCERA CLASE

Jaula, mas que carro, el vagon de tercera clase ni es cómodo, ni es hijiénico, ni huele bien, ni presenta poesia de ninguna clase.

Tampoco se ven én él maletas ni sacos de ropa, ni maletines, sino canastos de mimbre con huevos, atados de pollos y gallina y uno que otro pañuelo listado o a cuadros, con algunas docenas de brevas *curadas*... o anti alcohólicas.

Flota en conjunto, cierto olor a persona, nada grato, el perfume natural de las aves, que tampoco es aristocrático, y el de los huevos que comienzan ya a sentir en su interior el jérmen de una vida oculta, o mas claro, el jérmen de un pollo aún invisible.

En primera línea, al alcance de la mano, vá una mujer seca, arrugada, verdosa y triste. Lleva envuelto con el clásico desaliño de costumbre, el pañuelo de reboso que es al mismo tiempo para el pobre, abrigo, adorno, traje de fiesta, colcha, frazada y tapadera. Con ese pañuelo se casan, con ese pañuelo viven, con él trabajan, con él se acuestan, con él amanecen, con él bailan, con él se enferman y con él se mueren. ¡Oh fábricas europeas! Nunca encontrareis para probar la buena calidad de vuestros tejidos, otro objeto mas elocuente y mas irrefutable, que el pañuelo de reboso de nuestras mujeres del pueblo!

Nuestra vieja lleva ademas, dos pedazos de jabon bruto pegados en cada dien, y segun vá de preocupada y mal humorada, no debe ser mui eficaz el remedio. Una colilla de cigarro humeante y puesta detras de la oreja, como colocan la lapicera los oficinistas, nos demuestra que la viajera *pita*.

A su lado un huaso con manta roja, sombrero de pita, patilla y bigotes desgreñados, pero con una cara de bobalicon que es un encanto, bosteza, abriendo tamaña boca y cuidando de santiguársela cada vez para que no se le entren por ella ni las moscas ni los malos espíritus. Arde en deseos de entrar en conversacion con la vecina, a quien conoce, pero no encuentra la palabra; por fin, hace un esfuerzo, se rasca la cabeza levantando por un lado el sombrero y habla:

—¿Y qué es de su vida, comaire?

—Aquí lo estamos pasando, pué; viviendo pá no morirlos.

—¿Pal pueblo es viaje?

—Sí, porque tengo a la Irnacia en el espital, con la tis.

—Y no le ha dado usté comaire, sandilla con vinagre...?

—Nó, compaire. Los meicos le recetan otras medecinas importáas, que la alivian mucho. ¡Pobre Irnacia!

—¿Sortera, comaire?

—Nó, compaire.

—¿Casáa?

—Tampoco. Comprometia estaba cuando la pilló la tis. Pero er novio dice que no la espera, porque le apura casarse. ¡Pobre Irnacia!

No léjos de esta pareja vá otra; pero de un mismo sexo. Los dos van de poncho de castilla y sombrero de pita, pero ninguno tiene la cara de bobalicon que el que acabamos de oir. Debajo del asiento vá un cajoncito de tablas de álamo que dice con letras negras: *erramientas*. Si fuera posible poner el cajoncito al alcance de los rayos Röentgen, sufriríamos una sorpresa al ver que en vez de formones, garlopas, serruchos y martillos, contiene cuatro carabinitas recortadas, convenientemente acuñadas con trapos y papeles. Quien sabe si por eso han escrito la palabra sin *h*, dejando la *h* para las de carpinteria.

Son los dos viajeros, *el Zurdo* y *el Hereje*, hombres de decision y de empuje, capaces de descalabrar a un policial si se les pone por delante; que no dan a elejir entre la bolsa y la vida como se hacia en la antigüedad, sino que piden las dos cosas. Nacidos para el banquillo, saldrán el dia ménos pensado en unos versos de *ajusilamietno;* cada vez que tienen hambre se echan la carabina a la cara y *¡pum!;* no comen el pan con el sudor de la propia frente, sino con el sudor y la sangre de los demas. Esos son *el Zurdo* y *el Hereje*, dos abarrajados que acabarán mal.

¡Qué bienaventurado sueño el de un rotito que afirmado contra la ventanilla, se ha quedado con la boca abierta roncando con apacibilidad de rumiante! Las moscas entran y salen de ella, y se pasean por su rostro y revolotean y juegan y se aman, y las aficionadas a las esploraciones suben hasta la punta de la nariz, y se creen por eso unos príncipes de los Abruzzos en miniatura.

Morena, ñata, de ojos negros como el carbon, despeinada, pero buenamozona, una muchacha con vestido rosado de percal, se sienta al lado de su madre. Debe ser sucia como una escoba, pero tiene unos ojos tan amorosos, una nariz tan arriscada, una barba tan redonda, y unos crespos tan naturales, que no cabe duda alguna de que se la disputarán para llevarla al altar y hacerla fecundísima e incansable madre de párvulos, destinados a morirse de cualquiera cosa. Debajo de ellas aletean algunos pollos sofocados. Y se comprende.

Frente a otra ventanilla, un lego de San Francisco, encargado de recolectar limosnas en los campos, sonrie apaciblemente, seguro de merecer la aprobacion del superior, con un saco de frejoles y dos de papas que ha embarcado en el carro de equipajes. De cuando en cuando se santigua disimuladamente, ya para desvanecer alguna importuna tentacion, ya para acabar algun rezo o meditacion en que entretiene el espíritu. Su curva nariz se destaca frente al límpido paisaje que encuadra la ventanilla y parece un apagador de cirios amarrado a la caña. La sonrisa que flota en su pelada cara, es la nota mas elevada da este carro tan escasò en elevaciones y en detalles intelectuales.

Lo demas es plebe dentro de la plebe, maleza dentro de la maleza; un borracho de nariz colorada y ojos picarescos, que reconoce él mismo en voz alta encontrarse «algo rascuchin»; un soldado de fisonomia indiferente; unas dos o tres mujeres enfermas que van en busca de hospital, de ataud o de médico; y un gasfiter que vuelve con todas sus herramientas y el pasaje pagado, de conectar unas cañerias y soldar un baño de laton.

Y esa es la tercera clase, el estado llano, el pueblo o como se le quiera llamar: mucha incomodidad, muchos olores poca poesia y poca hijiene.





Laudator temporis actis

(ALABADOR DE LOS TIEMPOS PASADOS)

"Camine usted Cañadilla abajo, Cañadilla abajo, y donde vea un letrero que dice *A la gloria de Balmaceda*, se para, entra a un pasadizo y pregunta por don Floridor Cárcamo; él es el hombre."

Estas eran las señas dadas por la persona que se interesaba en que este señor caido el 91 en desgracia, se colocara en un puesto para el cual podíamos hacer valer algunas influencias.

Andando. Pasa Ebner con sus chimeneas; la Escuela de Medicina con su fachada medio *partenónica* (perdon); un sin fin de tiendecitas chicas, baratillos y bazares; un millon de despachos con licores *finos* y muchas hojalaterias con tarros, palanganas, alcuzas, embudos y regaderas de laton colgadas en la puerta. Pasa todo eso y mucho mas, y cuando ya queda poca Cañadilla por delante, un letrerazo verde, color de la esperanza, nos indica que hemos llegado. Allí está *La gloria de Balmaceda.* Entramos al pasadizo, golpeamos y sale un señor de zapatillas, cojeando un poco y pa-

sándose una mano por una soberbia pera napoleónica de coronel retirado.

—El señor Cárcamo?

—Servidor.

Le esplico la causa de mi visita y soi introducido en un saloncito, modestísimo, en que una arpa con cintas, puesta en un rincon, me prueba que en la casa hai una niña, y un retrato Francisco Bilbao me indica que tambien hai alguien qne profesa el radicalismo primitivo.

—Los piés andan mal, señor?

—Todo anda mal, caballero.

—Pero en especial los piés ¿ah?

—Sí, señor; dolores reumáticos.

—Su situacion me dice que es mala: igual cosa me ha dicho don X.

—Malísima. Calcule usted, estoi aquí de limosna; un correlijionario mio me tiene por amistad y por lástima. Yo que he tenido una buena posicion, no puedo sostenerme así por mas tiempo. Deseo conseguir cualquier cosa, y trabajar en cualquier puesto por mezquino que sea.

—Bien. Eso es lo principal. ¿Usted se ha ocupado ántes?..

—Verá usted. Fuí el 80 oficial del 2 de línea y llegué a teniente; dejé el cuerpo y despues el ejército para trabajar en el campo. Mas tarde fuí oficial civil. Despues me ocupó el gobierno en las elecciones...

—¡Tate! Entonces no se usaba esto de libertad electoral ¿eh?

—¡Qué se habia de usar! Entonces habia intelijencia (con perdon) y el gobierno estaba para mandar. El presidente de la repúblisa tenia el pais de cola y tirantes, y se metia el congreso al bolsillo. ¿Cree usted que entonces se iba a permitir que cuatro gatos echaran abajo un ministerio? ¡Que se guardaran caballero! *(Puñetazo en la mesa).* El que no pensaba con el gobierno, no salia diputado ¿no es lójico? sino, dígame usted con la mano en el corazon: ¿El pais, es pais o no es pais? Entendámonos caramba! *(Puñetazo)* Llega un parlachin que se permite opinar contra el presidente, que se permite discrepar de los rumbos del gobierno... ¡Que disrepe en su casa, canastos! *(Puñetazo doble, salta al suelo un álbum con*

retratos). Pero no vaya al congreso a poner dificultades al gobierno, a cerrarle el camino con vallas, a armar zancadillas. Sino, ¿quién gobierna? ¿Para qué se ha nombrado a uno que mande? ¿Qué dirá el estranjero? Pero nó. Ahora les ha entrado con la tal libertad electoral que es una pamplina, una gran pamplina, una farsa canalla, caballero. *(Triple puñetazo. Cae un florerito con rosas).* ¿Porqué se hizo la revolucion? Para recortarles las alas al gobierno, para quitarle una pata al sillon presidencial y dejarlo cojo, para que Roca nos pueda poner el pié encima ¡para eso! Ahora sale el presidente con que no intervendrá en la eleccion presidencial. ¿Ha visto usted dislate mayor? ¡Para qué está ese hombre ahí, ¡cáspita! sino para mandar, para imponer sus rumbos, para hacer pesar su voluntad? ¿Ese es un muñeco? ¿Es un poste? ¿Es un palo blanco? ¿Qué es entónces, que no le importa que le suceda Juan o Pedro? ¡Esto es infame, esto es villano, esto va para abajo! *(Puñetazo. Y van para abajo una fosforera y un cenicero.)*

¡Ah, esos eran otros tiempos. Don Domingo Santa Maria, don José Manuel Balmaceda *(se saca el sombrero)*, don Pedro Lucio Cuadra, don Demetrio Lastarria, don José Francisco Vergara, ¡esos eran hombres! ¡Los de hoi son insectos! Entonces no se movia una paja si el Presidente no queria que se moviera. Cuando era oficial civil me trajeron de Peumo, y el mismo intendente me dijo: «Cárcamo, fuerte y feo con los opositores.» «Mi intendente—le dije yo—¿fuerte y feo solo? le juro su señoria que no se acerca un opositor a la mesa, sin que salga con el mate partido.» Fué en la Cañadilla señor, eso es ganar elecciones; se sableó, se dieron caballazos, hubo muertos y heridos, pero la ganamos. En la mesa en que me puso a mi el gobierno, lograron votar treinta y dos opositores; pero el presidente les tarjó los números con una raya azul, y salió el total por el gobierno. ¿Lo vé usted? Asi salian los congresos de un pelo, asi se hacia la voluntad de uno, asi progresaba Chile ¡cáspita! *(Puñetazo feroz. Cae de cabeza un Mefistófeles de yeso).* El que manda manda, por quien o por la fuerza; sino entienden de palabras a sablazos entenderán. ¡Faltaba mas que porque al congreso se le antoja, pueda un ministerio venirse al suelo! Eso es inícuo, señor. ¡Esos eran tiempos! ¿Esos eran congresos! ¡Esa era patria!

Y el ganador de elecciones se quedó con los ojos clavados en el horizonte de esa época. De pronto se interrumpió.

—¿Quiere usted saber una cosa? Si el presidente Balmaceda le hubiera dado un par de tiros a cada diputado o senador de oposicion, no habríamos tenido guerra civil. ¡Es que todo anda mal, señor! Es que hoi el gobierno se deja meter el dedo en la boca. Que tenga el Presidente su candidato, que lo lleve a las urnas, que llame a los niños de entónces, y yo seré su servidor y verá usted si no sacamos la unanimidad en todo el pais.

En ese momento el ganador de elecciones volvió a la realidad, tosió, se enjugó el sudor con el pañuelo y tendió la vista hácia el tendal de objetos que su vigorosa mímica habia dejado en el suelo.

Yo aproveché para despedirme pero noté que don Floridor Cárcamo miraba con aterrados ojos al suelo, donde yacia maltrecho el Mefistófeles de yeso, con su perilla rota y su mueca irónica trizada.

—Señor—me dijo con dignidad—si tuviera usted ahí cincuenta centavos para mandar pagar este mono, se lo agradeceria en la vida. Estoi aquí de limosna, de lástima.





SUBMARINOS

En estos momentos en que cada nacion del orbe, ensaya su submarino, debemos dedicar brevísimas líneas a esta máquina de guerra, que será, el dia ménos pensado, una asombrosa realidad en las armadas de los pueblos grandes.

Desde luego salta a la vista, por nuestros telegramas de ayer, que los submarinos europeos se ensayan en pleno océano y los arjentinos y brasileros en baños de natacion.

En esta materia, es menester proceder con mucho tino. Un señor, que habia estudiado durante muchos años el interior de los congrios para ver la manera de fabricar un submarino que fuera un verdadero pescado de acero, comenzó sus esperiencias haciendo uno tan pequeño, que podia navegar en una copita de *coñac*. En seguida, alentado por el buen éxito, hizo otro mayor, para ensayarlo en un aguamanil. Mas tarde estimulado por la prensa y por sus amigos, construyó un tercero, capaz de navegar en una taza de lavatorio. Posteriormente y a impulso de numerosos informes favorables, se arriesgó a hacer las esperiencias en un baño de tina. Mas tarde, con la ayuda del gobierno, con numerosas suscriciones populares, y a los ruegos de la familia, lanzó un nuevo modelo a un baño de natacion.

Hasta este momento todo le sonreia al inventor. El submarino, desde el agua manil, comenzó a revelar sus condiciones náuticas: era un verdadero pescadito que se movia a flor de agua y se sumerjia empujándolo con el dedo, para volver a salir de nuevo a la superficie. Mas tarde aun, el submarino fué lanzado a la laguna de la Quinta, y allí, el inventor se sirvió de una picana larguísimal para sumerjirlo de tiempo en tiempo.

Llegó el momento de hacer las cosas sérias. ¡El océano! El nuevo modelo, hecho naturalmente en forma de puro—porque esto de la forma es lo primero, tratándose de submarinos—fué lanzado al mar delante de un escojido concurso.

Pero allí se acabaron las condiciones náuticas vislumbradas en la copita de *coñac*, pronunciadas despues en el aguamanil, desarrolladas en la taza de lavatorio, acentuadas en el baño de tina, y llegadas a su apojeo en la laguna de la Quinta. El ájil pescado, e congrio de acero, se quedó allí como una boya, bajando y subiendo a merced de las olas, hasta que una mui grande lo botó a la playa como diciendo: A mí no me vengan con bromitas!

Esos famosos submarinos, el Ricaldoni de Buenos Aires y el Márquez del Brasil, acaban de salir del período del aguamanil y han entrado al del baño de natacion. Cuando lleguen al mar, pediremos al gobierno que trate de adquirirlos en calidad de boyas, para colocarlas en la bahia de Valparaiso.

Hoi por hoi, van muchos caballeros pobres por la calle, con cara de visitadores de escuela o de militares retirados, y que son, sin embargo, inventores de submarinos. Uno a quien, por desgracia, servimos de consultor para sus trabajos náuticos, compró en un meson de la calle de Ahumada una *cocktelera* de plaqué, y se fué a ensayarla en el gran pilon cuadrado que se ha hecho últimamente frente a la calle del Ejército. Para darle fuerza motriz, ideó con gran injenio ponerle en el interior un ratoncito que servia admirablemente de motor.

Alguien interrogó al inventor sobre cuántos caballos de fuerza necesitaba su submarino, y él replicó:

—Caballos, ninguno. Es un ratoncito solamente.

Nosotros, con el rubor en el rostro, confesaremos que somos tambien inventores de un submarino. Se nos ocurrió la idea, co-

miéndonos una trucha en el Club de la Union; y, para observarla bien, pedimos otra, a la que dimos asimismo pronto fin. Nos pegamos una palmada en la frente, que es lo que hacen los inventores cuando se les ocurre algo... o cuando les incomoda demasiado una mosca; y resolvimos estudiar a fondo el problema de la navegacion debajo del agua.

Desde luego, nos entregamos a fumar cigarros puros, para familiarizarnos con la forma que debe afectar obligadamente, un submarino serio. Despues buscamos una de las cápsulas de acero en que va encerrado el carretel de hilo de las máquinas de coser, y al traves del cual se saca la hebra para meterla en la aguja; y con ella nos pasábamos las horas muertas al lado de una gran gamela llena de agua.

¡Oh suerte! De repente, descubrimos el submarino. La cápsula se nos soltó de la mano y con una admirable seguridad, se fué al fondo. Estaba descubierta la *inmersion;* faltaba solamente descubrir la *emersion.*

Tuvimos un placer tan intenso. al darnos cuenta de que habíamos conseguido descubrir ya la mitad del submarino, es decir, la funcion de irse debajo del agua; que pasamos muchas noches de claro en claro tratando de resolver la otra parte: el que pudiera volver a la superficie.

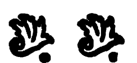
Allí nos llevábamos al lado de la gamela, como en otros tiempos el inmemorable Simon el Bobito, esperando que la cápsula subiera por sí sola o por diversos procedimientos que ensayábamos sobre el agua. De repente, una nueva palmada nos damos en la cabeza. Estaba descubierta la *emersion;* nos subimos la manga, y metiendo la mano al fondo de la gamela, sacamos nuestro buquecito a flote.

Y hé ahí como quedó inventado el submarino *Pino*, que por ahí anda con el *Holland,* el *Zedé,* el *Morse,* el *Narval,* el *Ricaldoni,* el *Márquez* y el *Urzúa Cruzat.*

Sin embargo, como no hemos quedado satisfechos completamente con nuestro sistema de emersion, pensamos poner en práctica otro. Para los efectos de sumerjir el buque, todos los tripulantes del submarino se meterán piedras en los bolsillos, y una vez que se necesite ascender a la superficie, dejarán a un lado las pie-

dras y entónces, alivianada la tripulacion, el buque subirá como una pluma hasta el aire y la luz. Si se quiere bajar de nuevo, bastaria repetir la operacion, para lo cual se llevarán dentro de buque algunos sacos de adoquines de primera clase.

Pensamos proponer la compra de nuestro submarino al supremo gobierno, y, si no la consguimos, nos veremos en el caso de ofrecerlo a alguna nacion enemiga de Chile, como es costumbre en estos trances.





El artículo mas difícil

¿SE encuentra usted capaz de escribir una seccion de modas, para las damas, y firmarla con pseudónimo femenino bastante dulce o bien con un título nobiliario de marquesa o baronesa?

—De encontrarme capaz, me encuentro. Yo soi capaz de todo, ménos de pronunciar discursos en la tumba de otro. Con que, ordene usted.

—Necesito un artículo frívolo, mui frívolo, mal escrito, con pésima puntuacion, y con muchas palabras francesas. Debe tratar de cintas, plumas, sombreros y vestidos.

—Está bien. Me permito observar que estas cosas no se leen...

—No obstante.

—Me tomo la libertad de creer que no será bien recibida...

—Sin embargo de todo.

—Creo...

—¡No crea usted nada! Espero el artículo.

Tomé una hoja de papel rosado, que sumerjí en esencia de heliotropos. Busqué, en seguida, un alfiler de sombreros, y me puse a escribir entintándolo en vinagre de *toilette*.

He aquí lo que salió:

* * *

PARA LAS DAMAS

—¡Qué lindo el sombrerito que acaba de recibir madame Chapotier! Figuráos un picaflor de alas abiertas; agregad una amapola roja como fuego; envolvedlo todo con una cinta *molaoré;* pasad de lado a lado un alfiler con cabeza dorada; ponedle en fin una pluma blanca, y tendreis una *derniere creation*, que hace sentir la nostaljia del *boulevard.*

¿Pensais el efecto que haria, en vez de la amapola, un copo de lilas blancas? ¡Ah! Las lilas... Las lilas que sujestionan sentimentalmente, *amoureusement.*

La lila es una jentil flor; flor *joyeuse*, de la mas fina aristocracia; si en vez del picaflor, colocais una mariposa atornasolada, el efecto será sorprendente y vuestras amigas se morirán de envidia.

¡Ah! Qué lindo triunfo, despertar la envidia de las damas, hacer volver codiciosamente la cabeza de la íntima y querida prima que pasa en sentido contrario. ¡Ah! eso es un placer incomparable que compensa la larga jestacion del sombrerito de primavera.

Sed sencillas y livianas para vuestras concepciones. Flores, muchas flores. Unas tres o cuatro guindas rojas, no vienen mal. No faltará un pajaro voraz que dé sus vueltas con deseo de darles un picoton. Podria quizá confundirse y dar en vuestros labios... ¡Oh, *pardon*, mis queridas amigas! No os ofendais; no he querido ser intencionada. Agregad siempre la cinta, la cinta audaz, anudada con vigor pero con sencillez.

La cinta es a la mujer, lo que el canto al ave. Una cinta mal enlazada, es un delito; un delito de seda, pero un delito. En cambio ese lazo *charmant*, en que la cinta parece una flor, en que los pliegues parecen hechos al descuido, en que la rosa semeja un bullon caprichoso ¡oh! no me hableis, porque desfallezco de admiracion!

Cuidad asímismo de las flores; haceos acompañar siempre de un *bouquet* delicadamente escojido y engarzado al descuido en el seno. Si vais al teatro, buscad una orquídea para la cabeza, y una sola rosa para el borde del escote; sereis así el verdadero sueño, la *rêverie* de un hombre artista. ¡Así os quisiera ver, amiguitas, a la salida del teatro, aunque supongo, *(pardon)* que ya habreis dejado caer

quelque bouton de rose en un entreacto, para que algun avisado galan lo recoja y se lo guarde como un *souvenir d'amour*.

Viene de Paris la *derniere* novedad en materia de *bibelots*. Se trata de una mesita, de una mesita de centro, un verdadero chiche. Sobre su tapa, os hareis pintar por un pintor amigo, un *crysantheme,* aun seria preferible una dalia por la novedad. Al abrirla se dejará ver un servicio de seis tacitas de té, de loza sobre dorada (es la gran *atraction,)* Allí invitareis a vuestras amigas, dándoles alguna sorpresa agradable.

¡Oh! no puedo cerrar esta *revue de modes*, sin recomendaros la coqueteria en los *abat jour*. Iluminad bien la salita de conversacion: gastad en esto vuestro injenio, y triunfareis. El verde nilo, ¡ah! no me hableis del verde nilo, visto a la trasparencia de una luz blanca... Es enloquecedor, amigas mias. Yo os diré. En mi último viaje, visité en Paris a Madame la *comptesse* de Créme Froid, de la mas alta nobleza. Oidme.—Estaba en un saloncito persa color rojo. Ella llevaba una bata color *bleu* con *chantilly*, el pelo dividido en dos ondas, a la Cléo de Merode, dándole en el rostro el reflejo del *abat jour* verde nilo *¡Charmante!* No he visto nada igual; la dí un beso al saludarla, pero la habria mordido de envidia, os lo juro.

¿Quereis algunos secretos del tocador? Ahí van, mis adorables lectoras. ¿Deseais tener el rostro sano, sonrosado como muchachitas provincianas que gozan de cabal salud? Usad la *créme rouge* recien llegada de Paris; es el furor de los centros refinados. ¿Quereis, por el contrario, la palidez romántica y *demodée* de las heroinas de folletin? Bebed todos los dias ácido oxálico y para variar mezcladlo de cuando en cuando con alcohol absoluto. Os garantizo la palidez. ¿En cambio, ambicionais el justo medio, el color suave, delicado, de pétalo de rosa? Tomad un poco de *créme rouge* (os he dicho que hace furor; creédmelo) juntadlo con leche de almendras y un poquito de vinagre de *toilette*. En seguida os frotais el todo con un trozo de seda y os abanicais por espacio de cinco minutos. En seguida vais a la visita y con seguridad os dirán:—¡Qué lindo color traes! Si no te conociera, creeria que te pintabas!—Y os reireis vosotras, amiguitas, de tal *sottisse*, porque lo que os recomiendo no es artificio ninguno.

Por último tres renglones de cortesia. ¡Oh! La cortesia. Madame

Sevigné dijo: «La cortesia en la mujer es la revelacion de su espíritu; en el hombre es el disimulo del mismo». Jorje Sand decia: «Sed amables, sonreid, mirad con dulzura; habreis hecho así medio camino en la vida». La Pompadour dijo en una ocasion: «La cortesia es la juventud» y una inolvidable escritora contemporánea ha dicho esta admirable frase: «¿Quereis ver a la vida el lado plácido y lijero? Sed corteses». Y vosotras sabeis, amigas mias, la estupenda frase de Metternich: «Lo cortes no quita lo valiente».

Dejaos siempre un rizo del cabello suelto, y así tendreis ocasion al acomodároslo muchas veces, de lucir vuestras manos. Sed precavidas, y no acomodeis jamas el peinado de tal modo que no se descompongan nunca, y no os dé motivo de coqueteria.

Y por hoi termino. Os hablaré en mi próxima de los trajes blancos para el veraneo en las playas, de las *toilettes* de baños y de otras lindas novedades de Paris. *Au revoir.*

❦ ❦ ❦

Presenté mi artículo al director. Lo tomó éste, lo leyó calmadamente y lo arrojó al canasto de los papeles.

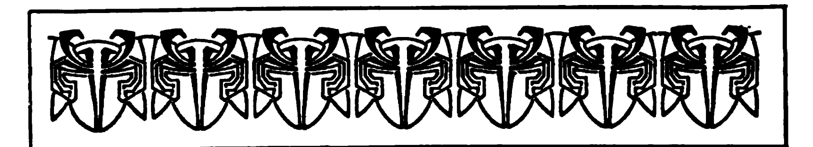
—No sirve...

—¿Se podria saber?

—Es poco frívolo, está demasiado bien escrito, tiene buena la puntuacion y trae poquísimas palabras francesas...

Abrí los ojos desmesuradamente y caí desmayado sobre un estante jiratorio.





LA GRAN TRINCHERA

AUNQUE se alce de su tumba la augusta sombra de Cervantes, para protestar justamente indignada de nuestra aseveracion, debemos espresar que ha salido ya del terreno de la hipótesis como cosa averiguada, el hecho de que don Quijote y Sancho Panza vinieron a América por la época de su descubrimiento.

Parece que el inmortal caballero andante, no pudo tolerar la horrible pesadez de la muerte, y levantándose de su lecho despues que todos le habian abandonado, volvió a empuñar la lanza y a tomar el camino del heroismo y del sacrificio.

No sabemos si Sancho Panza torció el jesto al ver de nuevo en pie y como si nunca hubiera agonizado, a su amo, o si el cariño que le profesaba pudo mas que el miedo a sus peligrosas aventuras.

El hecho es que zarpando por esos dias una carabela con soldados para la conquista de América, don Quijote propuso a Sancho venir a estos apartados paises, en busca de nunca vistas ni oidas aventuras.

Y vinieron. Durante algun tiempo amo y escudero, salvo sus eternas discrepancias de opinion, conservaron las buenas amistades, escojiendo como campo de sus locas aventuras la pampa argentina. Pero llegó un dia en que el delirio caballeresco de don

Quijote creció tanto, que ya no se le antojaron solo ejércitos, las manadas de corderos y jigantes los molinos de viento, sino que pudo en su ánsia de heroismos soñar que la cordillera de los Andes era la enorme trinchera tras de la cual se parapetaban innúmeras lejiones enemigas.

Desde ese instante ya no hubo paz entre el caballero andante y su sesudo y bonachon escudero.

Mientras el uno aguzaba su lanza para embestir en febril carrera contra el inmóvil baluarte de granito, el otro aseguraba que la enorme faja morada que cortaba a lo lejos el horizonte no era trinchera, sino cadena de cerros, tras la cual volvian a continuar los campos y sembrados interrumpidos.

Vino la discusion, y a pique estuvo don Quijote de dar una lanzada definitiva al ruin y torpe escudero que no tenia vuelos para alcanzarlo en su heroica carrera.

Es menester que acabara de una vez esa disension, impropia de un caballero andante, y propuso don Quijote a su escudero que traspasara él la cordillera para comprobar si tras ella habia enemigos o sembrados de alfalfa.

Sancho Panza aprovechó tan honrosa coyuntura para escaparse del lado de su amo que ya le iba cargando, y pasó una luminosa mañana de verano por el paso de Uspallata, cayendo en el valle chileno y convenciéndose de que a este lado habia los mismos valles y sembrados que al otro.

Don Quijote contrajo matrimonio en la pampa arjentina, esperando siempre la vuelta de Sancho, para saber de una vez por todas si eso que parecia cordillera era solo un parapeto militar de ocultos y encantados enemigos.

Y Sancho, por su parte, se casó al pié del Santa Lucia, haciéndose el olvidadizo de la importante tarea informativa que lo habia traido a este lado de los Andes.

Los hijos de don Quijote fueron naciendo todos con la misma enfermedad en la retina que su padre. Y apénas nacidos, sus vástagos miraban hácia los Andes y esgrimian el biberón de cristal, en la misma forma que si hubiera sido lanza.

Murió a una avanzada edad don Quijote, recomendando siempre a sus hijos que, miéntras no volviera de Chile Sancho Panza, ins-

pector ocular de los enemigos atrincherados en los Andes, creyeran a pie juntillas que eso que parecia cordillera, era solo un baluarte aspillerado, tras del cual se acumulaba un ejército enorme.

En cambio, al morir Sancho, espresó a los suyos que no se alarmaran mucho de lo que del otro lado de los Andes podia pasar, porque en su viaje a Chile habia dejado en plena pampa a un loco insaciable, que aguzaba su lanza para echarse con ella enristrada contra la cordillera.

De ahí que, miéntras todavia se mira del otro lado con faz airada a la cordillera de los Andes, esperando convencerse de que no es parapeto sino cadena de cerros; de este lado, echamos todos la pierna arriba y miramos con irresistible sonrisa a los incansables sucesores del caballero andante.

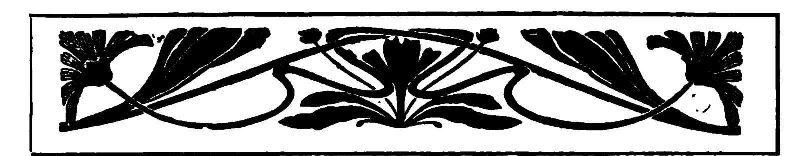
Pueden, los que lean esta verídica historia, echarse a reir incredulamente; pero nosotros ofrecemos en comprobante de su veracidad una inmediata y definitiva prueba.

Los arjentinos han puesto el grito en el cielo y la reclamacion en manos de su ministro, porque de este lado hemos construido un camino carretero en direccion al Neuquen.

Pues bien, los telegramas de Buenos Aires afirman ayer que en una conferencia entre el jeneral Roca y Ricchieri, se acordó tender una línea *estratéjica* al Neuquen. ¿Y de este lado, qué hemos hecho? Nada; sonreirnos, mirarnos, bostezar.

¿Y esto qué significa? Que es verdad, mui verdad, que en la época del descubrimiento de América, vinieron don Quijote y Sancho Panza en busca de aventuras y que, a la vuelta de los años, se estableció el primero en Arjentina y el segundo en Chile.





El óvalo de San Martin...

SANTIAGO tiene dos centros de opinion: cerrado el uno, como un templo ejipcio, abierto el otro a los cuatro vientos como el árbol de Guernica, bajo el cual se celebraban las asambleas populares en Navarra.

El primero es el Club de la Union, *sancta sanctorum* del gran chisme político, marmita de Papin, donde se echan a cocer las combinaciones y los enredos a ver si cuajan, tela de araña tejida en el centro de la ciudad para pescar a las moscas políticas que vienen de la Moneda o del Congreso, y taller donde se corta con afiladas tijeras toda clase de ropa y aun toda clase de pelos.

El otro centro de opinion, es el famoso óvalo de San Martin, resumidero tradicional y lejendario de todas las majaderias políticas, económicas, sociales y anti-sociales que han venido haciendo insalubre a Santiago, hasta la pavorosa cifra de los dieciocho mil difuntos por año.

No hai que confundir el «óvalo de San Martin» con el «óbolo de la viuda,» de que hablan las escrituras, porque son cosas mui diversas y no tienen nada que hacer una con otra.

¿Que la sociedad de Longanimidad Mutua desea hacer una presentacion al gobierno para hacer obligatoria, ademas del servicio militar y de la instruccion, la conformidad del espíritu en las adversidades de la vida?

Bien; pues para eso está el óvalo, y allí se dan cita los socios con sus familias y allí vocifera el secretario contra el suicidio y contra el uso de los pañuelos de narices para enjugar lágrimas, y de allí parte una comision a hablar con el Presidente de la República sobre la longaminidad universal.

¿Que un caballero particular tiene algunas ideas sueltas y diversas corazonadas sobre la cuestion económica?

Pues, se cita por la prensa a los desocupados, a los hombres con paciencia, a los sordo-mudos y a los economistas de aficion en jeneral, y se anuncia, ora el desmoronamiento total de Chile, ora la ruina lenta, corrosiva y gangrenosa del erario público.

¿Que un hombre, inventor de nacimiento y persona que se trata con familiaridad con las ciencias naturales, quiere esplicar un sistema de aprovechamiento de los estornudos, de la atraccion de los sexos o de las caidas morales, como fuerza motriz?

Pues se cita al óvalo a todos los creyentes en las ciencias físicas y matemáticas, y se les dá una conferencia sobre la fuerza motriz y su influencia dulcificadora de las costumbres populares.

¿Que álguien ha inventado un quillai para el cabello, un desmanchador para la ropa o un refaccionador del cútis deteriorado?

Al óvalo.

¿Que la Arjentina nos invade algo?

Al óvalo.

¿Que es menester protejer la industria nacional del dulce de membrillo, liberando de derechos de aduana a los cedazos?

Al óvalo.

¿Que es menester dirijir insultos escojidos a las autoridades?

Al óvalo.

¡En mala hora tengo yo un óvalo! se dirá el benemérito padre de la patria, harto de oir barbaridades de todas clase.

Y, en fin, señores, el óvalo de San Martin es el foro, el verdadero foro romano de esta ciudad. Cuando haya alcantarillado, será otra cosa, porque todo ese excedente intelectual saldrá por las alcantarillas en estrecho consorcio con los desperdicios de cocina, etc.

Todo este largo y monótono preámbulo, se nos ha ocurrido a

propósito de un caballero que acaba de inventar un ESPLOSOR AUTOMÁTICO y que cita al óvalo de San Martin *al pueblo de Santiago sin distincion de color político* para que se convenza (el pueblo, no el esplosor) de la necesidad urjente de que se ocupe el Gobierno de esto, es decir de lo automático quc es el invento.

El Gobierno, entretanto, yace sumerjido en el sopor que causan los 33 grados de calor, o apénas se preocupa de uno que otro asunto internacional; y el esplosor no logra atraer las miradas oficiales y se queda solamente en el hogar doméstico del inventor; abrigadito con los sueños, cálculos y esperanzas que há forjado.

¿Qué hace una persona bien nacida que anda con un esplosor en el bolsillo? Pues eso, lo único aceptable: convocar al pueblo ál óvalo, mostrarle el esplosor y hacerlo estallar......

Y despues, que vayan tambien al óvalo los carros-ambulancias y recojan los cadáveres.

Señores: protestemos contra el óvalo, porque el dia menos pensado San Martin se nos cansa y se vuelve a su provincia de Cuyo. Ya sabe bien el camino.

Sí; protestemos contra él.

¿Pero dónde?

En el óvalo, señores, porque no hai otro sitio.

¡Al óvalo!





CARTA CERTIFICADA

DESCUBIERTA POR UN CARRETONERO A ORILLAS DEL MAPOCHO

SANTIAGO, 4 de setiembre.—Querido Juan: Te escribo la presente con la incertidumbre en el corazon y el mas absoluto pesimismo en la pluma. Tú sabes, por lo que dijo Becquer, que los suspiros son aire y van al aire, que las lágrimas son agua y van al mar, que las mujeres son curiosas y pueden ir hasta al Club de la Union ¿pero sabes, con toda tu esperiençia de la vida, a dónde puede ir una carta, confiada al buzon de cobre del correo? Tú tendrás que cofesarme, querido amigo, que si Dumont perfecciona en estos momentos en Paris, los aeróstatos dirijibles, valdria aquí muchísimo la pena que se descubriera la correspondencia dirijible.

En estos momentos te escribo esta carta, gasto en ella hasta la pequeña dósis de buen humor que me va quedando en este atólladero de Santiago; pero me aflije la idea de que irá a las orillas del rio a servir de juguete del viento, o de útil y poco honesto socorro. en escenas individuales que hasta media luz vale la pena no mirar.

Deseas que te hable de muchos asuntos; de si irán o no irán señoras al Club de la Union: de si vale el trabajo de que te vengas

a Santiago, el programa de las festividades patrias; de si hai chismes sociales de cierto bulto; de cómo se usarán los sombreros de paja este año; de si el gobierno provisorio será sentido de muchas personas y de si diviso por estas tierras algun negocio claro en que poder invertir capitales.

Francamente, se esplica una cargosidad de esta especie, solo en un agricultor; en uno de esos séres que no tienen mas trabajo que mirar crecer el trigo, engordar los bueyes y parir las vacas. Eres feliz, Juan, no lo puedes negar. No tienes ni mujer, ni viña, ni tuberculósis; lo que significa que no tienes que entenderte con Jacobsen, ni con la Caja Hipotecaria ni con el Consejo de Hijiene.

En cambio aquí me tienes tú, compartiendo el tiempo entre el sueño, la oficina, el pelambre y el teatro. De dia hago correr la pluma sobre carillas blancas; en la tarde entizo el taco para jugar carambolas con cuatro amigotes de buen humor, y en la noche me voi al teatro a lamentar que la Bonisegna no sea mas vieja y Ghilardini mas jóven.

¿Es digna de vivirse tal vida?

Yo me digo que sí, porque seria mas indigno dejar de vivirla, y yo no he nacido ni para contratista fiscal, ni para suicida. Otros dicen que nó. Nuestro comun amigo Andres, conversando con el doctor Oyarzun, supo que el café era «un veneno lento», y como se bebe tres tazas de café al dia, sostiene que se está suicidando con lentitud. Nosotros hemos comenzado a llamarle «el intoxicado.»

Pero dejemos los detalles de esta sonsa existencia, y entremos a contestar tu interrogatorio.

Mira: tú sabes que es mui complicado el problema internacional del norte: no ignoras que es eterna y delicadísima la cuestion de si conviene que los ferrocarriles sean del Estado o de los particulares; es notoria la trascendencia de la reforma del poder judicial y de la inacabable cuestion de la inamovilidad de los jueces; pues bien, todo esto es una tonteria, una futileza, una miseria, una broma, una nada, al lado del problema de las señoras ante el Club de la Union.

Las opiniones son contradictorias. Don Ambrosio, tu pariente,

me decia anoche indignado en la peluqueria, miéntras Pinto le jabonaba la cara, que si él iba al club era para dejar de ver siquiera un rato a su señora; y que se consideraria el sér mas desgraciado del pais el dia en que el único albergue masculino, la única fortaleza del sexo fuerte que hai en Santiago, diera tambien entrada a las eternas, a las inevitables faldas.

En cambio, don Ernesto, entre carambola y carambola, dice a quien quiere oirle, que se trata de levantarle el nivel moral a la mujer.

Ahí lo ves. La cosa no es para resolverla a dos tirones. Te contaré algo mui reservado, sumamente reservado, que me da un horror pánico solamente pensar que pueda saberlo álguien. Me consta, por haberlo oido bajo palabra de guardar reserva a cada uno de los que apoyan la solicitud de la emancipacion de las señoras, que ninguno de ellos piensa llevar a la suya al club. Todos confian en tener por compañeras a las de sus amigos. ¡chit! Que no se te vaya a salir que me has oido ésto a mí,

¿Mi opinion? Que vayan, si señor, que vayan. Las señoras se ven perfectamente en todas partes. Ademas, las dos ligas (por favor no creas que me refiero a las de las señoras) la Liga contra el Alcoholismo y la Liga contra la Tuberculósis, deberian asociarse al movimiento feminista del Club de la Union porque se acabaria la costumbre de las copitas, la de los cigarros baratos y la de espectorar en el suelo.

Ademas, se acabaria aquello de hablar por teléfono con la señora y decirle: «Encanto: me quedo aquí a comer con unos amigos. Te mando unas paltas para que te las comas en mi nombre» y salir despues a pie o en coche, dejando encargado al telefonista que si preguntan de la casa por él, diga que está comiendo con mucho apetito, pero que no puede entrar a llamarlo al comedor porque está prohibido por los estatutos.

En cuanto a tu interesante consulta sobre si vale o nó la pena que vengas a pasar el dieciocho a Santiago, te diré...¿Tienes allá en algun árbol vecino a tu casa, algun chincol que cante cada mañana aquel estribillo: *¿has visto a mi tio Agustin?* ¿A la hora del sol divisas alguna lagartija verdinegra con listas doradas, que levantando la inquieta cabecita, trepa por un tronco o escala una pared?

¿Al caer la tarde no hai algun toro celoso que lance al aire su rujido de Otello, o algunos sapos tiernos que ensayen afinadas masas corales? Si tienes todo eso, no te vengas a Santiago, Juan mio, porque estarás seguramente mucho mas entretenido en tu fundo de Palquibudi oyendo y viendo aquello, que asistiendo al programa que nos ha confeccionado el municipio.

Figúrate tú, como será el programita, cuando te aseguro qne lo mejor que tendremos en las fiestas del dieciocho, es lo que no figura en él. Por ejemplo, saldrá por la mañana el sol de setiembre con su rauda cabellera de los dias de fiesta; varias brisas primaverales recorrerán las calles de la ciudad: las góndolas eléctricas ajitarán sus campanillas, y los atropellados por ellas, ajitarán los brazos pidiendo socorro y camillas; se estrenarán corbatas de colores anárquicos y hasta dañosos para el hígado, zapatos amarillos y vestidos cursis habrá apreturas de las cuales saldrán muchas contusiones y muchos matrimonios; se agolpará, finalmente, el público en las cantinas... Total: 4.900 ébrios recojidos por la policia; y un número incalculable de recojidos en el hogar.

Tú habrás visto los *Hugonotes* de Echegaray, es decir, los quedan en los teatros de tandas y recordarás aquella escena en que la piadosa mujer pregunta a los misteriosos encapuchados: "¡Pero ustedes no son frailes de verdad! ¡Pero ustedes no tienen vergüenza!" Pues bien, lo mismo se pregunta hoi a los rejidores: "Pero ustedes no son municipales de verdad! ¡Pero ustedes no tienen ni pizca de vergüenza!» Y ellos responderán humildemente: «Es verdad; ni somos municipales de verdad ni tenemos vergüenza... ni fondos, que es lo peor».

Quedamos en que no vienes a Santiago, y vamos al punto escabroso, que quiero pasar como gato sobre brasas. Me preguntas si el gobierno provisorio será sentido o no será sentido. En una palabra, deseas saber si irá jente a su entierro. Pues bien, te diré con franqueza, que creo que ni cochero se va a encontrar para el carro fúnebre.

Hai quien dice que el *Te-Deum* del dieciocho se cantará este año con dos motivos: 1.° como celebracion de gracias porque Chile salió de la esclavitud de la colonia; y 2.° como espresion de júbilo porque al fin se acabó el gobierno provisorio. Pueda ser que estas cosas

no pasen de bromas irrespetuosas. Como me las dicen te las trascribo,

Necio! Hablárme a mi de negocios; a mí, que detesto a la aritmética como se detesta al demonio; a mi, que me desespero de que dos y dos tengan forzosamente que ser cuatro, y no diez. Pero en fin; estoi con buena voluntad y la pluma corre. Vamos al cuento. Creo que tus capitales pueden tener una inversion provechosa, si te animas a fundar aquí una sociedad de ahorro, con sorteos y desplumes periódicos.

Tengo proyectada una, que, no digo un millon, diez millones va a valer con el tiempo, se descuida el senado, y no me la barajan a tiempo con la mocion de don Eduardo Matte.

No se pagarian derechos de emision, no señor, sino un modesto servicio de cinco pesos mensuales. A cada tenedor de bonos se le obsequiara un cartucho de caramelos, para captarse su simpatia. En el meson de la oficina pondríamos muchachas buenas mozas, pará pescar mas fácilmente a los imponentes. Los sorteos serian periódicos y de a mil pesos cada uno; si tú te empeñas los haremos de cinco mil, que para todo dará el negocio.

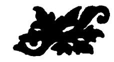
¿Que dónde están las ganancias? Oye: «*Artículo X.* Si el imponente tarda veinticuatro horas en pagar su cuota de cinco pesos, perderá el total de la suma impuesta. Si por cualquier motivo no se le pudiera recibir en la oficina su cuota el mismo dia 31 de cada mes, ya sea por la apretura, ya por pereza, ya por mala voluntad de la señorita empleada, perderá tambien la suma impuesta. Si por cualquier accidente, incluso el estrellon de una góndola eléctrica, el imponente tuviera que ir al hospital o a la botica mas cercana, no llegando así a tiempo para pagar su cuota, perderá tambien todo derecho a la suma ya pagada».

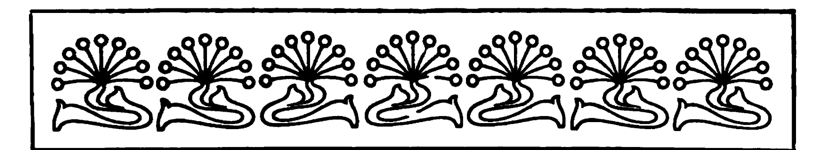
Te parece bien? Bueno: ahora va la última parte de mi proyecto. Como a pesar de todas estas precauciones, habria muchos que llegarian sano y salvos al meson, pienso que sean socios de mi institucion algunos ajentes de la policia secreta, para que me los detengan so pretesto de investigar un crímen hasta que pase el dia 31. De esta manera, al cabo de poco tiempo, todos los depósitos serian nuestros, y le venderíamos la sociedad a Pierpont Morgan en cinco millones de pesos.

Naturalmente, volveria a armarse la gorda, y no faltaria un senador bien inspirado que presentara una nueva mocion en contra de EL DESPLUME UNIVERSAL, MUTUO Y COLECTIVO, que así se llamaria nuestra sociedad.

Tambien hai por el momento cámpo vasto para firmar con el gobierno, contratos beneficiosos. Por ejemplo, la provision por quince años (tres administraciones,) del alimento y ropa de todos los empleados públicos de Chile. Pero apúrate, porque si llega el dieciocho, ya no hai tiempo de hacer nada de esto.

Y pongo punto final, porque hai cierto límite entre la carta y el libro. Si como me temo, ésta no llegara o tu poder, no reclames a nadie. Aun no se ha descubierto el medio de que las piedras oigan.





Las pequeñas contrariedades

El número de cartas que hemos recibido aludiendo a un artículo nuestro que publicamos hace una semana con el título de «Por qué nos envejecemos tan pronto», nos prueba que al hablar de las pequeñas contrariedades de la vida diaria, hemos acertado con un tema de universal interes.

Entre las pequeñas contrariedades que perturban la vida en Santiago, figuran especialmente tres: que nadie cumple fielmente sus compromisos; que casi nunca es posible reparar una cosa que se ha perdido o quebrado; y que la servidumbre gasta una constancia especial para contradecir las órdenes que recibe.

El capítulo de las reparaciones tiene algo que ver con el comercio y es digno de anticiparse a los otros. ¿Se quiebran algunas copas? Es necesario, o quedarse sin ellas o comprar nuevamente toda la cristaleria, porque la tienda tiene la curiosa fantasia de cambiar cada seis meses de surtido. ¿Se estravia en una mudanza la perilla de un catre? A ningun precio se la puede reponer. O se compra un catre entero para poder disponer de cuatro perillas de repuesto, lo que seria caro; o se deja incompleto un catre en el almacen, lo que es poco menos caro. ¿Se han quebrado unas tazas de té? Hai que resignarse a conservar otros tantos platillos sobrantes; porque el almacen ha esperado que le compren la loza con franja color lila.

para renovar todo el surtido con la misma franja color rojo encendido o verde nilo.

Tienen ustedes una pieza empapelada con flores de lis doradas en fondo verde. Un operario al meter un ropero se lleva medio metro de pared. Es necesario reparar la averia y se echa uno a la calle a recorrer todo el comercio en busca de un rollo de papel. Se ha concluido. Hai que encargarlo a Alemania. Ahora lo que hai, son flores de lis rosadas sobre fondo celeste: una indecencia. Las tiendas de papeles no traen surtido sino para una pieza: el que rompe una cuarta de papel debe mudarlo todo.

Ustedes desean armonizar una carpeta de mesa con el papel, y buscan como es natural un paño verde oscuro para ponerle encima un galon de oro viejo. Pero no hai paño verde ni galones de oro. Lo único que podria hacerse es una carpeta de paño negro con galones plateados, con lo que se lograria un catafalco doméstico... Y lo mismo ocurrirá con las cortinas que hai que comprarlas con un matiz turquesa y la alfombra que no podrá conseguirse sino de color frutilla, y los globos de la lámpara que saldrán como esas belas con líquidos de color que ponen en las vidrieras de las boticas.

No es por mal gusto, sino por esta pobreza del comercio, que los interiores de las casas chilenas producen dolor de estómago, a fuerza de charrerias, disonancias y combinaciones disparatadas.

Don Pedro Godoi, con cuyas anécdotas y frases chispeantes podria ya formarse un libro, comprobó despues de una larga y dolorosa esperiencia, que despedir a un sirviente y llamar a otro en su lugar, no significaba otra cosa que un cambio de nombres, Y así despues de un interminable desfile de sirvientes malos, ladrones unos, flojos otros, enamorados en exceso los mas, y borrachos todos, resolvió poner en práctica un sistema de su invension. Llamó al mozo a su escritorio y le dijo:—¿Cómo te llamas?—Manuel Arratia.—Está bien. Tú Arratia eres un bribon, porque cada vez que dejo dinero sobre esta mesa te lo robas. Ademas te has puesto a escribir tus cartas amorosas sobre mi papel, lo que es una insolen- Toma esa que está principiada: mi querida china, ¿quién es ésa? Ademas eres borracho, ahora mismo apestas a aguardiente. Ademas

no te lavas ni te bañas jamas; no quiero profundizar este capítulo·
—Ademas eres de una estupidez perfecta, porque el frasco de goma me lo has dejado boca abajo. Ademas eres sordo, porque ayer te pedi una tetera y me trajiste una escalera y por no gritar mas me quedé con la escalera en la pieza. Bien; ahora te vas, es decir, se va Manuel Arratia, ladron, insolente, borracho, estúpido y sordo; y desde hoi te llamarás Matias Delgado, que es como si fuera otra persona, ¿entiendes? honrado, sumiso, sin vicios, intelijente y de buen oido. Vamos, Matias, a trabajar!

Y cuenta el jeneral que ese mismo dia le dijo:—¡Saca eso! señalándole con el dedo una basura, y Matias le tomó el dedo...para sacárselo.

Pues bien, esta clase de jentes son las que contribuyen mas al envejecimiento prematuro.

—Durante trescientos dias de los trescientos sesenta y cinco del año—nos cuenta un amigo—pierdo veinte minutos, al saltar de la cama, buscando las zapatillas para salir del dormitorio. Durante estos veinte minutos, en camisa, me arrastro por el suelo, miro detras del velador, del catre, de los roperos y de las sillas a ver si las encuentro, Con los ojos au cerrados, con todo el mal humor que es posible imajinar, meto un paraguas o un baston debajo de cada mueble. Si aparece una de ellas, la otra no se puede conseguir.

Grito, vocifero, hago prometer a la sirviente por la sombra de su madre que al dia siguiente las zapatillas aparecerán en su sitio,

Pero todos los dias represento la misma escena. ¿Ves èstas camas? Las zapatillas!

—Ah, si tú supieras—dice otro informante—las batallas que he librado al rededor de las peinetas, paños, escobillas y otros utensilios del lavatorio. He llegado hasta hacer un plano para que el mozo no tenga dudas de donde debe colocarse cada cosa. Pues nada! Al dia siguiente la peineta está metida junto con el jabon. La esponja destila lentamente agua sobre los paños. La escobilla aparece metida por el mango en el frasco del elixir. ¿Sientes mi voz ronca? Son las peroraciones diarias sobre esta cuéstion.

—¡Los picaportes!—me dice un tercer informante.—¡Qué lucha incesante para que las puertas tengan sus picaportes metidos! Pero inútil todo esfuerzo. Al abrir una hoja se abre toda la puerta...

—¡Los pedestales!—dice otro.—Despues de las sacudidas diarias con el plumero, todos los floreros, estatuas o lo que sea, quedan a la orilla de los pedestales. El otro dia entré a una pieza y habia un Napoleon de «terracotta» balanceándose sobre el abismo. Parecia un péndulo. Le libré de un Waterloo próximo y horroroso.

—¡Los pelos!—dice una señora—los pelos en la sopa! La cocinera resiste el gorro blanco de hilo; dice que son cosas de gringos. En mi casa mi marido sabe siempre si la cocinera es rubia o morena, por la sopa. Un dia me dijo:—Has cambiado de cocinera.—Nó; es la misma.—Entonces se tiñe el pelo, de rubio veneciano. Es la moda.

—La sal en la mesa—dice otra.—No tendré tranquilidad hasta que durante diez dias seguidos los saleros sean colocados indefectiblemente sobre la mesa.

Y así sucesivamente. Las pequeñas contrariedades son infinitas, son de cada momento; es una lluvia que cae sobre la cabeza y no hai paraguas que libren de sus goteras.

Por eso valen pocas de ellas tanto como una desgracia inmensa.

La falta de cumplimiento en todos los compromisos será materia de otro artículo, en otra ocasion.





Por qué nos envejecemos tanto

UN viajero norte-americano que visitó a Santiago mas o menos hace un año, ha escrito en un *Magazine* cuyo nombre no recordamos, estas líneas.

—«Sentimos mucho no poder observar la poblacion en un dia normal, en que todo el mundo se sintiera de buen humor. Los tres dias que permanecimos en Santiago, pesaba una grave preocupacion sobre la ciudad. Los hombres marchaban con la cabeza baja y el ceño duro. Aun la jente jóven que salia de los clubs y bares iba triste y silenciosa. En la puerta de la principal institucion social, Club de la Union, se agrupaban algunas personas que lo miraban todo con verdadera ira en el rostro. Un hermoso paseo, el Parque Cousiño, parecia campo de salud para enfermos, tal era el jesto resignado y severo que se veia en las damas mas hermosas, que seguramente hacian ese paseo por prescripcion médica»,

Las observaciones de este turista, son exactas ssguramente· pero, a nuestro juicio, no pesaba entonces ninguna especial preocupacion sobre Santiago. Habitualmente en Chile todo el mundo está de mal humor. En las calles jamas se ve una sonrisa; las hijas de familia reciben instrucciones de sus madres para ir erguidas como cisnes y sin jamas reirse *para que no les falten al respeto;* los estudiantes universitarios no gritan, no juegan, no levantan la voz,

no se sublevan, no les pegan a los profesores; los ebrios mismos o pronuncian discursos o pelean, o lloran, pero jamas cantan o se rien. Una fiesta nacional o termina a bofetadas y botellazos o en un silencio jeneral precursor de tempestad. Jamas un coro, uno de esos coros entusiastas que todos los paises civilizados tienen para cuando se juntan hombres y están contentos. Aquí se estima simpleza que un hombre mayor de veinte años cante en voz alta.

Si aun vamos a observar al compañero del hombre— al perro— que suele tomar algo del carácter de su pais, (y si no ahí está el *bull-dog*, ingles, que es mal ajestado, de mui mal humor, que no hace amistades fáciles, pero sí duraderas; el *caniche* frances, que es lijero y bullanguero, que lo alegra todo, que hace fiestas a todo el mundo y va siempre satisfecho de sí mismo y sin miedo a nada; el *dogo de Ulm*, aleman enorme y grande, que presenta un aspecto pavoroso, pero es bueno, manso y fiel, que le gustan los vejetales y acostarse temprano) si observamos— decíamos— al compañero del hombre, hai que notar que jamas dos perros del pais, finos u ordinarios, se juntan sin lanzar un mútuo gruñido de mal humor y hasta de amenaza.

Alguien ha dicho que los paises montañosos son tristes. Pero el mal humor, la irascibilidad ¿cómo se esplicarian?

Cuando vemos hombres de cuarenta años que representan mas de cincuenta, mujeres de cincuenta que parecen ancianas del hospicio; cuando observamos que el que va a Europa vuelve con ménos arruga, mas liviano, mejor equilibrado, ¿cómo resistir a la tentacion de esplicarse el curioso misterio?

— —

Un médico me lo ha dicho brevemente.

—En Chile la jente se envejece mas luego que en Europa. Todo cliente que tiene recursos, recibe de mí el consejo invariable de ir a quitarse años al viejo mundo. Lo que gasta, son las pequeñas contrariedades, las dificultades microscópicas, los disgustos chicos de cada instante. Mas agotan cien contratiempos de un minuto de de largo cada uno, que una desgracia de un año. Y en un pais que se constituye, todo detalle, todo elemento pequeño, resulta incompleto, defectuoso, y por consiguiente, enemigo de la tranquilidad y de la paz del hombre.

Y es así, no hai duda. Un conocido jerente de Banco me lo ha dicho un dia:

—Esta afeccion cardíaca que me persigue, no me ha venido por la muerte de mi mujer, de mi madre, de mis cinco hijos, de mis tres hermanos, no señor; me ha venido porque durante seis años he tenido que gritarle dos veces por dia al portero, porque no me colocaba los fósforos sobre la mesa.

En el colejio recuerdo que un alumno de historia natural, que deseaba vengar algo, tuvo la paciencia de romperle todos los dias, durante seis meses. los puntos de la pluma al profesor. Puedo jurar que su palidez primero, sus canas en seguida y su muerte mas tarde vinieron tan prematuras nada mas que de esta endiablada venganza, que envenenó la sangre de la víctima.

Se levanta uno, vé el reloj, no es la hora en que ha encargado lo despierten. Salta para ir al baño; el agua está cortada sin prévio aviso, porque trabajan en la cañeria. El paño de manos tiene olor a aceite, porque a la lavandera se le dió vueltas sobre la ropa un frasco de palma-criste. El desayuno está frio, porque la sirviente se ha levantado tarde. La leche se ha ahumado, porque la cocina está sucia. El diario no ha llegado, porque se lo está robando el vecino.

Se llama un coche para ir a la oficina. El coche se está desarmando, tiene el fondo inmnndo, no se pueden pescar las varillas de bronce de la ventanilla para escapar los tumbos en la calle, porque otro pasajero las escupió cuidadosamente. Al bajar. uno se entierra una pisadera en la rodilla, y es necesario saltar sobre un tubo del alcantarillado para entrar en la oficina. En ella están barriendo, apesar de que el aseo deberia haberse terminado una hora antes.

Al abrirse la correspondencia, nuevos disgustos. «Su jiro no me ha llegado». «Me estraña no haber recibido hasta ahora su respuesta». Supongo no deseará hacer usted el negocio, porque su contestacion anunciada por telegramas no se ha visto por ninguna parte». Se grita, se pide el copiador, se comprueba que todo ha sido replicado, se reiteran las cartas, se reclama en el correo...

Un amigo que no tiene nada que hacer entra al escritorio, se

sienta en un sofá y se pone a tararear una romanza. ¿Quiéres irte a cantar al Conservatorio? (Se ha callado) ¡No me muevas esos papeles, hazme el servicio, porque me los vas a confundir! Pero el hombre está resuelto a no irse, porque ha tomado mi sombrero y le vé la marca cuidadosamente.—¿Cuánto te costó?—Ocho pesos. —¿En qué parte?—Donde Wegener.—¿Cuántos tienes?—Dos.— ¿No has comprado jipi-japa? Nó.—¿Piensas comprar?—Nó.— ¿Estás de mal humor?—Sí.

El jefe de la casa está de mal humor tambien, por circunstancias semejantes, a las que han causado el mio. Me llama, encuentra que yo soi el causante de que el dia esté nublado, de que su señora vaya a tener un hijo, de que el reloj se haya descompuesto. Me amonesta severamente.

Llego a mi casa a almorzar, tambien de mal humor. Mi mujer me corresponde en igual diapason. Pero el matrimonio no sufre en su estabilidad, porque ella ha conocido así a su padre, a su madre, a sus hermanos y a sus tios.

Es indudable que no todo está aquí absolutamente malo; pero sí lo suficiente para abreviarnos en cinco o diez años la vida.

Una desgracia o contratiempo grave, se ve venir, y el ánimo se prepara de tal manera, que cuando llega el golpe ya no duele tanto.

¡Pero esta lluvia de piedrecillas...!





UN BAUTIZO

A Alejandro Murillo

Un golpe en la espalda me sacó bruscamente de la honda abstraccion en que marchaba sumerjido. Era Andres uno de esos amigos que pasan los años sin aparecer en parte alguna y, sin embargo, son más nuestros amigos que los que diariamente se ven en todas partes.

—Te convido al bautizo de mi último chico—me dijo.

—Entiendo por tus palabras que tienes varios chicos.

—Siete.

—¡Siete! Tienes mi edad. ¡Cómo has hecho para producir tanto muchacho!

—Mi vida es mui tranquila. Tengo ocho años de matrimonio. No salgo de noche.

—¡Ya! ¡Ya!

—Pero aún no me contestas si vienes al bautizo. Talvez no quieras venir. Tú te rozas solamente con los grandes. Mi casa es modesta...

—Te encuentro socialista, como ántes. Iré a tu bautizo, aunque con franqueza le tengo miedo.

—Temes no comer bien.

—Por tratar de ofenderme te has descubierto. ¿Qué tiene que hacer una comida con un bautizo, hijo mio? Eso es precisamente lo que temo, que la fiesta sea larga.

—Ustedes los aristócratas se bautizan en seco; nosotros los del pueblo regamos con abundancia esta ceremonia. No comerás caviar, ni nidos de golondrinas, ni beberás champagne pero creo que lo has de pasar bien. Te queremos mas en casa que en otras partes, donde seguramente te pagas mas de los cariños.

—Dale con la diferencia de clases. Toda la vida te has colocado donde has querido : Nosotros los del pueblo, nosotros los pobres, entretanto nos hemos criado juntos y tú tienes mas dinero que yo. Voi a tu bautizo, adios.

Y Andres me dió un apreton de mano efusivo, me miró con desconfianza y se fué diciendo:

—No irás, no irás. Te conozco. La fiesta es el domingo. Te espero a las doce del dia en casa, Huemul 724, que es la tuya. Pero no irás!

* * *

Un bautizo a las doce del dia, pensé yo, no es bautizo; es un almuerzo. Será un almuerzo estupendo. En seguida habrá baile y onces permanentes. Se comerá tarde, se bailará en seguida. Trataré de escabullirme; será imposible salir. Cenaremos al comenzar el alba. Y temblaba de pies a cabeza repitiéndome interiormente todo este pavoroso programa. Cuando resuelto a sacarle el cuerpo a la fiesta, a pesar de mis promesas, de mi buena amistad por Andres, de la susceptibilidad permanente de su carácter, y de mil otras consideraciones más, escribia una conceptuosa carta de escusa, entró a mi oficina Ovalle, el hombre mas alegre y mas vividor de la tierra y me dijo que estaba invitado a casa de Andres y que esperaba acompañarse conmigo.

—Será un dia entero perdido.

—No seas loco. Ni será solamente un dia, ni se habrá perdido el tiempo. Parece que no fueras artista. Hai que observar, hai que gozar. Tú eres aficionado a la despensa y a la cocina nacional; pues bien, tendrás vino excelente, pavos gordos, aceitunas estraordinarias, queso sublime, malayas voluptuosas. Eres tambien admi-

rador de la belleza criolla, y puedes tener la seguridad de un desfile de ojos negros, de bocas frescas, de orejas pacientes, de pies inmóviles....

* * *

Antes de cinco minutos de entrar en casa de Andres sentimos una confianza estraordinaria. El chico habia sido ya bautizado, de tal manera que se veia que no era el bautizo lo importante, sino «la cola».

En un salon espacioso con tres ventanas a la calle y otras tres al patio lleno de naranjos, con los muebles rigurosamente enfundados con tela blanca y huincha roja al rededor, con los retratos de los antepasados alineados en la pared, hechos unos al bromuro, otros al lápiz y casi todos con los pies; con dos enormes espejos en los estremos y multitud de cachivaches sobre unos viejos «boules,» nos fuimos reuniendo los invitados. Habia una media docena de señoras de un mismo modelo, año 65 mas o ménos. Todas ellas eran bajas, regordotas, bien conservadas, con ojos negros, narices anchas, bocas espresivas. Todas ellas llevaban un medallon al cuello con el retrato de su marido. Todas ellas se balanceaban un poco al andar, no con la peculiar cojera de los patos, sino con el rítmico balanceo de la fragata sobre el mar en calma. Todas ellas tenian a sus esposos—como los llamaban—no solo en el medallon sino allí cerca, y a todos ellos y ellas tuvimos el honor de ser presentados: el señor Valenzuela dueño de la Merceria Sud-Americana; el señor Andonaegui, agricultor; el señor Jarabran, ex-mayor del antiguo ejército; el señor Martínez, dueño de unas minas en Maipo; el señor Andraca, especulador en frutos del pais y otros dos señores sin nombre que nos fueron señalados con el título de amigos de la casa y nada mas.

Hacia poco rato que estábamos reunidos, cuando regresó la jente que venia de la parroquia. El chico gritaba como un barraco y entró a la sala llevado en brazos de la madrina,y escoltado por un enjambre de muchachos y muchachas. Nos hicimos lenguas en homenaje a la belleza del recien nacido. Declaramos con absoluta serenidad que tenia ojos verdes, que se parecia a la madre y que seria abogado.

La madre, a quien se habia dejado el tiempo suficiente para levantarse del lecho, apareció pálida, displicente y exangüe, y ocupó un sillon cerca de una de las ventanas por la que entraban torrentes de sol. No le oimos la voz en toda la jornada.

—¿A quién esperamos?—preguntan con esquisita urbanidad algunos de los seis caballeros—comienza a sentirse hambre!

—Al amigo de Andres—contestan varias voces.

A pesar de que el hambre arrecia, nuevos atractivos distraen la vista. Entra a la sala, risueña, pudorosa y lenta, la procesion de las señoritas invitadas, hijas de los seis caballeros y de las seis señoras presentes, y sus apellidos Valenzuela, Andonaegui, Jarabran, Martínez y Andraca, pasan por nuestros oidos acompañados de los mas dulces nombres de pila, Elena, Adriana, Glafira, Leonor, Sara, Raquel, Leontina, Fany y Aida. Unas llevan el vestido hasta el suelo, y el pelo anudado sobre la cabeza, indicando que están listas para la vida; las demas usan el vestido mas corto, desde dos centímetros hasta media vara del suelo, y el pelo caido sobre los hombros para indicar que aun no están preparadas. Sin embargo, sus ojos demuestran que los capítulos de las cosas conocidas y de las cosas ignoradas, son familiares y tienen igual estension para todas ellas.

—¿Qué hai, Andres?—pregunta impaciente el señor Jarabran.—No vemos de hambre.

—Un instante. Espero a mi amigo.

—Sí, sí—decian las señoras—hai que esperar al amigo de Andres.

Ovalle se me acerca y me dice en voz baja:

—Dejando a un lado esos seis mastodontes, de los que pienso prescindir en absoluto; a la enferma que me parece muda; a todas esas damas gordas que se me sientan en la boca del estómago; y a este famoso amigo de Andres, que no conozco, pero a quien con el favor de Dios y Maria Santísima he de darle de botetadas hoi mismo, la cosa me parece bien simpática y agradable. ¿Has visto muchachas mas livianas de sangre? ¿Ves esa morena de ojos verdes que se rie con un tono gangoso de patito nuevo? ¿Has visto nada mas alegre que esta otra de azul, con los labios en forma de trompa?

La descripcion fué interrumpida por un solo grito:

—¡El amigo de Andres!

* * *

Nunca cuatro palabras han producido mayor efecto. Los mastodontes avanzaron en una ala desplegada, las fragatas se pusieron de pie. Andres recibió al recien llegado y lo condujo en triunfo hasta el sillon de la enferma la cual pronunció dos palabras y cayó desfallecida:

—¡Cuánto gusto!

El amigo de Andres era un estranjero, a juzgar por su aspecto; de raza sajona, mas bien anglo-sajona, de cara rojiza, ojos azules pequeños, bigote color de zanahoria, abultado de abdómen, con la cabeza erguida con injustificada soberbia. Fué saludando a todos con un apreton de mano, pero cuando el apreton le tocaba a un hombre lo acompañaba con un jesto de desprecio. Debo declarar que la antipatia de este señor se me comunicó con la rapidez de un pistoletazo.

Andres aprovechó el tumulto de la pasada al comedor para decirme:

—Mira a mi amigo con simpatia; no es aristocrático pero tiene una cabeza estraordinaria para los negocios.

—¡Se gasta sus modales!

—Son jenialidades. Se le puede permitir todo porque es un individuo superior.

El aspecto del comedor, me cortó la palabra, y me embargó por entero. Lo primero que llamaba la atencion era una larga mesa en una sala mucho mas larga. Sobre ella estaban alineados tres grandes castillos de dulces, en cuya cima, un anjelito de azúcar sobre un alambre en espiral se movia lijeramente. En torno de estos castillos que marcaban la espina dorsal de la mesa, se acumulaban en desórden jamones planchados y azucarados; jelatinas temblorosas con violetas dentro de cada figura; pavos asados con sus patas encojidas y con una ramita de perejil en el pico, aceitunas aliñadas con torrejas de naranjas agrias; naranjas dulces; limas, plátanos, pastelillos quesos de varias clases; botellas de

todas las marcas imajinables y una profusion de flores verdaderamente anárquica.

El amigo de Andres, que fué sentado a la derecha de la madre dijo con tono sentencioso, apénas calmado el bullicio:

—Nunque he visto en Lóndres, un mesa mas bonita!

Sino hubiera sido porque ocupaba el asiento a la izquierda de la señora, habria preguntado al amigo de Andres:

—¿El señor ha estado en Lóndres alguna vez?

La concurrencia exasperada por la larga hora de espera en el salon, se dedicó a los pavos, jelatinas y jamones con verdadero rencor. El silencio que se hizo bruscamente era interrumpido solo por el ruido de los cuchillos y tenedores y por las carreras de dos robustas y chasconas muchachas que atendian la mesa. Ovalle, colocado en medio de la juventud femenina, habia logrado captarse rápidamente su simpatia, y segun pude ver y oir, comenzaba a organizar una formidable coalicion en contra del amigo Andres.

Este era el aspecto que a la una y media del dia presentaba la casa de mi amigo y sus diversos invitados.

* * *

No conocia el suplicio de un almuerzo iniciado a la una del dia y terminado despues de la cinco de la tarde. A la cazuela de ave de caldo suculento, matizado con vetas rojas de puro ají, siguieron numerosos platos entre los cuales se destacaban gloriosamente las empanadas de horno, una mälaya con frejoles, unos tallerines, unos pejerreyes, los inevitables riñones, las ensaladas de diversas clases, las costillas, las jaivas, la cabeza de ternera y, finalmente, la tortilla de erizos. A la larga lista de guisos, siguió una larga lista de postres, tortas, jelatinas, alfajores, dulces en almíbar y frutas.

El amigo de Andres devoró cada plato como si fuera el único que se le ofrecia despues de un largo ayuno, dijo y juró que jamas en Lóndres se podria dar un almuerzo mas rejio y dirijió a cada persona una impertinencia.

Me tocó ser el primer blanco del amigo de Andres.

—¿El señor es periodista?—preguntó.

—Sí, señor,—le replicaron.

—Encargado quizás de recojer novedades en la calle, ¿eh?

—Nó, nó;—interrumpió galantemente Andres,—es uno de nuestros mejores periodistas, un redactor lleno de injenio.

—En Inglaterra se ocupan de este asunto los que no sirven para otra cosa. Antes de ir un hombre a la cárcel, se le mete adentro de un diario.

Andres tendió suplicante una mano en direccion mia diciéndome:

—Déjalo, déjalo. El no es áristócrático, pero tiene buena intencion.

Pero Ovalle, que habia averiguado que el amigo de Andres trabajaba en una bodega y acababa de hacer una especulacion en cochayuyo que le habia dado algunos pesos, dijo desde su estremo:

—En Chile no pasa lo mismo, señor mio. Aquí, cuando alguien no sirve para nada se le dedica a comerciar en frutos del pais. Yo he visto condenar a un criminal a prision perpétua o a especular en cochayuyos.

El amigo de Andres enrojeció, todos los demas disimularon, escepto el mayor Jarabran, que con temeraria imprudencia se frotó las manos, y tambien las muchachas que se sonrieron y bajaron los ojos hipócritamente. .

El señor Andonaegui, preguntando por Andres sobre sus negocios de la merceria, contesta que el fierro galvanizado se vende en mayor cantidad que ántes, lo que le hace esperar buen éxito para el año.

—No lo crea usted—dice el amigo de Andres.—Usted tendrá que cerrar su ferreteria dentro de poco, porque sus empleados no entienden de vender, y maltratan al público.

A Jarabran, que habla de la bátalla de Tacna, le dice:

—¡No ha sido tanto este batallo, hombre!

—¡Cómo!—ruje el ex-mayor.—Usted un estranjero se atreve a hablar así de una de las mas grandes pájinas nacionales!

—Calma,—calma,—dice Andres de un lado.

—¡Bravo!—grita Ovalle.

Yo hago tambien vigorosos jestos de asentimiento.

—¡Era mui fácil ganarle al Perú, hombre!—insiste el bárbaro.

—¿Y no era mas fácil ganar a los boers?—replica lívido de ira; Jarabran.

Uno de los señores innominados que está cerca, me dice a media voz:

—Poco le importará a éste lo que dice el mayor, porque es tan ingles como yo.

—¡Cómo!

—Sí, señor; ha nacido en Iquique: es ciudadano peruano y no ha estado jamas en Inglaterra.

Andres habla calmando la natural irritacion que han causado todas las torpezas de su amigo, y logra ganar algunos minutos de silencio. El aire está insoportable, los guisos han concluido; pero los postres no parecen concluir en todo el dia. Cuando se cree que ya ha terminado todo, entran bandejas con biscochos y hojaldres en almíbar. Despues de tres o cuatro platos mas, aun se ofrecen plátanos, uvas, «huevo molle», miel de palma.

Todos están encendidos, hinchados, hablan en voz alta, en medio de un entusiasmo desproporcionado con lo que dice. Por fin, despues de una prudente esplicacion mia, se levanta, el almuerzo y podemos salir al patio.

* * *

¡Al fin! La artificial distribucion de los asientos toma aquí un mismo nivel, como las aguas en los vasos comunicantes. Soi arrastrado violentamente por Ovalle al grupo de las chicas donde dice él que se me llama.

—Usted es demasiado sério—me dice una de ellas—y es menester que se alegre.

—Bueno. Estoi alegre: basta mirarles los ojos a ustedes para sentir buen humor.

—Entónces lo aprovechamos, usted escribe en *El Mercurio* ¿ah?

—Si, señorita.

—Bueno. Dígame cómo acaba la novela que están publicando ahora en la tarde, que estamos con tanta curiosidad.

—Apúnteme lo último que usted ha leido.

—Bueno. El baron de Cantilano está enamorado de la marquesa Luisa de Fleury y le acaba de declarar su amor. Ahí vamos. ¿Se casan o no se casan?

—Se casan.

—¡Ai qué gusto! Pero entónces sale bastante pavo.

—Es decir, se casan, pero se mueren los dos,

—¡Cómo! ¿Oyes Glafira? Dice el señor que se mueren el baron y la marquesa.

El amigo de Andres tiende su sombra funesta sobre el grupo.

—Señorita, ¿puede usred bailar conmigo?—pregunta a la mas jentil de las chicas.

—Nó, señor; yo no bailo todavia.

—Sí, pero en cambio ya estar leyendo usted novelas.

—Sí, señor; no veo que tenga que hacer una cosa con otra. Se baila con los pies y se lee con los ojos.

La salida es celebrada con hostilidad para el hombre de las impertinencias.

Apénas se retira, estallan las invectivas de todo jénero. Una de las chicas, aludiendo a la famosa especulacion en cochayuyos, propone que en adelante se le llame «Mr. Cochayuyo».

Del agradable grupo me estrae con solemne jesto el señor Andraca:

—Venga usted acá, periodista, que tenemos que echar un párrafo con los amigos sobre política.

Caigo en medio del grupo formado por los seis señores, inclusos los sin nombres, y comienza una série de preguntas, respuestas y objeciones sobre la cuestion económica, sobre el Consejo de Instruccion Pública, sobre la esterilidad de la labor parlamentaria y otros problemas no ménos graves.

El señor Andonaegui es partidario de una revolucion; el señor Andraca insinúa diversas ideas para resolver la crísis económica y me aconseja defenderlas editorialmente. Una de ellas es un empréstito de quince millones de libras para prestarlas a todas las sociedades anónimas a diez años de plazo y con seis por ciento de interes:

—Así la prosperidad del pais no sufre; los papeles se entonan y todo revive!

Uno de los caballeros innominados se muestra partidario del papel moneda, y el otro dá argumentos en contra de la inmigracion creyendo darlos a favor de ella.

Ovalle y Jarabran me buscan para que vea algo interesante.

—Oye—me dice aquel—ven a ver a Mr. Cochayuyo.

Y llevándome a una ventana del comedor, me hacen ver el estraordinario espectáculo del amigo de Andres... comiéndose un sandwich! El salvaje habia quedado con hambre.

* * *

Durante dos horas, hasta que se enciende la luz en el salon la concurrencia se reparte entre una danza frenética, incesante y la atencion al ponche y otras bebidas que se sirven en el comedor y a domicilio.

Noto que la atmósfera se hace candente, que todo el mundo se ha puesto cariñoso y espresivo. La chica locuaz que se interesaba por saber en qué habian parado el baron con la marquesa, me pone en apuros preguntándome si se besan bastante ántes del matrimonio. Una de las fragatas me hace confidencias literarias, miéntras deposita sobre mí dos ojos humedos de corvina. Ella lee bastante y prefiere la lectura amorosa de 40° a la sombra, Desea escribir una novela y durante media hora me narra el argumento. Se lo encuentro cursi e indecente; pero la estimulo al trabajo, prometiéndole bajo palabra de honor que figurará en la historia literaria, y que le publicaré en el diario como folletin el primer tomo.

El mayor Jarabran se rie solo en un rincon. ¿Por qué se reirá?

En vano trato durante mucho tiempo de bailar con alguna compañera simpática, porque Mr. Cochayuyo desaparece como una exhalacion con cada una. Ovalle no lo hace mal.

Con Andres me empeño infructuosamente en que me permita retirarme. Tengo un compromiso para la comida, y despues debo ir al teatro. Todo es inútil. La puerta de calle está cerrada.

Jarabran se rie siempre.

Una corta interrupcion del baile deja ocasion a otra de las fragatas para acercarse al piano y cantar una romanza «vorrei morir», que enternece al señor Andraca sobre manera. Tras ella canta un jóven, y en medio de una nota alta enronquece súbitamente. Jarabran se vé obligado a espresarle todo avergonzado que le perdone, que no se rie de él, sino de algo mui diverso.

Un nuevo baile se inicia y Mr. Cochayuyo brinca en el medio,

atropellando a todo el mundo, llenando todo el salon, rompiéndole el vestido a su compañera, pisándole los pies a los espectadores y enjugándose con un pañuelo sobre el rostro la mas copiosa traspiracion que he visto en mi vida. Al concluir la polka, se me acerca con el cuello convertido en acordeon y me dice:

—Mi no baila per baila; mi baila per suda.

Ovalle lo mira con indignacion. Jarabran continúa sonriéndose.

De pronto, Mr. Cochayuyo palidece, se lleva las dos manos al estómago, se deja caer en una silla y comienza a lanzar quejidos sofocados en el primer momento y desgarradores mas tarde.

—¿Qué hai?—preguntan todos.—Un dolor de estómago. ¡Que le den bicarbonato! ¡Que lo acuesten! ¡Oh! ¡qué desgracia!

Pero el hombre está realmente aflijido.

Se lo llevan a un dormitorio, Andres corre de un lado a otro. y, por fin, resuelve hacer llamar un coche y acompañar al infeliz a su casa que está situada a pocas cuadras.

Con la ausencia del pobre hombre, se produce un jeneral alivio. Durante media hora el baile queda suspendido y cada cual dá diferentes esplicaciones del suceso. ¡Si comió tanto! ¡Si bebió tanto! ¡Si es una esponja! ¡Si es tan pesado de sangre!

Por fin, una nueva polka suena en el piano y todo el mundo se lanza en un febril movimiento. El mayor Jarabran se me acerca, me lleva a un ricon y me dice:

—¿Qué le parece el dolorazo del gringo?

—Lo siento.

—Yo no señor. Tenia que pagar lo que dijo de la batalla de Tacna. ¿Sabe usted de qué le ha venido el dolor?

—No caigo.

—Fué de esto!

Y me mostró un papelillo, que hoi, no sabria reconocer. Me contó cómo Ovalle habia salido a comprarlo a la botica, y cómo él se lo habia dado revuelto en el ponche.

—Tiene para gritar toda la noche—me agregó con absoluta tranquilidad.

Desde ese momento las horas se precipitaron en la mas horrible algazara. Andres no dejaba irse a nadie. Dos veces fuí sorprendido cerca de la puerta de calle y depositado nuevamente en el

salon. El ponche habia hecho sus víctimas y cada vez que se cantaba el "vorrei morir" el señor Andraca lloraba a mares. La chica del folletin me hizo nuevas preguntas indiscretas y la señora literata modificó, el último capítulo del primer tomo en homenaje a mí, haciéndolo bastante mas colorado de lo que parecia posible.

Poco a poco desaparecieron todas las chicas y algunas de las señoras, fatigadas por el baile y la dura jornada. Pero el piano siguió marcando valses, mazurkas y polkas que encontraron siempre entusiastas parejas.

Por fin, rendido caí en una silla. Andres se me acercó en el acto:

—Hai que ser hombre, Anjel! Déjate de historias. Todavia es temprano.

—Déjame irme.

—Estás despreciando mi fiesta.

—Si no te desprecio nada, hijo mio. Es que son mas de las tres de la mañana y me caigo de sueño.

—Nó, señor, hai que divertirse.

Y aun tuve que bailar, beber, conversar y hasta opinar sobre diversos asuntos.

Cuando apareció un primer débil rayo del alba. rozando las copas de los naranjos, quise disparar y salí con mi sombrero.

Andres me tomó de un brazo, me llevó hasta cerca del pasadizo que conducia al fondo de la casa y con la mirada resplandeciente me dijo:

—¡Escucha!

Se sentia un ruido sordo, como el de una piedra cayendo sobre una superficie blanda:

—Están machucando el charqui para el valdiviano. ¡No te vayas!

Debí morir en ese instante. Pero Ovalle y Jarabran que venian de la calle hablando ruidosamente me llevaron a un aparte:

—Hemos dado una carrera hasta la casa del gringo. Todavia está gritando. Se siente en la calle. Ahora ¡vamos al valdiviano!





Fantasia de Pascua

PARIS-SANTIAGO



Soñámos que regresábamos de Paris (hai sueños disparatados, eh? y que abríamos nuestras maletas dejando sobre mesas, sofáes, sillas y chimeneas, esa infinidad de cachivaches que se compran en una esposicion.

Entre ellos venian algunos objetos de terra-cotta, otros de bronce, de niquel y hasta de plata oxidada. Modelos del llamado arte nuevo, figuras de mujer alargadas y vaporosas, perfiles de medalla, hojas de trébol, lirios de esmalte morado en fondo negro, cobre verde, etc. Todo ese pequeño museo, comprado en la realizacion de una joyeria ambulante, fué colocado cuidadosamente sobre una mesa, en el medio de la cual se destacaba una Cleo de Merode de plata oxidada, con las manos cruzadas tras de la nuca y con una maliciosa sonrisa, símbolo del Paris de las revistas ilustradas.

Aquello quedó allí mientras no instalábamos de una manera definitiva nuestro escritorio, encontrando albergue a tanta moneria.

Llegó la Pascua (es sueño ¿ah?) y naturalmente, como recien llegados, nos fuimos a dar una vuelta por las fondas para apreciar si

Chile habia progresado o nó en nuestra ausencia. Con el hábito del turista que se complace en comprar objetos pequeños y llenarse de ellos los bolsillos, adquirimos una coleccion de ollitas de las monjas, de esas que huelen a incienso y lucen sus vivos colores y sus esmaltes dorados.

Tarde ya, rendidos por la caminata, pusimos sobre la mesa las ollitas de las monjas, que ocuparon modestamente los huecos dejados por los cachivaches de Paris, y no tardamos en sumerjirnos en el mas profundo sueño.

Vino el no sér—como dicen los poetas—y abrimos los ojos a ese otro mundo en que todo se vé indeciso, flotante, vago.

La mesa se nos acercó al lecho. Los recuerdos de Paris, del boulevard, de la esposicion, de Sada Yacco, la actriz japonesa, de la Réjane, la artista parisiense, se nos revolvian con la horchata con malicia, con los claveles y albahacas y con las ollitas de las monjas....

Cleo de Merode, la estatuita de plata oxidada, con sus manos cruzadas detras de la nuca, habia bostezado. ¿Aburrida de Santiago? ¿Con nostaljia de Paris? ¡Eso le íbamos a preguntar cuando ella habló:.

—¿Dónde estoi? Me habia quedado dormida......No veo sino una oscuridad mui profunda. Una vez que me acostumbre veré mas claro....sí, pero ¿qué es esto? ¡Ai! ¿Qué c'est ce petit monstre?

Indudablemente se referia á mi coleccion de ollitas de las monjas y con especialidad al huaso de a caballo que se levantaba érguido al lado de una monjita, vecino a un «brasero» y entre una infinidad de jarritos y ollas.

—¡Jesus!—dijo la monjita, santiguándose—esa gabacha no huele bien. ¡Y qué lijera de ropas! ¡Y qué ojos. Y se dió vueltas como un trompo, dándole las espaldas a Cleo de Merode, que se quedó mirándola con ojos tamaños.

...¡Oh! Cette dame de charité est vraiment terrible!

La conversacion siguió entónces entre la monja y el bracero de esta manera:

—Creo que hemos caido entre jente mala—dijo la monja—buscando calor al lado de aquel bracero destinado a darlo.

—Sí; todo está malo ahora. Ya no son esos tiempos en que yo

tostaba azúcar para el mate, y estaba siempre al medio del salon....

—Y ahora fíjese usted qué manera de vestir la de esta francesa que tengo detrás de mí...

—¡Uy! Qué economía de ropa. ¿Cómo se llamará?

—Cleo de Merode—interrumpió con una vocesita arjentina el «bibelot» parisiense,

—¡Cleo! ¡Dios santo! Si ni siquiera tiene nombre cristiano. ¿Qué es esto de Cleo?

—Como no ha de ser cristiano, maire—interrumpió el huaso, el «petit monstre» a que se habia referido la bailarina de plata oxidada—cuando así principio yo mis rezos: «*Cleo* en Dios paire!»

—Ah! si...

—Ah! si—corearon los dos—mientras Cleo miraba con una cara llena de risa a su pésimo defensor.

Pero Cleo de Merode hacia mucho tiempo que no estiraba las piernas y quiso ensayar su arte. Destrenzó las manos de detras de la nuca y se desperezó. Y un momento despues se descolgaba del pedestal de un saltito y quedaba a mui poca distancia de la monjita de greda, cada vez mas indignada.

—Qué maneras de esta mujer—decia—y qué modo de mirar y de reirse. No, no; esta no es persona buena.

—Oh, mi querida señora—esclamó Cleo—permítame usted que la bese—y antes que la monjita hubiera podido cubrirse la cara con sus dos manos ya le habia estampado en un ojo un beso ruidoso, estupendo.

El escándalo que se produjo fué enorme. El brasero lanzó un rujido, varias ollas se enrojecieron de indignacion.

Pero ya era tarde. Cleo no oia ni veia a nadie; bailaba. La monjita no solo cerró los ojos, sino que aun se puso las manos encima de los párpados: el brasero se puso patas arribas, y varias ollas rodaron por la mesa. Poco a poco, el baile aumentaba y se hacia mas desenfrenado, hasta que la monjita, insegura de sí misma, se lanzó de un salto al suelo haciéndose trizas en él. La siguieron un momento despues, el bracero, y una por una todas las ollas con uso de razon.

Quedó sólo, aislado, sereno, el huaso, ese mamarracho de greda que le habia merecido a Cleo el nombre de mónstruo.

—Mira «petit monstre»—dijo Cleo tú eres el único tolerante, tú la única cara amiga que diviso, y aunque no la tienes mui lavada, no importa.

Y dando un salto quedó montada en ancas y se aferró convulsamente a la cintura del huaso.

—Austin, Austin—esclamó éste—¿Donde te habis visto en otra?

Pero su alegria quedó cortada de repente y siguió:

—Ai, patroncita; si esto hubiera pasado en vida ¡cómo habríamos galopiao! Habríamos ido a topiar en la vara, a tomar un chacolí superior, «un cauceo»...Pero nada puedo hacer ahora, patroncita, porque soi de greda....

—¡De greda! ¡De greda!—gritó Cleo con voz histérica—¡Ai, qué amarga realidad! ¡Austin, Austin! de buena te has escapado. Si hubiera estado viva, ¡cómo nos habríamos divertido! Habria cantado, reido, bebido. Te habria contado cuentos....Pero soi de plata oxidada!

—¿De plata....? Entónces está emparentáa con mis espuelas, patroncita, que son de plata....

—¿Tambien están oxidadas?....

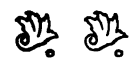
—No, señorita: están empeñáas....

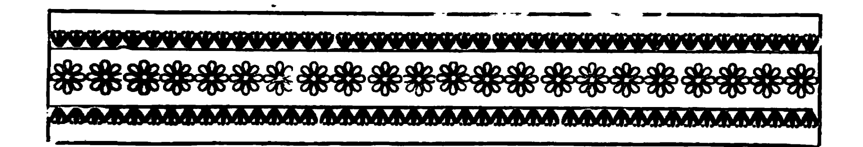
En ese momento se desvaneció el sueño. Entró la luz del alba por la ventana, y junto con ella el mozo con los zapatos lustrados.

—Ai, señor,—me dijo—cómo se han caido estas cosas de la mesa! Mejor seria acomodarlas en otra parte, porque ya no caben. ¿Dónde pongo esta virjencita?—y me mostraba a Cleo de Merode que estaba con una carita de mosca muerta.

....

Y así terminó la fantasía parisiense-santiaguina de Noche Buena.





Almacen de Conciencias



Las conciencias se venden.—*La Reforma.*
A nadie le remuerde su conciencia.
—*La Union*,

¡Qué cosas mas estrañas se encuentran en una ciudad grande, a la caida de la noche! Es la hora en que el oficinista, cansado de la tarea del dia, regresa a su casa o al Club con paso desmayado y voluntad inerte. Es la hora en que todo destella con una última luz, como lámparas próximas a apagarse.

Es, en fin, la hora en que el transeunte se deja tomar por el primer recien llegado y vaga a merced del ajeno deseo.

Los vagos siempre se preguntan: ¿qué se hace en este pais a tal hora? Para ellos deberia fabricarse un reloj en cuya esfera se grabara esta pregunta tanta veces como horas hai. Y sin embargo creo que hai una hora díficil de emplearla en algo útil, y es la última de la tarde, o la primera de la noche.

Vagábamos hace una semana en este momento de indecision y de media sombra. En una de las muchas vidrieras, apagadas unas, a poca luz otras, entre una paqueteria y un almacen de provisiones, un boton eléctrico golpeaba contra el cristal llamando la aten-

cion del transeunte hácia cierta tienda estraña que lucia una plancha con letras doradas: «Almacen espiritual».

Tratamos de investigar, mirando atentamente la vidriera qué podia significar ese letrero. Nada mas que un ventilador eléctrico ajitando incesantemente sus aspas con el rumor de un inmenso moscardon, se veia en la gran ventana. La puerta, por otra parte no tenia indicacion alguna y dos cristales esmerilados impedian la vista hácia el interior.

Naturalmente, nos provocó esta especie de indiferencia por el público, y empujando la mampara nos encontramos en una sala estensa, desnuda en tres de sus murallas y con un pequeño armario en la cuarta donde una série de frascos envueltos se alineaban ordenadamente.

Un dependiente avanzó con una amable vénia, aunque no sin cierta ironia en los labios:

—¿El señor se ha equivocado?

—No creo—respondí, algo confuso.—He visto que éste es un almacen espiritual, y deseo saber qué pueden venderme en este ramo.

—No es la costumbre de la casa,—me dijo con tranquilidad,—tomar clientes nuevos. Nuestro ramo es restrinjido y no aspira absolutamente a difundirse en las clases bajas...—No me coloque usted tan sencillamente en las clases bajas. Si este es un almacen espiritual y yo estoi dotado de espíritu, creo que podria ser un cliente.

El hombre pareció convencerse, y tomando de una mesa un pliego de papel que parecia un prospecto, me lo alargó en silencio. He aquí su contenido:

«Gran almacen de conciencias, por mayor y menor; de las mejores marcas conocidas; y de todas clases y modelos. Hechas y sobre medida. Conciencias anchas y angostas, de madera, de carton-piedra, de fierro con porcelana y de papel».

Lo miré asombrado; pero él no titubeó.

—Las hai a todo precios—me agregó en voz baja.

—Yo necesitaria una; pero no mui angosta.

—Son las mas cómodas. Permítame que le tome la medida.

Durante un largo cuarto de hora el hombre me aplicó un compas

pequeño en todo el cuerpo, y en seguida tomaba notas sobre la mesa en un papel. A ratos me sentí tentado a la risa, porque no veia qué relacion podia tener la dimension tal o cual de algunos de mis miembros con la clase de conciencia que podia necesitar.

—Permítame usted—me dijo al terminar—no quiero ser indiscreto; pero usted debe ser diputado... Necesita una conciencia tan desmensuramente ancha que no fabricamós de ese número.

—Nó, señor; no soi diputado... pero soi periodista.

—¡Oh, la, la! Dá casi lo mismo. Son números mui altos. Aqui quedaba una conciencia de sistèma algo anticuado, sumamente ancha y se la llevó hace poco un Ministro de la Corte. Yo le observé respetuosamente que tanto valia no usarla, tratándose de algo tan ancho; pero me dijo que su puesto le obligaba a llevar una cualquiera, por holgada que le quedara.

—¿Se interesa álguien por las angostas?

—Casi nadie. Cada dia se venden ménos. Uno que otro clérigo, uno que otro vejestorio, algun comerciante que pierde la cabeza, alguien que ha consultado al médico y le ha dicho éste que sufre de arterio-clorosis.

El empleado parecia hablar con gusto; seguramente a causa de su habitual silencio en una tienda tan solitaria. Mientras yo revisaba algunas marcas nuevas de conciencias, me decia éste:

—Hai jentes que jamas, ni por curiosidad han venido aquí a preguntar los precios siquiera de nuestro artículo: los corredores de comercio, por ejemplo. En cambio los tutores, curadores, representantes de menores y otros piden siempre «la conciencia tambor»...

—¿Qué es eso?

—Una especialidad de la casa. Es una conciencia sonora, es decir, que mete bulla, que llama la atencion. Con ella uno logra fama de honrado, aunque no lo sea. Antes que llegara este sistema se usaba solamente la conciencia de bolsillo que, en la misma forma que los guantes y el pañuelo, podia llevarse consigo o dejarse en la casa. Este sistema era el preferido por todos.

—¿Tiene usted alguna conciencia silenciosa, que no se sienta ni sienta, que palpite, que no remuerda?

—Precisamente nos han llegado de Estados Unidos, algunas que

nosotros llamamos con sordina. Estas sirven mucho para jueces, comerciantes, tesoreros fiscales y abogados.

Me esplicó el dependiente el variado surtido que dentro de poco se pondria a la venta. Desde luego me llamó la atencion, y pensé que podria escribirse algo para la vida social, al oir que llegarian algunas conciencias para señoras, con diferentes perfumes en el interior.

—Son mui curiosas, me agregó. Se les da cuerda como a un reloj, para seis u ocho dias...

—Pero supongo que las señoras las andarán llevando como sus relojes: jeneralmente parados.

—No lo crea usted; de esto se encargan los maridos. Pueden ellos no llevar conciencia, pero se cuidarán mui bien de darle cuerda a la de la mujer.

—Dígame usted—pregunté de pronto—me estraña no ver los gusanos.

—¿Qué gusanos?

—El gusano de la conciencia:

De la conciencia el velador gusano
les roe inexorante el corazon...

—¡Ah! Sí, sí. Esas son antiguallas. Hoi dia se suprime el gusano Tambien se ha dulsificado mucho el papel de la conciencia. Casi podria decirse que ésta ha pasado a ser artículo de pasteleleria. Hoi nos reimos de aquello:

Conciencia nunca dormida
mudo y pertinaz testigo
que no dejas sin castigo
ningun crímen en la vida.

Me interesé profundamente en el almacen espiritual, y pregunté si no seria posible desarrollarlo en algun otro departamento, como por ejemplo, la venta de talento y de sentido comun.

—Se ha estudiado el ramo—mo dijo—pero tiene muchas dificultades. Desde luego el talento es imposible fabricarlo. Se han hecho verdaderos aparatos de joyeria, pero luego se descomponen. Noso-

tros importamos de Holanda dos talentos marca *buena estrella*, para la política; pero a los pocos años de uso fallaron, y los clientes quedaron en descubierto. Así puede desprestijiarse la casa. En cuanto a los aparatos de sentido comun, aun no he visto nada completo.

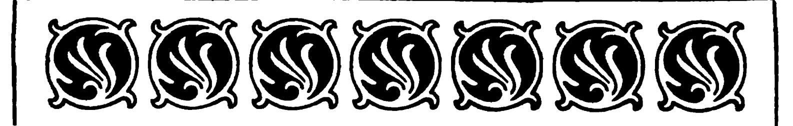
Cuando me iba ya a retirar me dijo:

—Tenemos tambien un pequeño artículo que se llama: «La enerjia al alcance de todos»; yo la llamaria mejor «la efervescencia al alcance de todos»; porque consiste en una carga de ácido carbónico que se aplica a las personas. Es necesario, sí, renovarla a menudo. Hai hoi dia cinco diputados que vienen aquí cada semana a cargarse de gas. El otro dia se nos pasó la mano en uno, y se destapó ruidosamente.

Aun oia hablar al dependiente, cuando de nuevo me encontré en la calle. La tienda parecia haberse oscurecido por completo. La oscuridad de la calle me hizo marchar a tropezones. De repente alguien me tomó del brazo. Al dar vuelta la cara me encontré con el dependiente que al pasarme una caja me decia:

—Llévese usted esta conciencia para políticos. Llévela gratis, porque su valor es tan insignificante que las estamos relagando.





NO SEAS MUNICIPAL

CARTA DE UN PADRE A SU HIJO

MI QUERIDO JUAN:

He recibido tu carta y aun no vuelvo de la sorpresa que ella me ha producido. Me pides, como si nada me pidieras, la autorizacion para presentar en Rancagua tu candidatura a municipal, en el puesto vacante que dejó el señor Marin.

Créeme que he llorado de pena, al ver como se ha maleado tu buen criterio y relajado tu estricta conciencia. Pareces creer que el oficio de municipal es un oficio honesto, y que puede desempeñar un hombre digno con la frente levantada. Mira; este punto no lo discutiremos. Tengo para mí que es mas honroso ser en ésta tu ciudad natal, canastero o sacristan, que allá miembro del Municipio.

Te diré que en nuestra familia tenemos una mancha. Tu abuelo cometió un asesinato y estuvo diez años en la Penitenciaría. Alguien me dijo, cuando tú naciste, que el *atavismo* era una verdadera lei, y que debia temer fundadamente que tú salieras con la herencia del homicidio. Inútil fué que yo te educara con los escrúpulos con que

lo he hecho, buscando una defensa contra esa mancha hereditaria. ¿Pero qué he sacado? Ya lo ves; la mania homicida ha brotado por todos tus poros: quieres ser municipal; quieres tener, por consiguiente, en tus manos la vida de los habitantes de Rancagua, y dejarla abandonada a las continjencias de los conventillos ruinosos y de las cloacas abiertas.

Mira, Juan. Si quieres ser malo, sé falsificador de estampillas, profanador de tumbas y escalador de conventos; pero, por favor, por la memoria de tu madre, por mí, por tí, no seas municipal.

La familia está ya decaida, sin nombre, sin prestijio. ¿A qué seguir deshonrándola? Si fueras mujer, no te dejaría, por ningun motivo, ser conductora; no te estrañes, pues, que siendo hombre, te impida, con enerjia irresistible, ser municipal.

Si te dá por los oficios humildes, tienes a tu vista la profesion de campanero. Subirte a una torre, repicar, doblar a muerto, ser un verdadero heraldo de las cosas tristes y de las nuevas alegres, dominar la ciudad entera, vivir a la altura en que vuelan los pájaros; en fin, ahí tienes tú un oficio pobre, sencillo, modesto, pero que no nos humillaria. Tiene, es cierto, la profesion de campanero, el inconveniente que no se puede repicar y andar en la procesion; pero ¡qué quieres! nada hai sin dificultades. En cambio, seguirás estando siempre en materia de fondos «a tres dobles y un repique.» Tambien podrias ser policial del punto, guardian del orden público, firme sosten de la tranquilidad de las calles. Es verdad que es un oficio frio y sumamente propenso a catarros; pero tambien es honroso poderse llamar a sí mismo: colaborador de la paz social. Podrias en este terreno de los oficios humildes, ser palanquero de ferrocarril, arreador de pavos, vendedor de sustancia de aves o faltes.

Si te dá por los oficios honoríficos, puedes fundar una sociedad cualquiera y hacerte presidente de ella. Seria escelente idea una liga permanente en pro de los damnificados de Guayaquil, para pasarles una pension mensual a las viudas ecuatorianas o una dote a las jóvenes solteras de buena cara, que están dudosas entre casarse o abrazar el estado relijioso.

Si te da por los oficios audaces, puedes hacerte diputado, inventor, andarin....o tenor Sotorra. Si eres lo último, aborda el *O para-*

diso sin temor alguno, que lo mas que puede pasar es que el públi co se tape los oidos.

En fin, busca, elije, adopta cualquier oficio, ménos el de municipal. Sé bailarina, si quieres; pero no seas edil.

No es menester que para hacer fortuna esplotes un sillon municipal; puedes esplotar una viuda rica, con mas éxito y ménos deshonra.

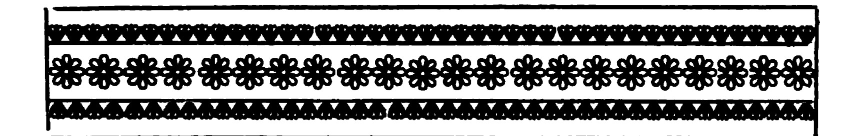
No sabes cuánto me ha aflijido la idea de que tú quieres ocupar el puesto vacante que hai en el municipio de Rancagua. Este es un mal de familia: tu hermanita quiso ser a todo trance cantinera del Buin; tu hermano mayor queria ser tesorero fiscal; y tu tio Ramon, *taquero*, o, mejor dicho, limpiador de acequias, No sigas tú ese camino errado y pernicioso, Juan mio; y, si algun mal consejero te sopla tales picardias, y tu espíritu desfallece, y vas a las urnas, y los ciudadanos te elijen; entónces, o dejas de llamarte como te llamas, o te olvidas de este viejo que te dió el *sér*, sin sospechar que te iba a dar el *ser municipal.*

Ventc a Linares, donde se respira buen aire, se bebe leche pura y no hai microbios. Esa ciudad de Rancagua es un charco donde no se puede vivir.

Te guardaré secreto de lo que has querido hacer, para que las jentes honradas de aquí no comiencen a mirarte en ménos.

Debo, sí, advertirte que no publiques esta carta, porque, como me he espresado algo mal de ese municipio, es capaz de tomar alguna medida en contra mia, como hacerme pagar patente de vehículo con cuatro caballos, por salir a la calle. *Tu afectísimo padre.*





RELIQUIAS...

De cuando en cuando la crónica de los diarios anuncia el descubrimiento, casi arqueolójico, de algun veterano que le ensillaba el caballo al jeneral San Martin y se encontró en Cancha Rayada y en Rancagua. El veterano pasa, naturalmente de cien años de edad y se acuerda, como si fuera ayer, de los gloriosos hechos de armas de la independencia nacional, que miramos ya como pájinas históricas consagradas por un siglo.

Pues bien, es necesario que nuestros lectores no crean absolutamente en esas reliquias históricas. Los veteranos de cien años para arriba, no tienen de soldados sino los sucios pantalones azules con rodilleras y manchas antiquísimas. Andan con los pies juntos, se mueven temblorosos como si fueran jelatinas ambulantes, no ven ni conocen a nadie, abren la boca como espantandos de la luz, del ruido, del movimiento y se marean con aquel torbellino que se desenvuelve en torno suyo sin respeto ninguno a la reliquia

Un diario de hoi se refiere a un anciano Narváez que ha llegado a Valparaiso, de no sabemos dónde. Tiene 105 años, y es seguro que tambien le ofreció un cigarrillo de hoja al jeneral O'Higgins y conversó una vez con Freire y le dió otra vez la mano a Búlnes. En fin, se trata de otra reliquia histórica.

El viejito se mueve por las calles de Valparaiso, con su figura de

chincol entumecido, tratando de despertar sus recuerdos y evocar algo que siente cerca de su corazon apagado ya. Ha tenido una mujer y una hija; viven allí mirando ese mismo mar que él divisa, cerca de esos mismos cerros que tienen al alcance de su mano; pero ¿en qué calle?

A Narváez debe pasarle algo de lo que le ocurre al enfermo que quiere hablar pero que siente apagársele la voz en la garganta, y se contenta con lanzar un suspiro. El espera que el recuerdo bata sus largas alas de seda y se acerque. Cree ya que posa la tibia vestidura al lado de su pecho, se lleva la mano al corazon, pone el oido atento al ruido que lo cerca... pero nada, absolutamente nada. Todo ha muerto, todo ha pasado. El está sobreviviendo a su corazon, sobreviviendo a su cabeza, sobreviviendo a su espíritu...

Por eso le llaman *el sobreviviente*. Es algo asi como un buque que ha desarbolado la tempestad y ha deshabitado la muerte y se aleja brincando, de ola en ola, sin mas rumbo que el azar.

Hace mas de tres años, estuvieron de moda los veteranos de la independencia, los sobrevivientes de Chacabuco y Maipo. Salieron muchos de sus modestas casitas, vestidos dentro de los informes casacones de otra época. Mr. Spencer los enfocó un dia y nos dió un abanico de rostros arrugados, miradas opacas, de un color de tierra amarillenta y plomiza. Los cronistas se pusieron literatos todos, entintaron sus plumas nuevas en la mejor tinta del mercado, y hablaron con absoluto candor de las reliquias sagradas, de esos lazos de union entre cuatro jeneraciones, de esos narradores verbales de la epopeya de 1810.

La curiosidad nos arrastró, y una linda mañana pasábamos el puente de la Recoleta, y nos presentábamos al pequeño hogar de uno de ellos. Estaba sentado al sol frente a un jardincito con pelargonias y verbenas, en un sillon de cuero, los pies envueltos en un pañuelo de mujer, y metida la colilla de un cigarro tras de la oreja. Parecia una perdiz disecada con naftalina y puesta al sol para que se murieran las polillas.

Nos acercamos con veneracion sagrada.

—¿Hablamos con un sobreviviente de la epopeya de 1810?

Por los ojillos de pájaro del veterano no pasó nada. Nos miró

con curiosidad, e hizo un movimiento de narices parecido al del conejo cuando huele una ramita de alfalfa.

—¿Podria contarnos usted la carga de O'Higgins en Chacabuco, los sentimientos patrióticos que animaban su pecho, el júbilo de la victoria, el entusiasmo de los soldados?

El veterano nos volvió a mirar, ajitó de nuevo su nariz y dijo, moviendo la cabeza:

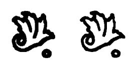
—Sí; sí, O'Higgins era godo.

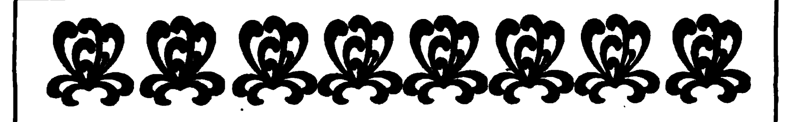
Quedamos estupefactos. La reliquia histórica descendió en nuestro concepto hasta parecer un pajarraco momificado, indigno de seguir viviendo para decir atrocidades tales.

Cuando un hombre, por mui reliquia que sea, llega a un estado tal, debe ser retirado compasivamente de la circulacion, y albergado en un asilo. Las reliquias se encierran en un estuche; no se deja que les caiga la lluvia encima, ni las hiera el sol.

La relacion de la vagancia de ese pobre Narváez nos ha llegado al fondo del alma. Ese hombre ni es reliquia, ni es lazo que une jeneraciones, ni siquiera es persona. Monton de huesos que todavia no caen desarmados al suelo; organismo cuya desgregacion ha retardado la vitalidad asombrosa de los soldados de antaño; cadáver que se cree todavia pertenecer al gremio de los vivos.

Si los asilos para ancianos no sirven para retirar de la interperie esos despojos respetables por mas de un título, para nada sirven.





NO VERANEO

EN VIAJE

NO veraneo. Como hombre de principios fijos, inamovibles y sujetos ya a larga esperiencia, declaro que no veraneo.

Recibí una prolija leccion objetiva de lo que es un veraneo a pleno campo. Prefiero, por cierto, desde entónces, un veraneo a pleno infierno.

Mi amigo Antonio Fuentes decidió llevarme el año pasado a su fundo *El Atolladero,* distante pocas leguas—así decia él—de una estacion de ferrocarril. Inútil fué que le demostrara que la épocá en que Santiago se muestra ménos aborrecible, es de enero a marzo.

Las legumbres bajan, y un atado de espárragos llega a valer menos que una piña al jugo. Bajan tambien las aves y cuesta menos un pollo que una langosta de Juan Fernandez. Desaparecen de Santiago los diputados, los acreedores, los jueces y los abogados. En fin, es casi un crímen emigrar de una ciudad durante los dos meses en que se hace habitable, hijiénica y hasta simpática.

Pero ¡qué hermoso cuadro me trazó Fuentes con su tropical imajinacion de miembro del Ateneo y dueño de ciento cuarenta vacas de apellido Durham!

—Ven—me decia—te levantarás apenas asome el sol sobre las crestas del arrayan. Nos bañaremos en un recodo del estero, fresco y cristalino. Beberemos una leche gorda como crema, blanca como nieve, fresca y suave como miel. Iremos a la quebrada de los Boldos a buscar helechos, a cazar perdices, a gozar de la mas encantadora vista del mundo. Almorzaremos las mas ricas cazuelas, los bisteques mas blandos, los corderos mas gordos, las lechugas mas tiernas, las longanizas mas picantes, las empanadas mas jugosas y las malayas mas zazonadas. Dormiremos la siesta bajo el sauce lloron. Pasaremos el dia leyendo versos de Musset bajo los naranjos en flor. Al llegar la tarde oiremos a caballo el canto de los pidenes y ese silencioso recojimiento de la oracion. Comeremos temprano. Mi mujer te tocará en el piano, un rico Steinway, la «Sonata pasionata» que es tu delirio...y nos dormiremos en el mas suave de los sueños.

Cautivado, como los navegantes con el canto de la sirena, tomé un dia el tren y llegué a *El Atolladero.*



Eran las ocho cuando un pitazo del tren anunció el fin de mi viaje,—Mi break te espera, me habia dicho Fuentes. No tienes sino que llamar. Gritas ¡Marcelino! y tendrás un fornido mozo a tus órdenes

Unico pasajero, bajé del tren, cargado con dos maletas, un rollo con baston y paraguas, y un cesto de mimbres con algunos obsequios a la esposa de Fuentes, y esperé que el convoi partiera para gritar conforme a las instrucciones, el nombre del leal servidor.

Mis clamores se perdieron en la silenciosa y profunda oscuridad de la estacion. El ahullido cercano de un perro, fué la única réplica que pude percibir.

—¡Marcelino!—volví a gritar.

Nuevo silencio, nuevos ladridos. luego larga y prolongada incertidumbre. Ni una luz en el vasto cercado de la estacion; ni un palanquero dormido sobre los vagones que apénas alcanzaba a columbrar a lo léjos; ni siquiera uno de esos farolillos rojos o verdes que anuncian la proximidad de un cambiador.

Fuera de la diferencia de dormir en una cama blanda y tibia a pernoctar bajo ese galpon abierto a todos los vientos, la cosa no habria sido grave, a no ser porque los ladridos del perro se iban acercando con insistente gradacion. Nuevos gritos a Marcelino, con el mismo desesperado resultado. Esta vez el perro avanzó corriendo y sin dejar de ladrar. A tientas encontré un banco donde me trepé ájilmente sin soltar el rollo del baston, paraguas y otros útiles, y me apronté a una larga y silenciosa lucha con los elementos: la fatalidad y el perro. ¿Qué podia haber ocurrido para segar al nacer las hermosos esperanzas que Fuentes me habia hecho abrigar sobre su hospitalidad? ¿Marcelino habria sido asesinado en el camino por algunos forajidos?

Entretanto, el perro se acercaba, deseando seguramente entrar conmigo en un desigual combate. Era un enorme dogo de Ulm, absolutamente fuera de sí. Habria sido inútil hacerlo escojer un terreno conveniente para ambos. Su actitud resuelta no admitia lugar a dudas. Como diera dos o tres saltos para trepar al banco, me ví obligado a repelerlo con mi baston; con lo cual las hostilidades quedaron declaradas.

Pero de pronto se operó en el dogo una favorable evolucion. Husmeó en torno de mis maletas y con un buen criterio, de que no lo hubiera creido capaz, elijió la canasta para hacer en ella un exámen de vista de Aduana.

Con el mas profundo dolor adiviné que el perro escojia para comenzar su cena, una hermosa longaniza que iba a ofrecer en rendido homenaje a la señora de mi amigo. Crujieron sus dientes y llegó hasta mis narices el picante olor de salchicha.

Inútil habria sido disputar con el perrazo lo que quedaba en el canasto. Entregárselo a su avidez era pagar una prima de seguro sobre vida Pero como el hambre apretaba tambien para mí y tenia la risueña espectativa de una noche en ayunas y en vela, resolví retirar del canasto algunos víveres con toda la diplomacia posible.

Avancé mi baston: rujido sordo. Engarfié la oreja del canasto y lo atraje hácia mí: salto furioso del mastin, y colocacion estratéjica entre el cesto y el banco.

Todo era inútil. Resolví esperar que la salchicha hiciera su efecto

sobre el organismo del animal, para salir de mi sitio cuando la dijestion lo llamara a mas benévola actitud.

Terminada la suculenta parte, el dogo de Ulm, introdujo su hocico en otros paquetes, y a juzgar por el ruido de huesos quebrados y la agradable fragancia despedida, fueron cuatro perdices en escabeche las que tomaron el turno.

Un momento despues el insaciable can estraia un jamon, un verdadero jamon de Valdivia. Pero dudando de tener tranquilidad suficiente para acabarlo en paz, lo arrastró hácia sí y se sumió en la laboriosa tarea, mascando suavemente la grasa azucarada y planchada. Aproveché ese momento para intentar bajar a tierra: pero un oportuno rujido me contuvo.

Lancé un nuevo grito a Marcelino, y la nada, el vacio, la oscuridad por todas partes, me respondieron. Entretanto las horas volaban y a la luz de un fósforo ví en el reloj las once de la noche. Tres horas mortales habian pasado.

El perro entretanto parecia satisfecho, se acercó a mi maleta, a mi gran maleta, husmeó y luego ¡horror! quiero ahorrarme la angustia de repetirlo y a mis lectores el bochorno de oirlo.

Resolví salir de la inaccion; salté a tierra y ajité el baston. El dogo era práctico, demasiado práctico, porque sin siquiera un ladrido desapareció a escape y se perdió en las sombras.

Me lancé entónces a dar desesperados golpes sobre todas las puertas de la estacion.

—Esto es una vergüenza—gritaba—esto es un salvajismo: yo tengo derecho al sueño. Yo necesito un hombre. Esta estacion está a cargo de perros. Yo se lo contaré todo a Dario Zañartu. Infames! ¡Dormilones!

Una puerta se abrió. Una plácida cara de jefe de estacion con sueño, apareció alumbrado débilmente por una linterna.

—¿Quièn grita?

—¿Qué quién grita? Un ser humano tratado como presidiario Un hombre que se ha depositado en una estacion como un fardo de pasto. Una víctima de la pereza de los jefes de estacion y del hambre de los perros. ¿Quién me devuelve ahora mi sueño perdido, mi comunicacion con seres civilizados, mis salchichas, mi perdices, mi maleta?

—¿Salchichas, perros, perdices?—balbuceaba espantado el hombre.—Pero qué diablos tiene usted? ¿Quiere usted dejarme en paz?

No hubo un instante de vacilacion. Me lancé sobre el hombre.

—O me atiende usted como a una persona—le gritaba—o le estrangulo como a un gusano.

El jefe entró en esplicaciones. El despachó el tren de ocho; pero no vió pasajero alguno. Como no pasaba otro tren hasta la media noche, habia aprovechado para dormir, dejando arreglado su despertador para no atrasarse. Sentia de cuando en cuando cierto grito que parecia decir ¡Marcelino! pero como él se llamaba Andres, no le dió mayor importancia al incidente.

Se ponia, por otra parte, incondicionalmente a mis órdenes. El break de Antonio Fuentes no habia estado en la estacion. Seguramente un olvido, la pérdida de la correspondencia .. Podia darme un guia para que me movilazara a pié. Dos leguas de buen camino podian salvarse fácilmente.

Veinte minutos mas tarde me ponia en marcha precedido del compañero sumamente esperto en las cavernosas oscuridades que se estendian delante de mí.

—Las casas estan cerca—me decia para consuelo. Hai que andar firme dos legüitas.

Y andábamos a largos pasos, llevando él delante mis dos maletas, siguiéndolo yo cuatro o cinco pasos mas atras, sin ver ni mis propias manos, tal era la profunda negrura de esa boca de lobo.

El hombre me iba contando una eterna historia de cierto salteo ocurrido en *El Atolladero*. Oia atentamente las largas peripecias de la narracion, cuando de pronto su voz pareció alejarse. Como de detras de un grueso muro salian sus palabras, esta vez mui angustiosas:

—Cuidado, cuidado, que es mui hondo!

No tuve tiempo de dar un paso: Caí sobre una cosa blanda, movible y entendí por los gritos que era mi guia que en ese instante me servia de colchon en el fondo de un pozo.

—¡Estamos lucidos! dijo mi acompañante. Hai que aguardar el alba.

Y allí me quedé sumida a cuatro metros bajo tierra, cuerpo a cuerpo con mi suerte y con mi guia maldiciendo de Marcelino, del break, del campo, del veraneo, del dogo de Ulm y de Antonio Fuentes, el embustero, el truhan que me habló de su *Atolladero* como de un Eden.

UN COMPAÑERO DIFICIL

Con las primeras luces del alba, sentimos, despues de un largo diálogo de gallos que duró como dos horas, el canturreo lejano de un hombre y los chillidos de una carreta que seguramente avanzaba lentamente hácia nosotros.

Era tiempo ya de salir de ese hoyo infecto donde todos los olores tenian su sitio respectivo. A nuestros gritos desolados el hombre detuvo su carreta, se acercó cautelosamente al pozo, encendió luz y reconociendo en el guia a un antiguo amigo suyo, volvió de prisa por un cordel. Por fin, despues de mucho esfuerzo fuí estraido, y ayudé poderosamente al salvamento del acompañante, que no quiso soltar las maletas. ¡En qué estado las ví, Dios mio!

Pensé volver a la estacion por el mismo camino que habia hecho, para no presentarme forrado en esa inmunda paja y en ese barro mal oliente, a la casa de mi amigo. Pero resolví despues ser un acusador mudo de su desidia, de su olvido, de su falta de consideracion. Y emprendimos la marcha. Acosados por los perros de los inquilinos, seguidos por sus gansos y hasta acometidos por un gran chivato overo, llegamos a la casa de Fuentes. ¡Qué gritos, qué esclamaciones, qué jestos! La carta no habia llegado; y para consuelo la señora decia en medio de esclamaciones regalonas:

—¡Si aquí no llega nunca una carta!

Fuí empujado hasta una pieza donde me desvestí mas muerto que vivo. El agua en que tuve que lavarme era poco mas clara que el barro que me envolvia.

—Agua de campo, hijo, me decia alegremente mi amigo.—Al tomar un sucio paño de manos para enjugarme la cara:—¡Cosas de campo! Al alargarme una vieja levita que me hizo ponerme miéntras se secaban mis trajes:—¡Ropa de campo!

La mañana pasó rápidamente. El cuento de mi llegada, mi nomérica lucha con el perro, el viaje al traves de las sombras, mi estadía en el fondo del pozo, todo esto regocijó a la familia Fuentes hasta la hora de almuerzo.

Desde el corredor donde estábamos reunidos, sentia yo los gritos de la gallina destinada a la cazuela, que era perseguida a piedra y garrote a lo largo del huerto.

—¡Cómo estará de blando el animalito! pensaba, cuando lo van a matar un cuarto de hora ántes de servirlo.

Cuando llegó el momento solemne y rodeado de la prole de Fuentes, entré al comedor, una pieza baja, algo oscura, en que zumbaba un enjambre de moscas, y en que daba vueltas lentamente uno de esos viejos negros abanicos hechos para espantarlas; pero que no las espantan.

—¡Almuerzo de campo! me decia jovialmente mi amigo. Y yo temblaba, no por el almuerzo, sino por lo de campo.

Se sirvió la cazuela. Un gran plato lleno de un caldo en que flotaban todos los vejetales conocidos, y algunos no rejistrados todavia; un choclo de dimensiones estraordinarias, y un ají entero abierto en varias partes, para que su sustancia penetrara en el caldo y el caldo en él. Habia ademas granos de pimienta, hojas de perejil, trocitos de cebolla, torrejas de zanahorias y tambien arroz papas y tomates. Me olvidaba decir que ademas divisé dos moscas y hasta un pequeño cucarachito que no se sentia bien en el hirviente caldo.

Cada cucharada de esa infusion me parecia plomo derretido. El ají me ahogaba. Gruesas lágrimas saltaban de mis ojos. Dejé a un lado un grano de pimienta creyéndolo un insecto y me tragué el pequeño caleóptero tomándolo por pimienta.

—¡Animo! me gritaba Fuentes. ¡Cazuela de campo!

De pronto, uno de los niños, con la cara embarrada, que pugnaba denodadamente por clavar su *choclo*, lo hizo saltar disparado hasta mi plato. El tenedor maternal de la señora entró en mi caldo como si fuera el suyo y pescó el prófugo pedazo. En cambio el niño dijo lleno de jentileza:

—No me lo como, porque se cayó en el plato de ese caballero.

—¡Niños de campo! me dijo Fuentes, sonriendo paternalmente.

Se sirvió despues sobre una fuente una verdadera pieza de museo. Era un gran cráneo perforado en distintas partes. Cabeza de ternera segun supe... ..

—Papá—gritó uno de los chicos—¿ésta es la ternera que murió ayer de fiebre?

—No te asustes—me dijo Fuentes—realmente murió ayer, pero no de fiebre, ni de picada. Es inofensiva......

—Talvez era tuberculosa, interrumpió la señora.

—Pero no tengas miedo decia Fuente, ¡es carne de campo!

—Sírvanle un ojo, recomendó álguien.

—Y la lengua, agregó otro.

—Los sesos que son tan buenos.

—Los hocicos que son mejores.

Era una escena de antropófagos. Pero hube de comer bajo la mirada fiscalizadora de la familia. Uno de los chicos, Julito, me dejó caer un ojo de ternera sobre mi plato. agregando con un gracioso jesto:

—Tengo las manos limpias. No crea!

La cabeza fué primero aserruchada en la mesa, golpeada en seguida con un martillo y despues operada con una maestría de cirujano. A cada instante una nueva pregunta:

—¿Quiere otro pedazo de labio? ¿Por qué no se sirve este otro bocado de nariz?

Por fin acabó el suplicio de la cabeza, y una nueva fuente entró. Eran frejoles. Despues otra con picarones y otra con bisteques suculentos, por último una torta en que habian entrado 300 huevos, unas sandias descomunales, espolvoreadas con harina tostada; té en seguida y biscochuelo hecho en la casa y manjar blanco del mismo oríjen.

Salimos cerca de las tres de la tarde al viejo patron de un huerto pintoresco. Alegre sitio; ¡pero qué lleno de peligros! Cada paso mio era acompañado alternativamente por Fuentes o por su mujer, con estas o parecidas frases:

—¡Ten cuidado con esos tábanos! Hacen unas ronchas mui enconosas.

—No ande por el pasto Jaramillo. A esta hora hai muchas culebras y se suben por las piernas.

—No te espante ese abejorro, bárbaro, porque es mucho peor.

—No vaya a tocar esa yerba Jaramillo porque engranuja las manos.

—Alertá con esos castaños, porque ahí está el colmenar; y hai que acercarse con máscaras.

—¡Uf! No pises ahí.

—¡Ai! no pises acá.

Pero ya habia pisado. ¡Horror! ¡Cosas de campo.

—Qué agradable el aire ¿eh?—pregunta Fuentes!

—Mui agradable.

—¡Qué melancólica esta hora!—dice la señora.

—Mui melancólica.

—¡Qué aroma tan suave!

—Mui suave—contesto, mirándome desolado los zapatos.

La tarde pasó larga y aburrida. Un piño de ovejas lo oscureció todo de tierra, y la melancolia y el aroma se cambiaron en estornudos.

Poco ántes de llamársenos a comer, apareció un invitado. Un hombre gordo, colorado, con un ojo y dos narices: es decir, con un ojo aprovechable y una nariz.

partida por gala en dos

como dijo el poeta, comparando con un rubí los labios de una dama.

Este señor se llamaba don Hermójenes, era alcalde de la municipalidad y gran ajente electoral, que venia a conferenciar con Fuentes y a pasar una noche bajo su techo.

El hombre se colocó la servilleta amarrada al rededor del cuello, como para afeitarse, se arremangó como para boxear, y comenzó la para él importantísima tarea de comer. Lo hizo como un rinoceronte, y bebió como una tierra jamas regada. Tomando una pechuga de gallina a dos manos y entre las furiosas acometidas que le daba, decia horrores contra el gobernador, y contra un don Mauro que no supe nunca quién era.

Por fin llegó la hora de dormir. Todos estaban molidos y se fueron pronto a sus piezas. Me tocó hacerlo en compañia de don Hermójenes.

Cuando comenzábamos a desvestirnos y mi compañero me esplicaba prolijamente cómo don Mauro le habia robado cinco cuadras de tierras a un don José Maria, de la localidad, yel gobernador no habia pagado unas deudas de juego a no sé quién, entró Fuentes con dos fusiles al hombro.

Mi emocion habria sido intensa, si no fuera por sus inmediatas esplicaciones:

—Es una precaucion conveniente, me dijo.—No te diré que aquí salteen seguido; pero puede suceder...

Salido Fuentes prosiguió la historia de las cuadras. De pronto el narrador se interrumpió dirijiéndose decididamente hácia el lavatorio. Ajitó el jarro como para apreciar su contenido, asomó su ojo al interior, y levantándolo despues con aire triunfal esclamó:

—¡Qué linda ponchera compañero de mi alma! De aquí sale mas de un litro. Y salió disparado dejándome en la estupefaccion mas completa.

Un momento despues, y mientras hacia esfuerzos para dormirme, pude oir un diálogo en que se alternaban voces de hombre y de mujer.

—No te apures tanto hombre, decia la voz del alcalde, si he venido a buscar una botellita de pisco y dos de vino blanco para hacerme un ponchecito de verano.

—Si no me apuro por eso...Tú bien sabes. Pero es que no tolero que vengas aquí con pellizcos a mis sirvientes...

—Pero tú vez Antonio, interrumpió la señora, que a este hombre hai que vijilarlo a toda hora. Si no hubiera estado allí...

—Bueno, ya no habrá mas historias, Julia.

—Así lo espero.

—Buenas noches.

—Buenas.

Y don Hermójenes hizo irrupcion a mi pieza con las tres botellas.

—Cáspita, amigo Jaramillo. He hecho una plancha mayúscula. Entré al comedor. Sentí bulla en un estremo, y por no perder la costumbre dí un pellizco.

—¿Al aire?

—No, pues, a un bulto que queria escabullirse. Un bofeton me

dejó ciego de un lado. El bulto desapareció, y al salir del comedor me encontré con Fuentes y la señora...Yo creo que fué ella la del pellizco.

Qué chasco!

Y miéntras el hombre comenzaba a fabricar su ponche en el jarro del lavatorio, yo hacia esfuerzos por conciliar el sueño para reponerme de las fatigas de la jornada.

—Me hace falta un limon, murmuraba entre dientes el alcalde, o mejor un duraznito. Si tuviéramos un amargo, no andaria mal la cosa.

Y salió en puntillas.

Entre sueños lo sentí entrar poco despues.

—¡Diablos!—decia—esta Julia es un policial. Me ha seguido ahora hasta la cocina. Y es claro, no he conseguido dar un solo pellizco. En fin, el ponche está listo compañero.

Yo finjí roncar, resuelto a no probar ese líquido de dormitorio que contrariaba tanto mis hábitos.

—¡Compañero! ¡Arriba! ¡Llegó el Buin! ¡Arza!

Tuve que despertar, desperezándome.

—No señor, yo no bebo. Y ménos en la escobillera. ¿Cómo crée usted...?

—No sea dengoso hombre. Cuando no hai vasos se bebe en la mano si es necesario. Arriba.

Y me alargó la escobillera rebalsando de un líquido detestable que bebí, dejándome caer de nuevo, como despues de un purgante matinal.

La oscuridad se hizo al fin. Algunos resoplidos de don Hermójenes iniciaron una série de robustos ronquidos y despues no supe mas...

Habian pasado dos largas horas cuando desperté sobresaltado.

—¿Quién va?

Una sombra se acercaba a mi cama sin responder.

—¿Quién es? grité nuevamente.

—No hai que asustarse, me decia don Hermójenes! Abra la boca, que aquí traigo lleno el cachito.

La escobillera se acercó a mis labios, ahogando mis inútiles protestas.

HERACLITA Y DEMOCRITA

Don Hermójenes desapareció como un demonio: dejando olor a azufre.

La señora Julia me ha encargado galantemente que me haga cargo de sus tres hijitos, y los acompañe a andar por el campo. Las tres delicadas criaturas revelan en sus caras de chimpancés de tierna edad, las mas perversas inclinaciones.

—Confio en usted, Jaramillo. Que no corran mucho, que no les dé el sol, que no se mojen los pies y que no coman fruta!

—¡Ahí es nada!

Los tres pequeños cerdos echan a correr delante de mí. Uno vuelve a los cinco minutos con un pajarillo que segun parece es el que pregunta todas las mañanas: ¿Has visto a mi tio Austin?

—Caballero—me dice el desfachatado—¿quiere ver lo que hai adentro del pájaro?

—Nó; no quiero ver eso.

—Es que se puede ver. Yo he dado vueltas varios chincoles al revés para verlos por dentro.

—¿Quién te ha enseñado eso, coleóptero? ¿Y si te diera yo vuelta a tí por el revés?

Pero no era tiempo de impedirlo. Ayudado por otro de sus tiernos hermanitos, y tomando cada uno del pico, abrieron el pájaro de parte a parte. La anjelical criatura me puso los pelos de punta. Hubiera querido deshacerlo en el suelo como a una araña venenosa.

Un momento despues pierdo de vista a los inocentes bichos y me lanzo en su busca.

—¡Manuelito, Julito, Duardito!

Dos de ellos vuelven, con las fisonomias impasibles y me dicen con mucha calma:

—Duardito se está ahogando.

—¿Dónde?

—En el estanque de los patos.

Corrí desolado y en cuatro saltos estuve al lado de un charco fétido en que el chico lloraba tendido de bruces.

—¿Quién te ha metido aquí?

—Manuelito.

—No es cierto, embustero, fué Julio.

—Nó; fuimos los dos.

—Vamos a ver. Contármelo todo, porque si no los voi a arreglar.

—Yo dije: el que quiera ser sapo que diga *¡Yo!* Duardito dijo *Yo* Yo le volví a decir ¿quieres ser sapo? Y él volvió a decir que sí. Entónces lo tomamos con Julito y lo metimos al pozo. Entónces éste que no sabe hacer sapos, se comenzó a ahogar.

—Mentira, yo se hacer sapos; pero no en el agua.

—Pero no llores tonto; los sapos no lloran.

Una hermosa perspectiva se me ofrecia por delante: manejar esos monstruitos durante medio dia! Resolví dejar que la suerte, la justicia divina y el sol obraran sobre ellos en cualquiera forma; y echándome a la sombra de un castaño abrí un libro y me puse a leer.

Por suerte para los chimpancés, y para mí, llegó Fuentes poco despues y me llevó a hacer una rápida escursion a caballo que duró tres mortales horas.

La conversacion era, por supuesto, para mí sumamente agradable. Me enseñó a apreciar en qué se conoce que una vaca es buena lechera y qué es necesario hacer para que los quesos no salgan duros. Me hizo pronunciarme con calor en favor de una clase de carneros y en contra de otros. Me discutió que la galega se debia estraer con azadon y no con la pala. Para dar base a la discusion, supuso él mismo que yo era partidario de la pala, y me decia a grandes voces:

—Tú crees como todos los de la Sociedad Nacional de Agricultura que basta la pala...

—Te aseguro...

—Me vas a decir que la pala sirve para estraer la correhuela. Pero ¡qué absurdo, Jaramillo! ¡Yo no te creia capaz de tal contrasentido! ¿Qué idea tienes entónces del azadon?

Iba a contestarle que no habia oido ántes hablar de este aparato, a no ser en las cuentas del Gran Capitan: «palas. picos y azadones». Pero me callé para que triunfara luego la pala, y Fuentes me dejara en paz.

Hice lo posible para darme a conocer como hombre entendido en trabajos agrícolas. Creí que era cuestion de urbanidad. Naturalmente, mi escasa preparacion me hacia dar traspies inolvidables Recuerdo que pasando un dia por su sementera de trigo me dijo:

—¿Creerás que aquí ha entrado *el polvillo*?

—¿Y esto te trae perjuicio?

—Mas de 50°/₀ de pérdida.

—¡Pero hombre! ¿Y te quedas mano sobre mano?

—¿Y qué quieres que haga?

—Sacudirlo... Poner cien hombres con plumeros... Y acabar con él!

Fuentes lanzó unos bramidos horrorosos que despues comprendí que eran de risa. Se tomaba el estómago entre las manos y decia entre estallidos de hilaridad.

—¡Sacudir el polvillo negro con plumeros! ¡Qué gracioso este Jaramillo!

Traté de enmendar este yerro en lo que fuera posible. Un momento despues se quejó de la dificultad de cosechar la avena, el nabo y otras semillas pequeñas, que la trilladora dejaba escapar.

—¿Por qué no usas una draga?—le dije.

—¡Una draga!... ¡Pero hombre! ¡Qué cosa mas estupenda!

—Una draga aplicable a la agricultura.

—¡No seas bruto, Jaramillo! ¿Por qué no hablas de un violin aplicable a la agricultura?

A pesar de mi ignorancia reconocida, cada vez que Fuentes deseaba discutir un tema agrícola, me suponia a mí la opinion contraria. Por desgracia yo no he aprovechado nunca mis amistades agrícolas, y así es la materia en que sé menos. Durante mucho tiempo creia que la galega era una nueva raza de ovejas. Hasta hace poco estaba en la conviccion de que el trigo y la cebada se daban en una misma mata, como las brevas y los higos en un mismo arbol. Esto depende de que mi amigo Eduardo Guzman, secretario de la Sociedad Nacional de Agricultura, no me hablaba nunca sino de la falta de brazos y de la fotografia artística.

Entre éstas y otras amenas divagaciones,—que Fuentes cree me entretienen sobremanera, por la espresion de carnero intelijente que pongo al oirlas,—sobre el carbunclo, la tela de arañas y el cardo

negro, llegó la noche. Dos mil sapos y otros tantos grillos entonaron su melodia crepuscular. Nada hai que me produzca mas tristeza que esta salmodia de los campos...

La familia Fuentes deseaba distraerme a todo trance. Se me ofrece desde luego una de esas encantadoras veladas de que me hablaba mi amigo, y se envia a un fundo vecino en busca de dos señoritas Gamboa, Fanny y Lucy, respectivamente. Ignoro por qué llevaban sus nombres en ingles, porque ellas estaban evidentemente en castellano corriente.

Para que ambas señoritas desarrollaran toda su productividad artística, se invitó tambien a dos jóvenes del pueblo: Cid y Ruiz, tan cortos de apellidos como de jenio y de palabras. Se les podia llamar los galantes monosilábicos.

Antes de comenzar la velada, me advirtió Fuentes que no era tarea fácil agradar y parecer bien a las señoritas Gamboa. La señorita Fanny es de temperamento triste y melancólico; en cambio Lucy es de una alegria sin límites. A la primera, todo lo que sea desgarrador, lastimero, le viene bien. A la segunda le complacen los juegos de palabras, los dicharachos, las aventuras. La primera es la Morgue, la segunda el Circo Bravo.

Cuando fuí presentado a Fanny, me dijo en el acto:

—No le digo que tengo mucho gusto en conocerlo, como se dice jeneralmente, porque no sé si lo volveré a ver.

—Se vá usted...

—¡Quiensabe! Uno no puede decir si se vá o se queda. La muerte viene sin sentirse.

—Sí; pero a su edad.

—A mi edad, como a cualquiera otra... ¿Le gusta a usted el arte?

—Así, así. ¿Y a usted?

—A mí el arte triste, el arte con lágrimas. Me gusta ver cuadros impresionantes, leer lamentaciones en prosa y verso, y en el teatro solamente tolero «Las dos Huérfanas», ¿Sabe usted versos bonitos?

—Si Fanny; pero solamente versos tristes:

Lloro en áspera llanura
y sobre espinas suspiro,
soi espectro de amargura
soi cadáver que aun respiro!

—Qué sentidos son. Yo tambien soi un cadáver!

—Permítame que lo dude.

Cinco minutos mas tarde se me acercó Lucy que se puso a reir como una loca.

—Usted es periodista. Los periodistas me encantan, porque son alegres y se estan riendo siempre...

—Usted nos confunde con los clowns, señorita.

—Nó, caballero. La alegria es natural en un periodista. Ademas ustedes saben cosas alegres. Dígame usted algunos versos que hagan reir.

—Paco Peco, chico rico
insultaba como un loco
a su tio Federico.
Y él le dijo:—Poco a poco
Paco Peco, ¡poco pico!

—¡Ai! qué lindo! Yo voi a apuntarlo.

—El piano—me dice la señora Fuentes—es de primer órden; pero tiene algunas inovaciones.

—¡.........!

—Cuando lo mandamos al fundo, la carreta se dió vueltas, se cayó el piano al rio y naturalmente se quebró en varias partes. Costó mucho sacarlo, y los peones lo arrastraron a lazo como siete cuadras. Una parte del piano se la llevó el agua por supuesto .

—¿Podria saberse cuál?

—La mitad del teclado, algunas cuerdas y los pedales. Pero hai aquí un maestro Lopez que es una maravilla, un verdadero jenio... Es el que hace los yugos, el que arregla los alambrados de los potreros, y el que le compone a la trilladora cualquiera pieza que se quiebre. El le ha puesto al piano lo que le faltaba. Las teclas las ha hecho de huesos, admirablemente. Las cuerdas las ha suplido con alambres...

—¿No habrá puesto alambres de púas para las notas agudas?

—No sé; pero suenan admirablemente. Los pedales los sacó de un pedazo de yugo. ¡Son espléndidos!

—De manera que este ya no es un piano Steinway, sino un piano Lopez.

—Precisamente. ¡Pero ya verá usted qué sonidos tiene! Lo mas curioso es que cuando lo tocamos la primera vez, hubo que sacarle varios pejerreyes que se habian cazado en la encordadura, cuando estuvo en el rio.

La señorita Fanny se me acerca y me dirije un mirada llena de amargura:

—¿Le gusta a usted la música?

—Sí, señorita; me agrada mucho el De Profundis.

—Y los ayes ¿no le gustan?

—¡Ai! Tambien me gustan.

—Usted es un espíritu mui selecto.

—Sí, y mui triste.

—Dígame otros versos tristes.

> —En el carro de los muertos
> ha pasado por aquí
> llevaba una mano fuera,
> por ella la conocí!

Fanny se alejó enjugando una lágrima. Los jóvenes Cid y Ruiz escojen en silencio, piezas musicales para el piano del maestro Lopez. Yo tiemblo. Lucy me asalta de pronto.

—¡Qué risa me da mirarlo!

—Señorita. Creo que yo no he dado motivo...

—Nó; no es por eso; pero es que yo me rio de todo.

—En eso nos diferenciamos de los animales, Lucy. En la risa.

—De veras. Los animales no se rien.

—En jeneral, pero ahí tiene usted una escepcion. Los señores Cid y Ruiz están riéndose.

—¡Ai! Pero esos no son dos animales. Son dos jóvenes.

—Sí; pueden ser dos jóvenes animales.

—No murmure, Jaramillo. Dígame mejor otros versitos alegres

—Cuántas jentes por el mundo,
andan mostrando las piernas:
unas por faltas de medios,
y otras por faltas de medias.

—¿Qué se toca?—pregunta Fuentes.

—«Las lamentaciones de una jóven»—esclama Cid, pretendiente dolorido de Fanny.

—«La primera risa del Bebé»—dice Ruiz, jubiloso pretendiente de Lucy.

—«La muerte del poeta»—solloza Fanny desolada.

—«Jente alegre»—grita Lucy, a carcajadas. Nadie se entiende.

—¡Que decida Jaramillo!

—Temo no saber armonizar los sentimientos tristes y alegres de las señoritas Gamboa. Propongo un valse de Lucero, que no se sabe si es tristre o alegre, ni siquiera se sabe si es valse o si es de Lucero. Se llama «Mírame y no me toques».

—¡Que se toque!

Y comenzó a tocarse. Naturalmente, toda la parte fabricada por el maestro Lopez no suena, o suena a medias. La parte Steinway se hace oir como avergonzada. Es una verdadera lucha de la marca Lopez con la marca Steinway. Cuando la seccion Lopez da un gran bramido, la seccion Steinway se apaga hasta enmudecer. Algunas veces, miéntras las teclas Steinway suenan, comienzan simultáneamente a tocar las teclas Lopez. En la parte mas estúpida del valse y cuando todos oian con silencio, una de éstas últimas se desprendió estrellándose en la cara de Fuentes. Fué necesario traer un martillo para ponerla.

—¿Qué tal el piano?—pregunta orgullosamente la señora.

—Magnífico. Las notas altas suben bastante, y las bajas casi están al nivel del suelo.

Cid y Ruiz asienten gravemente. Fanny enjuga una lágrima, y Lucy sofoca una risa. Fuentes se dedica a cazar tres ó cuatro insectos que se dan de cabezazos sobre la pantalla de la lámpara.

Cuando las señoritas Gamboa se retiran, pregunto a Fuentes:

—¿Cómo se las aviene la señora madre de estas jóvenes para llevarlas al teatro, y evitar que una desespere?

—Solamente hai una piaza a la que pueden ir juntas. «Vida alegre y muerte triste» de Echegaray.

Pero el dia se ha acabado al fin. Nos decimos todos buenas noches, y cada mochuelo a su olivo.

* * *

Estoi encerrado en mi habitacian, donde la cama de don Hermójenes me recuerda la abominable noche del dia anterior. Hai que reconocer, sin embargo, que en medio de ese silencio, de esa oscuridad absoluta y con el recuerdo del asalto en las Máquinas, habria preferido la compañia del bebedor incansable a la soledad amenazante en que me encontraba.

Rejistré una vez mas uno de los enormes fusiles que Fuentes habia tenido la precaucion de dejar al lado de las camas y comencé a desvestirme. Cuando abria la ropa para introducirme entre las sábanas, algo blando me topa. Al estender la mano, logro cazar un pequeño sapo, luego otro y otro. Es una injeniosa y delicada broma con que los chimpancés de mi amigo, quieren recordarme su excelente educacion a toda hora.

Arrojados los batracios por una ventana, y cambiadas las sábanas por un instintivo movimiento de repulsion, logro tenderme al fin y entregarme a ese grato descanso en que no se duerme, pero tampoco se está despierto.

Ruidos estraños me vienen desde afuera. De pronto parecen pisadas cautelosas sobre el corredor, luego un perro se abalanza, despues un silencio largo se hace en todas partes. Reconozco que un gran miedo me domina. Esa soledad, ese campo inseguro...... Luego, no es todo tener un fusil, hai que manejarlo bien. Los ladrones ademas no vienen armados de guatapiques japoneses...

Las pisadas se repiten. ¡Cáspita! se acercan... mi ventana cruje Un formidable golpe la abre de par en par. Sudor frio me recorre la cara, y no puedo dar un salto... Un hombre se aferra en los postigos, asoma una pierna, y cae al interior.

—Compañero—grita la voz de don Hermójenes—me he atrasado dos horas. Debia estar aquí a las once.

—Tiene usted unos modos encantadores de llegar...

—Sí, ¿lo cree usted? Ví que la puerta estaba cerrada, y resolví saltar.

—¿No contaba usted con un disparo a quema ropa?

—Nó, porque sé que esos fusiles no disparan.

—¡Hombre! Supongo que este es un secreto de la casa... Porque si los ladrones se enteran...

Ví con irritacion que mi compañero se ocupaba en abrir un paquete y estraia de él un par de robustos chorizos. Resolví ser enérjico antes de esponerme a un ofrecimiento.

—Vea usted don Hermójenes—le dije—Usted puede comer y beber todo lo que quiera. (Siento haber tirado por la ventana unos sapos que habrian podido servirle). Pero le prohibo terminantemente que me ofrezca usted nada.

—Está bien. Me gustan los hombres claros—me dijo.

—¿Todo el mundo duerme don Hermójenes?

—Todo el mundo, menos esa chica Gamboa que le dá con los muertos. La ví en el jardin parada como un poste. Parecia un ciprés...

—Buenas noches.

—Buenas.

BAJO LOS PEUMOS

El recuerdo de las azañas de los niños, de las repentinas apariciones de don Hermójenes, de la velada musical, de las señoritas Gamboa, de las conferencias sobre agricultura, me hizo pasar una mala noche. Resolví al amanecer despedirme cordialmente de mis amigos y regresar a Santiago.

Fuentes al saber mi resolucion puso el grito en el cielo.

—No te puedes ir así. Comienza el veraneo agradable y liviano. Hai para esta semana un programa delicioso, te divertirás bastante: tenemos un paseo en perspectiva.

—¿Paseo? ¿Paseo campestre? ¡Me vuelvo a Santiago! Te lo ruego por lo que mas quieras. Déjame en paz sentado en esta mecedora. Olvídate de mí. Yo no vengo a pasear sino a dormir una siesta debajo de un sauce o de un nogal.

—Es imposible. Van al paseo las Gamboa...

—No me importa.

—Las Lopez.

—Me tienen sin cuidado.

—Las Garcia.

—Menos. Aunque vaya la bella Otero y la Cleo de Mérode, por favor, te lo ruego, déjame tenderme de espaldas sobre el pasto, sin tener que guardar buenos modales, ni galantear, ni decir tonterias.

—Es inútil. Ademas irán las Flick, ese par de gringuitas desteñidas, menudas, ájiles, que parecen dos polillas de ojos azules.

—Renuncio al paseo.

—¡Pero, hombre! ¿Qué tienes tú? Si ademas van las Silva. ¿Renuncias sabiendo que van las Silva?

—¡Por favor! déjame aquí.

—¡Ah! Me olvidaba, Jaramillo. Me olvidaba de lo mejor...Aquí te rindes. Van las dos Vallejos, las dos ¿oyes? la de ojos negros como carbon y la de pardos y dormidos ojos como ciruela. Las Vallejos de cuerpo jentil como bambúes que se ajitan al viento....

—¡Hoi estás de remate! ¿Quieres entender que ni las Gamboa, ni las Lopez, ni las Garcia, ni las Flick, ni las Silva, ni las Vallejos, me importan un pepino? Yo vengo a descansar.

—Descansarás...

—¡Gracias!

—Sí; descansarás en el paseo campestre.

—¡Dale con la tonteria! Ahí no descansaré. Tendré que celebrar los ojos de las Vallejos, el cuerpo de las Flick, oir las tristezas de Fanny y las sonserias alegres de Lucy; lo estoi viendo. Si no hago esto, me tildarán de mal educado. ¡Maldito paseo!

La esposá de mi amigo llegó luego a reforzarme. Me dijo que la fiesta tendria lugar bajo unos peumos al borde de una vertiente; que se tocaria, se cantaria y se bailaria con absoluta independencia; que se mataria una ternera y diversas aves de corral; que las Vallejos eran un prodijio de belleza y que seguramente me encantarian.

—Voi—dije con resolucion—voi, en primer lugar para comer la

ternera y despues para irme a acostar detras de un peumo y echar una siesta sin que nadie me incomode.

—Convenido.

✣ ✣ ✣

A las siete de la mañana, mi amigo entró ruidosamente a mi pieza, haciéndome saltar sobre la cama.

—¡Ya es hora!

—¿De qué?

—Del paseo, poltron, perezoso, estúpido.

Me vestí lo mejor que pude. Suprimí el chaleco, poniéndome en su lugar una camisa de color bastante decente, y me lancé a la puerta de calle donde, segun sentí la algazara, debia esperar la cabalgata lista para partir.

Junto con asomarme en la puerta, una ovacion burlona y provocativa me dejó de una pieza:—¡Viva Jaramillo! ¡Viva el madrugador! ¡Hurra!

—Estamos de bromitas me dije yo—¡malo!

Despues de montar a caballo, fuí presentado a una série de señoritas y de jóvenes, porque lo que en estos casos se llama el «estado mayor», es decir, los casados, se dirijian a los peumos en carruajes y carretas.

Quedé al lado de una de las mentadas señoritas Vallejos. Llevaba un *ropon* azul nada mal cortado, y una pechera encarnada que le venia a las mil maravillas. Dos ojazos negros, rodeados de pestañas tambien negras, eran manejados con maestria. La señorita Vallejos estaba léjos, mui léjos, de ser bonita; pero tenia derecho de figurar en primera línea entre la categoria de las llamadas *interesantes*. Lo era: es decir, interesaba.

En un sitio de veraneo, no se puede uno acercar a una señorita, sin decirle a boca de jarro un galanteo de esos que son suficientes para que si lo oye el hermano o el padre, le rompan a uno cualquiera cosa, de una paliza. Nosotros que siempre hemos pecado de tímidos con el bello sexo, dejamos a un lado la timidez, so pena de pasar por estúpidos.

—Mucho me habian hablado, señorita Vallejos de su belleza;

muchísimo. Pero, créame usted, que la idea que de su cara me había formado, queda pálida al lado de la realidad.

—Es favor que usted me hace—replicó ella con voz temblorosa, y bajando los ojos como turbada ante el peso de mi impertinencia.

Me aturdí, comprendí que merecia ser un cuadrúpedo cualquiera, y arrepentido de mi falta de educacion, le hablé a la señorita Vallejos del buen clima que se sentia allí, de los hermosos árboles plantados a la orilla del camino y de otros temas igualmente nuevos e interesantes. De repente la señorita Vallejos levantó sus ojos negros, los pasó en mí con suavidad, como se puede pasar una pluma que vaga en el aire, sobre un objeto cualquiera, y me dijo:

—¿Pero la verdad que me encuentra usted buena moza?

Me sujeté a la cabecilla de la montura para no caerme, y vuelto de la sorpresa, me resolví a no quedar corto.

—Señorita; no le miento a usted. Hasta ahora no habia visto jamas unos ojos mas encantadores que sus ojos.

—¡Mire lo que son las cosas! No hai gustos iguales. Usted me encuentra bonitos los ojos: pero hai otros que dicen que lo mejor que tengo es la boca.

—¡Ah! Pero el que yo le encuentre a usted demasiado lindos sus ojos, señorita Vallejos, no quiere decir que no me parezca su boca una de las obras mas perfectas de la naturaleza.

—Es usted mui galante.

—Nó, señorita; se lo aseguro a usted. Jamas le he dicho a una mujer que es hermosa...

¡No me habia topado con usted todavia!

—Como se conoce que es periodista. Casi no le creo..

—Créame usted. Soi verídico.

—Así le dirá usted a otras.

—Nó; jamas.

Un rato de silencio. La cabalgadura se mueve en medio de una nube de tierra, con indescriptible algazara. Las dos Flick pasan a mi lado con ropones de brin crema. Son, en efecto, dos mariposi-tas ájiles, livianas como semillas de cardo, insignificantes en su pequeñez. Las Silva, las Perez, las Garcia, nos adelantan tambien, cada una con su cada uno. Fanny, que marcha sola, me dirije una mirada desgarradora.

En este intervalo, la Vallejos me da una lenta y húmeda ojeada y suspira. Yo le doi otra y suspiro. En seguida, notando que nos hemos quedado rezagados, galopamos un trecho y volvemos a ocupar un lugar en primera fila.

Oigo a un señor gordiflon, que va sobre el caballo como puede ir un saco de lana abandonado sueltamente al compas del galope, que dice a la pasada:

—El periodista se quema las alas.

—¡Imbécil!—pensé para mí, lleno de la mas horrible indignacion. —¿No puedo ir al lado de la señorita Vallejos enumerándole sus bellezas físicas por órden alfabético, sin quemarme absolutamente nada?

Por fin, se divisa a lo léjos un grupo de arboles, frondosos y apretados, y el galope aumenta. Son los peumos: el centro social de aquel bendito pueblo en que las señoritas le preguntan al que llega si las encuentra hermosas, con la misma sencillez con que aquí se les pregunta como está la salud y si va a quedarse algunos dias en la ciudad. ¡Los peumos! Teatro de la mas esquisita y provinciana sociedad que hemos conocido; centro de idilios cursis con olor a *agua florida*; sitio de horribles cólicos misereres a consecuencia de los almuerzos y onces al aire libre; nido de sueños, ilusiones, esperanzas y desengaños de amor.

Mui pronto toda la cabalgata echó pie a tierra y las parejas se distribuyeron entre el follaje, separándose como el agua del aceite el elemento viejo de la bullanguera y animosa juventud.

Muchas horas trascurrieron de alegre espansion para unos y de mortal aburrimiento para mí. A poco rato, la señorita Vallejos me pareció la mas empalagosa criatura; pura miel de abejas. Sus ojos razgados, bajándose siempre con una mentida muestra de turbacion, sus mejillas infladitas y llenas de una pelusita de durazno maduro, sus labios colorados como guindas; todo en fin, me iba cargando horriblemente en esa pequeña morenita que no me habria atrevido a calificar de desenvuelta, pero sí de cursi.

Por fin, llegó el almuerzo y a pesar de los esfuerzos desesperados que hice por alejarme de la señorita Vallejos, fuí a quedar a su lado.

—¡Usted estará ya mui aburrido conmigo!—me dijo de pronto.

—¡Qué ocurrencias! Estoi en la gloria.

¡Qué incansable desfile de comestibles de toda clase! Cazuela de ave, empanadas, salpicon. aceitunas; jamon y frutas, todo servido con una abundancia desesperante y obligado a la repeticion mas fatigosa. Allí se comia de una manera salvaje, primitiva, absurda. Don Hermójenes mascaba y tragaba con el ruido con que masca y traga una chancadora las piedras que se le arrojan. Varias damas entradas en años apelaban a las manos y esgrimian sendos encuentros de gallinas que dejaban mui luego reducidos a su mas simple espresion.

Allí fuí víctima obligada de las mas atroces observaciones. La madre de las señoritas Vallejos, una señora algo nerviosa que hacia a cada instante con boca y nariz el mismo jesto que hacen los conejos cuando se les acerca una ramita de alfalfa, me dijo de pronto

—Lo felicito, Jaramillo, por el folletin que usted está publicando.

Gracias, señora. Se hace lo que se puede.

—¡Pero qué incansable es usted! Mire, diga aquí con toda franqueza cuánto se demoró usted en hacer "La Ultima Pasion" que está publicando *El Mercurio*. Confiéselo.

—Nó; yo le diré a usted, señora, que allí metió mano un señor Uchard.

—¡Ah! Algo le ayudarian, es claro; pero ahí estaba patente su mano. Luego ¡miren que es gracia estar haciendo novelas cuando se tiene que escribir los telegramas, la crónica y los avisos ¿no es cierto?

Un señor colorado y con cara de zorro me mira a cada instante sorriéndose maliciosamente, y hasta se permite hacerme algunas señales con la cabeza. En el primer momento creí que se trataba de que mi corbata estaba chueca y la enderecé; mas tarde se me ocurrió que todas esas miradas y señales podian advertirme que mi prendedor se salia de su sitio y lo afirmé con sumo cuidado; y por último, como las señas y miradas irónicas continuaban, se me ocurrió que podria estárseme pasando la mano en las libaciones y comencé a echarle agua, mucha agua, a cada copa de chacolí que me servian. Sin embargo, el caballero con cara de zorro seguia

observándome con el rabo del ojo y sonriéndose en seguida, como diciendo: ¡ah, pillo!

Una señora comenzó à decir en voz alta que me compadecia profundamente por ser periodista.

—A los periodistas—decia con una voz gangosa y desafinada—les pegan casi todos los dias. ¿Dan la noticia de un matrimonio? Pues unas veces los padres de los novios, otras veces los rivales del que se casa, y jeneralmente el novio mismo, van donde ellos y los hacen pedazos a bofetadas. ¿Publican la noticia de que se ha llevado el cadáver de una persona a la Morgue y resulta que la persona no ha muerto? Pues va el cadáver a la imprenta y les pega. ¿Escriben un nuevo folletin? Pues saltan las personas que salen en el folletin y por cada vez que las nombran, le dan una bofetada.

—¡Pero, señora!—dije yo con acento convencido—a ese paso ya no estaríamos vivos. Usted exajera mucho.

—Nó, nó, caballero. A ustedes les pegan por lo ménos dia de por medio, no me contradiga usted, porque lo sé.

Junto con acabarse el almuerzo, el caballero con cara de zorro se vino hácia mí, abriéndose paso entre todo el mundo. Lo esperé ansioso de saber el motivo de su irónica sonrisa. Se puso al frente, me miró con fijeza y en seguida me dió una palmada en la cara, diciéndome al mismo tiempo:

—¡Ah, pillo! ¡Buenàs piezas son ustedes los periodistas! ¿Con que, por allá en Santiago ustedes son los árbitros de la situacion, eh?

—No le entiendo a usted.

—No se me haga el de las monjas, hombre! ¡Yo me esplico! *(Otra palmada)*.. Esos bastidores, esos camarines, esas tiples ¡já! ¡já! ¡já! ¡Ah, pillo! Cuente usted, hombre, cuéntelo usted todo, venga usted aqui al pie de este peumo y conversaremos largo. ¡Já! ¡já! ¡já!

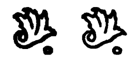
—Usted me perdonará, caballero. No cultivo el ramo de bastidcres. Yo no sé lo que allí ocurre.

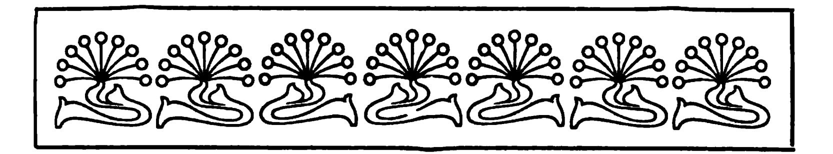
Pero el señor colorado, animado muchísimo por el chacolí, me instaba vivamente a que lo recreara con detalles que él estimaba pintorescos y deliciosos. Mucho trabajo me costó convencerlo de que ser periodista no era precisamente ser petimetre.

Entretanto, se habia susurrado entre los comensales que mis asuntos con la señorita Vallejos marchaban viento en popa. Aun llegó a mis oidos, por conducto de mi amigo, que la señora de Vallejos, poniéndose ya en el caso de un matrimonio posible, habia dicho:

—La lástima es que este hombre se llame Jaramillo. No puede ser de la *high-life*. Yo conozco unos Jaramillos del Romeral y esa es jente de tres al cuarto.

En fin, aquel paseo campestre se estiraba de un modo lamentable. Pero yo desesperado de la señorita Vallejos que como un moscardon me rondaba, monté a caballo y emprendí algo así como la retirada de los diez mil diez mil veces mas pequeña.





FREGOLI...S

Viene Frégoli. ¿Y quién es Frégoli? Una celebridad. Celebridad universal porque le disputa la atencion de la prensa a la Rejane, a Rostand, al cardenal Parocchi, al jeneral Kitchener, a la bella Otero y a Waldeck Rousseau. Celebridad universal porque si para unos no hubo Pirineos, para él no hai ni Atlántico ni Pacífico, ni distancias apreciables. Tan luego está en los salones del «Fígaro» como en Méjico. A lo mejor aparece en Iquique. A Buenos Aires llegará en dos meses mas, disfrazado de Mr. Holdich, y se lo comerán a abrazos y le ofrecerán banquetes colosales y cuando se haya devorado el último, a la hora del «champagne», que es la de las confidencias, se quitará la careta y dirá:

—Soi Frégoli. No vengo en nombre del árbitro. Pero no habeis perdido los banquetes, porque si alguna vez teneis con Chile litijio de límites intelectuales, el arte me mandará a mí de perito para demarcarlos.

Bien. ¿Pero cuál es el motivo de la celebridad de Frégoli? ¿Qué hace Frégoli? ¡Mudar de caras! Cuántos chilenos dirán al oir esto:

—¡Quién hubiera sabido que podia llegarse a la gloria mudando de caras! ¡Nosotros que no hemos hecho otra cosa en la vida!

Y la verdad. Frégoli es transformista de profesion; pero los hai en abundancia que se dedican al transformismo por aficion, por placer y por necesidad. Si existe el disimulo y la hipocresia, debe

existir espontáneamente el arte de transformar el rostro. Basta pensar que la cara refleja lo que pensamos y sentimos, para creer que en muchas ocasiones es indispensable poder finjir el rostro.

Un candidato a diputado va a su departamento poco antes de la eleccion. Encuentra a todos sus electores, poco cultos, escasamente educados, antipáticos y hastá repulsivos. Pero necesita sonreir y sonrie; necesita iluminar los ojos con un destello simpático y los ilumina; necesita hablar con voz insinuante y pone en ella el acento mas amable. Ha sido sin quererlo un Frégoli espontáneo.

Pasa la eleccion. Se vuelve a Santiago con los poderes en el bolsillo, la satisfaccion en el espíritu y el contento en el rostro. Ha hecho muchas promesas, pero a las promesas se las lleva el viento como a las semillas de cardo. Los electores, que tambien tienen piernas, llegan a Santiago y cobran las promesas. El candidato hiela en los labios una sonrisa seca: pone tiesa como un riel la espina dorsal; no saca las manos de los bolsillos para no verse obligado a estrechar otras; no mira jamas hácia el lado donde listos para saludar, pacientes para aguardar, ansiosos por pedir, están los antiguos electores recordandò la música de las antiguas promesas. Ha vuelto a ser un Frégoli hecho y derecho.

Y así es la vida. Nadie puede tener una cara. Lo malo es cuando una persona tiene de un mil de caras, para arriba.

La transformacion puede estudiarse en análisis. Se escoje una persona «del monton», es decir, del comun de las jentes y a ella se le presenta un señor cualquiera:

—Le presento a usted al señor Castro...

Se aguarda un instante para ver el efecto que la presentacion produce en su fisonomía. Es nula: una venia indiferente, una sonrisa fria, un apreton de manos casi imperceptible. Nada. Pero entónces se continúa:

—.. Encargado de negocios de...

La fisonomía se ilumina. Los ojos destellan simpatía, curiosidad, casi respeto. Sigamos:

—Nicaragua.

La fisonomía se vuelve a poner fria. Es poca cosa. Pero adelante:

—El señor es un millonario de su pais, que viene mas bien en viaje de placer, que por carrera diplomática.

La fisonomía se alumbra como si sobre ella hubiera caido un reflector de luz eléctrica. Los ojos se abren, rodean al presentado de una oleada cariñosa, respetuosa y solemne. Entónces, el apreton de mano que ha empezado frio, suelto, mezquino, termina violento y nervioso acompañado con un elocuente:

—Mucho placer de conocerlo. Estoi a sus órdenes.

Frégoli espontáneo.

Descompongamos ahora la transformacion. Presentamos al señor Garcia, modesto agrimensor, natural de San Fernando, que va bien vestido, fuma un buen cigarro abano y usa baston con cacha de plata, de arte nuevo.

—Le presento a usted al señor Garcia.

El sujeto que nos sirve para el esperimento ha oido decir que viene de Iquique un salitrero Garcia que tiene cosa de cuatro millones de pesos y una hija soltera. Confunde en un instante las cosas, y apreta la mano al agrimensor creyendo apretarla al salitrero.

—¡Cuánto gusto!

Su rostro sonrie, jesticula, se hace especialmente insinuante. Por fin pregunta:

—¿Su familia de usted está buena?

—No la tengo, señor; soi soltero.

¡Hum! El sujeto comprende que hai un error; pero la apostura del señor Garcia, su baston, su cigarro, lo confirman en la idea de que se trata de un hombre mui rico.

—¿Vamos a comer juntos al Club? Me seria mui agradable que usted aceptara esta modesta invitacion.

A media comida, el invitante pregunta:

—Y los rendimientos del salitre, como andan?

—No lo sé, señor; me interesa poco el norte. Yo me preocupo mas del sur. De salitres no entiendo nada.

La fisonomía del festejante se ha nublado. La risa ha desapae-r cido de los labios, como un grano de sal de la superficie del agua donde cae. Los ojos se han puesto sombrios.

—Su profesion de usted es...

—Sí, señor, la de agrimensor. El trabajo da para poco. Hai meses en que saco doscientos pesos; pero otros ni ochenta.

El rostro se ha irritado. Los ojos demuestran despecho.

Al terminar la comida, el señor Garcia aprovecha la ocasion para decirle:

—Si usted pudiera hacer algo por mí, se lo agradeceria mucho. Alguna colocacion, por modesta que fuera me vendria bien.

El festejante cree morirse. Está pálido, molesto, aburridísimo. Busca un pretesto para levantarse y huir.

Antes de separarse, el agrimensor le dice en voz baja:

—¿Podria facilitarme usted diez pesos, y se los devolveré mañana?

—...

Frégoli viene con sus grandes cajas de personajes. Ha logrado reducir al menor espacio posible, a cada uno de esos jigantes de la gloria. Napoleon que conquistó la Europa porque no cabia en Francia, viene metido en una caja de corsées; Bismarck, que tampoco cabia en Alemania, cabe en una sombrerera, en compañia de Pio IX y de Sara Bernhardt. Cuando el señor alcalde se muera—que ojalá no suceda nunca—cabrá tambien en una cajita de papelillos, despues de no haber cabido ni en la sala de la alcaldia.





DE LOS ARREPENTIDOS...



Un modesto guardian, Jara, de la policia de Chillan, se escapó llevándose una carabina y un tiro, con el ánimo de hacer la gran cabriola y desaparecer de la faz de la tierra. Escribió en seguida las acostumbradas cartas de adioses a su esposa, a sus acreedores y a sus amigos: "Te escribo estas líneas al borde de la tumba. Tú calculas que esta es una mesa incómoda y que se puede por ello disculpar la ortografia. Pongo fin a mis dias, porque soi desgraciado. Compadéceme y no te cases con otro.—*Jara*".

En seguida el guardian se alejó a un sitio oscuro, lleno de sombras. Allí se sentó sobre el pasto y se puso a oir ese jadeo fatigoso del silencio. En medio de aquellos encontrados rumores, de aquellas palpitaciones vagas, de esos estraños secretos de la noche, creyó sentir a su alma que le decia:

—Jara, no seas tonto, no te mates. Si te vas a la eternidad, tu puesto de guardian se lo darán a otro...

Jara dió un salto, y volvió a oir.

—Tu mujer se casará con otro...

Otro salto.

—Tu caballo mulato será de otro.

—Eso no lo tolero—grita Jara.—Mi caballo es mio.

—Pero si te matas simplon, dejará de ser tuyo.

—Entónces no me mato.

Y Jara volvió del monte con la carabina al hombro, resuelto a no abandonar la vida en dos tirones.

Llegó a su casa y golpeó a la puerta. Su mujer salió a abrirle:

—¿Eres tu Jara?

—Sí yo soi.

—¿Pero, no me escribes diciéndome que has puesto fin a tus dias?

—Sí, te he escrito pero me arrepentí.

—¡Vaya! No me gusta a mi que me engañen. Yo no te he podido nunca que te mates; pero ya que lo habias resuelto, debiste hacerlo.

Y Jara se presenta al dia siguiente donde el intendente a devolver su carabina y a pedirle perdon. He aquí lo que decia nuestro telegrama:

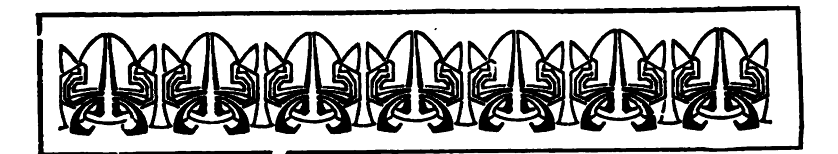
"El guardian Jara que habia desaparecido llevándose una carabina y un tiro a bala con el ánimo de suicidarse, segun una carta que habia dejado a su esposa al partir, ha vuelto rogando al intendente le perdone su falta".

El suicida arrepentido, no se puede negar que es un ser profundamente ridículo. Sus amigos le golpearán la espalda en la calle, diciéndole familiarmente.

—Hola! Hola! ¿Con que te querias despachar de este mundo? ¿Qué es lo que te pasa? ¿Pierdes dinero? ¿Tu mujer ..? ¿La caja de fondos...? ¿Amores contrariados?

En materia de suicidios no caben paños tibios. Un hombre o se mata; o no se mata. Pero no debe escribir cartas, y despedirse de la vida, y despues quedarse tranquilamente en su casa.





Viljoen y Napoleon



Los telegramas de hoi anuncian que el jefe boer Viljòen ha llegado a Santa Elena junto con otros prisioneros boers. Viljoen no ha podido, seguramente, librarse de una fuerte emocion al recordar al primer jigantesco prisionero que llegó a Santa Elena.

Al caer la tarde de su primer dia de prision, Viljoen ha salido a caminar por el campo, con las manos atras y la cabeza inclinada sobre el pecho, que es como andan los boers despues que les quitan el rifle Mauser. De repente, como quien dice a la vuelta de una esquina, aparece una sombra.

—¿Qué veo?—pregunta Viljoen.

—Seguramente ves algo—replica la sombra—¿no me reconoces?

—¡Hum!—dice para sí, el jefe boer—yo he visto en alguna revista ilustrada esta silueta: un hombre bajo, un sombrero de dos picos enorme sobre la cabeza, y una mano metida en la abotonadura del largo gaban. ¡Cáspita! Este no puede ser otro que Napoleon I!

—Exacto.

—¡Cómo! ¿Tú eres el gran Napoleon?

—Sí, hombre, ¿tiene esto algo de particular? Sin embargo, hablando en plata, debo decirte que soi solamente la sombra de Napoleon.

—Vea usted lo que son las cosas. Crei que un hombre tan grande, debia tener tambien una gran sombra.

—En primer lugar no me confunda usted con un quitasol. Despues, bien sabrá usted amigo Viljoen, que los cuerpos no echan casi sombra cuando tienen el sol encima...

—Me permito advertirle que hoi el sol ya se ha ocultado.

—Nó, señor; el sol que Napoleon tiene encima no se oculta jamas.

—Es un sol permamente como las boticas de turno. ¿Ah?

—Sí; es el sol de la gloria.

—¡Cáspita! Le quedan a usted los modales.

—Es lo que no he perdido. Usted recordará aquello de las pirámides, cuando dije a mis soldados que cuarenta siglos los contemplaban desde la cima...

—Lo recuerdo.

—Pues, se me pasó la mano en los siglos. Can la esperiencia que hoi tengo habria hablado solo de veinte siglos a lo sumo.

—Bueno. ¿Y qué le parece a usted esta guerra en que estamos empeñados?

—Interesante.

—¿Nada mas?

—Conmovedora.

—¿Nada mas?

—Inútil

—¡Cómo inútil!

—Sí, señor Viljoen. Créame usted a mí, que en materias de guerra tengo bastante esperiencia. Inútil.

—No comprendo.

—Comprendo

—No comprendo.

—Digo que comprendo que usted no comprenda. Pero óigame usted. En principio jeneral no se debe pelear con Inglaterra. Créame usted a mí.

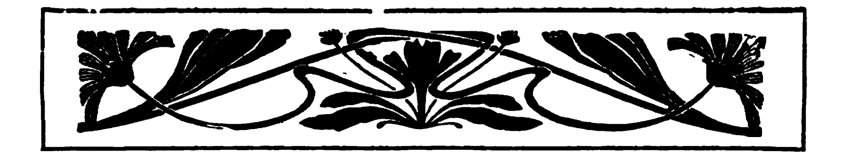
—Waterloo ¿eh?

—Hombre no me toque usted ese punto. Ese fué un cuadrillazo miserable. No lo recordemos.

Y la sombra de Napoleon se desvaneció, miéntras Viljoen se quedaba pensando.

—En principio no se debe pelear con Inglaterra. ¡Pero eso no es el principio! Es la consecuencia. El principio deberia ser que Inglaterra no debe pelear con los demas.





Historia de un piano



TODA mi ambicion habia sido siempre ser *piano de cola*; sin embargo me hicieron sin cola; es decir: salí coleado en mis pretensiones.

Sin embargo me consolé de ser piano parado, porque recien llegué a Chile y acabado de desencajonar, un aleman me probó el teclado y dijo en voz alta:

—Rico piano, parece de cola.

—Es claro. dije yo para mis cuerdas, si no soi de cola, merezco serlo.

Y tuve tanto gusto, que quedé silbando interiormente como media hora, y todos decian:

—¡Qué piano tan sonoro!

El aleman me compró y me llevó a su casa, donde quedé en medio de un salon cerca del busto de Bismark y de un cuadro de la Loreley, en ropas menores.

Siempre me tocaba a oscuras, y solo trozos de *Tanhauser* y *Lohengrin*. Yo sufria mucho, porque mi dueño era un pianista de mucha ejecucion, y no hai cosa que nos machuque mas a los pianos sensibles, que la ejecucion.

Lo mismo les pasa a los bombos. De la misma fábrica en que yo nací, salió un bombo que maldecia a Wagner por tradicion y por instinto.

Un dia se reunieron tambien a oscuras varios alemanes, rubios, patilludos y con gafas, para tocar algo de Beethoven.

Quise probar que era todo lo de cola posible, y me porté tan bien, que los alemanes se fueron levantando de sus asientos, despues poniéndose en puntillas, despues subiéndose sobre las sillas; y uno se arrebató tanto, que cuando terminé, resultó que estaba trepado sobre el coronamiento de la cortina:

Pero nada es durable en este mundo. El aleman resolvió irse a Europa y don Ramon Eyzaguirre me sacó a remate.

Debí salir en los diarios, porque fué mucha jente a verme y oí los juicios mas curiosos.

—Tiene buenos sonidos—dijo una señora.

—Es demasiado caro—decian otros.

—Buena marca..

El único que hablaba de mi cualidad de parecerme a los de cola, era don Ramon, por lo cual le guardo gratitud eterna.

Por fin me compró una familia y fuí conducido a un gran salon, lujoso pero de mal gusto.

Primera estrañeza: encima de mí, sobre mi tapa, que tanto habia respetado mi primer dueño, colocaron unos jarrones que me parecieron antipáticos desde el primer momento.

Segunda estrañeza: una niña bonita y con unos dedos suavísimos tocó sobre mí, algo que no entendí. Solo sé decir que le agradecí que no tuviera ejecucion. Despues supe que lo que habia tocado era una charanga de un tal Puccini que han dado en llamar *Boheme* y que debia llamarse *Sirop* o *Sucre* o *Mermelade.*

Confieso que como instrumento musical eché de ménos a Lohengrin; pero que como piano frájil e inclinado a la comodidad, preferí el repertorio y la manera de tocar de mi remonísima dueña.

Vuelvo a decir que todo termina en esta vida; y que un piano tiene vida demasiado larga y vé muchas cosas.

Comencé a notar que cuando mi dueña tocaba, le daba vueltas las hojas a la música un jóven larguirucho y sumamente pesado de sangre. Comprendí que estaban de novios y lo lamenté por ella Cuánto mejor que se casara conmigo! pensaba, porque si un piano es mui pesado de cuerpo, ese señor es mui pesado de alma,

Y se casaron. Y como nadie mas tocaba en la casa, me entregaron a otro martillero para que me rematara.

Otra vez las visitas, otra vez las pruebas. Por los elojios conocí que yo iba a ménos; nadie nombró la cola para nada i en cuanto a los sonidos dijeron que eran regulares. ¡Oh tremenda desgracia! Caí como piano de estudio y tuve que soportar el método Lemoine.

Escalas y ejercicios todo el dia, con una constancia atroz.

Dia por medio una señora fea y de mal humor, que hacia la clase de piano i le daba pellizcos a las chiquillas, me hacia sonar...

De ahí viene la frase hacer sonar a una persona, por tratarla mal.

Resolví no tocar, sino sonar, y a veces rujia y chillaba, hasta que un dia entró un afinador, me desatornilló y me rejistró enteramente, se robó las cuerdas y me puso unas mas viejas, y se fué.

¿Cómo protestar de esa infamia? ¿Cón qué derecho me robaban la juventud?

Despues de eso caí en una postracion de ánimo mui grande, y dijeron que tenia los sonidos apagados, y volví a la casa de martillo para ser rematado de nuevo.

Temblando de mi suerte, fuí adquirido por una familia honrada; pero que vivia en la calle de Eleuterio Ramírez.

En el salon, habia un retrato del jeneral Canto y otro de don Jorje Montt, y una litografía de un cuadro de Mocci.

Encima de mi tapa, pusieron unos canastillos de paja con cintas de color, traidos de Linares o de no sé dónde.

Este detalle me hizo temer por el repertorio musical de mis nuevos dueños. Habia en la casa dos niñas, una aficionada a la música clásica y otra a la música lijera ¡ai de mí! y las dos aficionadas al matrimonio ¡ai de ellos! de los novios.

La mayor, la clásica, tocaba algo de *Hugonotes*, un poco de *Chopin* y trozos de *Africana*. La menor, la lijera, tocaba *Málaga, Hamburgo, Jente Alegre, Los Zuavos, Dolores.*

Y la mamá—el recuerdo me espanta—*Estrella Confidente.*

¡Me encanallé!

Habia tertulias en la noche, y yo sonaba con cualquiera mazur-

ca... Una noche soné con una polka alemana nacional, *No mas moratorias*, y me desafiné enteramente.

Así desafinado y sin que nadie lo notara, seguí prestando mis servicios. Un dia cuando la menor tocaba *Jente Alegre* o *Los Zuavos*, su novio que le daba vueltas a las pájinas de la pieza, y que tocaba con mucho romadizo, dejó caer una gota en la mano de la niña. Ella creyó que lloraba emocionado, se ablandó, y le concedió la mano.

Seguí con la clásica y con *Estrella Confidente*, hasta que resolvieron en un apuro pecuniario, sacarme a remate.

Y aquí estoi escribiendo estas verdaderas líneas, entre un catre que perteneció a un tísico, una mesa escritorio, y un aparador barato.

Al frente tengo un rètrato del Arzobispo Valdivieso, y al lado, uno de Francisco Bilbao con ataque de epilepsia.

Sobre mi tapa hai un busto de Pio IX y una ponchera trizada y debajo de mí, tiestos pocos decentes que me afrentan y me humillan.

Nadie me toca, y tengo tal afan de sonar, que gustoso repetiria aun *No mas moratoria.*

Me han venido a ver personas de mala apariencia, i como soi un instrumento de buenas costumbres, me desespera la idea de ir a parar a mala parte.

Tengo para mí que un piano, cuando llega a cierto precio al alcance de todos, debe hacerse pedazos antes que seguir viviendo.

He oido decir que en la guerra del Perú, los pianos les servian a los chilenos para hacer cazuelas.

Envidio esos pianos.

He escrito estas líneas para que ningun piano bien nacido se envanezca.

Se las dedico especialmente a los de las casas de Kirsinger y Becker, que estan mui orgullosos con su virjinidad.

Yo casi era un piano de cola.

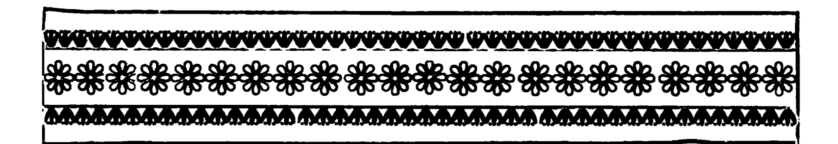
Ahora soi una *piana*.

He sentido el cambio de sexo.

MISCELANEA

A don JULIO BOZO

(MOUSTACHE)



La entrada al gran pais

EL viejo Athos despedia a su hijo, que partia para el mundo elegante caballero en el mas brioso y bien nacido potro de la comarca. La tarde estaba pálida, triste y como enmohecida por el velo ténue y húmedo de la neblina de la tarde. Allá, a lo léjos, como una promesa de ventura y de dichas no conocidas, se perfilaban las cadenas de cerros azules tras los cuales comenzaba el bullicio de un pais comercial, próspero y opulento.

El jóven abandonaba el apartado asilo de ese hogar silencioso y sereno, para ir a buscar horizontes nuevos. Su guia era un viajero que traficaba a menudo por aquellos contornos, ofreciendo mercaderias en cambio de ganados.

—Ya es la hora de partir—dijo éste—subiendo a su caballo y haciendo ademan de lanzarse por la llanura.

El viejo estrechó la mano de su hijo, y le alargó un saco que contenia dinero.

—Esta es la ofrenda—dijo el viejo—que desde tiempo tradicional se da al que parte. Pero yo quiero darte algo mas, ya que tú no partes para un punto cualquiera sino para el mundo. Aquí tienes este otro saco, el cual deberás abrir muchas veces; contiene él «prudencia». Este otro que pesa mucho, pero que luego se hace liviano, contiene «virtud». Este otro, hijo mio, está lleno de algo

que necesitarás muchas veces: «talento». Y, finalmente, este otro encierra un depósito sagrado, que debe acompañar a todo hombre: «valor». Aquí los tienes: acomódalos sobre el aderezo de tu silla... y ¡adios!

Los viajeros tomaron galope, sintiendo en el rostro la humedad de la neblina. Poco a poco se borró en la lejania la columnita de humo que subia de la chimenea del hogar, y los cerros azules perfiláronse, sombrios como una muralla de carbon.

A las dos horas de camino, el guia comprendió que era difícil marchar por la oscuridad. Una multitud de barrancos y quebradas cortaban el sendeio y se hacia menester muchísima cautela para no rodar por las pendientes. ¡Animo y adelante!—dijo a su jóven compañero—aquí es necesario mucha audacia y mucha lijereza.

—Sí; lo comprendo—replicó éste—pero encuentro mui pesado mi caballo y siento algo así como si me sujetara una mano invisible.

—Es que llevas mucho peso. Bota uno de los sacos que te dió tu padre.

—¿Cuál debe ser?

—El mas inservible, el de la prudencia.

Y el saco rodó por la quebrada, haciendo un estraño ruido, que mui pronto fué devorado por el silencio de esa noche.

Y la marcha continuó al traves de mil precipicios, como bordeando el abismo y persiguiendo a la muerte.

El silencio de los campos era enorme, la incertidumbre del camino que llevaban, matadora. De repente, allá en el fondo del abismo, clareó un resplandor como de luces agrupadas, como de fogatas encendidas. Hasta los viajeros llegaba, entrecortado por el viento, el rumor de cantos en que claramente se percibian voces de mujer y clamoreo de orjia.

—Allí está la posada de la Sirena—dijo el guia—buen albergue para los viajeros. Será menester pasar allí la noche, en compañia de mui alegres y hermosas camaradas.

No creo alcanzar hasta allá—replicó el jóven—siento de nuevo algo secreto que me detiene: tengo temor de avanzar.

—Alijera tu caballo. Bota otro saco.

—¿Cuál?

—El que ménos valga y el que mas pese; el de la virtud, por ejemplo.

Y el saco rodó por el abismo, arrastrando a su paso los guijarros sueltos y formando el ruido sordo de un trueno lejano.

Y los viajeros emprendieron de nuevo el galope hácia el punto luminoso, que fué surjiendo como una aparicion. Mui pronto llegaron a sus oidos las canciones, y el chocar de vasos y botellas.

Al amanecer, los caballos volvieron a quedar listos para la marcha que debia ser pesada y fatigosa. El guia llamó a un esperimentado mercader que hacia muchas veces en el año esa misma travesia, con el fin de que alijerara en lo posible el caballo de su jóven protejido y no volviera a presentarse en el camino obstáculo alguno.

—¿Qué llevas en este saco tan grande?—preguntó el mercader.

—Valor.

—¿Valor? ¡Oh! ya han pasado los tiempos en que era menester llevar de un lado a otro tan incómoda carga. Deberás arrojarla al suelo, y poner en su lugar el que lleva tu compañero, lo que suple el valor, lo que lo hace enteramente inútil.....

—¿Y qué es ello?

—Este rifle. Con él apuntarás a la distancia sin que nadie te vea. Puedes estar temblando de miedo y arrojando al suelo mortalmente heridos a tus enemigos. Pueder tener deseos de huir, y, sin embargo, infundirás el mismo deseo en ellos. Ya el valor es solo mercaderia para museos, anticuarios e insensatos.

Y los caminantes partieron, confortados con el sol de una hermosa mañana. Volvieron a divisar en el horizonte, dibujadas con audaces líneas y tomando ya un relieve considerable, las montañas azules del gran pais a donde iban; y ya perdieron para siempre el último picacho de la última sierra del pais natal que abandonaba el jóven.

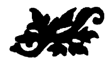
Por fin, despues de una larga y penosa marcha, comenzaron a atravesar las que, a lo léjos, parecian azules montañas, y llegaron a las puertas del gran pais. Un guardia avanzó hasta los caminantes, les detuvo y comenzó a examinar el bagaje de cada cual.

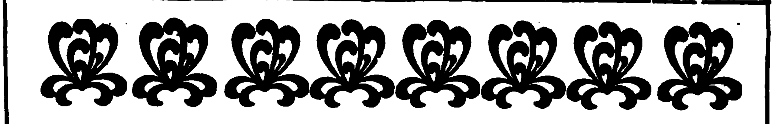
—Jóven—dijo—diviso entre tus sacos uno que debe quedar fuera de esta puerta. La lei coloca aquí entre las sustancias esplosivas al talento. Entrégame el saco que lo contiene y lo destruiremos para que no sea una amenaza para nadie.

Y el jóven entregó al guardia su saco y se quedó con el único que, a juicio de todos, debia servirle en el gran pais a que entraba: el dinero.

Y como la mañana estaba luminosa, serena, apacible, el guia entonó un cantar alegre, miéntras a su lado vibraban, ajitados por el viento, los alambres de cobre que unian las ciudades.

Estaban ya en el centro del gran pais.





El Sello de Guatemala

LUISITO habia escrito desde el colejio y mui apresuradamente a su madre, esa mañana, un papel que decia con la peculiar gramática de los nueve años; "Mamasita mándeme el albun de sellos lo mas luego que pueda porque tengo que pegar muchos hoi supe las lecciones no crea que estoi enfermo".

Luisito era el primojénito de un matrimonio jóven. Y esa «mamasita» era la mas encantadora morena que ha formado la sangre española desde la dominacion romana hasta nuestros dias. Luisito era, pues, el regalon, el que ocupaba todo ese corazon bueno, jeneroso, formado solo para el amor y animado tambien por el amor ..

No titubeó, pues, un momento al leer el papelito escrito con la tinta de anilina morada del colejio de los jesuitas, y envió con el sirviente el album de sellos, no sin quedar preocupada de ese "no crea qué estoi enfermo", que revelaba tan inocentemente el deseo del chico de ocultar algun dolor o molestia.

Y efectivamente, Luisito habia amanecido ese dia con el color de la cara algo encendido, los ojos mas inquíetos y luminosos que de costumbre, y con poquísimas ganas de jugar.

Rehusó tomar parte en una «barra inglesa», reñida y sumamente interesante, en un partido de pelotás y en una «troya», en que tenia muchas probabilidades de ganar.

Apenas recibió el album, lo abrió precipitadamente, y sus ojitos negros y saltones se fijaron con viveza singular en un hueco rodeado de numerosas estampillas de Guatemala. Ese hueco era el sitio en que tenia reunida todas sus ambiciones y todos sus sueños. Era un sello azul,—«azulito», como decia él—con una cabeza en el medio, que habia visto un dia en la vidriera de una cigarreria de la calle de Bandera, y costaba tres pesos.

¡Tres pesos! Una fortuna, una verdadera fortuna, siete veces su semanal de cuarenta centavos que le daba su mamá al salir del colejio! ¿Qué hacer? ¿Cómo podria seguir ese hueco blanco, solo, en medio de toda una pájina de sellos?

Luisito acudió a un compañero que tambien tenia coleccion y le espuso el horrible estado de la suya. "Yo te lo conseguiré—le contestó el otro chico—«mira» te lo voi a conseguir de un tio mio que escribe en un diário, y recibe cartas de todo el mundo y, ademas de la China».

Luisito estaba visiblemente ajitado, sentia la cabeza abombada, y un calorcillo fastidioso le hacia latir las sienes constantemente. Un inspector se acercó a él, lo miró un instante, le tocó la frente con la mano, y no pudo ménos de alarmarse.

—¿Qué tiene usted, Luis?—le preguntó.

El chico le mostró su album, apuntando tristemente el hueco blanco.

—¡Me falta un sello de Guatemala!

Pero momentos despues, el niño era conducido a la cama y examinado por el doctor... cuarenta grados de fiebre... podia ser tifus .. podia no serlo... talvez una infeccion... en fin, las dudas y las incertidumbres de siempre.

Se acordó que no se avisaria a la casa hasta el dia siguiente, por si la fiebre bajaba con algunas cápsulas convenientemente distribuidas de tres en tres horas.

Cuando Luisito quedó solo, tendido en su blanca camita de colejial, y miró toda la sala, al travez de las cortinillas, solitario, sin un solo compañero, sintió miedo. Pero mui luego el sello «azulito», el sello de Guatemala, llenó enteramente su afiebrada cabecita y volvió a abrir el álbum para mirar ese hueco desesperante.

¡Tres pesos! ¿Seria mui difícil ganar tres pesos? ¿Tendrán tres

pesos en casa? ¡No haber nacido en Guatemala! ¡Si hai niños en Guatemala, deben ser mui felices con el sello azul, y tendrán muchos sellos a tres pesos cada uno!

La fiebre apretaba, apretaba, y el colejial habia echado atras la cabeza y fijaba los ojos en el techo, viendo reproducirse millones de veces el sello azul.

Llegó la noche, y con la noche los colejiales, que ocuparon sus camas, tosieron, dejaron caer los zapatos sobre el entablado y despues se durmieron profundamente.

Uno solo velaba. Luisito no separaba los ojos del techo, deleitándose en esa loca abundancia de sellos azules. ¡Cómo tomar alguno!

Entraron al dormitorio el médico y un jesuita, y apartaron el álbum de las manos del chico. El termómetro marcó cuarenta y un grados. El doctor salió moviendo la cabeza, remate obligado de tantas curaciones!

Luisito deliraba. Con los ojos fijos en el techo, hablaba a media voz con los ánjeles que revoloteaban al rededor de su cama.

Ellos lo llamaban desde léjos, haciéndole señales misteriosas, y él les preguntaba si en el cielo hacian colecciones de sellos «difíciles».

De repente, Luisito hizo un esfuerzo convulsivo y se incorporó de un salto en la cama, alcanzó con la mano su blusa azul, colgada de un perilla del catre, buscó en los bolsillos y sacó un lápiz. Apoyó el álbum sobre el mármol del lavatorio, pegado a la cama y comenzó a escribir con el pulso tembloroso:

«Mamá cómpreme un sello de Guatemala en la cigarreria, cuesta tres pesos, yo se los pagaré cuando esté grande como mi papá sino me lo compra me voi al cielo porque un ánjel me ha dicho que allí no cuesta nada»...

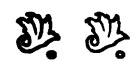
De repente, Luisito fijó de nuevo los ojos en el techo, se le iluminó la cara de risa y se dejó caer sobre la almohada.

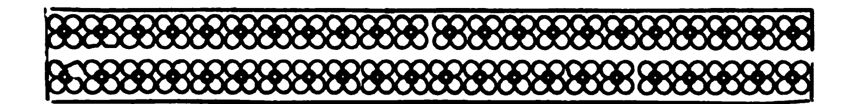
Habia muerto el colejial, y a la mañana siguiente lloraba como una loca, sobre la blanca camita, la señora Fernandez, que habia adivinado la enfermedad de Luis en esa frase " no crea que estoi enfermo".

La primera salida de la viuda a la calle, lacrimosa aun y roja de

llorar, fué para comprar el sello azul y pegarlo en ese hueco, último delirio del colejial.

Y cuando soñaba la morena, porque tambien era buena como su hijo, y veia ánjeles, divisaba entre todos ellos a uno igual a Luis, con dos sellos azules en vez de las alas de plumas de los otros.





Un recuerdo a los ausentes

ALEGRES y risueños están los dias de la patria; brillante el sol, fresca la brisa, azul el firmamento y abierto el horizonte. La bandera flamea sobre las ciudades, como una querida enseña de gloria, de recuerdos, de paz, de dicha y de tranquilidad. Al amanecer, los bronces tocan una diana vibrante y arrebatatadora que parece la voz de *Excelsior* de una juventud vigorosa que se educa en los cuarteles; y al caer la tarde retumba el estampido del cañon, como un trueno lejano de tempestades pasadas y de homéricas borrascas.

La patria esta con nosotros, y nosotros dentro de su corazon. Bajo su bandera desplegada al viento, nos estrechamos las manos, todos los que hemos nacido en el mismo suelo, y nos reconocemos hermanos y nos perdonamos las distancias y nos amamos con altruista y jenerosa afeccion.

Pero hai un recuerdo que atraviesa ese firmamento azulado y llega a posarse sobre el alero de nuestro hogar, como una golondrina huérfana que busca calor. Hai un recuerdo que parece un suspiro lejano, venido con alas de seda desde mui remotas tierras, para que se mezcle aquí con esta brisa fresca que hace flamear las banderas, remecerse los copos blancos y morados de las lilas y despeinar los rizos de pelo de las muchachas que van a las fiestas.

Es el recuerdo de los chilenos ausentes, de los que no pueden sentarse a nuestra mesa y acercar a sus labios la copa de vino, de

los que no pueden, como nosotros, derramarse por las calles, riendo a carcajadas y lanzando vivas enérjicos y sonoros a la patria.

Hai muchos que han partido buscando unos la fortuna, otros el nombre, y los mas el pan de cada dia. Desterrados voluntarios náufragos de la vida, galeotos amarrados al duro banco del trabajo; han salido a bordo de un buque, ajitando hasta mui léjos sus pañuelos para enviar el último adios a la patria.

¿Y despues? Una noche, el viento estranjero que es inhospitalario y no habla nada al oido, ha arrancado una hoja del calendario dejando esta leyenda: 18 DE SETIEMBRE.

¡Qué de recuerdos agolpados en un instante! ¡Qué cúmulo de sensaciones fuertes y de estremecimientos del espíritu! De un salto queda a un lado el lecho revuelto por la fiebre, y la ventana se abre de par en par. Allí está delante la nebulosa y ajitada Lóndres, o el bullicioso infierno de Paris, coliseo en que se sigue arrojando a los mártires del escándalo para que se los devoren las fieras de la publicidad, anárquica confusion de elementos contradictorios en que cada cual es indiferente y desconocido para el que vive a su lado.

Allí está todo ese mundo que jira sobre su eje de siempre, sin preocuparse un ardite de que apoyado en una ventana, haya un viajero que llore de nostaljia y suspire de pena; allí está ese remolino de vertijinosa marcha, que no puede oir lamentarse a los que sufren, ni reir a los que se alegran.

Abierta esa ventana, entran otras brisas, que no son las que aquí sentimos, pero en sus alas parecen ir los jérmenes de una reminiscencia de la patria. El ausente abre los ojos y dilatada y húmeda la pupila, la fija en el espacio donde cree ver surjir su hogar, la silla vacia que él ocupaba apegada a la mesa, y los séres queridos dirijiendo hácia ella, de cuando en cuando, esa mirada que es un recuerdo, un llamado, un deseo, casi una conversacion.

Pensemos tambien en los compatriotas que van en la tripulacion de un buque mercante, bajo bandera inglesa, navegando en alta mar. Apoyados en la borda, fija la vista sobre la estela blanca que deja el barco, creerán sentir entre el rumor del océano y los golpes de la máquina, algo así como los acordes de una guitarra y el acompasado tamboreo con que se preludia la cueca. Quizás, verán

surjir como una aparicion ideal, la figura de la muchacha que amaron, cuya mirada perseguian en el baile y cuyas veloces vueltas no podian preveer.

Y pensemos finalmente, en el aventurero y nómade gañan que ha partido a pie, con el saco al hombro, para buscar trabajo y riñas en otras tierras. Pendenciero, provocador y soberbio, rodeado de enemigos que lo odian porque lo temen, se emborrachará una vez mas en nombre de la patria y caerá a la vuelta de una esquina insultando al peruano al arjentino o al boliviano que le tocó el punto flaco de su patria.

Esos son los ausentes, buenos unos, malos otros; pero chilenos todos, y por ende hermanos nuestros. A todos ellos llegue un eco de estas salvas, una racha de estas alegres brisas, un jiron tricolor de estas altivas banderas, un destello de esos ojos que van por las calles como luminarias encendidas.

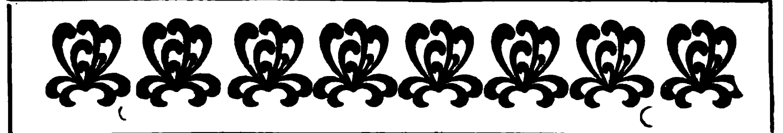
Y por último, salgamos del Parpue Cousiño, donde en un dia mas va a resonar la algazara de todo un pueblo que se divierte, y corriendo apénas dos cuadras lleguemos hasta los muros rojos custodiados por centinelas, que guardan a los infortunados hijos del crímen.

Las pupilas dilatadas otras veces por el odio, están ahora veladas por las lágrimas; es el ansia de libertad que les llega con el viento, la promesa de vida que les cae con el sol, la esperanza de perdon que les revive con el estampido de esas salvas que anuncian el gran dia de la patria.

Allí, al lado, apénas a un paso, están los antiguos amigos bailando sobre la alfombra verde que la naturaleza les brinda. Allí están ellas ..!

Recordemos a todos los chilenos que léjos de la patria o léjos de la sociedad, se unen con todo su espíritu al júbilo de estos grandes dias. Formemos al rededor del mundo una corriente magnética, y así brillará mas el sol, se verán mas soberbias y altivas las banderas y se deshielará con mas solemne pompa la diadema blanca de los Andes.

¡Que no falte en la mesa mas modesta y humilde, en las fondas mas apartadas, un recuerdo para los compatriotas ausentes!



JULIO VERNE



LA AGONIA

QUIEN haya sido niño alguna vez—que ya van siendo pocos—y leido a Julio Verne, y soñado sobre las láminas de sus libros y seguido con el corazon palpitante y el alma en un hilo, los arriesgados viajes a los polos, al centro de la tierra, a la luna y al fondo del mar, se habrá sentido conmovido al leer la noticia de sus últimos momentos.

Naturalmente la imajinacion tiende a representarse en estos instantes al amigo de los muchachos de todo el orbe, emprendiendo un último viaje mas arriesgado que los que ha descrito en sus libros, y del cual no podremos tener láminas porque ya sus retinas muertas y opacas no reflejarán nada del mundo esterior, cerrándose para ver solo lo mucho que comienza a ajitarse y a bullir en el mundo interno.

Nos lo figuramos en el «Nautilus», el largo cigarro de acero que navegó veinte mil leguas debajo del mar. Revestido bajo la estraña figura del capitan Nemo, apoyada en la mano su barba blanca, y fijos los ojos a traves de los gruesos cristales del submarino, verá Verne en vez de las exóticas revelaciones del fondo del mar, el paisaje ceniciento y frio de una agonia sin dolores pero con angustias del espíritu.

El buque avanza con velocidad silenciosa, en medio de rejiones desconocidas. Hai tambien como en aquel misterioso viaje, el vapor de las sombras, la atraccion de lo ignoto, el silencio de la muerte. Quizá alcance a ver la moribunda vista de Verne, almas suspendidas en la atmósfera fria; errantes figuras de palidez cadáverica buscando un sitio en que descansar de su larga fatiga; estrellas de brillo confuso, alborando a lo léjos como una sublime promesa

Aquellas veinte mil leguas que recorrió el «Nautilus», abriéndose paso entre jigantescas algas, y rosando con su bruñida superficie de acero las escamas de los mónstruos marinos, fueron eternamente largas, en medio del silencio, de la oscuridad y del hielo del mar. Pero este último viaje, que ya no con la fantasía sino con sus potencias todas, emprende el anciano escritor, tiene su término inmediato en un paraje lleno de luz, que ya no es su *Isla Misteriosa*, sino el conocido fin de las jornadas de la vida.

La muerte de Cánovas del Castillo conmovió a los estadistas, la de Humberto, a todos los hombres de órden de la tierra; pero la de Julio Verne tendrá profunda resonancia en la jeneracion de quince años de todo el mundo.

¡Ai de los que no han sido niños! dijo un filósofo. ¡Ai de los que no han leido a Julio Verne, de los que no han soñado sobre sus láminas, de los que no han vivido con sus personajes y de los que no se han propuesto una sola vez en su vida hacer un viaje de esploracion al centro del Africa!

Traducidos a todos los idiomas del mundo, incluso al chino y al japones, Julio Verne ha sido el iniciador de millares de intelijencias jóvenes en los misterios de la ciencia. ¡Cuántos hombres de cuarenta años, apoyados en la baranda de la cubierta de un buque, o balanceándose sobre la canastilla de un globo, o saltando al áspero paso de un camello, enviados por un gobierno a espedicionar o impulsados por el propio espíritu a conocer rejiones nuevas, habrán tendido la vista al traves de los años al libro de Julio Verne, que por primera vez los hizo ambicionar la gloria de esploradores!

LA CEGUERA

Nuestros telegramas de ayer decian lo siguiente:

«Paris, octubre 19 de 1901.—El eminente y popular novelista

Julio Verne ha quedado completamente ciego, de resultas de su antigua afeccion a la vista.

Esta noticia ha producido la mayor impresion en Europa. En esta capital, Lóndres y otras ciudades, se organizan suscriciones en favor del ilustre literato, cuya situacion es en estremo precaria.»

No ha sido soberano, ni estadista, ni jeneral; no ha sido cantante famoso, ni eximio campeon de esgrima, ni inventor, ni sabio. Ni siquiera ha sido uno de esos literatos, audaces innovadores, que rompen el viejo molde, y vacian el metal fundido de su jenio, en un marco de forma exótica y sin embargo bella.

No ha sido nada de eso Julio Verne, y, sin embargo, no hai una sola ciudad del mundo, en que su nombre no sea querido de los niños y recordado por los viejos con la grata fruicion de los recuerdos.

Verne ha sido un campeon de la fantasia, que ha atravesado los espacios sin mas alas que las de un espíritu jovial y vivaz, y que se ha internado en el fondo de la tierra, sin mas ariete que el de una estraña potencia creadora de visiones científicas.

Verne no ha sido poeta, ni colorista, ni sicólogo. Para llegar hasta la luna no ha subido por un rayo de luz plateada, anudado en las nubes como una cinta de seda, encontrando a su paso bandadas de ánjeles y oyendo coros celestiales. Nó: Verne va a la luna dentro de una enorme bala, disparada por un cañon monstruoso, y queda por fin su proyectil, jirando alrededor del astro de la noche, como envuelto por ese eterno movimiento de rotacion y de traslacion.

Antes de que el *Narval* hubiera realmente bájado al fondo del mar en Tolon, realizando así la soñada concepcion del submarino, Julio Verne habia recorrido veinte mil leguas de un maravilloso viaje bajo las aguas del océano, en medio del silencio profundo de esas honduras llenas de sombra y de misterio. Era el *Nautilus*, ese buque construido en los astilleros de la imajinacion, y el capitan *Nemo* su estraño piloto. Al traves de los movibles cristales de las aguas, se perfilaban sombras estrañas, siluetas fantásticas, tentáculos blandos y carnosos, algas y plantas marinas agrupadas en bosques oscuros y silenciosos.

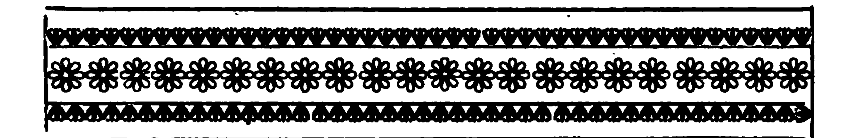
El cable nos comunica ahora la triste nueva de que Julio Verne se ha cegado. Trabajo grande cuesta a la imajinacion, bajar al audaz esplorador del aire, tierra y mar, desde esas rejiones en que no hai lazos, trabas ni ligaduras para la fantasia hasta la vereda de su ciudad natal, donde, llevado por un lazarillo, irá encorbado, triste y enfermo.

Pero, entretanto, al cerrar Julio Verne sus ojos al mundo esterior, ha quedado a solas con su alma, y otro inmenso mundo se le ha revelado por primera vez. Ha conocido él, cuando tenia ojos para la luz, para el color y para los cuerpos, los viajes al traves de la atmósfera inconsútil, de las montañas escarpadas y del mar sin límites; comenzará hoi a conocer la peregrinacion de las almas por los senderos estrechísimos de la dicha y por los anchos caminos del dolor.

¡Cuántas almitas se sentirán conmovidas hoi por la ceguera de ese maestro que las conducia velozmente de sueño en sueño y de ilusion en ilusion!

Y pueda ser que así, como en la superficie de una laguna, una piedra arrojada va formando ondas y círculos que llegan hasta la orilla, llegue con estas líneas hasta el pobre ciego un estremecimiento cariñoso de tantos espíritus a quienes ha hecho calmar su sed de sueños y de aveturas.





Verdi y su lecho de muerte

Los pueblos tienen su corazoncito, y a veces su corazonazo... Hai pueblos que sienten el dolor y no lloran: Inglaterra al lado del féretro de su reina es un símbolo pálido, sombrío, de ojos desmesuradamente abiertos, pero mudo. Italia al lado del lecho de Verdi es una mujer enlutada que llora a mares con sus hermosos ojos negros y entrelaza sus manos con desesperado dolor... Y sin embargo, cada uno de estos pueblos asiste a la muerte de un trozo de su alma. Victoria encarnaba para los ingleses la sobriedad, la fuerza y la virtud de la raza; Verdi simboliza para los italianos el arte, el amor y la luz del alma italiana.

El pueblo consternado, la reina Margarita condolida, una muchedumbre que se agolpa a la puerta de la morada de su gran músico, son elocuente testimonio de que con Verdi agoniza una fibra del corazon italiano y se corta una cuerda sensible de su alma.

Ya nos olvidábamos que Verdi era un hombre; al traves de los ojos de la fantasia, le veíamos ya idealizado por la gloria, tañendo en una harpa de cuerdas de plata y rodeado de ese ambiente azul con que se sueña el paraiso.

Forma ideal, purísima,
De la belleza eterna,

le veíamos desligado ya de las terrestres ligaduras, y vuelto de nuevo a la juventud del espíritu y del cuerpo. Cuesta ahora volver los ojos al lecho en que está recostada su blanquísima cabeza, y en

que las manos inquietas por la fiebre, buscan un invisible tecladò para dejar escrito en el pentágrama el último jemido de su agonia.

Rotas en un rincon las cuerdas de su harpa, solitario y lleno de polvo en otro, el órgano en que ha ensayado sus coros de peregrinos; mudas las trompetas de plata al travez de las cuales ha emitido las sonoras armonias de sus marchas, y abierto el piano sobre cuyas teclas de marfil han corrido sus manos en busca de deliciosas melodias, el maestro lucha con la muerte y defiende con todas las fuerzas de su alma ese cuerpo que era una caja de música y ese corazon que era una fuente inagotable de inspiraciones.

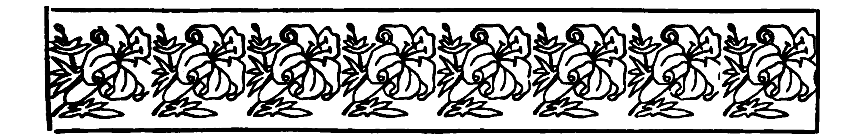
A cada instante se levanta un estremo de la cortina, y una cabeza de artista se asoma descubierta y clava los ojos en la moribunda mirada del maestro. Ahí está él, el que ha iniciado en el arte multitud de almas sedientas de armonia, el que bajo su batuta ha hecho jemir los violines, estallar la orquesta en una esplosion de alegria, o erizarse el cabello ante el grito de dolor de una moribunda. ¡Ahí está Verdi! Y las cabezas de sus discípulos inclinadas por el estupor, inmóviles por la pena, parecen querer escuchar la última nota y la última cadencia de esa arpa eólica, que solo el viento italiano hacia vibrar.

Verdi llegará al cielo despues de haber llegado allá sus himnos. Y quizá cuando en el umbral espere el momento de traspasarlo, reconozca en los coros anjélicos algunos de los suyos, y sienta alas en sus espaldas y vuele a ponerse frente de ellos y a dirijirlos trasformado en inconsúltil y celeste aparicion.

Aquí ha llegado un hombre—dirán—que pasó por la tierra cantando y elevando a las almas a lo alto. Como las golondrinas ha volado sin tocar el suelo, y sin rozar sus alas.

Y ocupará su trono *vicino al sol* como canta en lírico arrebatado Radamés y pasará a ser símbolo del arte, forma ideal del sentimiento, nota musical cristalizada en la gloria.

Italia elevará a Verdi un monumento análogo al que hizo en bronce España, para Gayarre: un ánjel con una ala desplegada impone silencio con su diestra, miéntras aplica el oido al féretro a ver si se escapa una última armonia de su espíritu.



LI - HUNG - CHANG



Li - Hung - Chang se muere.

Asi lo dicen los telegramas de hoi, evocando con ese solo nombre, toda la historia del complicado drama de la China.

Tendido en un lecho bajo sobrecama de seda amarilla y grandes pájaros de un azul intenso, está el viejo chino, con sus párpados alargados velando las pupilas vidriosas y moribundas. Sueña. Enervado por esa embriaguez agónica de los últimos momentos, no siente los pasos de sus fieles servidores que se arrastran silenciosamente con sus zapatillas de lana, y parecen en torno del lecho, con los rostros flacos, alargados, estupidos, grandes lagartos que han salido de sus cuevas a tomar el sol.

Li-Hung-Chang vuela en su imajinacion asiática, abultada por el opio, hacia las rejiones donde los misioneros cristianos le han dicho, muchas veces, que está el descanso eterno.

Vé mucha luz en torno suyo, una luz intensa, azulada, maravillosamente azulada. Desaparece mui léjos el amarillento paisaje de su tierra, con su pálido color de acuarela sucia; se vé como línea de tinta china, disipada con la distancia esa gran muralla qne ha altado el mundo; y se hunde en la sombra de esa noche eterna el rumor de ese ejército internacional, que ha profanado a la sagrada China, desgarrándole el corazon y dejando esfumarse en el aire su espíritu.

En seguida. el moribundo vé que la luz azul, se hace mas intensa, hasta obligarle a cerrar sus ojos. Alguien murmura a su oido que es la rejion de que han hablado los misioneros cristianos, y Li-Hung-Chang pretende entrar. Pero una espada de acero que brilla a la luz como una ascua encendida, se le atraviesa a su paso.

—Yo soi la Européa—le dice una voz plateada—yo soi la Europa que te persigue hasta despues de la muerte. Al cielo solo llegan las potencias de primer orden...

—¿Y yo dónde me voi?

—Al seno de Ahraham.

Y Li-Hung-Chang se estremece de ira, sobre su lecho de muerte bajo el baldaquin con grandes cortinajes, entre los cuales asoman las cabezas de lagarto de sus servidores anonadados.

La Europa! El la conoce, la ha estudiado, la ha observado con la felonia silenciosa de un buen chino. Es mala, injusta, corrompida, mezquina, viciosa, hipócrita, mercantil y ruin. Ha clavado sus zarpas en la China, como las clava un buitre, en la débil presa cojida en un palomar. Ha esperado la ocasion de las discusiones intestinas, ha mirado todo lo que pasaba dentro del palacio imperial por las cerraduras de las puertas, como observan los lacayos, y ha descargado, en fin, sus masas de ejército, juntando cinco naciones para vencer una sola.

Y Li-Hung-Chang, lanza un jemido débil. Las cortinas del baldaquin se abren. y las cabezas de lagarto de sus ssrvidores se acercan en actitud interrogativa. Alguien le deja escurrir en sus labios un liquido, una viejísima droga, conservada durante tres siglos en una ampolleta de porcelana blanca, con signos y dibujos dorados.

Pero de nuevo se siente lanzado en un vuelo loco, a ese espacio inconmensurable, donde flota la fantasia calenturienta de los moribundos. Hasta allí llega, apagado como una lejana armonia, el rumor del viento que azota en su jardin las campanillas de plata, arrancando una melodia quejumbrosa y vaga. Allí ve dibujarse en el espacio, jigantesca, enorme, colosal, la figura pálida de la Gran China.

¡La China! Nadie la conoce como él. Es una gran araña, que durante muchos años ha bordado una tela con hilos finísimos, re-

cojiéndose despues en el centro de ella para vivir de su pasado envuelta en una atmósfera de opio que hace soñar con imájenes pálidas. Ella ha descubierto la pólvora para que despues los europeos la destrozaran con ella y la hicieran empaparse en sangre, Ella ha descubierto la imprenta, para que despues la Europa predicara en ella la cruzada que ha capitaneado Waldersee. Ella ha elaborado la seda, la porcelana, el marfil, para que la Europa sintiera despertarse su insaciable codicia; y resolviera devorarla. Durante muchos años logró ocultar la Gran China, envolviéndose en el misterio que era un trono devorado por la carcoma de los siglos, hasta que el tacon brutal de los ingleses, hizo saltar un pedazo de corteza, tras del cual saltaron otros y otros.

Y el moribundo da un nuevo salto sobre su lecho, y se arrebuja con la sobrecama de seda amarilla, ornada con pájaros de un azul intenso, porque siente frio, un horrible frio.

Quiere pedir a sus fieles servidores que llenen la estancia con el humo ceniciento del opio, para morir como debe morir un buen chino: soñando imájenes dulces y placeres livianos.

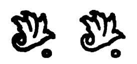
Pero no puede hablar, porque ya los labios no obedecen. Y levantando entónces su cabeza para mirar todo aquello que deja para siempre, vuelve a dejarla caer con la pesadez del sueño eterno.

Las pesadas cortinas de seda del baldaquin, se juntan silenciosamente. Y una voz fúnebre recorre las estancias·

—Li-Hung-Chang, el último chino, se muere.

....

No de otra manera murió Boabdil, el último moro.





VICTORIA

HACIA muchos años que el cable no trasmitia por el mundo, noticia mas sensacional que la enfermedad y agonia de Victoria, la reina de Inglaterra. Sesenta años del mas glorioso reinado del siglo, sesenta años del mas firme y esplendoroso poderío, forman a la reina Victoria un altísimo trono que casi tiene nubes por dosel.

Sobre la frente de la augusta soberana irradian las glorias de la vieja Inglaterra; vela echado a sus pies el leon británico, llegan hasta su trono los vítores de triunfo lanzados desde los confines de la tierra, y una música celestial se difunde en torno suyo con las majestuosas y graves notas del GOD SAVE THE QUEEN.

Mas que virtuosa y augusta soberana de un gran pueblo, Victoria es el alma de Inglaterra encarnada en el cuerpo de su reina; son las glorias de una nacion, simbolizadas en un espíritu; son las conquistas de un siglo colocadas bajo la éjida de una mujer.

Y superior a la humana frajilidad, superior a la contextura débil de sexo, ha sido durante sesenta años, conductora de los mas grandes destinos de su pueblo, lumbrera de una raza y reina de un siglo.

Jamas testa alguna coronada ha sentado su trono en mas firmes cimientos y ha levantado su cetro a mas soberana altura. Un pueblo laborioso, un aguerrido ejército, una invencible escuadra, una

nobleza leal; he ahí los puntos de apoyo del primer trono de la Europa, he ahí tambien las fuentes de gloria de la primera potencia del mundo.

¿Habrá rincon del globo donde no se haya visto flamear al viento la bandera de Inglaterra, y oido lanzar al espacio un viva a su reina?

En medio del brillante apojeo de la gran nacion, en medio de su cielo de gloria, azulado y sereno, algunas nubes han venido a entoldar el horizonte. Victoria de pie sobre la cubierta de su nave, ha palidecido mirando a lo léjos desencadenarse la tormenta....Ha visto llena de mortales inquietudes partir a sus ejércitos, ha soportado con dolorosa entereza las traiciones de la suerte y ha llorado como mujer y como reina sobre la tumba de sus soldados......Las lágrimas de la anciana y augusta reina, han pesado en la misteriosa balanza que rije los destinos de los pueblos, y el pabellon de Inglaterra ha vuelto a erguirse sobre el suelo africano, chorreando sangre, pero orgulloso siempre.

En la noche de la guerra, noche oscura en que no luce en el espacio ni una estrella, la reina de Inglaterra ha velado ansiosa en la cubierta de su nave, escuchando a lo léjos el apagado rumor de las batallas y orando a Dios por los destinos de su pueblo. De repente ha visto surjir del mar las gloriosas naves hundidas en Trafalgar, y Nelson, el héroe del siglo ha surjido envuelto en el pabellon británico y ha hecho misteriosas señales a la augusta soberana. Y Victoria ha comprendido que se acercaba su fin y en medio del relijioso silencio de su pueblo ha inclinado la nevada cabeza sobre el pecho.

El mundo entero ha suspendido un momento su marcha, para ser mudo y respetuoso testigo de la agonía de la reina de Inglaterra y un estremecimiento eléctrico, ha llevado por el cable a todos los confines del mundo su nombre glorioso.

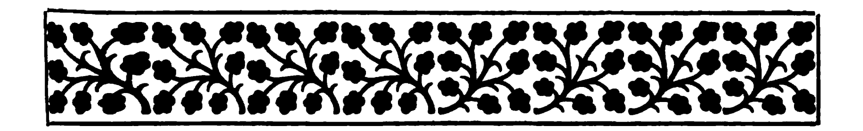
Mas que tristeza, ha sido estupor y asombro el que ha conmovido a los pueblos. Sesenta años de reinado habian hecho creer inmortal a Victoria, y casi habia desaparecido la mujer para quedar el símbolo inmaterial del cetro de Inglaterra.

La reina no pasará ahora a la Historia, habia pasado ya con el siglo que acaba de cerrarse.

En estos solemnes momentos en que Inglaterra está llena de nerviosa ansiedad, rodeando el lecho de muerte de su soberana, los estandartes ensangrentados del ejército del Transvaal se han abatido hasta tocar el suelo con sus astas, las naves de la China se han estremecido bajo el pabellon británico, las tropas de la India han descubierto al sol sus rostros tostados, los cañones de Jibraltar han tronado al caer la tarde, el pueblo del Canadá ha corrido nerviosamente a las puertas del palacio de gobierno y en todos los puertos del mundo ha habido alguna bandera melancólicamente abatida sobre el trinquete de una nave.

Ya no son serenas voces, que llenas de felicidad saludan a su reina, las que cantan con apagado clamor de plegaria el GOD SAVE THE QUEEN. Es la súplica de un gran puelo que quiere retener sobre su trono a una gran reina.





LUCHAS DE CLASES

ALCANFORES Y CRISANTEMOS

No vamos a trazar uno de esos cuadros otoñales con matices descoloridos de japonerias traducidas del frances, a que tan aficionados se ponen nuestros literatos delante de los hermosos y elegantes alcanfores cultivados con el mas refinado artificio de los jardineros modernos. Nó; no caeremos nosotros en esas mezclas híbridas en que se injertan orquídeas en copihues, crisantemos en cardenales y camelias en coliflores. Sabemos que de ellas no resulta, como pudiera creerse, una flor nueva, hermosa, orijinal, mitad japonesa, mitad chilena; sino la inevitable semilla del cardo que vuela sin rumbo fijo y va mas léjos a sembrar en buen terreno la yerba mala.

No sabemos ni cómo ni cuándo vino del Japon, modestamente, sin resonancias, sin crónicas de Lemaitre, ni de Houssaye, ni de François de Nion, la forma natural, sencilla y casi anónima del hoi bullicioso crisantemo.

Llegó y supo aclimatarse bajo nuestro cielo, siguiendo seguramente con la inconsciencia de una flor, el refran español que encierra como en un evanjelio pequeño y vulgar el gran principio de tolerancia social: en la tierra a que fueres, haz lo que vieres.

Miró a su lado el primer crisantemo y vió a los cardenales reducidos a una forma modesta y limitada, a las rosas encerradas con todo su aroma y lozania en un vaso de pétalos relativamente pequeño, y aun a las mujeres bellas, graciosas, intelijentes, con una estatura diminuta y moderada, y resolvió entónces contener las fuerzas de su sávia y amoldarse a esa lei fundamental de la flora chilena: flores pequeñas; pero abundantes.

Y entónces el crisantemo japones enorme como una erizada cabeza de bacante, se deshizo en cien flores pequeñas, livianas, alegres, que florecieron bajo el sol chileno y se multiplicaron dentro de las cercas de coligües de los pequeños jardines, bajo el nombre de alcanfores.

El crisantemo traia la teoria francesa de la familia; un solo hijo; pero al llegar a Chile se vió obligado a adoptar la teoria chilena: todos los que Dios mande. Mui pronto pudo convencerse la flor japonesa de que en Chile, el sol, la luz y el aire, ni se tasan, ni tienen límite alguno: miéntras mas flores mejor.

La lucha de clases, tan cruda y ardiente en la sociedad de los hombres, ni existe ni puede existir en la de la flores. Si una mano de artista reune en un solo ramo, flores de trébol, de *yuyo*, de acacia, de rábano y de cedron, modestas y humildísimas flores criadas a todo sol y a todo viento, ningun ojo habituado a descubrir la belleza al traves del mas tosco vaso, dejará de reconocer que es bello el ramillete y de sentir, al aspirar su perfume, una grata emocion. Pero si álguien osa mezclar esas sencillas flores en un ramo de rosas, jazmines, azahares y lilas, la mano mas delicada, mas sensible y mas piadosa, se verá obligada a arrojarlas léjos al establecer la cruel comparacion entre los pétalos brillantes y aterciopelados de las unas, y las sutiles y delicadas hojitas de las otras.

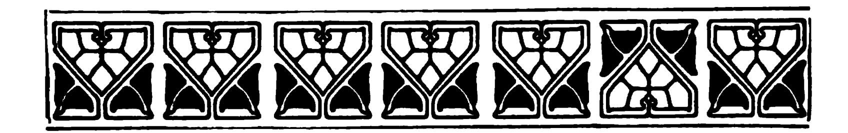
Si las mujeres hermosas que han nacido pobres y humildes se juntaran entre sí, se agruparan entre sí y no buscaran mas altas ramas para colgar su nido; no tendrian tarde o temprano que sentir en su pecho esa ansia venenosa de envolverse con sedas y adornarse con joyas. Sin la comparacion, no existe la lucha de clases; y como nadie, tratándose de flores, se atreve a revolver las sencillas del campo con las artificiosas de los jardines, aun no ha nacido el socialismo en la jardineria.

Sin embargo, hemos creido ver en la ufania con que los nuevos crisantemos se alzan solitarios sobre una sola vara, cierto desprecio mal disimulado hácia los fecundos y desparramados alcanfores chilenos. El crisantemo japones, cultivado con el egoismo de una sola flor, es un símbolo artístico llamado para la orla y el cartel de *reclame*; pero el alcanfor de abundantes y pequeñas flores, ès el mejor ornato para las canastillas de alambre o para las estendidas piezas de cristal y bronce.

Harán los crisantemos su paseo triunfal por los jardines, conquistando adeptos y recorriendo un camino bordado con los ribetes de oro y nácar de una literatura enfermiza y amarillenta. Pero luego la moda que adoró las orquídeas para olvidarlas pronto, echará tambien a un lado las enormes corolas amarillas, asalmonadas y blancas.

Y nadie, entre tanto, dejara de seguir encontrando bellos los pequeños alcanfores que son lejítimo y espontáneo fruto de una tierra jóven.





CAMPOAMOR



En los tiempos pasados, existian los filósofos. Eran hombres adustos, graves, que se creian llamados a grandes destinos, que amargaban la vida de los demas con sus sentencias y que terminaban sus dias bebiendo un vaso de cicuta por orden superior.

Hoi que lo trascendental va desapareciendo, y que flota como una niebla azuleja que lo envuelve todo, un vago escepticismo, una embriaguez del alma y un cansancio del espíritu, los filósofos visten frac y guante blanco, se deslizan entre las parejas que danzan y apénas se les conoce la filosofia en cierta irónica sonrisa que llevan estereotipada entre los labios.

Si los propagandistas y misioneros han necesitado revestir de modernísimas y tentadoras formas, las austeras palabras de la fé; si la ciencia para llegar al pueblo ha tenido que salir de los gabinetes y ataviarse con deslumbradora poesia; si la farmacia ha necesitado de los comprimidos y de las tabletas para no hacer odiosas sus fórmulas; la filosofia llamó en el siglo que acaba de pasar, a Campoamor para que la condensara en sus doloras y la hiciera entender hasta de las almas femeninas.

Y Campoamor surjió en un pueblo en que el espíritu tiende a los estremos, ennegreciendo ya la vida con criterio fatalista, o ya cantándola con inspirado y lírico acento, y sentándose en el fiel de la

balanza y pulsando una lira de finísimas cuerdas, anunció su llegada con esa frase que pudo ser bandera de su vida y programa de su jenio:

En este mundo traidor
nada es verdad o mentira;
todo se vé del colór
del cristal con que se mira.

Y enseñó Campoamor una risueña, real y despreocupada filosofia; y la encerró en el frájil vaso de sus doloras, como se encierra la esencia de rosa, para que el aire no la desvanezca.

El escepticismo de Campoamor es vago, lánguido, sonriente casi; no cierra horizontes, no ennegrece espíritus, no anubla las conciencias, no pervierte los corazones; deshoja las rosas como Ofelia y se rie como Hámlet.

Allí está aquella dolora que comienza:

Queriendo un rei discutir
Las creencias, llama jente
De Ocaso, Sur, Norte, Oriente.
Tanto, que puedo decir
Que está allí el mundo presente.

Pasan ante la vista del rei, la belleza la gloria, la justicia, la virtud y la relijion y termina así:

Calló, y a una cortesia
que hizo al pueblo el rei, de pié;
todo el concurso aquel dia
creyendo lo que creia,
por donde se vino se fué.

Y allí está el alma de Campoamor, constituida especialmente para el contraste, para el exámen, para el desfile, para el desequilibro desesperante de la vida, para la movilidad de las opiniones, para la filosofia de la humanidad en una palabra. Allí está el espíritu que convierte en una imájen de Maria, la abandonada efijie de una Vénus, el mismo que oye las opiniones de la multitud

viendo el paso del féretro de una niña, y el mismo que burlonamente pone a Heráclito frente a Demócrito y con un a leve ironia escucha el llanto del uno y la risa del otro.

Campoamor que era ya mas un recuerdo que una realidad, no pudo mantener su sonrisa escéptica ante los males de su patria, e impotente para encerrar en una última y suprema dolora las angustias de España, se alejó de una tierra en que ya las heridas eran tan grandes que toda la fisolofia del mundo habria sido poca para contemplarlas sin tortura.

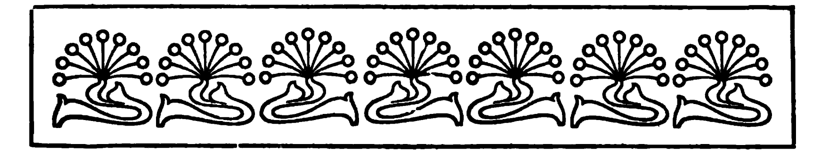
Por lo demas Campoamor habia esperado la muerte a pié firme, como el soldado veterano que no pierde el paso, sonriéndose ya desde antes y encojiendo sus hombros sobre el dia en que le tocará el último viaje:

Piensa con ojos serenos
Cómo y cuándo moriras;
Que siendo el morir lo mas,
El cómo y cuándo es lo menos.

A Campoamor debia erijírsile un monumento análogo al que se levantó en Paris a Guy de Maupassant; su estátua arriba, y a sus pies una mujer hermosa y elegante que ha dejado caer el libro de las doloras sobre su falda y ha entornado los ojos para pensar...

Ha muerto un poeta y un prosista; se ha cortado tambien un vínculo intelectual entre España y América.





JOHN FABER



NUREMBERG 16.—Hoi falleció en esta ciudad el famoso industrial Mr. John Faber, fabricante de lápices.

DIFICILMENTE habrá muerte alguna de estadista, sábio, literato o soldado, que tenga mayor resonancia que la que indudablemente puede tener la de Faber. La plombagina de cincuenta mil millones de lápices esparcidos por todo el mundo, se ha estremecido ante la infausta noticia. Los lápices Faber número 1, que son los mas sensibles, han teñido en el papel mas negro que nunca, trazando verdederas orlas fúnebres.

¿Quién no se ha detenido muchas veces pensativo, con el lápiz entre los labios, en el momento de escribir, acudiendo a leer por centécima vez la marca *John Faber núm. 2*, y encariñándose con esos signos dorados impresos en el estremo?

¡Los lápices! Los primeros que se toman en la vida, son los llamados «de piedra», para trazar sobre la pizarra las cantidades y aprenderlas a leer: unidad, decena, centena, unidad de mil, decena de mil, centena de mil, unidad de millon...¡Y pensar que despues, a medida que se crece, se van olvidando las unidades de millon y borrándose las decenas de mil, y quedando en la memoria en el

bolsillo las simples unidades y decenas, y solo allá por los dias de pago, las centenas!

Desde el diplomático que traza el borrador de un protocolo en que salen las *partes contratantes*, hasta el mas modesto cabo de escuadra que encabeza su misiva con la acostumbrada fórmula: «negra de mi alma», todo el mundo necesita del lápiz: el rico para sumar lo que tiene, el pobre para sumar lo que necesita tener.

Se pide un lápiz como se pide un fósforo, un cigarro, un caramelo. Está perfectamente admitido por el uso, que el que no tiene un lápiz, lo pueda pedir prestado y despues hacerse el distraido y metérselo en el propio bolsillo.

Faber dedicó su vida a fabricar lápices, así como otros se dedican a comer, a pronunciar discursos, a ser ministros o a tener familia. A fuerza de colocar su nombre en cada lápiz, en cada paquete, en cada caja, habrá muchos que ignoren quien fué Gladstone pero mui pocos ignorarán quien fué Faber. Lo que prueba que muchísimas personalidades que andan por ahí, no se fundan en propios méritos, sino en la debilidad de los tímpanos ajenos.

A fueza de leer en las crónicas de los diarios: el señor X., distinguido publicista; el señor J, hijienista estraordinario; el señor N., representante europeo, llega un momento en que los tímpanos ya no separan a X. ni a J. ni a N. de sus respectivos epítetos, y todo es que le digan a uno: «¿conoce usted a N.?» para que se responda al instante: ¡quién no lo conoce! Es una reputacion europea».

Faber es un rei de la industria, como lo es Rodgers, el de los cuchillos, Amstrong, el de los cañones y Scott, el de la emulsion. Individuos humildes que no han podido perforar esa costra de la indiferencia, por el lado de la ciencia, de la política o de la sangre, han trepado por sus chimeneas y han mirado desde allí hácia abajo las cúpulas de los palacios y los monumentos de los héroes. Y así como el carbon de piedra que encienden en sus hornos, se va una parte en humo, y deja otra en fuego y calor; así estos soberanos de la industria gastan sus fuerzas y sus enerjias en el molejon del trabajo, pero dejan el resíduo de esas fuerzas, en reluciente oro que se amontona á sus pies.

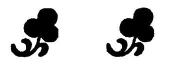
Faber habia ideado no solo el lápiz plebeyo, sino ademas el lápiz artístico. Ya era una llave que, merced a un tornillo alargaba la

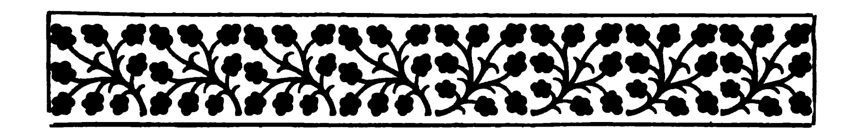
punta de plombagina, ya era un revólver para escribir con el cual habia que apretar un gatillo, ya era una jeringuilla hipodérmica, ya una bala, ya un tirabuzon.

Es indudable que en su testamento ha dejado establecido que el ataud que debe contener sus restos, será una caja cilíndrica que imite un lápiz jigantesco. En el estremo llevará esta inscripcion: *Faber núm. 1*, para distinguirlo de sus tres hijos, que son Faber 2, 3 y 4.

Si el fabricante de lápices no fué creyente, pudo trazarse con su ataud-lápiz, antes de meterlo en el nicho, una gran interrogacion que signifique lo que se pregunta Becquer:

¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuela el alma al cielo?
¿Todo es vil materia
Podredumbre y cieno?





Un drama del mar perpetuado en un reloj

SIMPATICO y siempre elocuente obsequio, es el de un reloj. Colocado sobre la mesa de escritorio, parece un ser vivo que repite en cada tic-tac el recuerdo cariñoso de la persona que lo ofrendó. Acompañando hora a hora y dia a dia en el pequeño bolsillo del chaleco, es un compañero que marca el tiempo limita el trabajo y encauza la esperanza.

Quien espera, desespera—dice el refran—pero quien al esperar mira, correr sobre la esfera de porcelana los punteros, no permanece indeciso sin saber si lo que pasa son minutos que parecen siglos o siglos que parecen minutos.

Todo esto hemos pensado al leer un corto párrafo de la prensa de Punta Arenas.

Don José Leoni, capitan del vapor *Elena*, de la matrícula de ese puerto, ha recibido en medio de su ruda labor de marinero, un lindísimo reloj de oro, encerrado en un estuche postal con estampillas de un lejano pais.

El reloj, a fuerza de venir viajando, tenia inmovilizada la cuerda y no señalaba hora alguna. Era, al parecer, un reloj mudo, casi un mensajero como aquellos esclavos negros que ni oian ni hablaban y que las Cleopatras de otros tiempos solian mandar en busca de aventuras estrañas.



1.° DE NOVIEMBRE



DURANTE trescientos sesenta y cinco dias nos ocupamos de la vida; vale, pues la pena que dediquemos uno solo a los muertos. Ellos nos piden en el primer dia de noviembre, un recuerdo que puede cristalizarse en una plegaria, en una corona de rosas o en una visita a la calada reja de sus tumbas. En medio de este incesante cinematógrafo de la vida que se desarrolla con la rapidez de relámpagos consecutivos, asoman hoi los rostros pálidos y desencajados de los deudos ausentes que parecen pedirnos algo al traves de sus labios inmóviles y descoloridos.

Es menester detenerse en la jornada, volver hácia atras la vista y contar el número de los que han desertado en silencio. No han sido paladines que se han marchado como en los tiempos antiguos, con la espada en la mano y ondeando sobre el casco la alba pluma; han sido oscuros soldados de esta batalla silenciosa, peregrinos de los estrechos senderos del dolor, errantes esploradores de la vida.

Han partido como se va la hoja seca llevada por el viento; y al dar vueltas la cabeza, ya no hemos visto de ellos sino la huella de su paso, y el último eco de su voz.

Necesitamos, pues, poner atento oido a las voces misteriosas que

hoi cruzan el aire con invisibles alas, y contestar a sus súplicas con un recuerdo, con una plegaria, con una corona de rosas blancas



En todas las casas de los barrios apartados donde la baratura del terreno permite tener jardines y huertos; en las quintas vecinas a Santiago, donde florecen los rosales a ámbos lados del parron de desnudos sarmientos; en las fincas y chacras que a todos los lados de esta ciudad, van encadenándose entre alamedas y cercas de espino; se nota un movimiento inusitado que ajita las punzantes ramas de las rosas, destroza los cardenales y arrastra despiadadamente con los juncos.

Es que ha llegado el dia en que los vivos se acuerdan de los muertos; y las rosas blancas caen en menuda lluvia de pétalos tibios y delicados, sobre la reja de hierro o la lápida de mármol.

Todavía no se desprenden las últimas flores rosadas del durazno. ni desaparece el sello malancólico que deja sobre los huertos el otoño. En cambio un hálito de vida, se derrama por la alfombra verde, trepa por las tapias y prende el roseton de musgo hasta en el tronco seco destinado a la fogata.

Toda la exuberancia de botones que estalla en el rosal, está destinada a formar la guirnalda. las cruces, los corazones y los ramilletes, que simbolizando recuerdos o esperanzas van a caer sobre las tumbas.

Tambien se vé en esta ofrenda, la lucha de las clases, la diferencia de las fortunas; de la corona de flores dobles y perfumadas, a la pequeña guirnalda de papel encarrujado, va mas distancia que desde el templete ejipcio, griego o indio, de bronce y mármol, hasta la simple cruz de álamo plantada sobre el suelo.



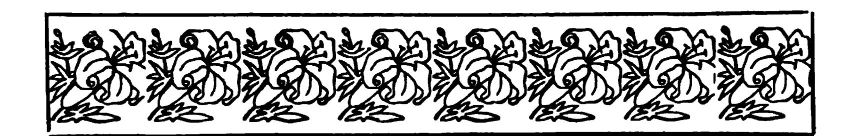
Todos los años, cuando la ciudad entera se levanta con bulliciosa algazara a llevar flores a los muertos, nos acordamos de ese enorme cementerio del mar.

En las noches calladas, han descendido por la borda de los buques, deslizados con una cuerda y envueltos en su bandera, los tripulantes, los viajeros y los esploradores, que han muerto a miliares de leguas de su patria.

¿Quién podria fijar el sitio en que reposan hoi sus restos? ¿Quién podria plantar una cruz sobre esas ondas enteramente movidas?

Los náufragos no tienen el consuelo de las coronas, de las cruces, ni de los epitafios. Cuando llega la noche del 1.º de noviembre, sale la luna y deja caer sobre las olas una corona plateada que proyecta hasta el fondo del mar su tibia y azulada claridad. Talvez entónces, allá en lo mas profundo de esa soledad tenebrosa, se estremecerán los huesos y entreverán a lo léjos una esperanza celeste y divina.





El acorazado de carne

"Vale la pena de rendir este homenaje a una verdad que debia ser familiar y que representa para la arjentina mas que una escuadra en el mar, mas que un arsenal y un ejército en tierra: *el soldado chileno es un ser moral e intelectualmente inferior* lo forma el roto, producto étnico de baja estraccion, dejenerado por la consanguinidad en la especie y por el abuso de todos lo vicios. *El roto es invenciblemente un ébrio consuetudinario* antes de llegar a los veinte años..

....

El soldado inconsiente puede ir con bravura a la refriega; pero si espera morder en blando y siente que hai ries go de dejar los dientes, se acobarda con igual facilidad .....

....

De allí saldran, sin duda, hordas mas o ménos jermanizadas; pero no lejiones de hombres movidos por la conciencia del deber, que es invencible, por ideas de abnegacion, por ambiciones altas.—(De *El Diario* de Buenos Aires).

EN la enorme polvareda levantada poi la prensa bonaerense, han sobresalido los chispazos de *El Diario*, chispazos que brotan del pedernal de la vanidad arjentina, herida por el acero de unos *destroyers* que no son suyos. Chispas que nada duran ni nada encienden; que ni siquiera levantan ampollas sobre la piel, que se las lleva el viento y las apaga carbonizándolas; pero que, en fin, son chispas arrojadas por ese soberano desprecio que finje para nosotros el epíritu bonaerense.

No vamos a gastar calor porque se diga que el soldado chileno es un ser moral e intelectualmente inferior. Esta esuna declaracion

escrita; y bien sabido es que no se prueba el nivel moral de un soldado, con derramamientos de tinta Stephen, sino de sangre roja. No son tampoco los puntos de la pluma de acero los que pueden ir a probar el empuje de los pechos, el ardor de los espíritus y la fuerza de los brazos. Hai otros puntos màs fuertes, mas agudos, mas vigorosos, mas cortantes, que pueden barrer con trincheras de carne, detener avalanchas humanas, ensartar las coronas de triunfo y brillar al sol como diamantes de oro.

Es verdad que representaria para la Arjentina mas que una escuadra, saber que ese roto, «producto étnico de baja estraccion», no era el fiero y valeroso guardador del suelo chileno, que fecunda con su sudor la tierra y vela incansable por la paz.

Es verdad... Pero inútil será que se le rebaje de nivel en las carillas de un periodista que no le conoce; porque volverá a subir él, en las carillas del historiador que le juzga.

No es un desconocido para nadie. Tiene su leyenda larga, que brilla como una patena al sol, su larga tradicion que es un himno de trabajo, su epopeya triunfal que está recamada con la seda de los estandartes enemigos, hollinada con el humo de las batallas, teñida en sangre, empapada en sudor, escrita en hojas de acero.

Decir del roto que es ébrio, es como juzgar a Napoleon I. diciendo que no era aficionado a la música.

Conocerán probablemente los redactores de *El Diario* una pequeña zarzuela representada en los teatros por secciones de Buenos Aires, y últimamente en Santiago por una tiple recien llgada Se llama *El Tio de Alcalá*. En ella figura una muchacha sola en el mundo, que habita un piso alto, cose para ganarse la vida y vela incansable por su honra inmaculada.

Hai muchos antropófagos de veinte años que la cercan, que osan hablarla y que suelen asomar de pronto su cabeza por la puerta entreabierta. La muchacha ha desconfiado de sus fuerzas, y resuelto buscarse una defensa, Un tio suyo, que ha estado a verla hace tiempo, dejó olvidado tras de una puerta un enorme garrote, que usaba como baston, y un sombrerazo, que abandonó por viejo. La chica cuelga estas prendas en una percha, y cuando entra un galan lleno de frases ardorosas en los labios, se pone ella los dedos sobre los suyos y le dice:

—Chit!... No despierte usted a mi tio que duerme al otro lado de la cortina.

Y así va pasando la vida, colgado siempre el baston, durmiendo siempre el tio y bajando en puntillas los galanes.

Hace tiempo que fuimos nosotros en compañia del roto a librar unas batallas de que puede dar testimonio fidedigno don Roque Saenz Peña. Las ganamos y nos volvimos. Temerosos de que álguien nos molestara sabiendo que el roto tenia que marcharse a su trabajo, dejamos colgado en una percha el corvo.

Y así ha ido pasando el tiempo, colgado siempre el corvo, trabajando siempre el roto y descendiendo en puntillas los vecinos.

¿Creen los redactores de *El Diario* que los pretendientes de la muchacha aquélla le tendrian rabia al tio de Alcalá?

Pues, tomen nota en este caso, de que nosotros nos esplicamos perfectamente su mala voluntad al roto.

En cambio, ¿quién es él? Valeroso, fuerte, dócil, paciente, hábil, no cuenta el tiempo para el trabajo, ni mide las dificultades para el combate. Sale el sol y está inclinado sobre la tierra; su espalda humea bajo el fuego del dia; su rostro se enciende por el sudor que arde sobre la piel tostada; se hinchan los brazos con el esfuerzo de la barreta; y el pecho late como el caldero de una máquina que se fuerza hasta estallar.

Cruza las distancias como incansable aventurero. El rifle no le pesa sobre el hombro, y el cansancio no le cierra los labíos con el mutismo del aniquilamiento. Habla y canta, insulta y amenaza: pero no es fanfarron... ¡Bien sabe el Morro de Arica que no es fanfàrron!

Si es máquina de trabajo es tambien máquina de guerra. No necesitamos ir a comprarle en los astilleros de Armstrong: el roto es acorazado, que se hace solo en Chile. La carne de su pecho es acero que mana sangre, hierro que siente, coraza que palpita.

Para ponerlo de pié no necesitamos *tocar* los fondos de la conversion. Cuando mucho es necesario que en las puertas de los cuarteles se *toque* zafarrancho.

Bien sabe *El Diario* que el roto no provoca. Es paciente, es retraido, es silencioso. Tiene que entusiasmarlo la esplosion de luz, de brillo y de sol de la trilla, para arrancarle el chiste de los

labios. Tiene que exitarlo la voz del combate para arrancarle del pecho el clamor del insulto.

Entretanto, no hai mas que mirar lo oue pasa aqui y lo que ocurre allá, Andes de por medio.

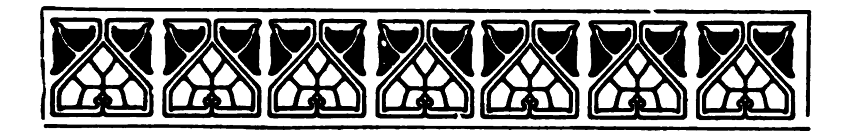
Aquí todo el mundo trabaja, calla y hace su camino. Allá se enciende un reguero de pólvora, y se alza un clamoreo de ciclopes que fabrican rayos, bajo la direccion de un Vulcano de opereta.

Vale la pena que desde el otro lado fijen la vista en este portentoso equilibrio de los humores de un pueblo que parece hecho de troncos de espinos.

Y los troncos de espinos bien están como troncos...

No como mazas.





DUMMOT

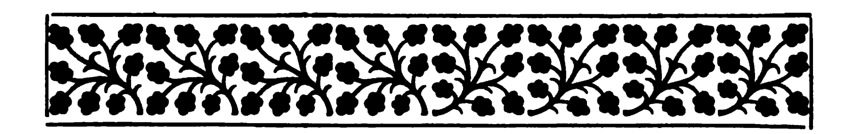
YA se ha conquistado la tierra y el mar; es menester que tambien se pueda conquistar el aire.

Cayó cautiva la tierra desde el momento en que el hombre puso sus plantas sobre ella. Desde entónces ha sido madre fecunda, compañera fiel y guardadora eterna. El surco abierto ha compensado los sudores con la espiga lozana; la llanura ilimitada ha prometido estensiones para la ambicion, riquezas para la codicia, y base firme para la edificacion del hogar; y sus entrañas trasformadoras han sido tumba para los muertos, y eterno laboratorio para la naturaleza.

El mar se resistió durante mucho tiempo a esta imposicion de la fuerza humana, y los primeros poetas cantaban la libertad del mar, como la suprema libertad. Hoi dia, subyugado a todas las cadenas, se doblega tambien ante el éxito de los combates, pasa de un poder a otro como botin de guerra, y hasta entra como mula de noria a llevar fuerza motriz a la maquinaria injeniosa.

Quedaba el aire, el aire solo; porque el fuego habia sido servil desde su cuna. Quedaba el aire, libre de todo yugo, de toda invasion, de todo límite; y los poetas al cantar la libertad han esclamado cien veces: «¡Solo el aire es libre!»

Desde que Montgolfier lanzó al espacio el primer globo de papel



Lo que hablan dos bocas

Si vemos algo lejano, imposible, quimérico, es la realizacion de la paz universal. Así como no cremos posible que la ciencia descubra un dia la fórmula de la dicha, no pensamos en la posibilidad de que se equilibren los humores terrestres y quede la guerra proscrita para siempre.

Si hubiera hecho la distribucion jeográfica de los pueblos en la misma forma en que los boticarios hacen la de las cápsulas de quinina, igual contenido para igual continente; ya habria una base sobre la cual fundar esperanzas ménos locas sobre un próximo advenimiento de la paz. En seguida, la igualdad de los productos, la similitud de las aspiraciones, la identidad de raza y aun la comunidad de lenguaje, vendrian a pasar sobre todo el mundo una plana niveladora y a hacer creer entónces en una posible paz universal.

Hace pocos dias, una mujer distinguida entona un himno en honor de la paz y fulmina maldiciones elocuentísimas en contra de la guerra. Y, sin embargo, de la elocuencia de sus frases, de la nobleza de sus sentimientos, de la sentimental pasion de la madre y de la esposa, habia algo de retórico y de académico en su discurso. ¿Por qué? Porque la guerra descansa por el momento en la naturaleza humana, en la organizacion de los pueblos, en las diferencias de sus espíritus. Si la marcha de las naciones fuera para-

lela, como una apuesta de carruajes, la paz estaria impuesta sin necesidad de predicarla; pero, como no hai nadie que tuerza el rumbo de los unos y enderece el de los otros y restablezca la paralela en los destinos de cada cual, es inútil aconsejarla.

¿Quién no estará convencido de que la paz es conveniente? Quién seria tan insensible, tan loco, que deseara la guerra por la guerra? Nadie, absolutamente nadie...Pero la guerra existe y continúa cerniendo sus alas ensangrentadas sobre la tierra.

Hemos oido hablar a una elocuente predicadora de la paz... Una boca de bronce, lanza ahora desde Europa, un «hurra» a la guerra, Un nuevo cañon de larguísimo alcance—por consiguiente de mas alcance que la frájil voz de una mujer virtuosa—recien salido del molde, limpio y brillante como un bruñido espejo de oro, ha lanzado su mensaje bélico con un sonoro y entusiasta estampido de triunfo.

¿Quién convence mas? ¿La madre que habla dulcemente al corazón, aconsejando y persuadiendo, o el cañon de bronce que alcanza una milla mas de distancia? Perdónenos la ilustrada conferencista de la paz, señora de Laperrière; perdónenos si creemos que habla con mas elocuencia el nuevo cañon inventado en Inglaterra.

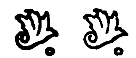
La voz que predica la paz, es una voz que conmueve, individual. El nuevo cañon que mata mas hombres en ménos tiempo, es una voz que conmueve gubernativamente.

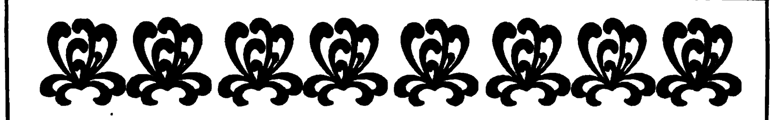
Una cátedra mas que se levanta enseñando el odio a la guerra, es un acontecimiento literario que puede afectar mas o ménos los espíritus. Pero un cañon de mas alcance y rapidez que los conocidos, es una voz que encuentra eco en todas las oficinas militares del globo, que tiene resonancia en las cancillerias, que mueve el dinero para encargos secretos, que ajita a los adictos militares, y que prueba que lo único real, existente, humano, es la guerra, y lo único retórico, académico, utópico, la paz.

Desaparecerá el cuadro de horrores que con majestad de artista, nos ha trazado Mme. de Laperriére, a medida que estos cañones crezcan en el alcance y progresen en velocidad. Desaparecerá el estampido de la pólvora, elemento decorativo que con las llamas y el humo sirve para pintar el fatídico campo de batalla; se acallarán los gritos inarmónicos y fieros de la carga; se estinguirán las

maldiciones y jemidos de los moribundos. La guerra llegará a hacerse en el silencio de un gabinete quirúrjico en que se use el cloroformo. La artilleria matará silenciosa y traidoramente, trazando en las líneas enemigas un abanico mortal que se abre paso y deja el suelo sembrado de cadáveres. Y con esto la conferencista de la paz perderá el brillante calor de sus inspirados discursos, y tendrá que reconocer que merece maldicion la guerra salvaje, pero que debemos dejar tranquila a la guerra civilizada que nace y que progresa.

¡Ah! los paises sin héroes, sin glorias militares, sin soldados! Seria establecer en el mundo la burguesia de los pueblos!





La resurreccion de Judit

LA esposa de Botha visita a dos ministros», dice sencillamente el epígrafe de un cablegrama de Londres, publicado ayer en la seccion estranjera de este diario. Y seguidamente, con el tono narrativo y sobrio del cable, se cuenta algo que tiene que conmover profundamente y que obliga a pensar un poco mas que de costumbre sobre la escueta noticia que viene cada dia de Europa.

«La esposa del jeneralísimo boer visitó al ministro de la guerra Mr. John Brodrick; al de las colonias, Joseph Chamberlain; y al gobernador de la Colonia del Vaal, lord Milner. Parece indudable que a todos ellos presentó las bases de paz de que es portadora y sobre cuyas condiciones nada se ha traslucido»

No sabemos si a todos habrá causado la simple lectura de este cablegrama el profundo sentimiento de simpatia y respeto que inspira esa mujer, que abandona valerosamente la tierra del enemigo llevando en su corazon el anhelo de la paz, y en sus manos las instrucciones escritas con sangre por su marido y sus hijos.

Nos parece que hai algo en ella, que la acerca a la bíblica figura de Judit, saliendo de la ciudad sitiada hácia el campamento de Holofernes.

Su patria arde en el incendio de una guerra espantosa. La vasta llanura del Transvaal está cortada por trincheras, batidas unas, indomables las otras. El sol africano no alcanza a consumir sobre la tierra caldeada la sangre de los héroes, sin que vuelva a humedecerla la de los que caen tocándolas con sus labios entreabiertos.

Hácia todos lados el horizonte violáceo con tintes de sangre y celajes de humareda, cierra la vista con un marco que parece el cerco de una enorme tumba. Rodeados como por un torbellino que se fuga, dando vueltas sobre la tierra y levantando mangas de polvo, pasan rápidos los comandos al galope desesperados de sus caballos hambrientos. Allí está la guerra en la tierra que se pisa, en el aire que se respira, en la luz que alumbra y en el sol que quema.

En esta situacion, no es posible que salga un solo hombre para ir a pedir paz, porque es un rifle que se va y una brecha que se abre. Hai un hogar, en que el jefe de la familia y los hijos se han ido a la guerra, para defender sus umbrales hasta la muerte. Y en ese hogar ha quedado solo una mujer, que mira siempre a lo léjos para ver si se abre el horizonte, se despeja el color de sangre de las nubes y aparece la luz de la aurora.

Esa mujer, es la esposa del jeneralísimo Botha. A ella le toca partir, y parte. Y de allí, que el enviado del pueblo mas viril de la tierra, sea una mujer,

La nueva Judith no lleva oculta una daga para castigar en Chamberlain el error de que talvez nadie tiene la culpa. Va a Inglaterra a implorar paz, y solamente paz, y al subir las gradas del palacio de gobierno, enlutada como una viuda, se ha estremecido al ver en las bayonetas de los guardias, las mismas con que ha visto en su tierra atravesados los pechos de los héroes.

¡Estos son!—se habrá dicho, llena de infinita amargura—¡son ellos! Y miéntras allá se están acabando los hombres y las mujeres, aquí quedan todavia, hasta para montar guardia de honor a los ministros!

Los marimachos feministas, los seres estraviados que creen que la mujer para cumplir destinos altos debe dejar de ser mujer, no deberian dejar pasar esta pasional embajada de la esposa de Botha, sin medir la profunda y melancólica belleza que lleva envuelta en sus pliegues.

Grande es la figura de la mujer que pide perdon para un desgraciado, indulto para un criminal y piedad para una víctima. Pero es sublime la de la embajadora que cruza medio mundo, para implorar paz para su pueblo.

La esposa de Botha habrá hablado ante la estirada y correctísima figura de Chamberlain, con lágrimas en los ojos y sollozos en el pecho. Habrá dicho allí, sin jactancias de que no es capaz una mujer, que solamente cuando muera el último boer, podrá flamear en paz la bandera británica.

Y Mr. Chamberlain la habrá oido, sin dejar de pensar un solo instante, que vale mas que muera el último boer, para que pueda flamear en paz esa bandera.



Batallas silenciosas

HABEIS oido hablar de la poesia de la guerra?

Seguramente; por mas que las naturalezas sensibles no puedan encontrar poesia en la matanza, en la desolacion y en el incendio,

Y sin embargo esos ejércitos que avanzan con cautela, que alargan por el camino solitario, por el faldeo quebrado, por el monte casi impenetrable, sus tentáculos de esploracion, y de repente se encojen con la sensibilidad del caracol que se siente tocado, o de pronto se lanzan como un torrente a la batalla, lleno de humo y de fragor, forman indudablemente un poema grandioso al que presta alas el amor de la patria y dá poderoso nervio el coraje de los héroes.

Alguien ha dicho que las batallas antiguas ganaban en poesia a las modernas. Eran aquellas mas bulliciosas, éstas mas mecanicas. Llegaban los soldados de entónces como se llega a un torneo: reluciendo al sol las corazas bruñidas, y ondeando las plumas sobre el casco, rompiendo el aire los cuernos de guerra y piafando los inquietos corceles llenos de jaeces y armaduras. Hoi dia, una fila de humitos blancos que parecen copos de algodon, revienta a lo léjos. Es la infanteria que pelea tendida. Otra fila mas lejana estalla en nueva línea de humos en el faldeo de los cerros. Es la arti-

lleria que toma posiciones. Y las ondulaciones del estampido que marcan las peripecias del combate, semejan un trueno lejano que se aleja o acerca en dia de tormenta.

Pues bien: la guerra va a hacerse de un momento a otro en un silencio de tumbas.

«El coronel Humbert—dicen nuestros telegramas—ha inventado un aparato, mediante el cual quedan suprimidos el fogonazo, el humo y la detonacion de todas las armas de fuego.

Este aparato puede tambien adaptarse a los grandes cañones.

Será el campo de batalla un verdadero gabinete de cirujia. Los soldados andarán en puntillas, los jefes se pondrán un dedo sobre los labios las filas se irán raleando en un silencio sepulcral.

El caminante distraido que a lomo de mula llegue por un sendero hasta esta pantomima, preguntará asombrado: ¿Aquí se está ensayando *El Tambor de Granaderos*?

—Nó, señor, le replicarán—aquí se decide la suerte de Europa.

Y así como se juega una partida de ajedrez a largas distancias, y desde el sosegado silencio de una mesa de trabajo, así se descuartizaran los ejércitos: en puntillas.

No tardarán en hacerse las batallas en el laboratorio de un químico. Ese matraz—dirá el sabio—con un líquido rojo, es el ejército enemigo de cien mil hombres, que esta muriendo. Esa olla que hierve al fuego, es el equilibrio europeo, sujeto a una coccion espantosa. Este frasco contiene un ácido que borra las naciones del mapa. Basta usarlo con una esponja, en una disolucion al uno por ciento!

....

Y entretanto, la poesia de las batallas se vá! Vemos alejarse los trenes de artillería al galope de sus troncos de caballos. Vemos huir en carrera desenfrenada los rejimientos de húsares, dragones y cosacos. Es la guerra que se aleja, con toda esa decoracion que la hacia disimular sus horrores. Queda hoi solamente el rio de sangre que corre por el campo, el tendal de cadáveres que queda insepulto, el silencio de la muerte.

Y dicen todos, héroes y pusilánimes, que vale mas la pena morir con bulla!





LOS PARAGUAYOS

UNA orden de su gobierno obliga a partir, para su patria, a tres de los distinguidos oficiales paraguayos que se educan militarmente en nuestro ejército.

Nos daba ayer la noticia un pundonoròso oficial del Buin y nos agregaba con acento de tristeza:

—Le aseguro a usted que siento a los tres paraguayos como a tres camaradas de la infancia. Al despedirlos, me parece que asisto a su entierro y debo llevar franja negra al brazo.

Los horticultores no se equivocan jamas en el para los legos dificilísimo arte de injertar un árbol en otro. Se necesita, para que el injerto entre en la ajena sustancia, similitud de tejidos y de savia. Entónces las células se confunden, se identifican y tarda la primavera en hacer subir la yema precursora del brote verde.

Los paraguayos vinieron a Chile, y no tardamos en comprender, ellos y nosotros, que la composicion de nuestra sangre era una misma y conocida fórmula: 33 por ciento de resistencia, 33 por ciento de valor y 33 por ciento de nobleza. Fórmula ensayada en los laboratorios de las batallas, fórmula sin mezcla de algo que tienen otros pueblos vecinos, fanfarroneria; fórmula en fin, cuya eficacia ha sido recomendada por esos grandes químicos que mez-

clan sangre, pólvora y humo para conseguir la aleacion de la victoria.

Los paraguayos llegaron.a Chile y creyeron que llegaban al Paraguai. Eraun curioso efecto de óptica internacional, que les hizo encontrar aquí a la vuelta de cada esquina, conocidos y amigos con los que creian haber conversado ántes muchas veces,

Y era que bajo la tierra fértil de Chile, palpitaba tambien un gran poema guerrero como el Paraguai; y era que en el rótulo de la calle, en la vitrina de la tienda, en el cuarto de banderas del cuartel, en el museo, en la galeria de pinturas, en todas partes, habia una reliquia de las guerras pasadas, con una rotura abierta a bala y una mancha gris de sangre seca.

Vimos a los paraguayos recien incorporados a los cuerpos. Habian caido en elfos, como cae una gota de agua en otras gotas. Permaneciendo en el casino de oficiales, viendo circular el aleman vaso de plaquet lleno de cerveza Pilsener, oyendo las animadas militares, era difícil averiguar cuáles eran los huéspedes y cuáles los de la casa.

Pocas veces, productos de este revuelto suelo americano en que todo se dá, desde la palma jigante hasta el cardo negro, desde el estadista de vuelo hasta el mandatario ladron, habian podido encontrarse hermanos al travez de muchas leguas y de una altísima cordillera que a veces parece un abismo insalvable.

El Buin y los Cazadores abren sus casinos, los iluminan con esplendidez; destapan el «champagne» guardado en sus bodegas, y beben una copa, en la que fácilmente podria mezclarse una lágrima, por aquello de que hai quienes prefieren el espumante líquido con una gota de «amargo».

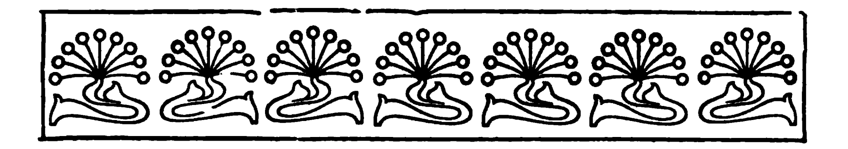
Es una despedida, y una despedida larga. Los que se van, volverán muchas veces con el pensamiento, no con el cuerpo. La patria los ha llamado y han debido partir. ¡Que partan! Pero que cuando lleguen al Paraguai y vayan a formar en las filas de su ejército, enseñen en ellos que este es un pueblo pacífico, laborioso y sano; que un hombre honrado y un americano de corazon no debe creer la calumnia internacional que se nos lanza de ciertas fortalezas en que flotó un tiempo nuestra bandera; y que aquí hai en

las filas de los batallones, huecos que podrian ocuparse con muchachos paraguayos de espíritu y de valor.

¡Que al levantar en los casinos de su tierra la copa de cerveza, vean al traves de los cristales del fondo, el cielo azul de Chile, los ojos negros de sus mujeres, las manos francas y abiertas de sus hombres!

¡Que sientan nostalgia de Chile!





FRIEDENTHAL

No se ausente nadie; que no se trata del relato técnico de su último concierto, ni siquiera de una íntima semblanza suya, en que figura el número de cigarrillos que se fuma al dia y otras prolijas nimiedades de que se hace gala en este jénero periodístico.

Por otra parte, muchísimo ménos bulla ha causado la llegada de Friedenthal, que la del andarin Soreilk. Es cuestion de gustos. No se crea que vayamos por esto a aprovechar esta ocasion pará increpar a la sociedad de Santiago porque no acude a oirle al eximio pianista sus maravillas musicales.

¡Quiá! El público tiene sus veleidades y sus cosas. La romeria que incesantemente desfila frente a la jaula de los monos en la Quinta Normal, bastaria para enriquecer en una sola noche a Friedenthal. ¿Y qué?

El público no se da siempre cuenta exacta de las cosas. Un jóven bastante culto nos decia la otra noche, al leer en el programa del concierto Friedenthal *La cabalgata de las Walkirias*: Yo, de buena gana iria, si supiera que con el viento se les iba a levantar un poco el ropon...

Ya lo hemos dicho: todo es cuestion de gusto y como sober

gusto no hai nada escrito, seria sencillamente torpe que quisiéramos imponer el nuestro.



El viérnes en la noche hacia frio en todo Santiago; pero, en ninguna parte tanto como en torno del pobre Friedenthal, que desarrolló maravillas delante de una escasa concurreneia.

El teclado que recorre el distinguido pianista, es como todos. Y allí mismo donde una señorita cursi podria arrancarnos lágrimas con *Un suspiro en tu ausencia*, Friedenthal nos arrebata en el *Navío Fantasma*, nos cautiva en la *Rapsodia húngara* de Lizt, y nos arranca aplausos en las filigramas de la *Gavota* de Corelli.

Esta *Gavotte antique*, es un tejido de sartares de perlas. Es mas que eso; es un enrejado de oro, sobre el cual se hubiera engastado un millon de brillantes. Friedenthal lo desenrolla, y como un buen comerciante, lo ajita a la luz para venderlo. Es conjunto de destellos azules, opalinos, rojos, verdes, blancos y morados; ciega, embriaga, enerva; y si la materia se sobrepone, y los ojos tratan de ver al traves de ese relampagueo musical, se siente la sorpresa de dos prosaicas manos que golpean febrilmente el teclado de un piano de cola.

La *Gavotte antique* no es trabajo de músico; es labor de joyero. A ratos uno encuentra en las notas la dureza y frialdad de un mosaico de mármol; en seguida la trama musicál aparece como una sencilla filigrana de plata; de repente, salta la pedreria, como si se estuvieran deshaciendo collares de piedràs; y en seguida todo este conjunto se revuelve, se entremezcla y se confunde.

Sin embargo, la *Gavota* de Corelli no hace pensar como la *Sotana appasionata* de Beethoven. Allí hai un espíritu grande y filosófico, que se envuelve como con una capa luminosa y algo etérea. Es el jenio musical que pasa de incógnito... Nos descubrimos

El *Navío Fantasma* es la imajinacion wagneriana, condensada por Friedenthal en un tema corto, casi estamos por decir rápido. Un loco queria trasladar el océano Pacífico al Atlántico, por medio de una cucharita de té. Friedenthal ha logrado este inmenso absurdo, condensando a Wagner en una fantasia nebulosa, antigua, que tie-

ne sin embargo colores frescos, y que dura media hora en desarrollarse y morir.

El tema «...*se adormece*», es lo mas admirablemente sujestivo que hemos oido. La música no moria, no se acababa, no cesaba; se deshilaba. Uno veia cómo se iban escapando las notas, y cómo al fin vibraba una, una sola, huérfana, solitaria, sin punto de apoyo... En seguida, las manos de Friedenthal habian dejado de moverse; pero el alma seguia la nota escapada, y la seguia muiléjos por una peregrinacion silenciosa y como agonizante.

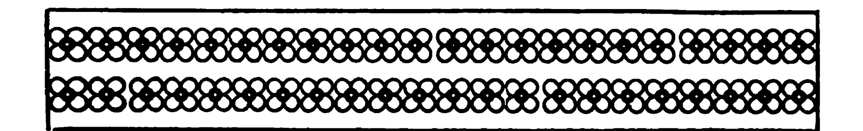
* * *

Un soñador que se sentaba á nuestro lado, pocos momentos ántes nos trazaba el cuadro de lo que él deseaba que fuera su dicha. Y venia aquello del saloncito abrigado, del piano abierto, de la esposa alegre y jóven; tema que solo por ser bello se salva de ser cursi. Concluia su cuadro, asegurando que solo se casaria con una mujer que tocara el piano con el alma, en vez de hacerlo con los dedos.

Al salir al aire frio, y en el momento en que nos subíamos los cuellos, el soñador dijo con voz enérjica:

—Estoi resuelto...¡Me caso con Friedenthal!





La carpa blanca

El circo Frank Brown levantará pronto su carpa blanca y emprenderá el vuelo hácia otras ciudades y mas tarde hácia otros paises. Vida errante en busca de fortuna, que se desarrolla eternamente con el ánsia del éxito que se ambiciona, y que suele tener tambien amarguras con el resultado de las esperanzas que se desvanecen.

Siempre es un mismo acto en varios cuadros el que va dando vueltas, a la vista de esa *troupe* que ya no tiene patria, o que mejor dicho, tiene por patria a todo el mundo. Primero la navegacion, donde van los caballos amaestrados metidos en una jaula, donde las hermosas equitadoras disimulan bajo la bata de viajera y el desmayo y languidez del mareo, esa ajilidad desenvuelta y provocativa con que saltan desde la arena a la grupa del caballo levantando los brazos y saludando con ellos al público, y donde los *clowns*, rapados y vestidos como todo el mundo, fuman sus pipas apoyados en la borda, y evocan en su espíritu el recuerdo de esos triunfos de la risa que han provocado a fuerza de piruetas y tonterias.

Mas tarde, la carpa blanca que se levanta en medio de una ciudad nueva; el hotel frio e inhospitalario que nada habla al alma y que por el contrario hace sentir aun a los que no lo conocen el vacio del hogar; la primera noche de espectáculo en que la orquesta toca la *galoppe* eterna y salta a la pista el caballo blanco de crines sueltas; despues, la entrada con un vestido celeste, los brazos

desnudos, ceñidos con una argolla dorada, el pelo levantado sobre la cabeza con una camelia blanca, los pies con zapatillas de seda y lentejuelas; y en fin, la salva de aplausos que estalla, los millares de ojos que miran, las manos que se ajitan, los labios que murmuran y sonrien.

Y despues, vuelve la carpa a hundirse, a caer, a doblarse, a meterse en los enormes cajones, como un gran globo de tela que pierde el aire que lo hincha. Los caballos salen del corral hácia la estacion de embarque. Las equitadoras vuelven a disfrazarse con el vestido sencillo de viaje y a ponerse el velo blanco y el sombrerito ingles, y a pasar en el tren o en el vapor por pudorosas hijas de familia que van buscando aires para la anemia. Los *clowns* se desatan la enorme corbata blanca, se lavan los signos pintados en el rostro y vuelven a encender la pipa, que los hará soñar en la larga travesia.

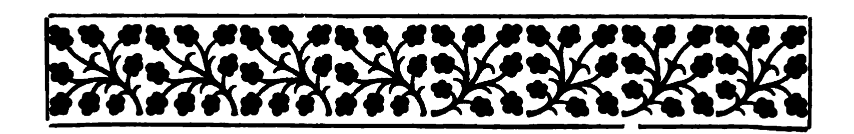
Es una vida orijinal y pintoresca; pero debe sentirse hastío despues de vivirla mucho. Allí, al traves de esos camarines pequeños, divididos por tabiques de tela, en que con el mismo pincel con que se retoca a los payasos se han pintado narices enormes, corazones, relojes, soles con rayos, letras y nombres, deberán sentirse infidencias, traiciones, hostilidades, murmuraciones crueles, todo ese bagaje de naturalezas mal inclinadas, que ni siquiera, como las piedras de rio, han perdido las puntas y aristas con el roce de la vida.

Puesta frente a frente del Congreso, la carpa blanca del Frank Bronw equivocó a muchas personas de buena fé, que por querer ver al salton Highins, se metieron a las tribunas de la cámara, y por oir juzgar a la administracion Errázuriz, se encontraron de manos a boca con Rosita de la Plata, bailando en traje de torero.

La *troupe* del circo se irá de Santiago, mas o menos al mismo tiempo que la *troupe* parlamentaria: unos a armar la carpa en otra parte, y los otros a veranear para reponer las perdidas fuerzas.

Y don Andres Bello, que entre el ruido del parlamento y la charanga del circo, preferiria a ésta sobre aquél, se quedará hoi tranquilo a todo sol, contento con no oir ninguna.





Una invitacion

UNA mañana de las recien pasadas, el correo urbano tiró por debajo de las puertas de muchas de las casas de Santiago, un sobre blanco con el nombre de la señora y de las jóvenes de la casa.

No podia contener, pues, ese sobre, la citacion para una reunion política, ni cualquiera de esas banales cartas de negocio que se abren con distraccion y se leen con fastidio No podia ser tampoco uno de esos frecuentes anuncios de las grandes tiendas, enviado bajo la direccion: «Señora dueño de casa». (Reservada). Esta última palabra con el objeto de que el marido se la lleve a su escritorio y rompa el sobre nerviosamente creyendo sorprender un secreto, para encontrarse con la poca grata noticia de que han llegado de Europa unos trajes de color punzó, al inverosímil precio de doscientos pesos. No podia ser tampoco una de esas ceremoniosas invitaciones sociales «a tomar el té a las 9 y media», tan conocidas por el sello con el monograma del invitante, y el riquísimo papel imitacion de pergamino viejo.

Entretanto allí estaba el sobre al pie del umbral de la puerta, con una fina letra inglesa de mujer, con cierto olor a incienso y a flor de la pluma, esperando que alguna de las blancas manos a quienes iba especialmente dirijido, lo desgarrara y se impusiera de su interior.

Creemos adivinar las caras sonrientes, placenteras y de buen hu mor, que pusieron esa mañana todas las niñas bonitas de Santiago, o casi todas, y todas las señoras virtuosas y respetables o casi todas, al abrir el sobre blanco y desdoblar con ansiedad la esquelita metida en el.

La primera línea debió ser toda una májica y encantadora vision de alegres años pasados: SAGRADO CORAZON, *Maestranza*. En un momento, de un solo golpe, impensadamente, una brisa fresca, llena de perfumes de huerto, llena de recuerdos, llena de risas, salió de esa esquela en que una monjita habia escrito con lindísima letra inglesa una invitacion a todas las antiguas alumnas, para celebrar el centenario de la orden.

Las antiguas colejialas, tan olvidadas muchas de esos votos, de entrar a un convento, hechos en momentos de microscópicos desengaños de una vida que todavia no habian vivido, se encontraron repentinamente detenidas delante de un espejo en que se veia una doble imájen: el pasado y el presente.

¿Cuántas querrian volver a esos años tan irrevocablemente pasados, en que vestian el uniforme blanco, y en que su única ambicion era ganar la banda azul?

¿Cuántas al verse en ese espejo, con las primeras canas, hojeado ya todo el libro de la vida, no quisieran volver a tener los desaliñados buceles rubios de las colejialas, sublevados siempre despues de cada recreo, por el salto de la cuerda?

Hubiéramos querido presenciar muchos de esos cuadros, y creemos que mas de algunos de ellos habrá sido digno de una tela. Nos figuramos la algazara y sorpresa de la pollita recien entrada al colejio, al saber que su abuela ha sido tambien niña, y tambien colejiala de la Maestranza.

—Sí—dirá la abuela con los ojos fijos en esa esquela, en que lee mucho mas que lo que hai escrito—sí, mi almita, yo tambien he sido colejiala de la Maestranza....

—¿Pero así? ¿Y como se reian las niñas de sus canas? ¿Y las monjas no le prohibian sus capotas?

—¡Ah!—Yo tambien he sido como tú, loquilla, y he tenido pelo rubio, y he jugado al pillarse, y he corrido mucho...

Y esa oleada de juventud, de primavera, de recuerdos, ese «haber

corrido mucho» que es tan cruel verdad, le ahogan la voz en la garganta...

—En fin... en un... esas son historias demasiado viejas.

¿Habrá caido una de las esquelas en medio de una tormenta matrimonial de esas en que se han recreado tanto los pintores? Él, despreocupado, indiferente, leyendo el diario del dia, sin pronunciar una palabra; ella, con la vista clavada en el suelo, apoyada la barba sobre la mano. Y pensar en seguida en sus tiempos de colejiala, recordar el pilar al lado del cual, con la conviccion inconsciente de los quince años, decia a sus compañeras: «¡Ah! yo no me casaré jamas!»

Ese llamado jeneral a las antiguas alumnas, se nos ocurre que debe tener los encantos de un grupo de viejos soldados. ¡Qué de cosas de contar! ¡qué mundo de recuerdos que evocar unidos! Hai las batallas del corazon, que suelen ser tan reñidas como las batallas de sangre y fuego. Hai las luchas del alma que suelen tener tantos heroismos como las luchas de los ejércitos.

En los largos corredores, con pilares verdes, y los muros eternamente blancos, como si mano alguna los hubiera rozado, ¡como se formarán grupos de las contemporáneas a contarse cosas y mas cosas!

—¡Tú, casada!—esclamará una—mirando con risueña y picaresca sonrisa a la antigua compañera, que ha perdido el inocente aire de tortolita huérfana, para tomar el despreocupado, el sereno, el equilibrado aspecto de la esposa y de la madre de familia.

Otra tomará alegremente de la muñeca a una antigua condiscípula y la arrastrará hasta un banco, sentándola a su lado.

—Oye. Te tengo que contar un mundo de cosas. ¿Entiendes? ¡Pero un mundo! Hacia tanto tiempo que no nos veíamos. ¿Te acuerdas cuando hiciste voto de no ir nunca al teatro?

—Sí, sí.

—¡Ah! picarona! Y hace mui poco tiempo que te ví, lindísima, en *Cármen*... y *(bajando la voz)* miraste a las bailarinas... y no te pararon los ojos.... y....

—No sigas, loca. Y tú ¿no decias que los hombres eran malos?

—Y lo sigo diciendo....

—¿De todos?

—De todos.... menos uno.

Y allí se pasarán las dos como un par de canarios, descubriéndose el corazon, sorprendiéndose secretitos menudos, en fin, confesándose!

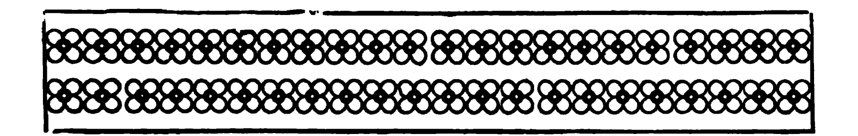
¿Quedará rincon de la antigua jaula, que no recorran las antiguas prisioneras? La sala de estudio, las clases, el comedor, la capilla, el coro donde cantaban en el mes de María, el salon donde los domingos recibian las visitas....

Mas de un marido esperará impaciente ese dia, la vuelta de su mujer, la antigua colejiala, para preguntarle con aire socarron:

—¿Y mucho me has pelado, con tus antiguas compañeras?

Nosotros tambien esperaremos ese dia, para ver si recordando muchas esos tiempos felices en que eran bonitas y todavia no lo sabian de boca de ningun impertinente, adoptan de nuevo el aire sencillo de colejialas, y dejan el aspecto desdeñoso y aburrido de princesas cautivas....





LA CAPITULACION

DEBER O HEROISMO

TELEGRAMAS de Inglatarra nos anuncian que el ministro de la guerra británica, Mr. Saint John Bredrick, ha espresado que colocará en las listas de retiro a diez oficiales de graduacion, a consecuencia de haber capitulado en la guerra de Sud Africa, sin haber justificado satisfactoriamente ese procedimiento.

La severa medida del ministro ingles, presenta ante la intelijencia y el corazon un problema que afecta profundamente al honor militar.

¿Es lícito rendirse ante la impotencia?

¿Es obligatorio el heroismo?

Desde los tiempos en que Guzman el Bueno presenció desde las murallas de Tarifa, el sacrificio de su hijo, hasta la última batalla de las guerras contemporáneas, parece que el honor militar y las gravísimas responsabilidades de su cargo, léjos de corromperse en el universal positivismo que nos ha alejado moralmente millones de millones de años, de la Edad Media, se ha acrisolado v tomado nuevo vigor y alientos nuevos.

Las proezas heróicas por la conquista de dos blancas manos, los hechos maravillosos por la redencion del Santo Sepulcro, los admirables torneos y porfiadas justas por obtener la primacia de la jentileza y la palma del valor, han sido relegadas a ese viejo arcon de la caballeria donde está tambien el traje de lentejuelas de los bufones y el complicado laboratorio de los brujos y alquimistas.

Solo la patria, ese alto concepto de amor, de virtud y de grandeza, que se empeñan en encontrar falso, hueco y sin sentido los anarquistas, mantiene intacto su cetro, sin bajar una línea su trono, sin disminuir un átomo su influencia. Y si por ello comenzó el siglo pasado con los épicos sacrificios de Trafalgar, por ella se ha cerrado con ese velo de sangre, al traves del cual presenciamos una lucha a muerte en el estremo del Africa.

Pero la interrogacion que dejamos abierta, inquieta al espíritu y le urje.

Esos altos oficiales ingleses, que van a recibir una severa censura en un pais escencialmente puntilloso en materias de honor y de dignidad ¿merecen el calificativo demasiado rudo de cobardes? Seguramente nó. Nada nos permite hacer una suposicion desdorosa del valor de los oficiales ingleses, cuando el cable ha estado constantemente atestiguando su heroismo.

Es probable, casi seguro, que los diez oficiales tienen honrosas menciones en los partes de las batallas, y se han encontrado en valerosos episodios incidentales. Se trata en cada uno de ellos, de un solo acto, de una capitulacion, que, a juicio de las autoridades inglesas, no está esplicada satisfactoriamente.

Tenemos, pues, ante la vista un caso curioso. Son oficiales con honor, con perfecto conocimiento de sus deberes, con refinada y escrupulosa conciencia para apreciar los casos de dignidad, los que van a recibir un castigo talvez severo en demasía por haber capitulado ante el enemigo.

Con esta medida las autoridades militares de Inglaterra, hacen sumamente estricto el criterio con que deben juzgarse los hechos de armas. La capitulacion, es la rendicion ante la impotencia; y el que debe juzgar el momento en que sobreviene esta impotencia, es el jefe superior de la tropa sitiada o amenazada.

Pero viene aquí la duda. ¿Cuando se pronuncia el desequilibrio

entre la fuerza que ataca y la fuerza que se defiende? ¿En qué momento la desproporcion es superior a las fuerzas humanas? ¿En qué instante el cumplimiento del deber llega al límite del heroismo o, sobrepasándole, entra en la temeridad? ¿Dónde está «la línea imperceptible en que coincide»—como dijo Núñez de Arce—la luz con la sombra, la prudencia con el miedo, la intelijente retirada con la temeraria resistencia.

El caso es complicado y casi se encuentra envuelto en una refinada y sutil psicolojia díficil de apreciar. Acudamos a un caso que todos los chilenos conocemos por ser una de las mas brillantes pájinas de nuestra historia.

Despues de afianzada la independencia de Chile, hubo enemigos de O'Higgins, que le acusaron de temerario por haber atravesado el formidable cerco de Rancagua con setecientos hombres. Aunque el héroe de la independencia pudo encojerse tristemente de hombros, ante tan necio y mezquino ataque, prefirió contestar y lo hizo en una carta que, autógrafa, se conserva, en términos llenos de dignidad y de grandeza. No teniendo a la vísta ese nobilísimo documento, solamente podemos trascribir su idea. Los que me acusan de temerario—dice el concepto—no saben lo que estremecia mi alma en esos momentos solemnes y lo que se agolpaba con desconocida fuerza a mi corazon, ignoran los altísimos sentimientos que rodea el espíritu y lo engrandecen, y no pueden apreciar el impulso, casi sobrenatural que me hizo cargar, en medio del incendio y de la matanza, sobrepasando las trincheras enemigas.

Pues bien, *eso* desconocido, *eso* misterioso, *eso* casi sobrenatural que forma al héroe, cuando hai en él materia prima para formarlo, ¿no tiene su equivalente en ese otro tambien peculiar del asedio, tambien esclusivo de la muerte que cerca, del fin que amenaza, de la esterilidad de los esfuerzos que desalienta?

¿No puede presentarse en el instante mismo, necesaria, inevitable y sobradamente justificada la capitulacion, que mas tarde, ante la frialdad del consejo de guerra, vá a aparecer a los mismos ojos del jefe que la ordenó, precipitada, lijera y hastá censurable?

Porque, aunque del carácter británico se trate, es menester reconocer que la sangre fria no basta para mantener en idéntico estado psicolójico al que sudoroso el rostro, lleno de pólvora los labios, y

de sangre el desgarrado uniforme, con la espada en la mano incita al combate, que al que de guante blanco, severo uniforme de parada, y el kepí en la mano, está de pié ante el consejo de guerra rodeado de frialdad física, de hielo intelectual y de hostilidad en todos los ojos.

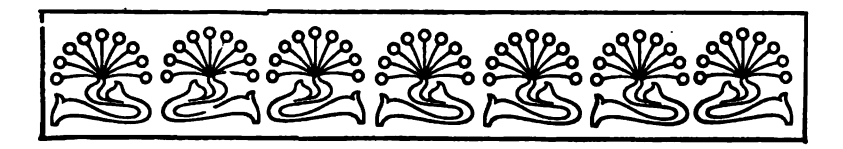
El que en uno de esos críticos momentos de la vida ha hecho una fogosa y lírica declaracion de amor, arrodillado en tierra, mano sobre el corazon y ojos frenéticos, segun todas las reglas del código de los Tenorios, y despues a la distancia de unos meses se mira y se reconoce en tan ridícula, cursi y rematada aventura, larga inconscientemente esa espontánea carcajada que es la peor condenacion y la mas definitiva protesta contra la propia personalidad.

Estas contradicciones del espíritu. tan comunes, tan repetidas, tan ciertas, deben presentar ante los ojos de los militares, con escepcional interes, este problema:

Es mejor ser héroe y llegar a la temeridad—se dirán—que ser prudente y consentir en la capitulacion.

En estos casos la intelijencia es un estorbo y debe meterse en la mochila junto con el capote de invierno.





Torneo de Audacia

> **Llegado el plazo, al despuntar del dia**
> **con gran gozo de muchos esperado**
> **luego la bulliciosa compañia**
> **comenzó a rodear el estacado.**
> **Era tal el aprieto, que no habia**
> **árbol, pared, ventana ni tejado,**
> **de donde descubrirse algo pudiese**
> **que cubierto de jente no estuviese.**
>
> **(La Araucana).**

No estamos cegados por necia pretension al encontrar en esa estrofa de Ercilla algo sintético de la gran fiesta de ayer. No estamos cegados por ese orgullo que hoi nos echan en cara los periodistas asalariados de medio mundo. Cerca de nosotros, la voz hidalga de un marino español contestó ayer, a quien le preguntaba su opinion sobre el torneo:

—No habia visto jamas tales cosas.... pero las habia leido en *La Araucana!*

Cuando a las dos de la tarde estaban las graderias del picadero totalmente cubiertas de la mas primaveral ostentacion de trajes y sombreros, de flores y cintas, de ojos inquietos y de abanicos en incesante movimiento; cuando un enorme jentio se estrechaba contra las barreras, ganando a puñetazo limpio el derecho de primera fila; cuando las seis bandas de cornetas recorrieron la pista levan-

tados al aire los trompetines de bronce y lanzando, a la manera de los antiguos heraldos, el primer anuncio del torneo; nosotros miramos mas lejos que ese vasto recinto en que íbamos a hacer una estupenda ostentacion de nuestro soldado, mas lejos que esta ciudad que entera se habia agolpado a aplaudirlos y a aclamarlos, y vimos una borrosa fila de puños cerrados y amenazantes que hacian irónico marco a ese pedazo de alma de Chile desenrrollándose sobre las puntas de las lanzas y frente a la desordenada carga de los escuadrones.

Durante cuatro horas desfilaron en medio de estruendosos vítores, el escolta, los cazadores, los granaderos, los guias, los lanceros y los dragones, soldados morenos, rudos, tostados, audaces y fuertes, como dignos descendientes de Tucapel y de Rengo, que llevan dentro de la casaca, cortada a la prusiana, el alma indómita de Arauco, y la brutalidad potente de sus hijos.

La estratejia chilena está condensada en un solo toque: *calacuerda*; representado en infanteria por la bayoneta, en caballeria por la lanza y en el mar por el abordaje.

El roto chileno ama el choque, necesita el choque, siente la atraccion del choque; de ahí que en batallas memorables, ha habido jefes que han ordenado cargar al galope cerro arriba, o caer como avalanchas de muerte, despeñadero abajo.

Ayer se ha hecho un repaso a nuestra historia militar. Ese torneo ha sido, mas que torneo, una mirada hácia atras, pero la mirada soberbia del que tiene abolengos. El roto, montado sobre su caballo de combate, con la lanza en la mano, simboliza todo un viejo y no olvidado poema de batallas, que nosotros creiamos sentir en las marciales sinfonias de las cornetas.

Nuestro soldado y su caballo son dos inseparables hermanos, que forman un solo monumento ecuestre de nuestras glorias militares.

¿Quién no conoce al primero? Sufrido en las privaciones, audaz en las corazonadas, héroe en las batallas, no sentirá jamas el hambre en sus jornadas, ni el desaliento en la campaña, ni el temor en la pelea.

¿Quién no conoce al segundo? Pequeño, vivo, inquieto; exhalacion y rayo en la carrera; amenazante y cruel ante la vára, dócil

conductor a lo largo de las alamedas; vadeador intrépido a lo ancho de los rios; incansable devorador de las distancias y mudo, sufrido y silencioso ante la privacion y el hambre.

Parece el primero, de pólvora amasada con sangre de héroes. Es el segundo descendiente de los caballos árabes de las antiguas justas. y de las heróicas yeguas que han cosechado bajo el incansable galope de la trilla, la mitad de la riqueza agrícola de este pais.

Era, pues, ayer la fiesta de estas dos entidades de nuestro poder militar, perfectamente unidas en armoniosa y admirable combinacion, en los cuerpos de caballeria de la República.

o o o

Primero desfila la refinada coqueteria de la equitacion: el jinete derecho sobre la silla, las piernas membrudas moldeando el cuerpo del caballo, la barba militarmente recojida, y la mano derecha empuñando airosamente la lanza araucana de colihue.

Despues, comienza la rivalidad del soldado y del caballo, en que centellean los ojos, se adivinan las voces de mando, se salvan con coraje los obstáculos, se estremece el suelo con el galope y se hacen con la lanza, incontables bizarrias de ajilidad y de certeza.

Despues sigue la poderosa tirania del jinete sobre su caballo, que que se tiende dócil bajo los fogonazos del tiroteo, y que apenas levanta la cabeza como para darse tambien cuenta de las punterias y de la direccion de los fuegos.

Y como si esto fuera poco, y como si ya no se creyera que esos jinetes estaban perfectamente unidos y compenetrados con sus caballos, vienen los *volteos* a la carrera, en que el soldado tan pronto cae cuadrado sobre la tierra como recupera su posicion correcta sobre la silla o vuelve a caer al otro lado en la mas inverosímil y asombrosa ajilidad y coraje.

La impresion ante estos diversos despliegues va cambiándose poco a poco. Comienza el agrado y cierto orgullo ante la correccion del jinete; sigue el aplauso ante la maestria con que se salvan los obstáculos; sobreviene la admiracion por la docilidad incompa-

rable del caballo ante la órden de su dueño; y asalta el estupor y el asombro ante la soberbia y temeraria audacia de esos lidiadores de hierro.

Ayer los hemos visto colgando de las sillas y casi tocando el suelo con la cabeza para levantar un sable a la carrera del caballo; o tumbándose con flexibilidad estraordinaria en el momento de trasponer el salto; o pasando por los delgados inestables tablones de un puente suspendido. Todo esto, hechò sin esfuerzo, sin aparatos, sin soberbia, como la manifestacion sencilla de lo que es en la actualidad la caballeria chilena y de lo que puede llegar a ser con el tiempo.

Cuando ayer, llenos de admiracion y de orgullo nos acercamos a un oficial de granaderos para estrecharle efusivamente la mano, el nos contestó con modestia y con naturalidad:

—Todavia se puede hacer mucho mas.

En las filas de los guias y de los granaderos venian los mas hermosos y fuertes soldados que hemos visto en nuestro ejército. Rostros cobrizos, brazos cuya musculatura se veia estremecerse al traves del dorman, ojos vivaces que destellaban chispas al partir de galope con la lanza en ristre, verdaderas resurrecciones de los atletas que cantó Ercilla y que inmortalizó en el bronce Plaza. Esos soldados vienen del sur, del corazon de Arauco, donde todavia llena el aire el recuerdo de las antiguas guerras, y donde basta tenderse en tierra y acercar los labios al suelo para recibir las emanaciones de tanta sangre heróica derramada allí en una lucha de siglos.

Y ¿qué decir de los dragones de Curicó?—Fué ayer el remate de la fiesta, pero un remate soberbio e inesperado, la aparicion de los dragones. Partieron por la pista, llevando todos los caballos marcha de parada, muestra estupenda de trabajo y de paciencia; siguieron inimitables en los saltos, y dieron la mas alta nota del torneo hípico con los portentosos *volteos* a la carrera del caballo. Es indudable que los dragones de Curicó son los primeros jinetes de América.

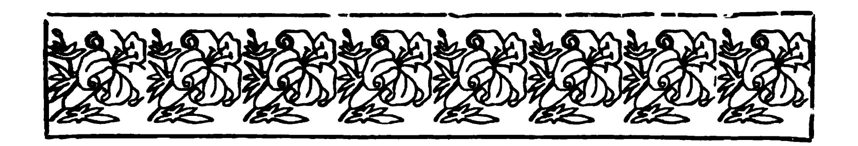
o o o

Mui oportunamente ha venido la bizarra y espléndida revista de ayer, a demostrar a los que nos acusan de belicosos y de provoca-

dores, que no necesitamos de armamentos ni de cañones para confiar tranquilamente en las enormes fuerzas vitales de nuestra raza. Un pais, cuyo pueblo siente desde la cuna la obsesion de la pelea, que pasa la mitad de su existencia sobre el caballo, que desprecia la vida soberanamente, que es soldado de alma, de sangre y de antecedentes, no tiene nada que temer del porvenir, por mas que a ratos parezca oscurecerse con las neblinas internacionales que tan a menudo están cayendo sobre Sud-América.

—No necesitamos mas armamento,—nos decia ayer un oficial de la cuarta zona—las lanzas son demasiado largas para un chileno; bastaria cortarlas por la mitad...... y tendríamos el doble!





El Salon de Bellas Artes

AÑO 1903 (1)

La inauguracion del Salon de Bellas Artes es la única fiesta intelectual y artística que va quedando en este pais, cada dia mas invadido por el prosaismo en todas las esferas de la actividad.

Ese salon, sobre cuyas claraboyas tejen las arañas cada año sus telas impalpables, resucita luminoso y triunfal. Un rayo de sol, pero un rayo ideal, de esos que forman el nimbo de los santos, el resplandor de las visiones y los destellos de los triunfos, envuelve en una gloriosa claridad nuestro pequeño templo partenónico, único y último reducto de la belleza, de la imajinacion y del arte chilenos.

Los árboles, los jardines y los boscajes de la Quinta Normal exhuberantes de color y de vida, invitan a esta visita que trae calma para el espíritu y gratísimas emociones para la vista. Se abre el Salon de Pinturas en la época en que se abren los jardines y los huertos a la plenitud de la eflorescencia y de la vida, y así es fácil

(1) Estos artículos escepto algunos que no incluimos en esta coleccion, aparecieron firmados *Guerin.*

comparar la luz, el aire, el sol y los colores que ponen nuestros artistas en sus telas, con los colores, el sol, el aire y la luz que ha puesto Dios en la naturaleza.

o o o

Los que sufren la invencible tendencia a encontrar que todo decae en este pais, no pueden darse el placer de esta afirmacion ante el afortunado grupo de telas presentadas este año al Salon.

El cuadro de jénero, el paisaje, los animales, el retrato, las flores y la naturaleza muerta, tienen en él ejemplares dignos de consideracion y de estudio. El conjunto es brillante, digno de un progreso artístico mas avanzado que el nuestro, y merecedor de un aplauso entusiasta y franco.

Con escepcion de los cuadros de Rafael Correa, las telas del Salon son jeneralmente fuertes de color y menos vigorosas en el dibujo, soportando con mas facilidad una impresion de síntesis que una de análisis.

Es natural que Rafael Correa sea llamado el primero ante el jurado del público. De la joven jeneracion es el que ha llegado al fin de un camino erizado de escollos.

Sus dos telas de animales se completan, para darnos una concienzuda esposicion de su arte. «En la pradera», el gran cuadro pintado en Francia, se despierta una estension de paisaje claro y luminoso, con verdad atmosférica y un colorido alegre y trasparente. No es una tela de animales, sino un paisaje por el que cruza en un instante dado un grupo de vacas. Estas se muestran por consiguiente bocetadas, sin mayores detalles porque la distancia ni la unidad del paisaje lo permiten. En la otra tela de menores dimensiones, «Entre Cardos», Correa ha hecho el verdadero retrato de una vaca con su ternero. Retrato es, segun el diccionario de la lengua, la «pintura o efijie que representa con semejanza la figura de una persona o de un animal». Correa ha mostrado «En la pradera» el grupo de animales que componen el cuadro armonizándose con el paisaje; pero ha querido en «Entre Cardos» darnos uno de esos animales componiendo él solo un cuadro de esquisita sensacion.

Es la hora en que el sol comienza a morir y en que los mujidos de los animales rompen el solemne silencio de los campos. Los rayos del sol se han hecho mas rojos; pero ya no queman sobre la tierra ni producen esa volatilizacion de los colores que forma una gasa impalpable y vacilante sobre las cosas. La vaca, el techo de paja, el árbol, bañados en esta luz, desnuda por decirlo así, muestran sus contornos mas seguros y las sombras mas precisas sin ser mas fuertes que al medio dia. La vaca tiene la gracia elegante del animal sorprendido en altiva posicion de escrutar en torno suyo. El sol muere en su pelaje rojo y blanco cayendo en un golpe maravillosamente tratado que rodea el cuello espirando sobre el pecho carnoso y fuerte. Al pie un pequeño ternero aun no bien desarrollado, recibe parte de esta luz y completa el cuadro.

Correa siente el campo en este momento que no es todavia el crepúsculo. Es una hora de silencio en que todo se pone rojo: los cardos del fondo están pintados de mano maestra y con un éxito indiscutible. Es la hora en que la mirada del artista siente toda la emocion de la llanura verde, y de los animales soberbiamente aislados sobre el horizonte. Es seguramente la hora en que Carducci sintió el sereno y sosegado reposo de su soneto:

T'amo, o pio vove, e mite un sentimento
de vigore é di pace al cor m'infonde
o che solenne come un monumento
tu guardi i campi liberi e fecondi.

El público admira mas la gran tela «En la pradera», y los artistas elojian mas el cuadro «Entre cardos». Y es que la sensacion de la lijereza aérea de un dia luminoso y claro, es mas fácil que la de una tarde larga y arrebolada. Sin embargo los dos cuadros son dos hermosas y acabadas obras de arte.

Alguien ha dicho en el Salon, que la tela de animales no vale lo que el cuadro de figura humana. Profundo error: el animal es siempre la figura desnuda, y jeneralmente en el cuadro de figura, el plegado de la ropa salva muchísimos escollos de dibujo. Se dice tambien que un defecto de dibujo en un animal, pasa inadvertido, miéntras que en la figura no. Suponemos que un jurado está siem-

pre en situacion de descubrir los errores de dibujo cualquiera que sea la clase de temas sobre que versen las telas.

Para atestiguar la nobleza de la pintura de animales allí están Delacroix con sus leones, Durero con su liebre y llegando a nuestros dias, Rosa Bonheur con su último cuadro de «Vaches et taureau d'auvergne», Charpin, Chaigneau y otros que han hecho verdaderos poemas a las vacas de Normandia o de Flandes, Bonnefoy con sus caballos, bueyes y corderos y el norte-americano Harvey con sus jaguares.

Rafael Correa es entre nosotros el único pintor de animales, y ha llegado a ser un maestro interpretándolos a pleno aire y a plena luz.

Dos «Efectos de nieve» hechos tambien en Francia, completan la presentacion de Correa en el Salon de Bellas Artes. Son hermosísimas telas en que las facultades del colorista y del artista concienzudo vuelven a presentarse con enerjia y con cumplido exito.

Correa estudiará de nuevo nuestros campos y encontrará en la brillante gama de sus colores, nuevas armonias para los paisajes. Pintará nuestros animales vagando en los campos feraces del centro del pais, y sus telas encontrarán para las elegantes líneas del fondo, los grupos de álamos que son la marca comercial del paisaje chileno.

Nuestro pintor ha obtenido un gran triunfo por todos reconocido y por todos encomiado. No necesita estímulos para seguir adelante en su abierto camino, pero el jurado seguramente le concedera el que merece.

JUAN FRANCISCO GONZALEZ

Hai entre nosotros un pintor de gran independencia de espíritu y oriiinalidad de carácter que tiene credo propio y vive en tienda ... que se ha batido cara à cara con su suerte en una lucha ... muchos años y ahora ha vencido plenamente. Este pintor ... Francisco González.

...te muchos años sus manchas no eran entendidas sino por ...iciados. No conseguia por ellas, ni aplausos ni dinero. Era

una batalla penosa, agotadora de las fuerzas, que le reservaba al artista un desengaño para cada dia. Pero González, tenia como los antiguos paladines, una dama por quien seguia librando los combates, dama caprichosa y altanera, no siempre dócil a sus deseos, pero mui a menudo vencida por su constancia. A ella la ha buscado el artista en el breve crepúsculo fujitivo, en la corta alborada que pasa como un relámpago, en el medio dia que enerva las fuerzas y hace caer los brazos fatigados. La naturaleza ha sido para nuestro pintor buena amiga y alegre camarada. Ella ha dejado caer sobre sus cuadros la relijiosa entonacion de la tarde, el rocio del alba, y el inquieto oleaje del aire bajo los rayos verticales del medio dia.

Se ha acusado a González de pintar pequeñas telas. Alguien encontró tambien cortos, demasiado cortos los cantares de Heine. La sinceridad absoluta a que se sujetan en el dia los pintores de paisaje, les obliga muchas veces a abandonar la gran tela compuesta en el taller, para buscar solamente el pequeño lienzo pintado en el momento mismo en que dura la sensacion de color.

González reza su oracion corta, pero ferviente. No soportaria su inspiracion la larga tirada de telas mayores, sin descender y enfriarse y hacerse falsa y prosaica.

Miremos el rincon de huerto que a González cautiva. Allí no hai árboles cuyo elegante contorno armonice con el faldeo de cerro y el rancho viejo. Solamente algunos pedazos de tronco, un monton de hojas secas y alguna hierba que brota en medio de ese fin de invierno... Pero allí la entonacion del color se mezcla en deliciosa suavidad, los matíces se funden, las tonalidades se compenetran, y la combinacion dulcísima, delicada, amable, de esas luces y de esas sombras, cantan una verdadera e inspirada melodia que conmueve y que emociona.

El paisaje moderno se simplifica. Cada vez mas tiende a hacerse de tanta fisonomia, de tanta intensidad, de tanta relijion, de tanto misticismo podria decirse, como la figura humana misma.

Ya no se componen paisajes poniendo un árbol a la derecha, unos cerros al fondo y una figura en el centro, ya no se busca la línea elegante, artificialmente, sino que se la encuentra. El paisaje es justo, preciso, breve, lacónico; pero hai una fuerte intensidad en su lenguaje, una profunda emocion en su espíritu.

Por esta razon se ha hecho justicia a González. Y esta es la causa de que, espuestos sus cincuenta cuadritos en el salon de *El Mercurio*, vinieran a comprárselos, diplomáticos, estranjeros, señoras, aficionados y hasta algunos que antes resistian con vigor la manera osada de González.

En el Salon de Bellas Artes, un grupo de paisajes da una vivaz impresion de color y de vida. Las «Torres de Santo Domingo» bañadas por el sol de la tarde, se destacan vivamente en el grupo. La patina con que el sol y el tiempo han cubierto la piedra de la vieja iglesia, ha atraido el alma del artista y le ha arrancado una estrofa cálida y sentida. «La casa del poeta»... un paisaje otoñal, tibio y meláncolico, es un rincon de callejuela cerca del Seminario, donde una pequeña casita y un álamo amarillento dan la sensacion acabada de la poesia, de la simplicidad y del silencio.

Los «Parrones de otoño», los «Barriales de invierno» y los «Paisajes de verano tienen cada uno su representante en los números 56, 52 y 62 del catálogo. Preciosos paisajes llenos de elocuencia y sentimentalismo hablan al espíritu en su idioma de los colores y de la luz; orquestan deliciosamente bajo el sol; rezan su inspirada plegaria a la naturaleza viviente y pasional de los campos chilenos.

Los que siguen a González en su camino van a su táller y se llevan estas manchas elocuentes. El número de entendidos aumenta, y ya hai pocos salones de Santiago que no tengan una de esas deliciosas orquestaciones de color.

Este artista seguirá produciendo sus poemas cortos y fervorosos. Buscará los colores que como mariposas traviesas se esconden entre las sombras o aletean bajo el sol. Pintará con maestria ese reflejo del azul del cielo, que llueve en una finísima lluvia de ópalos sobre las hojas, las flores, el polvo y las sombras. Traducirá el misterio melancólico de las tardes de otoño; el alegre estallido de las primaveras que florecen; o la desnuda soledad de los inviernos que se deshojan.

Entre las muchas telas que pinta González cada año hai algunas que sobreviven. Las demas se borran y se pintan otras mas afortunadas sobre ellas.

Hai tambien algunas manchas wagnerianas que permanecen en un rincon del taller, sin mas admiradores que su autor mismo que,

probablemente, en sus horas de entusiasmo las encuentra jeniales.

Pero, entretanto, he aquí que un pintor sincero y atrevido triunfa entre nosotros.

VALENZUELA LLANOS

Don Alberto Valenzuela Llanos es un distinguido y jóven artista que ha luchado con verdadero denuedo para realizar sus triunfos en el paisaje. Antes de conocer los secretos que hoi le dan la victoria, estudió concienzudamente la naturaleza; pero no logró sino felices impresiones de detalles. Fuera de una marina suya, vigorosa y fuerte de color que adquirió el museo hace algunos años, conocimos algunos paisajes de tarde con efectos de nieve en la cordillera a la puesta del sol. Tenian una tonalidad caliente, sentida y mui discreta. Valenzuela entendia esas horas tranquilas y silenciosas del paisaje chileno, le dedicaba inspiradas canciones de color, pero todavia luchaba con las dificultades de la luz y de la impresion atmosférica.

Hoi dia sus apuntes europeos y sus cuadros chilenos muestran una coloracion segura, lijereza de aire, y vivo sentimiento de la luz. Los árboles, las praderas, el mar los reflejos de sol sobre las cúpulas, los blancos fundidos de la nieve, tiene todos en la paleta de Valenzuela Llanos, un elocuente y osado intérprete.

Su «Primavera en Lo Contador» es el gran paisaje presentado por Valenzuela al Salon. Un árbol casi sin follaje deja caer a poca altura del suelo una rama florida. La vista que se recrea en esa blanca y poética eflorescencia de almendro o de peral, se siente invitada a pasar bajo la rama que columpia el viento buscando mas adentro un rincon tibio, misterioso y sombrio. Un grupo de árboles de huerto se juntan en segundo plano y producen bajo su follaje esa vaguedad de las sombras y de las cosas, que impiden al caminante saber si la figura que se mueve en el fondo de una alameda, viene hácia él o se aleja... Una casa de campo se deja ver entre ramas en último órden, medio hundida entre la verdura que comienza, y esa brisa de perfume y de brote nuevo que lo inunda todo. El cielo azul, mui azul, uno de esos cielos de raso, luminosos y calientes, que tenemos en Chile, arroja sobre toda esta primavera

que florece, un reflejo que hace mas verdes las hojas, mas blancas las flores del almendro, mas alegre y blanda la hierba que tapiza y borda poéticamente el suelo.

Unos piensan que el color del cielo deberia ser menos intenso, otros, que un cielo tan azul deberia proyectar luz mas fuerte sobre el paisaje. Valenzuela Llanos sabe lo que hace, y es absolutamente sincero; hai artistas a quienes se debe creer bajo su palabra.

Entre tanto, su «Primavera» tiene la luz viva, la atmósfera lijera, la tonalidad sonriente de las primaveras chilenas. Es la época en que las ramas del durazno cuelgan sobre las tapias musgosas, rebalsando del huerto; en que las diucas vuelven a ensayar por las mañanas su cancion alegre y gozosa; en que el sol es vivo, el aire limpio, el cielo azul, y el campo lleno de verdura y de color. Son esas mañanas frescas y vivas de primavera, las que cantó Ruben Dario en unos versos fáciles y livianos:

Qué alegre y fresca la mañanita!
me agarra el aire por la nariz;
los perros ladran, un chico grita
y una muchacha gorda y bonita
junto a una piedra muele maiz.

La «Tarde en Lo Contador», es un paisaje de menores dimensiones, pero de indiscutible valor. El cielo con nubes es uno de los mas hermosos trozos de pintura que hemos visto en paisajes chi lenos. Hai en esta tela un suave aliento de poesia, una entonacion sincera y perfectamente sentida. Como en pocos paisajes, la sobriedad en los procedimientos y una justa armonia en los colores, le da a esta tela la serenidad de una estrofa clásica, o de un salmo antiguo.

El «Efecto de nieve» en los alrededores de Paris, y el «Fin de Otoño» en Charenton, son dos telas traidas de Europa, con hermosísimo colorido y una atmósfera trasparente. Los tonos blancos, suavemente fundidos por un pincel maestro, recuerdan los mejores paisajes nevados de la moderna escuela francesa. Son telas de mérito en que el estudio y el talento se han hermanado para hacer la obra de arte.

Un pequeño cuadrito «La iglesia de la Salutte», en Venecia, es una joya. Un *dilettantti* de buen gusto lo adquirió apenas abierto el Salon. Un apunte mui hermoso «En alta mar», constituye otra linda mancha de color que produce una impresion elocuente de las olas y tumbos del océano desde la popa del buque. Los cuadritos de «Lisboa», «Verano» a «Orillas del Maine», «Puerto de Pernambuco» y otros, afianzan la victoria del jóven artista que va en la primera fila entre los luchadores de la nueva escuela.

Valenzuela Llanos es como el ya maestro Juan Francisco González, de los iniciados en el misterio del color. Esa interrogacion que hai para todo profano en las coloraciones del paisaje, tienen pronta respuesta en la paleta de estos privilijiados. Las audacias de la plena luz, los misterios velados de la sombra, la poesia de la hoja que muere en el otoño, y de la hoja que nace en la primavera, son interpretados con vigor, con certeza, con absoluta conciencia, y con esa sinceridad artística que constituye la honradez del pintor.

Los cuadros de Valenzuela, principalmente sus primaveras y sus tardes, hacen pensar y soñar. Ante esas telas con verdad y poesia surjen los versos de un poeta español:

El viento de la tarde un delicado
olor de primavera me ha traido
y entornando los ojos he soñado!

"LOS FUNDIDORES"

El juicio del público y el de la prensa han designado a Araya como uno de los vencedores del Salon. Su cuadro «Fundidores» es una tela que habla con elocuencia de los progresos del artista y que gana para Araya un sitio espectante al frente de la joven jeneracion de luchadores.

Cuando se piensa toda la enerjia gastada por este artista para estudiar sus modelos, todos los sacrificios hechos para costearlos, toda la intuicion puesta de su parte para comprenderlos, y ademas sus pocos años de labor y su falta de esperiencia en estas lides, uno se siente inclinado a ser mas benévolo, aunque en realidad el juicio de su obra no necesite mucha benevolencia.

Los «Fundidores» constituyen una gran tela en que las figuras son mayores que el tamaño natural. Se impone a la vista sorpresivamente por la viveza de los colores: un efecto rojo vivo en fondo oscuro y opaco. Es la escena de vaciar el metal en el molde, segun entendemos. Cinco o seis figuras de operarios se agrupan alrededor del reverbero en que estalla el resplandor mas vivo y reciben su reflejo, manejado audazmente por el artista.

La escena es fria y no habla al alma con la elocuencia con que esos episodios del trabajo suelen hablar. Cuando el curioso penetra al taller en que la fragua arde incesantemente como el fuego sagrado, los golpes de los martillos que caen alternativamente sobre el hierro, entablan un diálogo que el espíritu interpreta en forma sentimental y poética. Los operarios con la faz contraida por el sudor y la fatiga, muestran la vigorosa musculatura de los brazos, y la fuerte y ruda modelacion de la espalda que parece tambien formada a golpe de yunque. Todo es allí caliente y brutal. Hai calor emanado de las brasas incandescentes que arden en las fraguas y caldean como ascuas encendidas al aire; hai calor en la tonalidad del taller animada por el reflejo del fuego y por el contacto de ese trabajo rudo y pertinaz; hai calor en fin, en los rostros encendidos, en las manos que doblan el hierro, en las espaldas que se encorvan y en las piernas que se afianzan al suelo.

En la tela de Araya hai algo de convencional, seguramente producido por una escena ficticia y preparada *ad-hoc*. El espectador no siente ese calor, no se abre a ese sentimiento de poderosa enerjia, no suelta ese *¡ah!* contenido que arranca la escena realista y elocuente. Por el contrario, mira friamente aunque con interes y espresa con absoluta tranquilidad que el cuadro es bueno.

Por otra parte, el público, poco versado en los secretos del arte, tiene que preguntarse si los reflejos de la luz están estudiados de la escena real. No podríamos nosotros contestarlo. Tampo cocontestan las figuras algo acartonadas aunque de excelente dibujo, si en el fondo de ese metal ardiente hai color verdadero o solamente luz de bengala.

En cambio, vemos en esa tela, aparte del dibujo, preciosas cualidades que ponen a Araya en situacion de disputar las mas valiosas recompensas. Espíritu fuerte, audacia bien dirijida, talento

sano y bien templado no ha tomado los efectos del maestro y ha sabido volar con alas propias. Araya ha vencido esta vez y seguirá venciendo, porque salvada la parte mas escabrosa del camino le queda la ancha y fácil senda en que su solo estudio le servirá de guia.

«Fundidores» es, seguramente, un cuadro de aliento que servirá de heraldo a muchos otros, fuertes, vigorosos como éste; pero con mas sentido íntimo, con mas vida, con mas elocuencia.

Hoi por hoi, Araya es la esperanza mas sólida entre nuestros pintores. Hai seguridad de que no fallará, dejando decepcionados a los que confian en sus fuerzas.





DUGUAY TROUIN

Ha tocado las playas chilenas el barco frances que pasea por todas las costas del mundo, la mas escojida y brillante juventud de su marina. Bajo el glorioso pabellon de la República, se mece en la bahia de Valparaiso el buque escuela que lleva uno de los nombres mas célebres de la marina europea, y desde su cubierta el estampido del cañon saluda fraternal y noblemente.

Despues de heridas sangrientas, Francia recojió sus enerjiás y su vitalidad secular para volver a hacer de su ejército y escuadra las mas poderosas de Europa. Nunca un propósito tan heroico ha tenido mas rápida coronacion, El ejército frances es uno de los primeros del mundo; y su escuadra adelanta bajo los mares un tentáculo invisible que aun no encuentra valla enemiga que lo detenga: los sub-marinos.

Duguay Trouin fué el rei de los corsarios. Jamas ha surjido en una época heroica, un hombre que simbolice con mas enérjico relieve el espíritu de su raza y la impresion de su época.

Aun no nacian las escuadras de Inglaterra y Holanda, cuando por lei histórica debian batirse cada pulgada del mar con la armada francesa. Era el corso el que desplegaba entonces los heroismos, la nobleza y el espíritu que despues levantaron las escuadras

de línea. Y Duguay Trouin fué el mas glorioso corsario que rejistran los anales del mar.

Habia nacido en 1673. Vivia en uno de esos pueblos pequeños en que la torrecita de la parroquia cubre como con una ala desplegada toda una poblacion tranquila. Lo destinaron a la Iglesia; pero el aventurero jenial de mas tarde comenzó a estallar bajo las infantiles formas del pequeño aldeano.

A los 16 años fué embarcado en un buque corsario el «Trinité» que se lanzó como un leon a hacer difíciles presas en los barcos ingleses y holandeses. Duguay Trouin pasó de un salto del nido a la pelea. Tambien pasaba de la tranquila somnolencia de una aldea a la vida de la inmortalidad.

En esa edad en que comienzan a despuntase en el alma los primeros sentimientos de la vida y del amor; y en que la juventud se estiende y se abre en miles de horizontes claros, como un rosal silvestre en millares de botones, Duguay Trouin, junto con cumplir los dieciocho años saltaba al puente de la fragata «Douycan» para mandarla él solo en sus campañas incesantes.

Viene entónces en su vida una pájina de poema. Por primera vez la sinfonia guerrera de su existencia, cesa un momento para dejar oir una voz de mujer.

Era el año 1694. Duguay iba a bordo del «Dilijente», a combatir la escuadra inglesa de Sir David Mitchell, compuesta de seis buques. El muchacho corsario se lanzó a la batalla, ébrio de arrojo y de valor. Durante una hora tronó la pólvora, se levantó de las naves horrible griteria, y los barcos se fueron sobre los barcos buscándose cada cual el corazon.

El «Dilijente» se encontró acorralado; su tripulacion de héroes fué cayendo sobre el puente, y quedó solo Duguay Trouin desafiando al orgulloso pabellon de Sir David Mitchell, que flameaba elegantemente sobre el palo de la nave capitana, como pudiera flamear en la cúpula de un teatro.

El muchacho de veinte años fué apresado y conducido a Plymouth. Era el otoño y la tierra estaba cubierta da hojas secas... Al caer la tarde, el corsario, abstraido en su pensamientos, sentia al rededor de su cárcel, el crujido de las hojas bajo la planta de los curiosos que se reunian a mirarle.

Entre ellos principió a acudir una linda muchacha, hija de un comerciante de la plaza. Ella sabia la historia de ese jóven rubio, de ojos claros y talla jentil y vigorosa. Sabia que era enemigo de su patria; pero el amor salva todas las fronteras, suaviza todos los odios y olvida todos los dolores.

La niña le abrió de noche las puertas de la prision y se contentó con verlo cruzar el canal de la Mancha, sollozando de angustia. Duguay llegó a Saint Malo, de donde habia partido, para hacer su primer estreno en el «Trinité».

El leon estaba libre de nuevo.

Un año reunió una flota y esperó en alta mar a la escuadra portuguesa que llevaba al continente las riquezas del Brasil. No llegó a tiempo, y la presa escapó.

Preparó de nuevo su espedicion y se volvió a dar cita con la suerte, para aguardar el paso del codiciado convoi de barcos. No fué posible librar batalla, porque el mar levantó enormes vallas de olas y salvó las naves portuguesas de los osados aunque débiles buques de Duguay.

Pero éste volvió de nuevo otro año. Ya hasta las olas lo conocian y al verlo se dijeron: «Este es el corsario, que viene todos los años a esperar a la flota del Brasil». Pero atemorizados los portugueses de la presencia de este hombre no convidado a la fiesta, no enviaron ese año la remesa anual al tesoro portugues.

Duguay Trouin se volvió pensando algo. Al año siguiente cayó sobre Rio Janeiro. Si no salia la flota portuguesa, habia que buscarla en el puerto. Las fortalezas tronaron muchas horas seguidas. Duguay se batió con implacable zaña, y por fin saltó a tierra. La poblacion habia huido dejando una ciudad solitaria. El capitan corsario hizo volver a los habitantes y les impuso condiciones.

La juventud le dió, por fin, un adios a Duguay, miéntras que la victoria seguia acompañándolo.

Una noche el corsario velaba apoyado en la borda de su buque. En medio de la sombra creyó ver surjir un barco con bandera negra. Por primera vez tuvo miedo.

El barco se acercó y un espectro saltó a su cubierta al abordaje.

—¿Quién eres tú?, le gritó Duguay.

—Soi la muerte, dijo el espectro. En poco tiempo mas deberás embarcarte en mi nave.

Fué una noche larga y triste. El corsario recorrió su vida. Vió la blanca torrecita de su pueblo. Recordó la corona que alcanzaron a ponerle en su cabeza de seminarista. Pensó en la rubia muchacha de Plymouth, que le salvó la vida, y sintió por primera vez angustia horrible.

Duguay murió en Paris rodeado del respeto y del amor de todos.

Fué valeroso, noble, desinteresado.

Todos se enriquecieron a su lado. El quedó pobre solamente.

Llegó el espectro al lado de su lecho y le recordó que era necesario embarcarse.

Y el corsario partió para no volver.

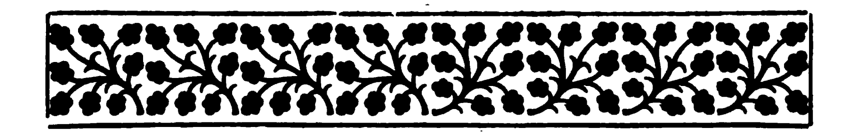
Era ese el único mar que no habia surcado ántes.



Y ahora su grande espíritu cruza los mares de nuevo y lleva de costa en costa y de puerto en puerto, un grupo de jóvenes marinos franceses que hacen las primeras armas de una gloriosa carrera.

¡Salud a la sombra inmortal de Duguay Trouin, y a los marinos franceses que tripulan la nave erijida en su nombre!





La Sinfonia del Niágara

«El príncipe Enrique de Prusia, con su comitiva, pasó el dia de ayer en el Niágara».

LA gran república ha conducido al huésped real que recorre atónito sus ciudades, hasta la catarata del Niágara, una de las maravillas del mundo.

Allí donde la naturaleza humana se rinde ante la fuerza tormentosa de esas aguas, Enrique de Prusia puso atento el oido, despierto el corazon y ájil la fantasia.

—Creo oir—habrá dicho—algo así como preludios de orquestacion wagneriana. Me parece que del medio de estas aguas que saltan en un haz jigantesco de chispas y de espuma, brotarán estampidos de cañon, gritos de batallas, cantos de mujer, estortores de agonia y hurras de triunfo.

Y el espíritu de Mac-Kinley, separándose de aquella revuelta tempestad de truenos y rujidos, como un jiron de impalpable gasa, susurra al oido de Enrique:

—Príncipe: oye atentamente lo que dice al viajero la catarata del Niágara. Este clamor sordo, enorme, de gradaciones terribles y jigantescas, discorde a veces, concertado y unísono otras, es el poema sinfónico de mi patria. Lo que entre estas aguas que saltan

con ímpetu titánico, llega hasta el oido del caminante, es la epopeya del trabajo, de la civilizacion y de la victoria. Aquí oyes tú el himno triunfal de un gran pueblo.

Y la sombra, desapareciendo en el aire como si fuera una chisperia de la misma catarata, fué a confundirse con ese torrente que se lanza al abismo durante siglos.

Y Enrique oyó con el silencio relijioso con que en Bayreuth oyen los adoradores de Wagner la cabalgata de las Walkirias. Y el Niágara decia así:

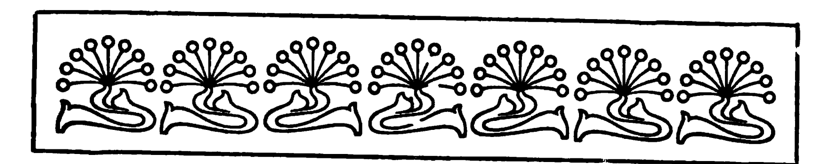
Recorriendo la tierra americana, he visto sus ciudades, sus fábricas, sus campos, y he resuelto lanzarme de la altura antes que el vértigo me despeñara en el abismo. Han cruzado mis aguas los injenieros mas intrépidos, los soldados mas fuertes, las mujeres mas hermosas de la tierra. He sentido contar a los millonarios sus caudales y despues, de sobremesa, me han arrojado a mi cauce millares de *dollars*, miéntras cantaban alegremente. Sobre mí, que me arrastro a flor de tierra, hai otra gran serpiente que vibra en el aire. Es el rio de la palabra humana que se aleja cabalgando en alambres de cobre, con carrera vertijinosa y frenética. Viajero: mira donde quieras, y en lugar del viejo bosque de robles y de pinos, encontrarás la selva de cañones que alzan sus bocas al cielo y arrojan espirales de humo. Mira donde quieras, si vienes de Rusia, y verás a todo el mundo libre. Mira donde quieras, si vienes de Jermania, y verás que el sable de acero brilla solamente en las batallas. Mira donde quieras, si de Inglaterra llegas, y verás que las guerras se inician y se acaban de un golpe.

* * *

Y en ese momento, cayendo el sol sobre el torrente de las aguas, se formó en la blanca chisperia el arco iris, como si se hubieran echado pinceladas de color sobre el mas trasparente cristal de roca.

Y del fondo de la sinfonía wagneriana pareció salir un coro de voces dulcísimas, arjentinas, celestiales, que cantaban a la libertad, a la paz y al progreso.





"Me mata tu indiferencia"

El párrafo de crónica que anuncia la aparicion de un nuevo valse, jeneralmente un valse brillante, tiene la majia de atraer sobre cualesquiera otros la mirada de un centenar de chiquillas filarmónicas, que tanto se ensayan en tocar el piano forte como en recorrer por primera vez el teclado del amor. Por cierto que los bemoles de estos últimos ejercicios son mucho mas difíciles que los de los primeros.

En un diario de la mañana se da la noticia de la publicacion de tres composiciones para piano, del finado compositor nacional don Rodolfo Lucero. Sujestivos estos títulos como siempre lo han sido los del malogrado Lucero, se llaman las obras inéditas: *Los ojos de un Arcánjel, Acuérdate de mí* y *Me mata tu indiferencia.*

La noticia, tardia para que el recuerdo a la memoria de Rodolfo Lucero sea una nota de actualidad palpitante, viene, sin embargo, en los diarios de hoi. *Acuérdate de mí*, dice una de sus composiciones; y se nos ocurre que, en efecto, en algun pequeño salon de la calle Eleuterio Ramírez o de Gálvez adentro, el pequeño salon en que los muebles están metidos en fundas blancas y hai sobre el piano canastillos con flores de trapo; el salon en que, debajo de cada florero, se ha puesto un pañito bordado por las niñas de la casa y en medio de la mesa de centro, una mistelera obsequiada por

un pretendiente ya olvidado, durante un noviazgo ya fenecido; se nos ocurre, decimos, que allí se ha sentado la muchacha de ojos y pelo negros, fijando los ojos en las pájinas recien impresas del valse de Lucero, y dejando volar la fantasia a muchos almibarados recuerdos de antaño.

Y mientras las sencillas melodias de tono quejumbroso, blandas y suaves como motas de algodon, verdaderas melopeas cursis que parecen hablar de artículos de tocador, y sujieren imajinaciones espolvoreadas con polvos de arroz, van saltando del teclado y cayendo a la gastada alfombra, donde comienza ya a aparecer la trama de cañamazo, la muchacha recuerda el primer valse de Lucero y las primeras emociones del baile, cuando en el piano tocaban *Por amor cantan las aves*, y ella jiraba como una ondina en brazos de un Romeo, traidor mas tarde, ingrato y fementido.

Todo esto se recuerda. Y el modesto Lucero, que luchó por la vida y consiguió un dia que le llamaran *ilustrísimo señor* en una nota brasilera en que le daban las gracias por una composicion de carácter diplomático mas que musical, sonriendo mas allá de la muerte, se preguntará lleno de dudas: ¿Será esta la inmortalidad?

Nó, no es la inmortalidad. Pero hai injenios modestos que logran dejar con obras de escaso valor artístico, huellas profundas e imborrables. Ni Chopin el clásico, ni Shaminade el esquisito, lograrian hacer comprender en ese saloncito que hemos apuntado mas arriba, el mas sencillo de sus admirables compases. Entre tanto, el valse de Lucero, con su nombre de cursi intencion, con ese tono melancólico y *acuecado*, con el compas señalado hasta la exajeracion; inspira idílicas sujestiones, hace brillar los ojos con emocion sencilla, y convierte en desenfrenado baile la reunion modesta en que unas parejas se aman y otras desean amarse.

¡Lucero! El comprendia perfectamente que, como a Lázaro, le tocaba sólo recojer las migajas del banquete musical a que están invitados los grandes maestros; él veia lejos de sí, mui léjos, destellando en el horizonte como una aurora boreal, la luz de la armonia y la esplosion del jenio; pero como el loco que quiere alcanzar con sus manos una estrella, pretendia en vano recorrer ese camino; pero reconocida la impotencia de sus esfuerzos, se contentaba al fin con caer de rodillas y rendir culto relijioso a la suprema belleza.

Y el maestro tenia que reconocer que las hojas de sus valses no llegarian a posarse sobre el atril de los aristocráticos pianos de cola, esas enormes cajas sonoras de tapa levantada, que parecen en el rincon de la lujosa sala, una enorme ave herida, que despliega una ala negra al viento. En esos pianos tenian sólo entrada respetuosa los grandes concertistas encabezados por Listz, y no los modestos soñadores, que pasaban las veladas recorriendo el teclado con mano febril, sin conseguir una sola melodia feliz, de esas que estallan como un cohete de luz y quedan silbando en el aire, sino pobrísimas concepciones de escaso vuelo, prosaicas armonias de frialdad imponderable.

Si una composicion musical de los grandes maestros puede compararse con una ave que vuela, los valses de Lucero no llegan a ser otra cosa que volantines chupetes. Pero ¿qué culpa tenia él? Cada cual llega donde puede.

Entre tanto, que ningun osado se atreva a deprimir al finado maestro Lucero delante de sus parroquianos de 20 años. Delante de ellos se podrá decir que Verdi era un organillero; pero que no se diga que Lucero no era uno de los primeros jenios musicales del siglo pasado.

Los valses de Lucero se vendian en Chile y en la costa del Pacífico, mucho mas que esos simpáticos valses de Ramenti, el compositor arjentino. Naturalmente, aquellos son mui inferiores a éstos. En realidad, no admiten comparacion.

La casa editora llamaba muchas veces a Lucero para demandar con ánsias su último valse. El maestro lo sacaba del bolsillo y lo tocaba al piano.

—Está bien,—le decia un aleman.—Pero deberá usted agregarle tres pájinas para poderlo vender a un peso.

—Mui sencillo: se da vueltas el motivo de abajo para arriba.

Y lo daba vueltas del reves, como se puede hacer con un calcetin.

Los valses de Lucero son una especie de diccionario cursi del amor. ¿El joven se ponia desdeñoso con su novia? Se sentaba ésta al piano y tocaba *Me rio de tus desdenes*. ¿Insistia en su frialdad e indiferencia? Le llegaba el turno al vals: *Quiéreme y no te pesará*. Por el contrario, ¿se ponia él demasiado fervoroso, mui elocuente, mui

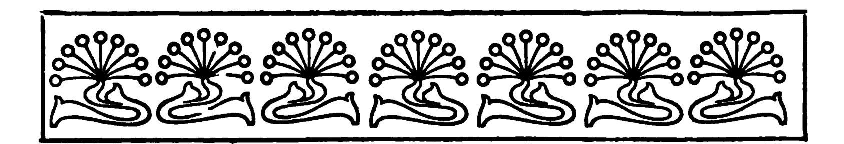
apasionado? Abria ella en el atril un valse y le decia:—Voi a tocarte *El corazon ardiendo.*

Hoi dia, muerto Lucero, y producida en torno suyo una simpatia deferente, seguirá hablando la carátula de su último valse:

Acuérdate de mí.

Y nos acordaremos de él, que fué un hombre bueno, modesto, luchador abnegado y artista humilde.





NO MAS TUBERCULOSIS

EL TRIUNFO DEL PALQUI

La Academia de Medicina, segun nuestros telegramas de ayer, confirmados por los de la mañana de hoi, ha recibido informaciones sobre la curacion del 84 por ciento de los casos de tuberculosis, por medio de la inyeccion de un líquido estraido de ciertas plantas orijinarias de Chile y Colombia.

¿Qué dicen esos médicos que han salvado los Andes, cruzado el Atlántico, recorrido la Europa, en busca de un remedio contra la tuberculosis, al encontrarse con que la panacea estaba en la casa?

Cuentan que un dia estuvo un príncipe mui joven, mui hermoso y mui rico—como deben ser los príncipes—en una pequeña aldea donde habia cinco o seis muchachas sumamente hermosas. El príncipe las atendió a todas, las obsequió a todas y al parecer se fué de todas enamorado—que es lo que tambien suele ocurrir con los príncipes. Pero, al poco tiempo, se supo que al llegar a su palacio, el príncipe habia resuelto casarse con una de las cinco o seis muchachas de la aldea. Y aquí fueron las incertidumbres, las esperanzas, las ansiedades, los temores, las consultas largas en el espejo, de todas esas candidatos a princesas, porque cada cual se

creia, al mismo tiempo que las otras, la única preferida del príncipe.

Demos una mirada a las yerbas chilenas que esperan su sentencia de fama y renombre universal, y las veremos a todas diciendo con suprema esperanza: ¿Seré yo la afortunada?

Habla el palqui: Aquí estoi yo, humilde yerba que crezco a todo aire y a todo sol, en el potrero ilimitado. Soi veneno para los terneros, es verdad, ¿pero ignora alguien en Chile que, golpeándolas con mis varillas, caen súbitamente muertas las culebras? Y la tuberculosis ¿no han dicho todas las eminencias que es una culebra que se arrastra sin sentirse y se enrosca cuando menos se piensa? Soi yo; no hai duda. ¡Soi yo la del premio gordo! Me cultivarán en largas melgas abiertas al sol, me guardarán en invernáculos en los paises helados, me empaquetarán en fajas de colores, con etiquetas vistosas y elegantes. En la cuarta plana del *Figaro* apareceré en grandes letras: PALQUI, PALQUI, *la célèbre herbe du Chili. La seule qui peut vous guérir de la tuberculosis. Se méfier des contrefaçons.*

En el *New York Herald* una pájina entera cantará mis virtudes: *¡Palqui! ¡Palqui! The great Chilian plant. Sole remedy for the tuberculosis. Beware of imitations.*

Y quedaré en los escaparates de las droguerias dentro de hermosísimos frascos de cristal!

Habla el culen: ¿Y yo? Me dice el corazon que mis florcitas azules son señal de buena suerte. Mis raspaduras han librado a una buena parte de la humanidad de los retortijones de estómago. El que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado. Me da en el corazon que el palqui se va a quedar para matar culebras solamente. ¡Si me sacara el premio gordo! Pasaria a ser *The culen. Le culen*, etc., etc.

Habla el natre: ¿Y todavia no se les ocurre que la elejida soi yo? ¡Se conoce que no han tenido ustedes fiebres! Denme cuarenta grados y junta de médicos, rodeen al enfermo de sollozos y suspiros, llamen al confesor si es preciso. Y en esta decoracion entro yo... (No me pregunten ustedes cómo entro, porque eso seria revelar secretos que, a pesar de ser secretos, los conocen todos ustedes). Entro yo, decia, y la fiebre baja. Créanlo, la Academia de Medicina no tardará en declararme yerba célebre, yerba académica, y yerba inmortal.

Habla el boldo: ¡Cuidado conmigo! Sirvo para el hígado, y si no me engaño, los hígados no están mui distantes de los pulmones. Yo no ambiciono nada. Levanto mi follaje verdinegro en el faldeo de los cerros. Sirvo de paradero a los pájaros, de sombra a los arrieros. de orientacion a los cateadores de entierros o de minas. Pero si viene la inmortalidad, que venga.

Hablan varias: ¿Seremos nosotras? Nos tratan de maleza, pero las yerbateras nos recetan. ¡Cuidado!

Y así sigue la cosa. Podria de todo ello hacerse una zarzuela nacional que se llamara *La Yerbatera*.

Pero, volviendo a nuestro tema, ¡qué grata sorpresa la recibida!

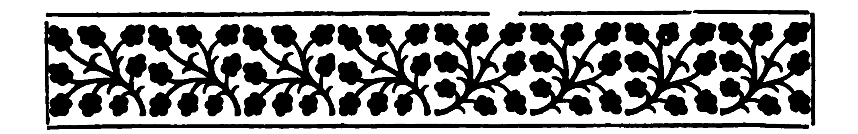
Que alce ahora el gallo la Arjentina, que hagan propaganda en contra nuestra el Perú y Bolivia, que se niege Inglaterra a fallar en favor nuestro el litijiò de límites, y les diremos nosotros con enerjia: «¡No hai palqui, caballeros! A morirse todos de tuberculosis!»

Pero puede resultar ¡ai de nosotros! que las potencias delicadas de pulmones, acuerden conquistarnos por razon de humanidad, diciéndonos: «¡o el palqui o la vida!» Nosotros contestaríamos llenos de arrogante soberbia: «Ni el palqui ni la vida». Pero con seguridad nos quitarian ambas cosas.

Al elefante lo dejaron en paz, mientras no se corrió que tenia colmillos de marfil.

¡Alerta con la yerba!





El caballero Bartes

(A una amiga de doce años)

ERAN esos tiempos en que habia justas y torneos, en que los caballeros vestian casco y coraza, en que las damas escuchaban las trovas cantadas al pié de sus ventanas, y en que subian por la noche los trovadores a decir frases de amor, con una mano sobre el puño de la espada y la otra rodeando el blando talle de la castellana. Eran esos tiempos en que la guerra y el amor se disputaban el imperio del mundo, y en que los casos graves y difíciles se resolvian por el ministerio de las hadas.

El joven caballero Bartes habia sido trovador. En las noches de luna pulsaba el laud al pie de los castillos, y era fama en toda una vasta comarca, que a sus notas habian caido desmayadas de amor muchas mujeres hermosas. Las manos del joven caballero Bartes eran blancas y finas, y tan bien pulsaban las cuerdas del laud arrancándoles notas hasta entonces desconocidas, como acariciaban cabelleras negras de las morenas castellanas, haciéndolas languidecer de dicha.

Bartes aspiraba a unirse a una princesita de quince años, mui rubia, con unos ojos mui verdes, distinta a las ardientes mujeres de su pais, que habia conocido en unas tierras lejanas. Siete duques habian solicitado su mano, y la princesita Silma pensaba y meditaba plácidamente para resolverse, porque era mui niña mui inocente y mui poco aficionada a los guerreros.

Mui a menudo habia en el castillo de los padres de Silma, que eran hijos de reyes, torneos en que los siete duques lucian la destreza de sus lanzas de plata y la ajilidad de sus caballos, blancos como la nieve.

Pero, en cambio, en las noches de luna, Silma oia al pie de su ventana unas armonias desconocidas, que ni eran voces de ánjeles, ni música guerrera, y que le conmovian esa alma y ese cuerpecito de virjen, que habian formado quince primaveras seguidas, con la esencia de las flores del contorno.

Un dia Silma separó las ramas verdes de la madreselva, que ya entonces servia para encubrir castamente las imprevistas desnudeces de las veladas de amor, y asomó la rubia cabeza. Abajo, parado al pié de la tupida enredadera, un trovador moreno y de negros ojos pulsaba el laud y clavaba en su ventana la amorosa mirada que jamas habia encontrado en los siete duques de caballos blancos.

¿Me querrá a mí ese hombre?—pensó Silma. Y en su almita de quince años, cerrada aun a los misterios del amor, sintió un estremecimiento. Quisiera irme con él—pensó—a un pais en que las mujeres tengan tambien los ojos negros y negro el cabello, en que se ame mucho a la luz de la luna, en que no se sienta ruido de armas.

Pero Bartes habia terminado ya su cancion, y se alejó tristemente a la luz de la luna hácia el pais en que todos tenian ojos negros, en que habia un cielo mui azul, unas montañas verdes y unas mujeres de mirada ardiente.



En un bosque cerca del castillo del joven caballero Bartes, en que sucedian cosas misteriosas y no oidas, habia una hada joven, que aparecia sólo en las noches de luna y que protejia los amores contrariados. Ella habló a Bartes de la virjencita rubia, y sopló en el oido de Silma el primer incendio de amor. Y hubo escala de cuerdas, y hubo un caballo negro en que escapó Silma al lado de Bartes y llegaron ámbos al castillo, y ya no pudieron ver a la hada joven que aparecia en las noches de luna y protejia los amores contrariados.

Esa noche los siete duques llegaron con muchísima jente armada de lanzas, rodearon el castillo de Bartes, que no tenia servidores, y tomando a Silma por la cintura, huyeron con ella sin dar oidos a su llanto de niña.

Bartes quedó solo, y resolvió no seguir viviendo, ya que, sin servidores, no era posible poner sitio a los siete duques. Y cuando iba a lanzarse desde la torre del castillo hácia el foso mas hondo que lo circundaba, una voz de mujer le dijo: *Oye. Trovador.* Era el hada del bosque:

«En el bosque en que yo vivo hai antiguos combatientes que murieron en una batalla mui lejana. Sobre cada combatiente creció despues un árbol—créelo, Bartes—y yo tengo facultad para hacerlos revivir. Marcha tú sobre los siete duques, sin mirar nunca hácia atras, y de cada árbol del bosque irá saliendo un combatiente armado, y cuando salgas del bosque irá tras de ti un ejército mas numeroso que el de los siete duques unidos».

El hada estrechó a Bartes con sus largos y jovenes brazos, y Bartes salió de Castillo, animado por estraña fortaleza. La noche estaba serena, plateada, sobre la negra silueta del bosque. Bartes sentia sonar sus pasos solitarios sobre el suelo, y dudaba mucho de la hada joven, porque, aunque era su amiga, no tenia todavia el saber de las hadas viejas.

Entró al bosque cuando el silencio era intenso, y avanzó con valor. Un estremecimiento recorrió su cuerpo; otros pasos sonaban tras de sí, otros que no eran los suyos y que parecian de un hombre pesado por las armas.

Los pasos aumentaban a medida que se internaba en el bosque. Ya no era un guerrero, eran cien guerreros que marchaban con el sordo rumor de sus zapatos de acero. Bartes no miraba sino hácia el frente, y sentia con honda emocion y estraño temor cómo aumentaban los guerreros y cómo el rumor de la marcha parecia ya un trueno.

Habia roce de las mallas de cuero con la corteza de los árboles, ruido de choques de las lanzas con las corazas, acompasado golpe de los pies calzados de acero reluciente. Y el rumor era cada vez mas grande, porque los guerreros iban centuplicándose cuanto se iba haciendo mas espeso el bosque.

A lo lejos se dibujó la silueta del castillo de los siete duques, y un agudo sonido del cuerno de cobre de la atalaya armada en la mas alta torre, rompió los aires y fué saltando en ecos cortados y deshechos, hasta ya no sentirse.

Al sonido de ese cuerno de alarma respondieron los guerreros que seguian a Bartes con un clamoreo de otros tiempos mui antiguos, que ya no se usaba entonces, ni habrian podido darlo las gargantas humanas.

El combate comenzó cuerpo a cuerpo, porque los siete duques salieron fuera de los muros, y los guerreros de Bartes, vestidos de estraña manera, los decapitaron al cabo de una hora de reñida pelea, y dejaron millares de cabezas tapando los fosos del castillo.

Silma cayó desmayada en brazos del joven caballero Bartes, que se volvió al castillo, sin mirar hácia atras.

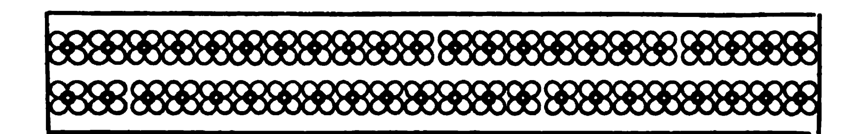
Al entrar al bosque, los pasos fueron disminuyendo gradualmente. Ya no eran miles sino cientos, ya no eran cientos sino uno, ya no eran sino los pasos de Bartes, que llevaba sobre sus hombros la liviana carga de la pálida y desmayada virjencita.

A la puerta del castillo estaba la joven hada con los ojos llorosos, sentada en la escalinata de piedra.

«Convídame en pago—le dijo a Bartes—a presenciar muda este festin de amor. Yo no tuve hada que me uniera al hombre amado. Hoi, inconsútil ya, me contento con ver cómo se aman los que yo úno a la luz de la luna.

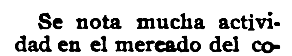
Y es fama que al dia siguiente se encontró al pie de cada árbol del bosque una mancha de sangre.





LA RIQUEZA DEL COBRE

(FANTASIA MINERA)



> **Se nota mucha actividad en el mercado del cobre...**
> **El cobre disponible se vende a 110¼ libras esterlinas...**

ESTAS palabras del cable, que dicen mui poco para el que va leyendo distraidamente las noticias de Europa, cantan al oido del minero como las sirenas de los viejos cuentos al oido del navegante.

¿Qué cantan? El eterno himno de los sueños y de las esperanzas, en medio de la luminosa aureola de la riqueza que se levanta a lo lejos como un sol naciente.

* * *

El minero va a caballo internándose por el cajon de cordillera, y bordea lentamente la cuesta al pie de la cual ruje el rio, arrastrando inmensas piedras que simulan un lejano cañoneo. El minero va

pensativo, con la cabeza caida sobre el pecho, repitiéndose esa elocuente cifra, ¡ciento diez libras! y figurándose con desesperacion la lentitud con que los apires sacan sobre los hombros el metal, y la desalentadora pereza con que las mulas lo conducen hasta el ferrocarril.

La cabeza se puebla de proyectos, que luego la realidad ahuyenta como una bandada de golondrinas posada sobre el hilo del telégrafo. ¡Cómo hacer! De pronto le parece que alguien ha repetido a su lado la interrogacion: ¿Cómo hacer? Es el murmullo del rio que le habla:

—¿Sientes mi fuerza? ¿Aprecias la velocidad con que avanzan mis aguas? ¿Sabes calcular? ¿Ignoras que un solo litro cayendo desde mil metros de altura desarrolla un caballo de fuerza? ¿Sabes cuántos millones de litros van pasando en este instante a tu vista? ¿Oyes esa campana que suena a lo lejos, como un colosal gongo golpeado por un martinete jigante, y que te pide cobre, cobre, cobre? Encajóname, lánzame desde la altura, deja caer la cascada imponente sobre la turbina silenciosa, y yo fundiré tus piedras y dejaré en la orilla del mar el chorro de cobre que la cordillera ha cristalizado en sus entrañas.

Y las aguas pasaron con su estruendo, y al chocar entre las rocas de la orilla, *saltaba la espuma y heríala el sol!*

✤ ✤ ✤

El minero llegó al pié del cerro y comenzó la ascencion. Sus ojos ávidos miraban la faja oscura que cruzaba la montaña en millares de metros. Esa faja era el cobre, el cobre solicitado con ánsia por todos los mercados, el cobre de que va hablando el rio en su rumor incesante.

La faja sube y sube, asomando sobre el suelo sus crestones duros y negruzcos, en los cuales brilla de cuando en cuando una manchita morada con reflejos de zafiros y de oro. Se hunde despues con el cerro mismo, aparece turjente con sus macizos, o desaparece en la quebrada honda e impenetrable, para asomar mas lejos, en la cumbre de otros, hasta perderse de vista, incansable en su ostentacion de riqueza.

Al caer el dia, el minero llega a la cancha, una mezquina estension plana formada a barretazos en la roca dura y suspendida como un nido de águila sobre el espacio. Siente a lo lejos retumbar en la quebrada el estampido de los últimos tiros dados en el fondo del socavon, y rendido por la jornada, se desmonta en silencio y se recuesta entre los sacos cargados de metal.

Es un sueño largo, interminable, poblado de figuras que danzan sobre la cancha y se despeñan al abismo.

El rio ha hablado la verdad. Las aguas han sido ya encajonadas, y se despeñan desde enorme distancia, formándose un arco-iris en la chisperia de espuma que se levanta. Una inmensa turbina jira en el silencio solemne de esa tarde, y los hilos de cobre van en todas direcciones llevando la luz, el calor y la fuerza. Otro cable, pero este es de acero retorcido, baja desde la cima del cerro; y pasan sobre él, silbando como balas, los carros cargados de metal. Hai un silencio enorme en todo esto. Ni un hombre cruza, ni una voz humana se siente. Es el agua que se ha convertido en todo, en vida, en sangre. en cerebro, en voluntad, en fuerza.

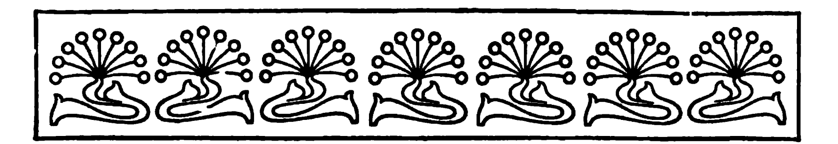


El minero ha despertado. La tarde se oscurece. La realidad se presenta de un golpe. Los apires aparecen negros, sudorosos, cansados, en la boca de la mina, y silban, silban como, siempre para aliviar los pulmones que parecen estallar.

El último tiro no da buenas esperanzas. ¡Es la eterna batalla! Son las mulas, son los arrieros, son los fundidores los que se enriquecen.

El cobre está a 110 libras; pero el minero seguirá recostándose cada noche sobre esos sacos, y el rio seguirá cantando su eterno poema de la fuerza.



La Feria Popular

¡QUÉ pintoresco campamento el del Parque Cousiño! Lo que la vista alcanza a abarcar es una pequeñísima parte de ese infierno humano que bulle como un enjambre bajo los árboles y se ajita como un reguero de pólvora encendido.

Si el curioso se detiene un solo instante en el medio de la ancha avenida que rodea la elipse, verá pasar en un solo grupo, formando una sola compacta corriente, coches, carretones, golondrinas, jente de a caballo, huasos, militares, hombres de a pié, mujeres con elegantes y chillones trajes de percal. Todos van tan juntos, que parece pueden quedar envueltos de un momento a otro en las ruedas y las patas de los caballos; pero es esa una madeja que, perpetuamente enredada, se va desenredando sin cesar.

Allí están las fondas, formando una improvisada poblacion, trazada por el capricho y edificada por la alegria. Allí está esa insaciable boca, que se traga una ciudad entera y todavia espera parroquianos.

El campamento no ha acabado todavia de instalarse. Entre las velas blancas de las carpas, circulan aun esos arquitectos que, con una pieza de tocuyo, edifican en cinco minutos *La antigua gloria de Balmaceda*, dando los últimos toques a su obra.

Desde allí se ve la elipse levantando al cielo, azul y sereno, una

enorme columna de polvo dorado, mientras que cada vez que una racha de viento sopla con fuerza, se logran divisar los puntitos rojos, amarillos y azules de la tropa.

La alegria mas franca y espontánea es el carácter de esta feria tradicional, que amanece como por encanto el diezinueve, lo mismo que si hubiera nacido sobre la alfombra de césped verde, regada con el relente de las noches anteriores.

Allí pasa en gordo y cuidado caballo tordillo o alazan, el huaso de las inmediaciones de Santiago, con arreos nuevos y lujosas espuelas de plata. Allí pasa la gran carretela equipada por alemanes, que lanzan al aire las mas sonoras carcajadas de su repertorio, y arrojan a los transeuntes serpentinas de papel, que van a enredarse en el pelo enmarañado de las cantoras, o en los gallardetes de las *para burlos* tradicionales. Pasan los *breaks* llenos de muchachas alegres que han comprado en la puerta un canasto de naranjas durísimas, y van disparándolas en la travesia y levantando protestas de unos y menos cultas respuestas de otros. Allí pasan las niñas que van montadas en ancas, y asidas, mitad por cariño y mitad por seguridad personal, a la cintura de los jinetes. Y allí van, en fin, los que ya han probado demasiadas veces el ponche, y se sienten con *vahidos*...

Aquel desfile no cesa, va errante en busca de su centro. De repente se desbanda, y de repente vuelve a recibir refuerzos. Es una cintura animada que rodea el Parque, un verdadero hormiguero que se alarga hasta la lejana guarida.

CUECA CON TAMBOREO Y HUIFA

Lo que se desarrolla ante la vista atónita y mareada, es un verdadero kaleidoscopio, en que cada dos pasos hai cuadro nuevo, colores nuevos y figuras nuevas.

Allí están las tradicionales fondas: la de la *Sucesion de T. Campos*, la de la *Gloria de Balmaceda*, la de *La viuda Rojas*, la del *Apearse, niñas, que aquí hai ponche!* la inolvidable y tantas veces descrita de *cueca con tamboreo y huifa* y, finalmente, una pintoresca y pequeña fonda con el sujestivo título de *Cantina del Congreso.*

Muchas de estas fondas están perfectamente alfombradas, tienen grandes espejos en el interior, piano forte, sofáes, mesas y sillas.



Naturalmente, se levanta en lugar principal la elegante arpa que mas tarde sonará incesantemente, dando el diapason altísimo de la embriaguez lírica.

¡Calumnia! La cueca no ha muerto; aun no ha nacido el sepulturero que la eche encima la última palada de tierra. Y a la cueca no se la puede enterrar viva... ¡Se mueve tanto!

Que está decaida, que desfallece como una flor arrancada de la mata, que ya no es la hija de Andalucia y Arabia, que ya no destella chispas si no la ilumina la llama azul de alcohol; eso es verdad, tristemente, aunque haya falsos voceros que lo nieguen!

La hemos buscado, la hemos perseguido, tras de los árboles de los bulliciosos bosques laterales del Parque.

La vimos muchas veces, desgreñada, sucia, mal vestida, beoda, arrastrando por el suelo la serpiente dorada de sus gracias, la tentadora culebra de sus encantos femeninos, el inimitable y alegre laberinto de sus vueltas. ¡No era ella!

Pero en cambio la encontramos de repente, a la vuelta de una avenida. Nuestro coche se detuvo. El público paró tambien, y se hizo en torno el silencio de la ansiedad. Habia allí algo que imponia y admiraba: se bailaba la cueca clásica, el jenuino baile que queda sólo bajo las ramadas de la trilla, y allá al remate de las largas y sombrias alamedas de Colchagua y Curicó.

Era difícil verlo todo y observarlo todo, porque la jente se arremolinaba furiosamente, abriéndose paso a fuerza de codos.

Ella era jentil, esbelta, pálida, con ojos negros; él no tenia gallardia ninguna; pero sí, una ajilidad estraordinaria. La muchacha llevaba un vestido negro, con un gran ramo de flores en el pecho y una cinta celeste sobre el pelo negrísimo, acomodado en ondas y con cien peinetas sobre la cabeza. Apenas se movia, mientras que su compañero la enredaba con cien mil jiros y vueltas. Sus movimientos eran airosos y elegantes, pero sobrios: la cabeza, las caderas, las rodillas y los pies, marcaban el compas con suavísima inclinacion. Se veia pasar la graciosa curva del baile al traves del seno alzado por la respiracion y el cansancio, y bajar por sobre la línea de las caderas, para llegar hasta los pies. Era una real bailadora. En cambio, él, bullicioso, procaz, saltimbanqui, la rodeaba, la envolvia, arrastraba los pies, tocaba con las rodillas el suelo, abria

los brazos, se alejaba y volvia a acercarse, incansable, a esa figura romántica, injerta en una muchacha morena y fuerte.

EL ALCOHÓL ES VENENO

Pero la gran nota, la pintoresca nota de la feria del diecinueve era la fonda de la liga anti-alcohólica.

En medio de un infierno de cuecas, donde corria el ponche y sobresalian ruidosos los *huifas*, habíase alzado la cátedra anti-alcohólica.

Una gran fonda de tela blanca, espaciosa, cómoda, elegante, dejaba humildes y avergonzadas a todas las carpas vecinas, donde se rendia piadoso homenaje a Baco. *El alcohol es veneno*, decia un gran rótulo de la fachada, y en seguida: *Té, café, chocolate, horchatas, limonadas. .. y agua cristalina.*

La sobria voz del anti-alcoholismo se perdia entre el clamoreo alcohólico de los alrededores.

No era predicar en desierto, sino en poblado; pero en un poblado sordo.

Allí estaba la blanca carpa de la sobriedad, en medio del campamento del desborde, como se alza en Santiago el Consejo de Hijiene en medio de la capital del desaseo.

En esos momentos, una comision de curiosos se acercó al rejente de la fonda anti-alcohólica, para solicitar permiso para armar una gran cueca en la carpa blanca, llevando, naturalmente, el ponche para los *aros*.

El empleado rujió de indignacion, y dió como única y lacónica respuesta el lema del establecimiento: *¡El alcohol es veneno!*

Uno de la comision se rascó la cabeza, a ver si salia una resolucion de su caletre, y dijo con aire de triunfo:

—¡Pero, señor! si este ponche lo hacemos con chacolí!

Pero la cátedra anti-alcohólica, sitiada tan rudamente, salió ilesa, sin dejar siquiera, como José, en manos de Putífar un pedazo de su albísima vestidura.

Un roto, que se paraba con las manos en los bolsillos, frente a la fonda, balanceándose algo, decia con voz vinosa:

—Será veneno.... ¡pero no se conoce!

Otro, que queria sacar de tino a los empleados, entró sériamente a preguntar si tambien era veneno la *huifa*.

LA COSA ARDE

Son las seis de la tarde, y el dia va declinando. El largo crepúsculo de primavera tiñe el occidente con arreboles amarillos, verdes y rojos. Sopla una brisa fresca, helada casi, y el regreso de muchos comienza.

Pero ese es el momento en que la fiesta arde. Las fondas iluminadas, surjen en todos lados como jigantescos faroles chinescos; la cueca es un infierno; los *huifas* se alzan en enorme clamoreo.

Se sienten carreras de caballos, carretelas en que van tocando acordeones, coches en que la voz de una soprano popular canta a grito herido: *tira, tira, carretero!....*

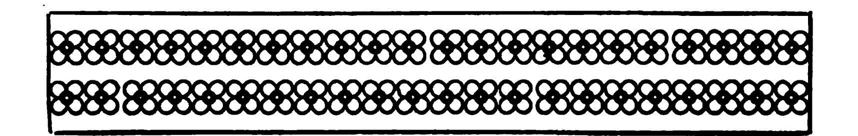
Allí queda resonando esa enorme feria en que veinte mil personas se divierten.

Y sobre el clamor de la cueca, las voces alcohólicas y los gritos, se alza serena, blanca, impertérrita la fonda de la Liga:

El alcohol es veneno.—Té, café, chocolate, cocoa, leche, agua!

....



NOCHE MALA

HAI el curioso capricho del que se encuentra mezclado en una corriente humana, de pensar y filosofar sobre los pocos o los muchos que no siguen esa corriente. Cuando vamos en un cortejo fúnebre y sentimos vivamente la ausencia de un sér querido, pensamos y seguimos con la vista a los que indiferentes desfilan riendo por las calles, o a los que, despreocupados, no conceden ni una mirada de curiosidad al féretro.

En la noche de Pascua, cuando la Alameda parecia un reguero de pólvora encendida, y rodaba la regocijada muchedumbre levantando a la luz de los farolillos y luces una ondulante nube de polvillo dorado, pensamos repentinamente en los que a esas mismas horas, cerrados los oidos al bullicio humano, y llenos los ojos de lágrimas, llaman a esa misma noche, noche mala.

Las largas hileras de farolillos chinescos, tan viejos ya y, sin embargo, tan nuevos siempre, se enlazaban entre las ramas de los árboles y se columpiaban con el viento de un lado a otro. Al volver de cada una de estas danzas aéreas, se apagaba dentro del plegado papel alguna luz, e iban quedando las hileras, saltadas, entre faroles encendidos y cascos de papel oscuro y medio quemados. Cada uno de esos farolillos apagados de repente, en medio de la algazara de las ventas, ¿no corresponderia a la almita de un niño, escapada

en medio de las angustias de una madre, allá, en una silenciosa casita de los arrabales? ¿Llegaba hasta allí, impia y burlesca, la espontánea y honrada alegria de acá?

Nos fué mui fácil, al leer ayer los diarios de la mañana y ver, como siempre, la ya aterradora frase *y veinte niñitos menores de un año*, reconstituir mas de una de esas dolorosas escenas, aisladas en medio de una ciudad desbordante de fiesta.

La pieza está a media luz. La cuna, en un rincon, permite ver al traves de la suave penumbra, un niñito tendido de espaldas que deja escapar, al traves de la boquita entreabierta, y con la regularidad de un péndulo, ronquidos tenues, mitad lamentos, mitad estertores de agonia. Al lado está la madre, con la cabeza apoyada sobre el borde de la cuna, sintiendo cada uno de esos jemidos, como si una fatiga de muerte la asediara.

Por afuera, al pie de la ventana, pasa un mundo de jente. Quien se rie a gritos, quien tararea un aire alegre que otros cercan con una carcajada ruidosa, quien da vueltas en la mano un cencerro comprado en un bazar, quien grita al traves de la ventana que tantos dolores encierra: *esta noche es Noche Buena.*

Sí, Noche Buena!—dirá sollozando la infeliz—noche amarga, noche de espinas! y seguirá contando esos quejidos que van apagándose, muriéndose, como si algo se interpusiera entre esa cuna y sus oidos anhelantes.

De repente, la ciudad parece reconcentrar todas sus fuerzas; los claveles lanzan mas perfume; suenan mas fuerte los acordeones; se eleva el diapason de las risas, y un repique jeneral estalla como una esplosion de notas alegres y vivaces, desde lo alto de las torres: ¡es la misa del gallo! Y mientras la muchedumbre que pasa por las calles prorrumpe en una sola alegre frase: *ha nacido Jesus*, una puerta se abre con horrible violencia y una mujer, desgreñada y llorosa, les increpa con una sola desesperada protesta: *se me ha muerto el niño!*

Pero nadie puede oir ese grito de angustia en medio de tanta algazara, y la infeliz volverá al nido caliente y solitario a arrodillarse ante el niño Dios que ha nacido y que se sonrie dentro de un fanal antiguo, bajo el cual ha presidido muchas Pascuas alegres.

En el suelo está el polichinela de raso lacre, con cascabeles en

las manos, que habia pedido el enfermito en sus fiebres de moribundo, y que sólamente soltó de su pecho en el último momento.

Nunca olvidaremos que una noche, al volver de la Alameda ruidosamente con un grupo de muchachos festivos, haciendo talvez mas alboroto que lo necesario, salió a una ventana un viejito de pelo blanco, y poniendo el dedo sobre sus labios. nos dijo con voz queda:

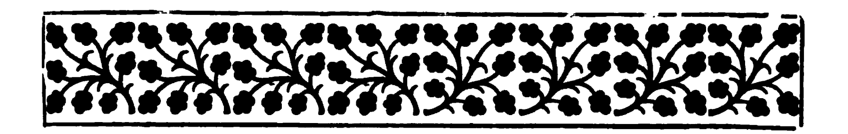
—Chist! El niño acaba de dormirse!...

Era talvez un abuelito que oficiosamente guardaba el sueño de su nieto enfermo, proponiéndose acallar con un dedo sobre los labios toda la algazara callejera de Pascua.

Veinte niñitos menores de un año se han escapado en la Noche Buena, haciendo la Noche Mala de otras tantas angustiadas mujeres. Muchos han recordado las alegrias y los goces de Noche Buena; hemos querido nosotros pensar un instante en las tristezas y angustias de Noche Mala. (1)

(1) En la mañana en que apareció este insignificante artículo, mui temprano, llegó a la imprenta una carta nerviosamente escrita con letra de mujer, que decia: «Señor: Acabo de leer su artículo. Soi una de las madres que llamarán para siempre noche mala la que acaba de pasar. Gracias!»





La Batalla del dia

EL DINERO CONTRA LA NOBLEZA

A Salvador Nicosia (1)

«Florencia 19.—El millonario americano Mr. Pierpont Morgan, compró ayer una valiosa coleccion de mármoles y bronces, en la suma de un millon de liras.

Esta coleccion pertenecia a la familia Strozzi». (Cablegrama).

"ESTA coleccion pertenecia a la familia Strozzi"—dice el cable—refiriéndose a esta transaccion en apariencia vulgar. Morgan tiene dollars, los Strozzi tienen mármoles y bronces viejos, ¿qué cosa mas natural que aquél compre y éstos vendan?

Pero es necesario que se sepa—supliendo esta cruel y prosaica informacion del telégrafo, que no se admira de nada, porque cada palabra de admiracion le cuesta muchos pesos—qué significa lo que ha comprado Morgan, y quién es esa familia burguesa que

(1) Que lo tradujo para *L'Italia* de Valparaiso.

cambia mármoles viejos, y bronces gloriosos por los dollars ganados en la industria de los cerdos, del petróleo y de la banca.



La silenciosa batalla se ha librado en Florencia, en el Palacio Strozzi, edificado en 1489 sobre la via Tornabuoni, y que es el mas hermoso tipo de los palacios florentinos que han desafiado los siglos, las batallas y los incendios.

Terminadas las transacciones en el claustro sombrio del palacio, donde aun pueden evocarse los gritos de maldicion contra los Médicis, implacables enemigos de los Strozzi, el millonario americano ha debido sentar su planta atrevida, como antes la sentara gloriosamente Bonaparte, despues de la jornada de Marengo.

Al caer la tarde, las sombras se han estendido sobre la ciudad, penetrando en jirones al Palacio Strozzi por sus hermosas ventanas divididas por columnas, que los arquitectos medioevales de Florencia abrian en las fachadas, con la misma inspiracion con que el Dante escribia uno de sus cantos inmortales.

Morgan ha recorrido el gran vestíbulo donde antes se ostentaban las vírjenes de Baticcelli, de Felippo Lippi, de Rafael Sanzio y de Andrea del Sarto, y que otro millonario, llegado antes que él, habia arrancado con profana audacia y pagado en mezquinas monedas. Ha entrado a las salas oscuras artesonadas al traves del tiempo por los obreros mas sabios de la tierra; ha tocado los muros donde, cansados de la guerra y de la traicion, reposaban sus fatigas los Strozzi de los siglos pasados, se ha detenido en silencio ante el sarcófago de mármol donde duermen

> ... Ces vieux châtelains de pierre
> aux yeux clos,
> dont les corps sur les mausolées,
> inmobiles et tout vêtus,
> loin de leurs âmes envolées
> se sont tus...

y ha sorprendido todavia, al traves de cada bronce, de cada arma, de cada reja, y hasta en el ruido de los cipreses del estrecho jardin.

un eco del odio y de la injuria contra los Médicis, que tantas veces ajitaron sus espíritus llevando el incendio a sus palacios y la confiscacion a sus estatuas, cuadros y riquezas.

Morgan ha recorrido insolentemente todos los viejos claustros donde la noche se aposenta sin ser turbada; pero no ha entendido la poesia de esas arcadas, al traves de las cuales enviaron sus soldados los primeros guerreros Strozzi, ordenaron sus barcos los Strozzi comerciantes y banqueros, y suspiraron de amor las bellísimas mujeres, una de las cuales, Luisa, inspiró la novela de Rosini, y otra, Laurencia, se cubrió bajo el velo de relijiosa en el monasterio de San Nicolas del Prato.

Tampoco Morgan ha entendido la poesia de esa antigua familia que alimentó guerras seculares y tuvo en su seno, capitanes, comerciantes, eruditos, poetas, cardenales, navegantes y filósofos. Como tampoco ha entendido allí, al arrancar esos mármoles y bronces, el acento irónico y profundo de Nicolas Macchiavelo, el diplomático de la gran República florentina, en la época en que los Strozzi comenzaban a echar las primeras piedras de su vieja dinastia, y los primeros encuentros de muerte con la no menos vieja dinastia de sus enemigos.

\+ \+ \+

Al entrar el millonario americano a la gran galeria en que aun cuelgan, patinados por los años, los retratos de la gloriosa jeneracion que acumuló tantas riquezás, ha sentido miedo. Algo ha hablado por primera vez a su alma helada, algo ha vibrado en su cerebro, que sólo los números conmueven, algo ha hecho estremecer sus fibras, nunca heridas.

Una vision del pasado lo ha sorprendido, como se sorprende al ladron que empuja una puerta con jesto medroso, y se detiene a escuchar.

De los cuadros se han desprendido, pálidas y desvanecidas, pero vivientes, las figuras de los grandes señores. Primero aparece el mas viejo, el primer Strozzi que conoce la historia, Pallas, el diplomático florentino.

—¿Quién eres tú que llegas a llevarte la herencia de la familia trasmitida de padre a hijo durante seis siglos? Si quieres conocer

quiénes somos, anda oyendo lo que cada una de estas figuras te cuente. Despues nos dirás quién eres tú. Yo gané riquezas combatiendo por mi fe y mis principios. Batallé de dia, y estudié en las noches. Entregué al mundo los manuscritos de las obras de Plutarco, de Platon y de Aristóteles, que nadie habria conocido sin mí. Gané victorias para Florencia en el Congreso de Ferrara, dirijí su Universidad y fuí el primero que luchó contra Cosme de Médicis.

Y mientras la estraña imajen se alejaba, una nueva pasó al lado suyo. Llevaba, como el Dante, una corona en torno de su cabeza de pensador.

—Soi Tito Vespasiano Strozzi, dijo. Fuí poeta y soldado. Canté al amor, á la gloria, a Florencia y a sus batallas. Sumé riquezas a las riquezas de mi antepasados, y agregué a su biblioteca secular los versos latinos y griegos que las guerras me dejaron hacer.

Y otro le seguia, tambien mostrando una diadema. Era Hércules Strozzi, poeta, a quien asesinaron su mujer y Alfonso d'Este. Pasó en silencio, llevando un jesto de desprecio en los labios. Pero en seguida se acercaba otro:

—Soi Philipo Strozzi, que construyó el palacio que hoi saqueas. Fuí el primero de mi familia que ganó dinero fuera de la guerra. Los Médicis, ladrones, incendiarios y ambiciosos, confiscaron nuestra fortuna, la mas grande de la tierra. Yo la rehice. Para demostrar que ella no podia pasar con los siglos, vinieron a mi llamado los artistas del Renacimiento y edificaron esta mansion.

Pasó tambien Juan Bautista, que despues de combatir largos años a la familia odiada, se casó con Clarisa, hija de su enemigo lejendario, y acompañó hasta la Corte de Francia a Catalina de Médicis. Luchó contra los Papas y estuvo al lado de ellos. Combatió al gonfaloniero Soderini, y murió de cansancio. Tambien cruzó en silencio.

Y pasó Pedro, el mariscal de Francia, que murió en Thionville, bajo la bala de un mosquetero; y el almirante Leon, al servicio de Francia tambien, que murió en el sitio de Scarlino; y otro Felipe' que combatió asimismo por la nacion aliada; y Laurencio, el cardenal de perfil a lo Savonarola, muerto en Aviñon; y Ciriaco, el erudito; y otro Juan Bautista, literato; y otro Pedro, sabio y esplo-

rador; y finalmente, Bernardo, el capuchino de largas barbas encanecidas; todos fieros y atrevidos, todos indomables, todos artistas, todos alimentando el eterno y sangriento odio contra los Médicis.

Y cerrando este inmenso desfile, pasaron todavia otros poetas y dos mujeres: una que compuso inspiradas cantatas y dúos llenos de amor, y otra, compañera de la Beatriz del Dante, Laurencia, envuelta en su velo de relijiosa y cantando místicos himnos en medio de la desolacion y de la guerra.

La procesion de fantasmas se alejó, se alejó, mientras el primer rayo del alba cruzó al traves de las viejas vidrieras...

* * *

El millonario se restregó los ojos, como despues de una pesadilla eterna. Miró en torno suyo, recordó las enormes chimeneas humeantes de su tierra, sobre las cuales se habian alzado su fortuna y su vanidad; y al verse tan pequeño, tan improvisado, tan mendigo, inclinó la cabeza, y salió tropezando como un ebrio.

Pero en ese momento llegaban a la puerta del palacio los carros que iban a llevar su botin, y al mirar mármoles y bronces oxidados y amarillos, pensó que habia hecho un gran negocio al comprar tanta gloria por tan poco dinero.





El guarda Faro (1)

LAS aguas profundas, corren tranquilas—dice un viejo proverbio frances. Siempre hemos recordado esas superficies de los lagos, serenas y azuladas, que esconden bajo misteriosa inmovilidad el abismo insondable de su hondura, al escuchar al viejo maestro que hoi se ha separado de improviso de los que hacen la jornada de la vida.

Desde la celda austera, de paredes blancas, donde el viejo misal estaba siempre abierto sobre el atril, este anciano apacible parecia llenar las funciones solitarias y, sin embargo, intensas, del guarda de un faro. En medio del silencio del claustro, el pensador estudiaba las verdades profundas e inmutables, mientras sobre su cabeza se proyectaba hácia el camino el fanal de luz, guia cierto de muchos hombres.

Nunca el dia de un obrero de la verdad ha sido mas noblemente ocupado por el pensamiento y por el espíritu. La mañana estaba destinada a la plegaria: una plegaria corta e intensa: no esa larga y bulliciosa oracion de los que tienen miedo de no ser oidos, y que, como el rezagado que cruza ya de noche el bosque desierto, cantan en voz alta para disipar su propio temor.

---

(1) Con motivo de la muerte del relijioso jesuita y maestro de filosofia, Francisco de P. Ginebra.

Al comenzar la tarde la biblioteca lo atraia a su retiro preñado de promesas y visiones de claridad. Hasta que cegaron sus ojos cansados, hojeó toda la obra filosófica del mundo, y aprendió en ella el concepto de la vida y de la muerte.

Andando el dia, iba a la cátedra a enseñar. Muchas jeneraciones lo han oido, invariable en su ciencia, invariable en sus métodos, invariable en su vision de las cosas.

Al caer la tarde, volvia a la lectura recorriendo los largos y desiertos corredores del convento, donde los otros servidores de la órden bajaban respetuosamente la voz para no perturbar la intensa atencion de sus facultades.

En la noche oia a los que venian desde afuera, desde el mundo, a someter a su conciencia no turbada jamas, los problemas de conciencias siempre turbadas.

Y esta era su mision, la mision de los antiguos ermitaños, que iban al desierto a vivir a solas con sus pensamientos, y cada mañana encontraban, al salir de sus grutas, los peregrinos de la vida que acudian a buscar el consuelo de la verdad.



Dentro de la reclusion de un claustro hai muchos grados de sacrificio que apenas perciben los profanos. Es un calmante de las austeridades del convento la predicacion a los fieles, el majisterio de la escuela, la direccion de las almas. Mitiga el sacrificio de la renuncia del mundo, ver a ese mismo mundo doblegado, como las espigas bajo el viento, al rayo de la elocuencia relijiosa o al golpe del silojismo inespugnable.

A todo eso fué renunciando el relijioso jesuita, en una sublime labor de desnudar su espíritu del vaso material que lo envolvia.

Sus alocuciones fueron crudas y sintéticas, sin una frase, sin una imajen, sin una chispa. Abandonó la cátedra del colejio. Dejó un dia la direccion de la academia filosófica. Fué sólamente a los conventos a guiar a otros monjes y a encender en ellos el santo espíritu del sacrificio.

Hemos visto llegar hasta algunos claustros la púrpura del episcopado, en medio de lisonja universal. Jamas la celda de un jesuita se ha abierto para esas insignias de los príncipes de la Iglesia

Y el sacerdote Francisco de Paula Ginebra representó lo que las raices ocultas, en el bosque que estalla en vigoroso follaje a la luz del sol.

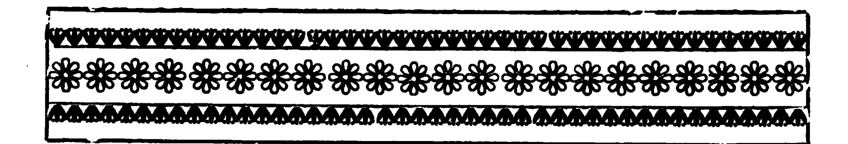


Nadie, ni materialmente, ni con la imajinacion, ha dejado caer flores sobre el féretro de este filósofo ermitaño. Nunca lo rodearon a él en la vida; y jamas tocaron su frente fatigada, ni las hojas de laurel de la popularidad, ni los pétalos de rosa del amor, ni siquiera la calma embalsamada del árbol a cuya sombra se encuentra el descanso.

Era como esas rocas eternamente rodeadas del mar, pero que parecen sordas a su eterno combate.

Sobre la tumba del venerable maestro, y entre las algas que el océano de la vida dejó en esa abrupta e inamovible roca de su criterio, se podrian poner como símbolo las alas con que se remontó a la verdad, el ancla con que ayudó a los náufragos y las espinas que guardó para sí en la jornada.





Vida de Campaña

SIMULACRO DE COMBATE

UNA tarde, cerca ya de la hora de salir francos, los aspirantes se agrupaban ansiosos al rededor de una pizarra negra, que estaba siempre apoyada en la muralla al lado de la puerta del teniente. La pizarra estaba allí de ordinario, muda, sin decir nada con su tablero vírjen de toda raya de tiza; pero es claro que ese dia estaba escrita, y escrita con algo mui importante desde que los aspirantes leian y releian y se perdian en mil conjeturas. He aquí lo que resaltaba con las chillonas rayas de tiza blanca sobre el negro profundo del tablero:

«De órden superior, la cuarta de aspirantes del... debe hallarse « prevenida para cualquier evento.—*El jefe del destacamento*».

—¡*Evento!* ¡destacamento!—dice uno aficionado a los consonantes—hasta en verso les ha salido!

Todos nos preguntábamos qué significaba aquello tan misteriosamente aparecido allí, como la inscripcion *Manes Tesel, Phares*, en el festin de Baltasar.

Pero todo el mundo se encojia de hombros, incluso el sarjento Garcia que tambien se rodeaba para ver el efecto de una sonrisilla socarrona y misteriosa.

—Díganos, mi sarjento, ¿qué significa todo eso?

—Un inferior no debe nunca interrogar a su superior sobre las órdenes dadas por éste.

—Está bien, mi sarjento.

Nada podíamos sacar en limpio, y nos vestíamos para salir de mui mala gana, intrigados por aquella advertencia colocada allí con tanto misterio y concebida en términos tan vagos.

Cualquiera nos habria creido locos, cuando salimos francos para ir a comer en nuestras casas, al vernos cabizbajos y comentando a media voz las palabras de aquella pizarra estúpidamente amenazadora.

—*De órden superior*... ¡caramba! esto es mui sério, por lo menos mui nuevo. *La cuarta de aspirantes*... es claro que somos nosotros y nadie mas... *debe hallarse prevenida*... ¡Hum! o mucho me engaño o esto me suena a botasilla esta noche. ¡Pues, señor! quiere decir que nos acostamos vestidos. *Pará cualquier evento... cualquier evento*... ¡Hombre! esto sí que me parece mui mal; aquí se envuelve algo, una jugada que nos van a hacer, seguro. Y luego ese *Jefe del destacamento*, que es un pájaro raro, que sólo ahora se da a conocer... ¡Caramba! ¡qué bromas tiene esta milicia!

Esa tarde dormimos de mal humor y con poco apetito. En nuestras casas nos preguntaban alarmados:

—Pero ¿qué tienes? ¿Estás enfermo? ¿Sientes algo?

—Sí; estoi aquejado de ese maldito jefe del destacamento.

Llegó la hora de volver al cuartel; al entrar diviso un corneta... ¡Malo! esto es de mal agüero, pienso.

—Corneta ¿te ha dado alguna órden el teniente?

Ninguna.

—Cuidado con tocarnos botasilla, porque te *afusilo*.

En la cuadra hai conciliábulos: casi todos opinan porque se debe dormir vestido; cuando mucho, sin botas. Y de todas maneras, cada cual junta todos los arreos de ensillar y los deja listos para una probable botasilla.

Aun, cuando ya hai algunos roncando, siento todavía el resongar del jefe del destacamento.

—¡Caramba!—dice uno—que pará todo tenga que ser tan embromada esta milicia! ¿Qué les costará decir: se avisa a los aspiran-

tes que a tal hora les vamos a tocar corneta y despues esto, y lo de mas allá? Pero nó, señor: de órden superior, prevenirse para todo evento!... Es decir que lo tengan a uno con los nervios chúcaros todo el dia.

—No *resonguis* tanto—y quédate dormido, dicen desde otro estremo.

....

Acaban de tocar diana y, como siempre, ha entrado el sarjento Garcia como una avalancha. *¡Levantarse!* Por las puertas abiertas entra un aire helado que nos hace temblar de pies a cabeza. Nos han tocado diana una hora ántes que de ordinario y todavía está oscuro, cayendo la luz de la luna sobre el suelo raso del picadero, militarmente, como todo lo que cae dentro de las cuatro murallas del cuartel.

Miéntras pase de aquí la jugada del jefe del destacamento, decimos todos, está bueno. Pero la risa maliciosa, con que nos oye hablar el sarjento Garcia, nos hace entrar de nuevo en temores y recelos.

Apenas vestidos, se nos da órden de ensillar con la mayor brevedad posible; y en pocos minutos mas la voz del teniente suena desde el medio del picadero. *¡A caballo!*

La cosa se va poniendo séria; la cuarta está formada a caballo en el picadero. El teniente avanza, tambien a caballo, y con un papel en la mano a que parece va a dar lectura. Digásmolo

«La cuarta de aspirantes a cargo del teniente... y del alférez...
« debe avanzar hasta el camino carretero a Valparaiso y hacer alto
« pasada la línea férrea, donde recibirá órdenes del Estado Mayor.
« Parece que una patrulla de caballería enemiga recorre el campo,
« al NO. de Pudahuel.»

Salimos del cuartel en direccion al punto indicado, llevando lanzas, carabina a la espalda, y sable en el porta-sable de la silla, y ademas un buen número de tiros a fogueo en la cartuchera. Acabamos de pasar la via férrea en la prolongacion de la calle de San Pablo, y se nos ordenó hacer alto y desmontarnos. Nos hacemos todo ojos y oidos para ver llegar al enviado del Estado Mayor trayendo las órdenes; pero nada, éste no aparece por ningun lado.

De pronto el teniente saca un nuevo papel de su cartera de cam-

paña y dice: un ayudante del Estado Mayor Jeneral acaba de entregarme la siguiente órden:

«La cuarta de aspirantes seguirá hasta Pudahuel para defender
« el puente del Mapocho amenazado por la fuerza de caballería
« enemiga que esplora ese punto.»

¡Defender el puente! Hé ahí un objeto digno de nosotros, y no esa maldita vida de cuartel en que los nervios pasaban en contínua tension! Hemos montado de nuevo y tomado la formacion de marcha, separándonos a ámbos lados del camino para dejar el centro libre y espedito para el tráfico.

Vamos en absoluta discrecion, cada cual tiene derecho a fumar y a cantar. Uno me rompe los oidos cantando una chinchosa y cargante cancioncita: «¡Oh flores que naceis triste!» otro silva un trozito del Mikado, y otro entona algo de la *Cavallería Rusticana*, so pretesto de que nosotros tambien somos de caballería.

Boy trota en el medio, haciendo dos veces el camino de los caballos, pues llega hasta la punta y llega hasta la cola, para seguir en este incesante vaiven.

Las lanzas causan cierta novedad en el camino. Los chicos salen corriendo de las casas, chillando como locos; *¡el batallon! ¡El batallon con banderitas!*

Un huaso fornidote que enyuga unos bueyes rosillos en una curva del camino, nos mira de arriba a bajo y esclama:

—¡Bah! con esa picanita no no se me *queaba* niun buei tampoco!

Durante el viaje se hace un riguroso servicio de avanzadas y llevamos permanentemente a trescientos metros delante la *punta* o *descubierta* que esplora el camino en direccion a Pudahuel.

Los compañeros que van en la *punta* hacen el servicio de seguridad con todo empeño. Uno se topa con un huaso de a caballo a quien grita *¡alto!*

—¿Ha visto usted algunos cuyanos mas arriba?

—Nó, señor.

—Unos que andan con unas banderitas blancas con celeste como vestidos de novias pobres...

—Nó, señor.

El huaso se rie y pregunta humildemente si puede continuar.

—¡Sí, hombre! pero cuidado con darles noticias de nosotros a los cuyanos.

Otro le grita a un viejo ladino que sigue por el medio del camino al trotecito de un caballejo flaco y gastado:

—¡Como está don Pepe!

—Bien, señor.

—¿Cómo están todos por allá?

—Mui bien, para servirle.

—¿Se acuerdan de mí las niñas?

—Mucho, señor, y de la cazuela que se nos fué debiendo.

Todos celebran la ocurrencia y lo aplauden.

—¡Toma por meterte a gracioso! le gritan al acholado aspirante.

Se acerca el momento del combate. La *punta* vuelve al galope en direccion a nosotros, denunciando que a una legua mas al norte se ha divisado un grupo de jinetes que debe ser la *punta* de la avanzada enemiga.

Confieso francamente que comencé a tomar en serio todo aquello, y me latia el corazon, aprontándome para las nuevas y desconocidas emociones de un combate.

Seguimos avanzando con toda cautela. Al llegar a un recodo del camino, el teniente ordenó alto y desmontarse para el combate de infantería.

La caballería, que hace, segun la táctica moderna, los servicios de seguridad y esploracion en todo cuerpo de ejército, debe tambien combatir como infantería para dar tiempo al grueso de las tropas que siguen a retaguardia, para llegar al lugar amagado y tomar posesiones convenientes. Y en este caso consiste la prudencia en hacer creer al enemigo que la fuerza es de infantería de línea, para aprovechar así la superioridad moral que da la instruccion y disciplina a los cuerpos de infantes.

Ocultamos, pues, los caballos y las lanzas tras un espeso matorral de espinos, desmontándonos tres de cada cuatro; y entregando al número 4 los caballos y las lanzas de los tres restantes.

Formamos a la carrera, a la espalda del teniente, quien ordena —*¡Sobre la base de tiradores!*... En tiradores... ¡mar!...

Y avanzamos en línea de tiradores, con la carabina bajo el brazo

estendiendo nuestra línea en un potrero erizado de espinos, y siguiendo adelante, agazapados, silenciosos...

La voz del teniente vuelve a sonar:

—*¡Arrodillarse!... A la derecha... ¡caballería!... ¡mil trescientos metros!... Fuego de tiradores!...*

Los cabos de escuadra repiten las voces de órden y corren tras de la línea comprobando la exactitud de las *alzas*. Comienza el fuego: el olor de la pólvora hace ensancharse los pulmones; una emocion de empuje, de enardecimiento, de coraje, comienza a corrernos por las venas. La imajinacion se nos enciende como con una descarga eléctrica y hacemos las punterías, allá a lo lejos, tras una línea de álamos macilentos y amarillos, donde creemos ver la caballería enemiga que se repliega sorprendida por nuestro fuego, con una bandera blanca y celeste, que acribillamos desde mas de un kilómetro de distancia.

—*Salto!... adelante!...* grita el teniente, *carrera, mar!*

Y partimos a todo escape, saltando las zanjas, trepando por las cercas de espinos que se ensañan con nuestras piernas, metiéndonos en los fosos y dejándonos rodar por la pendiente.

—*Tenderse!... A la derecha... tiradores arrodillados... novecientos metros! Fuego rápido.*

Hemos quedado tendidos en la zanja, sobre un barrito claro, una especie de chocolate a la española, sumamente helado.

El fuego rápido aumenta, disminuye, vuelve a crecer para estinguirse casi y recomenzar con nuevos ímpetus.

Los sueños forjados al traves del humito ténue de la pólvora, siguen desarrollándose al frente, en un panorama fantástico y sangriento.

Seguimos avanzando al traves de los ranchos, donde las mujeres nos miran asombradas, saltando tapias, cercas, murallas, zarzamoras, todo lo que se nos pone por delante. Ya tenemos el puente a la vista; ya estamos descubiertos ante el enemigo.

Ahora disparamos de pie, apoyando las carabinas en una barrera de troncos cortados, a trescientos metros. Las punterias deben de ser soberbias; nos figuramos el puente lleno de cadáveres, y apuntamos con verdaderas ansias de disparar.

De repente nos gritan *¡reunion!* Estamos formados en dos filas y

hacemos cinco o seis descargas simultáneas, en vez de la carga a bayoneta de la infanteria.

—*A los caballos!*

Corremos como locos hácia los caballos que vienen siguiéndonos a cierta distancia por el camino.

En un instante estamos arriba y con la carabina a la espalda.

—*Al galope, mar!*

El peloton de caballería vuela por el camino en medio de una polvareda inmensa; las banderillas de las lanzas silban con el viento y un *¡¡Viva Chile!!*... grandioso, inmenso, resuena en el faldeo de los cerros vecinos.

Hemos llegado al puente tomado. Pero, oh sorpresa! en vez de cadáveres enemigos y de charcos de sangre, encontramos allí un *arguenero* que trae pollos y huevos a Santiago, y en vez de la bandera blanco y celeste, un trozo de tela de colchon que cuelga en un rancho vecino secándose al aire...

¡Oh desilusion de los simulacros!

Sin embargo, un compañero grita con todo entusiasmo: ¡Los hemos hecho bolsa!

En el puente mismo, desde donde se domina perfectamente el campo del combate, el teniente nos esplica el camino recorrido y el plan de ataque.

Aquello nos parece ahora tan hermoso y tan claro, como un problema matemático resuelto.

Hemos sentido todas las emociones de un combate; cuando avanzábamos con la carabina bajo el brazo, la vista al frente, con la ansiedad de los cazadores humanos, sentíamos por todo el cuerpo esos estremecimientos eléctricos que se sienten al oir un trozo de música esquisito, delicado, de esos que cuando ya han cesado, aun parecen que continúan en el aire.

—Caramba! hubieran sido cuyanos! dicen varios.

Nos volvemos a Santiago comentando las mil peripecias del combate, y llevando ahora la *punta* a retaguardia, que es el lado enemigo,

Uno cuenta que al tenderse le tocó caer sobre una mata de cardo.

—Feliz tú—dice otro—yo hubiera preferido el cardo.

Todos se miran el dorman y se rien.

—El Consejo de Hijiene—dice otro—le debia prohibir por insalubre.

Aquella noche ¡qué dormir tan bien! Los ratones pudieron comerse toda la cuadra de aspirantes, sin que nadie se hubiera dado cuenta.

Confieso que nunca hemos soñado mas delirios patrióticos y bélicos. Veíamos correr en las calles jentes de toda clase que anunciaban haber estallado la guerra. Y veíamos a nuestro rejimiento correr a galope por los campos en direccion a la cordillera. Todos los compañeros íbamos juntos, con las espadas desenvainadas a todo el correr de los caballos, en una carga desenfrenada y loca.

Hermoso cuadro para Detaille!

En una cuadra menguada, estrecha, un grupo de muchachos de veinte años, estudiantes, mozos de sociedad, regalones, duermen con un coro de ronquidos uniformes, *alineados*, por decirlo así.

Y encima, flotando como un vapor vago y nebuloso de los sueños, un desfile guerrero de lanceros a caballo, de rejimientos al galope, que se estrellan a lo lejos en la barrera de los Andes.

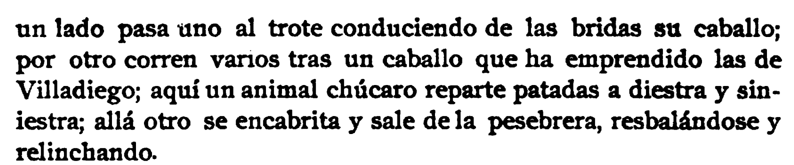
«Y cuando va a trabarse con loca gritería
De la hórrida batalla la enorme confusion,
En las montañas próximas despunta el nuevo día
Y el tropel de soldados, que creó la fantasía,
Vuelve a quedar inmóvil en recta formacion».

Y es claro, la diana, la inevitable diana con su melodia dulzona y pegajosa, suena al lado afuera de la puerta, como siempre, como todos los dias!

Abrimos los ojos... y se ha disipado el sueño... queda la cuadra con sus paredes desempapeladas y su techo cubierto por las huellas de las moscas...

BAJO LAS CARPAS

La salida del Escuadron o su llegada al cuartel puede ser para un pintor un tema riquísimo en colorido y movimiento. Las caballerizas son el teatro de toda esa algazara, fecunda en mil incidentes divertidos. Todo el mundo habla y grita al mismo tiempo; por



un lado pasa uno al trote conduciendo de las bridas su caballo; por otro corren varios tras un caballo que ha emprendido las de Villadiego; aquí un animal chúcaro reparte patadas a diestra y siniestra; allá otro se encabrita y sale de la pesebrera, resbalándose y relinchando.

Aquella tarde habia todo ese movimiento en el cuartel, porque se nos habia ordenado ensillar, para hacer durante la noche un nuevo viaje de campaña. Naturalmente, ya nos habíamos reconciliado con el jefe del destacamento y esperábamos, con mal disimulada impaciencia, que nos ordenara salir del cuartel con cualquier objeto.

Cada cual habia traido comestibles lijeros y mas o menos condensados para llenar una de las vizcacheras, que no tenia por el momento otro destino; y algun líquido para la *cantimplora*, la mejor amiga del soldado, tan popularmente conocida de los cincuenta mil hombres que han pasado por el cuartel.

El objeto de nuestro viaje era reunirnos al comandante de la Gran Guardia establecida a tres o cuatro leguas de Santiago y ponernos bajo sus órdenes para seguir viaje o ejecutar lo que se nos ordenara. Para el efecto se suponia a Santiago defendiéndose de un probable ataque del enemigo por el norte y, por consiguiente, haciéndose con todo vigor a sus alrededores un perfecto servicio de seguridad.

La noche estaba lindísima; la luz de la luna alumbraba perfectamente el camino, permitiendo distinguir todas las sinuosidades de éste y sus obstáculos. No se podia negar que el viaje tenia algo misterioso y clandestino, sumamente nuevo y agradable,

Ahora no solo llevabamos *punta* o *descubierta* a la cabeza, sino tambien una *patrulla de oficiales* al mando de uno de los compañeros que hacia de alférez. La cuarta con su *punta* respectiva marchaba por el interior de un potrero, y la patrulla por el camino real y a la altura de la punta, conservando la alineacion por medio de silbidos.

Los de la patrulla éramos tres y avanzábamos con nuestras lanzas como nuevos caballeros andantes, conversando en voz baja y oyendo a ratos los coros de zapos que gorgoreaban a lo lejos con la acompasada e intermitente matraca de las ranas.

De repente, en el fondo del solitario camino, sentimos un canto y el rechinar de las ruedas de una carreta; luego se destaca ésta al volver una curva y uno de nosotros le sale al galope gritando con voz estentórea: *¡alto!*

El carretero se detiene en medio del estupor mas grande. Lo interrogamos sobre dónde va, qué lleva, y él nos contesta dócilmente todo: va a Santiago y lleva leche.

—¿No lleva Ud. armas y esplosivos?

—No se dá eso *puaquí*, señor....

El enviado vuelve a reunirse a la patrulla a preguntarnos qué se hace con la carreta.

—Por de pronto—dice nuestro jefe—llenamos las cantimploras con leche.

El carretero, sin dificultad ninguna, nos llenó las tres cantimploras con una leche riquísima, aun no *bautizada*. Y es claro que el tarro lo volvió a completar con agua, a costa de sus consumidores.

Llegado al punto en que debíamos ponernos a la órden del comandante de la Gran Guardia, supimos de la misma peregrina manera que del ayudante del Estado Mayor en nuestro primer viaje a Pudahuel, que la Gran Guardia habia avanzado hácia el norte y debíamos nosotros, por consiguiente continuar la marcha.

Habia ya avanzado la noche y el silencio del campo era absoluto. Los ranchos de las orillas de camino, llenos de bulla y animacion en el dia, estaban sumerjido en la oscuridad de los árboles que los rodeaban; los perros, únicos centinelas fieles a la guardia de sus amos, se acercaban a las puertas y cierros del camino, ladrándonos desesperadamente.

Ya estamos reunidos a la cuarta; los compañeros que han sabido el cuento de la carreta, nos piden leche de todos lados, y la cantimplora circula con gran aceptacion de los que la empinan y mayor mengua de su contenido.

Hemos llegado al pie del puente que defendimos en nuestro primer simulacro como caballeros bayardos, y lo saludamos emocionados, a él que ha sido testigo de nuestras proezas y hazañas.

Ahí se nos ordena desmontar porque parece que ya no apura mucho reunirnos a esa Gran Guardia que avanza delante de nosotros como las frutas del suplicio de Tántalo.

La infanteria hubiera armado inmediatamente sus carpas y habria reposado tranquilamente; pero el soldado de caballeria lleva en su caballo una segunda persona de quien cuidar!

Tuvimos que desensillar primero y colocar en riguroso órden de alineacion esas pesadas sillas con el equipo de campaña.

Secar despues con el sudadero el lomo de los caballos; conducirles al borde del estero para que bebieran; arreglar el freno y la cabezada de modo que sirvieran durante la noche de *jaquimon*; amarrarlos de un modo conveniente en los *lazos* tendidos al efecto entre los postes del puente; sacar el saco forrajero que va asido a la silla con la correspondiente racion de cebada y pasto seco y hacérselas recibir a los caballos, que al principio se resisten.

Ya va hora y media desde que nos desmontamos y aun no comenzamos ni a armar lás carpa. Hai que arreglar todavia el armamento sobre las sillas, ayudar a descargar el bagaje y mil otros detalles.

Por fin comenzamos a armar las carpas! Pero ¿qué significa esta órden? ¡Debe ser equivocacion indudablemente!... Nos han hecho armar las carpas al borde del estero sobre un pedregal en que cada guijarro es del tamaño de un puño... Buena noche vamos a pasar!

Hemos levantado ya una carpa colectiva, uniendo cada carpa individual y formando así una grande, estensa y bien sujeta al suelo movedizo del pedregal.

Pero todavia nos llaman a formar, cada cual frente de su silla; despues numerarse. ¡Cómo iba a omitirse esta circunstancia! Organizar el servicio de centinelas (aquí palidecen todos) haciendo principiar la guardia por el numero *uno* y durando cada cual una hora, por lo que los últimos números nos congratulamos estrechándonos calurosamente las manos.

Por fin empieza cada aspirante a entrar a la carpa arrastrando ponchos y frazadas, y a acomodarlos de modo de destruir lo mas posible las puntas de las piedras.

Durante una media hora se cruzan multitud de frases, recomendaciones y diálogos.

—Pasa tus piernas para el otro lado... Pon la cabeza mas allá... Caramba! me ha tocado una piedra afiladísima de almohada! ¡Quién me da un cigarro! Aquí traigo un poco de *cauceo.*

El techo se eleva de la carpa ochenta centímetros; de modo que ésta produce una sensacion deprimente de ratonera.

Estamos ademas sobre el pedregal mas o menos como debió estar San Lorenzo sobre la parrilla.

¿Nos ponemos de costado? Se nos incrustan las piedras en las costillas.

¿Nos ponemos de barriga? Idem y con retortijones.

¿De espalda? Hai el peligro que el espinazo se amolde a las piedras y nos levantemos con dos o mas potras, como los camellos.

Como no nos hemos sacado ni las espuelas, si estiramos una pierna, le metemos a uno el espolin en la oreja; si movemos la cabeza, nos lo mete otro a nosotros.

Un ronquido enorme que parece silbato sirena de vapor de la carrera, no nos deja dormir; hai que despertar al roncador.

Por fin cada cual ha reclinado la cabeza donde puede, no faltando algunos que lo han hecho en las posaderas del vecino; y ya comenzamos a olvidarnos de la carpa y de todas las pellejerias del camino, cuando gritan afuera:

—Aspirante Tal! su caballo está suelto!

Y el aspirante sale tastabillando y dando al diablo su caballo. Y toda la noche sigue la misma historia, y parece que las piedras se van afilando mas y mas a medida que viene el alba; y para remate, los centinelas que salen, y los que llegan que tienen que hacer el tráfico a tientas y en cuatro pies, van poniendo sus patasas con botas y espuelas en el estómago de uno, en la cabeza de otro' en la pierna de aquel, en la mano de aquel otro, dejando dentro la gritería de los machucados.

Pero, en fin, ya hacer a toque no gritan: *centinela! un caballo suelto!* ni pasa nadie picándonos la barriga, y ya el costado ha logrado hacerle hueco a las piedras... en fin, vamos a dormir y ya comienzan algunos ronquidos a marcar con su monótoma cadencia.

Pero de repente un peso enorme se desploma encima de la carpa y nos achata

Es un centinela que vuelve a la carpa medio dormido, y no ha visto una de las estacas, y enredándose en los cordeles ha caido rendido sobre el techo de ella.

Sentimos los reniegos del pobre, porque las carpas no son *im-*

permeables para las interjecciones, sino para el agua, y nosotros lo acompañamos en las mas enérjicas protestas.

Por fin logramos quedar un instante dormidos, cuando las dianas que nos han venido siguiendo en el camino en forma de un corneta, suenan vibrantes como en los mejores dias del cuartel.

Comienzan a salir de los estremos de las carpas, a gatas como coleópteros, los aspirantes dormidos aun, con el cuerpo dolorido por las piedras, acalambrados, mustios. Pero en en instante estamos formados con dos pasos de intervalos, haciendo jimnasia muscular. Santo remedio! Los músculos comienzan de nuevo a funcionar libremente, las caras patibularias toman vida, en fin, ya estamos repuestos del pedregal.

Al toque de la diana las jentes de los alrededores despiertan sobresaltadas y salen a las puertas de los ranchos. Un momento despues; una lluvia de granujas afirmados en las barandas del puente celebran a gritos la jimnasia, alguno de cuyos movimientos, como *«tronco hácia adelante doblen»* excitó de un modo especial su hilaridad.

Una vez en discrecion, cada cual corre a su silla respectiva para sacar las cantimploras, donde de un modo mas o menos fraudulento se ha traido algun líquido jeneroso y confortante... Un coro de reniegos y protestas estalla en todas partes; las cantimploras están absoluta y definitivamente vacias... Los centinelas se han resguardado del frio de la noche empinando en riguroso órden numérico las cantimploras de todos los aspirantes.

Nos hemos repartido en grupos, diseminados al rededor de las casas vecinas para cocinar el café, y cada uno despliega sus dotes de cocinero, haciendo uno el fuego, otro el líquido que debe calentarse y graduando un tercero la azúcar.

Aquello sale mas o menos pasable y nos deja de nuevo en situacion de alcanzar a la Gran Guardia, aunque sea en el infierno.

La mañana está preciosa. Los grupos de aspirantes se divisan diseminados en los alrededores del puente, en medio de los cigarros y del café que comienza a hervir.

El humor esta espléndido, y al sorprendernos nosotros mismos, olvidados de todas las pellejerias pasadas, reimos estrepitosamente, no podemos menos de esclamar: ¡Caramba que estamos de línea!

Y esa es la verdad. La comenzamos a sentir con intenso cariño al cuerpo cuya franja llevamos, y un afecto todavia pero naciente a la misma vida de cuartel que tanto hemos maldecido. Y es que los tres meses de instruccion comienzan tambien a hacernos soldados por *¡dentro!*

El teniente se acerca; por primera vez trae una franca y abierta sonrisa en el rostro. Todos nos ponemos de pie,

—¿Qué tal está el café? nos pregunta.

Espléndido, mi teniente.

Y pasa de largo sonriéndose siempre en medio del estupor nuestro.

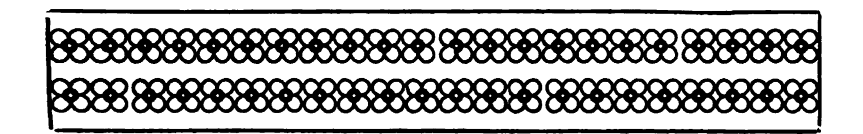
—¿Simpático, nó? decimos todos—Es un buen muchacho.

Uno de los compañeros se sonrie maliciosamente y nos pregunta:

—¿Y la paliza que hace un mes pensábamos darle?

Todos se apuran en vaciar de un trago el tarro de café, que está riquísimo y disimular así el *achoto* que les ha salido al rostro.





La Marcha de Resistencia

NOCHE TRISTE

JUAN Silva encontraba *temerario* a todo el mundo: y es claro que así tambien me llamaria a mí, y esta vez con razon, porque abuso tanto de la paciencia de mis lectores. Sin embargo, haber escrito sobre el cuartel y sus peripecias y pasar por alto el viaje de resistencia seria mucho mas *temerario*, y así quiero que salgan los últimos recuerdos del cuartel, que me quedan. unidos y vinculados a la marcha de resistencia a Valparaiso.

El viaje de resistencia era todo nuestro anhelo, pues sabíamos que esta era la última prueba a que se nos sujetaba, antes de licenciarnos. Así, pues, cada aspirante cuidaba de su caballo con redoblada atencion, duchándole los tendones de las patas, aumentándole clandestinamente la racion de cebada, y temblando ante una enfermedad inoportuna por cualquier síntoma o detalle que en él se notara.

Nunca hemos sentido mayor simpatia, casi estoi por decir ternura, que la que sentíamos en esos momentos de la partida, por nuestros caballos. ¡Se encariña tanto el soldado de caballería con esos pacientes y jenerosos animales que parecen entender los de-

seos de sus amos, inflando las poderosas narices y abriendo espresivamente sus grandes y humanos ojos!

Fijóse el dia de la partida y redoblóse el entusiasmo de todos. Habian aspirantes que antes de acostarse volvian a las caballerizas a acariciar el cuello de sus caballos y a conversarles como si fueran *cristianos*.

El dia mismo en que debíamos emprender la marcha, nos sentíamos atraídos a la pesebrera en que estaba *Juana*, valerosa yegua que aprendió con el entusiasmo de una colejiala aplicada a saltar y a entender las voces de órdenes, y cediendo a esa at[illegible]on, encontramos a varios compañeros sentados en las vara[illegible] separan cada pesebrera, mirando a sus caballos, que comian tranquilamente, sumiendo sus cabezas en los comedores repletos de pasto seco y cebada. Uno habia cojido al suyo por las orejas, un alazan sumamente simpático, y le decia con voz insinuante:

—*Viborita:* vamos a trotar de lo lindo esta noche, y no pararemos hasta dar con el *puerto*. Pórtate bien, que con esto se te acaba el sufrimiento y despues te largo a potrero.

Salimos del cuartel a la una de la mañana; la ciudad dormia profundamente: atravesamos la Alameda, envuelta en la sombra de sus árboles, y seguimos haciendo *zig-zags* por varias calles, tambien oscuras y silenciosas.

Resonaban las patas herradas en los adoquines, haciendo en el silencio profundo de la noche un ruido inmenso: a nuestro paso se desperezaban los guardianes en las esquinas, restregándose los ojos; y en una que otra puerta, tras de la cual sonaban acompañadas de una mala guitarra tres o cuatro voces vinosas, se asomaba una mujer o un hombre, desvelado, y decia entrándose: ¡Son soldados!

Al llegar a la calle de San Pablo, atravesamos la línea férrea y tomamos trote por ese camino tantas veces recorrido en nuestros viajes de campaña.

Solamente que ahora teníamos un plazo fatal de dieciseis horas para recorrer las treinta y seis leguas que separan a Santiago de Valparaiso.

Y así ese trote, que comenzó a las 2 de la mañana en los límites de la ciudad, nos sorprendió, al alborear el dia, envueltos en los

ponchos y dando diente con diente, al bajar la cuesta de Prado; siguió en el dia con un calor horrible que nos hacia echarnos el kepí atras; y llegó la tarde, una tarde con un huracan desenfrenado y unas nieblas arrastradas, y nosotros, trotando y trotando, con la carabina rozándonos cariñosamente la espalda, el sable saltando y sonando como un cascabel al costado, y la lanza erguida siempre en la estribera y haciéndola esquivar las ramas del camino.

Al pasar por Curacaví y Casablanca tomamos el paso, desenrollamos la banderilla de las lanzas, y formando la cuarta, hacemos una entrada triunfal en la calle principal enbanderada, donde la policia presenta armas y nosotros terciamos lanzas. En Casablanca nos acompaña, ademas, el orfeon, que ejecuta estrepitosamente la marcha del Tannhäuser.—Wagner; ¡si hubieras llevado como todos nosotros una lanza en la mano!...

Esa marcha es algo como una funcion de linterna májica por la velocidad con que va quedando atras todo; tan luego vamos descendiendo un *deshecho* abrupto sujetando las riendas de los caballos; tan luego ascendemos una cuesta inclinándonos hacia adelante; tan luego pasamos por un núcleo de poblacion compuesta de varios ranchos con sus duraznos floridos y la ropa blanca tendida a secar en largas hileras que columpia el viento de un lado a otro; tan luego seguimos un camino recto, desesperadamente recto, sin un árbol, ni un pájaro, ni un animal siquiera.

Saliendo de Casablanca, comienza a caer una lluvia con un viento que nos hace torcer el jesto a todos. No llueve verticalmente como en Santiago, sino horizontalmente; nos azota la cara como una huasca jigantesca y nos hace cerrar los ojos. ¡Caramba con la lluvia!

En pocos momentos, el agua que nos entra por el cuello corre, corre con delgados hilos primero, y a chorros despues hasta las botas, donde ya van acumulados algunos litros.

La laguna de Peñuelas, que tenemos a la vista, está convertida en un lago, en un inmenso lago y ha inundado parte del camino; al principio la hemos creido el mar. Atravesamos un brazo con el agua hasta las rodillas, y entonces las botas quedan convertidas en estanques de agua, y ya no hai ni un pedazo del cuerpo ni de la ropa que no vaya completamente empapado.

La neblina descuelga por todas partes sus fuentes blancas de gasa, la noche se anticipa una o dos horas, y comienza a rodearnos una oscuridad vaga, de huracan.

Como si fuera poco, la lluvia duplica su furor y nos azota con ensañamiento; nosotros sacudimos el cuerpo dentro de la ropa, que está tomando una tiesura de coraza, y seguimos el trote de siempre, mientras los pobres caballos sacuden sus orejas empapadas y hacen de tripas corazon.

—¿Y Valparaiso? preguntan todos.

—Falta una hora, nos contesta el teniente que marcha a la cabeza hecho una sopa; pero animándonos incesantemente.

Y seguimos al trote, inclinando un poco la cabeza para esquivar el golpe de la lluvia en la cara y resignados a seguir una hora todavia.

Pero pasa la hora, y nada; la misma oscuridad delante, la misma neblina a los lados.

¿Y Valparaiso? Una hora, una horita sólo, nos gritan, y seguimos por un *deshecho* gredoso, lleno de grietas, en que se van dando vueltas los caballos y por el que baja impetuoso un torrente de agua rojiza y turbia.

Vamos helados, ateridos; y la hora pasa de nuevo, y parece que ese Valparaiso tan ansiado se aleja delante y huye de nosotros como las ciudades encantadas de los cuentos de hadas.

Para animarnos, lanzamos gritos y hurras estrepitosos a nuestro escuadron; pero llevamos la procesion por dentro, y a poco andar nos callamos de nuevo.

¿Y Valparaiso? Una hora, nos dicen de nuevo, y aquello, que parece el cuento del gallo pelado ya comienza a desalentarnos.

Los pobres caballos van jadeantes, resbalando en el piso gredoso de la cuesta, y preguntándose quizá si van a seguir eternamente trotando en aquel infierno, como premio de sus afanes y esfuerzos jenerosos.

—Pero entendámonos, dice uno, ¿vamos a llegar esta noche a Valparaiso?

—Sí, sí, Valparaiso a la vista!

Y efectivamente, a lo lejos, en el medio de las brumas, oscilan temblorosas y diluidas algunas lucecitas apiñadas que culebrean

estinguiéndose y apareciendo al compas incesante de nuestro trote.

—Aló, chico, le digo a un compañero que trota a mi lado sumido en las mas tristes reflexiones; mira el *puerto*.

Las luces se acercan, son ventanas alumbradas; un puñado de casas se abren a ambos lados del camino ¿Será una calle de Valparaiso? Pasan las casitas y ¡oh decepcion! vuelve la oscuridad, la misma oscuridad de antes, y volvemos a embutirnos todos en nuestras sillas empapadas y a preguntar si llegaremos a Valparaiso alguna vez.

Por fin, el compañero que nos guia por aquellos endemoniados revoltijos de la cuesta, nos grita que Valparaiso, el auténtico, el lejítimo, el único, está a la vista.

Y realmente, en el fondo de aquella oscuridad, de aquel caos, surje como un reguero de pólvora que se enciende, una serpiente de luces, de cien mil luces, que se retuerce y recuesta en los cerros vecinos. ¡Valparaiso! Un ¡ah! de asombro, de admiracion se nos escapa a todos; los jinetes se enderezan sobre sus sillas, y desechan las ideas tristes, y hasta los caballos que parecen entender que aquel trote interminable va a terminar, ajitan sus orejas y aumentan, sin necesidad de espuela, el aire de marcha.

En medio del cansancio y del hielo que nos traia mudos y cabizbajos, no nos saciamos de mirar aquel panorama de luces, que parece una pieza de efecto de fuegos artificiales. Luego el olor a mar, un olor fuerte, acre, nos acaricia y nos saluda, dándonos la bienvenida.

El castillo encantado que tenemos a la vista, se acerca: las luces crecen, y ya distinguimos las líneas tortuosas de las calles diseñadas por los faroles, y al frente, un poco abajo, en el fondo del camino que seguimos, ya comenzaban las casas. Y luego un desfile de puertas y ventanas se mueve y cambia a ambos lados de la calle: aquí una cocinería, allá una botica, mas allá una panadería, en una vuelta un bazar, al doblar de la esquina, un almacen...

Ya estamos en Valparaiso, ya es un hecho que estamos en él!

Las calles están llenas de barro y de agua, el estero de las Delicias está rebalsando, los carros están desrielados y abandonados a

un lado de las veredas; y todavia llueve, llueve incansablemente.

Hemos llegado a la Comisaria de la Palma, donde van a alojar nuestros caballos. Al querer bajar, notamos las piernas tiesas, ríjidas, pegadas al cuero de la silla, con el agua. Estamos tullidos, y tenemos primero que juntar las piernas como quien cierra un compas, y seguir despues andando apoyados en la pared y en los pilares.

En una sala larga, inmensa, alumbrada por gas, dejamos, el armamento y equipo.

Hemos hecho el viaje en las dieciseis horas convenidas, y esto unido al consuelo de haber llegado ya a poblado, nos resucita completamente.

Cada cual hace buscar un coche, tarea inútil a aquella hora y con aquel temporal deshecho. En fin, despues de mucho sumirnos en el agua de las calles hasta la rodilla, logramos pescar un coche y llegar a las puertas del hotel de Francia e Inglaterra.

Ahí nos espera Mr. Noel, que está vinculado a los recuerdos de campaña como una figura simpática y divertida. Mr. Noel estaba con una bata colorada; nos recibe con los aspavientos mas cómicos y habla sin descanso:

—¡Pobres criaturas!... ¡Si vienen hechos una lástima!...

—¡Mr. Noel! Una sábana para secarnos, una cama, una taza de café, un par de huevos...

Los mozos corren de un lado a otro, los pasajeros se asoman a sus puertas, y nosotros desfilamos con un poncho al hombro que gotea incesantemente, el sable que viene negro de moho, y el kepí que por lo pesado ya no puede estar sobre la cabeza.

Luego vienen los esfuerzos para sacarnos las botas y las ropas que parecen de carton-piedra y que están furiosamente pegadas al cuerpo. Por fin, nos hemos metido a la cama con un trago de café que nos hace volver al buen humor y alegría de siempre, y nos da ánimos para embromar a Mr. Noel con su bata colorada de kakalin brasilero.

Al dia siguiente ya amanecemos repuestos, y nuestra primera salida es para ver los caballos, que estan tambien bastante resucitados, aunque mui flacos.

Aquella parte de noche tan tremendamente pasada entre la lluvia, el cansancio de los caballos y la oscuridad del camino, fué bautizada universalmente por los aspirantes, *la noche triste.*

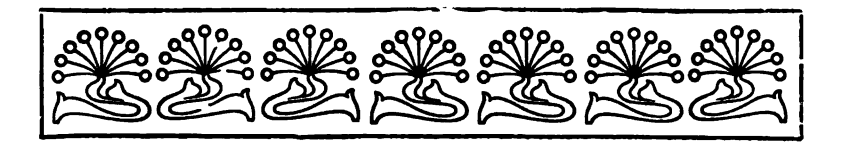
Las lanzas y la franja amarilla de nuestros trajes son una novedad en el puerto, y así cuando hacemos nuestro camino hasta Playa Ancha para ser revistados por el Comandante de Armas, atravesamos la calle de Victoria en medio de una multitud de pueblo, llevando al frente la banda de músicos de la Artillería de Costa.

Estamos de nuevo a caballo para volvernos. La mañana está preciosa, llena de luz y de sol. El viaje de regreso será mucho mas suave, pues lo haremos en tres paradas, alojando dos noches en el tránsito.

La cuarta sale de la Comisaría y atraviesa esas calles, que vimos de noche y llenas de agua y lodo, hoi claras, atestadas de jente y de movimiento.

Tomamos el trote y momentos despues perdemos de vista en un recodo del camino las últimas casitas de Valparaíso, suspendidas en los cerros como los juguetes de un *nacimiento* de carton.





El último dia de Cuartel

ENTREGA DEL EQUIPO

ENTRAMOS al cuartel, llenos de tierra, sudorosos, cansados, de vuelta de nuestro viaje a Valparaiso.

El cuartel está como siempre; al medio, la muralla, el foso, las ramas, teatro de nuestras primeras proezas de jinetes; al costado, las caballerizas con sus ventanas abiertas que parecen saludar y dar la bienvenida.

Los soldados de línea nos saludan sonrientes como a viejos compañeros, y volvemos como antes a conducir de las bridas nuestras pobres y aporreadas cabalgaduras, a las pesebreras, que las esperan con las camas de paja limpias y recien hechas, y los comedores repletos.

Desensillamos ayudados por los soldados que nos preguntan cien cosas al mismo tiempo; y formamos de nuevo en el sitio de costumbre con el correaje en la mano, esperando que el sarjento Garcia—porque el teniente apenas sacudido del polvo del camino, ha emplumado a dar cuenta del viaje al comandante—nos ordena lo que tenemos que hacer.

Se acerca el sarjento; todos esperamos nerviosos, algo, una buena noticia, a juzgar por la risa que trae en el rostro.

presenciado un acto digno de la menoı censura en esos individuos reclutados en las humildes clases obreras.

Los soldados, limpios, perfectamente aseados, incesantemente trabajando, desde el alba hasta la noche. Las clases, cumplidoras de sus deberes, dignas de llevar un galon en el kepí.

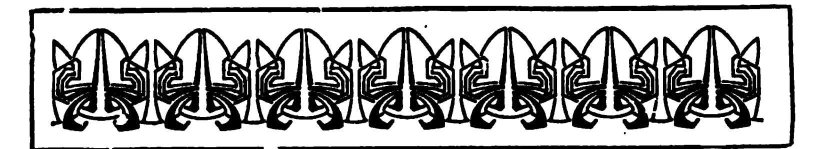
¿Y qué decir de la oficialidad? ¡Ese ya no es un *sport*, es un sacerdocio! Los muchachos que ve el público en la calle, elegantes, *iermanizados*, llevando airosamente la gorra alemana, han demostrado tener un temple de veteranos aguerridos.

¡Qué trabajo tan horrible aquel de la instruccion del recluta! ¡Gritar todo el dia, gritar hasta enronquecer, hacer en tres meses la tarea de tres años.

Esos cuarteles, que en nuestro antiguo Ejército eran un foco de ociosidad, son ahora una colmena.

Esos cuarteles, por cuyos frentes no se atrevian pasar antes las mujeres honradas para no oir frases y dichos inmundos, son ahora una escuela de hidalguía, una escuela de caballeros.





¡Se va el batallon!

No hemos tenido el placer de oirlas, pero se nos ocurre que así dirán las beldades de Limache, sin distincion de clases sociales, al saber que los lanceros han sido destinados a Valdivia. Y los mismos lanceros no podrán menos de esclamar, como aquel individuo que resolvió suicidarse dejándose caer desde una torre, y que retrocedia cada vez que llegaba a la orilla, diciéndose para su capote: «¡cáspita, qué salto!»

Porque la verdad, salir del *pays ou fleuri l'oranger*, es decir, donde se dan las chirimoyas, que no son otra cosa que pedacitos de cielo envasijados, las paltas negras, reinas de las legumbres todas, los claveles de cien colores distintos, y las morenas de todos los matices imajinables, para ir a la tierra de las manzanas ácidas, de las alemancitas desteñidas y de los fuertes españoles en ruinas, es dar un salto capaz de hacer perder el equilibrio de los humores a cualquiera que no sea un lancero de a caballo.

La salida del rejimiento del pueblo en que ha estado de guarnicion por algunos años, debe ser algo triste y poético.

Triste, por el brusco rompimiento de tantos vínculos formados; poético, por el sello que a todas las separaciones imprime la ausencia.

El rejimiento es el alma de un pueblo, su espina dorsal, su sangre, sus nervios, su vida. Para las tertulias de los sábados, en que la niña recorre en el piano todos los valses, desde Chopin hasta Lucero, y donde se baila con un frenesí verdaderamente primitivo, se cuenta por lo menos con un par de tenientes, que, con los dormanes ajustaditos y los bigotes tan aguzados y punzantes como conviene a un lancero, sacan de quicio a todas las muchachas menores de veinte años y mayores de quince. Para la misa del domingo, para la misa parroquial, eterna de larga, se cuenta con la banda del rejimiento que «ejecutará» la *Muda de Portici*, algunos trozos de la *Sonámbula* y otros del *Profeta*, distrayendo al cura y llenando de pájaros la cabeza de todos los oyentes jóvenes.

¿Y para la plaza? ¡Ah! ¡Qué sería el paseo de la plaza, si al caer la noche no se pusieran al rededor de un árbol los atriles y, encendidos los faroles, no comenzaran los músicos a soplar sus enormes cornetas! Quien conozca un paseo en una plaza de pueblo, y la manera dulce, idílica, casi primitiva con que se ama, apelando *ellos* a la luna «¡cándida consejera de los amantes!», a las estrellas, «ojitos de ánjeles que pestañean de sueño», a las mariposas nocturnas, «ánimas en pena de las flores muertas», y *ellas* a la eterna y arrulladora cantinela: «¿Y no se olvidará usted de mí? ¿No lo querrá a usted otra? ¿No se reirá despues con sus amigos de las cosas que le he dicho? ¿No le contará a nadie lo del otro dia? Míreme serio a ver si es cierto lo que dice. ¿Vé como se rie?» quien conozca todo esto—decimos—¿comprenderá la necesidad que hai de música para que acompañen esos madrigales, que no por ser alumbrados con parafina son menos tiernos, menos apasionados y menos sinceros que los que de tarde en tarde suele alumbrar la luz incandescente o la eléctrica?

¿Y el cigarrero? Bien sabido es que los *melitares* son unos fumadores locos, de esos que encienden el primer cigarro al canto de las diucas, y van despues encendiendo los demas en la colilla del anterior, hasta que en la noche los sorprende el primer ronquido—ronquido de caballeria—con la última colilla entre los labios. Cada dia, cada oficial y cada soldado, a la hora en que la corneta los deja francos, van con absoluta franqueza a la cigarrería, y sin necesidad de cruzar una palabra con nadie, reciben el paquetillo de la clase

que acostumbran y salen dejándolo a la cuenta. El mismo dia 31 ya está el cigarrero en la puerta, recibiendo el valor adeudado.

Naturalmente surjen discusiones sobre si los paquetillos eran doce o catorce; pero discusiones amistosas que se solucionan amigablemente.

El batallon saldrá una mañana con el equipo de campaña arrollado sobre la silla; los jinetes no irán derechos como de costumbre; mas de una lanza temblará en la mano de su dueño al ver al traves de una ventana dos ojos grandes, mui grandes, que hacen un esfuerzo por no soltar una lágrima delatora; los oficiales desde una cuadra antes de pasar por la casa donde tantas veces se han detenido a dirijir un galanteo, para recibir en cambio un ramo de violetas, o un boton de rosa, irán haciendo ánimos para saludar, llevándose la mano al kepí y diciendo a media voz; «¡Escríbeme!», y un cabo bajará la cabeza para no ver el rostro airado del cigarrero, a quien le queda debiendo ochenta centavos, que se cancelarán el dia del juicio.

Y el rejimiento, al salir de los límites del pueblo, tomará el trote, se encenderán los cigarros, íntimo recuerdo de Limache, y se echarán a la espalda, junto con la cartuchera, los recuerdos tristes. Un soldado hecho a estar de guarnicion, sabe que estas cosas se repiten a menudo y que no hai que tomarlas en serio:

—Oye, Braulio—le dirá a su compañero que va mudo y cabizbajo sobre su silla—no seas tonto. El aire del mar te va a refrescar y te hará olvidarla... En Valdivia se hace vida nueva. ¡Qué diantre! así es la carrera...

Y un momento despues, en medio del trote y al traves del polvo levantado por los caballos, y entre los ruidos de las espuelas y el choque de los sables, se sentirá la voz de Braulio:

«¡Quisiera verte y no verte!»

Dejémonos de historia: es en los pueblos pequeños donde se vive mas y con mayor intensidad. No turba allí la tranquila actividad del dia ni el sereno reposo de la noche, la algarabia de la ciu-

edad grande que no nos deja tranquilos hasta que no apagamos d un soplido la vela y nos sumerjimos de un cimbron entre las sábanas.

Olvidemos un instante esta ajitada discusion de los preliminares de una campaña política, y pensemos en esa escena que, indudablemente, pasará en Limache el dia que abandone la ciudad el bizarro rejimiento de Lanceros.

FIN



ÍNDICE

Pájina

